

CLIVE CUSSLER

y DIRK CUSSLER

VIENTO LETAL



Lectulandia

Se han producido varias muertes misteriosas en una isla de Alaska, así como un ataque por sorpresa a Dirk Pitt durante el reconocimiento de un submarino japonés hundido durante la Segunda Guerra Mundial. Se trata de hechos inconexos, pero que ponen a Pitt en el rastro de una vasta conspiración. A finales de la guerra, los japoneses habían protagonizado un último y desesperado intento de atacar Estados Unidos con el envío de dos submarinos a la costa Oeste con una peligrosa carga: un virus letal. Los submarinos se hundieron. Sin embargo, las armas bacteriológicas no perdieron su mortífera capacidad. Y no falta gente sin escrúpulos dispuesta a aprovecharse de ello. Por eso Dirk Pitt, junto con sus hijos gemelos Summer, bióloga marina, y Dirk, ingeniero marino, se dispone a localizar y aniquilar la amenaza mediante una arriesgada operación. Y ello a pesar de que nunca se había enfrentado a un enemigo tan despiadado y con tanto poder de destrucción...

Lectulandia

Clive Cussler & Dirk Cussler

Viento letal

Dirk Pitt - 18

ePub r1.0

TaliZorah 13.01.14

Título original: *Black wind*
Clive Cussler & Dirk Cussler, 2004
Traducción: Eduardo García Murillo
Ilustraciones: John Wells

Primer editor: Alicantino79
Editor digital: TaliZorah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Con aprecio y gratitud, a Scott Danneker, Mike Fitzpatrick, Mike Hance y George Spyrou, de Airship Management Services, por compartir el mundo prodigioso de la aviación.

Gracias también a Sheldon Harris, cuyo libro *Faetones of Death* ha sacado a la luz los horrores de las guerras química y biológica perpetrados durante la Segunda Guerra Mundial y sus miles de víctimas olvidadas.

PRÓLOGO

UNA MISIÓN DESESPERADA

12 de diciembre de 1944 Base naval de Kure, Japón.

El subcomandante Takeo Ogawa consultó su reloj y meneó la cabeza irritado.

—Ya pasa de la medianoche —murmuró angustiado—. Tres horas de retraso y aún seguimos esperando.

Un joven alférez, que miraba con los ojos vidriosos de un insomne crónico, asintió al oír la queja de su superior, pero no dijo nada. Los dos hombres, que esperaban sobre la torreta del submarino de la armada imperial japonesa 1403, escudriñaron el astillero en busca de alguna señal de una llegada inminente. Más allá de la enorme base naval, un caótico parpadeo de luces nocturnas brillaba en la pintoresca ciudad japonesa de Kure. Caía una fina llovizna, lo cual dotaba de una siniestra tranquilidad a la avanzada hora, rota por los ruidos lejanos de martillos, grúas y sopletes. Las reparaciones de los barcos dañados por el enemigo y la construcción de otros nuevos proseguía sin descanso día y noche en otras partes del astillero, en un esfuerzo estéril por reforzar el cada día más desolador esfuerzo bélico.

El petardeo distante de un camión diesel resonó en el agua, y aumentó de intensidad cuando el vehículo se acercó a los muelles de los submarinos. Un camión de carga *Isuzu* color teja dobló la esquina de un almacén de ladrillo, apareció a la vista y recorrió el muelle. El conductor avanzó con cautela hacia el dique del submarino, mientras se esforzaba por distinguir los bordes del muelle a oscuras, apenas visible bajo los faros ennegrecidos a causa de la guerra. El camión frenó junto a una amplia pasarela, y sus frenos chirriaron a modo de protesta.

Siguió un momento de silencio, y después, seis soldados armados hasta los dientes saltaron del camión y rodearon el vehículo. Cuando Ogawa bajó al muelle, intuyó que uno de los soldados apuntaba un fusil en su dirección. Reparó en que los soldados no eran regulares del ejército imperial, sino miembros de élite de la temida policía militar *Kempei Tai*.

Dos hombres uniformados bajaron de la cabina del camión y se acercaron a Ogawa. Al reconocer a un oficial superior, Ogawa se puso firme y saludó con marcialidad.

—Esperaba su llegada, capitán —empezó Ogawa con cierto tono de irritación.

El capitán Miyoshi Horinouchi hizo caso omiso de la insinuación. Como oficial de operaciones de la Sexta Flota, su mente se hallaba ocupada en asuntos graves. La flota de submarinos imperiales estaba siendo diezmada en el Pacífico, y la armada imperial carecía de respuesta para la tecnología bélica submarina desplegada por las fuerzas norteamericanas. La batalla desesperada de los submarinos de la flota contra una superioridad numérica abrumadora daba como resultado la pérdida de

tripulaciones y barcos, lo cual pesaba sobre los hombros de Horinouchi. Su pelo corto había encanecido prematuramente, y arrugas causadas por la tensión surcaban su rostro como ríos secos.

—Comandante, le presento al doctor Hisaichi Tanaka, del Colegio Médico de la Armada. Le acompañará en su misión.

—Señor, no suelo llevar pasajeros cuando salgo en misión de patrulla —contestó Ogawa, sin hacer caso del hombrecillo con gafas parado al lado de Horinouchi.

—Sus órdenes de ir hacia las Filipinas han sido canceladas —replicó Horinouchi, y tendió a Ogawa una carpeta marrón—. Tiene órdenes nuevas. Ha de llevar a bordo al doctor Tanaka y a su cargamento, y seguir la directiva de golpear al enemigo en la puerta de su casa.

Ogawa miró a uno de los guardias, que portaba una metralleta alemana *Bergman MP34*, apuntada en su dirección, y asintió.

—Esto no es normal, capitán.

Horinouchi ladeó la cabeza y se desplazó unos pasos a su derecha. Ogawa le siguió, para que Tanaka no les oyera. Horinouchi continuó en voz baja.

—Ogawa, nuestra flota de superficie fue aniquilada en el golfo de Leyte. Dependíamos de una batalla decisiva para detener a los norteamericanos, pero fueron nuestras propias fuerzas las que resultaron derrotadas. Es cuestión de tiempo que se encomiende a nuestros recursos restantes la defensa de la patria.

—Los norteamericanos pagarán con su sangre —dijo Ogawa.

—Cierto, pero no cabe duda de que su objetivo es conquistarnos, sin que les importen las pérdidas. La matanza de nuestro pueblo será espantosa.

Horinouchi imaginó el sacrificio de su familia y guardó silencio por un instante.

—El ejército nos ha solicitado ayuda en una operación valerosa —continuó—. El doctor Tanaka está asignado a la unidad 731. Atravesará el Pacífico con él y su carga y lanzará un ataque sobre la costa norteamericana. Ha de evitar que le detecten, y protegerá su submarino durante el trayecto sea como sea. Triunfe, Ogawa, y los norteamericanos solicitarán una tregua y salvaremos a nuestra patria.

Ogawa estaba estupefacto por las palabras. Sus camaradas se habían embarcado en una batalla defensiva para proteger los restos de la flota de superficie, pero él debía cruzar solo el Pacífico y lanzar un ataque que acabaría con la guerra. Habría considerado ridícula la idea, de no ser porque recibía la orden de un oficial del alto mando en plena noche.

—Me siento muy honrado por la confianza que deposita en mí, capitán Horinouchi. No dude de que mi tripulación y mis oficiales estarán a la altura de las circunstancias. ¿Puedo preguntarle, señor, cuál es el cargamento del doctor Tanaka? —preguntó Ogawa.

Horinouchi clavó la vista en la lejanía varios segundos.

—Makaze —murmuró por fin en silencio—. Un viento maligno.

Bajo el ojo vigilante del doctor Tanaka, media docena de cajas de madera rectangulares fueron cargadas y sujetas por guardias de la Kempei Tai en la sala de torpedos delantera del 1403. Ogawa ordenó que pusieran en funcionamiento los cuatro motores diesel del submarino y soltaran las amarras del muelle. A las dos y media de la madrugada, el submarino de hierro se internó poco a poco en las aguas oscuras y dejó atrás otros submarinos atracados en el muelle. Ogawa observó con curiosidad que Horinouchi estaba sentado en silencio en el camión aparcado en la orilla, como negándose a marchar hasta que el 1403 se hubiera perdido de vista.

El submarino avanzó entre los muelles y almacenes del enorme astillero, y no tardó en acercarse a una inmensa sombra que se recortaba contra la oscuridad. El gran acorazado Yamato, varado en un muelle de reparaciones, se alzaba sobre el submarino como un titán. Con sus cañones de cuarenta y cinco centímetros y el blindaje de cuarenta centímetros de espesor, el Yamato era el barco en servicio más temido. Ogawa admiró las líneas y armamento del acorazado más grande del mundo cuando pasaron a su lado, y después sintió algo de compasión por él. Al igual que su hermano gemelo, el Musashi, hundido en fechas recientes en Filipinas, temía que el Yamato estuviera destinado a encontrar su fin en el fondo del mar antes de que la guerra terminara.

Poco a poco, las luces de Kure quedaron atrás, mientras el submarino serpenteaba entre varias islas grandes, y después entró en el mar interior de Seto. Ogawa ordenó que aumentaran la velocidad cuando las afloraciones montañosas se perdieron en la distancia y las primeras manchas grises que precedían a la aurora tiñeron el cielo hacia el este. Cuando marcaba la ruta en la torreta con el oficial de derrota del 1403, el segundo comandante le abordó.

—Té caliente, señor —dijo el teniente Yoshi Motosita, y tendió una pequeña taza hacia el comandante. Motosita, un hombre delgado y afable, era capaz de sonreír incluso a las cinco de la mañana.

—Sí, gracias —contestó Ogawa antes de beber el té. El líquido caliente era un tónico bienvenido contra el frío aire de diciembre, y Ogawa no tardó en vaciar la taza.

—El mar se halla en una calma inusual esta mañana —observó Motosita.

—Circunstancias magníficas para salir de pesca —dijo Ogawa en tono reflexivo.

Hijo de pescador, Ogawa había crecido en una aldea de la isla de Kyushu, más al sur. Acostumbrado a la dura vida del mar, Ogawa había superado una educación modesta al aprobar los formidables exámenes de entrada en Etajima, la academia naval japonesa. Después de recibir el nombramiento, se sintió atraído hacia la fuerza de submarinos anterior a la guerra y sirvió en dos barcos antes de conseguir el mando del 1403 a finales de 1943. Bajo su liderazgo, el 1403 había hundido media docena de mercantes, además de un destructor australiano en las Filipinas. Se consideraba a

Ogawa uno de los mejores capitanes de submarino que aún quedaban en la flota, cada vez más mermada.

—Yoshi, iniciaremos una ruta en zigzag cuando llegemos al estrecho, y luego nos sumergiremos antes de abandonar tierra firme. No podemos correr riesgos, sabiendo que submarinos enemigos patrullan ante nuestras costas.

—Alertaré a la tripulación, señor.

—Ocúpese de acomodar al doctor Tanáka.

—Le he ofrecido mi camarote —dijo Motosita con mirada apesadumbrada—. A juzgar por la pila de libros que se ha traído, creo que estará muy ocupado y no estorbará.

—Muy bien —contestó Ogawa, intrigado por su molesto pasajero.

Mientras un sol carmesí trepaba sobre el horizonte, el 1403 viró al sur desde el mar interior y se internó en el estrecho de Bungo, que desembocaba en el océano Pacífico. Un destructor gris se arrastraba camino del puerto, muy escorado a un lado y con una hilera de agujeros bostezantes en el puente y las cubiertas, resultado de un desagradable encuentro con un par de Hellcats de la Marina estadounidense. En el submarino, varios oficiales se congregaron en la torreta para ver por última vez su verde isla nación, sin saber si alguna vez volverían.

Cuando el vigía divisó el Pacífico, Ogawa dio la orden de inmersión. Un timbre estridente resonó en todo el submarino y los marineros corrieron a cerrar la cubierta y las escotillas.

—Inmersión a quince metros —ordenó Ogawa desde el puente.

Grandes depósitos de lastre se llenaron de agua de mar, y los timones de profundidad se inclinaron hacia delante. Con un gran estruendo de agua al derrumbarse, el morro del 1403 se hundió y todo el submarino fue engullido por el turbio mar verde.

Frente al estrecho de Bungo, agresivos submarinos norteamericanos acechaban en las profundidades a los barcos mercantes de suministros o a los buques armados procedentes de la base naval de Kure. Los ataques contra submarinos no eran inusuales, y Ogawa no estaba dispuesto a ser presa fácil. Al entrar en aguas del Pacífico, dirigió el 1403 hacia el noreste, lejos del grueso del tráfico bélico que se desplazaba hacia las Filipinas.

Como casi todos los submarinos de su era, el 1403 contaba con motores diesel y eléctricos. De día, el 1403 maniobraba sumergido, impulsado por motores eléctricos que funcionaban con baterías, los cuales propulsaban el submarino a unos escasos seis nudos por hora. Bajo el manto de la oscuridad, el 1403 emergía y cambiaba a los motores diesel, los cuales proporcionaban una velocidad superior a dieciocho nudos, al tiempo que las baterías se recargaban. Pero el 1403 no era un submarino normal. Con ciento diecisiete metros de eslora, era uno de un puñado de submarinos Sen de

clase toku, que eran los más grandes construidos en la época. La enorme nave de hierro desplazaba más de cinco mil doscientas toneladas y era impulsada por cuatro motores diesel de siete mil setecientos caballos de vapor. No obstante, la característica única del 1403 era su armamento aéreo. El 1403 podía transportar tres hidroaviones Seiran, pequeños bombarderos reconvertidos que podían lanzarse desde una catapulta situada en el centro de la proa. Mientras surcaba el mar, los aviones se desmontaban y almacenaban en un hangar hermético de treinta y tres metros que se extendía a lo largo de la cubierta del submarino. La escasez de aviones había obligado a Ogawa a ceder uno para la vigilancia de costas, y ahora solo había dos a bordo.

En cuanto el 1403 entró en el Pacífico, Ogawa se retiró a su camarote y volvió a leer las breves órdenes que Horinouchi le había entregado. Debía poner rumbo al norte a través del Pacífico, con una parada para repostar en las Aleutianas. Después, debía continuar hasta la costa noroeste de Estados Unidos, donde los dos aviones lanzarían ataques aéreos sobre las ciudades de Tacoma, Seattle, Victoria y Vancouver.

Teniendo en cuenta las circunstancias, parecía un gesto inútil, pensó Ogawa. Japón necesitaba sus submarinos para la defensa de las aguas nacionales, antes que instigar minúsculos ataques con un par de aviones pequeños. Pero estaba la cuestión del doctor Tanaka y su misteriosa carga.

Tanaka, llamado al camarote de Ogawa, hizo una reverencia antes de entrar en el estrecho espacio y se sentó a una pequeña mesa de madera. El delgado científico exhibía una expresión adusta y antipática. Un par de ojos negros inexpresivos, aumentados de tamaño por las gruesas gafas, intensificaban su apariencia siniestra.

Pasando de formalidades, Ogawa preguntó al instante por la naturaleza de la presencia del doctor.

—Doctor Tanaka, mis órdenes escritas son conducir esta nave hacia la costa oeste de Norteamérica y lanzar un ataque aéreo contra cuatro ciudades. No hablan de sus responsabilidades ni de la naturaleza de su cargamento. He de preguntarle cuál es su papel en la misión.

—Comandante Ogawa, tenga la seguridad de que mi presencia a bordo ha sido autorizada a los niveles más altos —contestó Tanaka con voz monótona—. Proporcionaré asistencia técnica para la operación de ataque —continuó.

—Esto es un barco de guerra. No entiendo en qué puede ser útil un oficial médico para un ataque naval —insistió Ogawa.

—Comandante, estoy en el Grupo de Estudios para la Prevención de Enfermedades Epidémicas de la Escuela Médica del Ejército. Hemos recibido materiales de unas instalaciones de investigación localizadas en China, los cuales nos han permitido desarrollar una nueva y eficaz arma contra el enemigo. Su submarino ha sido elegido para lanzar el arma por primera vez contra fuerzas norteamericanas.

Soy responsable de la seguridad y despliegue del arma en esta misión.

—¿Estos «materiales» serán lanzados desde mis aviones?

—Sí, en bidones especiales que pueden acomodarse en sus bombarderos. Ya he tomado las medidas necesarias con su tripulación aérea.

—En cuanto a los hombres de mi barco, ¿corren algún peligro con esta arma a bordo?

—Ninguno en absoluto.

Tanaka mintió con expresión indescifrable.

Ogawa no le creyó, pero imaginó que el peligro de las fuerzas antisubmarinas estadounidenses eran mucho mayor para su submarino que cualquier cosa que llevara a bordo. Ogawa intentó obtener alguna información más de Tanaka, pero el médico del ejército solo aportó algunos datos adicionales. Fuera cual fuese el misterio relacionado con el arma, no soltó prenda. El hombre tenía un aire ominoso, decidió Ogawa, lo cual le inquietaba. Después de compartir una veloz taza de té, se despidió al científico. Sentado en silencio en su camarote, Ogawa maldijo al mando de la flota por seleccionar su barco para la misión. Era una misión que no deseaba cumplir.

El tráfico esporádico de buques mercantes y barcos pesqueros desapareció en cuanto el submarino dejó atrás las islas y ascendió de latitud. Durante los siguientes doce días y noches, la tripulación se ciñó a un horario de trabajo normal, mientras el submarino se dirigía hacia el noreste y emergía de noche para correr a más velocidad. La perspectiva de ser detectado por un avión o barco aliado era más remota en el Pacífico Norte, pero Ogawa no se arriesgaba y navegaba sumergido de día. Bajo el oleaje, el angosto submarino se convertía en un horno para los hombres que vivían dentro. En el interior, las temperaturas se elevaban a treinta y pico grados debido a la maquinaria, mientras que el aire olía cada vez peor a medida que pasaban las horas. Todos los tripulantes esperaban con impaciencia la oscuridad de la noche, pues sabían que el submarino emergería por fin, abriría las escotillas y el aire frío y puro del mar penetraría en el húmedo interior.

La disciplina se relajaba de manera notable en los submarinos, incluso en la armada japonesa, y el 1403 no era una excepción. Oficiales y tripulantes se mezclaban con facilidad, compartían la misma comida y padecían las mismas desdichas a bordo del estrecho barco. El 1403 había sobrevivido a ataques con cargas de profundidad en tres ocasiones diferentes, y la experiencia de estar al borde de la muerte había unido más a la tripulación. Eran supervivientes en el juego mortal del gato y el ratón, y creían que el 1403 era un barco afortunado, capaz de desafiar al enemigo.

La noche del decimocuarto día, el 1403 emergió cerca de la isla aleutiana de Amchitka y no tardó en localizar el barco de abastecimiento Morioka anclado en una pequeña cala. Ogawa condujo el submarino al lado del barco de superficie y lanzaron

amarras. Mientras bombeaban diesel a los depósitos, los tripulantes de ambos barcos intercambiaron bromas en el gélido frío.

—¿No vais un poco estrechos en esa lata de anchoas? —preguntó un pañolero desde la barandilla del barco.

—¡No, nos queda mucho espacio para la fruta enlatada, las nueces y el sake! —gritó en respuesta un tripulante del 1403, jactándose de la comida superior que recibían las tripulaciones de los submarinos.

La operación de repostar combustible terminó en menos de tres horas. Un tripulante del submarino, diagnosticado de apendicitis aguda, fue trasladado al barco para recibir atención médica. Después de obsequiar a la tripulación del buque de aprovisionamiento con una caja de caramelos, el 1403 partió en dirección este hacia Norteamérica. Los cielos se riñeron poco a poco de negro, y las aguas verdegrises del océano lanzaron chorros de espuma cuando el submarino se lanzó hacia las fauces de una tormenta de principios de invierno. Durante tres noches, el submarino padeció violentas sacudidas, cuando las olas barrían la cubierta inferior y se estrellaban contra la torreta, al tiempo que el submarino intentaba recargar sus baterías. Un vigía estuvo a punto de ser arrastrado al mar gélido en una ocasión, y muchos tripulantes sucumbieron a terribles mareos. No obstante, los fuertes vientos del oeste colaboraron con la misión, y empujaron al submarino entre las olas en dirección este.

Poco a poco, los vientos se calmaron y la mar se alisó. Ogawa se quedó satisfecho al ver que su barco había sobrevivido indemne a los zarpazos de la Madre Naturaleza. La maltratada tripulación recuperó la capacidad de conservar el equilibrio y la moral de combate cuando el mar se estabilizó y el submarino se acercó a la patria del enemigo.

—Capitán, he trazado un rumbo final hasta la costa —comentó Seiji Kakishita cuando desenrolló una carta de navegación del noreste del Pacífico delante de Ogawa. El oficial de derrota del 1403 había, dejado de afeitarse, como muchos tripulantes después de zarpar, y un mechón desordenado de pelo crecía en su barbilla, lo cual le daba aspecto de personaje de dibujos animados.

—¿Cuál es nuestra posición actual? —preguntó Ogawa mientras estudiaba el plano.

—Aquí —contestó Kakishita, al tiempo que señalaba un punto en la carta con un compás—. A unos doscientos kilómetros al oeste de la isla de Vancouver. Nos quedan dos horas más de oscuridad para navegar por la superficie, lo cual nos dejará a ciento cincuenta kilómetros de tierra firme al despuntar el día, siguiendo la ruta actual.

Ogawa estudió la carta con atención durante unos momentos antes de hablar.

—Estamos demasiado al norte. Quiero lanzar el ataque desde un punto central en relación a los cuatro objetivos, con el fin de minimizar el tiempo de combate. Bajemos hacia el sur y nos acercaremos a la costa por aquí —dijo, y posó el dedo

sobre el extremo noroeste del estado de Washington, un pico de tierra anguloso que se internaba en el Pacífico como el hocico de un perro hambriento. Justo al norte se encontraba el estrecho de Juan de Fuca, el cual creaba una frontera natural con la Columbia Británica, y constituía la principal arteria de tráfico marítimo desde Vancouver y Seattle hasta el océano Pacífico.

Kakishita se apresuró a trazar un nuevo rumbo en la carta de navegación y volvió a calcular las distancias.

—Señor, creo que podemos llegar a una posición situada a quince kilómetros del punto indicado como «Cabo Álava» dentro de veintidós horas.

—Excelente, Kakishita —contestó satisfecho Ogawa mientras echaba un vistazo a un cronógrafo cercano—. Eso nos proporcionará mucho tiempo para iniciar el ataque antes del alba.

El momento era perfecto. Ogawa deseaba pasar el mínimo de tiempo posible en zonas de mucho tráfico, donde podía ser localizado antes de lanzar el ataque. Todo parecía marchar sobre ruedas, pensó. Con un poco de suerte, en poco más de veintidós horas podrían iniciar el camino de vuelta a casa.

Una frenética actividad se apoderó del 1403 después de que aquella noche volviera a emerger para iniciar los preparativos del ataque aéreo. Los mecánicos sacaron el fuselaje, las alas y los flotadores de los aviones y empezaron a ensamblar las piezas, como si fueran gigantescos modelos de juguete. Los marineros armaron la catapulta hidráulica y probaron el mecanismo que servía para lanzar los aviones. Los pilotos estudiaron con atención planos topográficos de la región, calcularon la ruta a seguir hasta las zonas de bombardeo y el regreso. Y los hombres de mantenimiento, bajo la cautelosa dirección del doctor Tanaka, configuraron los estantes de las bombas de los bombarderos Seiran para albergar los doce bidones plateados todavía almacenados en la sala de torpedos de proa.

A las tres de la madrugada, el 1403 había llegado al punto elegido de la costa de Washington. Lloviznaba, y los seis vigías que Ogawa había apostado en cubierta se esforzaban por distinguir señales de otros barcos a través de la turbia bruma. El propio Ogawa se puso a pasear por el puente, nervioso, ansioso por ver despegar los aviones y así poder ocultar su submarino bajo la protección de las aguas ondulantes.

Había transcurrido otra hora, cuando un hombrecito rechoncho con un mono manchado de grasa se acercó vacilante a Ogawa.

—Señor, lamento informar de que tenemos problemas con los aviones.

—¿Qué problemas, a estas alturas? —replicó Ogawa, muy irritado.

—Hemos descubierto un generador eléctrico defectuoso en el avión número uno. Hemos de sustituirlo por otro para que el avión funcione. El aparato número dos tiene un timón de profundidad averiado, al parecer debido a los bandazos sufridos durante la tormenta. También puede repararse.

—¿Cuánto tiempo exigirán las dos reparaciones?

El mecánico miró un momento hacia el cielo y meditó su respuesta.

—Una hora para las reparaciones, señor, más otros veinte minutos para cargar el armamento.

Ogawa asintió con aire sombrío.

—Procedan a toda prisa.

Una hora se convirtió en dos, y los aviones seguían sin estar preparados. La impaciencia de Ogawa aumentó cuando observó franjas grises hacia el este, que indicaban la llegada de la aurora. La lluvia había parado, sustituida por una niebla ligera que envolvía el submarino y disminuía la visibilidad a menos de un tercio de milla. Una presa fácil, tal vez, pero al menos invisible, pensó Ogawa.

Entonces, un grito lanzado desde la sección de detección de sonidos rompió el silencio.

—¡He captado un eco, capitán!

—¡Esta vez te tengo, Hermano Mayor! —gritó Steve Schauer en el transmisor de radio con una sonrisa, y después detuvo los motores. Sus dos compañeros del pesquero de arrastre, apretujados en la cabina, agotados y oliendo a pescado, se miraron y pusieron los ojos en blanco. Schauer hizo caso omiso de sus miradas mientras acariciaba el timón del barco y empezaba a silbar una antigua canción de borrachos.

Steve y Doug Schauer, un par de hermanos cuarentones con juventud en las venas, habían pasado la vida pescando en las aguas del golfo de Puget. Gracias a su pericia y a trabajar con ahínco, habían invertido todas sus ganancias en barcos de pesca cada vez más grandes, hasta cambiarlos por un par de pesqueros de arrastre idénticos con casco de madera de quince metros de eslora. Trabajando en equipo, habían pescado en las costas de Washington y Vancouver, con una habilidad extraordinaria para olfatear grandes bancos de meros. Al cabo de tres días de excursión, con las bodegas llenas de pescado y las neveras vacías de cerveza, los hermanos volvían a puerto enzarzados en un duelo personal, como un par de adolescentes con patines.

—No acabará hasta que la pintura arañe el muelle —crepitó la voz de Doug en la radio. Después de una pesca particularmente buena en la temporada de 1941, los hermanos se habían permitido el lujo de comprar un transmisor receptor para cada barco. Aunque la intención era coordinar las pescas, los hermanos pasaban casi todo el tiempo pinchándose por las ondas.

Mientras el barco de los Schauer avanzaba a su velocidad máxima de 12 nudos, el cielo viró del negro al gris, y un rayo de luz que brillaba en el agua delante de la embarcación perdió poco a poco su efecto iluminador. Schauer vio entre la niebla el tenue contorno de un gran objeto negro posado en el agua. Un segundo después, un

pequeño destello naranja brilló un instante en el centro del objeto.

—¿Hay una ballena a estribor?

Apenas había hablado, cuando un silbido estridente pasó ante la cabina, seguido de una explosión volcánica que estalló en el agua a babor, y una cascada de agua cayó sobre el pesquero.

Schauer se quedó estupefacto un momento, pues su mente era incapaz de comprender lo que sus ojos y oídos acababan de detectar. Fue necesario ver un segundo destello naranja para que entrara en acción.

—¡Agachaos! —gritó a los dos hombres de la cabina, mientras giraba el timón a babor. El cargado pesquero tardó en responder, pero fue suficiente para esquivar el segundo proyectil del cañón de 5,5 pulgadas del 1403, que se estrelló en el agua detrás de la embarcación. Esta vez, la fuerza de la explosión levantó todo el pesquero del agua y lo dejó caer con fuerza, arrancando el timón de paso.

Schauer se secó la sangre que caía sobre sus ojos a causa de un corte en la sien y buscó a tientas el micrófono de la radio.

—Doug, hay un submarino japonés. Nos está lanzando cañonazos. No bromeo. Sigue hacia el norte y pide ayuda.

Aún estaba hablando cuando el tercer proyectil encontró su blanco, y atravesó la bodega de proa del barco antes de estallar. Una furiosa explosión de astillas, cristales y mero destrozado se produjo en la cabina, y los tres hombres salieron lanzados violentamente contra la pared del fondo. Schauer se puso en pie con un gran esfuerzo, miró por el hueco abierto en la parte delantera de la cabina y vio que toda la proa del pesquero se desintegraba en el mar ante sus ojos. Agarró el timón para sujetarse y vio con estupor que los restos del barco empezaban a hundirse bajo sus pies.

Ogawa miró por los prismáticos y vio con sombría satisfacción que el pesquero desaparecía bajo las olas entre un montón de restos dispersos. Rescatar a los supervivientes estaba descartado, de modo que no perdió el tiempo buscando cuerpos en el agua.

—Motoshita, ¿se han detectado más sonidos? —preguntó a su ayudante.

—Negativo, señor. El operador de sonido informó sobre un posible blanco secundario antes de que empezáramos a disparar, pero la lectura se desvaneció. O eran ruidos de fondo, o un barco pequeño, a lo sumo.

—Que siga buscando. Con esta visibilidad, oiremos un barco antes de verlo. Que el jefe de mecánicos de los aviones venga a informarme. Hemos de lanzar esos aparatos.

Mientras Motoshita se marchaba a toda prisa, Ogawa miró hacia la costa invisible de Washington. Quizá tengamos suerte, pensó. El barco debía ser un simple pesquero y no tendría radio. Los cañonazos podrían haberse oído desde tierra, pero a esta distancia sonarían amortiguados e inoivos. Las cartas indicaban que residían pocos

habitantes en la franja costera. Tal vez, solo tal vez, podrían cumplir la misión sin ser detectados.

El vello de la nuca del radiotelegrafista de primera clase Gene Hampton se erizó como un bosque de pinos. La voz que resonaba en sus oídos transmitía tanta urgencia y autenticidad, que no había más remedio que darle crédito. Después de confirmar el mensaje dos veces, Hampton saltó de su silla como impulsado por un resorte y corrió hacia el centro del puente.

—Capitán, acabo de recibir un mensaje de socorro civil —soltó de golpe, muy nervioso—. Un pescador dice que un submarino japonés está disparando contra el barco de su hermano enfrente de la costa.

—¿Parecía sobrio? —contestó el barbudo y corpulento comandante del barco en tono escéptico.

—Sí, señor. Dijo que no vio el submarino por culpa de la niebla, pero recibió una llamada de su hermano desde otro pesquero. Oyó un par de detonaciones disparadas desde un cañón grande, y luego perdió contacto con su hermano. He recibido una llamada de otro barco confirmando el sonido de artillería.

—¿Concretaron la posición?

—Sí, señor. Nueve millas al sudoeste de cabo Flattery.

—Muy bien. Póngase en contacto con el Madison y dígame que nos adelantamos hacia el estrecho para investigar un supuesto contacto con el enemigo, y después proporcione un punto de posición a Navegación. Señor Baker —continuó, al tiempo que se volvía hacia un alto teniente parado a su lado—, informe al cuartel general.

Cuando sonó un timbre de alarma en todo el barco, la tripulación del *USS Theodore Knight* corrió a sus puestos de combate, proveyéndose de cascos y chalecos salvavidas mientras corrían. No era la primera vez que el destructor de clase Farragut entraba en acción. Botado en 1931 en los astilleros *Bath Iron Works* de Maine, el *Theodore Knight* tenía una hoja de servicios nutrida, pues había escoltado mercantes en el Atlántico Norte durante las primeras fases de la guerra. Después de esquivar diversos ataques de submarinos en el curso de sus misiones, el destructor de ciento dos metros de eslora había sido enviado de vuelta a la costa oeste para misiones de patrulla) e y escolta, recorriendo las aguas situadas entre San Diego y Alaska.

Tres millas más atrás, en el estrecho de Juan de Fuca, se hallaba el «*Liberty Ship*» Madison, en ruta hacia San Francisco con un cargamento de madera y salmón enlatado. El *Theodore Knight* dejó al buque de carga atrás y se adentró en el Pacífico cuando su comandante, el capitán de corbeta Roy Baxter, ordenó velocidad máxima. Las turbinas gemelas diesel impulsaron al esbelto barco gris a través de las aguas, como un sabueso que persiguiera a un conejo. La tripulación, acostumbrada a tranquilas patrullas rutinarias, se hallaba muy motivada ante la perspectiva de plantar cara al enemigo.

Hasta Baxter sentía el corazón un poco acelerado. Hombre de la Marina con veinte años de experiencia a sus espaldas, había actuado en el Atlántico, pero estaba aburrido de su reciente asignación a las orillas de la patria. Ardía en deseos de entablar combate de nuevo, aunque era escéptico en relación al informe transmitido por radio. Hacía más de un año que no se veían submarinos japoneses en la costa, y la armada imperial se hallaba claramente a la defensiva.

—¿Radar? —preguntó en voz alta.

—Señor, tengo tres barcos pequeños que se aproximan por el canal, dos desde el norte y uno desde el oeste —contestó el operador de radar sin apartar los ojos del monitor—. Tengo otro objetivo indefinido que parece estacionario hacia el sudoeste.

—Rumbo sur —ladró Baxter—. Que las baterías de proa estén preparadas para entrar en acción.

El comandante tuvo que reprimir una sonrisa de entusiasmo cuando dio las órdenes. Tal vez hoy nos ganemos la paga, pensó mientras se ceñía el casco.

Al contrario que sus equivalentes norteamericanos, la mayoría de submarinos japoneses de la Segunda Guerra Mundial no iban equipados con radar. La tecnología preventiva se empezó a desarrollar en submarinos japoneses hacia mediados de 1944, y solo se instaló en barcos selectos. Por el contrario, la mayoría de los submarinos japoneses confiaban en equipos de detección de sonidos para descubrir a un enemigo distante. Aunque con un radio de acción más limitado que el del radar, la detección de sonidos podía utilizarse bajo el agua, y ayudaba a muchos submarinos a evitar una cita fatal con las cargas de profundidad.

Sin unidad de radar, fue el operador de sonido del 1403 quien detectó primero al destructor que les atacaba.

—Barco aproximándose por delante... Intensidad de sonido uno —informó cuando su equipo registró al intruso por primera vez.

Habían sacado los dos aviones de sus hangares, para luego sujetar las alas y los flotadores a la cubierta, mientras las reparaciones continuaban. Era la situación que más temía Ogawa. Con ambos aviones ensamblados, pero sin poder despegar todavía, tendrían que sacrificarlos si el submarino se veía obligado a efectuar una inmersión de emergencia.

—Cañón de cubierta preparado —ordenó, con la esperanza de que el intruso fuera otro pesquero.

—Intensidad de sonido dos y aumentando —anunció con calma el operador—. Es un barco —añadió, y nadie se sorprendió de ello.

—Sujeten los aviones y despejen la cubierta de despegue —ordenó Ogawa a un alférez, que corrió por la larga cubierta mientras gritaba a mecánicos y pilotos. Después de amarrar los dos aparatos, la tripulación aérea recogió sus herramientas de trabajo y corrió al hangar, cuyas puertas se cerraron. Después, los hombres bajaron

por otra escotilla al interior del submarino.

—Intensidad de sonido tres, a proa. Puede ser un destructor —informó el operador, que había identificado correctamente el sonido metálico de las hélices gemelas.

En aquel preciso momento, el buque gris se materializó entre la niebla a media milla de distancia, la aparición de un espectro de acero que cargaba a través de la oscuridad. Espuma blanca salió disparada de la proa en enfurecidos torrentes, mientras hilillos de humo oscuro surgían de la chimenea. El esbelto barco se lanzó hacia el submarino, un ataque que no podía ser ignorado.

Al cabo de un instante, el cañón de cubierta del 1403 tronó, cuando los experimentados artilleros del submarino intentaron detener al demonio que se precipitaba hacia ellos.

Una vez identificado el barco como un destructor, Ogawa reconoció la inutilidad de un duelo con un buque superior y ordenó de inmediato la inmersión. Habría que sacrificar la misión a cambio de la seguridad de la nave y su tripulación, razonó, si es que no era ya demasiado tarde.

Cuando sonó la alarma de inmersión, los artilleros dispararon una última y desesperada salva, antes de refugiarse bajo la cubierta. La puntería de los artilleros era casi perfecta, pero compensaron en exceso la velocidad del destructor. El proyectil se hundió en el agua a unos quince metros de distancia de la proa del buque norteamericano, lo cual provocó que un chorro de agua cayera sobre la cubierta, pero sin causar daños.

Las dos baterías de proa del Theodore Knight cobraron vida al fin, y lanzaron proyectiles de cinco pulgadas en rapidísima sucesión contra el submarino japonés. Sin embargo, los artilleros, inexpertos y enardecidos por la adrenalina, dispararon alto, y los proyectiles del destructor no alcanzaron al submarino, que estaba acelerando.

En el puente exterior del 1403, Ogawa vaciló un momento antes de desaparecer por la escotilla, no sin antes lanzar una última mirada al enemigo que se acercaba. Captó un movimiento en la cubierta de proa, y le sorprendió ver a un tripulante que corría hacia uno de los aviones. Era un piloto, quien hizo caso omiso de la orden de inmersión y subió a su avión. Imbuido del espíritu de *kamikaze*, el piloto no podía soportar la idea de perder su avión, y deseaba morir con él. Ogawa maldijo su estúpida valentía, y después se escurrió bajo el puente.

Los depósitos de lastre se abrieron y una oleada de agua de mar empezó a aumentar el peso del submarino. El enorme casco del 1403 era un engorro en situaciones como esta, pues necesitaba mucho tiempo para sumergirse. Mientras Ogawa esperaba a que el submarino realizara su lento y agonizante descenso, jugó una carta más.

—¡Preparados para disparar torpedos! —ordenó.

Era una apuesta, pero calculada. Con el destructor justo delante, Ogawa podía lanzar un disparo a bocajarro y convertir al cazador en víctima.

—Tubos cargados —informó el oficial de torpedos.

—Preparen tubos número uno y número dos —ordenó Ogawa.

El destructor se encontraba a tan solo doscientos metros de distancia, y sus cañones de cinco pulgadas aún escupían fuego. Por asombroso que pareciera, los cañones del destructor continuaban errando el blanco. El submarino empezó a sumergirse poco a poco, cuando su morro se hundió bajo las olas y un torrente de agua inundó la cubierta.

—¡Fuego uno! —gritó Ogawa. Contó tres segundos en silencio, hizo una pausa y dio una nueva orden—. ¡Fuego dos!

Con una onda expansiva de aire comprimido, los dos torpedos salieron disparados hacia el destructor. Cada uno provisto de ojivas mortíferas de trescientos cincuenta y seis kilos, de siete metros de largo, los torpedos aceleraron al instante y corrieron hacia el *Theodore Knight* a más de cuarenta y cinco nudos.

Un alférez apostado en el ala del puente de mando del destructor observó dos estelas blancas bajo la superficie del agua, en dirección al buque.

—¡Torpedos a babor y estribor! —gritó, aunque su cuerpo se quedó petrificado cuando vio los proyectiles acercarse.

Al cabo de un momento, los torpedos estuvieron encima de ellos, pero ya fuera por un error de cálculo, una intervención divina o pura suerte, los dos peces mortíferos erraron el blanco. El vigía inmóvil vio asombrado que los dos torpedos pasaban rozando los dos lados de la proa del destructor, corrían paralelos en toda su longitud y desaparecían más allá de la popa.

—Se está sumergiendo, señor —observó el timonel del destructor, mientras veía saltar las olas sobre la proa del submarino.

—Apunten a la torreta —ordenó Baxter—. ¡Sin cuartel!

El fuego de las baterías de proa había cesado, como si los cañones ya no pudieran apuntar a un blanco tan bajo en relación a la proa del buque. La batalla se convirtió en una carrera, el destructor como un ariete en su intento de destruir al 1403, pero el submarino estaba ganando profundidad, y por un momento dio la impresión de que iba a deslizarse con éxito bajo su Némesis. El *Theodore Knight* había pasado sobre la línea de proa del submarino, y su quilla erró por escasos centímetros la cubierta superior del 1403, pero el destructor siguió adelante, empeñado en aplastar al enemigo.

Los aviones fueron los primeros en sentir la cuña afilada de la proa del destructor. Sumergidos en parte sobre la cubierta, los aeroplanos fueron alcanzados a mitad de su altura y desmembrados al instante en grandes fragmentos de metal, tela y escombros

mezclados. El osado piloto que había subido a la cabina del primer aparato gozó poco tiempo de su insolencia, antes de darse cuenta de que su deseo de morir con su avión iba a cumplirse.

El 1403 estaba ya sumergido a medias, y hasta el momento no había sufrido daños, pero la torreta sobresalía demasiado y no podía escapar a la ira del barco. La proa del destructor desgarró la consola del barco como una cimitarra. Ogawa y sus oficiales murieron al instante cuando el barco hendió el centro de control del submarino. Toda la estructura se desgajó del cuerpo del submarino cuando el destructor continuó su ataque y efectuó un corte profundo en el lomo posterior del 1403. La tripulación condenada escuchó el chirriar de metal contra metal, antes de que torrentes de agua inundaran los compartimientos. La muerte llegó rápida pero dolorosamente, y el submarino se hundió enseguida hasta el fondo. Una masa de burbujas y aceite ascendió a la superficie, como indicando el lugar de la tumba marina, y luego se hizo el silencio.

A bordo del *Theodore Knight*, la tripulación y los oficiales lanzaron vítores para celebrar la destrucción del submarino japonés, mientras miraban la mancha reveladora de aceite negro y combustible en la superficie, como una nube de muerte sobre el barco hundido. Qué suerte habían tenido al localizar y destruir un barco enemigo justo delante de su costa, sin sufrir ni una baja. Aunque el enemigo había luchado con valor, la victoria había sido fácil. Los tripulantes volverían a puerto como héroes, con una historia que contar a sus nietos. Lo que ninguno de los hombres del destructor podía sospechar o imaginar, no obstante, era el indecible horror que se habría abatido sobre sus compatriotas si el 1403 hubiera cumplido su misión. Tampoco podían saber que el horror todavía esperaba, acechando en silencio desde las profundidades, a bordo del submarino destruido.

I.

UN AIRE DE MUERTE

22 de mayo de 2007, Islas Aleutianas, Alaska.

Los vientos remolineaban sin mucha fuerza sobre la descolorida cabaña de hojalata amarilla asentada sobre un pequeño risco que dominaba el mar. Algunos copos de nieve bailaban alrededor del alero de la estructura, antes de caer al suelo y fundirse entre la hierba y la tundra. Pese al zumbido cercano del generador diesel, un peludo husky estaba tumbado sobre una pequeña parcela de grava, disfrutando de un profundo sueño. Una golondrina ártica de plumas blancas revoloteó cerca para echar un vistazo, y después se detuvo un momento en el tejado del pequeño edificio. Después de examinar con curiosidad el extraño conjunto de antenas verticales, faros y antenas parabólicas que adornaban el tejado, la pequeña ave se dejó llevar por una ráfaga de viento y se alejó en busca de ofertas más comestibles.

La estación meteorológica de la Guardia Costera de la isla Yunaska era tan tranquila como remota. Situada en mitad de la cadena de islas Aleutianas, Yunaska era una de las docenas de elevaciones volcánicas que se curvaban desde el territorio continental de Alaska como un tentáculo arqueado. De apenas veinticinco kilómetros de anchura, la isla se distinguía por dos volcanes dormidos en cada extremo, separados por colinas onduladas cubiertas de hierba. Aparte de un único árbol o arbusto alto, la isla verde se elevaba como una esmeralda de las gélidas aguas del océano circundantes, cuando la primavera se encaminaba ya hacia su final.

Hacia el centro de las corrientes del Pacífico, Yunaska era un punto ideal para seguir la pista de las condiciones marinas y atmosféricas que darían lugar a frentes desarrollados por completo cuando se movieran hacia el este, en dirección a Norteamérica. Además de recoger datos meteorológicos, la estación de la Guardia Costera también servía como estación repetidora de auxilio y rescate para los pescadores con problemas que trabajaban en las aguas cercanas.

El lugar no podía considerarse un paraíso para los dos hombres destinados a la estación. El pueblo más cercano se hallaba a ciento treinta y cinco kilómetros de distancia, mientras su base se encontraba en Anchorage, a más de mil quinientos kilómetros. Los aislados habitantes estaban solos durante un período de tres semanas, hasta que llegaba por vía aérea el siguiente par de voluntarios. Durante cinco meses al año, las brutales condiciones meteorológicas obligaban a clausurar la estación, salvo por mínimas operaciones a distancia, pero de mayo a noviembre, el equipo de dos hombres estaba de servicio día y noche.

Pese a la reclusión, el meteorólogo Ed Stimson y el técnico Mike Barnes consideraban la misión un chollo. A Stimson le gustaba practicar su ciencia, mientras que Barnes se refocilaba pensando en el tiempo libre que acumularía después de

trabajar en un turno, el cual dedicaría a buscar oro en rincones remotos de Alaska.

—Te lo digo, Ed, tendrás que buscarte un nuevo compañero después de nuestro siguiente descanso. Descubrí una fisura de cuarzo acojonante en los montes Chugach. Sé que tiene que haber una gruesa y jugosa veta de oro justo debajo.

—Claro, como ese hallazgo del que te jactaste en el río McKinley —bromeó Stimson.

Barnes poseía un optimismo ingenuo que siempre divertía al meteorólogo.

—Ya me creerás cuando me veas pasear por Anchorage en mi Hummer nuevo —contestó Barnes, algo indignado.

—Muy justo —contestó Stimson—. Entretanto, ¿puedes echar un vistazo al soporte del anemómetro? Las mediciones de la velocidad de los vientos han vuelto a dejar de grabarse.

—Pero no te apropiés de mi mina de oro mientras estoy en el tejado —sonrió Barnes, mientras se ponía un grueso chaquetón.

—No tienes por qué preocuparte, amigo mío. No tienes por qué preocuparte.

Dos millas al este, Sarah Matson se arrepentía de haberse dejado los guantes en la tienda. Aunque la temperatura alcanzaba casi los diez grados, la sensación de frío era mucho más intensa debido a una brisa procedente del mar. Tenía las manos mojadas por haberse arrastrado sobre pedruscos bañados por el oleaje, y las yemas de sus dedos estaban perdiendo la sensibilidad a marchas forzadas. Mientras trepaba por un barranco, intentó olvidarse de sus manos heladas y concentrarse en sus movimientos, que la acercaban cada vez más a su presa. Avanzó con cautela por un sendero sembrado de guijarros y trepó poco a poco hasta un punto privilegiado, situado junto a un afloramiento rocoso.

A menos de diez metros de distancia, una ruidosa colonia de leones marinos retozaba al borde del agua. Una docena de dichos mamíferos bigotudos estaban apelotonados como turistas en la playa de Río, mientras cuatro o cinco más nadaban en el oleaje. Dos machos jóvenes se ladraban mutuamente, tratando de llamar la atención de una hembra cercana, que no demostraba el menor interés por ninguno de los dos. Varios cachorros dormían ajenos al alboroto, acurrucados contra el estómago de su madre.

Sarah sacó una pequeña libreta del bolsillo y empezó a tomar nota de las características de cada animal, calculando su edad, sexo y aparente estado de salud. Observó con la máxima precisión posible cada león marino, buscando señales de espasmos musculares, secreciones oculares o nasales, o cantidad excesiva de estornudos. Después de casi una hora de observación, devolvió la libreta al bolsillo, con la esperanza de que después sería capaz de leer la caligrafía garabateada por sus dedos ateridos.

Sarah volvió sobre sus pasos por el barranco. Descubrió que sus pisadas de antes

habían dejado huellas en la hierba apenas crecida, y las siguió con facilidad hacia el interior, hasta subir por una pendiente poco pronunciada. Notó que la fría brisa del mar revitalizaba sus pulmones mientras caminaba, al tiempo que la desnuda belleza de la isla lograba que se sintiera plena de energías y de vida. Pese a su cuerpo esbelto y delicadas facciones, la mujer de pelo color pajizo, de unos treinta años, disfrutaba trabajando al aire libre. Sarah, que se había criado en el Wyoming rural, había pasado todos los veranos paseando a pie y a caballo por los montes Tetón con un par de hermanos pendencieros. Su amor por la vida salvaje la había impulsado a estudiar veterinaria en la universidad del vecino estado de Colorado. Tras una serie de empleos de investigadora en la costa Este, había seguido a uno de sus profesores favoritos hasta los Centros de Control Epidemiológico federales, con la promesa de que no estaría encerrada en un laboratorio todo el día. En su papel de epidemióloga de los CDC (Centers for Disease Control), podía combinar su pasión por la vida salvaje y los espacios abiertos con la investigación de las enfermedades contagiosas entre animales que suponían una amenaza para la salud de los humanos.

Estar en las islas Aleutianas era el tipo de aventura al aire libre que anhelaba, si bien la razón de su presencia estaba relacionada con su corazón amante de los animales. Se había informado de un número misterioso de leones marinos muertos en el oeste de la península de Alaska, aunque no existían sospechas de ninguna catástrofe ecológica conocida o de algún desastre desencadenado por seres humanos. Sarah y dos compañeros habían sido enviados desde Seattle para diagnosticar la extensión de la mortandad y su grado de dispersión. El equipo empezó con la isla exterior de Attu para desplazarse con posterioridad hacia el este, en busca de señales de la epidemia al tiempo que avanzaban hacia la Alaska continental. Cada tres días, un pequeño hidroavión recogía al equipo y lo transportaba a la siguiente isla, con nuevas provisiones. El segundo día en Yunaska no había logrado revelar nada sobre la enfermedad entre la población local de leones marinos, lo cual había inspirado cierta sensación de alivio a Sarah.

Agraciada con pómulos salientes y suaves ojos color avellana, la bonita científica recorrió con rapidez los tres kilómetros que distaba el campamento y divisó el trío de tiendas rojas a lo lejos. Un hombre rechoncho y barbudo, vestido con una camisa de franela y una gastada gorra de béisbol de los Seattle Mariners, estaba rebuscando en una nevera de buen tamaño cuando Sarah se acercó al campamento.

—Hola, Sarah. Sandy y yo estábamos haciendo planes para comer —dijo Irv Fowler con una sonrisa. Un hombre tranquilo de cincuenta y pocos años, Fowler aparentaba diez menos.

Una pelirroja menuda salió de una tienda con una olla y un cucharón.

—Irv siempre está haciendo planes para comer —respondió Sandy Johnson con una sonrisa, al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—¿Cómo os ha ido esta mañana? —preguntó Sarah, mientras acercaba un taburete y se sentaba.

—Sandy tiene las estadísticas. Investigamos una colonia numerosa de leones marinos en la playa este, y todos parecían gordos y sanos. Encontré un cadáver, pero a juzgar por las apariencias, el amigo había expirado a una edad avanzada. Tomé una muestra de tejido para analizarlo en el laboratorio, por si las moscas.

Mientras hablaba, Fowler encendió la cocina de campaña, y la llama azul ardió con un «puf».

—Eso coincide con lo que yo también he observado. Parece que la enfermedad no se ha propagado hasta los leones marinos de la encantadora Yunaska —contestó Sarah, al tiempo que sus ojos exploraban el paisaje verde que les rodeaba.

—Esta tarde podemos observar la colonia de la costa oeste, puesto que nuestro piloto no vendrá a recogernos hasta mañana por la mañana.

—Así andaremos un poco, pero podemos parar a charlar un rato en la estación de la Guardia Costera, porque nuestro piloto dijo que estaba habitada en esta época del año.

—Entretanto —anunció Fowler, mientras colocaba la olla sobre la cocina—, ha llegado el momento de la especialidad de la casa.

—No será ese picantísimo... —intentó protestar Sandy antes de que la interrumpieran.

—Ya lo creo. Chili cajún du jour —sonrió Fowler, y tiró el contenido grumoso de una lata grande en la olla.

—Como dicen en N'Awlins —rió Sarah—, laissez le bon temps rouler.

Ed Stimson miraba con atención un monitor de radar meteorológico, y vio que una ligera masa de nubes electrónicas blancas ocupaba la parte superior de la pantalla verde. Era un frente de tormentas moderado, unos trescientos kilómetros al sudoeste, que durante varios días dejaría lluvias abundantes sobre su isla. Un golpeteo en el techo rompió su concentración. Barnes seguía trabajando con el anemómetro en el tejado.

Un parloteo sembrado de estática resonó en toda la cabaña, procedente de un equipo de radio instalado en una esquina. Barcos pesqueros cercanos, cuyos capitanes hablaban del tiempo, constituían la mayor parte de las emisiones de radio que recibía la isla. Stimson hizo lo que pudo por sintonizar la cháchara sin sentido, y al principio no detectó el extraño siseo. Era una resonancia grave procedente del exterior. Después, la radio enmudeció un momento, y luego se oyó un sonido similar al de un avión a chorro. Durante largos segundos, el peculiar ruido continuó, y dio la impresión de que disminuía algo de intensidad, antes de terminar en un fuerte chasquido.

Stimson pensó que podía ser una tormenta y ajustó el alcance del radar

meteorológico a una distancia de veinte millas. El monitor solo mostró unas pocas nubes dispersas en las cercanías, sin nada parecido a truenos. Será la Fuerza Aérea haciendo de las suyas, supuso, al recordar el intenso tráfico aéreo en los cielos de Alaska durante los días de la Guerra Fría.

El lloriqueo del husky llamado Max interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué pasa, Max? —gritó Stimson, al tiempo que abría la puerta de la cabaña.

El perro lanzó un aullido de muerte, tembloroso, en dirección a su amo. Stimson se quedó de una pieza al ver los ojos vidriosos del animal, y la espesa espuma blanca que brotaba de su boca. El perro se balanceó un momento de un lado a otro, y luego cayó de costado con un ruido sordo.

—¡Jesús! Baja enseguida, Mick —chilló Stimson a su compañero.

Barnes ya estaba bajando la escalerilla, pero le costaba apoyar el pie sobre los peldaños. Ya cerca del suelo, su pie izquierdo erró el último escalón y cayó al suelo, aunque consiguió agarrarse del travesaño en el último momento.

—Mike, el perro... ¿Te encuentras bien? —preguntó Stimson, y se dio cuenta de que algo estaba pasando. Corrió al lado de su compañero y descubrió que Barnes respiraba con dificultad, y sus ojos estaban casi tan vidriosos como los de Max. Pasó un brazo alrededor de los hombros del hombre más joven, arrastró a Barnes hasta la cabaña y lo sentó en una silla.

Barnes se inclinó hacia delante y sufrió violentas arcadas, después se sentó muy tieso y se aferró al brazo de Stimson para no caer.

—Hay algo en el aire —susurró con voz ronca.

Nada más había pronunciado estas palabras, cuando sus ojos se pusieron en blanco y cayó muerto al instante.

Stimson se quedó conmocionado, y después descubrió que la habitación daba vueltas como una peonza ante sus ojos. Un dolor agudo atormentaba su cabeza, y de repente, una presa de hierro le dejó sin aire en los pulmones. Se tambaleó en dirección a la radio, intentó lanzar un breve grito de ayuda, pero no estaba seguro de si sus labios podrían moverse, debido al entumecimiento de su cara. Un estallido de calor ardió en su interior, como un fuego invisible que consumiera sus órganos. Falto de aire y perdida la visión por completo, se tambaleó y se desplomó como un saco, muerto antes de tocar el suelo.

Cuatro millas al este de la estación de la Guardia Costera, los tres científicos de los CDC estaban acabando de comer cuando la ola invisible de muerte les alcanzó. Sarah fue la primera en detectar que algo iba mal, cuando un par de pájaros que volaban en lo alto se detuvieron en pleno vuelo, como si hubieran chocado contra un muro invisible, y después cayeron a tierra dando vueltas. Sandy fue la primera víctima: se agarró el estómago y se dobló en dos, presa de agudos dolores.

—Venga, mujer, mi chile no era tan malo —bromeó Fowler, antes de que también

él se sintiera mareado e invadido por náuseas.

Sarah se levantó y avanzó unos pasos hacia la nevera para sacar una botella de agua, cuando un chorro de fuego recorrió sus piernas y sus prietos muslos empezaron a sufrir espasmos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Fowler con voz ahogada, mientras intentaba consolar a Sandy, pero cayó al suelo entre intensos dolores.

Sarah tuvo la impresión de que el tiempo transcurría más despacio, mientras sus sentidos se apagaban. Se desplomó en el suelo cuando sus músculos se debilitaron y se negaron a obedecer las órdenes que enviaba su cerebro. Experimentó la sensación de que sus pulmones se encogían, de modo que cada vez que respiraba era una agonía. Un ruido sordo empezó a resonar en sus oídos cuando cayó de espaldas y contempló con ojos borrosos el cielo gris. Sintió que las hojas de hierba bailaban y susurraban contra su cuerpo, pero estaba paralizada, incapaz de moverse.

Poco a poco, una niebla envolvió su mente y un campo de negrura empezó a invadir los límites de su visión. No obstante, una repentina intrusión animó sus sentidos por un momento. Una aparición se materializó en el mar gris, un extraño fantasma con un mechón de pelo negro sobre una cara de goma que parecía fundirse como plástico. Notó la mirada alienígena clavada en ella, provista de ojos de cristal de ocho centímetros de anchura. Pero daba la impresión de que había otro par de ojos detrás de las lentes de cristal, que la miraban atentamente con afabilidad y ternura. Un par de profundos ojos verde ópalo. Después, todo viró a negro.

2

Sarah abrió los ojos y vio un dosel gris sobre ella, solo que este era liso y sin nubes. Cuando se sacudió de encima el aturdimiento, sus ojos se enfocaron y pudo ver que no era el cielo, sino un techo. Cuando tomó conciencia de que estaba tumbada sobre algo blando, descubrió que era una cama, y que tenía la cabeza apoyada sobre una almohada. Una mascarilla de oxígeno le cubría la cara. Se la quitó, pero no así la aguja intravenosa clavada en el brazo. Examinó con detenimiento su entorno, y sus ojos se posaron sobre un pequeño escritorio que había en una esquina, con una impresionante pintura de un transatlántico antiguo sobre él, mientras que a un lado había un cuarto de baño pequeño. La cama estaba fijada a la pared, y la puerta abierta daba a un pasillo. Tuvo la impresión de que toda la habitación daba vueltas, pero no sabía si era su cabeza la que creaba aquel efecto, debido al latido continuo de sus sienas.

Un movimiento llamó su atención, y cuando volvió la cabeza hacia la puerta vio una figura parada, que la miraba con una leve sonrisa. Era un hombre alto, de hombros anchos, cuerpo nervudo y en plena forma. Era joven, tal vez cerca de la treintena, calculó, pero se movía con la confianza de un hombre más maduro. Su piel exhibía el bronceado intenso de alguien que pasaba mucho tiempo al aire libre. El pelo negro y ondulado estaba apartado de una cara de facciones marcadas, más intrigante que hermosa en un sentido clásico. Pero eran los ojos los que irradiaban un aura alrededor del hombre. Eran de un verde profundo iridiscente, y revelaban una mezcla de inteligencia, amor a la aventura e integridad. Eran los ojos de un hombre en quien se podía confiar. Y eran los mismos ojos verdes, recordó Sarah, que había visto en el campamento antes de perder el conocimiento.

—Hola, Bella Durmiente —dijo una voz cálida y profunda.

—Usted..., usted es el hombre del campamento —tartamudeó Sarah.

—Sí. Te pido perdón por no haberme presentado como es debido en la isla, Sarah. Me llamo Dirk Pitt.

Se abstuvo de decir «hijo», aunque se llamaba igual que su padre.

—¿Sabe quién soy? —preguntó la joven, todavía confusa.

—Bien, íntimamente no. —La sonrisa de Dirk no era amenazadora—. Pero un avispa científico llamado Irv me habló un poco de ti y del proyecto de Yunaska. Por lo visto, Irv pensaba que había envenenado a todo el mundo con su chile.

—¡Irv y Sandy! ¿Se encuentran bien?

—Sí. Hicieron una pequeña siesta, como tú, pero ahora están bien. Están descansando en este mismo pasillo —dijo Dirk, y señaló el corredor con el pulgar. Vio la mirada de perplejidad en los ojos de Sarah y le dio un apretón tranquilizador en el hombro.

—No te preocupes, estás en buenas manos. Te encuentras a bordo del buque de investigación *Deep Endeavor*, de la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas, la NUMA. Estábamos regresando de una exploración submarina a la Depresión Aleutiana, cuando recibimos una señal de socorro de la estación meteorológica de la Guardia Costera situada en Yunaska. Volé a la estación en el helicóptero que llevamos a bordo y vi vuestro campamento mientras volvía al barco. Te ofrecí, a ti y a tus amigos, una visita guiada completa a Yunaska, pero estuvisteis durmiendo todo el rato —añadió Dirk en tono de burlona decepción.

—Lo siento —murmuró Sarah, y se sintió algo avergonzada—. Supongo que debo darle las gracias, señor Pitt.

—Llámame Dirk, por favor.

—De acuerdo, Dirk —contestó Sarah con una sonrisa, y sintió una extraña palpitación cuando pronunció su nombre—. ¿Cómo está la gente de la Guardia Costera?

La cara de Dirk se ensombreció y una expresión dolorida cruzó su frente.

—Temo que no llegamos a tiempo. En la estación encontramos a dos hombres y un perro. Todos estaban muertos.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Sarah. Dos hombres muertos, y ella y sus compañeros a punto. Todo era absurdo.

—¿Qué demonios ocurrió? —preguntó Sarah, conmovida.

—No lo sabemos con seguridad. El médico de nuestro barco está practicando algunos análisis, pero como ya puedes imaginar sus recursos son limitados. Pudo ser algún producto o gas tóxico transportado por el aire. Solo sabemos con certeza que la estación de la Guardia Costera pensó que había algo en el aire. Entramos con mascarillas antigás y salimos ilesos. Hasta nos llevamos unos ratones del laboratorio de nuestro barco. Todos sobrevivieron, sin síntomas aparentes. Fuera lo que fuese, debía haberse disipado cuando aterrizamos en la estación de la Guardia Costera. Por lo visto, tu equipo y tú estabais lo bastante lejos del origen para que el impacto fuera menos severo. Es probable que no recibierais una dosis completa.

Sarah bajó la vista y no dijo nada. El horror y el dolor de lo sucedido la asaltaron de nuevo, acompañados de un abrumador cansancio. Quería dormir y confiar en que todo no fuera más que un sueño.

—Sarah, le diré al médico que venga a echarle un vistazo, y luego dormirás un poco más. Tal vez más tarde pueda invitarte a un plato de patas de centolla para cenar —dijo Dirk sonriente.

Sarah le devolvió la sonrisa.

—Me gustaría —murmuró, y se quedó dormida al instante.

Kermit Burch se hallaba de pie ante el timón, leyendo un comunicado enviado por fax, cuando Dirk entró en el puente por la puerta del ala de estribor. El veterano

capitán del *Deep Endeavor* meneaba la cabeza mientras leía el documento, y después se volvió hacia Dirk con expresión algo irritada.

—Hemos avisado a la Guardia Costera y al Departamento de Seguridad Interior, pero nadie hará nada hasta que las autoridades locales hayan redactado su informe. El responsable de salud pública del pueblo de Atka es el agente de la ley de la zona, y no podrá ir a la isla hasta mañana. —Burch resopló—. Dos hombres muertos, y lo tratan como si fuera un accidente.

—No tenemos mucho para tirar adelante —contestó Dirk—. He hablado con Cari Nash, nuestro analista del entorno marino, muy versado en contaminantes terrestres. Según Nash, existen emisiones ambientales naturales, como emanaciones volcánicas sulfurosas, que habrían podido matar a esos hombres. Otro culpable en potencia son altas concentraciones de contaminantes industriales, aunque no tengo noticia de que haya plantas químicas en las Aleutianas.

—El responsable de seguridad pública me dijo que le parece un caso clásico de envenenamiento por monóxido de carbono, emitido por el generador de la estación. Eso no explica por qué nuestros amigos de los CDC sucumbieron a efectos similares a cuatro millas de distancia.

—Ni explica el perro que encontré muerto a la puerta de la estación —añadió Dirk.

—Bien, tal vez el equipo de los CDC pueda arrojar alguna luz sobre el problema. ¿Cómo van nuestros invitados, por cierto?

—Aún están un poco atontados. No se acuerdan de gran cosa, aparte de que todo fue muy rápido.

—Cuanto antes les llevemos a un hospital, antes me quedaré tranquilo. El campo de aviación más cercano está en Unalaska, adonde podemos llegar en menos de catorce horas. Pediré por radio un vuelo médico que les traslade a Anchorage.

—Capitán, me gustaría salir a reconocer la isla en helicóptero. No tuvimos mucha ocasión de echar un vistazo durante el último vuelo. Puede que pasáramos algo por alto. ¿Alguna objeción?

—No... siempre que te lleves contigo al gracioso de Texas —contestó Burch con una sonrisa contrita.

Mientras Dirk efectuaba la verificación previa al vuelo desde el asiento del piloto del helicóptero Sikorsky S76C+ de la NUMA, un hombre de pelo amarillo y espeso bigote atravesó contoneándose la plataforma de vuelo. Con botas de vaquero, brazos esculpidos y una perpetua expresión hosca que ocultaba un mordaz sentido del humor, Jack Dahlgren parecía un domador de toros que se hubiera perdido camino del rodeo. Famoso por sus bromas pesadas, Dahlgren ya había conseguido mosquear a Burch cuando añadió a la cafetera de la cocina una botella barata de ron la primera noche que pasaron juntos en el mar. Un genio de la ingeniería criado al oeste de

Texas, Dahlgren se sentía como en casa entre caballos y armas, así como con cualquier tipo de maquinaria que funcionara encima o debajo del mar.

—¿Esta es la visita guiada a las islas que me recomendó mi agente de viajes? —preguntó a Dirk, al tiempo que asomaba la cabeza por la ventanilla de la cabina.

—Entra, hijo, no saldrás decepcionado. Toda el agua, rocas y leones marinos que tus ojos puedan asimilar.

—Suenan bien. Te daré una buena propina si eres capaz de encontrarme un bar con una camarera que lleve minifalda.

—Veré qué puedo hacer —sonrió Dirk, mientras Dahlgren ocupaba el asiento del copiloto.

Los dos hombres se habían hecho grandes amigos unos años antes, cuando estudiaban ingeniería oceanográfica en la Universidad Atlántica de Florida. Ávidos buceadores, solían saltarse las clases juntos para ir a pescar en los arrecifes de coral de Boca Ratón, y utilizaban el pescado recién cogido para engatusar a las estudiantes universitarias locales y montar barbacoas en la playa. Después de graduarse, Jack terminó su programa de instrucción militar en la Marina, mientras Dirk obtenía un máster en el New York Maritime College y se entrenaba en una escuela de submarinismo comercial. Los dos hombres se reunieron de nuevo cuando Dirk fue a trabajar con su padre en la NUMA como director de proyectos especiales, y convenció a su viejo amigo de que le acompañara en la prestigiosa agencia de investigación.

Tras años de bucear juntos, se había formado un vínculo casi no verbalizado entre los dos hombres. Sabían que podían depender el uno del otro y se esforzaban al máximo cuando las cosas iban mal. Dahlgren ya había visto antes la mirada de determinación de Dirk, y conocía su enconada contumacia. Los misteriosos acontecimientos de Yunaska preocupaban a su amigo, observó Dahlgren, y no lo iba a dejar correr así como así.

El principal rotor del Sikorsky emitió un ruido agudo cuando Dirk elevó el helicóptero desde una pequeña plataforma de aterrizaje montada en el centro del *Deep Endeavor*. Dirk alcanzó los treinta metros de altura y mantuvo el helicóptero estacionario un momento, admirando la vista del barco de investigación de la NUMA, de color turquesa y baos anchos, con aspecto achaparrado pese a sus ochenta y un metros de eslora. Sin embargo, la ausencia de forma aerodinámica estaba compensada por una plataforma de operaciones estable, ideal para manipular la gran cantidad de grúas y montacargas distribuidos estratégicamente en la amplia cubierta de popa. En mitad de la cubierta, un sumergible amarillo rabioso brillaba como una joya bajo el sol del atardecer, posado en su cuna de botadura de madera, mientras varios técnicos manipulaban sus propulsores y componentes electrónicos. Uno de los técnicos se levantó y agitó la gorra en dirección al helicóptero. Dirk saludó al

hombre, ladeó el helicóptero y se desvió al noreste, en dirección a la isla de Yunaska, que se hallaba a menos de diez millas de distancia.

—¿De vuelta a Yunaska? —preguntó Dahlgren.

—La estación de la Guardia Costera que exploramos esta mañana.

—Fantástico —gimió Dahlgren—. ¿Vamos a hacer las veces de coche fúnebre volante?

—No, solo a buscar el origen de lo que mató a los hombres y al perro.

—Lo que buscamos ¿es animal, vegetal o mineral? —preguntó Dahlgren a través de los auriculares, mientras mascaba chicle.

—Los tres —contestó Dirk—. Cari Nash me dijo que cualquier cosa podía crear una nube tóxica, desde un volcán activo hasta una floración de algas, por no hablar del contaminante industrial que utilizas en el jardín.

—Para a la siguiente morsa que veas y pídele la dirección de la fábrica de pesticidas más cercana.

—Eso me recuerda... ¿Dónde está Basil? —preguntó Dirk, y paseó la vista alrededor de la cabina.

—Aquí, sano y salvo —contestó Dahlgren. Sacó una pequeña jaula de debajo del asiento y la sostuvo delante de su cara. Un pequeño ratón blanco miró a Dahlgren desde dentro, y sus diminutos bigotes se agitaron.

—Respira hondo, amiguito, y no nos dejes dormir.

3

La herbosa isla de Yunaska se alzaba sobre las aguas verdes delante de ellos, y unos cuantos cirros diseminados bailaban alrededor del más grande de los dos picos volcánicos extinguidos de las islas. Dirk aumentó poco a poco la altitud del helicóptero cuando se acercaron a la escarpada costa, y luego siguió paralelo al borde del agua. Solo tardó unos minutos en recorrer el perímetro de la isla en dirección contraria a las agujas del reloj, antes de avistar el edificio amarillo de la estación de la Guardia Costera. Con el helicóptero suspendido sobre la estación, Dirk y Dahlgren inspeccionaron con detenimiento el terreno que rodeaba la estación, en busca de algo inusual. Dirk vio el cadáver del husky, Max, tendido ante la puerta de la cabaña, lo cual le recordó la expresión de horror y dolor pintada en el rostro de los dos hombres muertos en el interior, cuando Dahlgren y él habían aterrizado en la isla el día anterior. Reprimió sus emociones y desvió su motor mental hacia el descubrimiento del origen de la brisa tóxica mortífera.

Dirk cabeceó hacia la derecha.

—Los vientos predominantes vienen del oeste, de modo que el agente causante habrá venido de más arriba de la costa, o tal vez de mar adentro.

—Parece lógico. El equipo de los CDC estaba acampado al este de aquí, y es evidente que recibieron una dosis letal del misterioso gas —contestó Dahlgren, mientras examinaba el suelo con unos prismáticos de baja potencia.

Dirk aplicó una suave presión a la palanca de control de rotación y el helicóptero se alejó del edificio amarillo. Durante la siguiente hora, los dos hombres se esforzaron por divisar alguna señal del origen de la toxina, fuera natural u obra del hombre. Dirk describió amplios arcos semicirculares tanto en dirección norte como sur, avanzando hacia el oeste hasta llegar a la costa occidental, para luego volver a las cercanías de la estación de la Guardia Costera.

—Nada más que hierba y rocas —gruñó Dahlgren—. Por mí, que se la queden las focas.

—Hablando de focas, mira lo que hay ahí —repuso Dirk, y señaló una pequeña playa de grava que había delante.

Media docena de leones marinos marrones estaban tendidos en el suelo, al parecer disfrutando de los rayos del sol. Dahlgren miró con atención, y luego arrugó la frente en señal de perplejidad.

—No se mueven. También se vieron afectados.

—La toxina no debía proceder de Yunaska, sino del mar, o de la isla de al lado.

—Amukta es el siguiente montón de rocas, hacia el oeste —contestó Dahlgren, al tiempo que pasaba un dedo sobre una carta marina de la región.

Dirk vio con claridad el perfil gris sucio de la isla en el horizonte.

—Debe de estar a unas veinte millas de aquí.

Echó una ojeada al indicador de la gasolina y continuó.

—Creo que nos queda tiempo para un vistazo rápido antes de quedarnos sin combustible. ¿Te importa perderte la sesión de pedicura del salón de belleza del barco?

—Claro, la haré coincidir con mi body wrap de mañana —contestó Dahlgren.

—Comunicaré a Burch hacia dónde nos dirigimos —dijo Dirk, y marcó la frecuencia de radio del barco.

—Dile que guarden la cena en la cocina —añadió Dahlgren, mientras se masajeaba el estómago—. Viendo estos paisajes me entra el hambre.

Mientras Dirk llamaba por radio al barco, guió el Sikorsky hacia la isla de Amukta, volando bajo sobre el agua. El potente helicóptero, diseñado para transportar petróleo mar adentro, volaba recto como siguiendo un raíl bajo la firme mano de Dirk. Después de desplazarse durante diez minutos, Dahlgren levantó un brazo en silencio y señaló por la ventanilla de la cabina un objeto en el horizonte. Era un punto blanco, que aumentaba de tamaño a cada momento, hasta que se resolvió en un barco de buen tamaño con su estela y todo. Dirk aplicó una leve presión al control del pedal izquierdo sin decir palabra, hasta que el helicóptero siguió más o menos el mismo curso que el barco. Al acercarse vieron que era un pesquero de casco de acero, que corría hacia el sudoeste a toda velocidad.

—Ese trasto necesita que le saquen un poco de brillo —comentó Pitt, mientras adaptaba su velocidad al del barco.

Aunque no parecía muy viejo, era evidente que el barco pesquero había sido muy utilizado durante años. Rayas, abolladuras y manchas de grasa abundaban tanto en el casco como en toda la cubierta al aire libre. La capa de pintura original se había adelgazado en los puntos donde el óxido aún no había cantado victoria. De puertas afuera, parecía tan agotado como los neumáticos raídos que colgaban sobre los costados como ristras de donuts. No obstante, como muchos barcos de trabajo de aspecto deplorable, sus motores gemelos diesel habían sido remozados e impulsaban el buque a través del oleaje sin que apenas brotara un hilillo de humo negro de la chimenea.

Dirk estudió el barco detenidamente, y observó con interés que no ondeaba ninguna bandera en el mástil que identificara su nacionalidad. Ni en los costados de la proa ni en los de la popa aparecía el nombre del barco o del puerto de origen. Mientras examinaba la cubierta de popa, dos asiáticos vestidos con monos azules aparecieron a la vista y miraron el helicóptero como angustiados.

—No parecen muy amigables, ¿verdad? —comentó Dahlgren antes de saludar con la mano y sonreír al barco. Los dos individuos se limitaron a fruncir el ceño.

—Tú tampoco lo serías si trabajaras en esa reliquia —dijo Dirk mientras

suspendía el helicóptero sobre el barco—. ¿Observas algo raro en ese barco pesquero? —preguntó, mientras miraba la cubierta de popa.

—¿Te refieres a que no se ve ningún equipo de pesca?

—Exacto —contestó Dirk, al tiempo que acercaba más el helicóptero al barco. Reparó en un extraño caballete montado en el centro de la cubierta, de unos cinco metros de altura. No se veían marcas de herrumbre en el armazón metálico, lo cual indicaba que se había añadido al buque en fecha reciente. En una configuración con forma de estrella que había en la base del caballete se veía una marca polvorienta gris, que parecía grabada a fuego en la cubierta.

Cuando el helicóptero se acercó más, los dos hombres de la cubierta se pusieron a farfullar entre sí frenéticamente, y después bajaron por una escalera, junto a la cual había cinco cadáveres de leones marinos colocados uno al lado de otro, como en una lata. A la izquierda de los cuerpos había una pequeña jaula de acero, con tres leones marinos vivos.

—¿Desde cuándo la demanda de grasa de foca se ha impuesto al mercado de las patas de cangrejo? —preguntó Dahlgren.

—No estoy seguro, pero creo que a Nanook el esquimal no le haría ninguna gracia que esos tipos le robaran la cena.

Entonces, llegó el destello de fuego. Dirk lo detectó con el rabillo del ojo y pisó instintivamente el pedal izquierdo, de manera que el Sikorsky dio media vuelta al instante. El movimiento les salvó la vida. Cuando el helicóptero empezó a girar, una lluvia de balas alcanzó al aparato, pero en lugar de rociar la sección delantera de la cabina, destrozó el panel de instrumentos. La consola, los indicadores y la radio saltaron en pedazos, pero los pilotos y los componentes mecánicos fundamentales salieron indemnes.

—Creo que no les ha gustado el comentario sobre Nanook —comentó Dahlgren, mientras veía que los dos hombres con mono reaparecían y disparaban con rifles automáticos contra el helicóptero.

Dirk no dijo nada cuando puso el Sikorsky a la máxima potencia, en un intento de distanciarse de los tiradores. Los dos hombres continuaban disparando desde la cubierta de popa del buque pesquero con sus AK74 de fabricación rusa. En lugar de disparar contra los rotores, más delicados, lo hacían contra la cabina. Dentro del helicóptero, el chirrido de los motores y rotores se imponía al sonido entrecortado de los disparos. Dirk y Dahlgren solo oían una especie de golpeteo detrás de ellos, en el fuselaje.

Dirk describió un amplio arco con el helicóptero en dirección al costado de estribor del pesquero, interponiendo el puente del barco entre él y los tiradores, con el fin de protegerse de los disparos. Libre por un momento del ataque, movió la palanca del helicóptero y lo dirigió hacia la isla de Amukta, que se cernía en la distancia.

Pero el daño estaba hecho. La cabina empezó a llenarse de humo, mientras Dirk se debatía con los controles. La lluvia de plomo había destrozado componentes electrónicos, perforado líneas hidráulicas y averiado los indicadores de control. Dahlgren detectó un hilillo tibio en el tobillo y palpó hasta descubrir un limpio agujero en la pantorrilla. Varias balas habían encontrado también la turbina, pero el rotor seguía funcionando, entre toses y jadeos.

—Intentaré llegar a la isla, pero prepárate a saltar —gritó Dirk sobre el estruendo del motor al desintegrarse. Un maloliente humo azul invadió la cabina, acompañado por el olor acre a cables quemados. A través de la niebla, Dirk apenas podía distinguir la isla, y lo que parecía una pequeña playa.

La palanca de control temblaba en sus manos como una perforadora. Dirk utilizó todas sus fuerzas para mantener estable el aparato y lo guió hacia delante cuando empezó a desmontarse. Vio que la orilla de la isla les reclamaba cuando el aparato picó en dirección al mar y sus ruedas rozaron el oleaje. No obstante, a poca distancia de la costa, la turbina ya no resistió más. Digirió un puñado de sus propias piezas y gimió antes de detenerse con una fuerte detonación.

Cuando la turbina murió, Dirk tiró con todas sus fuerzas de la palanca de control colectivo para mantener el morro erguido, al tiempo que los rotores dejaban de funcionar. El rotor de cola hendió las aguas y actuó como un ancla para disminuir la velocidad del aparato. El Sikorsky quedó suspendido un momento en el aire, antes de que la gravedad se impusiera y la cabina cayera al agua con un fuerte estruendo. El rotor principal giró en el oleaje, intentó azotar el mar, pero el repentino impacto con el agua partió el eje principal y todo el rotor resbaló de costado quince metros antes de hundirse entre un chorro de espuma.

La cabina del Sikorsky aguantó incólume durante el impacto y flotó sobre el agua un momento, hasta hundirse bajo las aguas. A través del parabrisas destrozado, Dirk distinguió una ola que rompía sobre una playa arenosa, antes de que el agua helada invadiera la cabina y agujoneara su cuerpo. Dahlberg estaba intentando abrir a patadas la puerta de un panel lateral, mientras el agua verde les inundaba a marchas forzadas y se elevaba hacia el techo de la cabina. Los dos hombres levantaron la cabeza al unísono y tomaron una última bocanada de aire, antes de que el agua turbia les engullera. Después, el helicóptero turquesa desapareció por completo bajo la superficie entre un remolino de burbujas y descendió con rapidez hacia el lecho marino.

El capitán Burch lanzó de inmediato una misión de búsqueda y rescate, nada más perder el contacto por radio con Dirk y Dahlgren. Guió el *Deep Endeavor* hasta la última posición comunicada por Dirk y después inició una búsqueda visual de los dos hombres, navegando hacia el oeste en zigzag desde Yunaska a Arnukta. Todos los tripulantes disponibles fueron llamados a cubierta para explorar el horizonte «en

busca de señales de los hombres o del helicóptero» mientras que en la cabina de radio el operador continuaba llamando sin descanso al helicóptero desaparecido.

Después de tres horas de búsqueda, no encontraron ni rastro del helicóptero, y el miedo se apoderó de la tripulación del barco. El *Deep Endeavor* se había acercado a la isla de Amukta, que era poco más que un cono volcánico escarpado que sobresalía del mar. El ocaso estaba próximo, y el cielo se había teñido de púrpura hacia el oeste, a medida que la luz del día se apagaba poco a poco. El segundo de a bordo, Leo Delgado, estaba estudiando la forma empinada de la isla montañosa, cuando una mancha borrosa llamó su atención.

—Capitán, hay humo en la orilla —informó, y apuntó con un dedo hacia el punto brumoso de la isla.

Burch se llevó unos prismáticos a los ojos y examinó el punto con detenimiento durante varios segundos.

—¿Restos de un incendio, señor? —preguntó Delgado, temeroso de la respuesta.

—Tal vez. O señales de humo. Desde aquí no puedo decirlo. Delgado, tome dos hombres y vaya a la orilla con la Zodiac. Acercaré el barco lo máximo posible.

—Sí, señor —contestó Delgado, pero ya estaba cruzando el puente antes de que el capitán terminara de hablar.

Se había levantado una fuerte brisa, y el agua estaba picada cuando bajaron la Zodiac al agua. La fría espuma del mar empapó en repetidas ocasiones a Delgado y los dos tripulantes, mientras la embarcación de goma saltaba sobre las olas en su angustiada carrera hacia la orilla. El cielo estaba casi oscuro, y a los timoneles les costaba distinguir los hilillos de humo que contrastaban con el fondo negro de la isla. Daba la impresión de que la isla estaba rodeada por una orilla rocosa y empinada, y Delgado se preguntó si podrían desembarcar. Por fin, divisó las llamas de una hoguera y dirigió la Zodiac hacia ella. Entre las rocas se abría un canal, el cual conducía a una extensión de playa sembrada de guijarros. La embarcación de tres metros y medio cruzó el canal dando botes y se posó sobre la playa con un crujido, cuando el casco arañó algunas rocas antes de detenerse.

Delgado saltó de la embarcación hinchable y corrió con aprensión hacia el fuego. Vio dos figuras borrosas encorvadas sobre la hoguera para calentarse. Daban la espalda a Delgado.

—¿Pitt? ¿Dahlgren? ¿Estáis bien? —gritó Delgado vacilante, antes de acercarse más.

Los dos náufragos empapados se volvieron poco a poco hacia Delgado, como si alguien les hubiera interrumpido con grosería en mitad de una reunión importante. Dahlgren sujetaba una pata de cangrejo a medio comer en una mano, mientras la cabeza de un ratón blanco asomaba del bolsillo del pecho y olisqueaba el aire. Dirk se levantó sujetando un palo afilado, en cuyo extremo tenía pinchado el caparazón de

una enorme centolla de Alaska, cuyas patas sostenía sobre las llamas.

—Bien —dijo Dirk, al tiempo que arrancaba una pata humeante del gran crustáceo—, no nos iría mal un poco de limón y mantequilla.

Después de informar a Burch sobre su encuentro con el barco pesquero, Dirk y Dahlberg fueron renqueando a la enfermería del barco para curarse las heridas y ponerse ropa seca. La bala de la herida de Dahlberg había atravesado la parte carnosa de su pantorrilla izquierda, pero por suerte no había interesado ningún tendón. Mientras el médico suturaba la herida, Dahlberg encendió un puro, tendido en la camilla. Cuando el médico olió el humo, estuvo a punto de arrancar las suturas con sus manos, antes de obligar a Dahlgren a apagar el apestoso puro. El médico ofreció a Dahlberg un par de muletas y le dijo que estuviera tres días sin utilizar la pierna.

Limpiaron y vendaron la frente y la mejilla manchadas de sangre de Dirk, que habían resultado alcanzadas por un montón de cristales rotos cuando el helicóptero colisionó con el oleaje. Los dos hombres no habían recibido más heridas a consecuencia del choque y hundimiento del Sikorsky. Dirk había impedido que se ahogaran cuando reparó en que una puerta del fuselaje se había abierto durante el impacto. Después de que el helicóptero se llenara de agua, Dirk agarró a Dahlgren, salió por la puerta y ascendió hacia la superficie. Con la ayuda del Zippo de Dahlgren, habían podido encender algunas ramas secas en la playa y evitar la hipotermia, hasta que llegó Delgado en la barca de goma.

Entretanto, el capitán Burch informó de la pérdida del helicóptero al cuartel general de la NUMA, así como del incidente a la Guardia Costera y al responsable de seguridad pública del pueblo de Atka. El patrullero más cercano de la Guardia Costera se encontraba a cientos de millas de distancia de la isla de Attu. Proporcionaron información detallada acerca del pesquero, pero las probabilidades de interceptarlo eran remotas, en el mejor de los casos.

Después de ponerse un jersey de cuello de cisne negro y unos téjanos, Dirk se dirigió a la timonera. Burch estaba inclinado sobre la carta de navegación, calculando un rumbo a través de las islas Aleutianas.

—¿No volvemos a Yunaska para recuperar los cadáveres de los guardias costeros? —preguntó Dirk.

Burch negó con la cabeza.

—No es tarea nuestra. Es mejor dejar que las autoridades pertinentes se ocupen de la investigación. Estoy trazando un rumbo hasta el puerto pesquero de Unalaska, con el fin de desembarcar a los científicos de los CDC.

—Yo preferiría ir a por ese barco pesquero —dijo Dirk.

—Hemos perdido nuestro helicóptero y nos llevan una ventaja de ocho horas. Necesitaríamos mucha suerte para encontrarlos, suponiendo que pudiéramos alcanzarlos. La Marina, la Guardia Costera y las autoridades locales ya han sido

informadas de la descripción que nos diste. Tienen más posibilidades de encontrar a ese pesquero que nosotros.

—Tal vez, pero en esta parte del mundo sus recursos son escasos, al igual que sus posibilidades.

—Poco más podemos hacer. Nuestro trabajo de exploración ha terminado, y hemos de conseguir asistencia médica a esos científicos heridos. Es absurdo demorarnos más.

Dirk asintió.

—Tienes razón, por supuesto.

Deseoso de descubrir una manera de localizar al pesquero, se encaminó a la escalerilla que conducía a la cocina del barco para tomar un café. Hacía mucho rato que habían servido la cena, y un equipo de limpieza estaba trabajando en la cocina antes de cerrarla. Dirk llenó un tazón de café, se volvió y vio a Sarah, sentada en una silla de ruedas al final del comedor. La mujer de pelo dorado estaba sola a la mesa, mirando el agua iluminada por la luna a través de una portilla. Iba vestida con pijama de algodón, zapatillas y bata azul, pero todavía proyectaba un vibrante resplandor. Cuando Dirk se acercó, alzó la vista y sus ojos centellearon.

—¿Demasiado tarde para cenar? —preguntó en tono de disculpa.

—Temo que sí. Te has perdido la especialidad del chef, mero especial Oscar, que estaba excelente.

—Mala suerte —contestó Dirk, acercó una silla y se sentó frente ella.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Sarah en tono preocupado cuando sus ojos se posaron sobre la cara vendada de Dirk.

—Un pequeño accidente con el helicóptero. Creo que a mi jefe no le va a gustar la noticia —dijo con una mueca, pensando en el caro helicóptero posado en el fondo del mar. Dirk procedió a relatar los acontecimientos del vuelo, mientras miraba fijamente los ojos color avellana de Sarah.

—¿Crees que ese barco de pesca está relacionado con la muerte de los guardias costeros y nuestra intoxicación? —preguntó la mujer.

—No cabe duda. Es evidente que no les hizo ninguna gracia que les viéramos robando leones marinos, o lo que estuvieran haciendo.

—Leones marinos —murmuró Sarah—. ¿Visteis leones marinos en el extremo oeste de la isla cuando la sobrevolasteis?

—Sí, Jack distinguió varios más allá de la estación de la Guardia Costera, en la orilla oeste. Parecían todos muertos.

—¿Crees que el *Deep Endeavor* podría recuperar alguno de los cadáveres para estudiarlo? Podría encargarme de que enviaran el espécimen al laboratorio del estado de Washington para el que trabajamos.

—El capitán Burch no se muere de ganas de remolonear en la zona, pero estoy

seguro de que puedo convencerle de que recuperemos uno con fines científicos — dijo Dirk, antes de dar un largo sorbo de café—. Ahora nos dirigimos a Seattle, de modo que podríamos entregarlo allí dentro de unos días.

—Podríamos practicar la autopsia al animal y determinar la causa de la muerte con relativa celeridad. Estoy segura de que las autoridades de Alaska tardarán un tiempo en dar a conocer la causa de la muerte de los dos guardias costeros, y tal vez no quieran que los CDC se pongan a mirar por encima de su hombro.

—¿Crees que podría existir alguna relación entre los leones marinos muertos encontrados en las otras islas Aleutianas?

—No lo sé. Creemos que los cadáveres encontrados cerca de tierra fueron infectados por un virus del moquillo canino.

—¿Moquillo? ¿Perros?

—Sí. Es probable que se produjera un brote vírico mediante el contacto entre un perro doméstico infectado y uno o más leones marinos. El moquillo es muy contagioso y podría propagarse con mucha celeridad entre una población de leones marinos concentrada.

—¿No se produjo un brote similar en Rusia hace unos años? —intentó recordar Dirk.

—En Kazajstán, de hecho. Miles de focas del Caspio murieron en el año 2000 debido a un brote de moquillo cerca del río Ural, en la orilla del mar Caspio.

—Irv me dijo que habíais encontrado leones marinos sanos, no infectados, en Yunaska.

—Sí, parecía que el moquillo no se había propagado tan al oeste. Lo cual convertirá en mucho más intrigante el examen de los leones marinos muertos que viste desde el helicóptero.

Se hizo el silencio, y Sarah se fijó en la mirada distante de Dirk, mientras se devanaba los sesos. Al cabo de un momento, rompió el silencio.

—¿Quiénes crees que eran los hombres del barco? ¿Qué estaban haciendo?

Dirk miró por la portilla un largo momento.

—No lo sé —contestó en voz baja—, pero tengo la intención de averiguarlo.

El decimosegundo hoyo del club de golf Kasumigaseki se encontraba a doscientos noventa metros de distancia siguiendo el estrecho fair way, antes de que se desviara a la izquierda hacia un green elevado, protegido por un profundo bunker delante. El embajador de Estados Unidos en Japón, Edward Hamilton, movió el extremo de su enorme driver varias veces antes de golpear con fuerza la pelota, que envió a unos doscientos setenta y cinco metros del tee sin salirse del fair way.

—Buen tiro, Ed —comentó David Mónaco, el embajador inglés en Japón y compañero semanal de golf de Hamilton desde hacía casi tres años. El larguirucho británico lanzó su pelota en una trayectoria arqueada, que superó en veinte metros a la de Hamilton, antes de rebotar en una parcela de hierba alta situada en el borde izquierdo del fair way.

—Estupendo, Dave, pero creo que ha ido a parar al rough —dijo Hamilton cuando localizó la pelota de su compañero. Los dos hombres bajaron por el fair way, mientras un par de caddies femeninos, en la tradición única de los clubes de campos más antiguos de Japón, cargaban con sus palos de golf a una distancia respetuosa. Cuatro guardaespaldas del gobierno, no tan discretos, acechaban en las cercanías y formaban un tosco perímetro alrededor del dúo, mientras recorría el campo de Golf.

La cita semanal en el campo de golf situado al sur de Tokio era una manera informal de intercambiar información acerca de las noticias relacionadas con el país anfitrión. Los dos embajadores aliados consideraban que era una de las formas más productivas de utilizar su tiempo.

—He oído que estás progresando en el establecimiento de un acuerdo de cooperación económica con Tokio —comentó Mónaco mientras caminaban por el fair way.

—Parece lógico a todos los implicados suavizar las restricciones comerciales. Nuestras tarifas sobre el acero pueden interponerse todavía en la consecución del acuerdo. Las actitudes comerciales de este país están cambiando, no obstante. Creo que, en breve, hasta Corea del Sur forjará un acuerdo de cooperación con los japoneses.

—A propósito de Corea, tengo entendido que la semana que viene algunos tipos de Seúl van a solicitar de nuevo en la Asamblea Nacional la expulsión de las fuerzas armadas de Estados Unidos —dijo Mónaco, con voz suave, pero de fuerte acento.

—Sí, yo también me he enterado. El Partido Laborista Democrático de Corea del Sur está utilizando el tema como cuña divisoria para conseguir más poder político. Por suerte, solo representan a una pequeña minoría en el seno de la Asamblea Nacional.

—Es un misterio que puedan pensar así, teniendo en cuenta la pasada agresividad

del Norte.

—Es verdad, pero pone el dedo en una llaga cultural sensible. El PLD intenta compararnos con las ocupaciones extranjeras históricas de Corea a cargo de chinos y japoneses, lo cual toca la fibra sensible del hombre de la calle.

—Sí, pero me sorprendería que los líderes del partido se estén movilizándolo por un simple motivo altruista —dijo Mónaco, mientras ambos se acercaban a la pelota de Hamilton.

—Mi homólogo de Seúl dice que carecemos de pruebas definitivas, pero estamos muy seguros de que algunos dirigentes del partido, como mínimo, están recibiendo apoyo del Norte —contestó Hamilton. La caddy le entregó un hierro 3, el embajador apuntó al asta del banderín, y luego dio otro golpe en línea recta que se desvió y aterrizó en el lado opuesto del green, esquivando el bunker.

—Por desgracia, tengo entendido que el apoyo a la medida no se circunscribe al PLD —continuó Mónaco—. Las ganancias económicas de la reunificación están llamando la atención de mucha gente. Oí comentar al presidente de la Hyko Tractor Industries de Corea del Sur, en un seminario sobre comercio celebrado en Osaka, que podría reducir los costes laborales y competir en el mercado internacional si tenía acceso a mano de obra del Norte.

Mónaco buscó en el rough durante un minuto hasta que localizó su pelota, y después lanzó un golpe con un hierro 5 que rebotó en el green, y quedó a nueve metros del asta del banderín.

—Eso suponiendo que la reunificación respetara la economía de libre mercado —contestó Hamilton—. Aún es evidente que es el Norte quien podría beneficiarse más de la reunificación, y todavía más si las fuerzas norteamericanas están fuera de juego.

—Intentaré que mi gente establezca contactos —ofreció Mónaco mientras se acercaban al green—, pero de momento, me alegro de estar trabajando a este lado del mar del Japón.

Hamilton cabeceó en señal de acuerdo, mientras intentaba un golpe corto. Su palo rozó la hierba antes de golpear la bola, lo cual provocó que se detuviera a unos cinco metros del agujero. Esperó a que Mónaco hiciera dos jugadas para completar su hoyo, y después se inclinó sobre la bola con un putter para completar el suyo, pero cuando fue a golpear la bola, un repentino impacto sordo brotó de su cabeza, seguido por un audible crujido en la lejanía. Hamilton puso los ojos en blanco y una lluvia de sangre y tejido salió disparada de su sien izquierda, la cual manchó los pantalones y zapatos de Mónaco. Mientras el diplomático inglés miraba horrorizado, Hamilton cayó de rodillas en un charco de sangre, con las manos aferrando todavía el putter. Intentó hablar, pero solo surgió de sus labios un gorgoteo, y luego se desplomó sobre la hierba impecable. Una fracción de segundo más tarde, la pelota ensangrentada del muerto encontró el borde del hoyo y cayó en la caja con un sonido metálico.

A seiscientos metros de distancia, un corpulento asiático vestido de azul se erguía en el bunker del decimoctavo agujero. El sol se reflejaba en su cabeza afeitada e iluminaba un par de ojos negros como el carbón carentes de vida, a los que un largo y delgado bigote estilo Fu Manchú dotaba de un aspecto todavía más amenazador. Su físico rechoncho y poderoso era más apto para la lucha libre que para el golf, pero sus movimientos ágiles revelaban una gran flexibilidad. Con los aburridos ademanes de un niño que guardara sus juguetes, el hombre desmontó con cuidado un rifle de mira telescópica M40 y guardó las partes en un compartimiento oculto de su bolsa de golf. A continuación, efectuó un tiro desde el bunker que levantó un chorro de arena. Luego, terminó su recorrido en tres golpes, paseó con parsimonia hasta su coche y guardó los palos en el maletero. Salió del aparcamiento y dejó pasar a una caravana de coches de la policía y ambulancias que entraban en el club de golf con las sirenas a toda pastilla, y después se desvió por la calle adyacente y se perdió entre el tráfico local.

Un par de técnicos cubiertos con trajes protectores condujeron la Zodiac del *Deep Endeavor* hasta la orilla oeste de Yunaska, donde eligieron un león marino macho entre los animales muertos diseminados por la playa. Envolvieron al animal en una mortaja sintética, y después en una pesada bolsa de cadáveres para transportarlo hasta el barco. El buque de investigación de la NUMA estaba detenido cerca e iluminaba el agua con sus focos para guiar a la barca de goma. Despejaron una parte de la cocina y guardaron el cadáver en una nevera durante el resto del viaje, justo al lado de una caja de sorbetes congelados.

Una vez asegurado todo, el capitán Burch condujo el barco hasta la isla de Unalaska, al puerto del mismo nombre, situado a más de doscientas millas de distancia. Navegando a toda velocidad por la noche, el capitán Burch pudo arribar al puerto comercial antes de las diez de la mañana siguiente. Una baqueteada ambulancia esperaba en el muelle para trasladar a Sarah, Irv y Sandy al pequeño aeropuerto de la ciudad, donde un avión chárter esperaba para transportarles hasta Anchorage. Dirk insistió en empujar a Sarah hasta la ambulancia en su silla de ruedas, y le dio un largo beso en la mejilla cuando la subió.

—Tenemos una cita en Seattle, ¿de acuerdo? Aún te debo una cena a base de cangrejo —dijo Dirk con una sonrisa seductora.

—No me la perdería por nada del mundo —replicó Sarah con timidez—. Sandy y yo iremos en cuanto podamos salir de Anchorage.

Después de despedir al equipo de los CDC, Dirk y Burch se reunieron con el representante de seguridad pública del pueblo y le informaron sobre el incidente. Dirk aportó una descripción detallada del misterioso pesquero y convenció al funcionario de que le proporcionara una lista de pesqueros matriculados en el estado. El hombre también accedió a interrogar a las entidades comerciales pesqueras de la localidad en busca de información, pero no albergaba excesivas esperanzas. Se sabía que pesqueros japoneses, e incluso rusos, entraban en las aguas territoriales de forma ilegal, en busca de terrenos de pesca fértiles, y tenían la costumbre de desaparecer siempre que las autoridades intentaban perseguirlos.

Burch no perdió mucho tiempo en la ciudad y regresó pronto al *Deep Endeavor* para poner rumbo a Seattle. Como todos, los tripulantes del barco tenían muchas preguntas sobre los acontecimientos del día anterior, pero pocas respuestas.

Sarah, Irv y Sandy soportaron un vuelo ruidoso y plagado de baches de aire hasta Anchorage, a bordo de uno de los bimotores locales que comunicaban entre sí las islas, y llegaron al aeropuerto internacional de la ciudad ya avanzada la noche. Dos risueños internos universitarios de la oficina regional de los CDC les esperaban en el aeropuerto y les trasladaron al Hospital Regional de Alaska, donde fueron sometidos

a una batería de análisis y exámenes toxicológicos. A esas alturas, los tres habían recuperado las fuerzas y no mostraban señales externas de enfermedad. Por extrañamiento que fuera, el equipo médico fue incapaz de diagnosticar niveles de toxicidad anormales u otras enfermedades en ninguno de los tres. Después de quedarse una noche en observación, Sarah, Irv y Sandy recibieron el alta del hospital como si no hubiera pasado nada.

Seis días después, el *Deep Endeavor* se internó en el canal de Puget, se desvió al este y entró en la bahía de Shilshole, al norte de Seattle. El buque de investigación amarró de manera provisional en las Esclusas de Ballard, donde compuertas controladas alzaron el barco y lo depositaron en las aguas del canal. El *Deep Endeavor* continuó hasta el lago Union antes de navegar en paralelo a la orilla norte. Burch dirigió el barco hasta un muelle privado que sobresalía de un pequeño edificio de cristal de apariencia moderna, el cual albergaba la oficina de campaña del noroeste de la NUMA. Esposas e hijos de la tripulación se habían congregado en el muelle y les saludaron con entusiasmo.

—Parece que tienes tu propio comité de bienvenida, Dirk —comentó Burch, y señaló dos figuras que saludaban al final del muelle. Dirk miró por la ventana del puente y reconoció a Sarah y Sandy entre la feliz multitud que recibía al barco azul turquesa. Sarah tenía un aspecto radiante, con pantalones azules y una blusa de raso color maíz, que complementaba a la perfección su esbelta figura.

—Parecéis la viva estampa de la salud —dijo Dirk cuando saludó con afecto a las dos.

—En gran parte gracias a ti —gorjeó Sandy—. Una sola noche en el Hospital Regional de Alaska, y salimos como nuevas.

—¿Cómo está Irv?

—Bien —contestó Sarah—. Se quedará en Anchorage unas semanas más para coordinar la conclusión de nuestro estudio del león marino con el Departamento de Caza y Pesca de Alaska. Accedieron a prestar su apoyo para terminar nuestra investigación.

—Me alegro de que todos estéis bien. ¿Cuál fue el diagnóstico médico de Anchorage? —preguntó Dirk.

Sansy y Sarah intercambiaron una breve mirada, se encogieron de hombros y sacudieron la cabeza al unísono.

—No encontramos nada —dijo Sarah por fin—. Es algo misterioso. Todos mostrábamos signos de inflamación en el tracto respiratorio, pero eso fue todo. Las muestras de orina y sangre salieron bien. Si inhalamos algún producto tóxico, había sido expulsado de nuestro sistema cuando llegamos a Anchorage.

—Por eso hemos venido aquí, para recoger el león marino. Con suerte, todavía quedarán algunos indicios en el tejido del animal —dijo Sandy.

—¿Así que no habéis venido a verme a mí? —preguntó Dirk en tono contrito, con un fruncimiento de ceño exagerado.

—Lo siento, Dirk —rió Sarah—. ¿Por qué no vienes a buscarnos esta tarde al laboratorio, cuando hayamos terminado nuestros análisis? Podemos comer más tarde.

—Me gustaría saber los resultados —dijo Dirk, y después las guió a bordo para recoger el león marino muerto.

En cuanto se llevaron el mamífero, Dirk y Dahlgren ayudaron a amarrar el barco, y transportaron a tierra el sensible equipo de investigación de alta tecnología, que guardaron en un almacén adyacente. Una vez terminadas sus tareas, los tripulantes del *Deep Endeavor* se dispersaron para disfrutar de unos días de asueto, antes de volver a zarpar para un nuevo proyecto.

Dahlgren se acercó a Dirk con una mochila al hombro y un par de muletas bajo el brazo. Solo se notaba una leve cojera cuando andaba.

—Dirk, tengo una cita con una sexy empleada de banco que conocí antes de zarpar. ¿Debo preguntar si tiene una amiga mona?

—No, gracias. Creo que me ducharé y cambiaré, y luego iré a ver qué han descubierto Sandra y Sandy sobre nuestro león marino.

—Siempre tuviste debilidad por los buenos cerebros —rió Dahlgren.

—¿A qué vienen las muletas? Hace tres días que ya no las utilizas.

—Nunca subestimes el sentimiento compasivo de las mujeres —sonrió Dahlgren, al tiempo que colocaba una muleta bajo el brazo y fingía cojear con dolor.

—Yo de ti, no subestimaría la capacidad de las mujeres de detectar una mala interpretación —replicó Dirk con una carcajada—. Feliz cacería.

Dirk tomó prestadas las llaves de un Jeep Cherokee de la NUMA y condujo hasta su casa alquilada que dominaba el lago Washington. Aunque consideraba a la ciudad de Washington, su hogar, disfrutaba de su misión temporal en el noroeste. El entorno boscoso, las aguas frías y transparentes, y los residentes juveniles y dinámicos que pululaban en el clima frío y húmedo lo convertían en un entorno estimulante.

Dirk se duchó, se puso un par de pantalones oscuros y un jersey fino, y después engulló un bocadillo de mantequilla de cacahuete y una cerveza Olimpia, mientras escuchaba una letanía de mensajes en su contestador automático. Satisfecho de que la tierra no hubiera dejado de girar en su ausencia, subió al jeep y se dirigió hacia el norte por la 15. Una vez pasado el campo de golf Jackson Park, Dirk se desvió hacia el norte, y no tardó en entrar en los terrenos arbolados del campus de Fircrest. Se trataba de un antiguo complejo militar que había sido cedido al estado de Washington, y ahora albergaba oficinas e instalaciones de diversas agencias gubernamentales del estado. Dirk divisó un complejo de edificios cuadrados blancos rodeados de árboles viejos, y frenó en el aparcamiento ante el que se alzaba un letrero: LABORATORIOS DE SALUD PÚBLICA DEL ESTADO DE

WASHINGTON.

Una risueña recepcionista telefoneó a la pequeña oficina de los CDC que compartía el laboratorio del estado, y pocos momentos después Sarah y Sandy aparecieron en el vestíbulo. Estaba claro que de sus rostros había desaparecido parte de la alegría exhibida horas antes.

—Me alegro de que hayas venido, Dirk. Hay un tranquilo restaurante italiano en esta misma calle donde podemos hablar. El Pasta Alfredo también es muy bueno — sugirió Sarah.

—Las damas primero —contestó Dirk, mientras sostenía la puerta para que pasaran las dos científicas.

Después de que los tres se acomodaran en un reservado de vinilo rojo del restaurante, Sarah explicó sus descubrimientos.

—El examen del león marino reveló los signos clásicos de parada respiratoria como causa de la muerte. Un análisis de sangre inicial no reveló niveles concentrados de toxicidad.

—Algo similar a los resultados de los análisis que os hicieron a los tres en Anchorage —añadió Dirk mientras comía pan.

—Exacto. Nuestras constantes vitales eran normales, aunque todavía experimentábamos debilidad, dolor de cabeza y signos de irritación respiratoria cuando llegamos a Anchorage —añadió Sandy.

—Así que volvimos y examinamos de nuevo con detenimiento la sangre y el tejido del animal, y al final detectamos elementos tóxicos —continuó Sarah—. Aunque no estamos seguras al cien por cien, existen numerosas posibilidades de que el león marino muriera a causa de un envenenamiento por cianuro de hidrógeno.

—¿Cianuro? —preguntó Dirk con una ceja arqueada.

—Sí —contestó Sandy—. Tiene su lógica. El cuerpo humano expulsa con celeridad el cianuro. En el caso de Sarah, Irv y yo, nuestros cuerpos eliminaron casi todas las toxinas de cianuro antes de cruzar las puertas del hospital de Anchorage. Por lo tanto, no se encontraron rastros en nuestra sangre cuando tomaron las muestras.

—Me he puesto en contacto con la oficina del juez de instrucción del estado de Alaska, y le he informado de nuestros hallazgos. Aún no han concluido la autopsia de los dos guardias costeros, pero ya saben lo que han de buscar. Estoy convencida de que eso fue lo que les mató —dijo Sarah con un dejo de tristeza en la voz.

—Siempre había pensado que el cianuro debía ingerirse para resultar mortal — comentó Dirk.

—Eso lo sabe todo el mundo, pero no es la única forma mortal del veneno. Todo el mundo ha oído hablar de las pastillas de cianuro que llevaban los espías en tiempos de guerra, el mortífero Kool Aid impregnado de cianuro con el que Jim Jones mató a centenares de personas en Jonestown, Guyana, y los envenenamientos por Tylenol,

que utilizaban cianuro. No obstante, el gas de cianuro también se ha utilizado como agente asesino. Los franceses probaron variaciones de gas de cianuro contra los alemanes en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial. Y aunque los alemanes nunca lo utilizaron en el campo de batalla, sí emplearon una forma de cianuro en las cámaras de gas de los campos de concentración, durante la Segunda Guerra Mundial.

—El infame Zyklon B —recordó Dirk.

—Sí, una sustancia fumigadora fortalecida creada en un principio para matar roedores —continuó Sarah—. Y más recientemente, se sospechó que Saddam Hussein había utilizado una forma de gas de cianuro para atacar los pueblos kurdos de su propio país, aunque nunca se demostró.

—Puesto que envasamos nuestra propia comida y agua —intervino Sandy—, el envenenamiento por vía aérea tiene sentido. También explicaría la muerte de los leones marinos.

—¿Es posible que el cianuro tuviera una procedencia natural? —preguntó Dirk.

—El cianuro se encuentra en diversas plantas y productos comestibles, desde los frijoles hasta las cerezas silvestres, pero aparece sobre todo como disolvente industrial —explicó Sarah—. Cada año se fabrican toneladas de cianuro para galvanoplastia, extracción de oro y plata, y sustancias fumigadoras. Casi todo el mundo entra en contacto con alguna forma de cianuro cada día. Pero para responder a tu pregunta, es improbable que exista en estado gaseoso procedente de una fuente natural, en cantidad suficiente para matar. Sandy, ¿qué averiguaste en el perfil histórico de las muertes por cianuro en Estados Unidos?

—Se han producido muchas, pero la mayoría son accidentes individuales, posibles homicidios o suicidios resultantes de ingerir cianuro en estado sólido.

Sandy levantó una carpeta de papel manila que había traído y miró una página del interior.

—La única muerte masiva significativa se relacionó con envenenamiento por Tylenol, que mató a siete personas, de nuevo por ingesta. Solo encontré dos referencias a muertes múltiples en las que se sospechaba de gas de cianuro. Una familia de cuatro miembros murió en Warrenton, Oregón, en 1942, y en 1964 tres hombres murieron en Butte, Montana. El caso de Montana fue clasificado como accidente minero debido a la extracción de disolventes. El caso de Oregón se clasificó como indeterminado. No encontré casi nada en anteriores incidentes ocurridos en Alaska y alrededores.

—Por lo tanto, un escape de carácter natural no es muy probable —comentó Dirk.

—Entonces, si fue un escape por aire de procedencia humana, ¿quién lo hizo y por qué? —preguntó Sandy, mientras hundía el tenedor en un cuenco de pasta de cabello de ángel.

—Creo que el «quién» fueron nuestros amigos del buque pesquero —replicó Dirk con sequedad.

—¿Las autoridades no los detuvieron? —preguntó Sarah.

Dirk meneó la cabeza, disgustado.

—No, el barco desapareció. Cuando las autoridades locales llegaron a la zona, ya hacía mucho tiempo que se habían ido. La presunción oficial es que eran pescadores furtivos extranjeros.

—Supongo que es posible. A mí me parece peligroso, pero imagino que pudieron liberar en el aire el gas desde su barco sobre una colonia de leones marinos —contestó Sarah, y meneó la cabeza.

—Una forma rápida de matar en cantidad —añadió Dirk—. No obstante, pescadores furtivos armados con AK47 me parece un poco exagerado. Aún estoy intrigado por la situación del mercado al por menor de leones marinos.

—Es desconcertante. Nunca había oído nada parecido.

—Espero que no sufráis secuelas debido a la exposición —dijo Dirk, y miró a Sarah preocupado.

—Gracias —contestó Sarah—. Fue un golpe para nuestro sistema, pero no pasará nada. No se ha demostrado que los efectos a largo plazo de una exposición mínima sean peligrosos.

Dirk apartó un plato vacío de Pasta Alfredo y se masajeó el tenso estómago con satisfacción.

—Excelente selección de lugar.

—Siempre comemos aquí —dijo Sarah, mientras se apoderaba de la cuenta antes que Dirk.

—Insisto en devolver el favor —dijo Dirk, y miró a Sarah con una sonrisa seria.

—Sandy y yo hemos de ir unos días al laboratorio de investigación de los CDC, pero me encantaría aceptar la invitación cuando volvamos —contestó ella, dejando intencionadamente a Sandy fuera de la ecuación.

Dirk sonrió.

—Ardo en deseos.

6

Las ruedas de aterrizaje del jet Gulfstream V descendieron poco a poco del fuselaje cuando el aerodinámico avión alineó el morro con la pista. Sus alas cortaron el aire húmedo y brumoso como un escalpelo, mientras el avión de lujo con capacidad para diecinueve pasajeros bajaba majestuosamente del cielo, hasta que las ruedas de goma tocaron la pista con un chirrido y un hilo de humo azul. El piloto guió el aparato hasta la terminal de aviones privados del moderno aeropuerto internacional de Narita, en Tokio, y luego apagó las turbinas. Cuando un equipo de tierra bloqueó las ruedas del avión, una reluciente limusina Lincoln se detuvo justo ante la base de la escalerilla.

Chris Gavin entornó los ojos para protegerse del brillante sol cuando bajó del jet y entró en la limusina, seguido por una legión de ayudantes y vicepresidentes escogidos. Como director general de SemCon Industries, Gavin estaba al frente de la empresa de semiconductores más importante del mundo. El flamante y derrochador director, quien había heredado la empresa de un padre visionario, se había ganado las antipatías de muchos de sus compatriotas estadounidenses por haber cerrado fábricas que rendían beneficios y haber enviado a miles de obreros al paro, con el fin de relocalizar la producción en instalaciones más nuevas y baratas de países extranjeros. Los beneficios serían mayores, prometió a sus accionistas, al tiempo que se complacía en ampliar su complicado estilo de vida a un marco mundial.

Tras salir de los terrenos del aeropuerto, situado a unos sesenta y seis kilómetros al noreste de Tokio, el chófer de la limusina entró en la autopista Higashi Kanto y se dirigió hacia la capital de Japón con su cargamento de bien pagados ejecutivos. Veinte minutos después, el conductor torció al sur y salió de la autopista veinte kilómetros antes de llegar a Tokio. La limusina no tardó en internarse en la sección industrial de Chiba, una ciudad portuaria grande que se hallaba en el extremo oriental de la bahía de Tokio. El conductor pasó ante una serie de fábricas de color apagado, y luego frenó delante de un esbelto edificio de cristal que dominaba la bahía. La moderna construcción parecía más un edificio de oficinas de alto standing que la planta de fabricación industrial que albergaba, con su reluciente fachada de ventanas doradas reflectantes que abarcaban cuatro pisos. Sobre el tejado, con enormes letras mayúsculas, había un letrero azul de neón de SemCon, que podía verse desde kilómetros de distancia. Una gran multitud de obreros de la fábrica, vestidos todos con batas de laboratorio azul claro, esperaba con ansiedad la llegada de su director general, quien iba a inaugurar oficialmente las nuevas instalaciones.

La muchedumbre prorrumpió en vítores y las cámaras destellaron cuando Gavin salió de la limusina y saludó a los empleados y medios de comunicación, con una amplia sonrisa de dentadura postiza. Tras un par de discursos de bienvenida del

alcalde de Chiba y el nuevo director de la planta, Gavin pronunció unas breves palabras de agradecimiento e inspiración a los empleados, para luego esgrimir unas tijeras grotescamente enormes y cortar la gruesa cinta extendida a lo largo de la entrada del nuevo edificio. Mientras la multitud aplaudía cortésmente, un estruendo apagado resonó en las profundidades del edificio, y alguien lo confundió con fuegos artificiales, pero después, una sucesión de explosiones más potentes sacudió el edificio, y los empleados lanzaron exclamaciones ahogadas.

En el corazón del centro de fabricación de chips de silicio, una pequeña carga de relojería había detonado en un depósito de gas silano, una sustancia muy inflamable utilizada en el desarrollo de cristales de silicio. Al estallar como un torpedo, el depósito había lanzado fragmentos metálicos a gran velocidad contra la media docena de depósitos adicionales de silano y oxígeno cercanos, lo cual provocó que estallaran en una serie de detonaciones, culminadas con una inmensa bola de fuego. Las ventanas reventaron debido a las altísimas temperaturas, y una lluvia de vidrios y escombros roció a la estupefacta multitud.

Cuando el edificio se estremeció y brotaron llamas del tejado, los asustados empleados empezaron a dispersarse en todas direcciones. Gavin se quedó inmóvil con las tijeras gigantes en la mano, perplejo. De repente, un dolor agudo perforó su cuello y trastornó sus sentidos. Se masajeó la parte dolorida con los dedos y se llevó una sorpresa al sentir una pequeña bola de acero con púas, del tamaño de una BB, alojada en la piel. Mientras extraía el diminuto proyectil con un hilillo de sangre, una mujer que se hallaba cerca chilló y pasó corriendo a su lado, con un gran fragmento de cristal sobresaliendo del hombro. Un par de aterrorizados ayudantes agarraron a Gavin y le condujeron hasta la limusina, protegiéndole de un fotógrafo empeñado en sacar una embarazosa foto del magnate delante de su edificio en llamas.

Mientras le arrastraban hacia la limusina, las piernas de Gavin se convirtieron en goma de repente. Se volvió hacia uno de los ayudantes para hablar, pero ninguna palabra surgió de sus labios. Cuando abrieron la puerta del coche, se derrumbó de bruces en el interior, sobre el suelo alfombrado. Un confuso ayudante le dio la vuelta y descubrió horrorizado que el director general no respiraba. Intentó reanimarle mediante respiración artificial mientras la limusina salía disparada hacia un hospital cercano, sin éxito. El veleidoso y egocéntrico líder de la multinacional había expirado.

Pocas personas habían prestado atención al hombre calvo de ojos oscuros y bigote caído que se había ido acercando poco a poco al estrado de los oradores. Con una bata azul de laboratorio y la placa de identificación plastificada, parecía un empleado más de SemCon. Pocos habían reparado en que llevaba un vaso de plástico del que sobresalía una extraña pajita de bambú. Y en la confusión de las explosiones, ni una sola persona se había fijado cuando extrajo la paja, se la llevó a los labios y disparó

una bola envenenada contra la cabeza del director general.

El asesino calvo se mezcló con la muchedumbre y llegó al borde de los terrenos de la propiedad, donde arrojó el vaso y la bata de laboratorio a un contenedor de basura de la calle. Subió a una bicicleta, esperó un momento a que pasara un camión de los bomberos en dirección al edificio envuelto en llamas, y después, sin mirar atrás, se alejó pedaleando.

Una campana resonó en la mente de Dahlgren, como un tren lejano en un cruce ferroviario. La febril esperanza de que el sonido perteneciera a un sueño se disipó cuando su conciencia le dijo que estaba sonando un teléfono. Tanteó en busca del aparato, que descansaba sobre su mesita de noche, y bostezó un cansado «hola».

—Jack, ¿todavía estás aserrando troncos?

La voz de Dirk rió en la línea.

—Sí, gracias por despertarme —contestó Dahlgren, dormido.

—Pensaba que las empleadas de banca no se acostaban tarde.

—Esta sí. Y además, también le gusta el vodka. Creo que un dinosaurio se me ha metido en la boca mientras dormía —dijo Dahlgren, y eructó.

—Lo siento. Escucha, estoy pensando en llegarme a Portland para estirar mis pies de marino y ver una exposición de coches. ¿Te apetece acompañarme?

—No, gracias. Se supone que me voy de excursión en kayak con la banquera. Si puedo tenerme en pie, quiero decir.

—De acuerdo. Te enviaré un dry de Bombay para ponerte en forma.

—Recibido —contestó Dahlgren con una mueca.

Dirk salió de Seattle en dirección sur por la interestatal 5 en el jeep de la NUMA, disfrutando del exuberante paisaje verde de aquella región boscosa del oeste de Washington. Le relajaba conducir por carreteras rurales, pues permitían que su mente vagara. Como vio que iba bien de tiempo, se desvió al oeste a lo largo de la costa y tomó una carretera secundaria a Willapa Bay, antes de continuar hacia el sur siguiendo la orilla de la gran bahía. No tardó en llegar a la amplia embocadura azul del río Columbia, y recorrió las mismas orillas que Lewis y Clark habían pisado triunfalmente en 1805.

Dirk cruzó el caudaloso río por el puente Astoria Megler, de seis kilómetros de largo, y desembocó en el histórico puerto pesquero de Astoria. Cuando se detuvo en un semáforo rojo en la rampa de salida del puente, una señal indicadora llamó su atención. En letras blancas sobre campo verde, WARRENTON 12 KM. Iba precedido de una flecha que señalaba al oeste. Picado por la curiosidad, siguió el letrero, alejándose de Portland, y recorrió en poco rato la distancia que le separaba de Warrenton.

La pequeña ciudad situada en el extremo noroeste de Oregón, construida en su origen sobre un pantano navegable solo durante la pleamar, como paso de barcos de

pesca y deportivos hacia el Pacífico, albergaba una población de unos cuatro mil habitantes. Dirk tardó unos minutos escasos en encontrar lo que andaba buscando, en la calle Mayor. Aparcó el jeep al lado de un vehículo oficial blanco del condado de Clatsop y subió por una pasarela de cemento hasta la puerta principal de la Biblioteca Municipal de Warrenton.

Se trataba de una biblioteca pequeña, pero daba la impresión de existir desde hacía seis o siete décadas. Un olor a libros viejos y polvo todavía más viejo flotaba en el aire. Dirk se encaminó hacia un amplio mostrador metálico. Una mujer cincuentona, con gafas modernas y pelo rubio corto le miró con aire suspicaz. Una placa de plástico verde sujeta a su blusa revelaba su nombre: MARGARET.

—Buenos días, Margaret. Me llamo Dirk —dijo con una sonrisa—. ¿Guardáis ejemplares del periódico local de la década de 1940?

La bibliotecaria se ablandó un poco.

—El Warrenton News, que cerró en 1964. Guardamos ejemplares originales desde la década de 1930 hasta los años sesenta. Acompañeme —dijo la mujer.

Margaret se encaminó hacia un rincón estrecho de la biblioteca, en donde tiró hacia fuera de varios cajones de un archivador hasta localizar las ediciones de la década de 1940.

—¿Qué está buscando, exactamente? —preguntó, más por fisgonear que por deseo de ayudar.

—Estoy interesado en la historia de una familia que murió envenenada en 1942.

—Ah, debe referirse a Leigh Hunt —exclamó Margaret con satisfacción—. Era amigo de mi padre. Al parecer, produjo una gran conmoción por aquí. Vamos a ver, creo que sucedió en verano —dijo, mientras investigaba en el archivador—. ¿Conocía usted a la familia? —preguntó a Dirk sin levantar la vista.

—No, solo soy un aficionado a la historia interesado en el misterio de esas muertes.

—Aquí está —dijo la bibliotecaria, al tiempo que sacaba una edición del periódico del 21 de junio de 1942, domingo. Era un diario pequeño, que hablaba sobre todo del tiempo, el oleaje y estadísticas de la pesca del salmón, combinada con algunos artículos sobre eventos de la localidad y anuncios. Margaret alisó el periódico sobre el archivador para que Dirk pudiera leer el artículo de la portada.

CUATRO MUERTOS EN DELAURA BEACH

Unos residentes en la localidad Leigh Hunt, sus dos hijos, Tad, de 13 años, y Tom, de 11, así como un sobrino conocido solo como Skip, fueron encontrados muertos el sábado 20 de junio en DeLaura Beach. Los cuatro fueron a recoger almejas por la tarde, según Marie, la esposa de Hunt, y no volvieron a cenar. El sheriff del condado, Kit Edwards, descubrió los cuerpos,

que no mostraban señales de lucha o heridas físicas. «Al no encontrar signos de violencia, sospechamos enseguida de inhalación de humo o envenenamiento. Leigh guardaba una buena cantidad de un compuesto de cianuro en su taller, que utilizaba para curtir pieles», comentó Edwards. «Los chicos y él debieron exponerse a una fuerte dosis antes de ir a la playa, y el veneno obró su efecto allí», declaró. Los funerales están pendientes de la autopsia.

—¿Hay algún informe sobre el resultado de la autopsia? —preguntó Dirk.

Margaret examinó otra docena de ediciones del News, hasta encontrar un pequeño artículo relativo a las muertes. Lo leyó en voz alta, y citó que la oficina del juez de instrucción había confirmado la inhalación accidental de cianuro como presunta causa de la muerte.

—Mi padre nunca creyó que fuera un accidente —añadió Margaret, ante la sorpresa de Dirk.

—Es absurdo que murieran en la playa después de inhalar el gas en el taller de Hunt —musitó Dirk.

—Papá dijo lo mismo —contestó Margaret, bajando un poco la guardia—. Dijo que las autoridades nunca habían tenido en cuenta las aves.

—¿Las aves?

—Sí. Un centenar de gaviotas fueron encontradas muertas en la playa, en los alrededores de la zona en que encontraron a Hunt y los chicos. Fort Stevens, la base del ejército, estaba muy cerca de la playa. Papá siempre sospechó que fue una especie de experimento del ejército lo que les mató por accidente. Supongo que nadie lo sabrá jamás con seguridad.

—A veces, los secretos relacionados con épocas de guerra son difíciles de desentrañar —contestó Dirk—. Gracias por tu ayuda, Margaret.

Dirk regresó al jeep y atravesó la ciudad en dirección a la autopista de la costa y se desvió al sur. Un corto trecho de pavimento más adelante, se acercó a una pequeña carretera secundaria que anunciaba DELAURA BEACH ROAD. La carretera atravesaba una cancela abierta que indicaba PARQUE ESTATAL FORT STEVENS, y luego se estrechaba entre la espesa maleza. Dirk subió a un risco escarpado y luego descendió a un emplazamiento de cañones abandonado que dominaba el mar. Battery Russell había sido uno de los diversos puestos de guardia costeros que custodiaban la entrada del río Columbia durante la guerra civil, y cuando estalló la Segunda Guerra Mundial lo dotaron de cañones de largo alcance. Desde allí, Dirk tenía una buena panorámica de las aguas azules del río Columbia, así como de DeLaura Beach, donde algunas personas habían ido a merendar. Dirk aspiró profundas bocanadas de aire marino, y después volvió por la estrecha carretera, y en un momento dado tuvo que

arrimarse a los arbustos para dejar pasar a un Cadillac negro que venía en dirección contraria. Siguió conduciendo medio kilómetro más, y frenó ante una señal histórica que llamó su atención. Habían grabado un submarino con todo lujo de detalles en una enorme losa de granito gris, y debajo estaba escrito:

El 21 de junio de 1942, un proyectil de 5,5 pulgadas estalló aquí. Uno de los 17 disparados contra las Instalaciones Defensivas del Puerto del río Columbia por el submarino japonés 25. El único bombardeo hostil contra una base militar de Estados Unidos en tierra firme durante la Segunda Guerra Mundial, y la primera desde la guerra de 1812.

Mientras leía la inscripción, se apartó instintivamente de la carretera cuando el Cadillac volvió y pasó poco a poco, para evitar que le rociara de polvo. Dirk estudió el submarino grabado durante un largo momento, y después se dispuso a regresar al coche, pero algo reclamó su atención y volvió a mirar. Era la fecha. 21 de junio, justo un día después de que Hunt y los muchachos fueran encontrados muertos en la playa.

Dick buscó en la guantera del coche y sacó un teléfono móvil. Se apoyó contra el capó y marcó un número. Después de cuatro timbrados, una voz profunda y jovial retumbó en el auricular.

—Aquí Perlmutter.

—Soy Dirk, Julien. ¿Cómo está mi historiador náutico favorito?

—Dirk, muchacho, me alegro de oírte. Estaba disfrutando de unos mangos verdes encurtidos que tu padre me ha enviado de Filipinas. ¿Te lo estás pasando bien en el Gran Norte Blanco?

—Acabamos de terminar nuestra investigación en las Aleutianas, de modo que he vuelto al noroeste del Pacífico. Las islas eran muy bonitas, pero hacía un poco de frío para mí.

—Cielos, me lo imagino —tronó la voz de Perlmutter—. ¿Qué te baila por la cabeza, Dirk?

—Submarinos japoneses de la Segunda Guerra Mundial, para ser exacto. Siento curiosidad por el número de ataques que lanzaron contra Estados Unidos en tierra firme y algún arma poco común de sus arsenales.

—Submarinos imperiales, ¿eh? Recuerdo que efectuaron algunos ataques inofensivos contra la costa oeste, pero hace tiempo que no buceo en mis archivos sobre Japón durante la guerra. Tendré que husmear un poco por ti.

—Gracias, Julien. Una cosa más. Avísame si encuentras alguna referencia a la utilización de cianuro como armamento.

—Cianuro. Bien, eso sería horrible, ¿no? —fue la pregunta retórica de Perlmutter antes de colgar.

St. Julien Perlmutter contempló su enorme colección de libros de historia marítima y manuscritos raros apilados en su casa de Georgetown, una antigua

estación de postas, y necesitó tan solo unos segundos de reflexión para localizar el material que estaba buscando. Perlmutter parecía un Papá Noel gigantesco, de ojos azules centelleantes, poblada barba gris y enorme estómago que le ayudaba a subir la báscula hasta casi los ciento sesenta kilos. Además de su debilidad por la buena comida, Perlmutter era uno de los historiadores marítimos más famosos del mundo, sobre todo debido en parte a su incomparable colección de efemérides relacionadas con el mar.

Vestido con pijama de seda y bata de lana, Perlmutter caminó sobre una gruesa alfombra persa hasta una librería de caoba, donde examinó varios títulos antes de bajar un libro y dos grandes carpetas con sus morcilludas manos. Contento por haber encontrado el material que estaba buscando, el inmenso hombre volvió hacia una butaca de piel roja rellena en exceso, donde un plato con trufas y una tetera recién hecha le estaban esperando.

Dirk continuó camino hasta Portland, donde encontró la subasta de coches antiguos que estaba buscando en los terrenos de una feria, al borde de la ciudad. Montones de personas deambulaban alrededor de los coches relucientes, la mayoría de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, alineados en el campo. Dirk paseó entre los vehículos, admirando la pintura nueva y las renovaciones mecánicas, y luego se encaminó hacia la tienda de dosel blanco donde se celebraban las subastas.

En el interior, los altavoces ahogaban la voz aguda del subastador, que escupía pujas como una ametralladora. Dirk se sentó lejos del estruendo y contempló divertido el grupo de subastadores que, ataviados con una ridícula combinación de esmóquines de los setenta y sombreros de vaquero baratos, se movían entre el público en un inútil esfuerzo por fomentar el entusiasmo y el aumento de precio de cada coche. Después de varios Corvette y uno de los primeros Thunderbird, Dirk se sentó muy erguido cuando un Chrysler 300D de 1958 salió al escenario. El enorme coche estaba pintado del turquesa azteca original, realzado por kilómetros de cromados relucientes y un par de alerones posteriores que se alzaban en el aire como la aleta dorsal de un tiburón. Con una reacción que solo un verdadero fanático de los coches podría comprender, Dirk sintió que su corazón se aceleraba cuando vio la artística masa de acero y vidrio.

—Perfectamente restaurado para concursar por Restauraciones Pastime de Golden, Colorado —anunció el subastador. Reanudó sus paroxismos vocales, pero la puja empezó enseguida. Dirk levantó la mano, y al instante fue desafiado por un hombre obeso con tirantes amarillos. Dirk contraatacó con pujas en rápida sucesión, con el fin de demostrar que iba en serio. La táctica dio sus frutos. Tirantes Amarillos meneó la cabeza después de la tercera puja y se encaminó al bar.

—¡Vendido al hombre del sombrero de la NUMA! —chilló el subastador cuando la multitud aplaudió educadamente. Aunque le había costado varios meses de sueldo,

Dirk reconoció que era una buena compra, pues sabía que en 1958 se habían fabricado menos de doscientos Chrysler 300D descapotables.

Mientras se encargaba de los trámites para que le enviaran el coche a Seattle, su móvil empezó a sonar.

—Dirk, soy Julien. Tengo información para ti.

—Eso es rapidez y lo demás son cuentos.

—Bien, quería ponerte en contacto contigo antes de cenar —contestó Perlmutter, soñando ya con el banquete.

—¿Qué puedes decirme, Julien?

—Después de Pearl Harbor, los japoneses destacaron nueve o diez submarinos a lo largo de la costa oeste, pero poco a poco se fueron desplazando hacia el sur del Pacífico para entrar en acción. Los submarinos japoneses se encargaban sobre todo de misiones de reconocimiento, espían las bahías y puertos principales al tiempo que intentaban rastrear los movimientos de buques grandes. Lograron hundir un puñado de mercantes a principios de la guerra y provocar una psicosis de pánico en la gente. En cuanto a ataques terrestres, el primero tuvo lugar a principios de 1942, cuando el 117 lanzó unos cuantos proyectiles cerca de Santa Bárbara, causando daños en un muelle y una grúa. En junio de 1942, el 125 disparó sobre Fort Stevens, cerca de Astoria, Oregón, mientras el 126 bombardeaba una estación de radio en la isla de Vancouver, Canadá. No hubo bajas en ninguno de los ataques. En agosto de 1942, el 125 regresó cerca de cabo Blanco, Oregón, y lanzó un hidroavión armado con bombas incendiarias en un intento de prender fuego a los bosques circundantes. El ataque fue un fracaso, pues solo se produjo un pequeño incendio en la zona.

—Da la impresión de que no eran más que ataques para fastidiar —comentó Dirk.

—Sí, ninguna estrategia guiaba sus acciones. La situación se calmó después del ataque incendiario, pues los submarinos fueron enviados al norte para reforzar la campaña de las islas Aleutianas. Submarinos imperiales participaron en la captura y posterior evacuación de las islas de Attu y Kiska durante los combates de 1943. Los japoneses perdieron cinco submarinos durante la campaña de las Aleutianas, cuando nuestra tecnología del sonar empezó a localizarlos. Después de la caída de Kiska, unos pocos submarinos imperiales siguieron operando al norte y al oeste del Pacífico. El 1180 fue atacado y hundido cerca de Kodiak, Alaska, en abril de 1944, cuando la situación era muy tranquila aquí, hasta que el 1403 fue hundido frente a cabo Flattery, Washington, en enero de 1945.

—Es extraño que uno se llegara hasta la costa oeste, en un momento de la guerra en que su Marina estaba en las últimas.

—Fue todavía más raro, si piensas que el 1403 era uno de sus submarinos más grandes. Al parecer, planeaba un ataque aéreo cuando fue sorprendido por un destructor norteamericano.

—Cuesta creer que en aquella época construyeran submarinos capaces de transportar aviones —se asombró Dirk.

—Podían transportar no uno, sino hasta tres aviones. Aquellos submarinos eran gigantescos.

—¿Descubriste algún indicio de que las fuerzas navales utilizaran armas de cianuro?

—En esa batalla no, pero existían. Fue el ejército imperial, creo, y su unidad de guerra biológica estacionada en China, el que experimentaba con armas biológicas y químicas. Fabricaron proyectiles de artillería con cianuro, entre otras cosas, de modo que es posible que la Marina intentara experimentar con ellos, pero no existe constancia oficial de dicho uso.

—Supongo que no hay manera de demostrarlo, pero sospecho que el 125 lanzó un proyectil de cianuro que mató a cuatro personas el día antes de que atacaran Fort Stevens.

—Es muy posible. Tal vez cueste demostrarlo, pues el 125 se perdió más adelante en el sur del Pacífico, hundido presuntamente cerca de la isla de Espíritu Santo en 1943. Pero con una posible excepción, todas las fuentes que he visto indican que los barcos japoneses solo iban provistos de armas convencionales.

—¿Cuál es la excepción?

—El 1403, una vez más. Encontré una referencia en una revista del ejército posterior a la guerra, la cual afirmaba que un cargamento de Makaze fue transferido a la armada y entregado al submarino en Kure antes de que zarpara por última vez. Nunca había visto una referencia a Makaze, y no encontré otras referencias en mis ficheros de municiones y armamento.

—¿Tienes alguna idea sobre el significado de la palabra?

—Lo mejor que se me ocurre es «Viento letal».

Dirk hizo una breve llamada telefónica a Leo Delgado, y después localizó a Dahlgren, que estaba bebiendo una cerveza en un salón social que dominaba el lago Washington, después de su excursión en kayak con la cajera del banco.

—Jack, ¿te apetece bucear mañana? —preguntó Dirk.

—Pues claro. ¿Vamos a pescar al estrecho?

—Tengo algo más grande en mente.

—El rey salmón es un juego de niños para mí.

—El pez que me interesa —continuó Dirk— no nada desde hace más de sesenta años.

Irv Fowler despertó con un brutal dolor de cabeza. Demasiadas cervezas la noche anterior, meditó el científico mientras saltaba de la cama. Después de trasegar un café y un donut, se quedó convencido de que estaba mejor, pero a medida que avanzaba el día, el dolor pareció aumentar, y sus múltiples visitas al tubo de aspirinas le ofrecieron escaso alivio. Al final, su espalda se sumó al juego, y enviaba oleadas de dolor cada vez que se movía. A media tarde se sentía débil y cansado, y se marchó temprano de su oficina de la Sanidad Estatal y Servicios Sociales de Alaska, y volvió a su apartamento para descansar.

Después de tomar una sopa de caldo, su abdomen empezó a disparar ráfagas de dolor lacerante. Para que luego digan de los remedios caseros, pensó. Después de dar varias cabezadas inquietas, fue tambaleante al cuarto de baño para tomar otra dosis de aspirinas que calmaran el dolor. Cuando vio la cara demacrada de ojos vidriosos que le miraba desde el espejo, observó una erupción rojiza en sus mejillas.

—La peor gripe de mi vida —murmuró en voz alta, y después se desplomó en la cama hecho un guiñapo.

La seguridad era estricta en el hotel Tokio Hilton, y los invitados al banquete privado debían pasar por tres controles diferentes antes de entrar en el lujoso salón. La cena anual de la Asociación de Exportadores Japoneses era un extravagante acontecimiento en el que participaban los mejores chefs del país, así como artistas que actuaban para los líderes empresariales y dignatarios de la nación. Ejecutivos de las principales empresas de exportación japonesas patrocinaban la cena en nombre de sus socios comerciales. Además de los clientes clave, diplomáticos de todos los países occidentales y asiáticos, que constituían los principales socios comerciales de Japón, eran tratados como invitados especiales.

El reciente asesinato del embajador norteamericano Hamilton y el caos ocurrido en la inauguración de la fábrica de SemCon corrían de boca en boca entre la multitud, y todas las cabezas se volvieron cuando el subdirector de la embajada norteamericana, Robert Bridges, entró en la sala, acompañado por dos guardaespaldas camuflados.

Mientras servían en las mesas platos tradicionales de sashimi y fideos soba, un grupo de geishas bailarinas se deslizaban con elegancia sobre un escenario elevado, vestidas con quimonos de brillantes colores y provistas de abanicos de bambú. Bridges tomó un trago de sake caliente para amortiguar el dolor de escuchar al embajador francés, el cual peroraba sobre la deficiente calidad de los vinos asiáticos, mientras veía dar vueltas a las bailarinas.

Cuando el primer plato terminó, una letanía de ejecutivos invadió el escenario para promocionar su autoimportancia con estentóneos discursos. Bridges aprovechó la

oportunidad para ir al lavabo, y precedido por un enorme guardaespaldas recorrió un pasillo lateral y entró en el lavabo de hombres.

El guardaespaldas examinó el lavabo, y solo descubrió a un camarero que se estaba lavando las manos al fondo. Dejó que Bridges pasara al urinario, cerró la puerta y se quedó inmóvil de cara al interior.

El camarero calvo terminó de lavarse las manos con parsimonia, y luego dio la espalda al agente para secarse las manos con papel del distribuidor. Cuando giró hacia la puerta, el guardaespaldas se quedó estupefacto al ver una automática del 25 en la mano del camarero. Un silenciador estaba fijo a la boca de la pequeña arma, con la punta dirigida a la cara del guardaespaldas. Este intentó sacar su arma, pero apenas había movido la mano cuando la 25 emitió una tos ahogada. Un pulcro agujero rojo apareció justo encima de la ceja izquierda del guardaespaldas, y el corpulento hombre retrocedió un momento antes de derrumbarse en el suelo con un golpe sordo, mientras un río de sangre brotaba de su cabeza.

Bridges no oyó el disparo apagado, pero sí el ruido del guardaespaldas al caer. Se volvió y vio al camarero que le apuntaba con su arma.

—¿Qué demonios...? —fue lo único que pudo mascullar Bridges.

El calvo vestido de camarero le miró con sus ojos negros despiadados, y después dibujó una sonrisa sádica que reveló una hilera de dientes torcidos amarillentos. Sin decir palabra, apretó el gatillo dos veces y vio que Bridges se agarraba el pecho y caía al suelo. El asesino sacó una nota mecanografiada del bolsillo y la convirtió en un tubo. Después, se agachó y la introdujo en la boca del diplomático muerto como el asta de una bandera. Desmontó el silenciador, lo guardó en el bolsillo, pasó por encima de los dos cadáveres con cautela, salió por la puerta y se fue por el pasillo en dirección a la cocina.

La proa de fibra de vidrio del barco de trabajo Parker de siete metros y medio de eslora cortaba las amplias y profundas olas, abriendo un blanco sendero espumoso en la base antes de ascender a la cresta de la siguiente. Aunque pequeño en comparación con la mayoría de barcos de la flota de la NUMA, el pequeño y duradero barco, identificado en la popa como Grunion, era ideal para explorar vías fluviales terrestres y costeras, así como para prestar apoyo a operaciones de buceo en aguas poco profundas.

Leo Delgado giró la rueda del timón a la derecha y el Grunion se desvió a estribor para apartarse de la ruta del carguero rojo que se acercaba en su dirección cerca de la entrada del estrecho de Juan de Fuca.

—¿Cuánto falta para el estrecho? —preguntó, y giró la rueda con determinación hacia babor un momento después, para recibir de proa la estela del carguero.

Dirk y Dahlgren, de pie en la estrecha cabina, estaban encorvados sobre una pequeña mesa, estudiando una carta náutica de su posición actual, cerca de la entrada del océano Pacífico, unas 125 millas al oeste de Seattle.

—Unas doce millas al sudoeste de cabo Flattery, más o menos —dijo Dirk sin volverse, y después dictó las coordenadas de latitud y longitud a Delgado. El primer oficial del *Deep Endeavor* tecleó la posición en el sistema de navegación informatizado del pequeño barco. Unos segundos más tarde, un diminuto cuadrado blanco apareció en la esquina superior de un monitor de pantalla plana que colgaba del techo. En el borde inferior del monitor destelló un pequeño triángulo blanco, que representaba el curso del Grunion en dirección al Pacífico. Con la ayuda de una interfaz del Sistema de Posicionamiento Global por satélite, Delgado pudo calcular un rumbo directo hacia la posición marcada.

—Muchachos, ¿estáis seguros de que el capitán Burch no va a descubrir que hemos tomado prestado su barco de apoyo y estamos consumiendo su combustible, solo por una inmersión de placer? —preguntó Delgado con cierta timidez.

—¿Quieres decir que este es el barco particular de Burch? —contestó Dirk con fingido horror.

—Si viene a husmear, le diremos que Bill Gates se dejó caer por aquí y nos ofreció unos cuantos millones en acciones si le sacábamos de paseo en el Grunion —dijo Dahlgren.

—Gracias. Sabía que podía confiar en vosotros —masculló Delgado, al tiempo que sacudía la cabeza—. A propósito, ¿es muy exacta la localización del submarino?

—Constaba en el informe oficial de la Marina sobre el hundimiento que Perlmutter me envió por fax —contestó Dirk, al tiempo que se aferraba al alféizar de la puerta para sujetarse cuando el barco rodó sobre una ola—. Empezaremos con la

posición que fue registrada por el destructor después de que el 1403 se hundiera.

—Lástima que la Marina no tuviera GPS en 1945 —se lamentó Delgado.

—Sí, los informes en tiempos de guerra no siempre eran precisos, sobre todo en lo tocante a las posiciones. De todos modos, el destructor no se había alejado demasiado de la orilla cuando atacó al submarino, de manera que la posición teórica debería ponernos sobre su pista.

Cuando el Grunion llegó a la posición marcada, Delgado paró los motores y empezó a teclear cuadrículas de búsqueda en el ordenador de navegación. Dirk y Dahlgren desempaquetaron un sonar de banda lateral en la cubierta posterior, que habían sacado de una caja de plástico. Mientras Dirk conectaba los cables con el sistema operativo, Dahlgren bajó al agua sobre la regala de popa un sonar cilíndrico amarillo.

—El pez ha salido —gritó Dahlgren desde la cubierta de popa, tras lo cual Delgado aceleró un poco y el barco avanzó. En cuestión de minutos, Dirk había calibrado el equipo, lo cual dio como resultado un chorro continuo de imágenes borrosas contrastadas que desfilaban por un monitor en color. Las imágenes eran reflejos de ondas de sonido emitidas desde el sonar, las cuales rebotaban en el fondo marino y eran capturadas de nuevo y transformadas en registros visuales de salientes o cavidades del fondo del mar.

—Tengo una cuadrícula de una milla cuadrada, calculada alrededor de la posición teórica del Theodore Knight en el momento en que el submarino fue hundido —dijo Delgado.

—Para empezar, me parece un buen radio de búsqueda —contestó Dirk—. En caso necesario, ampliaremos la cuadrícula.

Delgado procedió a enfilar el barco siguiendo una línea blanca del monitor hasta llegar al final de la cuadrícula, después giró en redondo la rueda del timón y tomó la siguiente línea en dirección contraria. El Grunion navegó de un lado a otro en estrechos senderos de doscientos metros, recorriendo poco a poco la cuadrícula mientras Dirk vigilaba la aparición de una sombra larga y oscura en el monitor del sonar, la cual representaría el submarino posado en el fondo.

Transcurrió una hora, y las únicas imágenes reconocibles que aparecieron en la pantalla del sonar fueron un par de barriles de doscientos ocho litros. Al cabo de dos horas, Dahlgren sacó bocadillos de atún de una nevera y trató de aliviar el tedio contando algunos chistes de dudoso gusto y poca gracia. Por fin, después de tres horas de búsqueda, la voz de Dirk resonó en el aire húmedo.

—¡Objetivo! Marca posición.

Poco a poco, la imagen borrosa de un objeto alargado se desplegó en la pantalla, además de dos protuberancias más pequeñas cerca de un extremo y un objeto grande posado al lado de la parte central.

—¡Loado sea Dios! —gritó Dahlgren, al tiempo que estudiaba la imagen—. A mí me parece un submarino.

Dirk echó un vistazo a una escala de medición que había en la parte inferior de la pantalla.

—Mide unos ciento cinco metros de eslora, tal como indica la documentación de Perlmutter. Leo, vamos a dar otra pasada para verificar la posición, y después intenta aparcar justo encima.

—Puedo hacerlo —replicó Delgado con una sonrisa, al tiempo que hacía girar el Grunion para pasar de nuevo sobre el objetivo. La imagen de esta segunda pasada mostró que el submarino estaba intacto y daba la impresión de estar posado derecho en el fondo. Mientras Delgado tecleaba la localización precisa en el sistema GPS, Dirk y Dahlgren izaron el sonar y desembalaron un par de grandes mochilas de inmersión.

—¿Cuál es la profundidad aquí, Leo? —gritó Dahlgren mientras introducía las piernas en un traje de inmersión negro de neopreno.

—Unos cincuenta y un metros —contestó Delgado, tras consultar un fotómetro que zumbaba.

—Eso solo nos concede veinte minutos para trabajar en el fondo, con una parada de descompresión de veinticinco minutos durante la subida —dijo Dirk, recordando la duración de inmersión recomendada por las tablas de buceo de la Marina.

—Poco tiempo para un pez tan grande —comentó Dahlgren.

—Lo que más me interesa es el armamento de los aviones —contestó Dirk—. Según el informe de la Marina, ambos aviones se encontraban en cubierta cuando el destructor atacó. Apuesto a que esas dos imágenes del sonar cerca de la proa son bombarderos Seiran.

—Prefiero no tener que entrar en ese ataúd.

Dahlgren meneó la cabeza un momento, al pensar en la escena que se había formado en su cabeza, y después procedió a ceñirse un cinturón de lastre muy usado.

Cuando Dirk y Dahlgren se hubieron puesto el traje de buceo, Delgado situó de nuevo el Grunion sobre el objetivo y lanzó una pequeña boya atada a sesenta metros de cuerda. Los dos buceadores saltaron desde la plataforma posterior al mar con las aletas por delante.

Las frías aguas del Pacífico supusieron un shock para la piel de Dirk cuando se hundió bajo la superficie y se detuvo un momento en el líquido verde, a la espera de que la fina capa de agua atrapada por la superficie del traje se adaptara a la temperatura de su calor corporal.

—Maldita sea, sabía que habríamos tenido que traer los trajes secos.

La voz de Dahlgren crepitó en los oídos de Dirk. Los dos hombres portaban máscaras de buceo AGA Divator MKII que cubrían toda la cara, con un sistema de

comunicación inalámbrico integrado, de modo que podían hablar bajo el agua.

—¿Por qué? Es igual que en los cayos —bromeó Dirk, en referencia a las islas de agua tibia situadas en el extremo sur de Florida.

—Creo que has comido demasiado salmón ahumado —replicó Dahlgren.

Dirk expulsó el aire de su compensador de flotabilidad y eliminó el tapón de sus oídos. Después, pataleó y continuó descendiendo hacia el fondo, siguiendo la cuerda de la boya. Dahlgren le imitó. Una leve corriente les empujó hacia el este, efecto que Dirk compensó posicionándose contra el flujo mientras descendía, intentando mantener su posición relativa sobre el objetivo. Cuando bajaron a más profundidad, atravesaron una termoclina, y sintieron que la temperatura del agua descendía de golpe en un solo instante. A treinta y tres metros, las aguas verdes se oscurecieron, pues filtraban la luz de la superficie. A los treinta y seis, Dirk encendió una pequeña luz sujeta a su capucha como la de un casco de minero. Cuando descendieron unos cuantos metros más, la forma alargada y oscura del submarino japonés surgió de súbito de las profundidades.

El enorme submarino negro yacía en el fondo, un silencioso mausoleo de hierro para los marineros que habían muerto en su interior. Se había posado sobre la quilla al hundirse y estaba erguido con orgullo en el fondo, como dispuesto a zarpar de nuevo. Cuando Dirk y Dahlgren se acercaron más, se quedaron asombrados al ver el enorme tamaño del barco. Al descender cerca de la proa, apenas podían ver una cuarta parte del submarino, cuya masa desaparecía en la oscuridad turbia. Dirk flotó sobre la proa un momento y admiró la impresionante circunferencia, antes de examinar la rampa de la catapulta que se elevaba en ángulo de la cubierta central.

—Dirk, veo uno de los aviones —dijo Dahlgren, y extendió un brazo en dirección a una pila de escombros que había en la proa de babor—. Iré a echar un vistazo.

—El segundo avión debería estar más atrás, según la lectura del sonar. Tomaré esa dirección —contestó Dirk, que nadaba a lo largo de la cubierta.

Dahlgren pasó como una flecha sobre los escombros, que pudo identificar con facilidad como los restos de un hidroavión de un solo motor, cubierto por una gruesa capa de lodo fino. El Seiran Aichi M6A1 era un monoplano de aspecto aerodinámico, diseñado especialmente como bombardero lanzado desde un submarino grande. Su elegante diseño, similar en apariencia a un caza Messerschmitt, quedaba cómico debido a los dos enormes flotadores sujetos bajo las alas, como unos zapatones de payaso que se extendían por delante del fuselaje. Dahlgren solo pudo ver una pequeña parte de un flotador, pues el ala y el flotador izquierdos habían sido arrancados de cuajo por la descarga del destructor norteamericano. El fuselaje y el ala derecha estaban incólumes, erguidos en un ángulo extraño junto al flotador dañado. Dahlgren nadó hasta el fondo por delante del avión, estudió el tren de aterrizaje visible y la parte inferior del ala. Se acercó más y sacudió el lodo de varias

protusiones, lo cual dejó al descubierto una serie de abrazaderas para bombas. Los cierres que aseguraban la carga útil del bombardero estaban vacíos de armamento.

Dahlgren se deslizó poco a poco junto al fuselaje, nadó hasta la cubierta corrediza de la cabina medio aplastada y barrió una capa de lodo del cristal. Apuntó su luz al interior y notó que su corazón se aceleraba al ver lo que había. Una calavera humana le estaba mirando desde el asiento del piloto, y los dientes desnudos parecían dedicarle una sonrisa macabra. Movi6 la luz alrededor de la cabina y reconoci6 un par de botas de volar deterioradas en el suelo y los restos considerables de un hueso que sobresalía de una abertura. Los huesos desmoronados del piloto aún ocupaban el avión, pues se había ido al fondo con su barco.

Dahlgren se alejó lentamente del avión, y luego llamó a Dirk por radio.

—Escucha, amigo, tengo aquí el extremo de un flotador, pero no parece que llevara armas montadas cuando se hundió. De todos modos, Calavera Jap te envía recuerdos.

—He localizado los restos del segundo avión y tampoco iba cargado —contestó Dirk—. Reúnete conmigo en la torreta.

Dirk había descubierto el segundo bombardero a treinta metros de distancia del submarino, volcado. Los dos flotadores habían sido arrancados de cuajo del bombardero Seiran cuando el submarino se hundió, y el fuselaje del avión, junto con las alas aún sujetas, había descendido hasta el fondo. Vio con facilidad que no había armas montadas en el tren de aterrizaje, y no descubrió indicios de que una bomba o un torpedo se hubieran soltado al hundirse el avión.

Volvió hacia la cubierta superior del submarino y siguió la rampa de la catapulta, de veinticinco metros de largo, a lo largo de la proa, hasta que llegó a una escotilla redonda. La escotilla vertical tapaba el extremo de un ancho tubo de cuatro metros y medio de diámetro, montado en la base de la torreta de mando, el cual se prolongaba hacia la popa durante más de treinta metros. El tubo hermético había sido el hangar de los aviones Seiran, y almacenaba las piezas de los aviones hasta que estaban preparados para ser lanzados. Situada sobre la sección tubular había una pequeña plataforma que albergaba cañones antiaéreos de 25 Mm. de montura triple, que aún seguían apuntando hacia lo alto, a la espera de un enemigo invisible.

En lugar de una gran vela metálica vertical, Dirk encontró un enorme agujero en el centro del 1403, el lugar donde había estado la torreta de mando antes de la colisión. Un pequeño banco de abadejos nadaban alrededor del borde mellado del cráter, se alimentaban de vida marina más pequeña y añadían un toque de color a la oscura escena.

—Caramba, tu Chrysler podría pasar por ese agujero —comentó Dahlgren cuando nadó al lado de Dirk e inspeccionó el cráter.

—De sobra. Se habrá hundido como una piedra después de que la vela se

desprendiera.

Los dos hombres imaginaron en silencio la violenta colisión entre los dos barcos de guerra, ocurrida tantos años antes, así como la agonía de la tripulación indefensa del 1403 cuando el submarino se hundió hasta el fondo.

—Jack, ¿por qué no cruzas el hangar y miras si hay algún arma? —dijo Dirk, y señaló con una mano enguantada hacia el corte que recorría el techo del hangar—. Yo iré bajo cubierta y haré lo mismo.

Dirk consultó su reloj sumergible Doxa, regalo de su padre por su último cumpleaños.

—Solo nos quedan ocho minutos. Démonos prisa.

—Nos encontramos aquí dentro de seis —dijo Dahlgren, y después desapareció con un veloz pataleo de sus aletas por la abertura del hangar.

Dirk penetró en la tenebrosa hendidura contigua al hangar, y pasó junto a un borde mellado de acero destrozado y retorcido. Mientras descendía, distinguió los cascos presurizados gemelos del submarino, algo poco usual, que corrían hasta la quilla. Entró en un espacio abierto e identificó al instante los restos de la sala de control, tal como demostraba una rueda de timón cubierta de percebes. Había un equipo de radio fijo a un lado de la sala, mientras una serie de palancas y controles sobresalían de otra pared y el techo. Apuntó la luz hacia un conjunto de válvulas y leyó BARASUTO TANKU en letras blancas, y supuso que accionaba los depósitos de lastre.

Dirk movió las aletas con suavidad y avanzó sin vacilar, procurando no remover el sedimento de la cubierta. Mientras pasaba de un compartimiento a otro, daba la impresión de que los marineros japoneses todavía habitaban el buque. Había platos y cubiertos diseminados sobre el suelo de una pequeña cocina. Aún quedaban botellas de porcelana de sake de pie en las estanterías de la cabina. Dirk se deslizó en el interior de la sala de oficiales, con los camarotes alineados a un lado, y admiró un pequeño altar sintoísta montado en una pared.

Continuó hacia delante, consciente de que se le estaba acabando el tiempo, pero procurando asimilar todo cuanto veían sus ojos. Después de dejar atrás un laberinto de tubos, cables y líneas hidráulicas, llegó a los aposentos del comandante, cerca de la parte delantera de la nave. Por fin, se aproximó a su objetivo, la cámara de torpedos delantera, que le aguardaba más adelante. Se impulsó hacia delante con un potente movimiento de tijera, dispuesto a entrar en la cámara. Entonces, paró en seco.

Parpadeó varias veces, mientras se preguntaba si los ojos le estaban gastando alguna broma. Después, apagó la luz y miró de nuevo por la escotilla. No eran imaginaciones suyas.

En las tripas del submarino oxidado, sepultado en el fondo del mar durante más de sesenta años, una luz verde destellante, tenue pero inconfundible, dio la

bienvenida a Dirk.

Dirk se impulsó a través de la escotilla y penetró en la oscuridad absoluta de la sala de torpedos, salvo por el rayo de luz penetrante. Cuando sus ojos se adaptaron a la negrura, la luz verde parpadeante se vio con más claridad. Daba la impresión de que eran un par de luces diminutas, situadas a la altura de los ojos y fijadas al fondo de la sala.

Dirk encendió su luz e inspeccionó la sala. Estaba en la sala de torpedos superior, uno de los dos compartimientos de torpedos que el 1403 había apilado verticalmente en la proa del submarino. Cerca del mamparo delantero, vio las escotillas redondas que alojaban los cuatro tubos lanzatorpedos de veintiuna pulgadas. Seis enormes torpedos Tipo 95 descansaban en estantes a cada lado de la cámara, peces grandes y mortíferos más fiables y explosivos que sus equivalentes norteamericanos durante la guerra. Dirk dirigió la luz hacia otros dos torpedos que se habían soltado de sus amarras cuando el submarino tocó fondo. Un torpedo estaba caído en el suelo con el morro algo desviado de la proa, desde donde había rodado después de golpear la cubierta. El segundo torpedo estaba apoyado sobre algunos cascotes cerca de su punta, y el morro apuntaba perezosamente hacia arriba. La luz parpadeaba justo encima de este segundo torpedo.

Dirk flotó sobre la luz destellante y acercó la cara al misterioso rayo. No se trataba más que de un pequeño reloj digital encajado al final de los estantes de los torpedos. Una fila de ceros destellaban en un verde fluorescente, indicando un tiempo transcurrido que se había iniciado más de veinticuatro horas antes. Días, semanas, meses, era imposible saberlo. Lo que estaba claro era que no podían haberlo instalado sesenta años antes.

Dirk arrancó el reloj de plástico y lo guardó en el bolsillo de su compensador de flotabilidad, y después miró hacia arriba. Las burbujas de aire que desprendía no se estaban arracimando en el techo, tal como esperaba, sino que se colaban por una rendija de luz pálida. Pataleó con las aletas y descubrió que habían forzado una escotilla de las que daban acceso a la cubierta, y la abertura permitía el paso con facilidad a un buceador.

Una voz resonó de pronto en su auricular.

—¿Dónde estás, Dirk? Es hora de subir —berreó la voz de Dahlgren.

—Estoy en la sala de torpedos delantera. Reúnete conmigo en la proa. Necesito otro minuto.

Dirk consultó su reloj, y observó que ya habían transcurrido ocho minutos de los permitidos en el fondo, y después volvió hacia los estantes de los torpedos.

Al caer, uno de los torpedos había reventado dos cajas de madera, las cuales estaban abiertas como un par de maletas. Las cajas, hechas de caoba, habían

sobrevivido milagrosamente a los estragos del agua salada y los microorganismos, y se hallaban en un estado mínimo de deterioro. Observó con curiosidad que las cajas rotas no estaban cubiertas de lodo, al contrario que todos los demás objetos que había visto en el submarino. Hacía poco, alguien había apartado el sedimento para dejar al descubierto el contenido de las cajas.

Dirk nadó hasta la caja más próxima y examinó el interior. Seis bombas aéreas plateadas estaban alineadas en un contenedor hecho a medida, como media docena de huevos. Cada bomba medía casi un metro de largo y tenía forma de salchicha. La mitad de las bombas aún estaban atrapadas bajo el torpedo, pero las seis se habían roto debido a la caída del torpedo. Dirk reparó extrañado en que parecían más agrietadas que aplastadas. Pasó la mano sobre la parte incólume de una bomba y notó que la superficie poseía un tacto suave, como de vidrio.

Dirk movió las aletas con delicadeza, se acercó a la otra caja y vio un espectáculo similar. Todos los bidones de las bombas de la segunda caja también habían sido aplastados por el torpedo al caer. Pero esta vez contó cinco bombas, no seis. Uno de los bidones estaba vacío. Dirk paseó la luz a su alrededor e inspeccionó la zona. La cubierta estaba limpia en todas direcciones, y no se veían fragmentos en el hueco vacío. Una de las bombas había desaparecido.

—Arriba, ascensor —crepitó de repente la voz de Dahlgren.

—Sujeta la puerta, que ya voy —contestó Dirk, y cuando consultó su reloj vio que había estado casi cinco minutos más de los permitidos en el fondo. Examinó las cajas destrozadas por última vez, y tiró de una de las bombas menos estropeadas. El proyectil resbaló de su caja, pero se desmontó en tres piezas al caer en las manos de Dirk. Las guardó como pudo en una bolsa de malla y pataleó en dirección a la escotilla abierta de arriba. Descubrió a Dahlgren flotando sobre la proa del submarino, a unos pocos metros de distancia. Se reunió con su compañero y los dos ascendieron a toda prisa hacia el punto de descompresión.

A doce metros, Dirk extendió su cuerpo como un paracaidista para disminuir la velocidad de ascensión, y expulsó un chorro de aire de su compensador de flotabilidad. Dahlgren le imitó y los dos hombres se estabilizaron a una profundidad de seis metros para purificar sus cuerpos de los elevados niveles de nitrógeno concentrados en la sangre.

—Esos cinco minutos de más en el fondo nos van a costar otros trece de tiempo de descompresión. Dejaré mi depósito seco antes de que hayan transcurrido treinta y ocho minutos —dijo Dahlgren, al tiempo que echaba un vistazo a su manómetro de aire. Antes de que Dirk pudiera contestar, oyeron un ruido metálico apagado a lo lejos.

—No temas, Leo está aquí —comentó Dirk, y señaló un objeto que se hallaba a unos doce metros de distancia.

Un par de tanques plateados de submarinismo, con reguladores sujetos, colgaban en la marca de seis metros, atados a una cuerda que ascendía a la superficie. Al otro extremo de la cuerda, Delgado estaba comiendo un plátano en la cubierta posterior del Grunion, siguiendo el rastro de burbujas de los dos hombres y vigilando que no se alejaran del barco. Después de permanecer un cuarto de hora en la parada de descompresión, los dos hombres asieron los reguladores fijos a los tanques y ascendieron a tres metros para otra espera de veinticinco minutos. Cuando Dirk y Dahlgren emergieron por fin y subieron a bordo del barco, Delgado saludó a los dos hombres con la mano, mientras hacía girar el barco en dirección a tierra.

Cuando el buque entró en las aguas más calmas del estrecho de Juan de Fuca, Dirk desenvolvió los fragmentos del bidón de la bomba y los dejó sobre la cubierta.

—¿Viste rastros de alguna otra en el avión o en el hangar? —preguntó Dirk.

—No, en absoluto. Había montones de piezas, herramientas y otros restos en el hangar, pero nada parecido a eso —contestó Dahlgren, mientras examinaba los fragmentos—. ¿Cómo pudo partirse así un bidón?

—Porque está hecho de porcelana —explicó Dirk, al tiempo que alzaba uno de los fragmentos para que Dahlgren lo examinara.

Dahlgren pasó un dedo sobre la superficie y meneó la cabeza.

—Una bomba de porcelana. Muy adecuada para atacar fiestas, imagino.

—Debe de estar relacionada con la carga útil.

Dirk ordenó los fragmentos hasta que encajaron, como las piezas de un rompecabezas. El armamento de la carga útil había desaparecido en el mar mucho tiempo atrás, pero se reconocía en el interior la disposición de diversos compartimientos.

—Parece que diferentes combustibles debían reaccionar juntos al producirse la detonación.

—¿Una bomba incendiaria? —preguntó Dahlgren.

—Tal vez —contestó Dirk en voz baja. Introdujo la mano en el bolsillo lateral de su compensador de flotabilidad y sacó el temporizador digital—. Alguien se tomó muchas molestias para recuperar una de estas bombas —dijo, y tiró el temporizador a Dahlgren.

Dahlgren estudió el artilugio y le dio vueltas en las manos.

—Tal vez fue el propietario original —dijo por fin, muy serio. Levantó el temporizador y enseñó a Dirk la parte posterior del reloj. En ella se leía una línea indescifrable en escritura asiática.

Como una manada de hienas que se pelearan por una cebra recién muerta, los consejeros de seguridad del presidente se estaban lanzando a la yugular mutuamente en un intento egoísta de esquivar la responsabilidad sobre los acontecimientos de Japón. Los ánimos estaban encrespados en la Sala del Gabinete, situada en el ala oeste de la Casa Blanca.

—Es un fallo de inteligencia, así de claro. Nuestros consulados no reciben el apoyo de inteligencia que necesitan, y como resultado dos de mis hombres han muerto —se quejó el secretario de Estado con amargura.

—Carecemos de informes sobre un aumento de la actividad terrorista en Japón. Fuentes diplomáticas del Departamento de Estado han informado de que las fuerzas de seguridad japonesas también están en la inopia —replicó el subdirector de la CÍA.

—Caballeros, a lo hecho pecho —intervino el presidente, mientras intentaba encender una gran pipa anticuada.

Con la apariencia física de Teddy Roosevelt y el carácter intransigente de Harry Truman, el presidente Garner Ward gozaba de la admiración del pueblo por su sentido común y estilo pragmático. El presidente nacido en Montana, elegido para su primer mandato, fomentaba el debate entre su equipo y el gabinete, pero no toleraba los chivatazos ni los sermones egoístas.

—Hemos de comprender la naturaleza de la amenaza y los motivos de nuestro enemigo, para luego decidir qué medidas han de tomarse —se limitó a apuntar el presidente—. También me gustaría recibir alguna recomendación sobre cómo Seguridad Nacional debería decretar una alerta de seguridad interior elevada. —Cabeceó en dirección a Dennis Jiménez, sentado al otro lado de la mesa de la Sala del Gabinete, secretario del departamento de Seguridad Nacional—. Pero antes, hemos de descubrir quiénes son estos personajes. Martin, ¿por qué no nos informas sobre lo que sabemos hasta el momento? —dijo el presidente al director del FBI, Martin Finch.

Antiguo policía militar de los marines, Finch todavía llevaba el pelo cortado a cepillo y hablaba con la voz cortante de un sargento.

—Señor, los asesinatos del embajador Hamilton y del subdirector de la misión diplomática Bridges parecen ser obra del mismo individuo. Los vídeos de vigilancia del hotel donde Bridges fue asesinado captan a un sospechoso vestido de camarero, que nadie identificó como empleado del hotel. Se compararon fotografías del vídeo con declaraciones de testigos oculares que habían visto a un individuo en el campo de golf de Tokio, poco antes de que dispararan contra el embajador Hamilton.

—¿Alguna relación con el asesinato del ejecutivo Chris Gavin y la explosión en la planta de SemCon? —preguntó el presidente.

—Ninguna que hayamos podido identificar, aunque existe un indicador en potencia en la nota abandonada junto al cuerpo de Bridges. Lo estamos tratando como un incidente relacionado, por supuesto.

—¿Qué sabemos del sospechoso? —preguntó el secretario de Estado.

—Las autoridades japonesas han sido incapaces de descubrir nada en sus archivos criminales, ni de proporcionar una identificación posible. No era un miembro fichado del Ejército Rojo Japonés. Por lo visto, se trata de un desconocido. Las agencias de investigación policial japonesas están colaborando al máximo en la cacería, y han puesto a sus controles de inmigración en alerta máxima.

—Pese a que no sepamos de relaciones anteriores, no cabe duda de que debe estar trabajando bajo los auspicios del Ejército Rojo Japonés —añadió el subdirector de la CÍA.

—¿Qué decía la nota que encontraron junto a Bridges? —preguntó Jiménez.

Finch buscó en una carpeta y sacó una hoja mecanografiada.

—Traducido del japonés dice: «Daos por vencidos, imperialistas norteamericanos que mancilláis el suelo nipón con vuestra avaricia, o la muerte arrojará su aliento frío y dulce sobre las orillas de Estados Unidos, ERJ». La típica baladronada de una minoría fanática.

—¿En qué situación se encuentra el Ejército Rojo Japonés? Pensaba que fue disuelto hace años —preguntó el presidente Ward.

Mientras esperaba la respuesta, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una nube de humo perfumado de cereza hacia el techo, antes de que Finch contestara.

—Como tal vez sepa, el Ejército Rojo Japonés es un grupo terrorista testimonial surgido de cierto número de facciones comunistas japonesas durante los años setenta. Fomentan el antiimperialismo y han apoyado el derrocamiento del gobierno y la monarquía japonesas por medios tanto legítimos como ilegítimos. El ERJ, de quien se sospecha que mantiene vínculos con Oriente Medio y Corea del Norte, estuvo detrás de diversos atentados con bomba y secuestros de aviones, que culminaron en la fracasada intentona de ocupar la embajada norteamericana en Kuala Lumpur en 1975. Parecieron perder apoyo en los noventa, y hacia el 2000 los líderes conocidos de la organización habían sido detenidos. Aunque muchos dieron por muerta a la organización, durante los dos últimos años se han observado indicios de actividad en el grupo. La publicación de su doctrina y la repercusión en los medios les ha proporcionado un nuevo eco, y han ganado más atención debido al clima económico a la baja del país. Su mensaje se ha concentrado en lemas anticapitalistas y antinorteamericanos, antes que en el derrocamiento del gobierno, y sus tesis han encontrado cierto apoyo entre un fragmento de la población juvenil. Por extraño que parezca, no hay un portavoz visible u hombre de paja del grupo.

—Suscribo los comentarios de Marty, señor presidente —reconoció el subdirector

de la CÍA—. Hasta los ataques contra nuestro personal, carecíamos desde hace años de informes sobre la actividad de esta gente. El líder reconocido está en la cárcel. La verdad, no sabemos quién está tirando de los hilos.

—¿Estamos seguros de que no existe relación con Al Qaeda?

—Es posible, pero no probable —contestó Finch—. El método utilizado en los asesinatos no es su estilo, y no hay una auténtica presencia visible de radicales islamistas en Japón. En esta encrucijada, carecemos de pruebas que sugieran un vínculo.

—¿Cómo llevamos el caso con los japoneses? —preguntó el presidente.

—Tenemos un equipo del FBI especializado en antiterrorismo trabajando estrechamente con la Agencia Nacional de Policía japonesa. Las autoridades japonesas son muy conscientes del efecto negativo de los asesinatos para su país, y han asignado un numeroso destacamento especial a la investigación. No podemos pedirles más de lo que ya han aportado.

—He solicitado al Ministerio de Asuntos Exteriores japonés, por mediación del Departamento de Estado, que nos ponga al día sobre sus datos acerca de extranjeros de alto riesgo —intervino Jiménez—. Desplegaremos una alerta especial de fronteras en coordinación con el FBI.

—¿Qué más estamos haciendo en el extranjero para impedir otros asesinatos? —preguntó el presidente al secretario de Estado.

—Hemos decretado alertas de máxima seguridad en todas nuestras embajadas —contestó el secretario—. También hemos asignado protección de seguridad adicional a nuestros diplomáticos de mayor alcurnia, y restringido los desplazamientos dentro del país anfitrión a todo el personal del Departamento de Estado. De momento, nuestros embajadores en el extranjero están encerrados a cal y canto.

—¿Alguna opinión acerca de una inminente amenaza interior, Dennis?

—Esta vez no, señor presidente —contestó el director de Seguridad Nacional—. Hemos intensificado las inspecciones de viajeros e inmigrantes en el tráfico procedente de Japón, pero no me parece necesario decretar una alerta de seguridad interior.

—¿Estás de acuerdo, Marty?

—Sí. Al igual que Dennis, todos nuestros datos indican que los incidentes se concentran en Japón.

—Muy bien. ¿Qué sabéis sobre las muertes de esos dos meteorólogos de la Guardia Costera en Alaska? —preguntó el presidente, y dio otra calada a la pipa.

Finch hojeó algunos documentos antes de responder.

—Eso fue en la isla de Yunaska, en las Aleutianas. Tenemos un equipo investigador destacado en el lugar trabajando con las autoridades locales. También están investigando la destrucción de un helicóptero de la NUMA como incidente

relacionado. Los indicios preliminares apuntan a que las acciones fueron el resultado de pescadores furtivos que utilizaron gas cianhídrico para apoderarse de una manada de leones marinos. Intentamos seguir la pista de un pesquero ruso que estaba faenando en esas aguas ilegalmente. Las autoridades de la zona están convencidas de que detendrán el barco.

—¿Gas cianhídrico para cazar leones marinos? Este planeta está lleno de lunáticos. Muy bien, caballeros, vamos a emplearnos a fondo para encontrar a esos asesinos. Permitir que tiroteen a nuestros representantes diplomáticos sin la menor repercusión no es el mensaje que quiero enviar al mundo. Conocía a Hamilton y Bridges. Eran hombres buenos.

—Les encontraremos —prometió Finch.

—Eso espero —dijo el presidente, mientras vaciaba la pipa en un cenicero de acero inoxidable para dotar de mayor fuerza a sus palabras—. Temo que estos personajes tengan más ases en la manga de los que imaginamos, y no quiero que la situación se prolongue.

Mientras hablaba, un montoncito de tabaco quemado cayó sin ceremonias en el cenicero, y nadie dijo ni una palabra.

Aunque Keith Catana solo llevaba tres meses en Corea del Sur, ya había identificado su garito favorito. Chang's Salón parecía un poco diferente de la docena de bares de ATown, un barrio de ocio sórdido situado en la periferia de Kunsan City, que prestaba servicios a los militares norteamericanos estacionados en la base aérea de Kunsan. Chang's no tenía la música a tope como la mayoría de locales y ofrecía un precio decente por la cerveza OB, de fabricación coreana. Pero tal vez lo más importante, en opinión de Catana, era que Chang's atraía a las obreras más atractivas de ATown.

Abandonado por dos colegas que decidieron seguir a un grupo de militares norteamericanas hasta una discoteca de la esquina, Catana estaba sentado en silencio acunando su cuarta cerveza, complacido por el inicio de un agradable zumbido. El sargento mayor, de veintitrés años, era un especialista en aviones de la base, y se ocupaba del mantenimiento de los aviones de ataque F16 de la Octava Ala de Bombarderos. Su escuadrón, situado a pocos minutos de vuelo de la zona desmilitarizada, se hallaba siempre preparado para un contraataque aéreo en el caso de que Corea del Norte iniciara la invasión del sur.

Recuerdos sentimentales de su familia en Arkansas fueron expulsados de su memoria con brusquedad, cuando la puerta del bar se abrió y entró la mujer coreana más impresionante que Catana había visto en su vida. Cuatro cervezas no eran suficientes para engañarle. Era una verdadera belleza. Su pelo negro, largo y liso, acentuaba un rostro delicado, como de porcelana, en el que destacaban la nariz y boca menudas, pero sobre todo unos descarados ojos negros. Una falda de cuero ceñida y un top de seda realzaban su cuerpo pequeño, pero exageraban una simetría irregular creada por los abundantes pechos de silicona.

Como una tigresa que buscara a su presa, la mujer inspeccionó la multitud de un extremo a otro, hasta concentrarse en el solitario hombre de la fuerza aérea sentado solo en un rincón. Cuando sus miradas se encontraron, la mujer se encaminó a la mesa de Catana y se sentó delante de él.

—Hola, Joe. ¿Me invitas a una copa? —ronroneó.

—Será un placer —tartamudeó Catana.

Desde luego, no era como las demás putas de ATown, pensó, ni como las busconas especializadas en militares. Pero ¿quién era él para llevarle la contraria? Si los cielos habían decidido depositar a esta criatura sobre su regazo el día de paga, la buena suerte le estaba sonriendo.

Solo hizo falta una veloz cerveza para que la prostituta le invitara a la habitación de su hotel. Para Catana significó una agradable sorpresa que la mujer no regateara el precio, incluso que ni siquiera lo mencionara, cosa extraña.

Le condujo a un motel barato de las cercanías, donde recorrieron cogidos del brazo un lúgubre pasillo con luces rojas y todo. Al final del corredor, la mujer abrió la puerta de una pequeña y sofocante habitación, cuyo principal objetivo no era dormir, observó Catana, cuando vio una máquina expendedora de condones montada cerca de la cama.

Después de cerrar la puerta, la mujer se quitó a toda prisa el top y dio a Catana un beso apasionado. El militar prestó escasa atención a un ruido producido cerca del armario, embriagado por una combinación irresistible de belleza, alcohol y perfume caro. Un agudo pinchazo en las nalgas terminó con su agradable delirio, seguido por un dolor inaguantable. Dio media vuelta con movimientos inseguros y se llevó una gran sorpresa al ver ante él a otro hombre. Se trataba de un individuo corpulento y calvo, con una sonrisa torcida bajo su largo bigote. Daba la impresión de que sus ojos fríos perforaban el cráneo de Catana. Sostenía en las manos una aguja hipodérmica vacía.

El miedo y la confusión se apoderaron de Catana, al tiempo que notaba todo el cuerpo entumecido. Intentó alzar las manos, pero sus extremidades ya no le servían de nada. Hasta sus labios se negaron a colaborar con su cerebro cuando quiso lanzar un grito de protesta. Al cabo de pocos segundos, una oleada de negrura le invadió y sus sentidos murieron.

Fue horas después cuando un golpeteo incesante le despertó de su estado de inconsciencia. El golpeteo no se producía en su cabeza, como había imaginado al principio, sino que llegaba de fuera, desde la puerta de la habitación. Notó que una humedad viscosa le rodeaba, mientras intentaba aclarar su visión. ¿A qué venían los golpes? ¿Qué significaba esa humedad? La habitación apenas iluminada y las telarañas de su mente se negaban a revelar el misterio.

Los golpes cesaron un momento, y después la puerta se abrió con estrépito acompañada de un chorro de luz. Vio con ojos entornados que un grupo de policías entraban en tromba, seguidos por dos hombres con cámaras. Cuando sus ojos se adaptaron a la repentina invasión de luz, pudo ver por fin la humedad que le rodeaba.

Sangre. Estaba por todas partes: en las sábanas, en las almohadas y sobre todo su cuerpo. Pero especialmente en la figura de la mujer desnuda tendida a su lado, boca abajo.

Catana se apartó al instante del cuerpo, impresionado. Cuando dos policías le levantaron de la cama y esposaron, lanzó un grito de horror.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha hecho esto? —preguntó aturdido.

Miró horrorizado cuando un tercer policía retiró la sábana que cubría en parte a la mujer y dejó al descubierto un cuerpo que había sido brutalmente mutilado. Catana, perplejo, vio que el cuerpo no era el de la hermosa mujer a quien había conocido horas antes, sino el de una muchacha que no había visto en su vida.

Catana se derrumbó cuando le sacaron de la habitación entre una oleada de fotógrafos. A mediodía, la historia de la violación y salvaje asesinato de una niña coreana de trece años, obra de un militar norteamericano, se había convertido en un horror a escala nacional. Por la noche, se había transformado en un ultraje a la nación. Y cuando se celebró el funeral de la muchacha, dos días después, era un incidente internacional a gran escala.

El sol de mediodía se reflejaba en las aguas azul zafiro del mar de Bohol, lo cual obligó a Raúl Biazón a entornar los ojos cuando miró hacia el gran barco de investigación anclado en la lejanía. Por un momento, el biólogo del gobierno filipino pensó que los rayos del sol le estaban gastando una jugarreta. Ningún buque de investigaciones científicas respetable podía ir decorado con un color tan llamativo, pero cuando la pequeña y baqueteada lancha en la que navegaba se acercó más, vio que sus ojos no le engañaban. El barco estaba pintado de un color azul turquesa de proa a popa, lo cual daba la impresión de que fuera un producto de las profundidades, en lugar de estar meciéndose sobre el oleaje. Los norteamericanos siempre quieren hacerse los originales, pensó Biazón.

El piloto de la lancha guió la embarcación de madera hasta una escalerilla suspendida sobre un costado del barco, y Biazón se dispuso a subir a bordo. Habló un momento en tagalo con el piloto, subió la escalerilla y saltó a cubierta, y casi tropezó con un hombre alto y musculoso que se hallaba de pie ante la barandilla. De escaso pelo rubio y constitución robusta, el hombre tenía aire de vikingo, e iba vestido con el uniforme blanco inmaculado de capitán.

—¿Doctor Biazón? Bienvenido a bordo del Mariana Explorer. Soy el capitán Bill Stenseth.

El hombre le dedicó una sonrisa cordial con sus ojos grises.

—Gracias por recibirme en tan poco tiempo, capitán —contestó Biazón, al tiempo que recuperaba el equilibrio y la compostura—. Cuando un pescador local me informó de que un buque de investigación de la NUMA había' sido visto en la zona, pensé que podrían serme de ayuda.

—Vamos al puente para protegernos del calor —indicó Stenseth—, y nos informa de esa catástrofe ambiental de la que habló por radio.

—Espero no haberme entrometido en su trabajo de investigación —dijo Biazón, mientras los dos hombres subían un tramo de escaleras.

—En absoluto. Acabamos de terminar un trazado sísmico frente a Mindanao, y nos hemos tomado un descanso para probar algunos aparatos antes de dirigirnos a Manila. Además —dijo Stenseth con una sonrisa—, cuando mi jefe dice, «Para el barco», yo paro el barco.

—¿Su jefe? —inquirió Biazón con expresión perpleja.

—Sí —contestó Stenseth, mientras llegaban al ala del puente y abría una puerta lateral—. Viaja a bordo con nosotros.

Biazón atravesó la puerta y entró en el puente. Se estremeció de manera involuntaria cuando un chorro de aire acondicionado roció su cuerpo empapado de sudor. Observó en la parte posterior del puente a un hombre alto y de aspecto

distinguido, con pantalones cortos y polo, inclinado sobre una carta de navegación.

—Doctor Biazón, le presentó al director de la NUMA, Dirk Pitt —dijo Stenseth—. Dirk, este es el doctor Raúl Biazón, responsable de residuos peligrosos de la Agencia de Control del Medio Ambiente de las Filipinas.

Biazón se quedó sorprendido al encontrar al director de una agencia gubernamental importante trabajando en el mar, tan lejos de Washington, pero bastaba con mirar a Pitt para saber que no se trataba del típico funcionario del gobierno. Unos treinta centímetros más alto del metro sesenta que medía Biazón, el jefe de la NUMA tenía un cuerpo musculoso, delgado y bronceado que mostraba pocos indicios de haber pasado mucho tiempo detrás de un escritorio. Aunque Biazón no lo sabía, el mayor de los Pitt era casi la viva imagen de su hijo del mismo nombre. Tenía el rostro curtido por la intemperie, y en el cabello color caoba asomaban vetas grises en las sienes, pero los ojos de un verde opalino refulgían de vida. Eran unos ojos que habían visto muchas cosas, reflexionó Biazón, y reflejaban una mezcla de inteligencia, socarronería y tenacidad.

—Bienvenido a bordo —le saludó con cordialidad Pitt, y estrechó la mano del filipino con firmeza—. Mi director de tecnología submarina, Al Giordino —añadió, y señaló con el pulgar hacia el fondo de la timonera.

Aovillado en un banco había un hombre bajo y grueso de pelo oscuro rizado. Unos suaves ronquidos surgían de los labios del hombre cada vez que su pecho rotundo exhalaba aire. Su poderosa constitución recordó un rinoceronte a Biazón.

—Al, únete a la fiesta —gritó Pitt desde el otro lado del puente.

Giordino abrió los ojos, despierto al instante. Se levantó a toda prisa y se reunió con los demás hombres a la mesa, sin la menor señal de somnolencia.

—Como decía al capitán, agradezco que se hayan ofrecido a ayudarme —dijo Biazón.

—El gobierno filipino siempre ha apoyado nuestro trabajo de investigación en sus aguas territoriales —contestó Pitt—. Cuando recibimos la llamada de radio en que solicitaban ayuda para identificar una epidemia tóxica marina, nos alegramos de poder serles útiles. Tal vez pueda explicarnos algo más concreto sobre la epidemia.

—Hace unas semanas, un hotel de la isla de Panglao se puso en contacto con nuestra oficina. La dirección del hotel estaba preocupada debido a una enorme cantidad de peces muertos que había aparecido en la playa de los huéspedes.

—Imagino que eso no debería motivar mucho a los turistas —sonrió Giordino.

—En efecto —contestó con seriedad Biazón—. Empezamos a controlar la costa y vimos que la mortandad de peces aumentaba a un ritmo alarmante. En estos momentos, los peces muertos ocupan diez kilómetros de playa, y aumentan a cada día que pasa. Los hoteleros han puesto el grito en el cielo, y nosotros estamos preocupados por el peligro que puedan correr los arrecifes de coral.

—¿Han podido diagnosticar qué está matando a los peces? —preguntó Stenseth.

—Aún no. Solo hemos llegado a la conclusión de que se trata de un envenenamiento tóxico. Hemos enviado muestras a nuestro laboratorio de Cebú para que realicen análisis, pero aún estamos esperando los resultados.

La expresión de Biazón reveló su disgusto por la tardanza del laboratorio en contestar.

—¿Alguna especulación en cuanto al origen? —preguntó Pitt.

Biazón meneó la cabeza.

—Al principio sospechamos de contaminantes industriales, los cuales, por desgracia, son una causa demasiado común de los daños ambientales que padece mi país, pero mi equipo y yo hemos peinado la región costera afectada sin localizar ninguna industria pesada que opere en la zona. También hemos examinado la línea costera en busca de vertidos o vertederos ilegales, pero no descubrimos nada. Estoy convencido de que el causante de la matanza se halla en el mar.

—¿Una marea roja, tal vez? —dijo Giordino.

—En Filipinas hemos padecido epidemias de fitoplancton tóxico —explicó Biazón—, pero tienen lugar durante los meses más cálidos del verano.

—También podría ser un vertido industrial clandestino —contestó Pitt—. ¿Dónde se encuentra la zona afectada, doctor Biazón?

Biazón echó un vistazo al plano, que abarcaba Mindanao y los archipiélagos de las Filipinas situados más al sur.

—Frente de la provincia de Bohol —dijo, y señaló una isla grande y redonda al norte de Mindanao—. Panglao es una pequeña isla turística contigua a la costa sudoeste. Está a unos cincuenta kilómetros de nuestra posición actual.

—Podemos estar allí antes de dos horas —dijo Stenseth, con la vista clavada en la distancia.

Pitt indicó el mapa con un cabeceo.

—Tenemos un barco lleno de científicos, que nos pueden ayudar a encontrar las respuestas. Bill, traza un rumbo hasta la isla de Panglao y echaremos un vistazo.

—Gracias —dijo un Biazón visiblemente aliviado.

—Doctor, ¿le apetece visitar el barco durante el trayecto? —ofreció Pitt.

—Me gustaría mucho.

—Al, ¿nos acompañas?

Giordino consultó su reloj con aire pensativo.

—No, gracias. Dos horas bastarán para que termine mi proyecto —contestó, se tendió sobre el banco y volvió a dormirse al instante.

El Mariana Explorer surcó un mar tranquilo y llegó a la isla de Panglao en poco más de hora y media. Pitt estudió una carta de navegación electrónica de la zona que mostraba un monitor en color, mientras Biazón indicaba un área rectangular en la que

había ocurrido la mortandad de peces.

—Bill, en este punto la corriente va de este a oeste, lo cual sugiere que la zona de marras se encuentra en el extremo este de la cuadrícula del doctor Biazón. Lo mejor sería empezar por el oeste y seguir la corriente hacia el este, tomando muestras de agua cada cuarto de milla.

Stenseth asintió.

—Seguiré una ruta en zigzag, para ver si podemos calcular a qué distancia se halla de la orilla la concentración de toxinas.

—Conectaremos el sonar de banda lateral. Tal vez podamos descubrir si hay objetos de manufactura humana implicados.

El doctor Biazón les miró interesado mientras bajaban por la popa un sonar, y después el Mariana Explorer empezó a seguir un sendero de puntos que aparecía en la pantalla de navegación. A intervalos periódicos, un equipo de biólogos marinos recogía muestras de algas de diversas profundidades. Cuando el barco avanzaba hacia la siguiente posición, las muestras recogidas se enviaban al laboratorio de a bordo para su análisis inmediato.

Giordino observaba en el puente las señales enviadas por el sonar de banda lateral. La imagen electrónica del fondo revelaba una mezcla entrelazada de suelo de arena liso y montículos de coral escarpados, mientras el barco pasaba por encima de los bordes de un arrecife de coral. Al cabo de poco, sus ojos expertos ya habían identificado el ancla de un barco y un motor fuera borda hundidos bajo las aguas. Cuando el monitor revelaba un objeto, Giordino pulsaba un botón de MARCAR en el teclado, el cual señalaba el punto para su análisis posterior.

Pitt y Biazón admiraban las playas tropicales de la isla de Panglao, que no distaban más de media milla. Pitt miró las aguas que surcaba el buque, y no tardó en divisar una tortuga y montones de peces muertos panza arriba.

—Hemos entrado en la zona tóxica —dijo Pitt—. Deberíamos saber los resultados dentro de poco.

Cuando el barco se desvió hacia el oeste, aumentó la concentración de peces muertos en el agua, y luego fue disminuyendo hasta que el mar azul que les rodeaba volvió a verse vacío.

—Hemos dejado a media milla de distancia la cuadrícula del doctor Biazón —informó Stenseth—. A juzgar por el agua, parece que hemos salido de la zona tóxica.

—Estoy de acuerdo —contestó Pitt—. Quedémonos aquí hasta saber qué ha descubierto el laboratorio.

Cuando el buque se detuvo y recuperaron el sonar, Pitt guió a Biazón hasta una sala de conferencias situada un nivel más abajo, seguido por Giordino y Stenseth. Biazón estudió los retratos de varios exploradores de las profundidades submarinas famosos colgados en una pared, y reconoció las imágenes de William Beebe, Sylvia

Earle y Don Walsh. Cuando se sentaron, un par de biólogos marinos cubiertos con la bata blanca acostumbrada entraron en la sala de conferencias. Una mujer menuda y atractiva, con el pelo negro recogido en una cola de caballo, caminó hasta una pantalla suspendida en la parte delantera de la sala, mientras su asistente masculino empezaba a teclear órdenes en el sistema de proyección informatizado.

—Hemos terminado el análisis de cuarenta y cuatro muestras discontinuas de agua recogidas, que fueron analizadas utilizando separación molecular de moléculas tóxicas existentes —dijo con voz clara.

Mientras hablaba, una imagen apareció en la pantalla a su espalda, similar a la pantalla de navegación que Biazón había visto antes. Una línea en zigzag formada por cuarenta y cuatro puntos grandes corría paralela a la orilla de la isla de Panglao. Cada punto tenía un código de color, aunque Biazón reparó en que casi todos destellaban en verde.

—El contenido tóxico de las muestras fue medido en partes por mil millones, con resultados positivos en quince de las muestras —informó la bióloga, al tiempo que señalaba una hilera de puntos amarillos—. Como pueden ver en la carta, la concentración aumenta a medida que las muestras avanzaban hacia el este, y la lectura mayor se registra aquí.

Indicó un punto rojo solitario en lo alto del plano.

—De manera que el origen procede de un lugar aislado —dijo Pitt.

—Las muestras dieron negativo más allá del punto rojo, lo cual indica que se trata de un origen concentrado, el cual se desplazó hacia el este con la corriente.

—Eso acaba con la teoría de la marea roja. Al, ¿los resultados concuerdan con algo que captara el sonar?

Giordino se acercó a la consola y se inclinó sobre el hombro del operador, al tiempo que tecleaba una serie de órdenes. Una docena de X aparecieron de repente en la pantalla de proyección, superpuestas al azar a lo largo de la línea zigzagueante. Cada X tenía una letra, que empezaban con la A en la parte inferior y llegaban hasta la L en la parte superior.

—La lista de los «Doce del patíbulo» de Al —sonrió, y volvió a sentarse—. Pasamos sobre más de doce objetos que parecían obra del hombre. Casi todos eran pedazos de tubos, anclas oxidadas y cosas por el estilo. Tres objetos parecían ser culpables en potencia —dijo, y echó un vistazo a un fajo de notas escritas a mano—. La marca C era un trío de barriles de doscientos ocho litros tumbados en la arena.

Todos los presentes en la sala saltaron hacia la X marcada con una C. Las muestras de agua que había a cada lado de la marca estaban iluminadas con puntos verdes, lo cual significaba un resultado negativo del análisis.

—No se registraron toxinas en las cercanías —dijo Pitt—. El siguiente.

—La marca F parece un velero de madera, tal vez una barca de pesca local. Está

posada erguida en el fondo, con el mástil todavía en su sitio.

Esta X se hallaba al lado del primer punto amarillo. Pitt comentó que todavía estaba corriente abajo de las lecturas tóxicas.

—Segundo intento. Pero te estás acercando.

—Mi última marca es un poco rara, porque la imagen estaba justo en el límite del alcance del sonar —dijo Giordino, y calló como vacilante.

—Bien, ¿qué aspecto tenía? —preguntó Stenseth.

—La hélice de un barco. Parecía que sobresalía del arrecife. Sin embargo, no capté la menor señal del barco al que pertenecía. Podría ser una hélice solitaria que se desprendió al chocar contra los arrecifes. Le puse la marca K.

Todas las voces enmudecieron cuando sus ojos descubrieron la X con la marca K en la pantalla suspendida. Estaba justo encima del punto rojo.

—Da la impresión de que es algo más que una simple hélice —dijo Pitt por fin—. ¿Combustible que escapa de un barco sumergido, o tal vez su carga?

—No detectamos lecturas anormalmente altas de componentes petrolíferos en las muestras de agua —informó la bióloga de la NUMA.

—No nos has dicho qué descubristeis —dijo Giordino, y miró a la bióloga con una ceja enarcada.

—Sí, dice que identificaron toxinas en el agua, ¿verdad? —preguntó Biazón angustiado—. ¿Qué descubrieron?

—Algo que nunca había encontrado en agua salada —contestó la joven, y meneó la cabeza poco a poco—. Arsénico.

El arrecife de coral estallaba en un arco iris de colores dispuestos con una belleza tan serena que habrían avergonzado a un paisaje de Monet. Anémonas de un rojo brillante agitaban sus tentáculos perezosamente en la corriente, entre una alfombra de esponjas de mar de color magenta. Delicadas gorgonias verdes ascendían hacia la superficie junto a masas redondas de coral violeta. Estrellas de mar de un azul intenso brillaban desde el arrecife como letreros de neón, mientras docenas de erizos de mar cubrían el fondo como una alfombra de acericos rosa.

Pocas cosas en la naturaleza rivalizaban en belleza con un arrecife de coral sano, reflexionó Pitt mientras sus ojos absorbían la paleta de colores. Flotando justo por encima del fondo, vio divertido que un par de peces payaso se lanzaban como una flecha al interior de una hendidura cuando divisaron una raya que iba en busca de algún aperitivo. De todos los lugares de buceo del mundo, siempre había pensado que las aguas cálidas del oeste del Pacífico eran las que poseían los arrecifes de coral más impresionantes.

—Los restos del naufragio deberían estar algo delante y al norte de nosotros.

La voz de Giordino crepitó en sus oídos, rompiendo la tranquilidad. Después de anclar el Mariana Explorer sobre el lugar donde se habían producido las máximas lecturas de toxicidad, Pitt y Giordino se pusieron trajes secos de buceo con mascarillas completas para protegerse de cualquier contaminación química o biológica. Saltaron por la borda y se sumergieron en las aguas transparentes, que caían treinta y seis metros hasta el fondo.

Las lecturas de arsénico en el agua habían sorprendido a todo el mundo. El doctor Biazón informó de que se habían producido filtraciones de arsénico en excavaciones mineras de todo el país, así como de varias minas de manganeso explotadas en la isla de Bohol, pero añadió que no había ninguna cerca de Panglao. El arsénico también se utilizaba en insecticidas, contestó el biólogo de la NUMA. Tal vez un contenedor de insecticida había caído de un barco por accidente, o había sido arrojado de forma deliberada. Solo había una manera de averiguarlo, afirmó Pitt, y era bajar y echar un vistazo.

Con Giordino a su lado, Pitt consultó la brújula y agitó las aletas, para proyectarse en ángulo a través de la corriente invisible. La visibilidad era de casi veintitrés metros, y Pitt observó que el arrecife se alzaba poco a poco hasta aguas menos profundas, mientras se deslizaba a escasa distancia del fondo. Su piel empezó a sudar bajo el grueso traje seco, pues su capa protectora proporcionaba más aislamiento del necesario en las cálidas aguas tropicales.

—Que alguien encienda el aire acondicionado —oyó mascullar a Giordino, el cual verbalizó así sus sentimientos.

Con la vista clavada en el frente, no distinguió todavía señales del naufragio, pero observó que el fondo coralino se alzaba con brusquedad más adelante. A su derecha, una enorme duna de arena hacía la competencia al arrecife, y su superficie ondulada se extendía hasta perderse de vista. Cuando llegó a lo alto del arrecife, ladeó el torso hacia la superficie y se propulsó sobre el borde mellado. Se quedó sorprendido al ver que el arrecife caía en vertical al otro lado, de forma que creaba una amplia hendidura. Más sorprendente fue lo que vio al fondo de la grieta. Era la mitad de proa de un barco.

—¿Qué demonios es eso? —profirió Giordino al ver los restos del naufragio.

Pitt estudió la escena un momento, y después rió por el sistema de comunicación submarino.

—Yo también he picado. Es una ilusión óptica. El resto del barco está enterrado bajo la duna de arena.

Giordino estudió los restos y vio que Pitt tenía razón. La gran duna de arena que había frente al arrecife había invadido en parte la hendidura y cubría la mitad de popa del barco. La corriente que remolineaba en la grieta había detenido el asalto de la arena en un punto que se hallaba más o menos en mitad del barco, formando una recta casi perfecta, lo cual daba la impresión de que solo existía la mitad del barco.

Pitt nadó unos metros por encima de la duna de arena, hasta el punto en que descendía en picado.

—Ahí tienes tu hélice, Al —dijo, y señaló hacia abajo.

Una pequeña sección de la popa del barco estaba expuesta bajo sus aletas. La piel incrustada de marrón se curvaba hasta una gran hélice de latón, que sobresalía de la duna como un molino de viento. Giordino se acercó y estudió detenidamente la hélice, después ascendió en paralelo al codaste y empezó a apartar una capa de arena. A juzgar por la curvatura del barco, supuso que este estaba inclinado sobre babor, como demostraba el hecho de que la sección de proa quedara al descubierto. Pitt se aproximó flotando y vio que Giordino había sacado a la luz las últimas letras del nombre del barco grabadas en la popa.

—MARU es lo único que he podido obtener —dijo, mientras se esforzaba por abrirse paso en una zanja que no cesaba de llenarse de arena.

—Es japonés —dijo Pitt—, y a juzgar por la corrosión, lleva aquí mucho tiempo. Si es el culpable de la filtración de toxinas, el origen ha de estar localizado en la sección de proa.

Giordino dejó de cavar en la arena y siguió a Pitt hasta la parte delantera expuesta del barco. El barco volvía a emerger de la duna en la chimenea principal, que sobresalía casi de manera horizontal, con el extremo hundido en la muralla de coral. A juzgar por la pequeña sección de puente y la larga cubierta delantera, Pitt dedujo que el barco era un carguero ordinario. Calculó su eslora en poco más de sesenta

metros. Cuando nadaron sobre la parte superior inclinada en ángulo, vio que la cubierta principal había desaparecido, y sus planchas de madera se habían desintegrado mucho tiempo antes en las cálidas aguas de las Filipinas.

—Esos cabrestantes tienen un aspecto anticuado —comentó Giordino, indicando un par de grúas que invadían la cubierta como brazos extendidos.

—Si estuviera en un concurso, diría que el barco fue construido en los años veinte —contestó Pitt, y dejó atrás una barandilla de cubierta que parecía hecha de latón.

Pitt continuó por la cubierta hasta llegar a un par de grandes escotillas cuadradas, las cuales daban acceso a las bodegas de carga delanteras. Debido al escoramiento del buque, Pitt había esperado descubrir las tapas de las escotillas arrancadas de los compartimientos de almacenamiento, pero no era el caso. Los dos hombres nadaron alrededor de la circunferencia de cada escotilla, en busca de señales de deterioro o filtración.

—Cerrado a cal y canto —dijo Giordino después de regresar al punto de partida.

—Tiene que haber una brecha en alguna parte.

Pitt terminó en silencio su pensamiento y ascendió poco a poco hasta poder ver el lado de estribor curvo y el casco expuesto. El arrecife de coral rodeaba el barco y se elevaba a gran altura a cada lado. Pitt siguió su instinto y se dirigió hacia la línea de la quilla, expuesta en parte, y después hacia la proa. Se detuvo de repente. Ante él, una brecha de más de un metro de anchura se extendía durante seis metros desde el casco de estribor hasta el mismo extremo de la proa. El sonido de un silbido resonó en sus oídos cuando Giordino se acercó y examinó la herida bostezante.

—Igual que el Titania —se maravilló—. Solo que este se agujereó con una cabeza de coral en lugar de un pedazo de hielo.

—Tal vez intentaba encallar a propósito —sugirió Pitt.

—Huyendo de un tifón, probablemente.

—O de un Corsair de la Marina. El golfo de Leyte está a la vuelta de la esquina, el lugar donde la flota japonesa fue diezmada en 1944.

Las islas Filipinas fue un territorio muy disputado en la Segunda Guerra Mundial, recordó Pitt. Más de sesenta mil norteamericanos perdieron la vida en la fracasada defensa y posterior reconquista de las islas, una cifra olvidada que superaba las pérdidas de Vietnam. Tras el ataque sorpresa contra Pearl Harbor, las fuerzas japonesas habían aterrizado cerca de Manila y derrotado en un abrir y cerrar de ojos a las fuerzas norteamericanas y filipinas estacionadas en Luzón, Bataan y Corregidor. La rápida retirada del general MacArthur fue seguida por tres años de opresión japonesa, hasta que los avances norteamericanos en todo el Pacífico condujeron a la invasión de la isla de Leyte, situada al sur del archipiélago, en octubre del año 1944.

A poco más de cien millas de Panglao, la provincia de Leyte y su golfo contiguo fueron el escenario de la batalla por mar y aire más feroz de la historia. Días después

de que MacArthur y su fuerza invasora aterrizaran en Leyte, la Marina imperial japonesa apareció y logró dividir a la fuerza naval de apoyo norteamericana. Los japoneses estuvieron a punto de destruir la Séptima Flota, pero al final sufrieron una derrota devastadora, perdieron cuatro portaaviones y tres acorazados, incluyendo el enorme Musashi. Las cuantiosas pérdidas terminaron con el breve dominio de la armada imperial en las aguas del océano Pacífico, y condujeron al colapso militar del país un año después.

Los canales que rodeaban las islas de Leyte, Samar, Mindanao y Bohol estaban sembrados de cargueros, transportes y acorazados hundidos en el conflicto. No significaría ninguna sorpresa para Pitt que los productos tóxicos estuvieran relacionados con algún naufragio. Viendo la brecha abierta en el casco del carguero, era fácil deducir que el barco era una víctima de la guerra.

Pitt imaginó al carguero de bandera japonesa atacado desde el aire, el desesperado capitán que se decantaba por encallar en un peligroso intento de salvar a la tripulación y el cargamento. Al chocar contra la barrera de coral, la proa empezó a llenarse de agua, mientras el barco rebotaba de un lado a otro de la grieta. Envuelto en vapor, el barco se lanzó literalmente sobre el lado de babor. Fuera cual fuese el cargamento que el capitán había intentado salvar, yacía dormido y oculto desde hacía varias décadas.

—Creo que nos ha tocado el gordo —dijo Giordino en tono taciturno.

Pitt se volvió y vio que la mano enguantada de Giordino señalaba hacia el arrecife contiguo. Habían desaparecido los corales rojos, azules y verdes que habían visto antes. La paleta que se extendía alrededor de la proa del barco era de un blanco sucio. Pitt también reparó en que no se veía ningún tipo de peces en la zona.

—El arsénico ha acabado con todo —comentó.

Se volvió hacia los restos, cogió una pequeña linterna sujeta a su compensador de flotabilidad y se dirigió hacia la grieta del casco. Una vez dentro del barco, encendió la luz y paseó el haz por el negro interior. La sección inferior de proa estaba completamente vacía, salvo por una masa de gruesa cadena de ancla enroscada en una pila enorme, como una serpiente de hierro. Pitt avanzó hacia el mamparo posterior, mientras Giordino se colaba por el hueco y le seguía. Cuando llegó al mamparo, encontró lo que estaba buscando. La presión de la colisión entre el casco exterior y el arrecife había combado una de las planchas sobre el mamparo de la bodega de carga. El metal torcido creaba una ventana horizontal de cierta anchura que daba a la bodega de carga.

Pitt se alzó hasta el hueco, con cuidado de no remover lodo a su alrededor, para luego asomar la cabeza e introducir la linterna. Un enorme ojo sin vida le miró desde escasa distancia, lo cual casi provocó que retrocediera, hasta comprender que pertenecía a un mero. El pez verde de veinte kilos iba de un lado a otro en el interior

de un compartimiento, como dibujando un lento laberinto, con la panza gris apuntando hacia el reguero de burbujas de Pitt. Este escudriñó la tumba negra y sintió que se le helaba la sangre en las venas cuando inspeccionó la bodega. Dispersos en montones, como huevos en una granja de pollos, había cientos de proyectiles de artillería. Los proyectiles de dieciséis kilos eran las municiones correspondientes a los cañones de 105 Mm., un arma mortífera utilizada por el ejército imperial durante la guerra.

—¿Un regalo de bienvenida a las Filipinas para el general MacArthur? —preguntó Giordino.

Pitt asintió en silencio, y después sacó una bolsa forrada de plástico. Giordino agarró un proyectil y lo introdujo en la bolsa, y después Pitt la cerró y envolvió. Giordino se apoderó de otro proyectil corroído y lo sostuvo a escasos centímetros del fondo. Los dos hombres miraron con curiosidad cuando una sustancia aceitosa marrón se escapó del proyectil.

—No se parece a ninguna carga útil que haya visto en mi vida —dijo, y dejó el arma en el suelo con cautela.

—Creo que no eran proyectiles de artillería convencionales —contestó Pitt, al tiempo que reparaba en el charco de líquido marrón que había bajo una pila cercana de armas—. Vamos a llevarnos este al laboratorio de a bordo, para ver qué hemos descubierto.

Se puso el arma bajo el brazo como una pelota de fútbol. Atravesó la grieta del casco y salió de nuevo al agua iluminada por el sol.

A Pitt le habían pocas dudas de que el armamento era un alijo perdido que se remontaba a la Segunda Guerra Mundial. Ignoraba los motivos del arsénico. Los japoneses eran innovadores en lo tocante a sus armas bélicas, y los proyectiles rellenos de arsénico tal vez habrían constituido otro artilugio de su mortífero arsenal. La pérdida de las Filipinas había significado el fin de la guerra para los japoneses, y tal vez se habrían estado preparando para utilizar las armas como medida de última hora contra un enemigo decidido.

Cuando emergieron con el misterioso proyectil, Pitt experimentó una extraña sensación de alivio. La carga mortífera que el barco había transportado tantos años antes nunca había llegado a su destino. De alguna manera, se alegraba de que hubiera acabado hundida en el arrecife, sin haber presentado batalla jamás.

II.

QUIMERA

4 de junio de 2007, Isla de Kyodongdo, Corea del Sur.

Con cincuenta y cinco metros de eslora, el yate Benetti con casco de acero era impresionante, incluso según los cánones de riqueza de Monte Carlo. El interior del yate construido en Italia contaba con suelos de mármol, alfombras persas y antigüedades chinas muy originales, que llenaban camarotes y salones de cálida elegancia. Una colección de óleos del siglo xv del maestro flamenco Hans Memling sembraban las paredes, lo cual aportaba un toque ecléctico. El reluciente exterior marrón y blanco, con su amplia franja de ventanas tintadas, poseía una apariencia más tradicional, con incrustaciones de teca en la cubierta y accesorios de latón en las galerías exteriores. El efecto global era una mezcla exquisita de encanto del viejo mundo combinado con la velocidad y funcionalidad del diseño y la tecnología modernas. El barco, que siempre llamaba la atención, era una de las atracciones más admiradas del río Han, tanto en Seúl como en sus alrededores. Para la sociedad local, una invitación a bordo era una señal de importancia muy codiciada, la cual proporcionaba la rara oportunidad de codearse con el enigmático propietario del yate.

Daejong Kang era un líder de la industria surcoreana y daba la impresión de abarcarlo todo. Poco se conocía de los comienzos del magnate, aparte de su repentina aparición durante el boom económico de los noventa al frente de una empresa de construcción regional. Pero en cuanto tomó las riendas, la empresa de tecnología inferior se convirtió en un gigante de los negocios, y engulló empresas pertenecientes a las industrias de transporte marítimo, productos electrónicos, semiconductores y telecomunicaciones, mediante una serie de compras con financiación ajena y absorciones hostiles. Todos los negocios se llevaron a cabo bajo el paraguas protector de Kang Enterprises, un imperio controlado y dirigido por el propio Kang. Sin temor a mostrarse en público, Kang se relacionaba tanto con políticos como con líderes comerciales, de forma que ejercía influencia adicional en la junta directiva de las más importantes empresas surcoreanas.

No obstante, el soltero de cincuenta años mantenía un velo de misterio sobre su vida privada. Pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en su extensa propiedad, situada en una zona apartada de la isla de Kyodongdo, un exuberante lugar montañoso cercano a la boca del río Han, en la costa oeste de Corea. Allí se entretenía con un establo de caballos de exhibición austriacos o mejoraba su destreza en el golf, según los pocos que habían sido invitados al enigmático enclave. Un secreto oscuro del magnate, escondido con más cautela, habría dejado patidifusos a sus colegas de negocios y protectores políticos. Sin que ni siquiera lo supieran sus colaboradores más íntimos, Kang era desde hacía más de veinticinco años un agente

dormido de la República Democrática de Corea, o Corea del Norte, como era conocida en el resto del mundo.

Kang había nacido en la provincia de Hwanghae de Corea del Norte, poco después de la guerra de Corea. A la edad de tres años, sus padres fallecieron en un descarrilamiento de tren, atribuido a insurgentes surcoreanos, y el huérfano fue adoptado por su tío materno. El tío, miembro fundador del Partido del Trabajo de Corea en 1945, había combatido con Kim II Sung y sus guerrilleros antijaponeses, cuya base se hallaba en la Unión Soviética, durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando más tarde Kim II Sung se hizo con el poder en Corea del Norte, el tío fue recompensado con una serie de cargos gubernativos provinciales, accediendo a esferas de influencia cada vez más importantes, hasta que por fin se hizo un sitio en la élite dirigente del Comité Central, la máxima organización decisoria de Corea del Norte.

Durante la ascensión de su tío, Kang fue adoctrinado en el dogma del Partido del Trabajo coreano, al tiempo que recibía la mejor educación que era capaz de ofrecer el país recién creado. Kang, que no tardó en destacar en sus estudios, fue entrenado como agente secreto en el extranjero, bajo el patrocinio de su tío.

Bendecido con una aguda mente para las finanzas, una habilidad innata para el liderazgo y un corazón despiadado, Kang fue introducido a escondidas en Corea del Sur a la edad de veintidós años y empleado en una pequeña empresa de construcción. Con brutal eficacia no tardó en alcanzar el puesto de capataz, y después arregló una serie de mortales «accidentes» de trabajo que acabaron con la vida del presidente y los principales directores de la firma. Tras falsificar una serie de documentos de transferencia de propiedad, Kang se apoderó del control del negocio a los dos años de su llegada. Con dirección secreta e infusión de capital de Pyongyang, el joven empresario comunista expandió poco a poco su red de empresas comerciales año tras año, concentrándose en los productos y servicios más beneficiosos para el Norte. Las incursiones de Kang en las telecomunicaciones proporcionaron acceso a la tecnología de comunicaciones occidental, muy valiosa para el mando militar y los sistemas de control. Sus fábricas de semiconductores construyeron en secreto chips para ser utilizados en misiles de corto alcance, y su flota de cargueros facilitaba los medios para transportar en secreto tecnología defensiva al gobierno de su país. Los beneficios de su imperio que no iban a parar al norte, en forma de productos y tecnología occidentales, se destinaban al soborno de políticos clave para conseguir contratos gubernamentales, o se utilizaban para la adquisición hostil de otras empresas. Sin embargo, el obstinado asalto al poder y la tecnología de Kang era casi secundario en relación con su objetivo principal, fraguado por sus superiores tantos años antes. La misión de Kang consistía en fomentar la reunificación de las dos Coreas, pero según las condiciones de Corea del Norte.

El aerodinámico yate Benetti disminuyó la velocidad de sus motores cuando entró en una estrecha ensenada frente al río Han, que serpenteaba hasta penetrar en una cueva protegida. Cuando la embarcación se adentró en la ensenada, el piloto volvió a acelerar y surcó las aguas calmas de la laguna interior. Un muelle flotante amarillo se mecía en el lado opuesto de la cueva, que fue aumentando de tamaño a medida que el yate se acercaba. El yate corrió paralelo al muelle hasta que detuvieron los motores. Un par de hombres uniformados de negro asieron las cuerdas de proa y popa y las amarraron, mientras el piloto recorría los pocos metros que faltaban para el muelle. La tripulación se apresuró a dejar caer una plataforma de peldaños junto al costado del yate. El peldaño superior se hallaba a la altura de la primera cubierta.

Una puerta de la cabina se abrió y tres hombres de aspecto gris, vestidos con trajes azul oscuro, bajaron al muelle, y enseguida alzaron la vista hacia el gran edificio de piedra que se alzaba sobre ellos. La inmensa casa de piedra, medio tallada en la cumbre del risco, sobresalía de un acantilado y se levantaba casi vertical sobre el muelle. Gruesos muros rodeaban la casa, lo cual dotaba de un aspecto medieval al conjunto, aunque el diseño de la casa era asiático sin la menor duda, con los muros de piedra marrón rematados por un tejado de tejas inclinado en ángulo. Todo el edificio se alzaba a sesenta metros sobre el agua, accesible gracias a un empinado tramo de escaleras talladas en la roca por un lado. Los tres hombres observaron que muros de piedra de casi cuatro metros de alto descendían hasta el borde del agua, lo cual aseguraba un alto grado de privacidad. Un guardia de labios apretados, apostado al pie del muelle con un rifle automático colgado al hombro, lo aseguraba todavía más.

Cuando los hombres trajeados recorrieron el muelle, se abrió la puerta de un pequeño edificio cercano al desembarcadero y su anfitrión salió a recibirles. No cabía la menor duda de que Daejong Kang tenía un aspecto impresionante. Con casi un metro ochenta de estatura y ochenta kilos de peso, su masa física era grande para la media coreana, pero eran su rostro severo y los ojos agudos los que daban cuenta de una presencia poderosa. En las circunstancias adecuadas, su mirada penetrante casi podía partir a un hombre por la mitad. Una sonrisa ensayada pero hipócrita ayudaba a derribar barreras cuando le era necesario, pero una altivez gélida flotaba siempre sobre él como una nube. Era un hombre que proyectaba poder y no tenía miedo de utilizarlo.

—Bienvenidos, caballeros —dijo Kang con voz suave—. Confío en que su viaje desde Seúl haya sido agradable.

Los tres hombres, todos dirigentes de partidos representados en la Asamblea Nacional de Corea del Sur, asintieron al unísono. El miembro de mayor edad del trío, un hombre calvo llamado Youngnok Rhee, contestó en nombre del grupo.

—Viajar por el río Han en un barco tan hermoso es un placer.

—Es mi medio favorito de desplazarme a Seúl —contestó Kang, dando a

entender que su helicóptero privado le aburría soberanamente—. Por aquí.

Indicó con un gesto el pequeño edificio situado en la base del acantilado.

Los políticos le siguieron obedientes hasta un pequeño puesto de seguridad, recorrieron un estrecho pasillo y llegaron a un ascensor, cuyo pozo había sido cavado en la pared del acantilado. Los visitantes admiraron un antiguo cuadro de un tigre, colgado en la pared posterior del ascensor, mientras la cabina ascendía a toda velocidad hacia la casa principal. Cuando las puertas se abrieron, los hombres salieron a un amplio y adornado comedor. Al otro lado de una elegante mesa de caoba, paredes de cristal desde el suelo hasta el techo ofrecían una vista impresionante del delta del Han, donde las aguas del río desembocaban en el mar Amarillo. Una serie de sampanes desastrados y pequeños cargueros sembraban el horizonte, camino de Seúl, río arriba cargados de productos. La mayoría de embarcaciones se pegaban a la orilla sur del río, bien lejos de la línea de demarcación imaginaria con Corea del Norte que corría por el centro del río.

—Una panorámica increíble, señor Kang —dijo el más alto de los tres políticos, un hombre llamado Won Ho.

—Me gusta, porque abarca nuestros dos países —contestó Kang de manera intencionada—. Siéntense, por favor.

Movió la cabeza mientras hablaba, y después se sentó a la cabecera de la mesa. Un equipo de criados uniformados empezó a disponer vinos de calidad y platos deliciosos, mientras la conversación derivaba hacia la política. Un conglomerado de fragancias especiadas impregnó el aire mientras cenaban daijibulgogi, o cerdo marinado con salsa de ajo especiada, acompañado de yachae gui, un surtido de verduras marinadas. Kang interpretó el papel de anfitrión amable con sus invitados hasta que estuvieron bien bebidos, y entonces se dejó de fingimientos.

—Caballeros, ha llegado el momento de que nos tomemos en serio el esfuerzo de reunificar nuestros dos países —dijo con voz pausada para obrar efecto—. Como coreano, sé que somos un único país en idioma, cultura y corazón. Como hombre de negocios, sé lo fuertes que podemos llegar a ser en los mercados globales, desde un punto de vista económico. La amenaza chinoamericana, que desde hace mucho tiempo ha justificado la utilización de nuestros países como peones de las superpotencias, ya no existe. Ya es hora de liberarnos de las esposas de la dominación extranjera y hagamos lo que es debido por Corea. Nuestro destino es único, y deberíamos aprovechar la oportunidad ahora.

—El objetivo de la reunificación late con fuerza en nuestros corazones, pero el liderazgo temerario y el poderío militar de Corea del Norte aconseja que procedamos con cautela —contestó el tercer político, un hombre de ojos negros como cuentas llamado Kim.

Kang desechó el comentario con un ademán.

—Como ya saben, hace poco hice una gira por Corea del Norte como parte de un viaje de investigación patrocinado por el Ministerio de Unificación. Descubrimos que su economía se halla en estado moribundo, con una escasez de alimentos enorme. El deplorable estado de la economía también ha afectado al ejército norcoreano. Las fuerzas militares que vimos parecían mal equipadas y muy bajas de moral —mintió.

—Sí, puedo dar fe de sus problemas —contestó Won Ho—, pero ¿de veras cree que la reunificación repercutiría en beneficio de nuestra economía?

—Las provincias del norte ofrecen abundancia de mano de obra barata accesible. De inmediato seríamos más competitivos en los mercados mundiales, pues nuestros costes medios laborales disminuirían de manera sustancial. He analizado el impacto en mis empresas y no oculto el hecho de que mis beneficios podrían aumentar de manera drástica. Además, la economía de las provincias del norte proporcionaría un nuevo mercado de consumidores que los negocios de Corea del Sur se apresurarían a satisfacer. No, caballeros, no cabe duda de que la reunificación aportaría ganancias inesperadas a los del sur.

—Hay que pensar en la resistencia de Corea del Norte a dar ese paso —dijo Won Ho—. No podemos lograr la reunificación de forma unilateral.

—Sí —añadió Kim—. Han insistido repetidas veces en que la presencia militar norteamericana debería desaparecer de nuestro suelo antes de empezar a pensar en la reunificación.

—Por eso voy a pedir a los tres —continuó con calma Kim— que den apoyo a la resolución presentada hace poco en la Asamblea Nacional, en la cual se solicita el desalojo de todas las fuerzas militares norteamericanas de Corea del Sur.

Un silencio estupefacto cayó sobre la sala, mientras los tres políticos asimilaban las palabras de Kang. Sabían que este les había llamado por un motivo concreto, pero habían imaginado que el magnate de las finanzas deseaba un mejor trato de Hacienda o un poco de ayuda para su imperio económico. Ninguno de los tres esperaba una petición tan peligrosa para sus carreras políticas. Rhee, el de mayor edad, carraspeó por fin y habló en tono decidido.

—Esa resolución fue presentada por elementos radicales de la Asamblea. Existen escasas posibilidades de que supere la votación.

—A menos que ustedes tres le presten apoyo —contestó Kang.

—Eso es imposible —tartamudeó Kim—. No puedo defender el debilitamiento de nuestra defensa militar, mientras Corea del Norte continúe invirtiendo todos sus recursos en aumentar su poderío militar.

—Podrá y lo hará. Desde el reciente asesinato de la muchacha de Kunsan City a manos de un militar norteamericano, se ha producido un estallido de animosidad hacia los militares norteamericanos entre el populacho. Les incumbe a ustedes presionar a nuestro presidente para que actúe ya.

—Pero las fuerzas norteamericanas son esenciales para nuestra seguridad. Hay más de treinta y cinco mil soldados estacionados para defendernos —protestó Kim antes de que le interrumpieran.

—¿Me permiten recordarles que he pagado y negociado para que llegaran a alcanzar el puesto que ocupan hoy? —dijo Kang con voz ronca, al tiempo que su rostro se deformaba en una mueca de maldad. La rabia controlada brillaba en sus ojos como ascuas al rojo vivo.

Rhee y Won Ho se derrumbaron en sus asientos y asintieron con gravedad, a sabiendas de que su futuro político estaba acabado si se filtraba a la prensa la noticia de su corrupción.

—Sí, lo haremos —dijo Won Ho en tono dócil.

No obstante, Kim parecía indiferente a la rabia de Kang. Meneó la cabeza y contestó con firmeza.

—Lo siento, pero no puedo permitir que mi país corra el riesgo de sufrir una derrota militar. No votaré a favor de su resolución.

Se volvió y dirigió una mirada de desprecio a sus colegas.

Durante varios segundos se hizo de nuevo el silencio en la sala, antes de que los criados entraran para retirar los platos. Kang se inclinó hacia delante y susurró algo en el oído de un criado, el cual regresó a toda prisa a la cocina. Segundos después, se abrió una puerta lateral y dos gigantescos guardias de seguridad, vestidos de negro de pies a cabeza, entraron en la sala. Sin decir palabra, se encaminaron a cada lado de la silla de Kim, agarraron sus brazos y le pusieron en pie por la fuerza.

—¿Qué significa esto, Kang? —gritó.

—No pienso aguantar más su estupidez —replicó con frialdad Kang.

A un gesto de su mano, los dos matones arrastraron a Kim hasta la puerta de una galería que daba a un balcón. Pese a los pobres esfuerzos de Kim, le condujeron hasta el borde de la pared del balcón, que dominaba la parte superior del acantilado. Surgieron obscenidades de su boca cuando exigió a gritos que le soltaran, pero nadie hizo caso de sus súplicas. Mientras Rhee y Won Ho miraban horrorizados, los dos hombres de negro alzaron a Kim y lanzaron su cuerpo por encima del muro sin más ceremonias.

Los chillidos de Kim se oyeron durante varios segundos, mientras se precipitaba hacia el abismo. Un tenue golpe sordo indicó que su cuerpo se había estrellado contra la playa, y los gritos cesaron de repente. Rhee y Won Ho palidecieron cuando los dos matones regresaron con calma al salón. Kang bebió un sorbo de vino, y después habló a los hombres de seguridad en tono indiferente.

—Recuperad el cuerpo y llevadlo a Seúl. Dejadlo en una calle cerca de su residencia, como si le hubieran atropellado y el conductor del coche se hubiera dado a la fuga —ordenó.

Cuando salieron de la sala, Kang se volvió hacia los aterrorizados políticos y preguntó con gélida cortesía:

—Se quedarán a tomar el postre, ¿verdad?

Kang miró por la ventana del comedor y vio que Rhee y Won Ho abordaban con semblante angustiado el yate. Habían arrojado el cadáver de Kim, envuelto en una manta marrón, sobre la cubierta de popa, para luego cubrirlo con una lona, pero a los dos hombres no les costó nada identificarlo cuando subieron a bordo. Tras ver que el yate iniciaba su viaje de cincuenta y cinco millas río arriba, en dirección a Seúl, Kang se volvió cuando un hombre entró en la sala y se acercó. Era flaco y llevaba el pelo negro peinado hacia atrás con brillantina, con la piel pálida de quien apenas ve nunca la luz del día. Su traje azul estaba muy gastado, y había elegido una corbata anticuada, pero la camisa blanca estaba recién almidonada. Lo que le faltaba al auxiliar administrativo de Kang en desventaja lo compensaba con eficacia.

—¿Su reunión ha sido provechosa? —preguntó el hombre a Kang con cierta obsequiosidad.

—Sí, Kwan. Rhee y Won Ho van a defender nuestra iniciativa de expulsar a las fuerzas estadounidenses por mediación de la Asamblea Nacional. Por desgracia, tuvimos que eliminar a Kim, pero ya no nos era leal. Su muerte enviará un decisivo mensaje a los otros dos.

—Una decisión sensata. Señor, un correo de Yonan llegará en barco esta noche para recibir el prototipo del conjunto de chips para guiar misiles que ha superado la prueba final en nuestra instalación de semiconductores. ¿Desea enviar también un informe de actividades?

Como una embajada extranjera en un país hostil, Kang y sus superiores de Corea del Norte utilizaban correos para enviar desde el sur información, tecnología y contrabando. Si bien internet se había convertido en el mejor amigo del espía a la hora de difundir información, aún era necesario el contacto personal para intercambiar mercancía pesada. Un pescador anciano a bordo de un sampán destartado, a quien los patrulleros de la Marina no harían caso, era el disfraz favorito de los agentes para cruzar la zona desmilitarizada y llegar a la propiedad de Kang.

—Sí, podemos informar de que la Asamblea Nacional votará dentro de unas cuantas semanas la resolución de expulsión, y que se están dando pasos para lograr su aprobación. Nuestras protestas estudiantiles organizadas están ganando ímpetu, y nuestros sobornos a los medios garantizan atención continuada de la prensa al asesinato cometido por el militar estadounidense —dijo Kang con una sonrisa irónica—. Nuestro plan de subversión externa está demostrando ser muy eficaz. Está por ver todavía si seremos capaces de llevar a la práctica el proyecto quimera con la velocidad suficiente para aprovechar al máximo la metedura de pata de los

norteamericanos. ¿Qué sabemos del laboratorio de bioquímica?

—Las noticias son muy prometedoras. El equipo del laboratorio ha terminado el estudio de los resultados de las pruebas efectuadas en las islas Aleutianas, y comprobado que el virus fue remozado con éxito al ser liberado en el aire. Además, la dispersión del virus mediante el mecanismo de vapor a pequeña escala transportado en un misil cubrió un territorio mayor del anticipado. Los ingenieros del programa confían en que el sistema de dispersión a gran escala ya construido funcionará con éxito total.

—Siempre que podamos producir cantidades suficientes del virus. Fue una desgracia que todos los bidones del 1403, salvo uno, resultaran destruidos.

—Una circunstancia imprevista. Como la mayor parte del agente recuperado fue utilizado en el disparo de prueba efectuado en las Aleutianas, quedó muy poco para su reproducción en laboratorio. El doctor Sarghov, del laboratorio médico, me ha informado de que serán necesarios tres meses para cultivar las cantidades necesarias para el programa. Por este motivo, y tal como nos solicitó, hemos iniciado el intento de recuperar el armamento almacenado en el segundo submarino japonés.

—El segundo submarino japonés —murmuró Kang, mientras imaginaba el sumergible japonés yaciendo torpedeado en el fondo del mar—. Un asombroso descubrimiento de los servicios de inteligencia: no había uno, sino dos submarinos destruidos que transportaban una carga tan virulenta. ¿Cuándo comenzarán las operaciones de rescate?

—Primero hay que localizar el submarino. El *Baekje* se dirige a Yokohama para recoger un sumergible de alquiler que será necesario en vistas a los trabajos en aguas profundas. Una vez llegue a la zona, esperamos que la exploración dure unos dos días, y que toda la operación de recuperación se prolongue otros diez.

—¿Y Tongju?

—Se reunirá con el barco de rescate en Yokohama y permanecerá a bordo para dirigir las operaciones de seguridad.

—Muy bien —dijo Kang, y se frotó las manos satisfecho—. El plan avanza estupendamente, Kwan. La presión del pueblo sobre los norteamericanos irá en aumento, y el proyecto quimera significará un duro golpe para ellos. Hemos de prepararnos pronto para la ofensiva inminente y la recuperación del país bajo nuestra bandera nacional.

—Usted ocupará un lugar de honor en la nueva Corea —observó Kwan.

Kang volvió a mirar el panorama que se extendía ante él hacia el norte. Las colinas onduladas de su Corea del Norte nativa se hallaban justo al otro lado del río Han, y se alejaban hasta el horizonte.

—Ya es hora de reconquistar nuestro país —murmuró en voz baja.

Kwan se dispuso a salir de la sala, pero luego se detuvo y dio media vuelta.

—Señor, se ha suscitado otro problema relacionado con el proyecto quimera.

Kang indicó a su ayudante con un cabeceo que continuara.

—El helicóptero que fue derribado en las Aleutianas pertenecía a un barco de investigaciones del gobierno norteamericano, encuadrado en la Agencia Nacional de Investigaciones Marinas. Nuestra tripulación creyó que el piloto y los demás tripulantes habían resultado muertos, lo cual fue confirmado al principio por un informe de los medios de Alaska acerca de un accidente de helicóptero mortal. Sin embargo, nuestro equipo de operaciones destacado en Estados Unidos, encargado de observar la reacción de los norteamericanos a la prueba, ha informado de que el piloto, un director de proyectos especiales llamado Pitt, y su copiloto sobrevivieron al accidente.

—Eso carece de importancia —replicó Kang, irritado.

Kwan carraspeó, nervioso.

—Bien, señor, ordené a nuestro equipo que siguiera al piloto cuando regresó a Seattle. Dos días después, hombres de la NUMA fueron vistos en un pequeño barco de exploración que se dirigía a la región donde fue localizado el 1403.

—¿Cómo? Eso no es posible —vociferó Kang, encolerizado de repente, tal como testimoniaba la gruesa vena que latía en su frente—. ¿Cómo pudieron enterarse de nuestras actividades?

—Yo tampoco lo entiendo. Son profesionales del submarinismo. Tal vez otra gente presenció nuestra operación de rescate, y solo estaban controlando la aparición de saqueadores. O puede que todo fuera una coincidencia. Tal vez estaban llevando a cabo una exploración arqueológica o trabajos de ingeniería.

—Tal vez, pero no podemos poner en peligro el proyecto. Que se encarguen de ellos —ordenó Kang.

—Sí, señor —contestó Kwan, al tiempo que salía de la sala caminando hacia atrás a toda prisa—. Nos ocuparemos de ello enseguida.

Fue conocida entre los aztecas de México como la «Gran Lepra». La mortífera peste mortal había aparecido poco después de la llegada de Hernán Cortés y sus tropas en 1518. Algunos creen que un conquistador rival llamado Narváez, procedente de Cuba, había transportado la plaga. Fuera quien fuese el portador, los resultados fueron horribles. Cuando Cortés entró en Ciudad de México después de un asedio de cuatro meses a las fuerzas de Moctezuma, en 1521, se quedó impresionado al ver lo que encontró. Pilas y pilas de muertos, cadáveres putrefactos amontonados en casas, en las calles, por toda la ciudad. No hubo bajas como consecuencia de las batallas. Todas las víctimas habían sido pasto de la enfermedad.

Nadie conoce el origen de la Varióla mayor, pero el virus mortal, más conocido como «viruela», ha dejado un sendero de tragedia a lo largo y ancho del globo. Si bien hay noticia de epidemias de viruela en todas las civilizaciones, incluso en el antiguo Egipto, la historia conoce mejor la enfermedad como la peste de las Américas, pues dejó su marca mortífera en los nativos más vulnerables de los continentes occidentales. Introducida en el Nuevo Mundo por las huestes de Cristóbal Colón, la viruela arrasó las Indias Occidentales y diezmó a los indios del Caribe que habían recibido a Colón en su primer viaje.

Se calcula que la introducción de la viruela en México mató a casi la mitad de los trescientos mil habitantes de Ciudad de México en 1521. Las muertes acumuladas en todo el país por la contagiosa enfermedad se contaron por millones. Una similar devastación se produjo también en Suramérica. Cuando Pizarro llegó a Perú en 1531 en busca de oro, el virus de la viruela ya estaba aniquilando a la población inca. Con un ejército inferior a doscientos hombres, Pizarro jamás habría acabado con el imperio inca si sus habitantes no hubieran estado inmersos en una lucha caótica contra la enfermedad galopante. Es posible que hasta cinco millones de incas murieran de viruela, lo cual diezmó a casi toda la civilización.

En América del Norte, las tribus nativas no fueron inmunes a la mortandad. Numerosas tribus del valle Mound Builders desaparecieron a causa de la viruela, mientras las tribus de Massachusetts y Narragansett estuvieron a punto de ser borradas del mapa. Los cálculos sugieren que la población del Nuevo Mundo disminuyó en un noventa y cinco por ciento durante el siglo posterior a la llegada de Colón, sobre todo por culpa de la viruela.

El virus letal no se detuvo ahí, sino que floreció en epidemias esporádicas que mataron a miles de personas en Europa durante los doscientos años siguientes. Mentas militares siniestras utilizaron más tarde la enfermedad como herramienta de batalla, y contagiaron de manera intencionada a las fuerzas oponentes. Se dice que los ingleses proporcionaron mantas infectadas de viruela a las tribus hostiles de América

del Norte durante la década de 1760, y emplearon tácticas similares contra las tropas norteamericanas en la batalla de Quebec, durante la guerra de la Independencia.

Por fin, se descubrieron vacunas primitivas a principios del siglo XIX a partir de virus de viruela relacionados que facilitaron cierto control sobre la enfermedad. Epidemias esporádicas y los temores derivados de la Guerra Fría impulsaron vacunaciones rutinarias en Estados Unidos hasta la década de los setenta. Debido en gran parte al éxito de la batalla global emprendida por la Organización Mundial de la Salud contra la enfermedad, la viruela fue declarada erradicada por completo en 1977. Salvo por pequeñas muestras destinadas a la investigación que se guardan en los Centros de Control Epidemiológico de Estados Unidos, y una cantidad desconocida desarrollada para aplicaciones militares en la antigua Unión Soviética, las restantes cepas del virus fueron destruidas por completo a escala mundial. La viruela era una enfermedad casi olvidada, hasta que los ataques terroristas de principios del nuevo siglo despertaron el temor de que una epidemia contagiosa virulenta de cualquier tipo significara de nuevo una amenaza a tener en cuenta.

En aquel momento, los estragos históricos de la viruela no significaban gran cosa para Irv Fowler. Después de reunir fuerzas para llegarse en coche hasta urgencias del Hospital Regional de Alaska, solo deseaba una habitación tranquila y una enfermera atractiva que le ayudara a recuperarse de la gripe que le estaba matando. Incluso cuando una serie de profesionales de aspecto sombrío desfilaban para echarle un vistazo e insistieron en que fuera puesto en cuarentena, estaba demasiado débil para sentirse alarmado. Solo cuando un par de médicos con mascarilla le informaron por fin de que la prueba de la viruela había resultado positiva, su mente empezó a dar vueltas. Dos ideas se le ocurrieron antes de que el delirio se apoderara una vez más de su cerebro: ¿podría desafiar a la tasa de mortalidad del treinta por ciento? ¿A cuántas personas más había contagiado?

—Dirk, he de darte una noticia terrible.

El miedo se palpaba en la voz de Sarah, incluso por teléfono.

—¿Qué pasa?

—Se trata de Irv. Está ingresado en el hospital de Anchorage. Los médicos dicen que ha contraído la viruela. No puedo creerlo.

—¿La viruela? Creía que la habían eliminado casi por completo.

—En la práctica sí. Si el diagnóstico es correcto, será el primer caso documentado en Estados Unidos en treinta años. Las autoridades médicas no le han dado publicidad, aunque los CDC están enviando suministros de vacunas a Alaska por si se desarrolla una epidemia.

—¿Cómo está Irv?

—En un momento crítico —contestó Sarah con voz estrangulada—. Los dos o tres días siguientes serán cruciales. Está en cuarentena en el Hospital Regional de Alaska de Anchorage, junto con otras personas con las que estuvo en contacto íntimo.

—Lo siento —dijo Dirk, con sincera preocupación en la voz—. Irv es un tipo duro, y estoy seguro de que saldrá de esta. ¿Tienes alguna idea de cómo pudo contraer la viruela?

—Bien —contestó Sarah, y tragó saliva—, el período de incubación es de unos catorce días. Eso significaría que se contagió cuando estábamos en Yunaska..., y a bordo del *Deep Endeavor*.

—¿Es posible que se contagiara en nuestro barco? —preguntó Dirk con incredulidad.

—No lo sé. Fue en el barco o en la isla, pero eso carece de importancia ahora. El virus de la viruela es muy contagioso. Necesitamos trabajar deprisa para examinar a toda la gente que estaba a bordo del *Deep Endeavor* y aislar a los contagiados. El tiempo apremia.

—¿Y tú y Sandy? Trabajabais y vivíais juntas con Irv. ¿Os encontráis bien?

—Como empleadas de los CDC, Sandy y yo nos vacunamos hace dos años, tras la preocupación suscitada por la viruela como amenaza bioterrorista en potencia. El departamento de Epidemiología de Alaska nos prestó a Irv, y aún no se había vacunado.

—¿Podemos vacunar todavía a la tripulación del *Deep Endeavor*?

—Por desgracia, no serviría de nada. La vacuna puede ser eficaz al cabo de dos días del contagio, pero después es inútil. Es una enfermedad terrible, y cuando se ha contraído no puede hacerse otra cosa que dejarla seguir su curso.

—Me pondré en contacto con el capitán Burch y examinaremos a todos los miembros de la tripulación lo antes posible.

—Volveré de Spokane esta noche. Si puedes reunir a la tripulación, por la mañana ayudaré al médico del barco a examinar a la tripulación.

—Dalo por hecho. Podrías hacerme otro favor, Sarah. ¿Te parece bien que vaya a recogerte por la mañana?

—Claro que sí. Dirk... Rezaré para que no te hayas contagiado.

—No te preocupes —contestó Pitt en tono confiado—. El ron que llevo en la sangre es suficiente para matar cualquier virus.

Dirk llamó de inmediato al capitán Burch, y con la ayuda de Leo Delgado se puso en contacto con cada tripulante del *Deep Endeavor*. Se enteró aliviado de que ninguno de los hombres mostraba síntomas de la enfermedad, y todos aparecieron en la oficina de campo de la NUMA a la mañana siguiente.

Tal como había prometido, Dirk recogió a Sarah en su apartamento a primera hora de la mañana, tras haber elegido como medio de transporte el gran Chrysler del 58.

—Esto sí que es un coche enorme —afirmó Sarah cuando subió al coloso.

—Es la definición original de «heavy metal» —sonrió Dirk mientras salía del aparcamiento y conducía hacia el edificio de la NUMA.

Muchos tripulantes del *Deep Endeavor* saludaron con afecto a Sarah cuando llegó ante el grupo congregado, y reparó en que todos los tripulantes se comportaban más como miembros de una familia que como compañeros de trabajo.

—Me alegro de volver a ver a mis amigos de la NUMA —fue su saludo—. Como ya saben, mi compañero Irv Fowler, que viajó en el barco con nosotros, ha sido diagnosticado de viruela. El virus de la viruela es muy contagioso, y es esencial aislar cuanto antes a los infectados. Necesitaré saber si alguno de ustedes ha padecido los siguientes síntomas desde que Irv, Sandy y yo nos fuimos del *Deep Endeavor*: fiebre, dolor de cabeza, dolor de espalda, dolor abdominal intenso, malestar general, delirios o erupciones en la cara, los brazos o las piernas.

Examinó de uno en uno a los aprensivos tripulantes, tomó su temperatura y preguntó a cada hombre o mujer si había notado síntomas de la terrible enfermedad. Incluso Dirk y el capitán Burch fueron sometidos a su escrutinio, después de lo cual exhaló un suspiro audible de alivio.

—Capitán, solo hay tres tripulantes con síntomas menores de enfermedad, que podrían ser o no síntomas preliminares de viruela. Solicito que esos tres hombres sean aislados hasta terminar sus análisis de sangre. Los restantes tripulantes deberían evitar lugares públicos de gran aforo durante unos días. Me gustaría realizar un nuevo examen a finales de semana, pero parece prometedor que no se haya producido una epidemia entre la tripulación del barco.

—Eso es una buena noticia —replicó Burch con patente alivio—. Me parece raro que el virus no se propagara con facilidad en el espacio cerrado de un barco.

—Los pacientes son más susceptibles de contagio después de que han aparecido las erupciones, lo cual sucede entre doce y catorce días después del contagio. Irv ya estaba fuera del barco y trabajando en Anchorage cuando llegó a esa fase, de manera que es posible que el virus no se propagara mientras estábamos a bordo. Capitán, habría que fumigar los camarotes del *Deep Endeavor*, así como toda la ropa de cama y los cubiertos, como medida preventiva.

—Ordenaré que procedan enseguida.

—Por lo visto, el origen de la epidemia se hallaba en Yunaska —especuló Dirk.

—Eso creo —contestó Sarah—. Es curioso que Jack y tú no os contagiarais cuando bajasteis a la isla.

—Puede que nos salvara nuestro traje protector.

—Gracias a Dios —dijo ella agradecida.

—Es posible que nuestros misteriosos amigos del barco pesquero estuvieran jugueteando con algo aún peor que el cianuro. Lo cual me recuerda... el favor que te pedí.

Dirk condujo a Sarah hasta el Chrysler y abrió el enorme maletero. Dentro estaba el contenedor de porcelana de la bomba del 1403, envuelto con cuidado en el interior de una caja de leche. Sarah inspeccionó el objeto con expresión perpleja.

—De acuerdo, me rindo. ¿Qué es?

Dirk resumió su viaje a Fort Stevens y el descenso hasta el submarino japonés.

—¿Puedes pedir a tu laboratorio que identifique algún residuo restante? Intuyo que puede existir una relación.

Sarah guardó silencio un momento antes de hablar.

—Sí, lo examinaremos —dijo en tono serio—. Pero eso te costará invitarme a comer —terminó con una sonrisa irónica.

Dirk acompañó a Sarah al laboratorio de Salud Pública de Fircrest Campus, donde trasladaron con gran cuidado la envoltura fragmentada de la bomba a un pequeño laboratorio. Después de bromear sobre el hecho de que estaban introduciendo un explosivo en el edificio, un jovial científico de pelo ralo llamado Hal accedió a examinar el fragmento, tras terminar una reunión del personal.

—Parece que se impone una comida larga y tendida. ¿Adónde vamos? —preguntó Sarah.

—Conozco un lugar tranquilo con vistas al mar —contestó Dirk con una sonrisa maliciosa.

—Entonces, llévame en la máquina verde —rió ella, al tiempo que subía al Chrysler azul turquesa.

Dirk salió del estrecho aparcamiento del laboratorio, y pasó frente a un Cadillac CTS negro de aspecto familiar, parado con el motor en marcha. Cuando abandonó el campus, se dirigió hacia el sur, dejó atrás el bullicioso centro de Seattle y se desvió al oeste, siguiendo el letrero que indicaba Fauntleroy. Al llegar al borde del canal de Puget, Dirk entró en la terminal del transbordador de Fauntleroy, subió una rampa y paró el coche en la cubierta de un transbordador de vehículos que esperaba. Cuando aparcó el Chrysler entre varias filas de coches, Sarah le apretó la mano.

—¿Desayuno en el transbordador? ¿Café y donuts? —preguntó.

—Creo que nos lo vamos a montar mejor. Subamos a ver la vista.

Sarah le siguió escaleras arriba hasta la cubierta superior, donde encontraron un banco vacío encarado hacia la parte norte del canal de Puget. Un bocinazo y un leve movimiento bajo sus pies indicó que habían zarpado, cuando los motores diesel de dos mil quinientos caballos de vapor alejaron del muelle el barco de noventa y ocho metros de eslora.

Era un día transparente, de aquellos que recordaban a los residentes por qué soportaban los largos y lluviosos inviernos del noroeste del Pacífico y llamaban a la zona su hogar. A lo lejos, los montes Cascade y Olympic centelleaban en el horizonte, casi rielaban recortados contra un cielo de un azul tan intenso que parecía al alcance de la mano. El centro de Seattle cortaba la línea del horizonte con un reflejo brillante de acero y vidrio, y el Space Needle se alzaba como un monolito futurista de un dibujo animado de George Jetson. Dirk indicó otra media docena de transbordadores que desplazaban su carga humana de un lado a otro del puerto, y vio que esquivaban a los cargueros que recorrían las rutas de navegación internacionales. Solo tardaron quince minutos en llegar a su destino, la isla de Vashon, y cuando el capitán del barco empezó a dirigir el transbordador hacia el muelle, Dirk y Sarah volvieron al Chrysler. Cuando abrió la puerta para dejar subir a Sarah, Dirk examinó la hilera de vehículos

aparcados detrás. A cuatro espacios de distancia, un sedán Cadillac negro llamó su atención. El mismo Cadillac negro que había estado parado con el motor en marcha en el laboratorio de Salud Pública. Y también, recordó ahora, el mismo Cadillac que había visto durante su paseo por Fort Stevens.

—Me ha parecido ver a un amigo aparcado ahí detrás —dijo Dirk con calma a Sarah—. Voy a saludarle. Enseguida vuelvo.

Paseó con aire indiferente junto a la hilera de coches y observó que los dos asiáticos sentados en el Cadillac le miraban fijamente. Cuando se acercó a la puerta del conductor, se agachó de repente e introdujo la cabeza por la ventana abierta.

—Perdonad, colegas, ¿sabéis dónde está el lavabo? —preguntó Dirk con voz de paleta.

El conductor, un matón corpulento con el pelo mal cortado, clavó la vista en el frente, negándose a establecer contacto visual, y negó con la cabeza poco a poco. Dirk buscó y localizó un pequeño bulto bajo la chaqueta del hombre, cerca de la axila izquierda, la prueba irrefutable de un arma enfundada. El cómplice del asiento de al lado no mostró la timidez del conductor. Flaco, de pelo largo y barba de chivo, miró a Dirk con una sonrisa amenazadora, con un cigarrillo a medio fumar colgando de los labios. Entre sus pies había un estuche de piel grande, que ocultaba algo más que una calculadora y un teléfono móvil, supuso Dirk.

—¿Has encontrado a tu amigo? —preguntó Sarah cuando Dirk volvió al Chrysler.

—No —meneó la cabeza Dirk—. Me había equivocado.

Un bocinazo del transbordador, seguido por otros dos más cortos, anunció que la embarcación estaba atracando. Momentos después, Dirk salió con el Chrysler al sol de la mañana. Recorrió un largo muelle y salió del complejo del transbordador a la isla de Vashon.

La isla de Vashon, situada en el extremo inferior del canal de Puget, es un pintoresco paraíso de cincuenta y cinco kilómetros cuadrados situado a escasos minutos del bullicio congestionado de Seattle y Tacoma. Accesible solo por barco, la isla ha mantenido una tranquilidad rural en nada comparable a sus vecinos metropolitanos. Campos de fresas y frambuesas siembran el paisaje boscoso, habitado por una mezcla bohemia de granjeros y cerebros de la informática que buscan un ritmo más lento que el de la vida urbana.

Dirk bajó la capota para disfrutar mejor de los paisajes y sus fragancias, y condujo hacia el sur por la Vashon Highway, lejos de la terminal del transbordador, situada en el extremo norte de la isla. Miró por el retrovisor y vio que el Cadillac negro salía de la terminal y se colocaba detrás de ellos, a una distancia de un kilómetro. Continuaron en dirección sur durante varios kilómetros, dejando atrás cabañas y casas de labranza, dispersas entre espesas arboledas de pinos.

—Esto es maravilloso —suspiró Sarah, estiró los brazos sobre su cabeza y sintió

la brisa fría entre sus dedos.

Dirk sonrió para sí, pues había conocido demasiadas mujeres que no querían ir en un descapotable para no despeinarse. Para él, ir a toda velocidad en un descapotable era como navegar en mitad de una tormenta o descubrir los restos de un naufragio mientras buceaba. Un poco de aventura lograba que la vida fuera más divertida.

Cuando vio un letrero que anunciaba BURTON, Dirk disminuyó la velocidad y se desvió de la autopista en dirección este por una pequeña carretera secundaria, que conducía a una diminuta aldea. Dejaron atrás un pequeño grupo de casas, hasta que la carretera desembocó en el camino de entrada de una pintoresca posada victoriana situada junto a la orilla del mar. Construida como residencia veraniega para un magnate del periodismo de Seattle a principios de siglo, el edificio de tres plantas brillaba en tonos pastel verde y lavanda. Flores de brillantes colores crecían en grandes macetas, y había jardineras por todas partes, de forma que un amplio abanico de colores invadía la vista.

—Esto es muy bonito, Dirk —sonrió Sarah, mientras Pitt aparcaba el coche junto a una cabaña adornada—. ¿Cómo descubriste este lugar?

—Uno de nuestros científicos tiene una casa de veraneo en la isla. Dice que aquí se encuentra el mejor salmón, y tengo la intención de descubrir si es verdad.

Dirk guió a Sarah hasta un restaurante íntimo situado en un extremo del caserón, en el que se prolongaba la decoración victoriana. Como estaba casi vacío, ocuparon una mesa que se hallaba al lado de una ventana encarada al este. Después de pedir un chardonnay de la zona, admiraron la vista de una isla más pequeña llamada Maury. Al sudeste, admiraron la majestuosidad del monte Rainier.

—Me recuerda un poco los Grand Tetons —dijo Sarah, quien recordó con nostalgia los picos escabrosos del noroeste de Wyoming—. Cabalgaba durante horas alrededor del lago Jackson, al pie de los Tetons.

—Apuesto a que también eras una excelente esquiadora —aventuró Dirk.

—Me cargué unos cuantos esquís cuando era una adolescente —rió—. ¿Cómo lo sabes?

—Jackson Hole está a la vuelta de la esquina. Fui a esquiar hace unos años. Una nieve tremenda.

—Me encanta —dijo entusiasmada Sarah, con ojos relucientes—. Pero me sorprende que hayas estado en Jackson. Pensaba que un director de proyectos especiales de la NUMA no estaba autorizado a perder de vista el mar.

Ahora le tocó reír a Dirk.

—Fueron mis vacaciones anuales. Aquel año, no había ni una plaza libre en el desierto de Gobi —sonrió—. Dime, ¿cómo acabó una simpática chica de Wyoming trabajando en los Centros de Control Epidemiológico?

—Porque soy una simpática chica de Wyoming —replicó ella—. Como crecí en

el rancho de mis padres, siempre estaba curando terneros enfermos o caballos cojos. Mi padre no paraba de decirme que era una blandengue, pero a mí me gustaba estar con los animales y cuidarlos. Estudié veterinaria, y después de rebotar de un trabajo a otro, conseguí el empleo de epidemióloga en los CDC. Ahora viajo por el mundo previniendo epidemias y curando animales enfermos, y encima me pagan por ello —sonrió.

Dirk comprendió que sus sentimientos eran verdaderos. Sarah era de corazón bondadoso, y eso se transparentaba en todo momento. Si los CDC no le hubieran dado trabajo, estaría al cuidado de una guardería canina o en una reserva de animales salvajes, con salario o sin él. Cuando miró a Dirk con sus tiernos ojos, este se alegró de estar con ella.

Un camarero hizo acto de presencia, lo cual dio al traste con su intimidad, pero a cambio llevó a la mesa un banquete de gourmet. Dirk disfrutó de una suprema de salmón a la plancha, mientras Sarah optaba por escalopes de merluza que, de tan tiernos, tuvo la impresión de que se fundían en su boca. Después de compartir un pastel de queso y frambuesas como postre, dieron un breve paseo cogidos de la mano por la orilla. Dirk no dejaba de vigilar a los dos hombres del Cadillac, que por fin había descubierto aparcado a unas pocas manzanas de distancia.

—Esto es precioso, pero creo que deberíamos volver —dijo Sarah con pesar—. Ya deberían tener los resultados de los análisis de sangre de tus tripulantes, y es probable que Hal haya terminado el análisis del contenedor de la bomba.

Cuando se acercaron al coche, se volvió y abrazó a Dirk.

—Gracias por una comida encantadora —susurró.

—Raptar a mujeres hermosas por la tarde es una de mis especialidades —sonrió Dirk.

La tomó en sus brazos y le dio un beso largo y apasionado. Ella respondió estrechándole entre sus brazos, y le apretó la cintura con fuerza.

Dirk salió del aparcamiento y condujo el Chrysler por la arteria principal de Burton, de un solo carril. Desvió la mirada hacia el Cadillac aparcado en una callejuela lateral y los dos hombres que esperaban. Cuando miró por el espejo retrovisor, le sorprendió ver que el sedán negro se colocaba de inmediato detrás de ellos, lo cual no era una buena señal.

El Cadillac les siguió hasta llegar al cruce de la Vashon Highway. Cuando Dirk paró para girar, volvió a mirar por el espejo. Vio que el hombre de la barba de chivo se agachaba y sacaba algo del estuche de cuero.

Se le revolvió el estómago y, sin pensarlo dos veces, pisó el acelerador. El Chrysler salió disparado en dirección norte con un chirrido de neumáticos.

—¿Qué estás haciendo, Dirk? —preguntó Sarah perpleja cuando quedó aplastada contra el asiento.

El Cadillac entró en la autopista detrás de ellos, enviando un chorro de grava al aire. Esta vez, no intentó seguir al Chrysler, sino que pasó al carril siguiente para ponerse a su lado.

—¡Tírate al suelo! —gritó Dirk a Sarah cuando vio acercarse el coche negro por el retrovisor. La joven, confusa pero alertada por el tono de su voz, se aovilló en el suelo del Chrysler. Dirk disminuyó la velocidad y miró a la izquierda cuando el Cadillac se situó a su lado. La ventanilla del pasajero estaba bajada, y el joven matón dirigió una sonrisa sardónica a Dirk. Después, levantó la metralleta Ingram Mac10 y apuntó a la cabeza de Dirk.

El pistolero era más joven, pero los reflejos de Dirk fueron más veloces. Cuando el dedo del asesino apretó el gatillo, Dirk ya había pisado los frenos. Una salva de balas rebotó en la capota del Chrysler cuando se rezagó del Cadillac entre una nube de goma quemada. Los estrechos neumáticos del Chrysler emitieron un chirrido de protesta cuando las ruedas se inmovilizaron, un momento antes de que Dirk levantara el pie del freno. Esperó a que el Cadillac reaccionara, y entonces vio lo que estaba esperando. Cuando las luces de freno del Cadillac se encendieron, puso la transmisión automática en segunda y aplastó el acelerador contra el suelo.

Un chorro de gasolina salió despedido por las gargantas de los carburadores gemelos del Chrysler, y alimentaron de combustible el hambriento motor de mil centímetros cúbicos. Con más de trescientos ochenta caballos de vapor, el Chrysler 300D era el coche más veloz y poderoso del país en 1958. Sin mostrar signos de su edad, el enorme coche saltó hacia delante como un rinoceronte enfurecido.

La súbita aceleración del Chrysler pilló por sorpresa a los asesinos, los cuales profirieron juramentos cuando el gran coche verde pasó por su lado como un rayo. El pistolero intentó disparar otra ráfaga, pero ya era demasiado tarde para apuntar, y vació inútilmente el cargador en el bosque. Como no venía tráfico en dirección contraria, Dirk pasó al carril de la izquierda después de adelantar al Cadillac, con el fin de dificultar la tarea del hombre apostado en el asiento del pasajero.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué nos disparan? —gritó Sarah desde el suelo.

—Unos parientes de nuestros amiguitos de Alaska, supongo —gritó Dirk para hacerse oír por encima del rugido del motor, mientras cambiaba a tercera—. Ya hace rato que nos iban siguiendo.

—¿Podremos escapar? —preguntó Sarah con miedo en su voz.

—Mantendremos la ventaja en las rectas, pero nos ganarán terreno en las curvas. Si conseguimos acercarnos al muelle del transbordador y a la gente, imagino que se marcharán —contestó, confiando en la veracidad de sus palabras.

El Chrysler había dejado un amplio espacio entre los dos coches, pero el Cadillac se iba acercando poco a poco. Una curva cerrada obligó a Dirk a subir el pie del acelerador, con el fin de que el coloso de mil ochocientos kilos no se saliera de la

carretera, lo cual permitió que el Cadillac, menos pesado, conquistara unos preciosos metros. El pistolero, iracundo e indisciplinado, empezó a vaciar el segundo cargador. Casi todas las balas rebotaron en el maletero del Chrysler, que quedó convertido casi en un colador. Dirk se encogió en el asiento y condujo el coche de un lado a otro de la carretera para evitar convertirse en un blanco fácil.

—¿Cuánto falta? —preguntó Sarah, sin levantarse del suelo.

—Unos tres kilómetros más. Lo conseguiremos —contestó Dirk, y le guiñó un ojo para infundirle confianza.

Pero se maldijo por dentro. Por haber puesto en peligro a Sarah y no haber pedido ayuda antes, cuando supo que le seguían. Y por ir desarmado, sin otra arma a su disposición que un coche de casi cincuenta años de edad.

Como un buitre en persecución de su presa, el Cadillac imitaba todos los movimientos del Chrysler, intentaba con desesperación acortar distancias. Cuando los coches entraron en una recta larga de la autopista de Vashon, Dirk vio que la aguja del velocímetro marcaba casi doscientos kilómetros por hora. Un camión de mudanzas se acercaba en dirección contraria, de modo que Dirk pasó al carril de la derecha, sin levantar el pie del acelerador. El conductor del Cadillac, empeñado en alcanzar al Chrysler, no reparó en el camión y tuvo que dar un volantazo a la derecha en el último segundo, presa del pánico. El movimiento permitió que el Chrysler conquistara unos preciosos metros de pavimento, lo cual provocó que el frustrado pistolero lanzara una sarta de juramentos.

Pero el dominio temporal de Dirk estaba a punto de expirar. La autopista de Vashon inició una serie de curvas en el extremo norte de la isla, antes de descender hacia la terminal del transbordador, con lo cual la ventaja no iba a depender de la velocidad, sino de la pericia del conductor. Dirk pisó los frenos al salir de la autopista y tomar una curva a la izquierda, con el fin de que el coche no se saliera de la carretera. El Cadillac, más ágil, ganó el terreno perdido con facilidad y se situó a escasos metros del parachoques trasero de Dirk. Una vez más, este oyó el tableteo de la ametralladora y agachó la cabeza. Una ráfaga de balas convirtió el parabrisas en un laberinto de agujeros y grietas. Una bala rozó la mejilla de Dirk antes de estrellarse en el tablero de instrumentos.

—Hoy ya me he afeitado, bastardos —gruñó, y su ira se impuso al miedo. Cuando tomó la siguiente curva, los neumáticos anticuados del Chrysler chirriaron estruendosamente y dejaron una marca negra humeante en la carretera. El pistolero, que ya había gastado dos cargadores, empezó a disparar con más cautela para no agotar la munición restante. Esperó a que el coche entrara en una curva a la derecha y disparó repetidas veces, casi a quemarropa. En lugar de disparar a los neumáticos, como habría hecho cualquier persona inteligente, se empeñaba en apuntar al conductor.

Dentro del coche, una continua lluvia de cristales rotos, plástico y astillas de metal caía sobre Dirk y Sarah, mientras andanadas de balas destrozaban el interior. Dirk se esforzó por mantener el coche en el centro de la carretera, sin dejar de mirar por el retrovisor para asegurarse de que el Cadillac no se colocaba a su lado para dispararle a placer. Varias veces tuvo que desviar el Chrysler a un costado, casi hundiendo el extremo delantero del Cadillac, hasta que el conductor se rezagó y se mantuvo a unos dos metros de su parachoques posterior.

Dirk se sentía como un boxeador en el ring, agachado, moviendo la cabeza arriba, abajo y de un lado a otro, con el fin de ver la carretera al tiempo que esquivaba la lluvia de plomo. Se encogió cuando vio aparecer una hilera de agujeros en el capó, al tiempo que tomaba una curva a la derecha. Las balas perforaron el radiador, y una columna de humo blanco se elevó del capó. Comprendió que el tiempo se estaba acabando. Sin líquido refrigerante, el motor se recalentaría y agarrotaría. Sarah y él serían presa fácil.

Cuando se acercaron al extremo norte de la isla, probó un último truco. Antes de una cerrada curva a la izquierda, se colocó en el centro de la carretera y disminuyó un poco la velocidad para dejar acercarse el Cadillac. Después, pisó el freno con ambos pies. Entre el chirrido de los neumáticos y la nube de goma quemada, el Cadillac besó la parte trasera del Chrysler, antes de que el conductor frenara a su vez. Pero el intento de destrozarse la parte delantera del Cadillac fracasó. Los antiguos frenos de tambor del Chrysler no podían compararse con la moderna tecnología de frenado del Cadillac, y el coche más nuevo casi se inmovilizó, mientras el Chrysler seguía patinando por la carretera. El conductor del Cadillac comprendió la argucia y mantuvo la distancia de separación. Dirk soltó los frenos y pisó el acelerador, con la esperanza de ganar terreno. Ya no podía hacer gran cosa más.

Los dos coches habían llegado a la cumbre de la última loma, en la parte norte de la isla. Desde allí, la carretera serpenteaba colina abajo en dirección al borde del mar, y dejaba atrás algunas hileras de tiendas y casas antes de morir en la terminal del transbordador. Dirk observó una pequeña fila de coches que empezaban a invadir la autopista en la dirección contraria, recién bajados del transbordador, supuso.

Pese al tráfico adicional de la carretera, la metralleta no paraba de disparar. Los asesinos habían cruzado la línea y estaban decididos a matar a Dirk y Sarah, indiferentes a quien se interpusiera en su camino. Dirk dirigió a Sarah una veloz mirada y forzó una sonrisa. Los ojos de la joven expresaban una mezcla de miedo y confianza. Confianza en que Dirk encontrara una forma de salvarles. Dirk asió con fuerza el volante, más decidido que nunca a protegerla de cualquier daño.

Pero solo quedaban segundos para actuar. El viejo Chrysler, que ahora recordaba a los restos del blanco de un bombardero B2, estaba en las últimas. Surgía humo de debajo del capó, acompañado por una vibrante melodía de golpes y chirridos del

motor al borde de la extinción. Salían chispas de debajo de la carrocería, pues un tubo de escape roto arañaba el pavimento con un ruido torturante. Hasta los neumáticos presentaban puntos deshinchados debido a los frenazos y arrancadas. Dirk observó que el medidor de la temperatura llevaba varios minutos pegado a la línea roja.

Por encima del rugido del motor oyó el bocinazo del transbordador cuando se acercaron al agua. Desde atrás, el chirrido de los neumáticos del Cadillac y el tableteo de la metralleta resonaban en sus oídos. El gran Chrysler dio un bandazo cuando el motor empezó a sobrecalentarse definitivamente. Los ojos de Dirk recorrieron el paisaje, en busca de un coche del sheriff, un banco custodiado por un guardia armado, cualquier tipo de ayuda que pudiera utilizar para defenderse, pero solo vio bonitas casas con pequeños jardines llenos de flores.

Después, cuando miró hacia la terminal, se le ocurrió una idea. Muy improbable, calculó, pero en aquel momento no tenía nada que perder.

Sarah alzó los ojos y vio que una expresión confiada se dibujaba en su rostro.

—¿Qué pasa, Dirk? —chilló por encima del estruendo.

—Sarah, querida —contestó él en tono tranquilizador—, creo que nuestro barco acaba de llegar.

Larry Hatala vio que el último coche de la cola, un microbús Volkswagen verde guisante de 1968, subía la rampa del transbordador. Con treinta años en el Departamento de Transportes del estado de Washington, el canoso empleado de la terminal de la isla de Vashon meneó la cabeza y sonrió al conductor del antiguo coche hippy, un hombre barbudo con un pañuelo en la cabeza y gafas ovaladas con montura metálica. En cuanto el VW estuvo a bordo, Hatala bajó un brazo mecánico de madera naranja y blanco que cortaba el paso al tráfico procedente del muelle. Una vez terminado su trabajo, hasta que llegara el siguiente barco al cabo de media hora, Hatala se quitó una gastada gorra de béisbol y se secó la frente con la manga, y después saludó con la gorra a un compañero que iba a bordo del transbordador. El joven, vestido con un mono gris, terminó de sujetar una barandilla de seguridad al otro lado de la popa y dedicó a Hatala un burlón saludo militar. Cuando el piloto hizo sonar la bocina, Hatala desanudó una cuerda de seguridad y tiró el extremo suelto hacia el transbordador, donde su compañero la enrolló en vistas a la siguiente parada.

Apenas había terminado de resonar el bocinazo, cuando los oídos de Hatala detectaron un ruido inusual. Era el aullido de unos neumáticos que chirriaban sobre el asfalto. Vio un periódico destello de dos coches entre los árboles que flanqueaban la colina. El gemido de los motores y el chirrido de los neumáticos se fueron acercando, puntuados por un sonido repetitivo que Hatala reconoció por sus días de la Marina como disparos. Por fin, los coches salieron de los árboles en dirección a la terminal, y Hatala los miró con los ojos desorbitados.

El gran Chrysler verde parecía un dragón enfurecido, que lanzaba al aire humo y vapor. Un hombre de pelo negro, encorvado sobre el volante, clavaba el monstruo a la carretera, a una velocidad a todas luces excesiva. Nueve metros detrás, un Cadillac negro sedán le perseguía, y un joven asiático se asomaba por la ventanilla del pasajero para poder disparar un arma automática que hacía más daño a los árboles de la carretera que a su teórico objetivo. Ante el horror de Hatala, el descapotable verde entró en el desembarcadero del transbordador.

El viejo Chrysler tendría que haber muerto mucho tiempo antes. Una lluvia de fuego lo había cubierto de plomo, perforando cables, manguitos y correas, además de dejar la carrocería y el interior como un colador. Aceite quemado, mezclado con líquido del radiador, salía disparado del motor al rojo vivo, casi vacío de líquidos, pero como si poseyera voluntad propia, el viejo Chrysler no estaba dispuesto a rendirse, y se aferraba a sus últimos restos de potencia.

—¿Dónde estamos, Dirk? —preguntó Sarah, que no podía ver nada desde el suelo. El sonido de los neumáticos sobre madera le avisó de que ya no estaban en la autopista.

—Hemos de coger el barco —sonrió Dirk—. Agárrate fuerte.

Vio que un hombre agitaba los brazos frenéticamente al final del muelle, unos cincuenta metros más adelante. Más allá del borde del muelle, vio que las hélices del barco estaban azotando el agua, y que se estaba alejando del muelle. Les iba a ir de un pelo.

Detrás, el Cadillac se rezagó unos momentos, pues casi se había saltado la curva que conducía al muelle. El conductor estaba decidido a pisar los talones a Dirk y aceleró, indiferente a la escasa longitud del muelle y a la partida del transbordador. También el pistolero estaba obcecado con la persecución, obsesionado por alcanzar con una bala al obstinado conductor que, hasta el momento, había esquivado sus ráfagas anteriores.

Dirk no había levantado el pie del acelerador, pero por un motivo diferente. Contuvo el aliento, confiando en que el Chrysler resistiera unos cuantos segundos más. Aunque el final del muelle se hallaba tan solo a unos pocos metros de distancia, se le antojó una eternidad llegar hasta él. En el ínterin, el transbordador continuaba internándose en el estrecho.

Un par de chicos que iban a pescar al final del muelle corrieron a refugiarse detrás de una columna cuando aparecieron los dos coches, abandonando sus cañas. Ante la sorpresa de Dirk, el hombre que había al final del muelle dejó de agitar los brazos y levantó la barrera naranja y blanca, como si hubiera comprendido la inutilidad de tratar de impedir el paso a la masa de hierro de Detroit que cargaba en su dirección. Cuando pasó a su lado, Dirk cabeceó para dar las gracias a Hatala y le dedicó un risueño saludo. Hatala le miró estupefacto.

El motor del Chrysler estaba rugiendo como una almádena, pero la bestia aguantó y entregó a Dirk hasta el último gramo de energía que pudo reunir. El gran descapotable ascendió la rampa del final del muelle y saltó por los aires como una bala de cañón. Dirk agarró con fuerza el volante y se preparó para el impacto, mientras veía pasar por debajo del coche la cinta de agua azul de doce metros. Los chillidos estremecieron el aire cuando los asombrados pasajeros que se congregaban en la popa del transbordador se dispersaron para apartarse de la monstruosidad verde que surcaba el espacio en su dirección. La aceleración del coche y el ángulo de la rampa lograron que el Chrysler describiera un arco casi perfecto, hasta que la gravedad se impuso y tiró hacia abajo del morro del coche, pero habían salvado el abismo de agua transparente y aterrizarían sobre el transbordador.

Las ruedas delanteras del Chrysler se estrellaron sobre la cubierta y los neumáticos estallaron al instante, debido a la fuerza del impacto. Una fracción de segundo después, fue el turno de las ruedas posteriores, que chocaron contra una barandilla baja a escasos centímetros del borde de la popa. Una parte del pasamanos se incrustó en el hueco de una rueda y se quedó encajado, lo cual les salvó la vida. En

lugar de continuar patinando hasta estrellarse contra las hileras de coches aparcados en la cubierta, la cuña formada por la barandilla se clavó en la cubierta de madera como un ancla. El enorme coche rebotó dos veces, y después patinó poco a poco hasta detenerse a unos seis metros del punto en que había aterrizado, golpeando levemente el autobús Volkswagen verde guisante.

Al Cadillac negro no le fue tan bien. A tan solo unos segundos de distancia, el conductor advirtió demasiado tarde que el transbordador había abandonado el muelle. Demasiado asustado para intentar detener el coche, el conductor siguió pisando el acelerador y saltó del muelle al igual que el Chrysler. Solo que ahora el transbordador se había alejado más.

Al tiempo que el pistolero lanzaba un chillido estremeedor, el Cadillac surcó el cielo antes de estrellarse contra la popa del transbordador con un pavoroso estruendo. El parachoques delantero besó las letras pintadas del nombre del transbordador, Issaquah, justo por encima de la línea de flotación, antes de que todo el coche se arrugara como un acordeón. Un gran chorro de agua se elevó en el aire cuando el Cadillac se hundió en el agua hasta los doce metros de profundidad, llevándose a sus ocupantes a la tumba.

En el Chrysler, Dirk se sacudió el aturdimiento producido por el impacto y examinó sus heridas. Notó un esguince en una pierna y una cadera dolorida, mientras se secaba la sangre del labio inferior, a causa de una herida producida con el volante. Por lo demás, el resto parecía funcionar. Sarah levantó la vista desde el suelo y forzó una sonrisa.

—Creo que me he roto la pierna derecha —dijo con calma—, pero por lo demás estoy bien.

Dirk la sacó del coche y la depositó con delicadeza sobre la cubierta, mientras una multitud de pasajeros se acercaba para ofrecerles ayuda. Delante de ellos, se abrió una puerta del microbús VW y salió el hippy, con su cola de caballo y la panza de bebedor de cerveza oculta bajo una camiseta de los Grateful Dead. Casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando inspeccionó la escena. Se elevaba humo de los restos del Chrysler, y el aire olía a goma y aceite quemados. La piel metálica del coche estaba adornada con agujeros de bala desde adelante hacia atrás, mientras cristales rotos y jirones de tapicería de cuero sembraban el interior. Los neumáticos delanteros estaban reventados por el impacto, y un pasamanos metálico sobresalía del hueco de una rueda posterior. Un profundo corte en la cubierta retrocedía desde el automóvil como una especie de sendero de migas. Dirk sonrió al hombre cuando se acercó.

El viejo hippy meneó la cabeza y habló por fin.

—Te has pasado tío. Espero que tengas seguro.

Las autoridades solo tardaron unas pocas horas en enviar una barcaza y situarla ante el embarcadero del transbordador. Su grúa de veinte toneladas alzó con facilidad

el aplastado Cadillac del fondo y lo dejó caer sobre la grasienta cubierta de la barcaza. Un equipo de paramédicos extrajo con sumo cuidado los cuerpos destrozados del vehículo y los trasladó al depósito de cadáveres del condado. Como causa de la muerte se citaron heridas múltiples por accidente de tráfico.

A petición de la NUMA, el FBI intervino y abrió una investigación federal del incidente. Los primeros intentos de identificar a los pistoleros no dieron fruto, pues no se habían encontrado documentos de identidad encima de los cadáveres, y se descubrió que el Cadillac era un coche de alquiler robado. Inmigración estableció por fin que los hombres eran de nacionalidad japonesa, y habían entrado ilegalmente en el país desde Canadá.

En el depósito de cadáveres del condado de Seattle/King, el forense meneó la cabeza irritado cuando llegó otro investigador para examinar los cuerpos.

—No podremos trabajar mientras tengamos por aquí a estos presuntos gánsters japoneses —gruñó a un ayudante, mientras otros dos federales salían de las instalaciones.

El ayudante, un ex médico del ejército que había estado destinado un año en Seúl, asintió.

—Podríamos instalar una puerta giratoria en la heladera —bromeó.

—Solo me quedaré tranquilo cuando lleguen los papeles y se los lleven a Japón.

—Espero que esa sea su procedencia —dijo el ayudante, mientras volvía a introducir los cuerpos en un armario refrigerado—. Si quieres saber mi opinión, yo diría que parecen coreanos.

Después de pasar doce horas en el hospital, junto a la cama de Sarah, Dirk convenció por fin a los médicos del Swedish Providence Medical Center de Seattle de que dieran el alta a Sarah a la mañana siguiente. Aunque una pierna rota no exigía por lo general un ingreso, el prudente equipo médico estaba preocupado por el trauma del accidente y la retuvo durante una noche para observarla. Tuvo suerte de que la tibia rota no precisó la colocación de férulas ni clavos. Los médicos envolvieron su pierna en un pesado yeso, le administraron un montón de sedantes y firmaron el alta.

—Creo que tardaremos en poder ir a bailar —bromeó Dirk cuando salió del hospital empujando su silla de ruedas.

—Sí, no sea que te haga polvo un pie —contestó ella, y miró con una mueca el pesado yeso.

Pese a insistir en que se encontraba bien para ir a trabajar, Dirk acompañó a Sarah a su elegante apartamento del distrito de Capitol Hill. La depositó con delicadeza sobre un sofá de piel y apoyó la pierna rota sobre una almohada grande.

—Temo que debo ir a Washington —dijo, y le acarició el sedoso pelo mientras la acomodaba sobre las almohadas—. He de irme esta noche. Me ocuparé de que Sandy venga a cuidarte.

—Lo más probable es que no me la pueda quitar de encima —sonrió ella—. ¿Qué sabes de los tripulantes enfermos del *Deep Endeavor*? Hemos de averiguar si están bien —dijo, mientras intentaba incorporarse. Debido a los fármacos, tenía la impresión de que su mente y su cuerpo estaban envueltos en una capa de miel, y luchaba por mantenerse despierta, pese al abrumador deseo de dormir.

—De acuerdo —dijo Dirk, la empujó hacia atrás con suavidad y le acercó un teléfono portátil—. Haces una llamada, y a dormir.

Mientras Sarah llamaba al Laboratorio de Salud Pública, Dirk fue a comprobar que la cocina estuviera bien provista de comestibles. Echó un vistazo a la nevera casi vacía y se preguntó por qué siempre daba la impresión de que las mujeres solteras tenían menos comida en casa que los hombres solteros que conocía.

—Estupendas noticias —anunció ella después de colgar el teléfono—. Todas las pruebas de los tripulantes enfermos han salido negativas. Ni rastro del virus de la viruela.

—Sí que son noticias estupendas —admitió Dirk, y volvió a su lado—. Informaré al capitán Burch antes de ir al aeropuerto.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó Sarah, y estrechó su mano.

—Un viaje rápido al cuartel general. Volveré antes de que te des cuenta.

—Será mejor que lo hagas —contestó Sarah, y sus ojos se cerraron. Dirk se agachó y apartó su pelo de la cara, y después la besó en la mejilla. Cuando se irguió,

vio que ya se había dormido.

Dirk durmió como un tronco durante su viaje de punta a punta del país, y despertó fresco como una rosa cuando las ruedas del avión de la NUMA tocaron la pista del aeropuerto internacional Ronald Reagan de Washington, pasadas las ocho de la mañana. Habían dejado un coche de la agencia esperándole en la terminal reservada al gobierno, y salió del aparcamiento bajo una suave llovizna. Al abandonar el aeropuerto, lanzó una larga mirada hacia un hangar de aspecto ruinoso situado junto a una pista. Aunque su padre estaba en el extranjero, aún ardía en deseos de entrar en el escondite del viejo y jugar con alguno de los numerosos coches antiguos que guardaba allí. El deber antes que el placer, se dijo, y entró en la autopista.

Tomó la avenida George Washington Memorial en dirección norte y dejó el Pentágono a su izquierda, mientras seguía las orillas del río Potomac. Poco después, salió de la autopista y se desvió hacia un altísimo edificio de cristal verde que albergaba la sede de la NUMA. Atravesó una cancela de seguridad y aparcó en un garaje subterráneo. Abrió el maletero del coche, se colgó al hombro un abultado petate y subió en el ascensor de los empleados hasta el piso diez, donde se abrieron las puertas a un laberinto de ordenadores que emitían un zumbido suave.

Fundada con un presupuesto que haría llorar a un dictador del tercer mundo, la red informática del Centro de Datos Oceánicos de la NUMA era una maravilla de la tecnología más avanzada. Enterrada en sus enormes bancos de datos se encontraba la mejor colección de recursos oceanográficos del mundo. Informaciones en tiempo real de clima, corrientes, temperaturas y medidas de biodiversidad se recogían vía satélite de cientos de lugares marinos remotos de todo el globo, lo cual proporcionaba una visión global del estado y pautas de los océanos en cualquier momento. Vínculos con las principales universidades dedicadas a la investigación facilitaban datos sobre investigaciones actuales de geología, biología marina y flora y fauna submarinas, así como de ingeniería y tecnología. La propia biblioteca de referencias históricas de la NUMA contenía literalmente millones de fuentes de datos y era un constante depósito de información para institutos de investigación del mundo entero.

Dirk encontró al maestro detrás de la inmensa red de ordenadores, sentado frente a una consola en forma de herradura, devorando un pastel de almendras con una mano mientras tecleaba con la otra. A primera vista, Hiram Yaeger parecía salido de un concierto de Bob Dylan. Vestía tejanos descoloridos y chaqueta a juego sobre una camiseta blanca, y calzaba botas de vaquero. Con el largo pelo gris recogido en una coleta, su apariencia desmentía el hecho de que vivía en un barrio exclusivo de Maryland con una esposa ex modelo, y conducía un BMW Serie 7. Miró a Dirk por encima de sus gafas ovaladas con montura metálica y sonrió a modo de saludo.

—Vaya, el joven señor Pitt —dijo.

—¿Cómo estás, Hiram?

—Como no he destrozado mi coche, ni destruido un helicóptero de la agencia, debería decir que estoy muy bien —bromeó—. Por cierto, ¿nuestro estimado director ha sido avisado de la pérdida de uno de los vehículos voladores de la NUMA?

—Sí. Por suerte, como papá y Al siguen en Filipinas, el golpe se ha amortiguado un poco.

—Están muy ocupados con un derrame tóxico producido cerca de Mindanao, de modo que lo hiciste en un buen momento —dijo Yaeger—. Dime, ¿a qué debo el placer de tu visita?

—Bien —vaciló Dirk—, se trata de tus hijas. Me gustaría salir con ellas.

El color se retiró un momento del rostro juvenil de Yaeger, cuando se tomó en serio la propuesta de Dirk. Las hijas gemelas de Yaeger, que estaban en el último curso de su instituto privado, eran su orgullo y su dicha. Durante diecisiete años había logrado con éxito espantar a los pretendientes que habían albergado la más mínima intención de tocar a sus hijas. Que Dios las librara de los vahídos que las asaltaban cuando veían al vigoroso y carismático Dirk.

—Como oses pronunciar sus nombres cerca de mí, ordenaré que te retiren de la nómina, con una deuda tan grande que serían necesarias cinco vidas para pagarla.

Ahora le tocó a Dirk reír del punto débil de Yaeger. El genio de los ordenadores se ablandó y sonrió también.

—De acuerdo, las chicas no son accesibles, pero lo que quiero de veras es un poco de tiempo contigo y Max antes de mi reunión con Rudi, que será más tarde.

—Ningún problema —contestó Yaeger con un firme cabeceo.

Una vez terminado el pastel de almendras, empleó ambas manos para bailar sobre el teclado y conjurar a su confidente biónica, Max.

No se trataba de ningún programador, sino de un sistema de inteligencia artificial con una interfaz virtual en forma de imagen holográfica. Producto del cerebro de Yaeger, para que le ayudara a investigar en bases de datos voluminosas, había modelado la interfaz visual a partir de su esposa Elsie, para luego añadir una voz sensual y una personalidad descarada. Una mujer atractiva de pelo color caoba y ojos azul topacio apareció de repente sobre la plataforma situada ante la consola en forma de herradura. Iba vestida con un sucinto top, que dejaba al descubierto el ombligo, y una falda de cuero muy corta.

—Buenos días, caballeros —murmuró la imagen tridimensional.

—Hola, Max. ¿Te acuerdas del Dirk Pitt más joven?

—Por supuesto. Me alegro de verte, Dirk.

—Tienes buen aspecto, Max.

—Aún sería mejor si Hiram parara de vestirme como Britney Spears —replicó el holograma con desdén, al tiempo que se pasaba las manos sobre el cuerpo.

—De acuerdo. Mañana será Prada —prometió Yaeger.

—Gracias.

—Dirk, ¿qué querías preguntarle a Max? —le apremió Yaeger.

—Max, ¿qué puedes decirme acerca de los esfuerzos japoneses en lo tocante a guerra química y biológica durante la Segunda Guerra Mundial? —preguntó Dirk con semblante serio.

Max vaciló un momento, mientras la pregunta inducía una gigantesca búsqueda en miles de bases de datos. Yaeger no había limitado la red de la NUMA a fuentes oceanográficas, sino que la había conectado con una multitud de fuentes de información gubernamentales y públicas, desde la Biblioteca del Congreso a la Comisión de Valores y Cambios. Max exploró la masa de información y consolidó los puntos clave en un resumen conciso.

—Los militares japoneses llevaron a cabo abundantes investigaciones y experimentos con armas químicas y biológicas durante y antes de la Segunda Guerra Mundial. La investigación y experimentación principales tuvieron lugar en Manchuria, bajo la dirección del ejército imperial japonés ocupante, después de tomar el control del noreste de China en 1931. Se construyeron numerosas instalaciones en toda la región como centros experimentales, disfrazados de aserraderos u otras tapaderas. En el interior de las instalaciones, cautivos chinos eran sometidos a una amplia variedad de experimentos con gérmenes y componentes químicos. La instalación de Qiqihar, bajo el mando de la Unidad del Ejército 516, fue el centro de investigación y experimentación de armas químicas japonés más grande, si bien la fabricación de armas químicas se hacía en Japón. Changchun, bajo el mando de la Unidad del Ejército 100, y las amplias instalaciones de Ping Fan, bajo el mando de la Unidad del Ejército 731, eran los centros de investigación y experimentación de guerra biológica más grandes. De hecho, las instalaciones eran enormes cárceles, donde delincuentes y vagabundos locales eran enviados y utilizados como conejillos de Indias, aunque algunos cautivos sobrevivieron a su encarcelamiento.

—He leído cosas sobre la Unidad 731 —comentó Dirk—. Comparados con algunos de sus experimentos, los nazis parecían boy scouts.

—Las acusaciones de experimentos inhumanos realizados por los japoneses, sobre todo en la Unidad 731, son casi interminables. Se inyectaban de manera rutinaria elementos patógenos a prisioneros chinos, incluso a algunos prisioneros de guerra aliados, pues sus verdugos querían determinar cuál era la dosis letal adecuada. Arrojaron bombas biológicas sobre prisioneros sujetos al suelo con el fin de poner a prueba los sistemas de propagación. Muchos experimentos se realizaban fuera de los muros de las instalaciones. Se liberaron bacilos del tifus en los pozos de algunos pueblos, con el resultado de brotes de fiebre y muerte. Soltaron ratas portadoras de pulgas infectadas con diversas enfermedades en zonas urbanas congestionadas, para probar la velocidad y ferocidad de la infección. Hasta los niños fueron considerados

objetivos aceptables. En un experimento, dieron a los niños de un pueblo chokolatinas con ántrax, que se apresuraron a comer con horripilantes resultados.

—Qué horror —dijo Yaeger, y meneó la cabeza—. Espero que los culpables pagaran sus crímenes.

—No fue así en la mayoría de los casos —continuó Max—. Casi hasta el último hombre, las personas al mando de unidades dedicadas a la guerra química y biológica se libraron de ser juzgadas como criminales de guerra. Los japoneses destruyeron casi toda la documentación, y los mismos campos, antes de rendirse. Las fuerzas de inteligencia norteamericanas, ignorantes de la extensión de los horrores, o en algunos casos interesadas en obtener los resultados de los siniestros experimentos, hicieron la vista gorda en relación a las atrocidades. Muchos profesionales de la medicina del ejército imperial, que trabajaban en los campos de la muerte, se reciclaron en respetados hombres de negocios de la industria farmacéutica japonesa después de la guerra.

—Con las manos manchadas de sangre —masculló Dirk.

—Nadie lo sabe con seguridad, pero los expertos calculan que al menos doscientos mil chinos murieron como resultado de los experimentos con armas químicas y biológicas de los japoneses durante los años treinta y cuarenta. Un gran porcentaje de las bajas fueron civiles inocentes. Fue una de las tragedias de la guerra, que solo recientemente ha recibido la atención de historiadores y estudiosos.

—La inhumanidad del hombre hacia el hombre nunca deja de asombrarme —declaró con solemnidad Yaeger.

—Max, ¿con qué elementos patógenos y químicos trabajaban exactamente los japoneses? —preguntó Dirk.

—Sería más fácil preguntar con qué agentes no experimentaron. Sus investigaciones conocidas con bacterias y virus abarcan desde el ántrax, el cólera y la peste bubónica hasta el muermo, la viruela y el tifus, pero se hicieron experimentos con todo lo imaginable. Entre los agentes químicos empleados en armas estaban el fosgeno, el cianuro de hidrógeno, el gas mostaza y la lewisita. No sabemos cuántos fueron utilizados, una vez más debido a que los japoneses destruyeron casi todos sus archivos cuando abandonaron China al final de la guerra.

—¿Cómo habrían podido utilizarse esos agentes en el campo de batalla?

—Los agentes químicos, debido a su larga vida, son perfectamente adecuados para las municiones. Los japoneses fabricaron una enorme cantidad de municiones químicas, sobre todo en forma de granadas, morteros y una amplia gama de proyectiles de artillería. Miles de estas armas se abandonaron en Manchuria al final de la guerra. Los sistemas de propagación biológica tuvieron menos éxito, debido a la naturaleza sensible de los agentes. El desarrollo de un proyectil de artillería biológico práctico resultó difícil, pues gran parte del esfuerzo japonés en conseguir la liberación

de agentes biológicos se concentró en bombas aéreas. Documentación conocida parece indicar que los científicos japoneses nunca estuvieron satisfechos con la eficacia de las bombas biológicas que desarrollaron.

—Max, ¿sabes que se utilizaba porcelana como material para forrar bombas de estos agentes químicos o biológicos?

—Pues sí, de hecho. Las bombas de acero generaban un calor excesivo después de la explosión, el cual destruía los agentes patógenos, de modo que los japoneses se decantaron por la cerámica. Se sabe que diversos contenedores de bombas de porcelana se probaron en China como sistemas de propagación aérea de agentes biológicos.

Dirk sintió un nudo en el estómago. La misión del 1403 había sido mortífera, con sus bombas biológicas. Por suerte, habían hundido el submarino, pero ¿había sido ese el final de su fracasada misión?

Yaeger interrumpió su concentración.

—Max, eso es historia nueva para mí. No tenía ni idea de que los japoneses utilizaron armas químicas y biológicas durante la guerra. ¿Fueron utilizadas fuera de China, contra fuerzas norteamericanas?

—El despliegue de armas químicas y biológicas se concentró en el teatro de guerra chino. Llegaron informes sobre ejemplos limitados de su uso desde Birmania, Tailandia y Malasia. Mis fuentes de datos no contienen información sobre el uso de agentes bioquímicos contra las fuerzas aliadas occidentales, tal vez debido a que los japoneses temían represalias. Se sospecha que las armas químicas se habrían empleado en defensa de su país, si hubiera sido necesario invadir Japón. El descubrimiento de tu padre demuestra que las municiones químicas se almacenaron en Filipinas para su posible despliegue en la defensa de las islas.

—¿El descubrimiento de mi padre? —se extrañó Dirk—. No entiendo.

—Lo siento, Dirk, déjame que te explique. Recibí un análisis tóxico desde el Mariana Explorer, tomado de una muestra de armamento recuperada por tu padre y Al Giordino.

—¿Ya has terminado la búsqueda en tu base de datos de la muestra de arsénico? ¿No habías dicho que no la finalizarías hasta después de comer? —preguntó Yaeger al holograma.

—A veces puedo ser brutalmente eficiente —contestó Max, al tiempo que alzaba la nariz.

—¿Cuál es la relación? —preguntó Dirk, todavía confuso.

—Tu padre y Al siguieron el rastro de un escape de arsénico tóxico hasta un viejo carguero, hundido al parecer en un arrecife de coral cercano a Mindanao durante la Segunda Guerra Mundial. El arsénico se escapaba de un cargamento de proyectiles de artillería almacenado en la bodega del barco —explicó Yaeger.

—Proyectiles de ciento cinco milímetros, para ser exactos —añadió Max—. Municiones para piezas de artillería convencionales del ejército imperial japonés. Solo que el contenido no era arsénico *per se*.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Yaeger.

—El contenido era una mezcla de gas mostaza y lewisita. Un concentrado químico muy popular entre las municiones de los años treinta, actúa como agente devastador letal cuando se le libera en forma de gas. La lewisita es un derivado del arsénico, lo cual explica las lecturas tóxicas encontradas en Filipinas. Los japoneses produjeron miles de proyectiles de gas mostaza y lewisita en Manchuria, algunos de los cuales fueron utilizados contra los chinos. Algunas de estas municiones químicas enterradas aún se siguen encontrando hoy.

—¿La Marina imperial japonesa estaba relacionada con el despliegue de estas armas? —preguntó Dirk.

—La Marina imperial japonesa estaba muy implicada con la producción de armas químicas en los astilleros de Sagami, y se creía que había cuatro almacenes más en Kure, Yokosuka, Hiroshima y Sasebo. No obstante, la Marina solo estaba en posesión de una pequeña parte del millón setecientos mil proyectiles y bombas químicas producido durante la guerra, y no hay indicios escritos de que se utilizaran en ningún enfrentamiento naval. La investigación de armas biológicas era sufragada por el ejército imperial y, como ya he dicho, estaba centrada en la China ocupada. El principal conducto de la actividad investigadora era la Facultad de Medicina del ejército, en Tokio. Desconocemos si la Marina estaba implicada por mediación de la facultad, pues fue destruida durante los bombardeos de 1945.

—Por lo tanto, ¿no existe documentación del tiempo de la guerra capaz de demostrar que armas químicas o biológicas fueron trasladadas a bordo de barcos de la armada?

—Ninguna que se hiciera pública —dijo Max, al tiempo que sacudía su cabeza holográfica—. El grueso de la documentación japonesa capturada durante la guerra, incluyendo la del Ministerio de Marina, fue enviado a los Archivos Nacionales. Como gesto de buena voluntad, casi todos los documentos fueron devueltos más tarde al gobierno, japonés. Solo se copió una parte de los documentos, de la cual solo se ha traducido una pequeña fracción.

—Max, me gustaría examinar la documentación del Ministerio de Marina para buscar información sobre la misión de un submarino japonés en particular, el 1403. ¿Puedes averiguar si estos documentos todavía existen?

—Lo siento, Dirk, pero no tengo acceso a esa parte de los registros de datos de los Archivos Nacionales.

Dirk se volvió hacia Yaeger con una ceja arqueada y le dirigió una larga mirada de complicidad.

—Los Archivos Nacionales, ¿eh? Bien, eso debería ser muchísimo menos peligroso que meternos en Langley —admitió Yaeger con un encogimiento de hombros.

—Ese es el hacker de Silicon Valley que conozco y quiero —contestó Dirk con una carcajada.

—Dame un par de horas y veré qué puedo hacer.

—Max —dijo Dirk, y miró a los ojos de la mujer transparente—, gracias por la información.

—Ha sido un placer, Dirk —contestó el holograma en tono seductor—. Estaré a tu servicio siempre que quieras.

Se desvaneció en aquel mismo instante. Yaeger ya había clavado la vista en el monitor de un ordenador y sus dedos volaban sobre el teclado, absorto en su misión subversiva.

A las diez en punto, Dirk entró en una lujosa sala de conferencias, todavía con la bolsa de lona al hombro. La gruesa alfombra azul cielo que pisaba era el digno complemento de la mesa de conferencias y los chapados de las paredes en madera de cerezo, sembrados de antiguos óleos de buques de guerra de los tiempos de la Revolución. Una ventana de cristal grueso se extendía de un lado a otro de una pared, y proporcionaba una impresionante panorámica del río Potomac y el Washington Malí, al otro lado. Sentados a la mesa, dos hombres de rostros impenetrables vestidos con trajes oscuros escuchaban con atención a un hombre diminuto con gafas de montura metálica, el cual hablaba de los recientes acontecimientos que había vivido el *Deep Endeavor* en las islas Aleutianas. Rudi Gunn enmudeció en mitad de una frase y se puso en pie de un brinco cuando Dirk entró en la sala.

—Dirk, me alegro de que hayas vuelto tan pronto a Washington —saludó, con los ojos azules brillando detrás de sus gruesas gafas—. Y también de que solo sufieras heridas leves en el embarcadero del transbordador —añadió, mientras observaba el labio hinchado y la mejilla vendada de Dirk.

—Mi acompañante se rompió la pierna, pero yo conseguí escapar solo con el labio hinchado. Tuvimos más suerte que los otros —dijo con una sonrisa burlona—, fueran quienes fuesen. Me alegro de volver a verte, Rudi —añadió, mientras estrechaba la mano del subdirector de la NUMA.

Gunn le presentó a los otros dos hombres.

—Dirk, este es Jim Webster, ayudante especial del Departamento de Seguridad Nacional, Análisis de Información y Protección de Infraestructuras —dijo, y movió la mano en dirección a un hombre de piel pálida y corto cabello rubio—, y Rob Jost, subdirector de Seguridad Marítima y Terrestre, Administración de Seguridad en los Transportes, dependiente de la Dirección de Seguridad Nacional.

Un hombre corpulento como un oso de nariz roja cabeceó en dirección a Dirk sin

sonreír.

—Estábamos comentando el informe del capitán Burch sobre el rescate que llevaste a cabo del equipo de los CDC en la isla Yunaska —continuó Gunn.

—Una afortunada casualidad que estuviéramos en la zona. Solo siento no haber llegado a tiempo de salvar a los dos guardias costeros.

—Teniendo en cuenta los elevados niveles de toxinas liberadas cerca de la estación, no contaban con muchas posibilidades desde el primer momento —dijo Webster.

—¿Han confirmado que murieron por envenenamiento de cianuro? —preguntó Dirk.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? La información no se ha hecho pública.

—Recuperamos un león marino muerto de la isla, que un equipo de los CDC de Seattle examinó después de nuestro regreso. Descubrieron que había muerto por inhalación de cianuro.

—Eso concuerda con las autopsias de los dos guardias costeros.

—¿Han descubierto alguna información sobre el barco que disparó contra nosotros, y seguramente esparció el cianuro?

—No se ha obtenido más información —dijo Webster al cabo de una incómoda pausa—. Por desgracia, la descripción proporcionada coincide con mil barcos de pesca más de su clase. No creemos que se tratara de una embarcación local, y estamos trabajando con las autoridades japonesas para investigar pistas en su país.

—Por tanto, creen que existe una conexión japonesa. ¿Alguna idea sobre quién lanzaría un ataque químico contra una remota estación meteorológica de las Aleutianas?

—Señor Pitt —interrumpió Jost—, ¿conocía a los hombres que intentaron asesinarle en Seattle?

—Nunca les había visto. Parecían semiprofesionales, algo más que matones callejeros a sueldo.

Webster abrió una carpeta que tenía delante y sacó una fotografía arrugada en forma de postal pequeña. Dirk contempló en silencio la imagen en blanco y negro de una encallecida mujer japonesa de unos cincuenta años, que miraba con ira a la cámara.

—Una tarjeta de homenaje de Fusako Shigenobu, ex líder revolucionaria del ERJ —continuó Webster—. Encontrada en el billettero de uno de los presuntos asesinos, después de que los sacáramos del fondo del estrecho.

—¿Qué es el ERJ? —preguntó Dirk.

—El Ejército Rojo Japonés. Una célula terrorista internacional que se remonta a los setenta. Creíamos que se había disuelto tras la detención de Shigenobu en 2000, pero parece que han reemprendido su mortífera actividad.

—He leído que la prolongada debilidad de la economía japonesa ha despertado un renovado interés por cultos marginales entre la juventud japonesa —añadió Gunn.

—El ERJ ha atraído a más que unos cuantos jóvenes aburridos. Se han atribuido la responsabilidad de los asesinatos de nuestro embajador en Japón y del subsecretario de la misión, así como de la explosión en la fábrica de SemCon en Chiba. En todos los casos se trató de atentados profesionales. La indignación popular, como sin duda sabrá, está tensando nuestras relaciones con Tokio.

—Sospechamos que el ERJ puede estar detrás del ataque con cianuro contra Yunaska, el prelude de un ataque más mortífero en una zona urbana —añadió Jost.

—Y también detrás de la infección de viruela del científico de Yunaska Irv Fowler —afirmó Dirk.

—No hemos establecido ese vínculo —replicó Webster—. Nuestros analistas sospechan que el científico pudo contraer la enfermedad en Unalaska, contagiado por algún aleutiano. Las autoridades japonesas no creen que el ERJ sea lo bastante sofisticado para obtener y propagar el virus de la viruela.

—Yo creo lo contrario —advirtió Dirk.

—Señor Pitt, no estamos aquí para escuchar sus teorías conspiratorias —comentó Jost en tono despectivo—. Solo nos interesa averiguar qué estaban haciendo dos agentes del ERJ en el país y por qué intentaron matar a un submarinista de la NUMA.

—Director de proyectos especiales —rectificó Dirk, al tiempo que depositaba la bolsa sobre la mesa.

Después, le propinó un potente empujón y lanzó la bolsa en dirección a Jost. El arrogante director de seguridad de transportes se apresuró a levantar una taza de café, antes de que la bolsa se estrellara contra su pecho.

—Su respuesta está ahí —dijo Dirk con brusquedad.

Webster se levantó y abrió la cremallera de la bolsa, mientras Jost y Gunn miraban con atención. Envuelto en papel de burbujas había un, fragmento de buen tamaño del contenedor de la bomba que Dirk había recuperado del 1403. El contenedor de porcelana estaba abierto y revelaba el interior segmentado, con varios compartimientos vacíos situados detrás de un pequeño componente en forma de morro puntiagudo.

—¿Qué es esto? —preguntó Gunn.

—Una desagradable bomba de hace sesenta años —contestó Dirk.

Volvió a contar la historia del ataque contra Fort Stevens sucedido durante la Segunda Guerra Mundial, su descubrimiento del submarino y la recuperación del contenedor de la bomba.

—Un arma ingeniosa —continuó Dirk—. Pedí al laboratorio de epidemiología de Washington que lo analizara en busca de elementos, para saber qué iba armado en la sección de la carga útil.

—Está hecho de porcelana —observó Webster.

—Usada para proteger agentes biológicos. La ojiva llevaba un explosivo con temporizador, diseñado para estallar a una altitud predeterminada y así dispersar el armamento de la carga útil. Como puede ver, tenía que ser una carga muy pequeña. Lo suficiente para destrozar el contenedor de porcelana, pero no para dañar la carga útil con calor o presión excesivos.

Dirk indicó los compartimientos de la carga útil, en forma de puro y alargados casi hasta los estabilizadores verticales.

—No está claro si los agentes de la carga útil se mezclaban durante el vuelo o después de la detonación, pero es evidente que la bomba podía cargar con múltiples componentes. El contenido podía consistir en uno o más agentes biológicos con un detonador auxiliar, o una combinación de elementos químicos o biológicos. El laboratorio de los CDC solo pudo encontrar restos de un agente químico en uno de los componentes de esta bomba en concreto.

—¿Cianuro? —preguntó Gunn.

—Ni más ni menos —contestó Dirk.

—Pero ¿para qué utilizar más de una carga útil? —preguntó Webster.

—Para asegurar una zona específica de matanza, y tal vez desviar la atención. Digamos que el cianuro estaba combinado con un agente biológico. El gas de cianuro habría provocado una elevada mortandad solo en una zona concentrada, en tanto el agente biológico crearía problemas graduales en una zona más extensa. El gas de cianuro se disipa con rapidez, de modo que los supervivientes del ataque entrarían de nuevo en la zona, ignorantes de un peligro secundario. Pero eso solo son especulaciones. Es posible que el diseño del contenedor abrigara una intención diferente, para golpear con una mezcla de varios agentes químicos o agentes biológicos que producirían una mortandad mayor al combinarse.

—¿Qué agentes adicionales había en esta bomba? —preguntó Gunn.

Dirk negó con la cabeza poco a poco.

—No lo sabemos. Los técnicos del laboratorio fueron incapaces de detectar elementos en los demás compartimientos. Sabemos que el motivo de utilizar porcelana fue alojar agentes biológicos, pero los japoneses experimentaron con todo tipo de organismos, de modo que podía ser cualquier cosa, desde peste bubónica a fiebre amarilla.

—¿O viruela? —preguntó Gunn.

—O viruela —confirmó Dirk.

La cara de Jost se puso roja como una remolacha.

—Esto es una fantasía ridícula —rezongó—. La lección de historia es interesante, pero irrelevante. ¿Un grupo terrorista moderno rescata armas de un submarino de la Segunda Guerra Mundial? Una bonita historia, pero ¿cómo van a sobrevivir sus virus

biológicos bajo el mar durante sesenta años, señor Pitt? Conocemos al Ejército Rojo Japonés. Es una organización pequeña y muy integrada, de sofisticación limitada. El asesinato político y la colocación de explosivos se cuentan entre sus medios. El saqueo del lecho marino y la microbiología no.

—He de dar la razón a Rob —añadió Webster en voz baja—. Si bien el contenedor de cianuro supone una interesante coincidencia con el ataque a Yunaska, lo cierto es que el cianuro es un componente que puede obtenerse con facilidad de muchas fuentes. Ha admitido que no existen rastros de que hubiera viruela. Tampoco sabemos con seguridad si el contenedor de la bomba desaparecido del submarino estaba en otra parte del barco, ni siquiera si fue subido a bordo.

Dirk abrió la cremallera de un bolsillo lateral de la bolsa, y extrajo el temporizador todavía parpadeante que había encontrado en la sala de torpedos.

—Tal vez puedan averiguar de dónde ha salido esto, al menos —dijo, y lo entregó a Webster.

—Pudo haberlo abandonado un submarinista —observó Jost.

—Un submarinista de tendencias posesivas, al parecer —comentó con sequedad Dirk—. Me han disparado dos veces hasta el momento. No sé quiénes son estos tipos, pero se toman el juego muy en serio.

—Le aseguro que estamos llevando a cabo una investigación en toda regla —afirmó Webster—. Ordenaré a nuestro laboratorio de Quántico que vuelva a analizar el revestimiento de la bomba y eche un vistazo al temporizador. Encontraremos a los culpables de la muerte de los dos guardias costeros.

Las palabras eran firmes, pero el tono hueco de su voz traicionaba su falta de confianza en el desenlace.

—Podemos ofrecerle un alojamiento seguro, señor Pitt, hasta que hayamos procedido a efectuar detenciones —añadió.

—No, gracias. Si esas personas son quienes usted dice, no debería temer nada más. Al fin y al cabo, ¿cuántos agentes del ERJ puede haber en el país? —preguntó Dirk con mirada penetrante.

Webster y Jost se miraron en silencio. Gunn intervino con diplomacia.

—Agradecemos que estén investigando la pérdida de nuestro helicóptero —dijo, al tiempo que acompañaba con suavidad a los dos hombres hacia la puerta—. Les ruego que nos mantengan informados de las novedades, y recuerden que será un placer para la NUMA ayudar en lo posible.

Cuando salieron de la sala, Dirk meneó la cabeza sin decir nada.

—Han silenciado el incidente de Yunaska a causa de las críticas recibidas por los asesinatos sin resolver del Japón —dijo Gunn—. Seguridad Nacional y el FBI están bloqueados y confían en que las autoridades japonesas les concedan un respiro. Lo último que desean admitir, encima, es que el caso de viruela formaba parte del

ataque, con solo una víctima y ningún terrorista.

—Puede que las pruebas sean endebles, pero eso no es motivo para hacer caso omiso de un ataque en nuestro propio suelo —afirmó Dirk.

—Hablaré con el almirante al respecto. El director del FBI y él juegan al tenis juntos desde hace mucho tiempo. Me encargaré de que no lo barran bajo la alfombra.

Una llamada a la puerta les interrumpió, Yaeger asomó la cabeza.

—Siento molestar, Dirk. Tengo algo para ti.

—Entra, Hiram. Rudi y yo estábamos conspirando para derrocar al gobierno. ¿Max pudo acceder a los registros de seguridad del Archivo Nacional?

—¿Tiene McDonald's arcadas doradas? —replicó Hiram como si le hubieran insultado.

Gunn miró a Dirk de soslayo, y después meneó la cabeza.

—Si os pillan violando códigos de seguridad, hacedme un favor y echadle la culpa a tu padre, ¿de acuerdo?

Dirk rió.

—Claro, Rudi. ¿Qué has descubierto, Hiram?

—Los registros del Ministerio de Marina eran algo limitados. Es una pena que casi todos los documentos originales se devolvieran al gobierno japonés en los cincuenta. Los registros accesibles de los archivos están escritos en japonés, por supuesto, y utilizan diversos dialectos, de modo que tuve que instalar varios programas de traducción antes de iniciar el escaneo.

Yaeger hizo una pausa y se sirvió una taza de café antes de continuar.

—Tal como están las cosas, la suerte te ha sonreído. Encontré una serie de órdenes de operaciones procedente de la Sexta Flota japonesa que abarcaban los seis últimos meses de 1944.

—¿Incluido el 1403? —preguntó Dirk.

—Sí. Es evidente que su misión de diciembre de 1944 era muy importante. Fue aprobada por el almirante de la flota en persona. La orden de zarpar fue breve y perentoria.

Yaeger sacó una hoja de papel de una delgada carpeta y leyó en voz alta:

—«Tomen ruta hacia el norte en dirección a la costa oeste del Pacífico, reposten en Amchitka (Morioka). Inicien ataque aéreo con armamento Makaze lo antes posible. Principal objetivo: Tacoma, Seattle, Vancouver, Victoria. Objetivo alternativo: Alameda, Oakland, San Francisco. Con la bendición del emperador».

—Una lista de objetivos muy ambiciosa para solo dos aviones —comentó Gunn.

—Piénsalo, de todos modos —dijo Dirk—. Las ciudades están lo bastante concentradas para alcanzarlas con una sola pasada. Dos o tres bombas biológicas por ciudad sembrarían la muerte por doquier, si eran eso. Hiram, dijiste que se referían al armamento como Makaze. St. Julien Perlmutter encontró una mención al mismo

término. ¿Alguna información sobre lo que era?

—Yo también sentí curiosidad —contestó Yaeger—. Descubrí que la traducción literal era «viento malo» o «viento letal», pero no había más información en los registros navales oficiales.

Yaeger hizo una pausa y se reclinó en la silla con una mirada de complicidad.

—Bien, ¿descubriste algo más? —picó por fin Gunn.

—Fue Max, en realidad —contestó con orgullo Jaeger—. Después de agotar los datos de los Archivos Nacionales, le dije que buscara en las bases de datos públicas de Estados Unidos y Japón. En una base de datos de genealogía japonesa localizó un oscuro diario de un marinero que sirvió a bordo del 1403 durante la guerra. —Levantó una hoja impresa y continuó—. El mecánico de primera clase Hiroshi Sakora, del cuerpo aéreo de la Marina imperial, era un tipo con suerte. Sufrió un ataque de apendicitis mientras el submarino cruzaba el Pacífico en su fatídico viaje de diciembre de 1944, y fue trasladado a un barco de abastecimiento en las islas Aleutianas. Todos sus compañeros, por supuesto, perecieron cuando el submarino se hundió frente a las costas del estado de Washington.

—¿Hablaba de la misión del 1403? —preguntó Dirk.

—Con todo lujo de detalles. Resulta que el joven señor Sakora, además de sus deberes como mecánico, también estaba a cargo del armamento aéreo de los aviones del submarino. Escribió que antes de zarpar en su último viaje, un oficial del ejército llamado Tanaka subió a bordo un tipo de bomba aérea poco común que iba a ser utilizada en la misión. La moral de la tripulación aumentó mucho, añadió, cuando descubrió que iban a atacar a Estados Unidos. No obstante, el arma desconocida estaba rodeada de misterio y especulaciones.

—¿Descubrió qué era? —insistió Gunn.

—Lo intentó, pero trabajar con el amigo Tanaka era difícil. «Un superior taciturno, autoritario y obstinado», escribió acerca del oficial. La típica rivalidad ejército armada, imagino, aparte de que a los submarinos no les gustaba recibir un nuevo tripulante en el último momento. En cualquier caso, solicitó información con insistencia a Tanaka, pero sin éxito. Por fin, justo antes de caer enfermo y ser evacuado del submarino en las Aleutianas, arrancó la información a uno de los pilotos. Al parecer, se tomó unos sakes con Tanaka y consiguió averiguar el misterio. La carga útil secreta era de viruela.

—¡Dios santo, así que es cierto! —exclamó Gunn.

—Eso parece. Escribió que la carga era un virus liofilizado, que iba a ser detonado y dispersado a gran altitud sobre los puntos de mayor concentración humana de cada ciudad. Se esperaba un brote de viruela en la costa Oeste al cabo de dos semanas. Con una tasa de mortalidad del treinta por ciento, la cantidad de muertos habría sido espantosa. Los japoneses imaginaban que el pánico resultante les

permitiría negociar un acuerdo de paz favorable a sus intereses.

—La amenaza de más bombas de viruela en nuestro suelo habría podido cambiar la determinación de mucha gente de acabar la guerra —especuló Gunn.

Los tres meditaron con inquietud sobre las consecuencias históricas de que el 1403 hubiera cumplido con éxito su misión. Después, sus pensamientos se concentraron en la posibilidad de una amenaza actual.

—Has dicho que el virus estaba liofilizado. Por lo tanto, debían poseer la capacidad de almacenar el virus durante largos períodos de tiempo, para luego rejuvenecerlo —comentó Dirk.

—Necesario para un largo viaje por mar —añadió Yaeger—. Según Max, a los japoneses les resultaba difícil mantener vivos a sus virus en las municiones por mucho tiempo. Al final, perfeccionaron una manera de liofilizar el virus, con el fin de manipularlo con mayor facilidad y almacenarlo durante más tiempo, hasta que fuera necesario activarlo. Se introduce un poco de agua, y adelante.

—Por lo tanto, el virus podría constituir todavía un peligro real, incluso después de permanecer sesenta años en el fondo del mar —comentó Gunn—. Creo que eso responde a la pregunta de Jost.

—No hay motivos para que la viruela no haya podido sobrevivir en forma liofilizada, si los contenedores no se han agrietado. Como estaban hechos de porcelana, los contenedores podrían sobrevivir intactos durante siglos bajo el agua —dijo Dirk—. También explicaría los diversos segmentos interiores de la bomba. Se necesitaba un compartimiento con agua para rejuvenecer el virus.

—Tal vez fue una suerte que solo un contenedor del 1403 resultara destruido —dijo Gunn.

—Todavía queda un contenedor —contestó Dirk.

—Sí, y también el armamento de la otra misión —añadió Yaeger.

Dirk y Gunn intercambiaron una mirada.

—¿Qué otra misión? —preguntó con incredulidad Gunn.

—El 1411.

Yaeger sintió que dos pares de ojos se clavaban en él.

—¿No lo sabíais? —preguntó—. Hubo un segundo submarino, el 1411. También iba provisto del armamento Makaze, y fue enviado a atacar la orilla este de Estados Unidos —dijo en voz baja Yaeger, al darse cuenta de que él también había lanzado una bomba.

Había sido un día largo para Takeo Yoshida. Operador de grúas en la Corporación para el Desarrollo del Puerto de Yokohama, Yoshida había trabajado desde las seis de la mañana subiendo a un viejo carguero contenedor tras contenedor de consumibles electrónicos japoneses destinados a la exportación. Había sujeto el último contenedor metálico a la cubierta del barco, cuando una radio crepitó en la cabina de control de la grúa.

—Yoshida, soy Takagi —gruñó la voz profunda de su capataz—. Trasládate al muelle D5 tras acabar con el San Sebastián. Una sola carga para el barco *Baekje*. Corto.

—Afirmativo, Takagisan —contestó Yoshida, disimulando su desprecio. Veinte minutos para terminar su turno, y Takagi le asigna una tarea en el último momento al otro lado de los astilleros. Tras resguardar la grúa, Yoshida recorrió los ochocientos metros que le separaban del muelle D5, mientras maldecía el nombre de Takagi a cada paso que daba. Cuando se acercó al final del muelle, miró hacia el bullicioso puerto de Yokohama, donde un chorro constante de buques comerciales atracaba para cargar y descargar.

Con trescientos metros de muelle, la terminal D5 era lo bastante grande para albergar los cargueros más grandes. Yoshida se llevó una sorpresa al ver que el barco amarrado al muelle no era el típico almacén de contenedores a la espera de un cargamento industrial, sino un barco con un propósito definido. Hasta se dio cuenta de que el *Baekje* había sido construido en los cercanos astilleros de Industrias Pesadas Mitsubishi. Con ciento treinta metros de eslora y una manga de cuarenta, el robusto buque estaba destinado a tender cable de fibra óptica en el lecho marino, al tiempo que soportaba los mares turbulentos del norte del Pacífico. Con una superestructura de aspecto moderno y una pintura blanca todavía reluciente, Yoshida adivinó que no habían transcurrido muchos años desde que el barco de alta tecnología había entrado en la bahía de Yokohama por primera vez. Divisó una bandera coreana en el palo mayor y un rayo azul en la chimenea, lo cual le recordó que era la enseña de Kang Enterprises. Como no conocía bien la historia coreana, el operador de grúas ignoraba que el nombre, *Baekje*, era el de uno de los primitivos reinos coreanos que dominaron la península en el siglo VI después de Cristo.

Un par de obreros estaban colocando cables bajo un objeto rectangular colocado en el suelo de un camión, cuando uno de los hombres se volvió y saludó a Yoshida.

—Eh, Takeo, ¿has subido a un submarino alguna vez? —gritó.

Yoshida le dirigió una mirada confusa, antes de darse cuenta de que el objeto era un pequeño sumergible blanco.

—Takagi dice que nuestro turno acabará en cuanto lo subamos a bordo —

continuó el hombre, exhibiendo una dentadura en que faltaba una pieza de delante—. Luego iremos a tomarnos unas Sapporo.

—¿Está sujeto? —preguntó Yoshida, indicando el sumergible.

—Todo preparado —contestó el segundo hombre con vehemencia, un joven de unos diecinueve años que había empezado a trabajar en los muelles unas semanas antes, por lo que Yoshida sabía.

A unos metros de distancia, Yoshida se fijó en un hombre calvo y corpulento de ojos oscuros, el cual inspeccionaba la escena desde cerca de la pasarela del barco. Su aspecto era amenazador, pensó Yoshida. Había participado en suficientes trifulcas en los bares cercanos al astillero para reconocer quiénes eran hombres duros y quiénes solo fingían serlo. Este hombre no fingía, juzgó.

Yoshida pensó en el sabor de una Sapporo bien fría y subió por una escalerilla hasta la cabina de la grúa de contenedores contigua, y encendió el motor diesel. Manipuló las palancas con la misma pericia que un concertista de piano las teclas, ajustó el pescante móvil y la polea deslizante hasta quedar satisfecho, y después dejó caer el gancho y la polea hasta el suelo, y los detuvo a escasos centímetros del sumergible. Los dos obreros deslizaron a toda prisa un par de cables sobre el gancho y dieron la señal a Yoshida. Siempre con suma delicadeza, Yoshida alzó el sumergible de veinticuatro toneladas hasta una altura de quince metros, y vaciló mientras esperaba a que dejara de dar vueltas, con el fin de trasladarlo a una plataforma que esperaba en la cubierta posterior del *Baekje*. Pero nunca tuvo la oportunidad.

Antes de poder verlo, y casi antes de que empezara, las manos expertas de Yoshida notaron que los controles no funcionaban bien. Uno de los cables no estaba bien sujeto al sumergible, y la cola resbaló hacia abajo de repente y pasó a través de un bucle del cable. Al instante siguiente, la parte posterior del sumergible se precipitó hacia el suelo y la cápsula de metal blanco quedó colgando verticalmente en un ángulo grotesco, aferrado de manera precaria al único cable enrollado alrededor de su proa. Yoshida contuvo la respiración y, por un momento, dio la impresión de que el sumergible se iba a estabilizar pero antes de que pudiera moverlo un centímetro, se oyó un potente chasquido cuando el cable de seguridad se partió. El sumergible se precipitó como una tonelada de ladrillos hacia el muelle, aterrizó sobre la cola y se desplomó de costado.

Yoshida hizo una mueca, pensando ya en la suerte que sufriría a manos de Takagi, así como las resmas de documentos del seguro que se vería obligado a rellenar. Por suerte, no había nadie herido en el muelle. Cuando bajó de la cabina de la grúa para inspeccionar los daños, miró al hombre calvo de la pasarela, suponiendo que estaría furioso. En cambio, el hombre misterioso le miró con rostro impenetrable. No obstante, dio la impresión de que los ojos oscuros le taladraban.

El sumergible de tres plazas de Shinkai estaba claramente inutilizado. Lo

devolverían al Centro de Tecnología y Ciencias Marinas japonés y, después de tres meses de reparaciones, volvería a funcionar. A los dos obreros del muelle no les fue tan bien. Aunque no fueron despedidos, Yoshida observó que los dos hombres no aparecieron a trabajar a la mañana siguiente, y de hecho, nunca más se supo nada de ellos.

Veinte horas después y doscientas cincuenta millas al sudoeste, un avión comercial norteamericano aterrizó en el moderno aeropuerto internacional de Osaka y se deslizó hasta el embarcadero internacional. Dirk estiró su metro noventa cuando salió del avión, aliviado al poder liberarse del estrecho asiento del avión, que solo un jockey encontraría cómodo. Atravesó a toda prisa la aduana y entró en la terminal principal, llena de ejecutivos que se apresuraban a tomar sus vuelos. Se detuvo un momento para examinar la terminal, y enseguida distinguió a la mujer que buscaba entre la masa de humanidad.

Con casi metro ochenta y el pelo rojo llameante largo hasta los hombros, la hermana gemela de Dirk, Summer, se destacaba como un faro en el mar de japoneses de pelo negro. Sus ojos gris perla centellearon y su dulce boca dibujó una sonrisa cuando localizó a su hermano y le saludó.

—Bienvenido a Japón —dijo con entusiasmo, y le dio un abrazo—. ¿Qué tal el vuelo?

—Como ir en una lata de sardinas con alas.

—Bien, entonces te sentirás como en casa en la litera del camarote que te he reservado en el Sea Rover —rió ella.

—Tenía miedo de que aún no hubieras llegado —comentó Dirk, mientras recogía su equipaje y se dirigían al aparcamiento.

—Cuando Rudi informó al capitán Morgan de que debíamos terminar nuestro estudio de los contaminantes en la costa este de Japón, con el fin de colaborar en una misión de emergencia, ni se molestó en contestar. Por suerte, estábamos trabajando no lejos de Shikoku cuando recibimos la llamada, de modo que pudimos llegar a Osaka por la mañana.

Al igual que su hermano, Summer se había sentido atraída hacia el mar desde su niñez. Después de sacarse un máster en oceanografía en el Scripps Institute, había entrado en la NUMA con su hermano tras reencontrarse con su padre, que dirigía ahora la organización. Tan testaruda y pletórica de recursos como su hermano, había acumulado prestigio en la profesión gracias a sus conocimientos y dedicación, mientras su atractiva apariencia nunca dejaba de llamar la atención.

Summer siguió una fila de coches aparcados, y se detuvo de repente ante un diminuto Suzuki naranja aislado.

—Oh, no, por favor, no quiero destrozarme las rodillas otra vez —rió Dirk cuando vio el vehículo.

—Un préstamo de la Autoridad Portuaria. Te llevarás una sorpresa.

Después de encajar su equipaje en la angosta parte posterior, Dirk abrió la puerta lateral y se dispuso a embutirse en el asiento del pasajero. Ante su asombro, descubrió que el interior era espacioso, pues como los asientos eran bajos dejaban espacio a la cabeza de los dos larguiruchos. Summer subió al asiento del conductor y salió del aparcamiento a la autopista de Hanshin. Se dirigió hacia el norte, en dirección a Osaka, y aceleró para recorrer los doce kilómetros que distaba la terminal del puerto. Abandonó la autopista, se desvió por la Terminal Intermodal Sur del puerto de Osaka y frenó ante el Sea Rover.

El buque de investigación de la NUMA era una versión algo más nueva y grande del *Deep Endeavor*, incluida la pintura azul turquesa. Los ojos de Dirk se desviaron hacia la cubierta de popa, donde un sumergible de un naranja intenso llamado *Starfish* brillaba como un sol poniente.

—Bienvenido a bordo, Dirk —tronó la voz profunda de Roben Morgan, el capitán del Sea Rover. Morgan, un hombre barbudo y grande como un oso, parecía una versión musculosa de Burl Ivés. El jovial capitán tenía un historial asombroso de experiencias marítimas, pues había estado al mando de todo, desde un remolcador del río Mississippi hasta un petrolero de la Arabia Saudí. Tras jubilarse con una suculenta pensión, gracias a sus días de capitán comercial, Morgan se había unido a la NUMA por el puro placer de navegar hasta rincones únicos del globo. Muy admirado por su tripulación, el capitán del Sea Rover era un líder muy organizado que prestaba mucha atención al detalle.

Después de guardar las bolsas de Dirk, los tres se encaminaron a una sala de conferencias cuyas ventanas ofrecían una serena vista del puerto de Osaka. Se les sumó el primer oficial, Tim Ryan, un hombre larguirucho de gélidos ojos azules. Dirk tomó una taza de café para despejarse después de su largo vuelo, en tanto Morgan iba al grano.

—Cuéntanos algo de esa misión de búsqueda y rescate tan urgente. Gunn fue algo vago sobre los detalles cuando nos habló por teléfono vía satélite.

Dirk resumió el incidente de Yunaska y el rescate del contenedor de la bomba del 1403, así como de lo que había descubierto sobre la fallida misión del submarino.

—Cuando Hiram Yaeger revisó los registros navales japoneses en los Archivos Nacionales, descubrió una orden casi duplicada dirigida a un segundo submarino, el 1411. Tenía la misma misión, excepto que en lugar de bombardear la costa Oeste debía cruzar el Atlántico y atacar Nueva York y Filadelfia.

—¿Qué fue del 1411? —preguntó Summer.

—Eso es lo que vamos a averiguar. Yaeger fue incapaz de descubrir información definitiva sobre el paradero del 1411, aparte de que no se presentó en una cita para repostar cerca de Singapur, y se supone que se perdió en el mar de la China. Me puse

en contacto con St. Julien Perlmutter, el cual dio un paso más y encontró una investigación oficial de la Marina japonesa que situaba el hundimiento en mitad de la parte este del mar de la China, durante las primeras semanas de 1945. Perlmutter observó que esos hechos coincidían con un informe del submarino norteamericano *Swordfish*, en el cual daba cuenta de haber atacado y hundido un submarino enemigo de buen tamaño en esa zona durante el mismo período de tiempo. Por desgracia, el *Swordfish* fue destruido después en la misma misión, de modo que el incidente nunca fue documentado por completo. Su informe de radio proporcionó, no obstante, las coordenadas aproximadas del hundimiento.

—De modo que nos toca a nosotros encontrar el 1411 —comentó Morgan.

Dirk asintió.

—Hemos de asegurarnos de que las bombas biológicas fueron destruidas cuando el submarino se hundió, o recuperarlas si siguen intactas.

Summer miró por la ventana un rascacielos del lejano centro de Osaka.

—Dirk, Rudi Gunn nos informó sobre el Ejército Rojo Japonés. ¿Es posible que ya hayan recuperado las armas biológicas del 140?

—Sí, existe esa posibilidad. Da la impresión de que Seguridad Nacional y el FBI no creen que el ERJ disponga de recursos para llevar a cabo una operación de rescate submarina, y es probable que tengan razón, pero lo único que hace falta es dinero, y nadie sabe de qué fondos disponen, o si cuentan con la ayuda de otro grupo terrorista. Rudi dice que es mejor asegurarnos, sea como sea.

Se hizo el silencio en la sala, mientras todas las mentes imaginaban un alijo de bombas biológicas mortíferas depositado en el fondo del mar, y las consecuencias de que cayeran en malas manos.

—Tienes el mejor barco y tripulación de la NUMA a tu disposición —dijo por fin Morgan—. Está preparado.

—Capitán, tenemos entre manos una zona muy extensa. ¿Cuándo podemos zarpar? —preguntó Dirk.

—Tenemos que acabar de repostar, y dos o tres tripulantes se hallan en tierra comprando más provisiones. Espero poder zarpar dentro de unas seis horas —dijo Morgan, al tiempo que echaba un vistazo a un reloj de pared.

—Estupendo. Recuperaré las coordenadas de búsqueda y se las entregaré al oficial de derrota ahora mismo.

Cuando salían de la sala de conferencias, Summer tiró del codo de Dirk.

—¿Qué te costaron los datos de Perlmutter? —bromeó, pues conocía la tendencia del historiador hacia el chantaje culinario.

—Poca cosa. Un tarro de erizos de mar en escabeche y una botella de sake de ochenta años.

—¿Encontraste todo eso en Washington?

Dirk dirigió a su hermana una mirada de desamparo.
—Bien —rió ella—, nos quedan seis horas más en puerto.

—Pero abrir las puertas al norte, Daejong, no va a proporcionarme mano de obra experta y útil —afirmó el director general de la fábrica de coches más grande de Corea del Sur, antes de dar una profunda bocanada a un grueso habano.

Daejong Kang, sentado al otro lado de la mesa de caoba, meneó la cabeza cortésmente cuando una camarera de largas piernas trajo una segunda ronda de bebidas a la mesa. Dejaron de hablar mientras la joven camarera del club Chaebel depositaba las bebidas delante de ellos. El club era un enclave privado de los ricos y poderosos de Corea, un lugar de encuentro seguro y neutral donde se cerraban importantes negocios entre Kimchi y martinis. El aristocrático club se hallaba situado, muy apropiadamente, en el piso cien del edificio más alto del mundo, la recién terminada International Business Center Tower, emplazada en la zona oeste de Seúl.

—Has de pensar en los salarios más bajos. Los costes de reciclaje serían escasos y los recuperarías enseguida. Mi personal ha analizado las perspectivas, y me ha dicho que podría ahorrar veinte millones de dólares en costes de trabajo si pudiéramos traer mano de obra de Corea del Norte con su salario actual. No puedo ni imaginar lo que ahorrarías. Supón que, en lugar de expandir tus instalaciones de Ulsan, construyeras toda una nueva planta en la provincia de Yanggang, en el norte. ¿Hasta qué punto mejoraría tu competitividad en los mercados mundiales, por no hablar del libre acceso a los consumidores del norte?

—Sí, pero no es tan fácil para mí. He de lidiar con sindicatos, así como con restricciones de presupuesto. No puedo tirar a la calle a trabajadores de Ulsan y contratar obreros del norte a mitad de precio. Además, también habrá que luchar contra ciertas ideas preconcebidas, si traemos a trabajadores del norte. Al fin y al cabo, ningún estado socialista fue admirado por su devoción a la calidad de la producción.

—Nada que una dosis de reciclaje y una cata de los salarios capitalistas no puedan solventar con rapidez —replicó Kang.

—Tal vez, pero desengáñate, no hay mercado de consumo de automóviles en el norte. El país es un desastre económico, y lo único que preocupa al hombre de la calle es llevar comida a la mesa. No hay ingresos que apoyen a mi industria.

—Sí, pero estamos mirando al presente, no al futuro. Nuestros dos países siguen un camino inexorable hacia la reunificación, y los que hoy están preparados recibirán su recompensa mañana. Tú tuviste la previsión de trasladar tu presencia a India y Estados Unidos, y ahora eres una pieza importante de la industria automovilística. Piensa en una Corea unificada y contribuye a colocar nuestro país al frente del liderazgo mundial.

El ejecutivo lanzó una columna de humo azul hacia el techo, mientras meditaba sobre las palabras de Kang.

—Capto la sabiduría de tu idea. Ordenaré a mi departamento de estrategia que la analice, y que tal vez elabore algunas contingencias. No estoy seguro de tener estómago todavía para pechar con los asuntos y beneplácitos políticos, tanto del gobierno del norte como del sur, que nos permitirán establecer nuestra presencia en el norte —contestó.

Kang vació su gimlet de vodka y sonrió.

—Tengo amigos e influencias en ambos gobiernos, que acudirán en tu ayuda cuando llegue el momento —repuso.

—Muy amable por tu parte. ¿Puedo hacer algo por ti a cambio, amigo mío? —contestó el ejecutivo con una sonrisa de suficiencia.

—La resolución presentada en la Asamblea Nacional para expulsar a las tropas norteamericanas de nuestro suelo está ganando apoyos —contestó Kang—. Tu apoyo a la resolución podría influir de manera decisiva en la opinión pública.

—Los vergonzosos incidentes relacionados con el personal militar norteamericano están sensibilizando algunas áreas de nuestro negocio. Sin embargo, no estoy seguro de que las preocupaciones con respecto a la seguridad relacionadas con la retirada de las fuerzas norteamericanas sean infundadas.

—Pues claro que sí —mintió Kang—. La presencia norteamericana fomenta la agresividad del norte. Su retirada servirá para estabilizar las relaciones entre nuestros dos países y permitir la reunificación definitiva.

—¿Crees que es eso lo que debemos hacer?

—Podría convertirnos en hombres muy ricos, Songwoo —contestó Kang.

—Ya lo somos —rió el ejecutivo de la industria automovilística mientras apagaba el habano en un cenicero de porcelana—. Ya lo somos.

Kang estrechó la mano de su colega, y luego tomó un ascensor que descendió los cien pisos hasta el vestíbulo del enorme centro de negocios. Un guardaespaldas vestido de negro habló por una radio manual, y segundos después una limusina roja Bentley Arnage RL frenó en el bordillo para recogerles. Mientras Kang se acomodaba en el asiento trasero, forrado de piel, permitió que una sonrisa de satisfacción se dibujara en su rostro. Los acontecimientos se desarrollaban mejor de lo previsto. El asesinato planificado de una joven a manos de un militar norteamericano había causado indignación en todo el país. Las madres se estaban manifestando ante las bases militares norteamericanas, en tanto una turba de ruidosos y vocingleros estudiantes habían desfilado hacia la embajada estadounidense. El personal administrativo de Kang había orquestado una intensa campaña de presión, consistente en escribir cartas a cierto número de políticos locales, exigiendo la expulsión de las fuerzas armadas extranjeras. Gracias a la extorsión ejercida por Kang

sobre varios líderes de la Asamblea Nacional se había impulsado la resolución política que el presidente de Corea del Sur debería afrontar pronto. Ahora estaba trabajando con la comunidad económica más influyente del país, la cual tenía la verdadera llave de los medios de información y los miembros de la Asamblea Nacional.

Los líderes de Pyongyang estaban colaborando en el engaño a base de hablar sobre la reunificación en todos los frentes públicos. Como gesto de buena voluntad indicador de una mejora en las relaciones, levantaron de manera provisional casi todas las restricciones para viajar al norte. Anunciaron a bombo y platillo que retiraban de la zona desmilitarizada una división acorazada como gesto de paz, aunque no admitieron que la habían estacionado a escasa distancia. Estaban levantando una fachada de paz y amistad que un publicitario de Madison Avenue no podría por menos que admirar.

El Bentley se adentró en el centro de Seúl y atravesó las puertas de un edificio de vidrio de baja altura, carente de rasgos distintivos, con un pequeño letrero que anunciaba: Kang ENTERPRISES DIVISIÓN DE SEMICONDUCTORES. El lujoso Coche dejó atrás un aparcamiento atestado, para luego seguir un pequeño callejón que conducía a la parte posterior del edificio y a la orilla del río Han. El chófer paró delante de un muelle privado, donde estaba amarrado el yate italiano de Kang. Un criado dio la bienvenida a Kang y su guardaespaldas a bordo mientras los motores se encendían, y antes de que el magnate entrara en la cabina principal, la embarcación ya había zarpado en dirección a la villa de Kang.

Kwan, el ayudante de Kang, hizo una reverencia cuando el millonario entró en un pequeño camarote interior que utilizaba como oficina a bordo del barco. Siguiendo la tradición, Kwan proporcionaba informes diarios a su jefe, o bien en el yate o en la villa, al final de cada día laborable. Una pila de informes de dos páginas, mejores que los informes de inteligencia de muchos líderes occidentales, descansaba sobre la mesa. Kang los examinó a toda prisa. Los informes abarcaban desde las ganancias de su subsidiaria de telecomunicaciones hasta las maniobras militares del ejército surcoreano, pasando por los perfiles personales de los políticos que engañaban a sus esposas. Temas relacionados con actividades subversivas o de fuentes protegidas estaban impresos en un papel naranja especial, que se disolvía al sumergirlo en agua y se destruía de inmediato después de la inspección de Kang.

Tras examinar la documentación relacionada con sus negocios, Kang se frotó los ojos.

—¿Qué sabemos de Tongju?

Kwan palideció visiblemente.

—Tenemos problemas con el equipo marino de la operación de rescate —contestó vacilante—. El sumergible japonés que alquilamos resultó dañado cuando era

transportado al *Baekje*. Fue por culpa de unos obreros descuidados.

Kwan vio que una vena se hinchaba en la sien de Kang y empezaba a latir con violencia. La ira se apoderó al instante del hombre, pero logró controlarla apenas.

—¡Hay que acabar de una vez con estas meteduras de pata! Primero perdemos a dos agentes en Estados Unidos, durante una sencilla misión de asesinato, y ahora esto. ¿Cuánto tardarán en reparar los daños?

—Al menos tres meses. El Shinkai está fuera de juego —dijo Kwan en voz baja.

—Hemos de ceñirnos a un calendario —replicó Kang, agitado—. Estamos hablando de días, no de meses.

—He iniciado una investigación en profundidad de los sumergibles disponibles en la zona. Están reparando el otro sumergible japonés, y todos los rusos se hallan en aguas occidentales. El sumergible disponible más cercano es un ucraniano que está trabajando en el océano Índico. Sin embargo, tardará tres semanas en desplazarse hasta el lugar.

—Demasiado tarde —masculló Kang—. La presión que estamos ejerciendo sobre la Asamblea Nacional de cara a un referéndum está aumentando. Habrá una votación forzada dentro de unas semanas. Hemos de actuar antes. No necesito recordarte que nos hemos comprometido a atacar durante la asamblea del G8 —dijo, con ojos que rebosaban de ira.

Un silencio angustiado se hizo en la habitación. Después, Kwan osó hablar.

—Puede que haya otra opción, señor. Nos han dicho que un buque de investigación científica norteamericano ha estado operando en aguas japonesas con un sumergible. Pude localizar el barco a primera hora de la mañana cuando estaba repostando en Osaka. Es un barco de la NUMA, capaz de efectuar un rescate en aguas profundas.

—¿La NUMA otra vez? —musitó Kang. Su rostro se tensó aún más cuando pensó en los preparativos del proyecto y en el peligro potencial de un retraso. Por fin, cabeceó en dirección a Kwan—. Es imprescindible que iniciemos el rescate lo antes posible. Apodérate del sumergible norteamericano, pero con discreción y sin incidentes.

—Tongju está allí para dirigir la operación —contestó Kwan en tono confiado—. Procederá cuando reciba sus instrucciones. No nos fallará.

—Encárgate de ello —replicó Kang, y sus ojos se clavaron en Kwan con cruel determinación.

Olas de dos metros coronadas de espuma blanca empujaban al Sea Rover, de forma que sus cubiertas se mecían suavemente sobre el mar ondulante. Un frente de altas presiones se estaba desplazando poco a poco desde el este del mar de la China, y el capitán Morgan observó con satisfacción que los fuertes vientos del sur se habían suavizado desde que habían entrado en el mar, al sudeste de la isla principal de Japón, la noche anterior. Mientras Morgan observaba desde el puente, un amanecer grisáceo bañó el buque de investigación con una luz apagada. Cerca de la proa, divisó una figura solitaria de pie ante la barandilla. Vio una masa ondulada de pelo negro que el viento agitaba sobre el cuello subido de la chaqueta azul marino.

Dirk aspiró una profunda bocanada de aire marino, notó su sabor salado en la lengua. El mar siempre le vigorizaba, tanto física como mentalmente, y la inmensidad azul era como un tónico tranquilizador que le permitía pensar y actuar con mayor lucidez. Un ser incapaz de trabajar detrás de un escritorio, era adicto a los espacios abiertos y al contacto con la Madre Naturaleza.

Después de observar a un par de gaviotas que describían arcos sobre el barco en busca de su desayuno, subió al puente. Morgan le tendió una taza de café cuando entró en la sala de control.

—Has madrugado —tronó el capitán, con una sonrisa jovial en la cara incluso a aquella hora del día.

—No quería perderme la diversión —contestó Dirk, y tomó un largo sorbo de café—. Imaginé que nos aproximaríamos a la zona de búsqueda poco después del amanecer.

—Estamos muy cerca —dijo Morgan—. Nos encontramos a unos cuarenta minutos del punto en que, según el *Swordfish*, este hundió al submarino japonés.

—¿Cuál es la profundidad aquí?

Un joven timonel vestido con un mono azul echó un vistazo al monitor de profundidad.

—Doscientos ochenta metros, señor —anunció.

—Parece territorio adecuado para una buena investigación submarina —comentó Dirk.

—Diré a Summer que despierte a Audry y la ponga a trabajar —contestó Morgan con una sonrisa.

Audry era una variante del Vehículo Submarino Autónomo, al que los científicos de la NUMA que lo habían construido habían bautizado «Autonomous Underwater Data Recovery Vehicle». Audry, una unidad sensora de alta tecnología autopropulsada, contenía un sonar de banda lateral, un magnetómetro y un perfilador de subfondo, todo embutido en una caja en forma de torpedo que se lanzaba por el

costado de la nave. Los sensores combinados facilitaban la tarea de trazar el mapa sísmico del fondo del mar en busca de objetos naturales o artificiales, así como la de registrar bajo el lecho marino para detectar anomalías sumergidas. El sensor en forma de pez podía sobrevolar el fondo marino a una profundidad de mil quinientos metros, impulsado por potentes baterías que eliminaban la necesidad de un cable remolcador largo y engorroso.

Cuando el Sea Rover se acercó a la zona de búsqueda, Dirk ayudó a Summer a descargar los parámetros de búsqueda en el ordenador de navegación de Audry.

—Utilizaremos el sonar de banda lateral solo para poder recorrer rutas de búsqueda más amplias —indicó Dirk—. Si el 1411 está ahí, deberíamos verlo posado en el fondo.

—¿La cuadrícula de búsqueda ha de ser muy grande? —preguntó Summer, mientras tecleaba instrucciones en el ordenador portátil.

—El *Swordfish* solo nos dejó una posición aproximada, de modo que hemos de registrar una zona bastante extensa. Fijaremos la cuadrícula de búsqueda inicial en un cuadrado de cinco millas de lado.

—Eso aún está dentro del alcance del sistema de transmisión de datos. Efectuaré una rápida comprobación de los sistemas, y luego ya deberíamos poder empezar la operación.

Mientras reconfiguraban el programa de software de Audry, el Sea Rover dejó caer al agua un par de transductores de autopoición, uno a cada lado de la cuadrícula de búsqueda. Gracias a receptores GPS vía satélite incorporados, los transductores podían transmitir orientación de navegación submarina a Audry, lo cual permitiría al vehículo recorrer una cuadrícula precisa a varios metros sobre el fondo marino. A su vez, Audry descargaría paquetes de datos a los transductores a intervalos periódicos y detallaría los resultados de la búsqueda del sonar.

—Cabrestante preparado —gritó un tripulante.

Dirk dio la señal, y después, Summer y él vieron que levantaban el vehículo de búsqueda, de dos metros y medio de largo, pintado de verde, y lo hundían en el agua. Un chorro de espuma blanca que surgía de la popa indicó que la pequeña hélice de Audry estaba girando, y después se abrieron las abrazaderas del cabrestante. El vehículo en forma de torpedo descendió a las profundidades.

—Audry no está nada mal —observó Dirk.

—La han sometido a ciertas modificaciones, y ahora es capaz de funcionar a una velocidad de nueve nudos.

—A esa velocidad, tal vez no me deje mucho tiempo para mi parte favorita de la búsqueda.

—¿Cuál es? —preguntó Summer con expresión confusa.

—Pues tomar una cerveza y un bocadillo de mantequilla de cacahuete mientras

espero los resultados —sonrió su hermano.

Mientras Audry recorría de un lado a otro los senderos imaginarios a unos treinta metros sobre el fondo marino, Summer controlaba los progresos del vehículo en un monitor del Sea Rover. A intervalos de veinte minutos, una descarga de datos digitales se transmitía desde los transductores al barco, donde posteriores procesados electrónicos convertían los datos binarios en imágenes gráficas de las lecturas del sonar. Dirk y Summer se turnaban en examinar las imágenes del fondo marino, en busca de formas lineales o angulares que pudieran delatar un naufragio.

—Parece una pizza de pepperoni —musitó Dirk mientras estudiaba el fondo sembrado de rocas y veía pedruscos de formas extrañas que arrojaban sombras contra el fondo.

—No me digas que vuelves a tener hambre —contestó Summer, al tiempo que sacudía la cabeza.

—No, pero apuesto a que Audry sí. ¿Qué velocidad alcanza con un depósito electrolítico?

—Las baterías de alta velocidad están diseñadas para durar ocho horas. Nunca utilizamos el aparato más de siete, con el objetivo de que cuente con suficiente combustible para propulsarse desde el fondo del mar hasta la superficie. Lleva unas seis horas en el agua —dijo Summer después de consultar su reloj—, de modo que habrá que cambiarle las baterías antes de una hora.

Una ventana apareció de repente en la pantalla del ordenador, lo cual significaba que había llegado la última descarga de datos.

—Solo nos queda un archivo más para terminar el primer cuadrado de búsqueda —comentó Dirk, al tiempo que se levantaba de su silla y estiraba los brazos—. Será mejor que identifique los límites de la siguiente cuadrícula. ¿Puedes echar un vistazo a la próxima descarga de datos?

—Claro, yo lo haré por ti —bromeó Summer mientras tomaba asiento y tecleaba una serie de órdenes.

Un nuevo conjunto de imágenes apareció en la pantalla, una franja de fondo marino de unos quinientos metros, que se desplegaba de arriba abajo, de forma que semejaba una vista aérea de una carretera de tierra que atravesara un desierto. Summer había adaptado el color de las imágenes a un tono dorado, con lo cual las rocas o montículos del fondo arrojaban una sombra teñida de marrón. Estudió el monitor con atención, mientras el monótono fondo se deslizaba por la pantalla. De pronto, una mancha oscura apareció en la esquina superior derecha, y fue aumentando de tamaño a medida que desfilaban hacia abajo las lecturas. La mancha era una sombra, comprendió enseguida, creada por una forma tubular larga, definida en un tono bermejo oscuro.

—¡Ahí está! —chilló, sorprendida por su propia voz.

Una pequeña multitud se arremolinó alrededor de Summer mientras volvía a pasar la imagen a cámara lenta varias veces. El contorno definido de un submarino era evidente, y la torreta de mando arrojaba una sombra larga a un lado. La imagen era más confusa cerca de un extremo del submarino, pero Summer calculó que el objeto mediría más de noventa metros.

—Parece un submarino, y grande —dijo, sin saber si debía dar crédito a sus ojos.

—Ese es nuestro chico —dijo Dirk en tono confiado—. Se parece a la imagen que escaneamos del 1403.

—Bonito trabajo, Summer —dijo Morgan cuando se acercó al tumulto.

—Gracias, capitán, pero el mérito es de Audry. Será mejor que la subamos a bordo antes de que se dirija a China.

Summer tecleó una nueva serie de órdenes, y los transductores enviaron una señal al vehículo submarino. En cuestión de segundos, Audry terminó la pauta de búsqueda y se impulsó hacia arriba, para romper la superficie del agua a un cuarto de milla de distancia del Sea Rover. Summer, Dirk y Morgan vieron que un equipo de rescate se dirigía a bordo de una Zodiac hacia el sensor amarillo y lo amarraba a la regala. El equipo regresó poco a poco hacia el buque de investigación, para que Audry fuera izada del agua y depositada de nuevo en su soporte de la cubierta de popa.

Cuando subieron a bordo el segundo transductor, Dirk admiró un buque de exploración de buen tamaño que les estaba adelantando a una milla de distancia, con la bandera japonesa ondeando en la plataforma de proa.

—Un buque cablero —dijo Morgan, al fijarse en la mirada de Dirk—. Nos sigue desde que salimos del mar del Japón.

—Es una belleza. No parece que tenga prisa —comentó Dirk, que había reparado en la escasa velocidad del barco.

—Debe de estar operando a tanto por día —rió Morgan, y después dedicó su atención a la tarea de sujetar los transductores.

—Tal vez —contestó Dirk, sonriente, pero una vaga llamada a la precaución resonó en los recovecos de su mente. Desechó el presentimiento y concentró sus pensamientos en el trabajo que les aguardaba. Había llegado el momento de echar un vistazo de cerca al 1411.

La tripulación del Sea Rover se apresuró a efectuar los preparativos para investigar el submarino sumergido. El capitán Morgan imprimió un giro de ciento ochenta grados al barco y lo detuvo justo encima del objetivo, con la ayuda de las coordenadas GPS identificadas por Audry. Se activaron los propulsores laterales informatizados y el Sea Rover se detuvo, sin dejar de ajustar su posición contra el viento y la corriente con la ayuda de los propulsores, a fin de no alejarse más que unos centímetros del objetivo.

En la cubierta de popa, Dirk, Summer y el primer oficial Ryan repasaban la lista previa a la zambullida del *Starfish*. Diseñado especialmente para la exploración de los fondos marinos, el *Starfish* era un sumergible de alta tecnología capaz de operar en profundidades de hasta dos mil metros. Parecido a una gigantesca pelota transparente posada sobre un elevador de carga, portaba dos pasajeros en una burbuja acrílica reforzada de quince centímetros de espesor, la cual ofrecía una vista panorámica del mar. La esfera transparente, encajada en un contrafuerte de un naranja intenso, estaba provista de una miríada de sensores, cámaras fijas y de vídeo, además de aparatos de taladrar. Cuatro conjuntos de propulsores regulables estaban montados detrás y debajo de la burbuja, los cuales proporcionaban al sumergible un alto grado de maniobrabilidad. Un par de brazos metálicos articulados de acero, montados a cada lado de la burbuja, permitían recoger muestras y manipular los múltiples aparatos de análisis de datos. Puesto que el brazo mecánico derecho era más grande que el izquierdo, el sumergible tenía apariencia de cangrejo cuando trabajaba en el fondo.

—Creo que lo tenemos todo —dijo Summer, al tiempo que echaba un vistazo al último elemento de su tablilla—. ¿Preparado para mojarte?

—Solo si conduzco yo —sonrió Dirk.

Vestidos con trajes de buzo del color azul de la NUMA, los dos hermanos entraron en la diminuta cámara por una escotilla trasera. Aunque el interior era estrecho, Dirk y Summer se acomodaron en un par de butacas acolchadas, encaradas hacia la parte delantera de la burbuja acrílica. Dirk se encasquetó los auriculares de comunicación y habló con el primer oficial Ryan.

—Aquí el *Starfish* —dijo, comprobando el sistema—. Cuando tú quieras, Tim.

—Preparados para la inmersión —respondió la voz de Ryan.

El brazo de una grúa enrolló un grueso cable fijo al submarino mediante un par de ojetes, elevó el aparato en el aire y lo suspendió a un metro de la cubierta. Mientras el *Starfish* colgaba en el aire, Ryan oprimió un botón de una consola lateral y la cubierta se abrió bajo el sumergible, deslizándose sobre ruedecillas a cada lado de la cubierta, y dejó al descubierto las aguas verde claro del mar de la China. Ryan pulsó otro interruptor y se encendió una franja circular de focos submarinos, los cuales

delinearon el perímetro del amplio hueco abierto en la sección posterior del casco del Sea Rover. El súbito destello de luz iluminó una solitaria lubina, que desapareció al instante de la vista. Bajaron poco a poco al agua el submarino naranja a través del hueco, y soltaron el cable después de que Dirk confirmara que todos los sistemas funcionaban a bordo del *Starfish*.

—Hemos soltado el cable —anunció Ryan—. Ya puedes ir a nadar. Buena caza, chicos.

—Gracias por la inmersión —contestó Dirk—. Tocaré la bocina cuando salgamos del almacén.

Dirk probó los propulsores por última vez, al tiempo que Summer abría un depósito de lastre, de forma que un chorro de agua salada inundó la cámara. Se alcanzó enseguida la flotabilidad deseada y el sumergible empezó a descender poco a poco hacia las profundidades.

El agua verde claro adoptó primero un tono marrón, y después adquirió el color de la tinta negra cuando el *Starfish* descendió a más profundidad. Summer oprimió un interruptor y una hilera de potentes luces de xenón iluminaron su camino, aunque poco había que ver en las aguas turbias. Como dependía de la gravedad para llegar al fondo, tardó unos quince minutos en efectuar el descenso de trescientos metros. Pese a las bajísimas temperaturas exteriores, los ocupantes tenían calor debido a los aparatos que les rodeaban en la cámara hermética, y Summer conectó por fin el aire acondicionado. Para matar el rato, Dirk contó algunos de los chistes verdes de Jack Dahlgren, mientras Summer informaba a su hermano sobre los análisis de la contaminación marina efectuados en la costa oriental de Japón.

A doscientos setenta metros, Summer empezó a alterar el nivel de flotabilidad para disminuir la velocidad del descenso e impedir que aterrizaran con violencia en el fondo. Dirk observó que la visibilidad del agua había mejorado, si bien el mar estaba desprovisto de vida a aquella profundidad. Poco a poco, a través de la neblina, distinguió una forma oscura familiar que aparecía bajo el sumergible.

—Ahí está. Estamos justo encima.

La superestructura negra de la torreta de mando del 1411 apuntó hacia ellos como un diminuto rascacielos cuando el *Starfish* descendió sobre el centro de la cubierta del gigantesco submarino. Como en el caso del 1403, se hallaba posado en el fondo con un ángulo de inclinación de apenas quince grados. La superficie del casco se hallaba en mucho mejor estado que la del 1403, y daba la impresión de que el gran submarino solo llevaba bajo el agua unos cuantos meses. Dirk activó los propulsores del *Starfish* y se alejó un poco del submarino, mientras Summer ajustaba la flotabilidad para quedar suspendidos a unos doscientos noventa metros, a la altura de la cubierta del submarino.

—¡Es enorme! —exclamó Summer cuando vio la longitud del barco. Pese a las

brillantes luces del *Starfish*, solo veía un fragmento del gigantesco submarino.

—No es el típico submarino de la Segunda Guerra Mundial, en efecto —admitió Dirk—. Vamos a ver dónde fue alcanzado.

Dirk manipuló los propulsores e impulsó el sumergible en paralelo al lado de estribor del submarino. Cuando rodearon la popa, Summer indicó los extremos de las dos gigantescas hélices de bronce del 1411, que sobresalían del fondo fangoso. Avanzaron por el lado de babor y recorrieron quince metros, hasta que un gran agujero apareció en la línea de flotación.

—Torpedo número uno —anunció Dirk, examinando el fatal impacto de uno de los torpedos del *Swordfish*. Manióbró el *Starfish* para que sus luces iluminaran la irregular abertura. Vieron en el interior una masa retorcida circular de metal, como las mandíbulas abiertas de un tiburón con dientes de hierro. El sumergible avanzó otros nueve metros, hasta que apareció un segundo hueco.

—Torpedo número dos —dijo Dirk.

Al contrario que el primer agujero, el segundo se hallaba en el borde de la cubierta superior, como si la fuerza explosiva hubiera provenido de arriba.

—Tienes razón, este debió de ser el segundo impacto de torpedo —especuló Summer—. La popa ya debía de haberse hundido bajo el agua como consecuencia del primer impacto, y al alzarse la parte delantera recibió el segundo torpedo aquí.

—El *Swordfish* tuvo muy buena puntería. Debieron sorprenderle de noche, cuando se desplazaba por la superficie.

—¿Eso es el hangar de los aviones? —preguntó Summer, al tiempo que indicaba un ancho apéndice tubular que corría a lo largo de la cubierta posterior hasta la torreta.

—Sí. Parece que la explosión lo dejó al descubierto —contestó Dirk, mientras se deslizaban hacia la abertura. Una sección de seis metros del hangar, contigua a la cubierta, había desaparecido por completo. Vieron a la luz de los faros una hélice de avión de tres palas montada en la pared posterior del hangar. Dirk aumentó la potencia de los propulsores, dio la vuelta al vehículo y se lanzó hacia delante, pasando junto a la torreta del 1411 con sus múltiples plataformas de ametralladoras todavía en su sitio. El *Starfish* avanzó por la cubierta de proa, antes de girar y sobrevolar la proa cerca de los grandes timones de profundidad, que sobresalían del submarino como un ala gigante.

—Esto concluye la ruta panorámica de la excursión —dijo Dirk—. Vamos a ver si podemos descubrir lo que transportaba.

—Será mejor que antes informemos a los de arriba —dijo Summer, al tiempo que se colocaba los auriculares y presionaba el botón de TRANSMISIÓN—. Sea Rover, aquí el *Starfish*. Hemos encontrado la Mona de Pascua y ahora vamos a por los huevos.

—Recibido —contestó la voz de Ryan—. Tened cuidado con la cesta.

—Creo que está más preocupado por su sumergible que por nosotros —comentó Dirk.

—Muy propio de los hombres —murmuró Summer, y meneó la cabeza—. Vuelcan sus sentimientos en objetos mecánicos inanimados.

—No sé de qué estás hablando, te lo aseguro —mintió Dirk.

Mientras hablaba, guió con suavidad el sumergible sobre la sección de proa del submarino y estudió la cubierta delantera. Al cabo de unos minutos, divisó lo que estaba buscando.

—Ahí está la escotilla que da acceso a la sala de torpedos de arriba. Si imitaron al 1403, habrían almacenado ahí las armas biológicas.

Dirk acercó el *Starfish* a la escotilla y posó el sumergible sobre la cubierta del 1411.

—¿Cómo se te da el robo con escaló? —preguntó a Summer.

Al contrario que en el 1403, la escotilla delantera estaba cerrada a cal y canto mediante una rueda. Summer activó un control oculto en el apoyabrazos de su butaca, conectado con el brazo derecho retráctil del sumergible. Mientras manipulaba los controles, el apéndice metálico surgió del costado del *Starfish* y se extendió hacia delante con movimientos desmañados. El brazo se inclinó poco a poco hacia la escotilla. Con la precisión de un cirujano, Summer abrió la mano en forma de garra y encajó los dedos en las ranuras de la rueda al primer intento.

—Buen trabajo —la felicitó Dirk.

—Con tal de que se abra... —contestó Summer.

Al activar un segundo control, la presa articulada de la garra mecánica empezó a girar. Dirk y Summer apretaron la cara contra la ventana de la burbuja, con la vista clavada en la rueda, pero esta, agarrotada desde hacía sesenta años, no se movió. Summer movió el brazo varias veces adelante y atrás, pero sin éxito.

—Vaya con la presa hidráulica —murmuró por fin.

—No sueltes la rueda —dijo Dirk—. Haremos palanca.

Conectó los propulsores y levantó el *Starfish* unos centímetros. Mientras Summer aferraba la rueda con la garra, Dirk dio marcha atrás y trató de romper el cierre hermético con la aceleración del sumergible. La rueda resistió, de modo que Dirk empezó a mecer el *Starfish* atrás y adelante.

—Creo que vas a romper el brazo —le advirtió Summer.

Dirk siguió probando en silencio. Al siguiente tirón, observó un movimiento casi imperceptible de la rueda. Otro tirón, y la rueda dio un cuarto de giro.

—Así se demuestra quién es el jefe —comentó Summer.

—Pero no le digas a Ryan que el brazo derecho de su bebé es unos centímetros más largo que antes —sonrió Dirk.

Summer continuó girando la rueda con la garra articulada, mientras Dirk retrocedía, y al final la escotilla se abrió. Situaron el sumergible delante de la abertura y escudriñaron el hueco, pero solo vieron un abismo negro.

—Creo que este trabajo es para *Snoopy*. Ocúpate tú de los controles —dijo Summer.

Dirk sacó un módulo de control portátil y lo activó. Se encendieron una serie de luces verdes.

—Preparado, ve a buscar —murmuró, y oprimió un interruptor que conectaba un diminuto propulsor.

De un soporte externo fijo bajo la burbuja acrílica surgió un pequeño Vehículo de Control Remoto (Remote Operated Vehicle). No más grande que un maletín de ejecutivo, el ROV era poco más que una cámara de vídeo autónoma encajada en un pequeño conjunto de propulsores electrónicos. El *Snoopy*, capaz de sondear y escarbar en espacios diminutos, era una herramienta ideal para explorar los huecos profundos y peligrosos de un barco sumergido.

Summer vio que el *Snoopy* aparecía ante sus ojos y se introducía en la escotilla abierta entre un chorro de diminutas burbujas. Dirk oprimió otro botón de la consola y una grabación en directo ROV VCR apareció en el monitor en color. Guió el vehículo alrededor de la sala de torpedos. *Snoopy* sobrevoló una fila de torpedos, y la cámara mostró los cinco enormes peces de acero descansando todavía en sus estantes. La escena se reprodujo al otro lado de la sala. Estaba claro que el 1411 no esperaba un ataque cuando el *Swordfish* lo sorprendió y hundió.

Pero a Dirk no le interesaban los torpedos. Condujo a *Snoopy* hasta la proa de la sala de torpedos, y después barrió sistemáticamente la bodega, hasta convencerse de que no había dejado ni un centímetro cuadrado por inspeccionar.

—Ni rastro de contenedores ni de sus cajas, pero abajo hay una segunda sala de torpedos, y tal vez los almacenaron en ella.

—¿Puedes bajar a *Snoopy*? —preguntó Summer.

—Hay una escotilla en el suelo para cargar los torpedos, pero no creo que *Snoopy* pueda abrirla. Conozco otra ruta.

Exploró la sala con la cámara de *Snoopy* y localizó la escotilla trasera que conducía a los aposentos del comandante. La puerta seguía abierta y Dirk hizo pasar por ella el ROV al cabo de unos segundos.

—Allí —dijo Summer, y señaló una esquina del monitor—. Hay una escalerilla que parece conducir a la cubierta de abajo.

Dirk dirigió el ROV de forma que esquivó una masa de escombros y descendió por una escotilla abierta en el suelo. Al llegar a la cubierta inferior, *Snoopy* pasó por la puerta que daba acceso a la sala de torpedos y entró en la segunda bodega de ojivas de combate. Aunque algo más pequeña debido a los costados más ahusados del casco

del submarino, la bodega era un duplicado exacto de la sala de torpedos de arriba. Y como habían visto antes, la cámara mostró diez torpedos de Tipo 95 que descansaban pacíficamente en sus estantes. Dirk movió el ROV por los confines de la sala. La cámara no mostró nada más, aparte de los torpedos. La sala vacía les devolvió la mirada.

—Por lo visto —dijo Summer, al tiempo que sacudía la cabeza, decepcionada—, aquí no hay huevos.

Mientras Dirk guiaba con sumo cuidado el ROV de vuelta al *Starfish*, empezó a silbar el antiguo clásico de Stephen Foster «Swanee River». Summer miró a su hermano con curiosidad.

—Pareces muy contento, teniendo en cuenta que las bombas biológicas han desaparecido —dijo.

—Puede que no sepamos dónde están, hermanita, pero sí sabemos dónde no están. A mí me gustaría que los huevos estuvieran cerca de la gallina.

Summer tardó un segundo en asimilar el comentario, y después su rostro se iluminó un poco.

—¿El hangar de la cubierta, donde se guardaban los aviones?

—El hangar de la cubierta —contestó Dirk—. Y el *Swordfish* tuvo la gentileza de dejarnos la puerta abierta.

En cuanto *Snoopy* estuvo seguro en su soporte, Dirk activó los propulsores principales y el *Starfish* salió disparado de la cubierta del submarino hacia el punto donde había impactado el segundo torpedo. El agujero era lo bastante grande para que el *Starfish* penetrara en el interior, pero el diámetro del hangar era demasiado estrecho para permitir que el sumergible maniobrara a sus anchas. Dirk examinó el hueco antes de deslizar el *Starfish* a través de la abertura. Varias secciones de la cubierta habían volado por los aires, dejando huecos que conducían a las entrañas del submarino. Dirk fue guiando poco a poco al *Starfish* hacia abajo, hasta que divisó suelo firme cerca del borde delantero del boquete, lo bastante grande para acoger al sumergible. Observó con el rabillo del ojo que la hélice del avión detectada antes colgaba a su derecha. Fue descendiendo hasta que los patines auxiliares del *Starfish* tocaron suelo firme.

Cuando apagó los propulsores del *Starfish*, se hizo el silencio en el sumergible. Ambos examinaron el hangar que se extendía ante ellos como un túnel interminable. Después, un ruido metálico apagado que resonó en el agua rompió el silencio.

—¡La hélice, Dirk! —gritó Summer, y señaló hacia la derecha por la ventana de la burbuja.

Hacía mucho tiempo que el agua salada había corroído la abrazadera que sujetaba la hélice Seiran de tres palas, pero contra todo pronóstico había conservado la integridad suficiente para sujetar la pesada hélice a la pared durante sesenta años. No desistió de su misión hasta que las aguas agitadas por los propulsores del *Starfish* la golpearon, y se desprendió de la pared entre una nube de polvo. Cuando la abrazadera cedió, la pesada hélice cayó sobre la cubierta y aterrizó sobre los extremos de las dos palas inferiores con un estruendo metálico.

Pero el espectáculo no había terminado. Vieron fascinados que la hélice caía hacia

delante y la pala superior pasaba rozando la ventana del *Starfish*, a escasos centímetros de la cara de Summer. Dio la impresión de que se movía a cámara lenta cuando la fuerza del agua detuvo el movimiento de las palas de acero. Un segundo estruendo se propagó a través del agua cuando la pala y el extremo del eje chocaron contra el suelo, llevándose por delante el brazo derecho del sumergible, y cayeron sobre los patines delanteros. Se alzó una nube de sedimentos marrones que no les permitió ver nada durante un momento, y cuando por fin se disipó, Summer reparó en un pequeño reguero de líquido oscuro que se alzaba delante de ellos, como si el *Starfish* estuviera sangrando.

—Estamos inmovilizados —dijo con voz ahogada, mientras miraba la pesada hélice caída sobre los patines delanteros.

—Prueba el brazo derecho, a ver si puedes levantar la pala, y yo intentaré retroceder —ordenó Dirk mientras activaba los propulsores.

Summer aferró la palanca de mando y la echó hacia atrás para levantar el brazo. El apéndice metálico empezó a alzarse un poco, pero luego se desplomó. Movié la palanca una y otra vez, pero no obtuvo ningún resultado.

—No sirve de nada —dijo con calma—. La pala habrá cortado el sistema hidráulico. Es como si tuviéramos amputado el brazo derecho.

—Será el líquido que hemos visto. Prueba el brazo izquierdo —contestó Dirk.

Summer configuró una segunda palanca de mando y activó el brazo mecánico izquierdo del sumergible. Manipuló los controles y trató de extender el brazo hacia la hélice caída. Como el brazo izquierdo era más pequeño y corto que el derecho, costaba más moverlo. Al cabo de varios minutos de doblar y torcer el brazo en diversas posiciones, colocó la garra en una posición en que pudiera aferrar el borde de la pala de la hélice.

—La tengo sujeta, pero en un ángulo forzado. Creo que no podré ejercer la presión adecuada —dijo.

Cuando accionó los controles, demostró que estaba en lo cierto. El brazo intentó levantar la hélice, pero no se movió. Varios intentos posteriores se saldaron con el mismo resultado.

—Creo que tendremos que zafarnos por la fuerza —contestó Dirk con los dientes apretados.

Aceleró al máximo los propulsores, con la intención de alzar el *Starfish* y librarse de la hélice caída. Los propulsores electrónicos zumbaron y vibraron con violencia, pero el peso de la hélice era demasiado grande. El sumergible continuó inmóvil como una roca, mientras los propulsores agitaban el agua y levantaban una nube de lodo a su alrededor. Después de varios intentos infructuosos, Dirk desconectó los propulsores y esperó a que la nube marrón se posara.

—Agotaremos las baterías inútilmente si seguimos así —dijo decepcionado—.

Carecemos de la fuerza propulsora necesaria para liberarnos.

Summer adivinó que su hermano se estaba devanando los sesos. No era la primera vez que se había quedado atrapada bajo el agua con Dirk, y el hecho de que estuviera con ella la tranquilizaba. Pocos meses antes, casi habían muerto juntos frente a Navidad Bank cuando su hábitat de investigación submarina había caído en una grieta debido a la fuerza devastadora de un huracán. Solo la llegada en el último momento de su padre y Al Giordino les había salvado de una muerte lenta por asfixia. Pero esta vez, su padre y Giordino se hallaban a miles de kilómetros de distancia.

Voces del pasado empezaron a susurrar en la oscuridad. Tuvo la sensación de que los muertos del 1411 les llamaban a unirse a ellos en la tumba submarina. El silencioso barco negro producía escalofríos a Summer. Las aguas que les rodeaban se calmaron y pudieron escudriñar de nuevo las profundidades del hangar. No pudo evitar el pensamiento de que estaban encerrados en la tumba de hierro de docenas de valientes marinos imperiales. Expulsó la macabra imagen de su mente y procuró concentrar su atención en los imperativos lógicos de la situación.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó, mientras empezaba a asumir su situación desesperada.

Dirk echó un vistazo a los indicadores.

—Estaremos bien hasta que las baterías se agoten. Las luces se apagarán dentro de unas tres horas, y el aire se terminará una hora después. Será mejor que nos pongamos en contacto con el Sea Rover.

Hablaba en voz baja pero práctica.

Summer activó el sistema de comunicaciones y llamó a Ryan, pero solo obtuvo silencio. Después de varios intentos, el receptor crepitó en su auricular.

—*Starfish*, aquí el Sea Rover. No les recibimos, hagan el favor de repetir, corto.

Era la voz lejana y tenue de Ryan.

—Los mamparos del submarino deben haber bloqueado nuestras señales —dijo Dirk—. Nosotros podemos oírles, pero ellos a nosotros no.

—Seguiré probando, por si captan señales esporádicas.

Summer continuó llamando durante diez minutos más, hablando con voz clara y alta, pero solo recibió la misma contestación frustrante de Ryan.

—Es inútil. No nos oyen. No podemos contar con ayuda alguna.

Dirk empezó a manipular interruptores de la consola, y cerró todos los aparatos electrónicos que no eran esenciales, para ahorrar energía de las baterías. Su mano se acercó a los controles de *Snoopy* y vaciló.

—¿Alguna objeción a que *Snoopy* vaya de paseo?

—Hemos venido a explorar el hangar, así que será mejor que terminemos el trabajo. Aún hemos de averiguar si hay armas biológicas a bordo, o si existen pruebas de que se las han llevado.

—Lo mismo pensaba yo —dijo Dirk, mientras activaba el diminuto ROV. Aferró los controles, sacó al vehículo de su soporte, lo dirigió sobre la hélice caída y lo elevó a la altura del ojo, delante del *Starfish*. El largo túnel oscuro del hangar se alejaba en la oscuridad hacia la torreta de mando. Dio más potencia a los propulsores del ROV y *Snoopy* se adentró en el hangar.

Los ojos de los dos hermanos se movían entre el ROV iluminado y las imágenes que enviaba *Snoopy* al monitor. Al principio, dio la impresión de que el hangar estaba vacío, pero a medida que *Snoopy* avanzaba, empezaron a materializarse objetos cubiertos de lodo. La cámara ascendió hasta un montículo situado a un lado de una plataforma, tras el cual se veían varios armarios que sobresalían de las paredes del hangar.

—El motor de un avión —comentó Dirk mientras dirigía los ojos de *Snoopy* hacia el bloque de metal.

—Apuesto a que son arcones para guardar piezas y herramientas —añadió Summer, al tiempo que señalaba la imagen de los armarios.

—Estoy seguro de que hay algún gato por ahí —se lamentó Dirk, consciente de que carecía de medios para recuperar cualquier herramienta que pudiera ayudarles a escapar.

Fue bajando poco a poco a *Snoopy* hasta empotrarlo casi en un conjunto de delgadas placas metálicas que colgaban verticalmente. Gracias a la cámara identificó dicha estructura como el ensamblaje de cola de un avión, con el extremo del estabilizador vertical doblado, así como los dos estabilizadores horizontales. Impulsó a *Snoopy* hacia delante y a un lado, y vieron con claridad que se trataba de parte del fuselaje de un hidroavión Seiran Aichi M6A1.

—Caramba —murmuró Summer, impresionada por el tamaño y el estado del bombardero biplaza—. Cuesta creer que pudieran doblar un avión y meterlo ahí.

Dirk guió a *Snoopy* a lo largo del fuselaje para obtener una lista lateral del avión. La cámara mostró que las alas seguían fijas al fuselaje, pero dobladas hacia la cola, como las alas de un pato. Apenas visible bajo el lodo, distinguieron la insignia roja japonesa de la «albóndiga» pintada en los extremos de las alas.

—Todavía me asombra que fueran capaces de almacenar, lanzar y recuperar aviones desde un submarino —comentó Summer.

—Prolonga el fuselaje sobre la cubierta de proa, eleva los estabilizadores de cola, sujeta las alas y los flotadores y dispara la catapulta. Cuatro tripulantes expertos eran capaces de montar y lanzar un avión en menos de media hora.

—Me alegro de que estos submarinos no aparecieran a principios de la guerra —contestó Summer.

Dirk continuó dirigiendo a *Snoopy* hacia delante. Las cámaras revelaron un par de los gigantescos flotadores del avión fijos a una plataforma de madera. Un chorro de

los propulsores levantó una capa de cieno y barro de un flotador, y reveló que estaba pintado de un tono verde bosque en la parte superior, mientras que la panza exhibía un color gris tiburón. Descubrieron una pintura de camuflaje similar en las alas y el fuselaje.

Al dejar atrás los flotadores, el hangar se vio vacío durante varios metros, cuando el ROV atravesó un compartimiento abierto. *Snoopy*, como el personaje del que había tomado el nombre, iba husmeando y examinando cada objeto cubierto de lodo, controlado por los dedos de Dirk. Una serie de estantes empezaron a materializarse en la oscuridad a cada lado del hangar, albergando lo que Dirk reconoció al instante como torpedos. Cuatro peces metálicos descansaban en cada estante, torpedos aéreos que, con quinientos veinte kilos cada uno, eran mucho más pequeños que los torpedos antisubmarinos que habían encontrado bajo cubierta.

Dirk y Summer miraron el monitor, en un esfuerzo por descubrir la prueba de que existiera un armamento adicional, pero no se veían otras armas. Dirk se volvió y observó que Summer consultaba su reloj, consciente de cada minuto que pasaba.

—Sigamos adelante. Tendría que haber otro avión, como mínimo —dijo Dirk, mientras intentaba no pensar en lo inevitable. El ROV se desplazó hasta otro compartimiento vacío antes de salir a la siguiente sección del hangar. Segundos después, aparecieron a la vista la cola y el fuselaje de un segundo bombardero Seiran, con las alas plegadas. Al otro lado había un par de flotadores, fijos a la cubierta mediante cables. A continuación, diversos arcones de herramientas montados en la pared, y a continuación, seis metros de espacio vacío. *Snoopy* topó por fin contra la gigantesca escotilla redonda que conducía a la cubierta delantera del submarino.

—Bien, eso es todo —dijo Dirk en tono solemne—. Hemos explorado todo el hangar y ni rastro de bombas aéreas, salvo los torpedos.

Summer no dijo nada de momento, pero se mordió mentalmente el labio inferior, decepcionada.

—Bien... No hay señales de que alguien entrara por la fuerza, y tampoco parece que el lodo se haya removido en fecha reciente. Tal vez fueron destruidas por la explosión del torpedo.

—Podría ser. Aún hemos de echar un vistazo a una pequeña sección del hangar que tenemos detrás.

Dirk dirigió de nuevo a *Snoopy* hacia el sumergible, recuperando el cable electrónico a medida que se desplazaba. Se hizo el silencio en la cabina cuando los hermanos meditaron sobre su situación. Dirk maldijo en silencio su mala suerte y el hecho de no haber localizado las bombas aéreas. Cuando el ROV dejó atrás el fuselaje del segundo avión y se acercó a los flotadores del primero, Summer compuso una expresión de perplejidad.

—Dirk, para un momento —dijo en voz baja, con la vista clavada en el monitor.

—¿Qué pasa? —preguntó él mientras inmovilizaba el ROV.

—Mira los flotadores. ¿Ves algo diferente?

Dirk examinó el monitor un momento, y luego meneó la cabeza.

—El par del final del hangar estaban fijos a la cubierta mediante cables —dijo Summer—. Pero estos dos tienen una plataforma debajo de cada uno.

Miró las imágenes y frunció el ceño. Cada flotador descansaba sobre una plataforma cuadrada de algo más de medio metro de alto.

Dirk dirigió el ROV a lo largo de la base de un flotador, y después lo situó al lado de la plataforma. Imprimió media vuelta al ROV y encendió los propulsores durante unos segundos para tratar de eliminar el sedimento incrustado. Volvió a cambiar la posición del ROV y esperó a que la nube de sedimentos se posara. A través de las aguas turbias vieron con claridad una sección de la plataforma. Era una caja de madera que parecía de caoba. Dirk examinó con detenimiento toda la plataforma.

—Dios, ha de ser eso.

—¿Estás seguro? —preguntó Summer.

—Bien, no sé lo que hay dentro, pero el exterior es de la misma construcción y dimensión de los contenedores de bombas que descubrí abiertos en el 1403.

Dirk inspeccionó la caja desde todos los ángulos, y luego confirmó que una caja igual estaba atrapada bajo el segundo flotador. Summer hizo una anotación en los archivos del vídeo, con el fin de documentar el punto exacto del hangar donde habían descubierto las cajas. Pitt observó que cada caja parecía sujeta por la presión del flotador, amarrado a la cubierta del hangar por media docena de gruesos cables de acero que se cruzaban sobre cada flotador.

—Buena vista, Summer. Te has ganado una cerveza.

—Que sea una botella de Martin Ray Chardonnay —contestó ella con media sonrisa—. Lo único que me alegra es saber dónde están.

—Alguien tendrá que hacer algo más para sacarlas de aquí.

—Nosotros, por ejemplo —contestó Summer con aire sombrío.

Dirk se estaba devanando los sesos para encontrar un plan de escape, mientras guiaba el ROV de vuelta hacia el sumergible. Perdió la concentración cuando las luces brillantes de *Snoopy* se acercaron e iluminaron la cabina del sumergible. Cegado por el resplandor, movió instintivamente el ROV hacia la cubierta del hangar, pero de repente el aparato se quedó suspendido, sin poder salvar los pocos metros que quedaban para llegar a su soporte.

—Dirk, el cordón umbilical de *Snoopy* se ha enganchado con algo —advirtió Summer, señalando por la ventana.

Dirk siguió su dedo y vio que el cable del ROV se había enredado en unos escombros diseminados sobre la cubierta del hangar, a unos seis metros de distancia.

—Me sorprende que hayamos llegado tan lejos en esta carrera de obstáculos —

contestó.

Hizo retroceder el ROV hasta que el cable se tensó alrededor de lo que parecía un pequeño motor, encajado en un armazón tubular situado a un metro del suelo.

—Un compresor de gas, diría yo —observó Dirk al ver un par de mangueras podridas conectadas a un extremo del motor.

—¿Qué es esa palanca grande? —preguntó Summer, al distinguir una vara metálica que sobresalía de un costado del conjunto. Una manivela redonda tipo pala estaba fija a un extremo.

—Es un motor de arranque mecánico antiguo. Es como tirar del cable de una cortadora de césped, solo que pones en marcha el motor girando la manivela. En una ocasión vi un compresor suizo en un submarino que estaba montado igual.

Dirk contempló la manivela un momento, sin mover el ROV.

—¿Vas a devolver a casa a *Snoopy*? —preguntó por fin Summer.

—Sí —contestó su hermano con un repentino brillo en los ojos—. Pero antes nos ayudará a salir de aquí.

A bordo del Sea Rover, los nervios se estaban apoderando del capitán y la tripulación. Había pasado casi una hora y media desde que se habían comunicado por última vez con el *Starfish*, y Morgan se estaba preparando para llevar a cabo un rescate de emergencia. El Sea Rover no llevaba un sumergible de apoyo, y el sumergible más cercano de la NUMA se encontraba a doce horas de distancia, como mínimo.

—Ryan, vamos a ponernos en contacto con la Unidad de Submarinismo de la Marina. Infórmeles de nuestra situación y solicite un vehículo de rescate —ladró Morgan, temeroso de lo que podía haber pasado.

Si Dirk y Summer se enfrentaban a problemas graves, sabía que solo les quedaban unos minutos, no unas horas. Sus posibilidades de ser rescatados eran tan delgadas como un centavo.

—De acuerdo, Summer, para la bobina receptora.

Dirk había estacionado a *Snoopy* cerca del techo del hangar, y a pocos metros del compresor, cuando dio la orden a Summer. Esta apretó un botón de la consola, el cual detuvo el carrito automático que rebobinaba el cable eléctrico del ROV. Dirk desplazó el ROV hacia el compresor, y vio que el cable se aflojaba. Como una anaconda que se enroscara alrededor de su presa, imprimió al ROV un movimiento circular sobre el compresor, y dejó que el cable se enrollara alrededor de la manivela hasta dar cinco vueltas.

—Bien, activa la bobina receptora y yo tiraré con *Snoopy*.

—Ese compresor debe pesar ciento veinte kilos. Incluso bajo el agua, nunca lo moverás —contestó Summer, mientras se preguntaba si su hermano había perdido la razón.

—No me interesa el compresor, sino la manivela.

Manipuló los controles del ROV y aumentó la potencia de *Snoopy*, dirigido ahora hacia el sumergible. El ROV se lanzó hacia delante hasta que su cable se tensó alrededor de la manivela metálica. Sus pequeños propulsores agitaron el agua, y el ROV se esforzó por avanzar, pero no logró reunir fuerzas suficientes para mover la manivela. Después, Summer colaboró en rebobinar el otro extremo del cable con la bobina receptora automática, hasta que el cable se tensó alrededor de la base de la manivela. Si bien tiraban de los dos extremos de la manivela, fue el inferior, del que se encargaba Summer, el que se portó como debía. El extremo atorado de la barra metálica se liberó de la charnela dentada que hacía girar el volante, y la manivela se soltó del compresor y surcó las aguas en dirección al *Starfish*. Dirk la colocó en posición horizontal para que no se liberara de su presa, y tiró de ella hasta la parte delantera del sumergible.

—Creo que a Ryan no le va a gustar tu forma de tratar al ROV —dijo Summer con fingida preocupación.

—Si esto sale bien, le compraré uno nuevo.

—¿Y qué estás tramando, si se puede saber? —preguntó Summer, que todavía no estaba muy segura de cuáles eran sus intenciones.

—Aplicar un poco de palanca, querida hermana. Si fueras tan amable de sujetar con el brazo mecánico izquierdo mi palanca recién adquirida, comprenderás a qué me refiero.

Dirk acercó el ROV al costado izquierdo del *Starfish*, y con él la manivela. Entonces, Summer activó los controles del brazo mecánico izquierdo y abrió su garra. Trabajando al unísono, aproximaron los dos instrumentos, hasta que Summer pudo agarrar un extremo de la manivela con la garra. A continuación, Dirk aflojó el cable

del ROV y desenrolló poco a poco el cable del extremo libre de la manivela. Por fin, activó el carrete del cable y devolvió *Snoopy* al *Starfish*, para luego depositarlo en su soporte.

—Para ser tan pequeñito, *Snoopy* se porta como un buen perdiguero —comentó Summer.

—Vamos a ver si nuestro brazo mecánico se comporta como un buen gato hidráulico —contestó Dirk.

Sus ojos estudiaron una hilera de indicadores en el panel de control del submarino. Habían estado más de una hora manejando el ROV, y el nivel de energía se había reducido al treinta por ciento. El tiempo apremiaba, si querían volver a la superficie sin ayuda.

—Vamos a probar. Vaciando depósitos —dijo, y oprimió un par de botones que bombeaban agua del depósito de lastre para aumentar la flotabilidad. Después, encendió los propulsores principales del sumergible. Entretanto, Summer había trasladado el brazo mecánico a la parte delantera del *Starfish*, desplegado en toda su extensión, y estudiaba la posición de la hélice atorada. Tendrían que levantarla y empujarla un poco hacia delante para liberarse, pero había poco espacio para mover la manivela. Después de apoyar la manivela contra uno de los patines y aflojar un poco la presión de la garra, pudo deslizar veinte centímetros de la barra mecánica bajo el extremo de la hélice caída.

—Preparada —dijo vacilante, y se secó la palma sudorosa en la pernera del pantalón.

Dirk también sudaba, pues la estrecha cabina se había recalentado después de apagar el aire acondicionado para conservar la energía.

—Sácanos de aquí —dijo Dirk, con la mano sobre los controles de los propulsores.

Impaciente, Summer manipuló con delicadeza los controles que levantaban el brazo mecánico. Aunque la potencia hidráulica del brazo fue insuficiente para levantarlo, el efecto de palanca ejercido por la manivela metálica bastó para moverlo. La hélice se alzó dos centímetros, luego cinco, después algunos más. Dirk notó que la parte posterior del sumergible se levantaba un poco debido a la flotabilidad añadida. Cuando Summer hubo alzado la pala sobre la altura de los patines delanteros, dio marcha atrás con toda la potencia de los controles.

No se produjo un chorro de energía ni una aceleración brutal, sino que el *Starfish* dio un breve tirón cuando la cola se separó de la cubierta. El sumergible se liberó de la presa de la hélice, mientras la pala resbalaba sobre la manivela del compresor y caía sobre la cubierta del hangar, a escasos centímetros de los patines del *Starfish*.

—Buen trabajo, hermanita. ¿Qué te parece si vamos a respirar un poco de aire puro? —dijo Dirk, mientras ajustaba los propulsores para alzar el *Starfish* y salir del

hangar.

—Apoyo la moción —contestó Summer con alivio evidente.

Nada más salir del hangar, la voz profunda de Ryan tronó en los auriculares.

—*Starfish*, aquí el Sea Rover. ¿Me reciben? Corto —dijo, con el tono monótono de alguien que ha repetido la frase mil veces durante las últimas horas.

—Aquí el *Starfish* —contestó Summer—. Le oímos alto y claro. Ascenso iniciado, hagan el favor de prepararse para rescate.

—Recibido, *Starfish* —contestó Ryan con voz aguda—. Aquí arriba hay gente preocupada. ¿Necesitan ayuda?

—Negativo. Nos enganchamos un dedo. Todo va bien. Llegamos enseguida.

—Recibido. Preparados para el rescate.

El tiempo empleado en el ascenso, ayudado por la flotabilidad positiva controlada, fue algo inferior al del descenso, y al cabo de diez minutos distinguieron las luces brillantes del hueco abierto en la cubierta del Sea Rover. El tenue contorno del barco se materializó cuando el submarino se acercó más, y Dirk imprimió a los propulsores del *Starfish* la escasa potencia que quedaba para guiarles hasta el centro del anillo de faros. Dirk y Summer exhalaban un suspiro de alivio cuando atravesaron la abertura del fondo del barco y emergieron a la superficie. Morgan, Ryan y media docena de tripulantes rodearon el hueco y observaron con atención cuando el *Starfish* fue rescatado del agua mediante una grúa y depositado con suavidad sobre la cubierta. Dirk desconectó los motores del sumergible mientras Summer abría la escotilla trasera, y los dos salieron al aire fresco.

—Temíamos que os habíais perdido ahí abajo —sonrió Morgan, y después miró confuso la manivela del compresor encajada todavía en la presa del brazo mecánico izquierdo.

—Es nuestro bastón —explicó Summer—. Fuimos a pasear donde no debíamos y nos costó un poco salir.

—Bien —preguntó Morgan, incapaz de contener la otra preocupación que tenía en mente—, ¿qué habéis encontrado?

—Dos cartones de huevos que quedaban por entregar —dijo Dirk con una sonrisa.

La tripulación del Sea Rover trabajó a pleno rendimiento para reparar el brazo mecánico del *Starfish* y recargar las baterías del sumergible, en tanto Dirk, Summer y Morgan planeaban la estrategia de rescate. Revisaron la grabación del *Snoopy* y calcularon el emplazamiento exacto de las cajas con las bombas en el hangar del submarino. Estudiaron el vídeo con detenimiento y decidieron que había tres metros de separación entre los mamparos del hangar.

—Podríamos abrirnos paso a través de las juntas originales y levantar una sección de tres metros de mamparo paralela a los flotadores —dijo Dirk, al tiempo

que daba golpecitos con un lápiz en la imagen congelada del vídeo—. El *Starfish* mide dos metros y medio de anchura, de modo que debería concedernos suficiente espacio para maniobrar y sacar las bombas con los brazos mecánicos.

—Tenemos suerte de que las corrientes cercanas al submarino hundido sean de uno o dos nudos, de modo que podremos trabajar sin problemas. De todos modos, necesitaremos un par de zambullidas —añadió Summer.

—Ryan puede turnarse con vosotros dos —dijo Morgan—. ¿Por qué no descansáis unas horas, mientras nosotros damos la vuelta al sumergible y nos preparamos para empezar a cortar?

—No me lo diga dos veces —bostezó Summer a modo de respuesta.

Sin embargo, su sueño fue breve, porque Dirk la despertó tres horas después y se prepararon para sumergirse de nuevo. Con baterías recién cargadas, el *Starfish* empezó a descender hacia el submarino. El sumergible flotó ante el hueco de la explosión, y luego se movió de costado hacia la torreta de mando. A intervalos de un metro ochenta, calculados por la distancia entre los dos brazos mecánicos semiextendidos, Dirk hizo una marca en la superficie del casco con la garra izquierda. En el décimo intervalo, o a dieciocho metros del boquete obra del torpedo, hizo una tosca X en el costado del hangar.

—Aquí cortaremos —dijo a Summer—. Vamos a ver si podemos encontrar las juntas.

Dirk impulsó el sumergible de costado, arrastrando una garra sobre la superficie del hangar para que dejara un largo arañazo en la pared. Se acercó para examinar la sección arañada, que rezumaba un líquido dorado a causa de la oxidación, y descubrieron enseguida un pliegue vertical, el cual representaba la junta en la que estaban soldadas dos placas del hangar hermético. Tal como cabía esperar, encontraron otra junta vertical a tres metros de distancia. Mientras el *Starfish* flotaba, Summer arañó las juntas, utilizando la garra como un cuchillo, y dejó al descubierto las líneas de soldadura. Cuando terminó, en el hangar había dibujado un cuadrado en forma de puerta de garaje.

—Hemos acabado la parte fácil —dijo Dirk—. ¿Preparada para cortar?

—Ponte esto y empecemos —contestó Summer, al tiempo que le tendía unas gafas protectoras y se calaba otras.

Tomó el control de ambos brazos mecánicos, buscó en una cesta montada en la plataforma del patín delantero y con la garra derecha recuperó un soldador con arco eléctrico, conectado mediante una línea reforzada a una fuente de energía de corriente continua de 230 amperios integrada en el sumergible. Sujetó una barra cortante nonexotérmica de óxido de hierro al soldador con arco eléctrico y activó la corriente. Al contrario que la típica barra cortante submarina, que precisaba cierta cantidad de oxígeno para producir la combustión, las barras de óxido de hierro solo necesitaban

una fuente de energía para generar un arco eléctrico sobrecalentado. El diseño menos complicado era más práctico para soldar en las profundidades del océano. El chorro eléctrico surgía por el extremo de la barra, un arco brillante de luz amarilla con una temperatura de varios miles de grados.

—Empezaremos en la esquina superior derecha e iremos bajando —indicó Summer.

Dirk condujo el sumergible hasta la juntura del borde y lo mantuvo estacionario, mientras Summer extendía el brazo mecánico derecho hacia la pared del hangar y disparaba la llama del soplete. Con el *Starfish* suspendido contra una leve corriente, Summer utilizó el calor del arco para cortar la soldadura de sesenta años de antigüedad. Avanzó centímetro a centímetro, pues el balanceo del sumergible impedía proceder con mayor eficacia. Poco a poco, una línea apareció en la pared del hangar, que se alargó a medida que el *Starfish* iba descendiendo. Al cabo de un cuarto de hora, la barra se consumió por completo. Summer cortó la corriente y sustituyó el electrodo, volvió a encender el aparato y siguió cortando. El tedioso proceso continuó hasta realizar un corte alrededor de todo el perímetro marcado en la pared del hangar. Cuando faltaban escasos centímetros, Summer abrió la garra mecánica y asió el panel. Cortó lo que quedaba y tiró con la garra. La sección cortada se desprendió y cayó sobre la cubierta principal del submarino entre una nube remolineante de sedimentos.

Dirk alejó el *Starfish* y esperó a que el agua se aclarara para avanzar hacia la entrada recién creada. Mientras maniobraba, observó que había calculado bien. El par de flotadores del avión estaban justo delante de la abertura, con las cajas de madera debajo. Acercó el sumergible lo máximo posible, golpeando el techo del hangar una o dos veces antes de posarse sobre la cubierta, cerca de un bucle de hierro que sobresalía y a cuyo través pasaban varios cables, que sujetaban el flotador más cercano a la cubierta mientras el submarino estaba en movimiento.

—Vamos a quemar esos cables, y luego intentaremos apartar esos flotadores —sugirió.

Summer volvió a encender el soplete y cortó el primero de los tres cables de acero, que se desintegró al instante, y no tardó en atacar el segundo. Se quedó sorprendida al ver que el flotador se tambaleaba al desaparecer el segundo cable. Cuando el tercero siguió el mismo camino de los otros, observó con estupor que el flotador se alzaba de la cubierta hasta el techo del hangar.

—Aún contiene aire —exclamó.

—Felicitaciones a los ingenieros que lo construyeron. Esto facilitará nuestro trabajo —contestó Dirk, mientras situaba el *Starfish* junto a las cajas de madera.

Summer asió el control de ambos brazos mecánicos y suspendió las garras sobre uno de los contenedores. Manipuló los dedos metálicos, agarró la tapa por cada lado

y alzó los brazos. La tapa de madera, en otro tiempo tan resistente, cedió como un pastel mojado, antes de partirse en dos cuando Summer intentó dejarla a un lado.

—Menos mal que estaba bien asegurada —comentó Dirk con sequedad.

Dentro vieron seis bombas aéreas de porcelana seguras e intactas, pulcramente alineadas. Dirk y Summer se miraron con una profunda sensación de alivio.

—Creo que, al fin y al cabo, es nuestro día de suerte —dijo Summer en tono triunfal—. Están aquí, sanas y salvas.

Dirk acercó un poco más el *Starfish* a la caja, mientras Summer se preparaba para la peligrosa perspectiva de extraer las frágiles bombas de sus contenedores desintegrados.

—Ve con cuidado, hermanita. Recuerda que están hechas de vidrio —advirtió.

Summer no necesitaba consejos para manejar los brazos mecánicos con la máxima delicadeza. Apartó la bomba más cercana de las demás y posó una garra en cada extremo. Alzó la bomba con infinita paciencia y la depositó en una caja de tela metálica acolchada que habían sujeto a toda prisa a la parte delantera del sumergible. Confiada en que la bomba estaba a buen recaudo, echó los brazos hacia atrás y rescató la siguiente bomba de la caja. La dejó al lado de la primera, asió su estabilizador vertical con la garra, arrancó el estabilizador de la primera bomba con la otra garra e inmovilizó ambos brazos.

—Bombardero a piloto. Preparados para despegar —dijo. Temerosa de dañar una carga tan peligrosa, el *Starfish* solo iba a transportar dos bombas al mismo tiempo.

El sumergible ascendió poco a poco hasta la superficie, donde las bombas fueron descargadas con cuidado y almacenadas en un contenedor improvisado que el carpintero del barco había construido a toda prisa.

—Dos menos, faltan diez —informó Dirk a Morgan y Ryan—. Ambas cajas son accesibles mediante los brazos mecánicos, de modo que si el segundo lote está intacto, deberíamos recuperar los doce contenedores.

—El tiempo se aguanta —contestó Morgan—. Si trabajamos toda la noche al mismo ritmo, deberíamos terminar la operación de rescate por la mañana.

—Ojalá —contestó Dirk con una sonrisa—. Con tantas zambullidas, empiezo a sentirme como un yoyó.

A menos de una milla de distancia, Tongju espiaba el barco de la NUMA con unos potentes prismáticos marinos. Durante casi cuarenta minutos, el verdugo personal de Kang estudió el Sea Rover, tomando nota mental de los pasillos, escaleras, escotillas y otros elementos del barco que podían detectarse desde lejos. Satisfecho al fin con sus observaciones, el asesino calvo continuó hasta el puente del *Baekje* y entró en una pequeña antesala lateral. Un hombre con cara de dogo y pelo corto estaba sentado en una silla de madera, estudiando los planos de un barco. Se puso algo tenso cuando Tongju penetró en la habitación.

—Señor, el grupo de asalto ha estudiado los planos del buque de investigación de la NUMA, facilitado por la oficina jurídica de Kang Shipping. Hemos trazado una estrategia de asalto y captura, y estamos preparados para proceder cuando usted ordene.

KiRi Kim hablaba con el tono cortante y directo que cabía esperar de un ex comando de operaciones especiales del ejército de la República Democrática de Corea.

—A partir de los fragmentos de comunicaciones submarinas que hemos podido interceptar, parece que han localizado las armas y se hallan dedicados a rescatarlas del fondo del mar —dijo Tongju en voz baja—. He avisado al capitán de que lanzaremos la operación esta noche.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del comando antes de pronunciar la palabra «excelente».

—Tal como planeamos —continuó Tongju—, yo dirigiré el Grupo A para apoderarme de las secciones de estribor y proa, y tú dirigirás el Grupo B para tomar las secciones de babor y popa. Reúne a los hombres para una última sesión informativa a la una. Iniciaremos el ataque a las dos de la madrugada.

—Mis hombres estarán preparados. No obstante, sienten curiosidad por saber si hay que esperar resistencia.

—Ninguna en absoluto —replicó Tongju con pleno convencimiento.

Poco después de medianoche, el *Starfish* ascendió al hueco practicado en la cubierta del Sea Rover, y su armazón naranja reflejó los rayos dorados que atravesaban el agua, procedentes de las cegadoras luces submarinas. Dirk y Summer observaron desde la cubierta mientras izaban el sumergible del agua y lo posaban sobre una plataforma. Un par de técnicos del turno de noche empujaron una grúa portátil sobre ruedas hasta los patines delanteros, y empezaron el delicado proceso de sacar las dos bombas de porcelana de la cesta de tela metálica.

Dirk ayudó a abrir la escotilla posterior del *Starfish*, en tanto Ryan y un ingeniero llamado Mike Farley salían del estrecho compartimiento.

—Buen trabajo, Tim. Eso hace un total de ocho. Supongo que habréis accedido a la segunda caja sin problemas —dijo Dirk.

—Pan comido. Cortamos los cables del segundo flotador y se desprendió como la primera. Todo el mérito es de Mike, no obstante. Maneja esos brazos mecánicos como un cirujano.

Farley, un hombre simpático que siempre sonreía, asintió con modestia.

—El segundo contenedor se desintegró como si estuviera hecho de puré de patatas, pero las seis bombas estaban intactas. Nos apoderamos de las dos primeras, y será fácil acceder a las cuatro restantes. No obstante, estad atentos a la corriente, pues parece que ha aumentado desde la última zambullida.

—Gracias, Mike, lo haremos.

Dirk procedió a ayudar a los técnicos a cambiar las baterías del *Starfish*, y luego se encargó de comprobar que todos los sistemas de a bordo funcionaban como era debido. Poco después de la una, Summer y él se apretujaron en el sumergible y se aprestaron a sumergirse de nuevo. Se relajaron durante el lento descenso, sin hablar apenas. Las repetidas zambullidas empezaban a pesarles, y se sentían muy agotados. Sin embargo, el hecho de que estaban recuperando intactas las bombas y no tardarían en descubrir el agente biológico que contenían animaba a Dirk.

Summer bostezó.

—Ojalá estuviera en mi catre, durmiendo como el resto de la tripulación —murmuró—. Terminaremos las dos últimas inmersiones antes de que nadie despierte.

—Mira el lado positivo —sonrió Dirk—. Seremos los primeros en la cola del desayuno.

Surgieron de la oscuridad como demonios silenciosos, deslizándose sobre las aguas con sigilo. Hombres vestidos de negro en botes de goma negra que surcaban un mar negro. Tongju dirigía el ataque desde el primer bote, acompañado por cinco comandos de aspecto feroz y armados hasta los dientes, mientras Kim le seguía en un segundo bote con un contingente similar. Se precipitaron sobre el Sea Rover en Zódiacs de goma impulsadas por potentes motores eléctricos, versiones trucadas de los motores utilizados por los pescadores del lago para navegar en silencio. La única diferencia consistía en que estos botes eran capaces de correr a 30 nudos, y emitían un zumbido apenas perceptible. La única prueba de su presencia en plena noche eran las olas que rompían contra sus cascos semirígidos.

A bordo del Sea Rover, el timonel de guardia observó en el radar del puente la mancha grande de un barco a estribor. El buque cablero que se había mantenido a una milla de distancia del Sea Rover desde su llegada aún continuaba inmóvil en el mismo sitio. Reparó en un par de manchas tenues blancas que aparecían en el fondo verde de la pantalla de manera periódica, situadas entre ambos barcos. Demasiado tenues para que se tratara de un barco, tan lejos de la orilla, decidió. Debían de ser olas que el aparato registraba.

Los dos botes de goma disminuyeron la velocidad cuando estuvieron a cien metros del barco de la NUMA, y recorrieron la distancia restante a paso cansino. Tongju frenó su bote junto al costado de estribor del Sea Rover y esperó un momento, mientras Kim rodeaba la popa del buque y se detenía junto al costado de babor. Al unísono, un par de garfios forrados de goma fueron lanzados desde el mar a cada costado del barco, y se enrollaron alrededor de la barandilla del Sea Rover. De los garfios colgaban estrechas escalerillas de cuerda, que los comandos utilizaron para subir.

En la cubierta de babor, un biólogo marino insomne estaba contemplando el cielo nocturno, cuando oyó que algo golpeaba el barco. Un garfio se materializó alrededor de la barandilla, a escasa distancia. Picado por la curiosidad, el hombre se inclinó sobre la borda para mirar la cuerda, justo cuando una cabeza cubierta de negro aparecía por el otro lado. Las cabezas de los dos hombres chocaron, para sorpresa de ambos. El estupefacto científico retrocedió, a punto de gritar, pero el comando saltó al instante sobre el puente, blandiendo un rifle de asalto. El rifle golpeó al infortunado científico en la mandíbula, y el hombre se desplomó inconsciente.

Los comandos se agruparon en dos formaciones independientes y avanzaron por la cubierta, con la intención de apoderarse del puente y la sala de radio antes de que pudieran transmitir mensajes de socorro. Un silencio sepulcral reinaba en el buque a las dos de la mañana.

El timonel y el segundo oficial del Sea Rover se encontraban en el puente, bebiendo café y hablando de rugby universitario. Sin previo aviso, Tongju y dos de sus hombres irrumpieron por la puerta de estribor y apuntaron sus armas a la cara de los hombres.

—¡Al suelo! —chilló Tongju en un inglés muy claro.

El segundo oficial cayó de rodillas al instante, pero el pánico se apoderó del timonel. Soltó el café y salió disparado hacia la puerta de babor, en un esfuerzo inútil por escapar. Antes de que Tongju o sus hombres pudieran detener al hombre, uno de los comandos de Kim apareció en la puerta y golpeó al fugitivo en el pecho con su rifle de asalto, y luego remató la faena con una patada en la ingle. El timonel se retorció sobre la cubierta, gritando de dolor.

Tongju paseó la vista por el puente, reparó en que el compartimiento de comunicaciones adyacente estaba vacío e indicó con un cabeceo a uno de sus hombres que custodiara los aparatos. A continuación, se encaminó hacia la puerta del camarote del capitán, situado frente a la parte posterior del puente. Movié la cabeza en silencio y ordenó a uno de sus hombres que entrara.

Morgan estaba dormido en su catre cuando el comando irrumpió en su camarote, encendió la luz y apuntó su AK74 a la cabeza del capitán. Este despertó de inmediato y se puso en pie como impulsado por un resorte en camiseta y calzoncillos, y luego cargó contra el hombre del rifle.

—¿Qué significa esto? —ladró, mientras corría hacia el puente.

El asombrado comando vaciló en la puerta cuando el capitán se precipitó hacia él. Con un movimiento casi invisible de su brazo, Morgan desvió la boca del arma de su pecho y hacia el techo, y después propinó un empujón al comando con la fuerza de un tren de mercancías. El estupefacto comando cayó sobre el puente y fue a parar contra un mamparo.

El comando aún estaba resbalando sobre la cubierta cuando Tongju apuntó su pistola semiautomática Glock 22 y disparó una sola vez contra Morgan. La bala de calibre 40 atravesó el muslo izquierdo de Morgan, y un chorro de sangre manchó la pared que tenía detrás. Morgan maldijo y se agarró la pierna, antes de derrumbarse sobre la cubierta.

—Este barco pertenece al gobierno de Estados Unidos —dijo en tono desafiante.

—Ahora es mío —replicó con frialdad Tongju—. Una insolencia más por su parte, capitán, y le meteré la siguiente bala en la cabeza.

Para imprimir más fuerza a sus palabras, avanzó y lanzó su pierna derecha contra el capitán arrodillado, de forma que el talón de su bota negra alcanzó a Morgan en el pómulo y le derribó sobre la cubierta. El orgulloso capitán volvió a ponerse de rodillas y miró en silencio a su captor, con ojos brillantes de odio.

Incapaz de avisar a sus camaradas, Morgan solo pudo asistir en silencio a la

conquista de su barco. Los comandos encontraron escasa resistencia, y tan solo en la sala de máquinas un musculoso mecánico sorprendió a uno de los comandos, al que aplastó el cráneo con una llave inglesa. Los disparos de otro atacante abatieron enseguida al mecánico, pero las heridas no eran mortales. Disparos esporádicos se oyeron en el barco a medida que los comandos se iban adentrando en el Sea Rover. En menos de veinte minutos, el grupo de asalto había alcanzado su objetivo y tomado el control del buque de investigación de ciento cinco metros.

Tim Ryan y Mike Farley se encontraban en la sala de control de operaciones submarinas, siguiendo los movimientos del *Starfish*, cuando un par de comandos se abalanzaron contra ellos. Ryan solo pudo mascullar un «¿Qué demonios pasa?» por el sistema de comunicaciones submarino, antes de que le expulsaran de su puesto a punta de pistola, seguido de Farley.

Como ovejas destinadas al matadero, los tripulantes fueron conducidos en grupos de tres o cuatro hasta la cubierta posterior del Sea Rover. Detrás del hueco que se abría en la cubierta había una bodega de carga donde guardaban el sumergible y otros aparatos cuando no se utilizaban. Siguiendo las órdenes de Kim, izaron la pesada cubierta de acero de la escotilla de la bodega con una de las grúas del Sea Rover. Después, obligaron a los asustados cautivos a bajar por una escalerilla a la oscura y cavernosa bodega.

En la cubierta posterior, Tongju se acercó a Kim, seguido por un Morgan que cojeaba, empujado por el rifle de un comando.

—¿Informe? —preguntó Tongju con brusquedad.

—Todos los objetivos alcanzados —informó Kim con orgullo—. Una baja en la sala de máquinas, Takong, pero todos los compartimientos del barco están asegurados. He trasladado todos los cautivos a la bodega de popa. Jinchul informa de que ocho unidades de armamento han sido localizadas intactas en el laboratorio auxiliar del buque —añadió, y cabeceó en dirección a un nervudo comando que montaba guardia junto a una estructura prefabricada que había al otro lado de la cubierta—. El sumergible ha bajado a rescatar el armamento restante.

—Muy bien —contestó Tongju con una de sus raras sonrisas, que dejó al descubierto una hilera de dientes amarillentos—. Póngase en contacto con el *Baekje*. Dígale que amarre a nuestro lado y se prepare para el traslado del armamento.

—No llegarán muy lejos —gruñó Morgan, y escupió sangre cuando habló.

—Pero, capitán —replicó Tongju con una sonrisa maléfica—, si ya lo hemos hecho.

A trescientos metros de profundidad, Summer estaba depositando con sumo cuidado la décima bomba aérea en la plataforma improvisada, junto con el noveno contenedor que había recuperado del fondo momentos antes. Volvió a sujetar ambas bombas con los brazos mecánicos, y se volvió hacia Dirk cuando terminó.

—Rescatadas diez, faltan dos. Ya puedes llevarnos a casa, Jeeves.

—Sí, mi señora —contestó Dirk con acento cockney, para luego activar los propulsores del sumergible y salir de los confines del hangar. Cuando abandonaron la cubierta del 1411, Summer llamó por radio a la sala de control del Sea Rover.

—Sea Rover, aquí el *Starfish*. Tenemos el siguiente lote y nos preparamos para ascender, corto.

Solo el silencio respondió a su mensaje. Intentó llamar varias veces más cuando iniciaron la ascensión, pero no recibió contestación de la superficie.

—Ryan se habrá dormido al timón —dijo Dirk.

—No le culpo —contestó Summer, y reprimió un bostezo—. Son las dos y media de la mañana.

—Solo espero que el tipo de la grúa esté despierto —sonrió Dirk.

Cuando se acercaron a la superficie, distinguieron el brillo familiar de las luces del hueco abierto en la cubierta y condujeron el *Starfish* hasta el centro del círculo, para luego ascender oscilando con suavidad hasta la superficie. Dirk y Summer apenas prestaron atención a las figuras borrosas de la cubierta, y empezaron a desconectar sus aparatos electrónicos. De repente, cuando les izaron con brusquedad del agua y les trasladaron a la cubierta de popa, casi chocando contra el mamparo de babor, comprendieron que algo iba mal.

—¿Quién demonios está manejando la grúa? —maldijo Summer cuando fueron depositados con violencia sobre la cubierta—. ¿No saben que llevamos dos bombas a bordo?

—No es el comité de bienvenida, desde luego —dijo con sequedad Dirk cuando miró por la ventana.

Justo delante de ellos, un asiático con uniforme paramilitar apuntaba con una pistola al estómago del capitán Morgan. Dirk reparó en el largo bigote a lo Fu Manchú y los dientes amarillentos del hombre, que una sonrisa malvada dejaba al descubierto, y estudió los ojos. Eran fríos y negros, con un toque amenazador de absoluta indiferencia. Eran los ojos de un asesino consumado, comprendió Dirk.

Summer lanzó una exclamación ahogada al ver a Morgan. Llevaba un vendaje improvisado alrededor del muslo izquierdo, que no conseguía ocultar los riachuelos de sangre seca que manchaban la pernera del pantalón. Tenía el pómulo amoratado e hinchado, del tamaño de un pomelo, y el ojo ya había empezado a ennegrecerse. Había más sangre seca en la boca y la camisa. No obstante, la expresión del capitán era imperturbable, y su falta de miedo tan descarada que Summer no reparó en que iba en calzoncillos.

De pronto, un par de comandos saltaron delante de la burbuja acrílica del *Starfish* y agitaron sus AK74 para indicar a Summer y Dirk que salieran del sumergible. Casi les metieron la boca de los fusiles en la cara cuando bajaron del sumergible y les

empujaron hacia Morgan y Tongju.

—Señor Pitt —dijo Tongju en voz baja—, me alegro de que se reúna con nosotros.

—No creo tener el placer de conocerle —replicó con sarcasmo Dirk.

—Un humilde servidor del Ejército Rojo Japonés, cuyo nombre carece de importancia —replicó Tongju con fingida elegancia, al tiempo que inclinaba apenas la cabeza.

—Pensaba que estaban todos en la cárcel.

Tongju mantuvo su sonrisa, sin mover ni un solo músculo facial.

—Usted y su hermana tienen quince minutos para cargar las baterías del sumergible y prepararse para rescatar las dos últimas bombas —dijo con calma.

—Están hechas pedazos —mintió Dirk, mientras se devanaba los sesos por encontrar una vía de escape.

Tongju apoyó con calma la pistola en la sien derecha del capitán Morgan.

—Tienen catorce minutos, y después mataré a su capitán. Después, mataré a su hermana. Y luego, le mataré a usted —dijo con frialdad, y sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción.

Dirk sintió que la sangre hervía en sus venas cuando miró furioso al asesino. Después, el delicado roce de la mano de Summer en su hombro desechó cualquier pensamiento impulsivo.

—Vamos, Dirk, no tenemos mucho tiempo —dijo la joven, y le guió hasta un carrito con ruedas que habían traído con baterías de repuesto para el sumergible. Morgan miró a Dirk y asintió. Este reprimió la sensación de impotencia total y empezó a trasladar las baterías al *Starfish*, sin apartar la vista del líder del comando.

Cuando prepararon el sumergible para la inmersión final, los tripulantes restantes fueron obligados a punta de pistola a concentrarse en la bodega trasera. Summer reparó en la expresión aterrorizada de los dos analistas de laboratorio.

Dirk y Summer sustituyeron el suministro de energía del sumergible en poco más de doce minutos. No había tiempo para las comprobaciones habituales previas a cualquier operación. Tendrían que confiar en que el *Starfish* funcionaría sin problemas.

Tongju se acercó con paso tranquilo y fulminó con la mirada a los dos norteamericanos, los dos más altos que él.

—Recuperarán cuanto antes el armamento restante y regresarán al barco sin hacer tonterías. Tienen noventa minutos para terminar su trabajo, o las consecuencias serán muy graves.

—Yo de usted, empezaría a preocuparme por las consecuencias de asaltar un barco del gobierno cuando se enteren nuestras fuerzas armadas —replicó airada Summer.

—No habrá consecuencias —contestó Tongju, sonriente— por un barco que ya no existe.

Antes de que Summer pudiera reaccionar, Tongju giró en redondo y se alejó, sustituido por dos comandos que avanzaron con los rifles de asalto preparados y apuntaron.

—Vamos, hermanita —murmuró Dirk—. Es inútil discutir con un psicópata.

Dirk y Summer volvieron al *Starfish*, y el operador de la grúa les alzó en el aire con brusquedad. Cuando estaban a punto de soltarles, Dirk miró por la ventana de la burbuja acrílica y vio que obligaban a Morgan con malos modos a entrar en la bodega de popa. El comando que manejaba la grúa de la cubierta de popa izó la escotilla de acero y la suspendió sobre la bodega posterior antes de asegurarla en su sitio, de manera que la escotilla encerró a toda la tripulación en la oscuridad más impenetrable.

Dejaron caer el *Starfish* al mar un segundo después, y así quedó liberado del cable del barco.

—Quiere hundir el Sea Rover —dijo Dirk a Summer cuando iniciaron su lento descenso hacia el fondo.

—¿Con toda la tripulación encerrada en la bodega? —preguntó ella, al tiempo que sacudía la cabeza en señal de incredulidad.

—Creo que sí —dijo Dirk con aire sombrío—. Por desgracia, no podemos pedir ayuda.

—Nuestro sistema de comunicaciones submarino no servirá de gran cosa, y cualquier llamada desde la superficie no llegaría a nadie de esta región, salvo algunos pescadores chinos.

—O el buque cablero, que debe prestar apoyo a estos personajes —añadió Dirk, y meneó la cabeza.

—Por lo visto, nuestros jefes de inteligencia han subestimado a este Ejército Rojo Japonés —dijo Summer—. Estos tipos no parecen una banda de extremistas con dinamita sujeta a la espalda.

—No, es evidente que se trata de militares profesionales bien adiestrados. Quien dirija la operación ha de ser alguien experto y con un presupuesto holgado.

—¿Qué querrán hacer con las bombas?

—Algún atentado en Japón, supongo, pero hay bastante más detrás de ese Ejército Rojo Japonés, de modo que yo no haría apuestas sobre sus intenciones.

—Será mejor que no nos preocupemos de eso ahora. Hay que encontrar una manera de salvar a la tripulación.

—Conté ocho comandos, y sin duda había más en el puente y en otros puntos del barco. Demasiados para vencerlos con un par de destornilladores —dijo Dirk, mientras examinaba el contenido de una pequeña caja de herramientas montada

detrás de su asiento.

—Tendremos que sacar a unos cuantos tripulantes de la bodega para que nos ayuden. Con suficiente gente, podríamos reducirles.

—No me gusta la idea de enfrentarme desarmado a un AK74, pero podría existir alguna posibilidad. El problema es quitar la tapa de esa bodega. Necesitaré un par de minutos sin interrupciones con la grúa de popa, pero no creo que nuestros amigos de negro me dejen.

—Tiene que haber otra forma de salir de esa bodega —murmuró Summer.

—Por desgracia no. Estoy seguro de que será igual que la del *Deep Endeavor*, diseñada como bodega de almacenamiento y sin ningún otro acceso.

—Pensaba que Ryan había introducido un cable de transmisión desde un lugar que no era la escotilla.

Dirk pensó un momento. Al cabo de un largo minuto, se encendió al fin una luz.

—Tienes razón. Hay una pequeña escotilla de ventilación que se abre sobre el mamparo que hay detrás del hueco de inmersión. Es más bien un respiradero, diseñado para liberar la acumulación de gases tóxicos si se almacenan productos químicos en la bodega. Estoy bastante seguro de que un hombre podría entrar por ella. El problema de Morgan y los tripulantes es que está cerrada por fuera.

—Hemos de encontrar una manera de abrirla —dijo Summer.

Elaboraron varios planes, y al final trazaron una estrategia basada en las oportunidades que tendrían una vez subieran a bordo del Sea Rover. Sería necesario encontrar el momento preciso, además de pericia y una buena dosis de osadía. Pero sobre todo, haría falta suerte.

Dirk y Summer guardaron silencio, mientras sus mentes conjuraban imágenes siniestras del Sea Rover hundiéndose con toda la tripulación, sus amigos y compañeros de trabajo encerrados en la bodega hermética. Después, el espectro del 1411 se elevó en la negrura ante ellos y apartaron las imágenes de sus mentes. Procedieron a la tarea de rescatar los dos últimos contenedores mortíferos.

Dirk introdujo el sumergible en el hangar como la vez anterior, a escasa distancia de las armas restantes. Cuando Summer empezó a manipular los brazos mecánicos, Dirk observó la cámara de vídeo conectada con el monitor, la cual grababa cada momento del rescate. Miró mientras Summer levantaba con delicadeza el primer contenedor y lo depositaba en la cesta de rescate, cuando de repente activó a *Snoopy* y asió los controles del vehículo. En un instante, desplazó unos centímetros el ROV de su soporte, y después lo hizo girar en redondo hasta apretar su proa contra las planchas de los patines del sumergible y encendió los propulsores. El diminuto aparato no se movió, pero sus chorros de agua levantaron una espesa nube de barro y sedimentos delante del *Starfish*. La visibilidad del agua se redujo en un momento a cero entre una nube marrón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Summer, y detuvo los controles del brazo mecánico.

—Ya lo verás —contestó su hermano, aunque no había nada que ver. Después de manipular un momento los controles de Summer, apagó el propulsor del ROV. El agua tardó dos minutos en aclararse lo suficiente para que Summer pudiera sujetar el contenedor final.

—¿Quieres probar ese truco de nuevo? —preguntó ella después de depositar la bomba en la cesta.

—¿Por qué no? —preguntó Dirk, al tiempo que encendía el propulsor y volvía a remover el agua.

En cuanto el agua se despejó y los contenedores estuvieron sujetos en la cesta, Dirk alejó el sumergible del submarino y empezaron su lenta ascensión. A mitad de camino de la superficie cambiaron de sitio, para que Summer controlara los movimientos del sumergible mientras Dirk se ocupaba de los controles de los dos brazos mecánicos.

—Bien, llévanos arriba —dijo Dirk—. En cuanto nos dejen sobre la cubierta, me iría bien que se distrajeran un momento.

Mientras hablaba, extendió al máximo el brazo mecánico izquierdo, para que sobresaliera del *Starfish* como una lanza.

Summer confiaba en la intuición de su hermano a pies juntillas, y de todos modos no tenía tiempo para discusiones. Pronto apareció a la vista el anillo de luces del

hueco de la cubierta. Summer condujo el *Starfish* hasta el centro de la abertura, y después rompieron la superficie entre un chorro de burbujas y espuma. Se oyó un ruido metálico cuando sujetaron el sumergible con el gancho de la grúa y la diminuta embarcación fue izada del agua. Summer vio a Tongju y media docena de comandos mientras el sumergible oscilaba en el aire. Observó que su hermano estaba siguiendo con atención su avance, al tiempo que ajustaba la posición del brazo mecánico. Cuando el inexperto operador de la grúa les dejó caer sobre la cubierta, vio que Dirk empujaba hacia delante todos los controles del brazo. La garra metálica rebotó sobre la cubierta cuando se detuvieron, y quedó a escasa distancia del mamparo posterior. A poco más de un metro se hallaba la pequeña escotilla de ventilación que conducía a la bodega.

—Nuestro chico de la grúa se ha portado —masculló Dirk—. La tenemos a nuestro alcance.

—Creo que el espectáculo va a empezar —replicó Summer con una mirada nerviosa.

Se quitó a toda prisa su traje de buzo de la NUMA, revelando un cuerpo esbelto vestido con un sucinto bikini, cubierto por una camiseta holgada. Se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo, y después agarró la base suelta de la camiseta e hizo un nudo justo encima del ombligo. La ceñida camiseta revelaba el contorno de sus rotundos senos y el estómago. Dirk la ayudó a abrir la escotilla de escape, y volvió a apoderarse de los controles del brazo manipulador en cuanto Summer salió del sumergible como una exhalación.

Tongju estaba hablando con el operador de la grúa, dando la espalda al sumergible, cuando Summer salió. Al ver que no miraba, se acercó a toda prisa al comando más cercano, que la estaba observando con expresión lujuriosa. Su sonrisa se convirtió en una expresión de estupor cuando Summer gritó a pleno pulmón:

—¡Quítame las manos de encima, cerdo!

A sus palabras siguió un buen bofetón que casi derribó al hombre. Si su atavío no había atraído ya la atención de todo el mundo, la bofetada dirigió todos los ojos del barco hacia ella.

Todos, excepto los de Dirk. Aprovechando el alboroto, extendió por completo el brazo mecánico en lateral, hacia la escotilla de ventilación. Asió la palanca con la garra hasta abrir la escotilla y tiró de ella apenas, para luego bajar enseguida el brazo y desconectarlo. Salió por la escotilla del sumergible y se quedó de pie en la parte trasera, como si hubiera estado allí todo el rato.

—¿Qué pasa aquí? —dijo con voz ronca Tongju mientras se acercaba a Summer, con la pistola Glock apuntada a su estómago.

—Este pervertido intentó sobarme —chilló Summer, señalando con el pulgar al estupefacto comando. Tongju soltó una sarta de obscenidades hasta que el confuso

pistolero se encogió como una violeta marchita. Después, el líder del comando se volvió hacia Summer y Dirk, quien se encontraba ahora detrás de su hermana.

—Vosotros dos, volved al sumergible —ordenó en inglés, y el cañón de su Glock indicó el camino.

—Caramba, ni estirar las piernas se puede —protestó Dirk, como si fuera su mayor preocupación en aquel momento.

Mientras volvían al sumergible, repararon por primera vez en que el buque cablero japonés se estaba acercando para situarse al lado del Sea Rover. Aunque un poco más largo que el barco de la NUMA, el buque japonés tenía una superestructura más elevada y daba la impresión de alzarse a gran altura sobre el Sea Rover. Cuando apenas había transcurrido un minuto desde que el *Baekje* parara junto al Sea Rover, una enorme grúa situada en la cubierta de popa osciló por encima de la barandilla del Sea Rover, arrastrando un cable con una plataforma vacía que giraba en la brisa. Vieron desde el interior del sumergible que depositaban la plataforma sobre la cubierta, a su lado. Un trío de comandos vestidos de negro sacó varios contenedores del laboratorio auxiliar del Sea Rover y los sujetó a la plataforma. Sabían que cada contenedor albergaba una bomba biológica, alojada en una funda acolchada.

El operador de la grúa del *Baekje* transportó la plataforma de un barco a otro varias veces en la oscuridad previa al amanecer, hasta que todos los contenedores de las bombas estuvieron a bordo del barco japonés. Después, la plataforma vacía se convirtió en un autobús, que fue trasladando a los comandos en grupos. Un hombre vestido de negro apareció de las entrañas del barco y habló unos momentos con Tongju. Dirk observó que el asesino sonreía, y luego señaló el sumergible y vociferó una orden. Soltaron el gancho del cable que sujetaba la plataforma y lo trasladaron al *Starfish*.

—Creo que vamos a cambiar de vehículo —comentó Dirk cuando tiraron del cable.

Esta vez, elevaron el sumergible con cuidado. Dirk extendió a toda prisa el brazo mecánico y golpeó tres veces el mamparo más cercano con la garra antes de perder contacto con la cubierta. Summer y él vieron que el Sea Rover se alejaba bajo ellos, y luego fueron depositados en la cubierta de popa del *Baekje*. Al salir del sumergible fueron recibidos por un par de matones armados, que les empujaron hacia la barandilla del barco con sus fusiles.

—Ya estoy harto de la hospitalidad del rifle de asalto —masculló Dirk.

—Supongo que deben sentirse desnudos sin un arma en las manos —contestó Summer.

Vieron que el último grupo de comandos se acercaban en la plataforma, acompañados de Tongju.

—Dirk, ¿es mi vista, o el Sea Rover se está hundiendo? —preguntó Summer con

voz alarmada.

—Tienes razón —admitió su hermano después de examinar el barco—. Habrán abierto los depósitos de lastre. Está escorando un poco a estribor, además.

La plataforma que transportaba a Tongju descendió hasta la cubierta y el líder del comando saltó al suelo. Se acercó de inmediato a los dos cautivos.

—Sugiero que se despidan de su barco —dijo en tono inexpresivo.

—¡La tripulación está atrapada en la bodega, cerdo asesino! —gritó Summer.

Impulsada por la emoción, avanzó un paso hacia Tongju, encolerizada. El experto asesino reaccionó instintivamente y dirigió una fuerte patada al estómago de la joven, que cayó hacia atrás, pero sus reflejos no fueron lo bastante rápidos para hacer frente a la inesperada velocidad de Dirk, que saltó hacia delante y le propinó un gancho con la izquierda justo cuando Tongju recuperaba el equilibrio. El puñetazo alcanzó al asesino en la sien derecha, y a punto estuvo de dejarle sin sentido. Los comandos más cercanos saltaron enseguida sobre Dirk, y uno de ellos le golpeó en el estómago con la culata del fusil mientras los otros dos le inmovilizaban los brazos.

Tongju se fue recuperando poco a poco y se levantó, y luego avanzó hacia Dirk. Acercó la cara a la barbilla del cautivo y habló con voz calma, preñada de amenazas.

—Me gustará verte morir al estilo de tus compañeros —dijo, y luego dio media vuelta con brusquedad y se alejó.

Los restantes comandos condujeron con malos modos a Dirk y Summer hasta una escalera, y luego recorrieron un estrecho pasillo hasta empujarles al interior de un pequeño camarote. Cerraron la puerta a su espalda y los dos hombres montaron guardia.

Dirk y Summer se recuperaron enseguida del dolor de los golpes. Pasaron por encima de dos diminutos catres embutidos en el camarote y apretaron la cara contra una pequeña portilla.

—Se ha hundido más —observó Summer con temor en la voz.

Por la portilla vieron que el Sea Rover aún flotaba al lado del *Baekje*, mientras el agua seguía ascendiendo imparable hacia la borda. No se veía ni un alma en las cubiertas, y el gran buque de investigación parecía un barco fantasma. Dirk y Summer buscaron señales de movimiento, pero no vieron nada.

—Habrán vuelto a cerrar la escotilla de ventilación, o Morgan no puede acceder a ella —maldijo Dirk.

—O ni siquiera sabe que existe —susurró Summer.

Sintieron bajo sus pies un estruendo cada vez mayor, cuando encendieron los motores del *Baekje* y el gran buque cableado se alejó poco a poco del barco de la NUMA. Las luces del amanecer aún no se habían impuesto al cielo negro de la noche, y tardaron unos minutos en ver que el Sea Rover desaparecía hasta transformarse en un grupo borroso de luces parpadeantes.

Dirk y Summer se esforzaron por no perder de vista al barco de la NUMA, mientras el *Baekje* aumentaba la velocidad y la distancia. Por fin, las luces parpadeantes desaparecieron bajo el horizonte, hasta que ya no vieron nada ni del barco ni de sus camaradas.

—Parece que hemos perdido todo contacto con el Sea Rover, señor.

Rudi Gunn levantó la vista poco a poco del escritorio. Sus ojos azules se clavaron en el analista de la NUMA que se hallaba de pie ante él, nervioso.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Nuestra estación de comunicaciones dejó de recibir contacto hace más de tres horas. Continuamos recibiendo actualización de posición digital GPS, la cual mostraba que seguían estando parados en algún lugar del mar de la China. La señal se perdió hace unos veinte minutos.

—¿Mandaron una llamada de auxilio?

—No, señor, al menos no la hemos recibido.

Pese a llevar trabajando diez años para la agencia, el analista se sentía muy incómodo por ser el portador de malas noticias a su superior.

—¿Y el buque de la armada? Les asignaron una escolta.

—Señor, la Marina suspendió el servicio de escolta antes de que el Sea Rover zarpara de Osaka, debido a unos ejercicios de maniobras con la armada de Taiwán.

—Fantástico —exclamó Gunn, frustrado.

—Señor, hemos solicitado imágenes por satélite a la Oficina Nacional de Reconocimiento. Deberíamos recibir algo antes de una hora.

—Quiero un avión de búsqueda y rescate en el aire ahora mismo —ladró Gunn—. Póngase en contacto con la fuerza aérea y la Marina. Averigüe quién tiene desplegadas fuerzas más cerca. ¡Deprisa!

—Sí, señor —contestó el joven, y salió casi corriendo del despacho de Gunn.

Gunn meditó sobre la situación. Los buques de investigación de la NUMA contaban con los últimos avances en materia de comunicaciones vía satélite. No desaparecerían sin avisar. Además, el Sea Rover tenía una de las tripulaciones más veteranas y competentes de la flota de la NUMA. Dirk debía estar en peligro, temió. Alguien poderoso debía querer recuperar a toda costa las bombas biológicas que iban a bordo del 1411.

Cada vez más atemorizado, Gunn descolgó el teléfono y llamó a su secretaria.

—Darla, ponme con el vicepresidente.

El capitán Morgan no era hombre que se arredrara con facilidad. Arrastrando su fémur partido y el pómulo roto como si se tratara de simples rasguños, tomó el mando de su nerviosa tripulación después de que le arrojaran sin ceremonias a la bodega. Transcurridos unos segundos de su llegada, la pesada cubierta de acero de la escotilla se cerró sobre ellos, y el compartimiento se sumió en la oscuridad más absoluta. Susurros asustados resonaron en las paredes de acero, con el aire húmedo impregnado del olor a diesel.

—Que no cunda el pánico —berreó Morgan en respuesta a los murmullos—. ¿Está ahí, Ryan?

—Aquí.

La voz de Ryan se oyó desde un rincón.

—Tendría que haber un ROV ligero sujeto en la parte posterior. Busque las baterías y trate de encender las luces —ordenó.

Una tenue luz alumbró de repente en la parte posterior de la bodega, el estrecho rayo de una linterna atenazada en la garra del ingeniero jefe del Sea Rover.

—Lo haremos, capitán —gruñó la voz de acento irlandés del ingeniero, un pelirrojo llamado McIntosh.

Ryan y McIntosh localizaron el ROV restante en su soporte, y después de rebuscar bajo la escasa luz descubrieron un montón de baterías. Ryan procedió a cortar un extremo del cable eléctrico del ROV y empalmó diversas líneas internas en las terminales de los paquetes. En cuanto configuró un circuito completo, las brillantes luces de xenón del ROV proyectaron un cegador resplandor blancoazulado. Varios miembros de la tripulación que se hallaban cerca de las luces del ROV cerraron los ojos. Morgan pudo ahora examinar a sus tripulantes y al equipo de científicos, acurrucados en pequeños grupos a lo largo y ancho de la bodega. Una mezcla de confusión y miedo se reflejaba en los rostros de casi todos los hombres y mujeres.

—Buen trabajo, Ryan. McIntosh, haga el favor de mover esa luz de un lado a otro de la bodega. ¿Hay alguien herido? —preguntó el capitán, sin hacer caso de sus fracturas.

Una rápida encuesta reveló cortes, chichones y contusiones, pero aparte del maquinista herido y la pierna que se había roto un geólogo cuando cayó a la bodega, no había más heridas de consideración.

—Vamos a salir de esta —prometió Morgan en tono confiado—. Estos capullos solo quieren los objetos que recuperamos del submarino japonés. Lo más probable es que nos dejen salir de aquí en cuanto hayan trasladado el material a su barco —dijo, aunque en el fondo desconfiaba de sus palabras—. Por si acaso, vamos a buscar una manera de salir sin ayuda. Tenemos cantidad de mano de obra para ello. McIntosh, mueva la luz de nuevo para ver de qué herramientas disponemos.

McIntosh y Ryan levantaron el ROV portátil y caminaron con él hasta el centro de la bodega, y luego describieron una lenta circunferencia de 360 grados. Las luces dibujaron un arco luminoso sobre las personas y objetos que encontraban en su camino. Como almacén del *Starfish*, la bodega parecía un con tenedor de piezas electrónicas. Rollos de cable colgaban de los mamparos, y había componentes electrónicos sueltos guardados en múltiples armarios montados en la pared de popa. Estanterías con aparatos para experimentos forraban una pared de la bodega, mientras

que en el extremo delantero, una Zodiac de dos metros y medio descansaba sobre su soporte. En una esquina, media docena de barriles de gasolina de doscientos ocho litros estaban embutidos junto con dos motores fueraborda. Ryan iluminó los barriles durante varios minutos, con el fin de examinar una serie de peldaños de hierro que subían por el mamparo y bajo un saliente, detrás de los barriles.

—Capitán, hay una escotilla de ventilación al final de esos escalones que se abre a la parte posterior de la cubierta del hueco de inmersión —dijo Ryan—. Se cierra desde fuera, pero es posible que haya quedado abierta.

—Que uno de ustedes suba esa escalera y mire si la escotilla está abierta —gritó Morgan a un trío de científicos acurrucados cerca de los barriles.

Un oceanógrafo descalzo vestido con un pijama azul pegó un brinco y subió a toda prisa los peldaños metálicos, hasta desaparecer en un estrecho respiradero practicado en el saliente. Pocos momentos después volvió a aparecer, con los pies sensibles ahora a los toscos escalones.

—Está cerrada a cal y canto, capitán —dijo decepcionado.

McIntosh se puso a hablar de repente desde el centro de la bodega.

—Capitán, creo que podemos construir un par de palos con los soportes de madera que aguantan la Zodiac —dijo, señalando el bote de goma—. Con seis u ocho hombres a cargo de cada uno, podríamos levantar una esquina de la escotilla principal.

—Como un par de grandes mondadientes, ¿eh? Sí, tal vez podría funcionar. Adelante, McIntosh. Ustedes, ayuden a bajar esa Zodiac de su soporte —ordenó a un grupo reunido cerca del bote.

Asió la proa del bote y ayudó a depositarla sobre la cubierta. Varios hombres colaboraron con McIntosh en diseccionar la base y separar sus componentes, mientras el carpintero del barco reflexionaba sobre la manera de transformar el material en varios palos.

Mientras trabajaban, escuchaban las voces apagadas de los comandos en la cubierta, así como los chirridos y ruidos metálicos de la grúa del *Baekje*, cuando cargaba y desplazaba las armas del 1411. En un momento dado, se oyó el débil eco de una ametralladora desde una parte alejada del barco. Poco rato después, Morgan detectó el sonido del *Starfish* cuando era izado del mar y depositado con brusquedad sobre la cubierta, seguido por el chillido de una mujer, que no podía ser otra que Summer. La actividad cesó después de unos cuantos golpes en el mamparo. Por fin, el zumbido de las grúas y las voces esporádicas enmudecieron. Cuando fue evidente que los comandos habían abandonado el barco, Morgan se preguntó en silencio sobre el destino de Dirk y Summer. El estruendo de los motores del *Baekje* interrumpió sus pensamientos, cuando el buque cablero se alejó del Sea Rover.

—¿Cómo vamos, McIntosh? —preguntó en voz alta para tapar el sonido del

abandono, aunque podía ver con toda claridad los progresos que se iban realizando.

—Tenemos dos palos y vamos a por el tercero —gruñó el ingeniero jefe. A sus pies había tres palos de madera de aspecto irregular, de unos tres metros de largo. Cada uno estaba hecho de tres piezas de madera, con los extremos recortados toscamente con un martillo y un destornillador y encajados entre sí. Extrajeron hojas de metal de una estantería y las clavaron alrededor de las juntas para conseguir mayor estabilidad, y luego sujetaron todo con una capa de cinta adhesiva.

Mientras McIntosh examinaba los fragmentos de madera restantes, un rugido surgió de las entrañas del barco. Al cabo de pocos minutos, la intensidad del ruido se duplicó, como las aguas de un río turbulento. McIntosh se puso en pie poco a poco y habló al capitán con voz sombría y carente de expresión.

—Señor, han abierto las válvulas de paso. Quieren hundir el barco.

Varias voces invisibles lanzaron exclamaciones de horror al oír las palabras de McIntosh, y gritos de «¡No!» resonaron en la bodega. Morgan no les hizo caso.

—Parece que tendremos que arreglárnoslas con tres palos —contestó con calma el capitán—. Necesito siete hombres en cada palo. Manos a la obra.

Los hombres avanzaron y agarraron los palos, mientras varios hilillos de agua empezaban a entrar en la bodega a través de media docena de desagües de la sentina situados al mismo nivel de la cubierta de la bodega. Al cabo de unos minutos, los hombres estaban chapoteando con el agua hasta los tobillos. Apoyaron los extremos de los palos contra la esquina delantera de la escotilla, junto a la escalerilla de entrada. En el último peldaño, un hombre se erguía con un bloque de madera triangular de sesenta centímetros de altura. Su trabajo consistía en encajarlo bajo la tapa de la escotilla abierta para que no se cerrara.

—Preparados... ¡Arriba! —gritó Morgan.

Los tres grupos de hombres apretaron al unísono los extremos de sus palos contra la tapa de la escotilla, situada a dos metros y medio sobre sus cabezas, y empujaron con todas sus fuerzas. Ante la sorpresa de todos, la tapa se abrió varios centímetros y dejó entrar un chorro de luz apagada procedente de las luces de la cubierta, antes de que se cerrara de nuevo con estrépito.

El hombre apostado en lo alto de la escalera se quedó petrificado un instante antes de probar a encajar el triángulo, y ya fue demasiado tarde. La escotilla se cerró sobre su cabeza cuando intentaba encajar la cuña, y la tapa casi le cercenó los dedos de la mano derecha. El hombre respiró hondo, nervioso, y después indicó con un cabeceo a Morgan que volvería a intentarlo.

—Muy bien, probemos de nuevo —ordenó Morgan, mientras el agua remolineaba alrededor de sus rodillas. La sal del mar irritó la herida abierta de su pierna—. Uno... dos... ¡tres!

Se oyó un crujido que resonó en toda la bodega cuando la pieza superior de uno

de los palos se partió en dos, y la parte suelta cayó al agua con un chapoteo. McIntosh se acercó a examinarla, y descubrió que la junta se había roto por completo.

—No sirve de nada, señor —informó—. Tardaremos un rato en repararlo.

—Hagan lo que puedan —bramó Morgan—. Seguiremos con dos palos... ¡Empujen!

Los restantes hombres obedecieron, pero era una causa perdida. No hubo forma de reunir suficientes hombres para aplicar la presión necesaria. Más tripulantes acudieron a colaborar, pero tampoco había espacio para poner manos a la obra. En dos ocasiones lograron abrir la escotilla unos escasos centímetros, pero no lo bastante para bloquearla y para que un hombre pudiera escapar. El agua llegaba ahora a la cintura de Morgan, y vio en los rostros de los tripulantes que el terror a ahogarse estaba a punto de provocar el pánico en la bodega.

—Inténtelo otra vez —apremió, en tanto calculaba cuánto tardaba un hombre en morir ahogado.

Los hombres, enardecidos por las descargas de adrenalina, atacaron la cubierta de la escotilla con los palos por última vez. La tapa empezó a levantarse, pero cuando aumentaron la presión, otro crujido resonó en la bodega. Un segundo palo se partió por la junta y la tapa de la escotilla se derrumbó con estrépito.

—Estamos acabados —soltó una voz desde un rincón a oscuras.

Eso bastó para que el tembloroso cocinero apostado cerca de los barriles de gasolina perdiera los estribos.

—¡No sé nadar, no sé nadar! —gritó, con el agua hasta el pecho.

Presa del pánico, agarró uno de los escalones de hierro que ascendían hasta la escotilla de ventilación y subió a toda prisa. Cuando llegó al último peldaño, el terror no le había abandonado y empezó a golpear con los puños la pequeña tapa redonda de la escotilla, mientras gritaba que le dejaran salir. De pronto, sintió que la escotilla cedía bajo sus manos y se abría. Con el corazón acelerado a causa de la incredulidad, atravesó la escotilla y se paró en la cubierta, estupefacto. Su pulso tardó casi un minuto en empezar a calmarse, y él en recobrar la compostura.

Al darse cuenta de que no iba a morir todavía, volvió a la escotilla y bajó unos cuantos peldaños, y luego gritó a pleno pulmón.

—¡La escotilla está abierta! ¡La escotilla está abierta! ¡Por aquí todos!

Como un ejército de hormigas furiosas, la atemorizada tripulación corrió hacia la escalera, atropellándose mutuamente en la prisa por escapar. A estas alturas, casi todo el mundo estaba flotando en el agua o aferrado a los mamparos, mientras algunos derivaban por la bodega asidos a la Zodiac. El pequeño ROV también flotaba en libertad, y sus brillantes luces arrojaban un resplandor surrealista a su alrededor.

—Las mujeres primero —gritó Morgan, ateniéndose a la norma tradicional del mar.

Ryan, que estaba de puntillas cerca de la escalera, con el agua hasta la barbilla, intentó restablecer el orden en el caos.

—Ya han oído al capitán. Solo las mujeres. Ustedes, atrás —gruñó a un par de biólogos que se afanaban por subir la escalera. Cuando las mujeres de la tripulación salieron por la escotilla, Ryan logró mantener un simulacro de orden con las docenas de tripulantes que esperaban turno. Al otro lado de la bodega, Morgan observó que el agua ascendía con gran rapidez. Era imposible que todo el mundo escapara a tiempo, eso suponiendo que el barco no se hundiera antes.

—Ryan, suba por esa escalera. Intente abrir la escotilla principal —ordenó Morgan.

Ryan ni se molestó en contestar, sino que empezó a subir la escalerilla detrás de una enfermera a toda la velocidad de sus piernas. Pasó a través de la escotilla y cayó sobre la cubierta, y se quedó sorprendido al ver la escena que le aguardaba. A la pálida luz del amanecer, el Sea Rover se estaba hundiendo por la popa. El mar estaba rodeando ya el palo de mesana, en tanto la proa apuntaba hacia el cielo en un ángulo superior a veinte grados. Se puso en pie y vio que un suboficial de comunicaciones ayudaba a los demás a trepar a niveles más elevados del barco.

—Melissa, ve a la sala de radio y lanza un SOS —gritó.

Subió una escalera corta que conducía a la escotilla trasera, y divisó una chispa de luz hacia el norte, el buque cablero que se alejaba en dirección al horizonte. Saltó sobre la escotilla y se permitió un segundo para exhalar un suspiro de alivio. El agua aún no había cubierto la escotilla ni la grúa de popa. En sus prisas, los comandos habían dejado el gancho de la grúa sujeto a la escotilla.

Corrió hacia la grúa, saltó dentro de la cabina y puso en marcha los motores diesel, para luego accionar los controles que levantaban el pescante. Esta se alzó en el aire con desesperante lentitud, levantando con ella la pesada tapa de la escotilla. Ryan giró enseguida el pescante unos cuantos metros a estribor, saltó de la cabina y dejó la tapa de la escotilla colgando en el aire.

Después corrió hacia el borde de la bodega y descubrió que más de treinta hombres flotaban en el agua, luchando por sus vidas. El nivel del agua ya había llegado a treinta centímetros de la escotilla. Dos minutos más, calculó, y todos se habrían ahogado. Empezó a darles la mano para ayudarles a salir de uno en uno. Con la colaboración de los demás que ya estaban en cubierta, rescató a todos los hombres en cuestión de segundos. Se encargó en persona de sacar al último hombre, el capitán Morgan.

—Buen trabajo, Tim.

El capitán se encogió cuando se puso en pie.

—Siento no haber comprobado en persona la escotilla de ventilación, señor. Podríamos haber sacado antes a todo el mundo, de haber sabido que estaba abierta.

—Pero no lo estaba. ¿No lo entiende? Fue Dirk quien la abrió. Llamó a la puerta para que nos enteráramos, pero nos olvidamos de contestar.

—Que Dios les asista a él y a Summer, pobres diablos. De todos modos, temo que aún no estamos a salvo, señor. El barco se está hundiendo muy deprisa.

—Corra la voz de que hay que abandonar el barco. Vamos a bajar algunos botes salvavidas, pronto —contestó Morgan, y cojeó hacia la proa—. Voy a enviar un mensaje de socorro.

En aquel preciso momento, Melissa llegó corriendo sin aliento.

—Señor —jadeó—, han saboteado el sistema de comunicaciones... y el equipo de satélite. No hay manera de enviar mensajes de socorro.

—De acuerdo —contestó Morgan sin sorprenderse—. Desplegaremos nuestros faros de emergencia y esperaremos a que alguien venga a buscarnos. Diríjase a su bote salvavidas. Que todo el mundo abandone el barco.

Mientras se dirigía a colaborar con los botes salvavidas, Ryan reparó en que el *Starfish* había desaparecido. Entró en el laboratorio auxiliar y descubrió que se habían llevado los contenedores de las bombas, lo cual acabó con sus dudas acerca del motivo del asalto.

Después de la odisea en la bodega de carga, una calma anormal se apoderó de la tripulación cuando abandonó el barco. Silenciosos y en orden, hombres y mujeres se encaminaron a toda prisa hacia sus respectivos botes salvavidas, contentos de gozar de una segunda oportunidad de vivir, pese al hecho de que el barco se estaba hundiendo bajo sus pies. El agua estaba invadiendo la cubierta, y los dos botes salvavidas más cercanos a la popa ya estaban inundados antes de que pudieran rescatarlos de sus pescantes. Los tripulantes asignados fueron derivados a otros botes, que se lanzaron al agua enseguida.

Morgan avanzó renqueante por la cubierta, inclinada en un ángulo de treinta grados, hasta llegar al bote del capitán. Se detuvo e inspeccionó por última vez las cubiertas, como un apostador que se hubiera jugado, y perdido, la granja. El barco crujía y rechinaba debido al peso del agua salada que inundaba sus compartimientos inferiores. Un aura de tristeza rodeaba el barco, como si fuera consciente de que era demasiado joven para acabar pasto de las olas.

Por fin, convencido de que toda la tripulación estaba a salvo, Morgan saludó a su barco y entró en el bote salvavidas, el último hombre en salir. El bote descendió al instante hacia el mar ondulante y se alejó del barco herido. El sol acababa de trepar sobre el horizonte y arrojaba un rayo dorado sobre el buque de investigación, que se debatía en sus últimos momentos. El bote de Morgan se hallaba a pocos metros de distancia del Sea Rover, cuando la proa se alzó de repente hacia el cielo, y después el barco turquesa se hundió majestuosamente en el mar por la popa, entre un siseo de burbujas.

Cuando el barco desapareció de la vista, su traumatizada tripulación se sintió invadida por una solitaria sensación: el silencio.

—Algo huele a podrido en Dinamarca.

Summer no hizo caso de las palabras de su hermano y acercó a la nariz un pequeño cuenco con una especie de guisado. Después de un confinamiento ininterrumpido durante la mayor parte del día, la pesada puerta de su camarote se había abierto de repente, y una cocinera que llevaba un delantal blanco entró con una bandeja que contenía el guisado, un poco de arroz y una tetera. Un guardia armado vigilaba con aire amenazador desde el pasillo, y la nerviosa cocinera se fue sin decir una palabra en cuanto dejó la comida. Summer estaba famélica y se precipitó sobre la comida, mientras cerraban la puerta desde fuera.

Olió y arrugó la nariz.

—Creo que por aquí también huele a podrido —dijo.

Se decidió por el arroz, metió un par de palillos en el cuenco y empezó a comer los granos humeantes. Una vez aliviado el hambre, devolvió su atención a Dirk, quien estaba mirando por la portilla.

—Aparte de nuestro exiguo camarote, ¿qué te tiene preocupado?

—No me hagas mucho caso, pero creo que no nos dirigimos a Japón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Summer, al tiempo que se llevaba un montón de arroz a la boca.

—He estado observando el sol y las sombras que arroja el barco. Si fuéramos a Japón, deberíamos dirigirnos al nornoroeste, pero yo creo que más bien nos dirigimos hacia el noroeste.

—Algo difícil de distinguir a simple vista.

—Muy cierto, pero te lo digo tal como lo veo. Si atracamos en Nagasaki, envíame de vuelta a la escuela de navegación celestial.

—Eso significaría que nos dirigimos hacia el mar Amarillo —contestó Summer, mientras convocaba un plano imaginario de la zona en su cabeza—. ¿Crees que navegamos hacia China?

—Es posible. No existe la menor cordialidad entre China y Japón. Tal vez el Ejército Rojo Japonés tiene una base de operaciones en China, lo cual explicaría la falta de éxito de las autoridades en seguir la pista de posibles sospechosos en Japón.

—Puede ser, pero tendrían que operar con el conocimiento o el patrocinio del Estado, y yo supongo que se lo pensarían dos veces antes de hundir un barco de investigación norteamericano.

—Es verdad. Pero existe otra posibilidad.

Summer asintió, a la espera de que Dirk continuara.

—Los dos matones japoneses que dispararon contra mi Chrysler. El médico forense del depósito de cadáveres del condado pensaba que esos dos tipos tenían

aspecto de coreanos.

Summer terminó de comer el arroz y dejó el cuenco y los palillos.

—¿Corea? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Corea.

Los ojos de Ed Coyle se habían cansado hacía rato de escudriñar el mar gris en busca de algo anormal. Casi no concedió crédito a su vista cuando vislumbró algo al fin con el rabillo del ojo. Se concentró en el horizonte y distinguió una pequeña luz en el cielo, que arrastraba una delgada cola blanca. Era exactamente lo que el copiloto del avión de búsqueda y rescate Hércules Lockheed HC130 había esperado ver.

—Charlie, tengo un destello a las dos —dijo Coyle por el micrófono de los auriculares, con la voz tersa de un locutor deportivo de la ESPN. Indicó con la mano enguantada un punto del parabrisas donde había visto el estallido blanco.

—Lo tengo —contestó el mayor Charles Wight arrastrando un poco las palabras, mientras miraba por la ventanilla. Un tejano larguirucho de carácter frío, el piloto del HC130 inclinó un poco el aparato hacia la nube de humo y redujo la velocidad.

Seis horas después de partir de la base aérea de Cadena en Okinawa, los pilotos habían empezado a preguntarse si su misión estaba condenada al fracaso. Se sentaron en el borde de sus asientos y se preguntaron qué encontrarían en el mar. Un grupo de puntos blancos apareció poco a poco en el lejano horizonte, para ir aumentando de tamaño a medida que se acercaba el avión.

—Parece que tenemos unos cuantos botes salvavidas —dijo Wight cuando los puntos se convirtieron en formas distinguibles.

—Siete —confirmó Coyle, al tiempo que contaba los botes alineados. Morgan había atado entre sí los botes con el fin de mantener juntos a los supervivientes. Cuando el Hércules voló a baja altura sobre ellos, los tripulantes del Sea Rover agitaron las manos y lanzaron vítores al unísono.

—Unas sesenta cabezas —calculó Coyle, mientras Wight describía un lento círculo—. Parecen en buena forma.

—Sujetemos los PJ, lancemos un paquete médico de emergencia y veamos si podemos iniciar el rescate.

Los PJ eran tres paracaidistas con conocimientos médicos sentados en la parte posterior del avión, dispuestos a saltar del HC130 de un momento a otro. Como la tripulación del Sea Rover no parecía en peligro inminente, Wight optó por retrasar su intervención por el momento. Un tripulante del Hércules bajó una gran puerta hidráulica que había bajo la cola y, al ordenarlo Coyle, lanzó varios paquetes médicos y de provisiones, que descendieron hacia el mar suspendidos de pequeños paracaídas.

Entretanto, un especialista en comunicaciones aéreas había enviado una llamada de socorro por la frecuencia marina. Al cabo de pocos segundos, varios barcos

cercanos contestaron a la llamada, el más cercano de los cuales era un contenedor con rumbo a Hong Kong desde Osaka. Wight y Coyle continuaron trazando círculos alrededor de los botes salvavidas durante dos horas más, hasta que el contenedor llegó y empezó a subir a bordo supervivientes del primer bote. El avión de rescate, al ver que ya estaban a salvo, dio un último pase sobre los naufragos, y Wight movió los extremos de las alas a modo de despedida. Aunque los pilotos no pudieron oírles, los agotados y demacrados supervivientes lanzaron un coro de gracias que resonó en las aguas.

—Tipos con suerte —comentó satisfecho Coyle.

Wight asintió en silencio, y luego dirigió el Hércules hacia el sudeste, a la base de Okinawa.

El enorme carguero había lanzado un bocinazo de bienvenida mientras se dirigía hacia los botes salvavidas. Bajaron un bote para guiar a las víctimas del naufragio hasta una escalerilla cercana a la popa, por la cual casi toda la tripulación del Sea Rover subió a cubierta. Morgan y otros tripulantes heridos fueron trasladados al bote e izados hasta la cubierta principal del contenedor. Tras una breve bienvenida y algunas preguntas del capitán malasio del barco, condujeron a Morgan hasta el dispensario para ser tratado de sus heridas.

Ryan se encontró con él después de que el médico del barco hubiera atendido la pierna herida del capitán de la NUMA y le confinara en un catre, junto al tripulante de la pierna rota.

—¿Cuál es el diagnóstico, señor?

—La rodilla está hecha un asco, pero sobreviviré.

—Hoy en día hacen cosas asombrosas con articulaciones artificiales —le animó Ryan.

—Por lo visto, voy a averiguarlo de manera íntima y personal. Creo que una pata de palo mola. ¿Cuál es el estado de la tripulación?

—Goza de buen estado de ánimo. A excepción de Dirk y Summer, toda la tripulación del Sea Rover se halla a bordo. Le he pedido prestado al capitán Malaka el teléfono de satélite y he llamado a Washington. Pude hablar con Rudi Gunn en persona y le informé de nuestra situación después de comunicarle la pérdida del barco. Le dije que nuestro cargamento recuperado, junto con Dirk, Summer y el sumergible, se hallan a bordo del buque cablero japonés. Me pidió que le diera las gracias a usted por salvar a la tripulación y prometió que se activarán los máximos niveles gubernamentales para capturar a los responsables.

Morgan clavó la vista en una pared blanca, mientras repasaba en su mente los acontecimientos de las últimas horas. ¿Quiénes eran los piratas que habían asaltado y hundido su barco? ¿Qué pensaban hacer con las armas biológicas? ¿Qué había sido de Dirk y Summer? Al no encontrar respuestas, meneó la cabeza lentamente.

—Solo espero que no sea demasiado tarde.

Después de navegar en dirección norte durante un día y medio, el *Baekje* comenzó a desviar su proa hacia un destino situado más hacia el este. Divisaron tierra al anochecer, y el barco esperó a que oscureciera para entrar en un enorme puerto entre una espesa niebla. Dirk y Summer dieron por sentado que, de hecho, habían navegado hacia Corea, y que se encontraban en la ciudad portuaria de Inchon, al sur del país, basándose en la cantidad de cargueros y contenedores con banderas de todos los países que vieron al entrar en el puerto.

El buque cablero dejó atrás poco a poco los muelles comerciales en los que cargaban y descargaban sin cesar enormes contenedores. El *Baekje* se desvió hacia el norte, pasó ante una antigua terminal de refinería y rodeó un oxidado buque cisterna, hasta entrar en un rincón del puerto oscuro y menos transitado. El barco aminoró la velocidad cuando se acercó a un pequeño canal lateral que corría hacia el noroeste. Un puesto de guardia, con una lancha motora al lado, se alzaba a la entrada del canal, bajo un letrero oxidado que proclamaba en coreano:

Kang MARINE SERVICES. PRIVADO.

El capitán del *Baekje* internó el barco en el canal y avanzó varios cientos de metros a escasa velocidad, antes de doblar una curva cerrada. El canal alimentaba una pequeña laguna, que parecía más pequeña debido a un par de enormes muelles cubiertos que se levantaban en el extremo opuesto. Como si metiera un coche en un garaje, el capitán del *Baekje* introdujo el barco en uno de los cavernosos hangares, que se alzaba sus buenos quince metros sobre el castillo de proa del barco. Amarraron el barco bajo un campo de brillantes luces alógenas que colgaban del techo, en tanto una gran puerta hidráulica se cerraba tras ellos, de forma que nadie pudiera ver el barco desde fuera.

Una grúa osciló de inmediato y media docena de tripulantes empezaron a descargar los contenedores de las armas, que fueron bajados al muelle bajo la supervisión de Tongju. En cuanto las bombas estuvieron apiladas sobre la cubierta en forma de pirámide, un gran camión dio marcha atrás en dirección al cargamento. Otro grupo de hombres, vestidos con batas de laboratorio azules, cargaron con todo cuidado las armas en la parte posterior del camión, y después se alejaron del barco. Cuando dobló una esquina al final del muelle, Tongju vio el rayo familiar pintado en el costado del camión, bajo las palabras Kang.

SATELLITE TELECOMUNICATIONS CORP.

Kim se acercó, mientras Tongju veía al camión salir del hangar por una puerta vigilada.

—El señor Kang se quedará muy complacido cuando sepa que hemos recuperado todas las armas —dijo Kim.

—Sí, aunque dos no sirven de nada. Los pilotos del sumergible abrieron las dos últimas cápsulas y liberaron el armamento en el agua. Afirman que fue un accidente, debido a la falta de visibilidad bajo el mar.

—Una pérdida insignificante. En conjunto, la misión ha sido un éxito.

—Cierto, pero aún nos aguarda una operación difícil. Voy a llevar a los prisioneros a Kang para que les interrogue. Confío en que se ocupe de los preparativos del barco de manera satisfactoria —afirmó más que solicitó.

—La reconfiguración del barco, así como el abastecimiento de combustible y provisiones, comenzará de inmediato. Me aseguraré de que el barco esté preparado para zarpar en cuanto nuestro cargamento se halle a bordo de nuevo.

—Muy bien. Cuanto antes zarpemos, más probabilidades de éxito tenemos.

—Contamos con la ventaja del factor sorpresa. Es imposible fracasar —dijo Kim en tono confiado.

Pero Tongju no opinaba lo mismo. Dio una calada a su cigarrillo y meditó sobre el elemento sorpresa. Podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

—Confiemos en que nuestra treta se aguante —contestó por fin con aire pensativo.

Bajo cubierta, Dirk y Summer fueron sacados de su diminuto camarote a empujones, y un guardián con cuello de toro les esposó las muñecas antes de salir. Fueron conducidos a punta de pistola hasta una pasarela, donde Tongju les esperaba con una sonrisa burlona en la cara.

—Ha sido un crucero encantador. Sin embargo, no nos dijo en ningún momento dónde estaba la pista de patinaje —dijo Dirk al asesino.

—Para ser sincera —intervino Summer—, la comida no era exactamente de cinco estrellas.

—Su humor norteamericano no me divierte —gruñó Tongju, y sus fríos ojos demostraron que era cierto.

—Por cierto, ¿qué está haciendo el Ejército Rojo Japonés en Inchon, Corea? —preguntó Dirk de sopetón.

Tongju enarcó una ceja de forma casi imperceptible.

—Muy observador, señor Pitt.

Sin hacer caso a su cautivo, se volvió hacia Cuello de Toro, que apuntaba a la pareja con un AK74.

—Llévalos a la lancha rápida y enciérrales en el camarote delantero bajo guardia —vociferó. Después, dio media vuelta y cruzó el puente.

Dirk y Summer bajaron la pasarela con su escolta y se encaminaron a un muelle más pequeño, en el que estaba amarrado un yate. Era un catamarán South Pacific de treinta y un metros verde azulado. Diseñado y construido para el transporte de pasajeros, había sido reciclado como yate de lujo particular. Equipado con motores diesel de cuatro mil caballos de vapor, podía navegar a una velocidad superior a treinta y cinco nudos.

—Esto ya me gusta más —comentó Summer, cuando les empujaron a bordo y les encerraron en un camarote pequeño pero amueblado con elegancia—. Esta vez no hay ventanas. Supongo que al señor Hospitalidad no le gustó tu deducción —añadió Summer mientras se acomodaba en una butaca, con las manos esposadas todavía a la espalda.

—Soy un bocas —reconoció Dirk—. Al menos, ahora tenemos una idea aproximada de en dónde estamos.

—Sí..., justo en mitad de un Kimchi. Bien, si hemos de ir, lo haremos en primera —dijo Summer, al tiempo que admiraba los paneles de nogal y las obras de arte que adornaban las paredes—. Para ser una organización terrorista de segunda fila, tienen pasta por un tubo.

—Por lo visto, tienen amigos en Kang Enterprises.

—¿La naviera?

—Una empresa enorme. Hace años que vemos sus cargueros comerciales. También están metidos en negocios de alta tecnología, aunque yo solo conozco su división naviera. Una vez conocí a un tipo en un bar que trabajaba en uno de sus petroleros. Me habló de unas instalaciones de reparaciones y almacenamiento en Inchon. ¡Nunca había visto nada semejante! Se supone que hay un dique seco en un extremo, lleno de aparatos de alta tecnología. El cableero llevaba el rayo azul de Kang en la chimenea. Tiene que ser esto.

—Me alegro de saber que todo el tiempo que pasas en los bares sirve de algo —comentó Summer.

—Investigación. Pura investigación —sonrió Dirk.

Summer compuso de repente una expresión seria.

—¿Por qué un hombre de negocios surcoreano se liaría con el ERJ? ¿Qué quieren de nosotros?

Sus palabras fueron interrumpidas por el rugido de los motores diesel del catamarán, que se encendieron detrás de su camarote.

—Creo que pronto lo averiguaremos.

Tongju subió al catamarán cuando soltaron las cuerdas. La enorme puerta del hangar volvió a deslizarse a un lado para permitir que el catamarán saliera del edificio cerrado. Cuando atravesaron la puerta, Tongju echó un vistazo al buque cableero que se alzaba sobre ellos.

Un ejército de obreros remolineaba ya alrededor del *Baekje* como un enjambre de avispas. Una grúa estaba quitando la gigantesca rueda de tender cable que había en la cubierta de popa, mientras equipos de pintores trabajaban en las cubiertas superiores. Brigadas de construcción estaban cortando la superestructura en algunas zonas, al tiempo que añadían compartimientos y mamparos en otras. Un destacamento colgaba sobre la bovedilla para repintar el nombre del barco, mientras otro grupo pintaba la chimenea de amarillo dorado. En cuestión de pocas horas, todo el barco se transformaría en otro buque, que ni el ojo más experto sería capaz de detectar. Sería como si el *Baekje* jamás hubiera existido.

El hombrecillo de aspecto feroz recorrió los pasillos del cuartel general de la NUMA como si fuera el propietario del edificio, cosa que, de hecho, era cierta. El almirante James Sandecker era una figura reverenciada en las salas, oficinas y laboratorios de la NUMA, el hombre que había fundado la agencia con un puñado de científicos e ingenieros varias décadas antes. Aunque diminuto de tamaño, sus llameantes ojos azules y el pelo rojo, con perilla a juego, no hacían más que proclamar la intensidad con la que funcionaba veinticuatro horas al día.

—Hola, Darla, hoy estás imponente —dijo a la secretaria cuarentona que tecleaba en un ordenador—. ¿Está Rudi en la sala de conferencias?

—Me alegro de volver a verle, almirante. —La mujer sonrió cuando vio a un par de agentes del Servicio Secreto que se esforzaban por seguir el paso de su jefe—. Sí, el señor Gunn le está esperando dentro. Haga el favor de entrar.

Aunque sus camaradas de la NUMA todavía le consideraban el almirante, el resto del mundo le conocía como vicepresidente Sandecker. Pese a su aversión de toda la vida hacia el mundo subversivo de la política de Washington, el presidente Ward le convenció de que accediera a la vicepresidencia cuando su segundo murió inesperadamente. Sandecker sabía que el presidente era un hombre de honor e integridad, que no obligaría a su vicepresidente a convertirse en un florero. El dinámico almirante rompió enseguida el molde de los vicepresidentes anteriores. Lejos de ser un figurón y el emisario en los funerales de Estado, Sandecker ocupaba una posición indiscutible en la administración. Había impulsado reformas en defensa y seguridad, aumentado los presupuestos para las investigaciones científicas patrocinadas por el gobierno, y liderado iniciativas dirigidas a la protección del medio ambiente y los mares. Gracias a sus esfuerzos, la administración había impulsado la prohibición de cazar ballenas en todos los países industrializados, así como el aumento de castigos y sanciones para quienes contaminaban el mar.

Sandecker entró por la puerta de la sala de conferencias como una exhalación, y acalló de inmediato al grupo de dirigentes de la NUMA que estaban deliberando sobre la pérdida del Sea Rover.

—Gracias por venir, almirante —dijo Gunn, quien se puso en pie de un brinco y condujo a su superior hasta la cabecera de la mesa.

—¿Cuál es la última información? —preguntó Sandecker, sin perder el tiempo con trivialidades.

—Hemos confirmado que el Sea Rover se hundió tras ser atacado en el mar de la China por un pequeño grupo armado que asaltó el buque. La tripulación consiguió escapar milagrosamente de la bodega en que la habían encerrado pocos minutos antes del hundimiento. Consiguieron alejarse en los botes salvavidas, y luego fueron

avistados por un avión de rescate de la Fuerza Aérea. Alertaron a un carguero cercano y fueron rescatados. El carguero y la tripulación están en ruta hacia Nagasaki en este momento. Todos los tripulantes se hallan a bordo, salvo dos.

—¿El barco fue abordado por la fuerza?

—Un comando de nacionalidad no identificada subió a bordo de noche y se apoderó del barco sin lucha.

—Es el barco de Bob Morgan, ¿verdad?

—Sí. Por lo visto, el viejo les plantó cara y recibió un disparo en la pierna. He hablado con Ryan, su segundo, y me ha dicho que se pondrá bien. Según Ryan, los atacantes afirmaron ser del Ejército Rojo Japonés. Huyeron en un buque cablero que llevaba bandera japonesa.

—Eligieron un barco raro para atacar —musitó Sandecker—. Supongo que se llevaron las bombas biológicas que habían sido recuperadas del 1411.

—Ryan me lo confirmó. Casi habían terminado la operación de rescate cuando se produjo el ataque. El *Starfish* había desaparecido cuando la tripulación escapó de la bodega, y Ryan cree que fue trasladado al barco atacante, tal vez con los pilotos del sumergible desaparecido.

—Llamaré al Departamento de Estado y ordenaré que soliciten la ayuda de las fuerzas navales japonesas. —Sandecker sacó un enorme puro de la República Dominicana del bolsillo del pecho, lo encendió y envió una columna de humo hacia el techo—. No será muy difícil localizar un buque cablero cuando entre en un puerto.

—He avisado a Seguridad Nacional, que está trabajando en esa misma línea. No creen que el Ejército Rojo Japonés posea la habilidad y tecnología necesarias para suponer una amenaza en su país con dichas armas, pero están investigando posibles vínculos con Al Qaeda y otras organizaciones terroristas.

—No me extrañaría —contestó con sequedad Sandecker, mientras daba vueltas al puro entre el índice y el pulgar—. Informaré al presidente esta tarde. Alguien lo va a pagar caro por destruir un barco del gobierno norteamericano —rugió, con los ojos encendidos.

Los reunidos en la sala de conferencias asintieron. Si bien la organización era grande, existía una sensación de unidad en el seno de la agencia, y un acto de terrorismo contra colegas que se hallaban al otro lado del mundo era considerado como una afrenta personal.

—Compartimos sus sentimientos, almirante —contestó en voz baja Gunn.

—Por cierto, ¿quiénes son los dos tripulantes desaparecidos? —preguntó Sandecker.

Gunn tragó saliva.

—Summer y Dirk Pitt. Suponemos que fueron secuestrados junto con el *Starfish*. Sandecker se quedó petrificado.

—Santo Dios, ellos no. ¿Lo sabe su padre?

—Sí. Está en las Filipinas con Al Giordino, intentando contener un peligro contra el entorno subacuático. He hablado por teléfono vía satélite y sabe que estamos haciendo todo lo posible.

Sandecker se reclinó en la butaca de cuero y contempló la nube de humo azulado que flotaba sobre su cabeza. Que Dios se apiade del loco que haga daño a los hijos de ese hombre, pensó.

A siete mil millas de distancia, el catamarán azul surcaba las aguas de la costa oeste de Corea a toda la velocidad de sus motores. Summer y Dirk oscilaban de un lado a otro en su lujosa prisión, mientras el yate hendía las olas a una velocidad de casi cuarenta nudos. Un par de pescadores coreanos que iban a bordo de un desvencijado sampán maldijeron con vehemencia cuando la embarcación pasó peligrosamente cerca, y la estela del poderoso yate lanzó olas por encima de las bordas del diminuto pesquero.

Al cabo de dos horas, el catamarán se desvió hacia tierra y aminoró la velocidad, mientras serpenteaba entre las pequeñas islas que sembraban la boca del río Han. El piloto maniobró el barco durante una hora más hasta localizar el canal semioculto que se adentraba en el cubil de Kang de la isla Kyodongdo. Cuando atravesó la ensenada, consciente de que estaba vigilado por cámaras de vídeo ocultas, el piloto guió el catamarán hacia el otro lado de la bahía, hasta el muelle flotante situado en la base del complejo. El catamarán azul se detuvo y fue amarrado detrás del yate blanco Benetti de Kang.

Dirk y Summer quedaron encerrados en su camarote, mientras Tongju bajaba del barco y subía en ascensor hasta el enclave privado de Kang. Este estaba sentado en su oficina chapada en madera de cerezo con Kwan, estudiando los estados de cuentas económicos de un fabricante de componentes de radio que pensaba adquirir mediante una OPA hostil. Alzó la vista poco a poco cuando Tongju entró e inclinó la cabeza.

—El capitán Lee, del *Baekje*, me ha informado de que tu misión fue un éxito —dijo Kang con los labios apretados, sin expresar la menor satisfacción.

Tongju asintió levemente.

—Nos apoderamos de las armas después de que fueran rescatadas por el barco norteamericano. Diez se hallaban todavía intactas, y se ha determinado que pueden utilizarse —continuó, sin mencionar que Dirk había saboteado dos contenedores.

—Cantidad más que suficiente para proceder a la operación —contestó Kang.

—Los expertos en armas que estaban a bordo del *Baekje* se mostraron muy complacidos. Las bombas fueron trasladadas de inmediato al laboratorio de investigaciones biológicas, en cuanto llegamos a Inchon. El responsable del laboratorio me aseguró que la purificación y embalaje necesarios se terminarán dentro de cuarenta y ocho horas.

—En cuyo momento la reconfiguración del *Baekje* también habrá finalizado.

Tongju asintió a modo de respuesta.

—Estará preparado para zarpar a tiempo.

—Es preciso ceñirse a los plazos —continuó Kang—. La misión ha de llevarse a cabo antes de la votación en la Asamblea Nacional.

—Mientras no haya retrasos con las armas, nosotros estaremos preparados —le tranquilizó Tongju—. Los obreros del astillero habían llevado a cabo ya progresos impresionantes cuando zarpamos de las instalaciones del muelle.

—No podemos tolerar ningún error de cálculo —dijo con frialdad Kang.

Tongju entornó un poco los ojos, sin saber bien a qué se refería su jefe. Siguió hablando sin hacer caso del comentario.

—He traído conmigo dos cautivos del barco norteamericano. Los pilotos que manejaban el sumergible. Uno de ellos es el hombre responsable de la muerte de nuestros dos agentes en Estados Unidos. Pensé que tal vez le gustaría a usted hacerle los honores en persona —dijo, e imprimió un énfasis siniestro a la palabra «honores».

—Ah, sí, los dos tripulantes desaparecidos del barco de la NUMA.

—¿Tripulantes desaparecidos?

Kwan se adelantó y depositó un artículo periodístico bajado de internet en las manos de Tongju.

—Ha salido en todos los diarios —dijo Kwan—. «Buque de investigación hundido en el mar de la China. Todos excepto dos salvados».

Era un titular del *Cbosun libo*, el periódico coreano más importante.

Tongju palideció, pero no movió ni un músculo.

—Eso es imposible. Hundimos el barco con la tripulación encerrada en una bodega. No pudieron escapar.

—Pues lo hicieron —dijo Kang—. Un carguero que pasaba por allí recogió a la tripulación y los llevó a Japón. ¿No viste hundirse el barco?

Tongju negó con la cabeza.

—Estábamos ansiosos por regresar con el material rescatado lo antes posible —dijo en voz baja.

—Se ha informado de que el barco sufrió un incendio accidental a bordo. Por lo visto, los norteamericanos temen la publicidad sobre otro incidente terrorista —dijo Kwan.

—Así como revelar la verdadera naturaleza de su presencia en el mar de la China —añadió Kang—. Tal vez la falta de información calmará la investigación del incidente.

—Estoy convencido de que no revelamos nuestra verdadera identidad. Mi grupo de asalto era de etnias diferentes, y solo se habló en inglés y japonés mientras estuvimos a bordo del barco norteamericano —contestó Tongju.

—Tal vez tu fracaso a la hora de liquidar a la tripulación no haya sido negativo — afirmó Kang con cierto brillo en los ojos—. Causará más problemas a los japoneses y mantendrá a la inteligencia norteamericana concentrada en Japón. Buscarán el *Baekje*, por supuesto. Cuanto antes vuelva al mar, mejor.

—Le tendré informado momento a momento de lo que suceda en el astillero — contestó Tongju—. ¿Y los dos norteamericanos?

Kang examinó una agenda forrada en piel.

—Voy a viajar a Seúl para reunirme con el ministro de la unificación esta noche y volveré mañana. Mantenles vivos hasta entonces.

—Les serviré la última cena —replicó Tongju sin humor.

Kang hizo caso omiso del comentario y volvió a hundir la nariz en una pila de documentos comerciales. El asesino captó la indirecta, dio media vuelta y salió de la oficina de Kang sin hacer el menor ruido.

A un kilómetro del muelle aislado donde estaban sometiendo el *Baekje* a su restauración cosmética, dos hombres a bordo de una sucia camioneta daban vueltas alrededor de un edificio del astillero, sobre cuya entrada principal se veía un cartel borroso que anunciaba Kang SHIPPING COMPANY. Vestidos con monos gastados y gorras de béisbol manchadas de grasa, los dos hombres formaban parte de un equipo de seguridad camuflado armado hasta los dientes, que en número de dos docenas patrullaba las instalaciones supersecretas las veinticuatro horas del día. El exterior ruinoso del edificio ocultaba un centro de desarrollo de alta tecnología que contaba con los últimos adelantos informáticos. La primera y última planta estaban dedicadas al desarrollo de cargas útiles de satélites para el negocio de comunicaciones vía satélite de Kang. Un pequeño grupo de ingenieros de élite trabajaba para incorporar capacidades secretas de escucha y reconocimiento en satélites de telecomunicaciones convencionales, que se vendían para la exportación y eran lanzados por otros gobiernos regionales o empresas comerciales. Oculto en el sótano, y custodiado por numerosos guardias, había un pequeño laboratorio de microbiología cuya existencia solo era conocida por un puñado de empleados de Kang. El pequeño grupo de científicos que trabajaban en el laboratorio habían entrado subrepticamente desde Corea del Norte. Como sus familias todavía vivían en las provincias del norte, y debido al forzado patriotismo que se les infligía, los microbiólogos e inmunólogos no tenían otro remedio que plegarse a trabajar con agentes biológicos peligrosos.

Las bombas mortíferas del 1411 habían sido trasladadas con el máximo sigilo al laboratorio, donde un experto en armamento había ayudado a los biólogos a extraer el virus de la viruela en forma de polvo de las bombas aéreas. Los japoneses habían liofilizado los virus, y de esta manera los agentes patógenos permanecieron inertes mientras los manipulaban y almacenaban. El propósito era que las bombas cargadas de viruela conservaran su eficacia letal durante el viaje del submarino, hasta que fueran hidrogenadas para su dispersión. Más de sesenta años después, los contenedores de porcelana habían resistido todos los efectos destructivos de las décadas de inmersión. Las envejecidas cargas útiles de las bombas eran todavía tan potentes como cuando las instalaron.

Los biólogos depositaron muestras del polvillo color crema en un recipiente adecuado e iniciaron una reconstitución controlada de los virus, utilizando un diluyente estéril con base acuosa. Bajo el ojo de un microscopio, los microorganismos dormidos en forma de cubo empezaron a despertar de su largo sueño y a rebotar unos contra otros como autos de choque, al tiempo que recuperaban su capacidad letal. Pese al largo período de sueño, tan solo un pequeño porcentaje de los virus no logró rejuvenecer.

Al mando del laboratorio se hallaba un microbiólogo ucraniano muy bien pagado llamado Sarghov. Ex científico del Biopreparat, la agencia civil de la antigua Unión Soviética que constituía la tapadera del programa militar de armas biológicas de la república, Sarghov había ofrecido sus conocimientos de manipulación genética de armas biológicas al mejor postor. Aunque nunca había deseado abandonar su país natal, su prestigio de líder científico en la agencia sufrió un revés cuando le encontraron en la cama con la esposa de un miembro del politburó. Temiendo por su vida, pasó de Ucrania a Rumania, donde saltó a un carguero de Kang en el mar Negro. Un generoso soborno al capitán del barco logró que entrara en contacto con cargos más altos de la empresa, donde reconocieron su talento científico y lo destinaron a usos ilícitos.

Gracias a los amplios recursos puestos a su disposición, Sarghov se hizo con un laboratorio de investigación del ADN de alta tecnología, que contaba con los aparatos y las herramientas necesarias para que un bioingeniero experto manipulara, dividiera, aislara o recombinara el material genético de un microorganismo con otro. En los confines del laboratorio secreto de Sarghov, había un arsenal de bacterias y agentes víricos peligrosos, las semillas que cultivaba para crear un jardín de muerte. Pero aun así se sentía impotente. Sus existencias se componían de agentes adquiridos con facilidad, como el virus de la hepatitis B y micro bacterias de la tuberculosis. Agentes letales en potencia per se, pero nada comparable con el mortífero Ébola, la viruela y el virus de Marburg^[1] con los que había trabajado durante sus tiempos en las instalaciones soviéticas de Obolensk. Los febriles intentos de Sarghov de crear un agente asesino con los recursos que tenía a mano habían fracasado. Se sentía como un boxeador con una mano atada a la espalda. Lo que necesitaba y deseaba era un agente patógeno auténticamente letal, de primera categoría.

Su premio llegó de una procedencia inesperada. Un agente norcoreano se había infiltrado en un centro de destrucción de documentos gubernamentales de Tokio, y había interceptado un fajo de documentos secretos japoneses. Con la esperanza de descubrir un buen número de secretos de seguridad japoneses actuales, los jefes del agente en Pyongyang se irritaron al ver que eran documentos reservados de la Segunda Guerra Mundial. Entre ellos se incluían informes relativos a experimentos del ejército imperial con armas biológicas, informes que iban a ser destruidos por temor a incomodar al gobierno. Un astuto analista de inteligencia descubrió la implicación del ejército imperial en las misiones finales del 1403 y el 1411, y Sarghov supo que no tardaría en recibir su provisión de *Varióla major*.

En el mundo de la ingeniería genética, digno de Frankenstein, los biólogos consideran una tarea aterradora crear un organismo totalmente nuevo de la nada, pero manipular microorganismos existentes mediante una mutación deliberada, para luego impulsar su reproducción en cantidades útiles, ha sido un arte desde los años setenta.

Cosechas agrícolas concebidas en laboratorios, resistentes a los insecticidas y la sequía, constituyen un beneficio para la sociedad fruto de dicha bioingeniería, junto con la creación más controvertida de ganado superdesarrollado. Pero el lado oscuro de la ingeniería genética ha sido siempre la creación potencial de nuevas cepas de virus o bacterias, de consecuencias desconocidas, probablemente catastróficas.

Debido a su ambición insaciable, Sarghov no se contentaba con regenerar el suministro de viruela. Se guardaba muchos más ases en la manga. Con la ayuda de un investigador finlandés, Sarghov adquirió una muestra del virus HIV1, el origen más común del síndrome de inmunodeficiencia adquirido. Alterando la estructura viral del HIV1, Sarghov sintetizó un elemento genético fundamental del horripilante virus del sida. El científico tomó su provisión reconstituida de virus de la viruela y trató de crear una nueva bacteria mutante, integrando el muy inestable virus HIV1. Fortalecidos por el elemento sintético que actuaba para estimular la recombinación, los virus imitantes pronto fueron cultivados, y después reproducidos en masa. El resultado fue un nuevo microorganismo que contenía las características de ambos agentes patógenos. Los microbiólogos se refieren a veces al producto como «quimera». La quimera de Sarghov combinaba la mortalidad contagiosa de la viruela con la capacidad destructora de la inmunidad del HIV1, dando lugar a un súper virus mortífero.

Reproducir el agente patógeno mutante en grandes cantidades a partir de la nada era un proceso largo, pese a la ferocidad del virus. Limitado por los plazos de Kang, Sarghov maximizó las cantidades lo mejor que pudo, y después liofilizó los virus imitantes resultantes de forma muy similar a la de los japoneses décadas antes. El súper virus cristalizado se mezcló a continuación con los suministros más abundantes del virus de la viruela liofilizado de las bombas aéreas, y creó un conjunto tóxico diversificado. El conjunto fue procesado y refinado por segunda vez con reforzadores que aceleraron el proceso de rejuvenecimiento.

La mezcla, que ahora se podía diseminar con suma facilidad, fue introducida en una serie de contenedores tubulares ligeros, de manera que semejaban un rollo de toallas de papel, y luego fueron apilados en una camilla y transportados hasta la plataforma de montaje de la carga útil de los satélites, donde una brigada de ingenieros mecánicos introdujo los tubos en cilindros de acero inoxidable más grandes, los cuales contenían un depósito y accesorios de hidrogenación. El proceso fue repetido varias veces bajo focos brillantes, hasta que cinco cilindros fueron montados y depositados en grandes cajas. Llegó un elevador de cajas y las cargó en el mismo camión blanco de Kang que había entregado el armamento, el cual volvería ahora al muelle cerrado con una forma revitalizada del mismo.

Sarghov sonrió complacido, consciente de que iba a cobrar una fortuna. Su agotado equipo científico había dado la talla, habían verificado que el antiguo virus

de la viruela todavía conservaba su potencia mortífera, y elevado después dicha potencia a proporciones criminales. En menos de cuarenta y ocho horas, los biólogos de Sarghov habían transformado el virus de sesenta años de antigüedad en un asesino completamente nuevo, como el mundo no había visto jamás.

—¿Qué quiere decir que el barco aún no se ha materializado? —preguntó Gunn, decepcionado.

El jefe de sección de Operaciones de Terrorismo Internacional, un hombre corpulento llamado Tyler, abrió una carpeta sobre el escritorio y examinó su contenido mientras hablaba.

—No hemos recibido información sobre el paradero del buque cablero *Baekje*. La Agencia Nacional de Policía japonesa ha estado controlando el tráfico marítimo en todos los puertos del país, y ha comprobado *in situ* cada barco que se parece remotamente a la descripción proporcionada por la tripulación de la NUMA. Hasta el momento, no hay nada.

—¿Han investigado puertos que no sean de Japón?

—Interpol ha lanzado un aviso internacional, y tengo entendido que se ha solicitado a la CÍA que facilite información, a petición del vicepresidente. Hasta el momento, no se ha recibido la menor información. Podría estar escondido en un millón de sitios, Rudi, o podrían haberlo hundido.

—¿Hay imágenes de satélite del punto donde el Sea Rover fue hundido?

—Mal momento, por desgracia. Debido al aumento de las tensiones políticas en Irán, la Oficina Nacional de Reconocimiento ha desviado algunos de sus satélites de alta resolución hacia Oriente Medio. El mar de la China es uno de los muchos lugares muertos en este momento, solo cubierto por barridos periódicos desde satélites no geosincronizados. Todo eso significa que el *Baekje* podría recorrer quinientas millas entre pase y pase. Estoy esperando las imágenes históricas de los últimos días, pero me han dicho que no albergue demasiadas esperanzas.

La ira de Gunn se suavizó cuando comprendió que el hombre calvo de la camisa almidonada era un profesional competente, que estaba haciendo lo posible con los medios a su alcance.

—¿Algún avance sobre el historial del barco? —preguntó.

—Su hombre, Hiram Yaeger, nos brindó una excelente ayuda. Yaeger fue quien identificó en principio el barco como el *Baekje*, basándose en una revisión mundial de registros de barcos mediante el banco de datos de la NUMA. Al parecer, hay menos de cuarenta buques cableros del tamaño y configuración descritos por los tripulantes rescatados de la NUMA. Estrechamos la lista hasta doce, adquiridos o alquilados en la región asiática del Pacífico, y el *Baekje* salió desaparecido en combate.

El hombre del FBI hizo una pausa mientras pasaba las hojas de la carpeta, y luego extrajo una hoja blanca con las marcas borrosas de una copia de fax en la cabecera.

—Aquí están los detalles del barco. Buque cablero *Baekje*, ciento treinta y cuatro

metros de eslora, arqueo bruto nueve mil quinientas toneladas. Construido por la Hyundai Mipo Dockyard Company, Ltd, Ulsan, Corea del Sur, en 1998. Propiedad de Kang Shipping Enterprises, Inchon, Corea del Sur, de 1998 a 2000. Desde 2000, el barco ha estado alquilado a Nippon Telegraph and Telephone Corporation, Tokio, para tender cable en y alrededor del mar del Japón.

Dejó la carpeta y miró a Gunn a los ojos.

—El alquiler de la NTT expiró hace seis meses, en cuyo momento el *Baekje* quedó sin utilizar en un muelle de Yokohama. Hace dos meses, representantes de la NTT volvieron a negociar un alquiler de un año del barco y tomaron posesión de él con su propia tripulación. Los registros portuarios muestran que estuvo en paradero desconocido durante cinco semanas, y después reapareció brevemente en Yokohama hará unas tres semanas. Se cree que fue avistado en Osaka, desde donde debió seguir al Sea Rover hasta el mar de la China.

—¿Lo robaron a la NTT?

—No. Las autoridades de la NTT se quedaron sorprendidas cuando descubrieron que sus nombres aparecían en un acuerdo de alquiler revisado del barco, una vez su tarea de tender cable de fibra óptica terminara. Los representantes de la NTT que alquilaron el barco fueron impostores que engañaron a los agentes de Kang Shipping. La gente de Kang aportó la documentación, todo les pareció legítimo, si bien un representante consideró extraño en su momento que la gente de la NTT se trajera su propia tripulación, cosa que no había sucedido en el pasado. Al parecer, la gente de Kang Shipping va a presentar una demanda a la aseguradora para recuperar el barco.

—Da la impresión de que había un informador interior en alguna parte. ¿Alguna relación conocida entre el Ejército Rojo Japonés y Nippon Telegraph and Telephone?

—Ninguna que hayamos establecido, pero lo estamos investigando. Los ejecutivos de la NTT están colaborando al máximo, y parecen ansiosos por limpiar su nombre de cualquier relación posible. El patrocinio oficial de la empresa parece improbable, de modo que las autoridades japonesas se están concentrando en una posible facción de empleados de la propia empresa.

Gunn meneó la cabeza.

—De modo que tenemos un barco de ciento cuarenta metros que se ha desvanecido en el aire, un barco del gobierno de Estados Unidos que ha sido hundido y una lista de sospechosos vacía. Dos de mis empleados han sido secuestrados, tal vez asesinados, y no tenemos ni idea de dónde empezar a buscarlos.

—Nosotros también estamos frustrados, Rudi, pero a la larga les encontraremos. A veces, estas cosas exigen tiempo.

Tiempo, pensó Gunn. ¿Cuánto tiempo les quedaba a Dirk y Summer, si no se había agotado ya?

La ducha caliente fue una pura delicia. Summer dejó que el agua se derramara

sobre su cuerpo durante más de veinte minutos, antes de decidirse a cerrar los grifos y coger una toalla. Habían pasado casi cuatro días desde su último encuentro con la higiene, calculó mentalmente, al tiempo que repasaba por enésima vez los acontecimientos de los últimos días. Salió de la ducha de baldosas de mármol, se secó con una mullida toalla y se envolvió el cuerpo con ella, sujetando el extremo suelto bajo la axila. Ante ella se extendía una inmensa encimera de mármol con lavabos dobles y relucientes accesorios de oro, bajo un enorme espejo biselado que llegaba hasta el techo. Había que reconocer algún mérito a aquellos asesinos, pensó. Por aquí hay alguien con gusto.

Después de una incómoda noche de insomnio en el yate, donde su hermano y ella se habían turnado en dormir en la cama gemela con las manos esposadas a la espalda, un trío de guardias armados les condujo a la orilla por la mañana.

—Recuerda un poco el Berghof, ¿no crees? —comentó Dirk cuando vio la inmensa residencia posada sobre el acantilado de piedra.

El edificio de piedra, con la impresionante vista sobre el río Han, tenía cierto parecido con el cubil de vacaciones de Hitler en los Alpes. El grupo de esbirros vestidos de negro que les rodeaba acentuaba todavía más la semejanza.

Les empujaron hacia el ascensor rodeado de rocas y subieron hasta un corredor interior situado bajo los aposentos principales, y luego hasta un par de habitaciones de invitados.

—Prepárense para cenar con el señor Kang —berreó un guardia en mal inglés—, dos horas.

Mientras Summer se duchaba, Dirk investigó su lujosa habitación contigua en busca de alguna vía de escape. Las habitaciones sin ventanas estaban excavadas en la cara del acantilado, y la única entrada y salida era el pasillo, donde dos guardias armados estaban apostados ante la puerta abierta de cada habitación. Si iban a intentar huir, no iba a ser por aquí, decidió.

Mientras Summer se secaba el pelo, la joven se extravió por un momento en el lujo y disfrutó de su entorno. Olfateó una serie de lociones y perfumes exóticos alineados en la encimera de mármol, y utilizó una loción corporal de aloe vera y un perfume con aroma a lilas. Había un perchero con vestidos de seda en el rincón, a disposición sin duda de las invitadas. Acarició con los dedos la colección de batas y vestidos de talla pequeña, y se fijó en un vestido rojo intenso con una chaquetilla a juego que parecía de su talla. Se miró en el espejo y examinó el resultado. Un poco ceñido en el busto, pero una excelente representación de una muñeca china, aunque alta y pelirroja, pensó, y sonrió a su imagen. Encontró un buen surtido de zapatos al pie del perchero, y examinó una docena de pares hasta descubrir unos negros a juego con la ropa. Se calzó y lanzó una maldición cuando se rompió la uña del pulgar al tirar de un tacón. Inspeccionó la encimera del cuarto de baño, desechó peines y

cepillos, y descubrió al fin uno de los objetos esenciales para una mujer: una lima de uñas. No se trataba de un modelo barato, porque el mango era de porcelana. Miró la diminuta herramienta y se la guardó sin pensarlo en un bolsillo lateral después de limarse la uña. Un instante después, un golpe en la puerta de la habitación indicó que su interludio de lujo había terminado.

Salió al pasillo a punta de pistola y vio que Dirk esperaba con dos rifles apuntados a su espalda. Miró a su hermana con aquel asombroso vestido de seda y lanzó un silbido.

—Temo que esta noche solo ratas guiarán tu carruaje, Cenicienta —bromeó, y señaló con el pulgar a los dos matones.

—Veo que tú has decidido seguir en plan Mr. Goodwrench^[2] —replicó ella, al observar que llevaba el mismo mono de la NUMA manchado de grasa y sudor.

—Temo que mi ropero no estaba muy bien surtido —dijo Dirk, y se subió las perneras del mono hasta la mitad de los tobillos para subrayar sus palabras—. Nunca me ha preocupado mucho la apariencia externa.

La cháchara irritó a los cuatro guardias, de modo que les empujaron hacia el ascensor, en el que subieron hasta el primer piso. Las puertas se abrieron al impresionante comedor de Kang, con la amplia vista que brindaban los ventanales. Kang estaba sentado a la cabecera de la mesa, y revisaba en silencio el contenido de una carpeta forrada en piel, mientras Tongju se hallaba de pie a su lado. El magnate coreano estaba hecho un brazo de mar, vestido con un traje azul marino hecho a medida por un caro sastre de Hong Kong y corbata de seda marrón. Sus ojos acerados se desviaron un momento hacia el ascensor, y después devolvió su atención a los documentos, el rostro convertido en una máscara de fría austeridad.

Dirk y Summer fueron escoltados hasta la mesa, donde sus ojos examinaron la panorámica del río por la ventana antes de desviarlos hacia su captor. Ambos tomaron nota mental de que un canal estrecho y serpenteante alimentaba la ensenada, y que conducía al ancho río que se veía a lo lejos. Summer sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal cuando Tongju le dirigió una mirada lasciva, en tanto Kang la observaba con frialdad. Su pequeña satisfacción de sentirse limpia y bien vestida se desvaneció ante la palpable presencia del mal. De pronto, se sintió estúpida con su atavío de seda y enlazó mentalmente las manos delante de su cintura, nerviosa y atemorizada. Pero su angustia disminuyó cuando miró a su hermano.

Si su hermano sentía algún miedo, no lo demostraba. Se erguía en toda su estatura con la barbilla proyectada hacia delante en señal de desafío, pero con expresión aburrida. Daba la impresión de que le gustaba mirar de manera burlona a Tongju, casi veinticinco centímetros más bajo que él. El asesino no le prestó atención, sino que habló a su jefe.

—Los pilotos del sumergible de la NUMA —dijo con un toque de desdén.

—Daejong Kang —replicó Dirk, sin hacer caso a Tongju—, presidente de Kang Enterprises.

Kang asintió apenas, y luego indicó con un ademán a Dirk y Summer que se sentaran. Los guardias se retiraron a una pared lateral, desde donde vigilaron a los dos cautivos, mientras Tongju se sentaba en una silla frente a Dirk.

—El señor Pitt fue el responsable de la muerte de nuestros dos hombres en Estados Unidos —dijo, mirando a Dirk con los ojos entornados.

Dirk asintió en señal de satisfacción. Tal como había sospechado, existía una clara relación entre las operaciones de rescate de los dos submarinos japoneses y el intento de asesinarle en la isla de Vashon.

—El mundo es un pañuelo —contestó Kang.

—Demasiado pequeño para asesinos en masa como usted —replicó Summer en voz baja, furiosa.

Kang hizo caso omiso del comentario.

—Qué pena. Los hombres de Seattle se contaban entre los mejores agentes de Tongju.

—Un trágico accidente —dijo Dirk—. Ha de aprender a reclutar a empleados que conduzcan mejor —añadió, y la fría mirada que lanzó a Tongju se encontró con una semejante.

—Una afortunada circunstancia, diría yo, pues de lo contrario tal vez no nos habríamos enterado de su participación en el rescate del 1411 —dijo Kang—. Siento una gran curiosidad por saber qué le llevó hasta los submarinos.

—La suerte, sobre todo. Descubrí que un submarino japonés anterior había lanzado unos cuantos proyectiles de cianuro contra la costa de Oregón, y me pregunté si alguien habría recuperado proyectiles similares para utilizarlos en las Aleutianas. No fue hasta que exploré el 1403 y descubrí los restos de las bombas aéreas biológicas que empecé a sospechar.

—Es una pena que las bombas se estropearan durante el hundimiento del submarino —dijo Kang—. Habría sido mucho más fácil recuperar esas que las del 1411.

—Pero usted rescató un contenedor de bombas intacto, que hizo estallar en las islas Aleutianas.

Kang mostró una insinuación de sorpresa por el comentario de Dirk.

—Por supuesto —contestó—. Fue muy interesante cómo combinaron los japoneses un agente químico y otro biológico en una misma arma. Nuestra prueba reveló que la doble propagación disminuyó la eficacia del agente biológico, pese a que el componente químico era más potente de lo que pensábamos.

—Lo bastante potente para matar a dos guardias costeros norteamericanos —comentó Summer.

Kang se encogió de hombros.

—¿Cómo llegaron a descubrir tantas cosas a partir de la muerte de dos marineros en las Aleutianas? ¿Estaban allí?

Summer meneó la cabeza en silencio. Después, Dirk habló.

—Yo pilotaba el helicóptero contra el que disparó su «barco pesquero».

Kang y Tongju intercambiaron una mirada suspicaz.

—Es usted un hombre muy resistente, señor Pitt —dijo por fin Kang.

Antes de que Dirk pudiera responder, se abrió una puerta lateral y dos hombres vestidos con chaquetas blancas de camarero se acercaron a la mesa con grandes bandejas de plata sobre los hombros. Depositaron un colorido surtido de mariscos ante cada comensal, seguido de una copa de Veuve Clicquot. Dirk y Summer, que no habían tomado una comida entera en días, atacaron los manjares con calma, mientras continuaban la conversación.

—Su gobierno... estará bastante disgustado con el japonés, supongo —probó Kang.

—Reconozco que parapetarse tras la fachada del Ejército Rojo Japonés fue una treta astuta, pero mi gobierno la descubrió. Fue fácil seguir la pista de sus asesinos a sueldo hasta Corea —mintió Dirk, y sonrió a Tongju—. Sospecho que las autoridades van a llamar a su puerta de un momento a otro, Kang.

Una breve expresión de nerviosismo apareció en el rostro de Kang, pero se disipó al instante.

—Un esfuerzo admirable, pero la verdad es que los dos hombres no tenían ni idea de quién era su patrón. No, creo que usted no sabe nada de nuestros propósitos.

—La animosidad de Corea hacia Japón por sus numerosos años de colonización brutal es bien conocida —dijo Dirk, sin abandonar su pantomima—. No sería sorprendente que las mentes retorcidas dueñas de este tipo de armas las utilizaran contra adversarios históricos, que en su caso son los japoneses.

Una leve sonrisa cruzó los labios de Kang, quien se reclinó en la silla satisfecho, no tanto por el ágape como por las palabras de Dirk.

—Un bonito farol, señor Pitt. El hecho de que su barco de la NUMA no fuera armado ni escoltado durante la operación de rescate me informa de que su país no esperaba gran cosa de su descubrimiento del 1403. En cuanto a su teoría sobre la utilización de las armas biológicas, es del todo inexacta.

—¿Cuál es el objetivo de... esas armas? —tartamudeó Summer.

—Tal vez su país —bromeó Kang, mientras el color se retiraba del rostro de Summer—. O quizá no. Ni aquí ni allí.

—En Estados Unidos es fácil conseguir vacunas contra la viruela, en cantidad suficiente para vacunar a toda la población —replicó Dirk—. Decenas de miles de trabajadores sanitarios ya han sido vacunados. Un escape del virus de la viruela

crearía cierto pánico, como máximo. No existe el peligro de que se produzca una epidemia.

—Un escape de la *Varióla major*, la viruela común, solo causaría pequeños problemas, pero sus vacunas serían inútiles contra una quimera.

—¿Una «quimera»? ¿Como en la mitología griega? ¿Un monstruo, parte león, parte cabra y parte serpiente?

—En efecto. Otro monstruo, que sería un híbrido de agentes virulentos combinados en un solo organismo, el cual mantiene los componentes letales de cada elemento. Un arma biológica contra la cual su vacuna sería impotente.

—Pero ¿por qué, en el nombre de Dios? —gritó Summer.

Kang terminó de cenar con calma y dejó la servilleta sobre la mesa, que dobló tres veces antes de hablar.

—Como saben, mi país ha estado dividido en contra de su voluntad desde que ustedes nos invadieron en los años cincuenta. Lo que ustedes los norteamericanos no consiguen comprender es que todos los coreanos sueñan con el día en que nuestra península se unirá en una sola nación. La interferencia constante de metomentodos extranjeros nos impide alcanzar ese sueño. Al igual que la presencia de tropas militares extranjeras en nuestro suelo representa un impedimento para convertir en realidad la reunificación.

—La presencia norteamericana en Corea del Sur asegura que el sueño de la reunificación no se conseguirá a punta de las bayonetas norcoreanas —replicó Dirk.

—Corea del Sur ya no tiene agallas para luchar, y el poder militar de Corea del Norte ofrece el liderazgo y la fuerza estabilizadora necesarios para restaurar el orden durante la reunificación.

—No puedo creerlo —murmuró Summer a Dirk—. Estamos cenando con un cruce entre Typhoid Mary y Jósiv Stalin^[3].

Kang no comprendió el comentario y continuó hablando.

—Los jóvenes de Corea del Sur están hartos de su ocupación militar y los abusos infligidos a los ciudadanos. No temen la unificación y ayudarán a preparar el camino de una solución rápida.

—En otras palabras, en cuanto los efectivos militares norteamericanos sean expulsados, las fuerzas de Corea del Norte marcharán hacia el sur y unificarán el país por la fuerza.

—Ausentes las fuerzas defensivas estadounidenses, los cálculos militares sugieren que el ochenta por ciento de la península surcoreana puede ser conquistado en setenta y dos horas. Las bajas serán necesarias, pero el país quedará unificado bajo la guía del Partido de los Trabajadores antes de que Estados Unidos, Japón o cualquier fuerza extranjera tengan la oportunidad de reaccionar.

Dirk y Summer se quedaron estupefactos. Sus temores de una acción terrorista

que utilizara la viruela japonesa estaban bien fundados, pero ni siquiera habían sospechado la magnitud del objetivo: nada menos que el derrocamiento de la república de Corea en conjunción con la muerte de millones de norteamericanos.

—Creo que tal vez esté subestimando la resolución de Estados Unidos, sobre todo ante un ataque terrorista. Nuestro presidente no ha demostrado la menor vacilación a la hora de llevar a cabo un veloz y terrible desquite —dijo Dirk.

—Tal vez, pero ¿desquitarse de quién? La concatenación de los elementos apuntará a un origen japonés...

—Otra vez el Ejército Rojo Japonés —le interrumpió Dirk.

—El Ejército Rojo Japonés. Es que no hay más probabilidades. Sus esfuerzos militares, de inteligencia y políticos se concentrarán por completo en Japón, mientras al mismo tiempo ordenaremos desde el gobierno la expulsión de todo el personal militar norteamericano de la península de Corea antes de treinta días. Los medios de su país estarán frenéticos por el número de víctimas de la epidemia, y tan obsesionados con encontrar un culpable en Japón, que la expulsión de los militares norteamericanos de Corea será una noticia secundaria hasta bastante después de consumado el hecho.

—La inteligencia mundial no caerá en la trampa del Ejército Rojo y seguirá el rastro de sus fechorías hasta usted y sus colegas comunistas del norte.

—Tal vez, pero ¿cuánto tardarán? ¿Cuánto ha tardado su gobierno en resolver las muertes por ántrax de 2001 en su propia capital? Cuando llegara el día, en el caso de que llegara, los sentimientos ya no serían tan virulentos. Será algo «discutible», como dicen ustedes.

—¿Llama «discutible» a matar millones de personas? —intervino Summer—. Usted está enfermo.

—¿Cuántos de mis compatriotas murieron en los años cincuenta? —replicó Kang con un destello de ira en los ojos.

—Nosotros también dejamos mucha sangre en su suelo —contestó Summer sin amilanarse.

Dirk miró a Tongju, que observaba a Summer con sus ojos oscuros entornados. El asesino no estaba acostumbrado a que la gente hablara con beligerancia a Kang, en especial una mujer. Aunque su rostro seguía inexpresivo, su mirada delataba cierta intolerancia.

—¿No está dejando de lado sus intereses comerciales? —preguntó Dirk a Kang para suavizar la tensión—. Sus beneficios económicos no continuarán aumentando si el poderoso Partido de los Trabajadores toma las riendas del poder.

Kang sonrió.

—Ustedes los norteamericanos siempre con el capitalismo en el corazón. De hecho, ya he arreglado la venta de la mitad de mis pertenencias a un conglomerado

francés, pagada en francos suizos. Cuando mi patria esté reunificada, ¿quién mejor que yo para ayudar a administrar el control estatal de los recursos industriales de Corea del Sur? —dijo con arrogancia.

—Un bonito arreglo —contestó Dirk—. Lástima que ninguna nación estará interesada en adquirir los productos de un régimen totalitario.

—Se olvida de China, señor Pitt. Un enorme mercado en sí mismo, así como un amigo a la hora de canalizar productos a los mercados mundiales. Durante la transferencia de poder se producirá una interrupción de los negocios, por supuesto, pero la producción no tardará en recuperarse. Siempre hay demanda de productos baratos de calidad.

—Claro —dijo con sarcasmo Dirk—. Nómbrame un producto de calidad que haya salido de un país comunista. Desengañese, Kang, se halla en el extremo perdedor de una nueva autoridad global. Ya no hay espacio para déspotas desquiciados que explotan a sus propios compatriotas con el fin de lograr riqueza personal, poderío militar o delirios de grandeza. Puede que usted y sus colegas del norte se rían un poco al principio, pero al final del día serán barridos por un concepto desconocido para ustedes llamado «libertad».

Kang se puso tenso un momento, con expresión irritada.

—Gracias por las lecciones de civismo. Ha sido una cena muy esclarecedora. Adiós, señorita Pitt, adiós, señor Pitt —dijo con frialdad.

Cuando Kang desvió la vista hacia la pared, los guardias se abalanzaron sobre ellos y les pusieron en pie. Dirk pensó en apoderarse de un cuchillo de la mesa y revolverse contra los guardias, pero abandonó la idea cuando vio que Tongju le apuntaba con una pistola Glock.

—Llevadles a la cueva del río —gritó Kang.

—Gracias por su cálida hospitalidad —murmuró Dirk—. Ardo en deseos de devolverle el privilegio.

Kang no dijo nada, sino que hizo una señal con la cabeza a los guardias, quienes empujaron a la pareja hacia el ascensor. Dirk y Summer intercambiaron una mirada de complicidad. Les quedaba poco tiempo. Si querían salir vivos de las garras de Kang, tendrían que actuar deprisa.

El problema inmediato eran Tongju y su Glock 22. Cualquier resistencia sería inútil mientras el asesino les apuntara con la pistola, y no había duda de que la utilizaría sin vacilar. Tongju siguió a los cuatro guardias mientras conducían a Dirk y Summer hacia el ascensor, con la pistola todavía desenfundada. Cuando las puertas se abrieron, dos pares de manos les empujaron con rudeza hacia el fondo de la cabina. Tongju vociferó algo en coreano, y después, para alivio de Dirk, se quedó en el pasillo con uno de los guardias, y sonrió satisfecho cuando las puertas del ascensor se cerraron.

El ascensor estaba al límite de su capacidad con cinco personas dentro, lo cual les concedía cierta ventaja. Dirk miró a Summer y asintió apenas. Su hermana recibió el mensaje silencioso con un veloz guiño. Se agarró el estómago de inmediato y gimió, y luego se inclinó hacia delante como si fuera a vomitar. El guardia más cercano, un hombre fornido con la cabeza afeitada, picó el anzuelo y se inclinó un poco hacia Summer. Como una gata que hubiera saltado sobre unos fogones encendidos, la joven se enderezó de repente y hundió la rodilla en la ingle del hombre con todas sus fuerzas. Los ojos del esbirro casi se le salieron de las órbitas cuando se dobló en dos, y un chillido de dolor escapó de sus labios.

El movimiento de Summer fue todo lo que necesitaba Dirk para neutralizar al guardia número dos. Cuando los tres guardias concentraron su atención en Summer, se volvió y conectó un gancho en la mandíbula del hombre, que estuvo a punto de salir disparado hacia el techo. Dirk vio que los ojos del hombre se ponían en blanco, y al instante siguiente se desplomó inconsciente en el suelo.

El guardia número tres dio un paso atrás cuando se inició la pelea y trató de golpear a Dirk con la culata del rifle. Summer agarró por los hombros al individuo a quien había pateado en la entrepierna y lo arrojó hacia el guardia. El hombre calvo, que aún continuaba quejándose, se estrelló contra su compañero con fuerza suficiente para que perdiera el equilibrio, lo cual permitió a Dirk pasar por encima del guardia caído y lanzar un zurdazo a la sien del esbirro. El aturdido guardia intentó responder con un golpe de kárate, pero el puño derecho de Dirk entró en contacto con la laringe del hombre. El rostro del guardia se tiñó de azul cuando intentó respirar y cayó de rodillas, agarrándose la garganta con ambas manos. Dirk se apoderó del rifle de asalto del guardia y lanzó la culata contra la cara del hombre que se debatía con Summer. El impacto arrojó al asesino contra el fondo del ascensor, y cayó al suelo inconsciente.

—Buen trabajo, vaquero —dijo Summer.

—No esperemos al segundo asalto —jadeó Dirk, mientras el ascensor descendía poco a poco. Comprobó que el seguro del rifle de asalto estuviera quitado y se preparó para saltar fuera del ascensor en cuanto las puertas se abrieran. Solo que no había sitio adonde ir.

Cuando las puertas se abrieron, se encontraron con los cañones de tres AK74 que les estaban esperando. Un guardia de seguridad sentado ante una hilera de monitores de televisión había visto la refriega en el ascensor por un circuito cerrado de vídeo y enviado un grupo de guardias al ascensor.

—Sawü! —gritaron los guardias en coreano, pero el significado estaba muy claro. Dirk y Summer se inmovilizaron al instante, mientras se preguntaban hasta qué punto eran fiables los gatillos de las armas. Dirk dejó caer su rifle al suelo, y detectó un movimiento a su espalda. Se volvió demasiado tarde, justo a tiempo de ver que el tercer guardia se levantaba y lanzaba la culata del rifle contra su cabeza. Intentó

agacharse, pero la culata se estrelló contra su cráneo.

Por un instante, vio una luz cegadora y estrellas parpadeantes, y a través de la niebla, un curioso vislumbre de los pies de Summer. Al poco, todo viró a una tenue oscuridad que se convirtió en negrura cuando el telón cayó, y Dirk se derrumbó como un saco.

Un espasmo de dolor que le recorrió desde el cráneo hasta las puntas de los dedos de los pies fue la primera prueba enviada a su cerebro de que aún estaba vivo. Mientras recobraba poco a poco la conciencia, la mente de Dirk llevó a cabo un inventario físico, y recibió por vía neurológica señales de las partes de su cuerpo desviadas detestado normal. Señales procedentes de las muñecas, brazos y hombros empezaron a registrarse como si estuvieran tirando de un gran peso, pero no eran nada comparables a las punzadas que sentía en la cabeza. Más confusa para sus sentidos era la impresión de que sus pies y piernas estaban metidos en un cubo lleno de agua. Cuando la niebla se fue despejando lentamente, abrió los ojos y vio una caverna húmeda, oscura y tenebrosa.

—Bienvenido al mundo de los vivos —resonó la voz de Summer en la cueva.

—¿Apuntaste la matrícula del camión que me arrolló? —preguntó su hermano, aturdido.

—Sí, pero estoy convencida de que no estaba asegurado.

—¿Dónde demonios estamos? —preguntó Dirk, mientras su mente empezaba a registrar los conceptos de tiempo y espacio.

—En una caverna, al lado del muelle flotante de Kang. El agua fría que te está acariciando el ombligo es el río Han.

El cubo de agua en el que creía estar metido era una caverna llena de agua del río, que iba aumentando de nivel. Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, Dirk vio que Summer estaba espatarrada y esposada a dos grandes anclas de barcaza. Más bien pesas que anclas, se trataba de bloques de cemento de un metro cuadrado. Los bloques blancos estaban cubiertos por una capa de algas verdes de una década de antigüedad, con una anilla de hierro oxidada que sobresalía de la parte superior. Dirk vio que había una docena de pesas alineadas a lo largo del suelo de la cueva. Summer y él estaban uno al lado del otro, con los brazos extendidos y las muñecas esposadas a bloques adyacentes.

Los ojos de Dirk vagaron por la cueva. A la luz crepuscular que se filtraba por la boca de la caverna vio la raya que estaba buscando. Era una señal de la altura alcanzada por el agua, y notó con angustia que se hallaba a sesenta centímetros por encima de sus cabezas.

—Muerte por asfixia lenta —dijo.

—Nuestro amigo Fu Manchú, Tongju, insistió mucho —explicó Summer en tono sombrío—. Incluso impidió que uno de los guardias nos disparara para que pudiéramos ahogarnos aquí juntos.

—Recuérdame que le envíe una tarjeta de agradecimiento. —Dirk vio que el agua le había llegado ya a la caja torácica—. El agua está subiendo muy deprisa.

—Estamos cerca de la boca del río Han, de modo que la marea es muy activa. — Summer miró a su hermano con expresión atemorizada—. Según mis cálculos, el nivel del agua ha subido treinta centímetros en una hora.

Al ver la desesperación en los ojos de su hermana, la mente de Dirk empezó a buscar maneras de escapar.

—Nos queda otra hora y media, como máximo —calculó.

—Acabo de recordar algo —dijo Summer, y enarcó una ceja—. Tengo una lima de uñas en el bolsillo. Será como intentar matar a un pterodáctilo con un matamoscas, pero podríamos probar.

—Claro, pásamela —contestó Dirk.

—Esta anilla parece hecha polvo —dijo la joven, al tiempo que tiraba con la muñeca izquierda—. Si pudiera soltarme la mano...

—A lo mejor te puedo ayudar.

Dirk deslizó las piernas hacia Summer, e inclinó el torso en un ángulo paralelo a los bloques de cemento para apoyarse. Alzó una pierna y extendió el pie hasta que la suela del zapato encontró la superficie del hierro que sobresalía. Aplicó todo el peso del cuerpo que pudo contra la parte superior de la anilla metálica.

No pasó nada.

Apoyó el talón contra la anilla y empujó una vez más. Esta vez, la anilla se inclinó apenas hacia Summer. A base de descargar su peso repetidas veces contra el montante, obligó a la anilla a inclinarse casi noventa grados.

—Muy bien. Necesitaré tu ayuda para enderezarla de nuevo —dijo—. Vamos a probar a la de tres.

Deslizó el pie hasta la parte posterior de la anilla, contó hasta tres y tiró de la pierna hacia sí. Summer empujó con la mano esposada y devolvió poco a poco la anilla a su posición vertical anterior.

—Bien, eso ha sido divertido —exclamó Dirk mientras descansaba la pierna—. Probemos otra vez.

Durante veinte minutos se dedicaron a mover la anilla de un lado a otro. El movimiento se fue haciendo cada vez más fácil, a medida que se debilitaba la fuerza del hierro. Gracias a una última patada de Dirk, la anilla se desprendió por fin de su base de cemento y liberó el brazo izquierdo de Summer. Esta torció la mano al instante, la introdujo en el pequeño bolsillo lateral de la chaqueta de seda y extrajo la lima de uñas con mango de porcelana.

—Tengo la lima. ¿La pruebo con la esposa o con la anilla? —preguntó.

—Ataca la anilla. Aunque es más gruesa, será más fácil de cortar que unas esposas de acero inoxidable.

Utilizando la pequeña lima como una sierra, Summer empezó a cortar la base de la anilla. Manipular la lima con precisión bajo el agua turbia del río y con la luz

desfalleciente de la cueva habría sido una tarea hercúlea para casi todo el mundo, pero la experiencia como buceadora de Summer le concedía ventaja. Años de explorar y excavar naufragios históricos con una visibilidad mínima habían optimizado su sentido del tacto hasta el extremo de que casi podía descubrir más cosas acerca de un naufragio con las manos que con los ojos.

Algo esperanzada, notó que la lima cortaba deprisa la capa exterior de la anilla oxidada. Su confianza se desvaneció cuando la hoja tropezó con el núcleo interior más duro de la anilla de hierro y avanzó a paso de cangrejo. El agua le llegaba ya al pecho, y la urgencia de la tarea le produjo una descarga de adrenalina. Summer movió la lima atrás y adelante con la mayor rapidez posible, y ganó terreno milímetro a milímetro. Inhalando con rapidez mientras trabajaba, apoyó las manos sobre la anilla y empujó y tiró para debilitar el metal. Alternando el trabajo con algún sorbo involuntario de agua del río, partió por fin la anilla y se liberó.

—Ya está —exclamó en tono triunfal.

—¿Te importa si te tomo prestada la lima? —preguntó Dirk con calma, pero Summer ya había empezado a cortar la anilla que inmovilizaba la mano derecha de su hermano. Mientras aserraba, reparó mentalmente en que había tardado una media hora en cortar la primera anilla, y que el agua le llegaba ahora a los hombros. El agua estaba subiendo con más celeridad de lo que había calculado, y ascendería por encima de la cabeza de Dirk antes de una hora. Pese al dolor de dedos y extremidades, frotó ferozmente la lima contra el hierro.

Dirk, que esperaba con paciencia, empezó a silbar la canción del siglo XIX «While Strolling Through The Park One Day».

—Eso no me sirve de ayuda —jadeó Summer, y luego sonrió para sí—. Ahora no podré quitarme esa ridícula canción de la cabeza.

Dirk dejó de silbar, pero la melodía se repitió una y otra vez en la mente de su hermana. Se quedó sorprendida al descubrir que se había convertido en un buen mantra para aserrar, pues le proporcionaba un ritmo para los movimientos de sus manos.

While strolling through the park one day...

A cada sílaba, golpeaba el hierro con la sierra improvisada, siguiendo una eficaz cadencia.

... in the merry merry month of May.

I was taken by surprise by a pair of roguish eyes.

In a moment my poor heart was stole away.

El nivel del agua había ascendido por encima de su barbilla, y descubrió que inhalaba para luego sumergirse un momento a fin de mantener la lima fija en un sitio. Dirk estaba empezando a esforzarse por mantener la cara fuera del agua, mientras daba tirones y empujones a la anilla y Summer continuaba aserrando. Por fin, se oyó un crujido metálico bajo el agua y la anilla se desprendió.

—Falta una —dijo Summer con voz ahogada. Aspiró una bocanada de aire y se sumergió durante varios segundos.

—Descansa un poco —dijo Dirk, y tomó la lima con la mano libre.

La liberación de su mano derecha le concedió algo más de espacio para respirar, pero no el suficiente para cortar la última anilla sin sumergirse. Respiró hondo, se agachó bajo la superficie y empezó a limar a toda prisa la anilla que sujetaba su muñeca izquierda. Al cabo de medio minuto, sacó la cabeza del agua, aspiró una bocanada de aire fresco y volvió a sumergirse. Summer estiró sus dedos embotados, y después se acercó a Dirk y esperó a que emergiera. Como un par de contendientes de lucha libre que intentaran derribar a Hulk Hogan, se fueron pasando la lima, atacando la anilla de hierro con fuerza y vigor.

A medida que iban transcurriendo los minutos, el nivel del agua iba subiendo más y más. Cada vez que Dirk emergía para tomar aire, notaba que debía estirarse más para levantar la boca y la nariz por encima del agua. El grillete de la esposa izquierda se hundía en su carne cuando tiraba con fuerza de ella instintivamente.

—Ahorra energías para salir de aquí —dijo a su hermana cuando quedó claro que el tiempo se les estaba agotando. Summer no dijo nada, tomó la lima y se zambulló. Dirk flotaba a medias con la cabeza echada hacia atrás, la cara apenas fuera del agua, e iba respirando con lentitud. Notó que el agua acariciaba su cara en oleadas y se estiró para respirar hondo por última vez antes de hundirse bajo el agua. Arrebató la lima a Summer y empezó a atacar con furia el hierro. Tanteó con el dedo y calculó que solo había cortado una tercera parte de la anilla. Quedaba demasiado por hacer.

Los segundos parecían horas, y Dirk llevó a cabo un esfuerzo final por liberarse. Sentía que su corazón batía como un tambor, mientras se esforzaba por inyectar oxígeno en su sangre. Reparó en que Summer ya no estaba a su lado. Tal vez había aceptado por fin su consejo y buscado una vía de escape. O tal vez no podía soportar la perspectiva de verle morir.

Intentó cargar con todo su peso contra la anilla, pero esta resistió. Volvió a atacarla con la lima. Sus oídos latían al mismo ritmo que su corazón. ¿Cuánto tiempo llevaba conteniendo el aliento? ¿Un minuto, dos? Le costaba acordarse.

Empezó a sentirse mareado, mientras puntos negros aparecían ante su vista. Exhaló el aire restante de los pulmones y resistió la tentación de abrir la boca y tragar. Su corazón latió con más fuerza, y se trabó en un combate mental contra el pánico. Tuvo la impresión de que una ligera corriente le alejaba de la anilla, pero el músculo

de su mano aferraba la lima en una presa mortal. Un velo blanco estaba descendiendo sobre su visión, y una voz interior le decía que se rindiera. Mientras libraba la última batalla contra la voz, sus oídos detectaron un golpe sordo, y después, una extraña vibración recorrió su brazo y todo su cuerpo, justo antes de que su mente cayera en un pozo oscuro y vacío.

Summer sabía que aún faltaban veinte minutos como mínimo para acabar con la anilla de hierro, y que debía encontrar otra forma de liberar a su hermano. Abandonó a Dirk y nadó hasta el suelo de la caverna, en busca de alguna herramienta u objeto, cualquier cosa que pudiera romper el grillete. Sin embargo, el fondo liso y arenoso no albergaba nada, salvo la hilera de pesas de amarre. Mientras avanzaba guiándose con una mano de bloque en bloque, tocó un pedazo grande de cemento, desprendido de una pesa que había chocado con otra después de que la lanzaran demasiado cerca de la primera. Llegó al último bloque, donde sintió que algo liso y fangoso, como cuero empapado, caía en su mano. Debajo tenía algo más duro, estrecho y curvo, que identificó como la suela de una bota. Había un palo apoyado contra ella, y se dispuso a asirlo, pero retiró la mano al instante, horrorizada. No era un palo, sino el fémur de un esqueleto, todavía calzado con la bota. Otra víctima del salvajismo de Kang; habían abandonado el cuerpo encadenado al ancla mucho tiempo antes. Se volvió para regresar con Dirk y se golpeó la cabeza con el pedazo de cemento suelto. Tenía una forma más o menos cuadrada y pesaría unos cuarenta kilos. Examinó el bloque con las manos para rodearlo, y después vaciló. Podía ser la respuesta, decidió, y era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias.

Pataleó para aspirar una veloz bocanada de aire, volvió a sumergirse y levantó el bloque hasta la altura del pecho. En tierra firme le habría costado mucho levantar aquel peso, pero bajo el agua era más fácil de manejar. Se movió con rapidez hacia su hermano, con la dificultad añadida de mantener equilibrado el bloque. Como intuía más que veía a Dirk, se volvió y alejó su cuerpo del bloque que aprisionaba su muñeca izquierda. Notó con aprensión que su cuerpo cedía como si careciera de vida.

Se alineó con la pesa lo mejor que pudo, dio un paso y se precipitó contra la anilla de hierro con el bloque por delante. Summer flotó en el agua a cámara lenta antes de que la gravedad se impusiera, pero su cálculo del tiempo había sido perfecto. En la fracción de segundo anterior a que su aceleración fuera sustituida por la gravedad, el pedazo de cemento chocó contra la anilla de hierro. Un sonido metálico audible, ahogado por el agua, reveló a Summer que había logrado su objetivo. La anilla oxidada, ya bastante debilitada, sucumbió a la fuerza del impacto y se desprendió del ancla.

Summer agarró de inmediato a Dirk del brazo y palpó la muñeca, que colgaba inerte. Empujó a su hermano hacia la superficie, tomó una profunda bocanada de aire y tiró de su cuerpo hasta un pequeño saliente rocoso, donde le sacó del agua. Se arrodilló a su lado para administrarle la respiración artificial, pero de repente el cuerpo de Dirk se removió, y su cabeza giró a un lado. Expulsó un pequeño chorro de agua por la boca y respiró hondo. Se apoyó sobre los hombros y miró a Summer.

—Tengo la sensación de haberme bebido la mitad del río. Recuérdate que la próxima vez me dedique al agua embotellada.

Apenas habían salido las palabras de su boca, cuando se inclinó y sintió náuseas por segunda vez. Después, se incorporó y frotó su muñeca. Miró a su hermana y se alegró de ver que parecía ilesa y animada.

—Gracias por sacarme —dijo—. ¿Cómo te cargaste la anilla?

—Encontré un pedazo de cemento suelto y lo lancé contra el montante. Por suerte, no me llevé tu mano de paso.

—Me siento muy agradecido —murmuró Dirk, y sacudió la cabeza.

Después de recuperar el aliento, descansaron durante casi una hora y fueron recobrando poco a poco las fuerzas, mientras Dirk eliminaba el agua restante de los pulmones, inhalada momentos antes de que Summer rompiera la presa de hierro que casi le había ahogado. La escasa luz del sol que antes se había filtrado por la boca de la caverna se había desvanecido hacía rato con la llegada del anochecer, de modo que la cueva estaba sumida en una negrura casi total.

—¿Conoces el camino de salida? —preguntó Dirk en cuanto se sintió capaz de moverse.

—La boca de la cueva se halla a menos de cincuenta metros de distancia —contestó Summer—, y el muelle de Kang no está muy lejos, hacia el este.

—¿Cómo vinimos a parar aquí, para empezar?

—Un pequeño esquiife. Olvidé que te habías dormido durante la parte paisajística del crucero.

—Es una pena que me lo perdiera —replicó Dirk, y se frotó un pequeño corte en la cabeza—. Tendremos que pedir prestada una barca a Kang si queremos salir de esta roca. Hay una pequeña motora amarrada detrás de su palacio flotante, en el punto donde atracamos. Puede que siga allí.

—Si podemos desamarrarla y entrar en la cueva sin que nos vean antes de encender el motor, puede que ganemos un poco de tiempo.

Summer se estremeció mientras hablaba, pues su cuerpo empezaba a notar los efectos de la inmersión en las aguas frías del río.

—Temo que hay que volver al agua. Tú conoces el camino de salida, o sea que guíanos.

Summer se subió el vestido de seda por encima de las caderas para poder nadar con mayor facilidad, y después se zambulló en las aguas frías y turbias. Dirk la siguió en dirección a una mancha de luz circular gris pálido que rielaba en la oscuridad circundante. El murmullo de voces lejanas les obligó a detenerse cuando estaban cerca de la salida. Doblaron una curva y apareció ante ellos la puerta ovalada de la caverna, así como el cielo tachonado de estrellas, en tanto el reflejo de los focos del muelle de Kang bailaba sobre la superficie del agua. Dirk y Summer salieron

nadando por la entrada de la caverna hasta un pequeño saliente rocoso, situado a unos metros de distancia. Las rocas cubiertas de algas les brindaron un punto desde el que podían observar el muelle y los terrenos adyacentes.

Estuvieron varios minutos aplastados en silencio contra las rocas, estudiando los barcos amarrados y la costa, en busca de señales de movimiento. Había tres embarcaciones atracadas en el muelle flotante que corría paralelo a la orilla. Tal como Dirk recordaba, una pequeña lancha patrullera verde estaba encajada entre el yate de lujo italiano de Kang y el catamarán en que habían llegado. No se detectaban señales de vida en ninguno de los tres barcos, que estaban amarrados en hilera. Dirk sabía que podía haber una pequeña tripulación a bordo del barco más grande.

Por fin, un solitario centinela apareció a lo lejos y caminó con parsimonia hacia la orilla. Cuando pasó bajo un foco, Dirk distinguió con claridad el brillo de un rifle de asalto colgado de su hombro. El guardia salió al muelle y caminó junto a las tres embarcaciones, para detenerse varios minutos cerca del yate. Aburrido, volvió a la orilla, recorrió una pasarela de piedra hacia el ascensor de la propiedad y se dejó caer en un pequeño puesto de seguridad situado en la base del acantilado.

—Ese es nuestro hombre —susurró Dirk—. Mientras esté en el barracón, los barcos más grandes le impiden ver la lancha.

—Pues ha llegado el momento de robarla, antes de su siguiente ronda.

Dirk asintió y los dos empezaron a nadar en silencio hacia el muelle. No dejaba de vigilar la caseta del guardia, mientras calculaba cuánto tardaría en hacer un puente en la oscuridad si las llaves no estaban en la barca.

Se acercaron furtivamente al muelle, ocultos a la vista del guardia hasta que llegaron a la popa de la barca, desde donde podían ver la orilla. El guardia seguía en el barracón, y vieron que estaba sentado en un taburete leyendo una revista.

Dirk indicó a Summer por señas que soltara la cuerda de la popa, mientras él se encargaba de la proa. Mientras nadaba en paralelo al casco de la lancha sintió la enorme presencia del yate de Kang, que se alzaba sobre él. Se estiró para agarrar la cuerda de amarre e izarse hasta el muelle, pero de repente oyó un chasquido sobre su cabeza y se quedó petrificado en el agua. Una chispa de luz brilló un momento, y a su resplandor vio la cara rubicunda del guardia, que estaba encendiendo un cigarrillo en la bovedilla del yate de Kang, a menos de tres metros de distancia.

Dirk no movió ni un músculo, con una mano agarrada a la proa de la lancha, con cuidado de no mover el agua. Esperó con paciencia, mientras la brasa roja del cigarrillo destellaba rítmicamente como un faro púrpura cuando el guardia inhalaba el humo. Dirk descubrió que estaba conteniendo la respiración, no por él sino por Summer, que estaría intentando pasar desapercibida en la popa de la lancha. El guardia disfrutó de su cigarrillo durante cinco minutos, hasta que tiró la colilla por encima de la borda. Esta aterrizó en el agua, a solo un metro de la cabeza de Dirk, y

se apagó con un siseo.

Esperó hasta oír los pasos que se alejaban de la barandilla, se agachó bajo el agua y nadó hasta la popa de la lancha. Emergió justo detrás de la hélice y encontró a Summer esperando con expresión impaciente. Dirk negó con la cabeza, subió al yugo de popa de la motora y echó un vistazo al asiento del piloto. En la oscuridad, apenas pudo distinguir el encendido del tablero de instrumentos, que le guiñó un ojo desprovisto de llave. Volvió al agua, miró a Summer y cogió la cuerda de amarre que sostenía en las manos. Ella se quedó sorprendida cuando se zambulló durante un minuto, para luego emerger con las manos vacías. Suponía que Dirk iba a volver a atar la cuerda al muelle, pero en cambio le indicó por señas la orilla. Summer siguió su dedo y empezó a alejarse con sigilo de la barca. Cuando nadie pudo oírles, pararon y descansaron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Summer con cierta irritación.

Dirk le habló del guardia apostado en la popa del yate de Kang.

—No había muchas posibilidades sin la llave del encendido. Como los barcos están muy juntos, me habría visto u oído intentando hacer un puente. Es posible que también haya uno o dos guardias en el catamarán. Creo que vamos a decidirnos por el esquife.

El pequeño esquife que los esbirros de Kang habían utilizado para transportar a Dirk y Summer hasta la caverna estaba amarrado a la orilla, junto al muelle.

—Está demasiado cerca de la garita del guardia —observó Summer.

Dick vio al guardia todavía sentado en su barracón, a unos veinte metros del esquife.

—Se impone el sigilo —dijo en tono confiado.

Rodearon nadando los barcos atracados y se acercaron a la playa rocosa desde el lado este. Cuando sus pies tocaron fondo, Dirk dijo a Summer que esperara en el agua, mientras él nadaba hasta la playa.

Salió del agua y reptó hacia la barca, encajada entre dos rocas a unos seis metros del agua. Utilizó la barca como barrera protectora entre la caseta del guardia y él, y gateó a lo largo del esquife de madera hasta poder asomarse por encima de la borda. Reparó en un rollo de cuerda que descansaba sobre el banco delantero, atado a una pequeña cornamusa de la proa. Desanudó la cuerda y tiró del rollo hacia su pecho, y después retrocedió por la playa de guijarros sueltos hasta la popa de la embarcación, encarada hacia el mar. Pasó la mano sobre el travesaño y palpó un perno para sujetar un motor fueraborda, a través de cuyo ojo pasó la cuerda y la sujetó.

Volvió el agua y tiró de la cuerda hasta el final de sus quince metros de longitud. Summer se acercó y se acurrucaron el uno contra el otro en un metro veinte de agua, con la cabeza asomada sobre la superficie.

—La recuperaremos como si hubiéramos capturado un pez vela —susurró Dirk

—. Si alguien se da cuenta, nos ocultaremos detrás de esas rocas que hay junto a la caverna —dijo, y ladeó la cabeza en dirección a los peñascos que sobresalían. Colocó las manos de Summer sobre la cuerda, se agachó en el agua y empezó a tirar de la amarra. Summer aumentó su presa, y después apoyó todo su peso sobre la cuerda cuando se tensó.

La pequeña embarcación saltó con facilidad de su soporte, con un chirrido estridente cuando el casco se deslizó sobre el lecho rocoso. Retuvieron al instante la cuerda y miraron hacia la caseta del guardia. El hombre seguía leyendo su revista, indiferente al ruido. Siguieron tirando de la amarra y acercando la barca hacia ellos, aunque de vez en cuando paraban para comprobar que no estaban llamando la atención. Summer contuvo el aliento cuando la barca se aproximó al borde del agua, y exhaló un largo suspiro cuando flotó por fin y los chirridos cesaron.

—Tiremos de ella un poco más —susurró Dirk, nadando hacia el centro de la cueva. Cuando estuvieron a un centenar de metros de la orilla, tiró la cuerda dentro de la motora y se izó por la borda; después asió la mano de Summer y la ayudó a subir.

—No es exactamente lo mejor que hay en el mercado, pero servirá —dijo, mientras examinaba el interior de la motora. Vio un par de remos bajo el banco, los introdujo en las chumaceras y hundió las palas en el agua. De cara a la popa del esquife, con la villa de Kang iluminada como fondo, remó con fuerza e impulsó la barca hacia el centro de la cueva.

—Habrá una milla hasta el canal principal del río —calculó Summer—. Quizá encontraremos algún barco coreano cordial, o un patrullero de la Guardia Costera en el río.

—Yo apostaría por un carguero de paso.

—Claro —contestó Summer—. Siempre que no lleve el rayo de Kang Enterprises en la chimenea.

Dirk miró hacia la orilla, detectó un movimiento a lo lejos y entornó los ojos para ver mejor. Después, hizo una mueca.

—Temo que el primer voluntario no será un carguero —comentó, mientras sus nudillos se tensaban sobre los remos.

El guardia del muelle, cansado de la revista, había decidido volver a patrullar junto a los barcos amarrados. El compañero apostado en el yate de Kang era de una provincia vecina, y disfrutaba tomándole el pelo sobre la falta de atractivo de las mujeres de su región natal. Caminó hacia el muelle, y al principio no reparó en la playa vacía, pero tropezó cuando subió a la rampa. Agarró la barandilla para no caer, sus ojos se posaron en el suelo y observó la marca de una barca que había sido arrastrada sobre la playa sembrada de guijarros. Solo que la barca había desaparecido.

El asustado guardia comunicó por radio al instante su descubrimiento al puesto de seguridad central, y enseguida vio acercarse corriendo a dos guardias armados hasta

los dientes. Tras un breve pero acalorado intercambio de pareceres, se encendieron varias linternas y sus rayos barrieron el agua, las rocas y el cielo, a la busca del esquife desaparecido. Pero fue el guardia apostado en la popa del yate de Kang quien localizó a los dos fugitivos. Dirigió un potente foco hacia la cueva e iluminó la pequeña barca blanca que se bamboleaba sobre las olas.

—No es un buen momento para ser objeto de la atención del público —maldijo Summer cuando los rayos del foco cayeron sobre ellos. El tableteo de un rifle de asalto resonó sobre el agua, acompañado por el silbido de las balas que volaron sobre sus cabezas.

—Tírate al suelo de la barca —ordenó Dirk a su hermana, al tiempo que remaba con más fuerza—. A esta distancia, es muy difícil que nos alcancen, pero podrían acertar por casualidad.

El pequeño esquife se hallaba a mitad de la cueva, y Dirk y Summer serían excelentes blancos para un tirador situado en la motora de Kang, que podría alcanzarles en cuestión de segundos. Dirk rezó en silencio para que nadie se fijara en el cabo de remolque de popa cuando se lanzaran en su persecución.

Uno de los guardias ya había saltado a bordo de la gran lancha y encendido el motor. Tongju, despertado por el tiroteo, salió como una exhalación de su camarote del catamarán y empezó a lanzar preguntas a uno de los guardias.

—Coged la lancha. Matadles si es necesario —chilló.

Los otros dos guardias subieron a la lancha motora, y uno de ellos soltó la bolina de paso. En aquel momento de precipitación, ninguno de los hombres se fijó en que el cabo de remolque estaba caído sobre el costado de estribor. El piloto solo vio que las cuerdas que les amarraban al muelle estaban sueltas. Cuando la embarcación se separó del muelle, aceleró al máximo.

La barca verde saltó hacia delante una fracción de segundo, y después paró en seco por motivos misteriosos. El motor continuó chillando y gimiendo, pero la barca siguió derivando perezosamente. El confuso piloto desaceleró, sin saber lo que estaba provocando la falta de movimiento.

—¡Idiota! —chilló Tongju desde la cubierta del catamarán, haciendo gala de emociones por primera vez—. El cabo de remolque está enredado con la hélice. Envía a alguien a cortarlo.

El trabajo de Dirk había dado resultado. Tras sumergirse bajo la lancha, había pasado la línea de popa alrededor de la hélice y su eje, impidiendo que girara con libertad. La aceleración producida por el piloto solo había servido para tensar aún más la cuerda. Un buceador tardaría unos veinte minutos en cortar la masa de cuerda enredada en el eje de transmisión.

Al comprender el problema del piloto, Tongju entró como una exhalación en la cabina del piloto del catamarán.

—Pon en marcha los motores. Salgamos de inmediato —vociferó.

El aturdido piloto, vestido con un pijama de seda rojo, asintió y se encaminó hacia la caseta del timonel.

A tres cuartos de milla de distancia, Dirk gruñó mientras remaba con el corazón acelerado. Empezaban a dolerle los músculos del hombro y el brazo debido al esfuerzo agotador de impulsar hacia delante el esquife. Su cuerpo cansado le estaba aconsejando disminuir el ritmo, pero su mente le animaba a seguir remando con todas sus fuerzas. Habían ganado unos preciosos minutos gracias al sabotaje de la lancha motora, pero los hombres de Kang aún disponían de dos barcos.

A lo lejos, oyeron el sonido apagado de los gases de escape del catamarán cuando encendieron los motores. Mientras Dirk remaba con un ritmo controlado, Summer le guió por el canal cuando se acercaron al extremo de la cueva. La villa y los barcos de Kang se perdieron de vista cuando se internaron en el canal en forma de S.

—Tenemos unos cinco minutos —dijo Dirk—. ¿Te apetece otra zambullida?

—No es que pueda emular a Esther Williams con esto —dijo, y alzó las esposas que colgaban de sus muñecas—, pero prefiero pasar de la hospitalidad de Kang.

No necesitaba preguntar a Dirk si él estaba dispuesto. Pese a su agotamiento, sabía que su hermano era como un pez en el agua. Crecidos en Hawai, siempre estaban nadando. Dirk destacaba en las maratones de natación y se hacía cinco millas cada día por puro placer.

—Si conseguimos llegar al canal principal, quizá tengamos una oportunidad —dijo.

La oscuridad se fue imponiendo en el canal cuando doblaron el primer recodo y las paredes circundantes ocultaron las luces del recinto de Kang. Tan solo el sonido lejano de los cuatro motores diesel del catamarán rompía el silencio de la noche, y no era difícil deducir que iba lanzado a toda velocidad. Dirk remaba rítmicamente, como una máquina, con la colaboración de Summer, que le guiaba por el canal siguiendo la ruta más corta posible, y de vez en cuando le dedicaba palabras de ánimo.

—Vamos a doblar el segundo recodo —anunció—. Tira a la derecha. Deberíamos salir del canal dentro de otros treinta metros.

Dirk continuó remando. El latido de los motores del catamarán se oyó con más claridad detrás de ellos. Aunque le dolían los miembros, Dirk redobló sus esfuerzos por impulsar la barca a la máxima velocidad posible.

La negrura que les rodeaba se mitigó cuando doblaron el último recodo del canal y desembocaron en el ancho río Han.

Grupos de estrellas titilaban en el horizonte, e iluminaban las aldeas diseminadas junto a la orilla del río y las colinas. La tenue luz era la única pista de la anchura del río, que se extendía casi cinco millas hasta la orilla opuesta. A esa hora de la noche, el tráfico fluvial era casi inexistente. Varias millas río abajo había un puñado de

pequeños cargueros comerciales, amarrados durante la noche para iniciar la travesía hacia Seúl con las primeras luces del alba. Un dragador brillantemente iluminado ascendía por el río poco a poco, pero aún se encontraba a cuatro millas de distancia. Río arriba, un pequeño barco con una panoplia de luces multicolores daba la impresión de ir avanzando hacia el centro del río a paso lento.

—Temo que no veo taxis fluviales —dijo Summer, al tiempo que escudriñaba el horizonte.

Mientras Dirk intentaba remar hacia el centro del río, sintió que la corriente les empujaba río abajo. La marea baja, que arrastraba los restos del río Han cuando se dispersaba en las aguas oscuras del mar Amarillo, alimentaba el caudal del río. Paró los remos un momento para repasar sus opciones. El dragador parecía atractivo, pero tendrían que luchar contra la corriente para alcanzarlo. Miró río abajo y distinguió un pequeño grupo de luces amarillas en la orilla opuesta, que parpadeaban a través del aire húmedo.

—Vamos a intentar llegar a esa aldea —dijo, y apuntó un remo en dirección a las luces, que se encontraban a unas dos millas corriente abajo—. Si cruzamos el río, la corriente debería llevarnos muy cerca.

—Cualquier cosa con tal de no zambullirnos de nuevo.

Sin embargo, ambos ignoraban que la línea de demarcación coreana atravesaba esta sección del delta del río Han. Las luces parpadeantes no eran una aldea, sino una base militar fluvial norcoreana armada hasta los dientes.

En cualquier caso, sus planes se vieron interrumpidos por el rugido del catamarán cuando surgió del canal. Un par de focos brillantes se encendieron al lado de la caseta del timonel, los cuales barrieron las aguas. Sería cuestión de segundos que uno de los haces cayera sobre el pequeño esquife que estaba atravesando el río.

—Es hora de abandonar el escenario por la derecha —dijo Dirk, y dio media vuelta a la barca para que apuntara río abajo. Summer saltó por la borda al instante, seguida de Dirk, quien vaciló un momento, se apoderó de un par de chaquetas salvavidas y se hundió en el agua.

—Vamos a nadar en diagonal y un poco río arriba para poner la máxima distancia posible entre nosotros y la barca —dijo.

—De acuerdo. Saldremos a respirar aire después de contar hasta treinta.

De pronto, el tableteo de una ametralladora hendió el aire de la noche, y una ráfaga de balas se hundió en el agua a pocos metros de ellos. Uno de los focos había localizado el esquife, y un guardia abrió fuego cuando el catamarán aceleró en su dirección.

Dirk y Summer se hundieron bajo el agua al unísono hasta una profundidad de metro y medio, y luego se dejaron llevar por la corriente. Debido al poderoso caudal del río, tuvieron la impresión de que nadaban sin moverse del sitio, en lugar de ir

avanzando poco a poco hacia el centro. Remontar el río era impensable debido a la corriente, pero les empujaba hacia abajo a mucha menor velocidad que el esquife.

Las profundas pulsaciones de los motores diesel del catamarán resonaban en el agua, y notaron que se iba acercando. Dirk, que iba contando el tiempo con cada brazada, confiaba en que Summer no se hubiera alejado de él en la oscuridad. Al estar nadando de noche en aguas negras, la única indicación de la dirección era el tirón de la corriente. Cuando llegó a treinta, emergió poco a poco del agua, casi sin agitar la superficie.

La cara de Summer emergió a unos tres metros de distancia, y Dirk oyó que respiraba profundamente. Se miraron un instante, luego desviaron la vista hacia el esquife, aspiraron otra profunda bocanada de aire y se sumergieron durante otros treinta segundos.

El vistazo que echó Dirk al esquife fue tranquilizador. El catamarán de Kang se estaba acercando a comprobar los daños. Nadie se había molestado en mirar al otro lado del río, convencidos de que Dirk y Summer seguían en la barca. En el breve tiempo pasado en el agua, ya habían logrado alejarse casi cien metros del esquife.

Cuando el catamarán se acercó a la lancha, Tongju ordenó a sus hombres que cesaran de disparar. No había ni rastro de los dos fugitivos, a quienes el asesino esperaba encontrar muertos en el suelo de la barca, cosidos a balazos. Miró desde la cubierta superior del catamarán y maldijo para sí cuando los focos iluminaron el esquife. La pequeña barca estaba completamente vacía.

—Buscad en el agua circundante y en la orilla —ordenó con voz tajante. El catamarán describió un círculo alrededor del esquife, mientras los focos barrían el agua, todos los ojos concentrados en escudriñar la oscuridad. De repente, un tirador chilló desde la proa del catamarán.

—¡Allí, en el agua..., dos objetos! —gritó, y señaló con el dedo.

Tongju asintió. Esta vez están acabados, pensó con despiadada satisfacción.

Después de su cuarta inmersión, Dirk y Summer se reunieron en la superficie y descansaron un momento. Se habían distanciado del esquife casi cuatrocientos metros.

—Ya podemos nadar en la superficie —dijo Dirk después de tomar aire—. Así veremos qué están haciendo nuestros amigos.

Summer imitó a su hermano y nadó de espaldas hacia atrás, lo cual les permitió ver el lejano catamarán y continuar atravesando el río. El barco de Kang se estaba acercando al esquife, y sus focos describían círculos alrededor de la zona en que se encontraban. Se oyeron gritos a bordo del catamarán, y el barco recorrió una breve distancia. Sonaron disparos, y después el barco se detuvo.

Tongju había lanzado el catamarán hacia dos objetos que flotaban en el agua, y vio con desdén que sus hombres acribillaban los chalecos salvavidas vacíos que Dirk había tirado al agua. El barco dio vueltas en torno a los chalecos durante varios minutos, a la espera de que los dos fugitivos asomaran a la superficie si se encontraban cerca, y luego reanudó la búsqueda. Dirk y Summer avanzaron hacia el centro del río, y vieron que el catamarán empezaba a describir círculos cada vez más amplios alrededor del esquife y los chalecos salvavidas.

—Dentro de pocos minutos avanzarán en nuestra dirección —se lamentó Summer.

Dirk escrutó el horizonte. Se habían adentrado una milla en el río, pero apenas habían recorrido una cuarta parte de su anchura. Podían dar media vuelta y tratar de llegar a la orilla más cercana, pero eso significaría cruzarse en el camino del catamarán. O bien podían ceñirse al plan de atravesar el río hacia las luces de la orilla opuesta. Pero el cansancio estaba empezando a apoderarse de ellos, azuzado por la larga inmersión en el agua fría. Nadar otras tres millas no sería empresa fácil, dificultada todavía más por las repetidas zambullidas que deberían hacer para esquivar el barco de Kang. No estaba claro si iban a poder sobrevivir al juego del gato y el ratón con Tongju y sus tiradores.

Pero había una tercera opción. El pequeño barco de las luces de colores en el que habían reparado antes se estaba acercando, y se hallaba a media milla de distancia. En la oscuridad, a Dirk le costaba identificar la embarcación, pero daba la impresión de ser una especie de velero de madera. Una pequeña vela roja, que la luz blanca del mástil revelaba de forma cuadrada, estaba izada cerca de la proa, pero no parecía que el barco se moviera mucho más deprisa que la corriente.

Dirk calculó el sendero del barco y nadó otros cien metros hacia el centro del río, y luego se paró. Summer le adelantó antes de caer en la cuenta de que se había detenido.

—¿Qué pasa? Hemos de continuar —susurró, después de volver a su lado.

Dirk indicó el catamarán con un cabeceo. El esbelto barco se había adentrado en el río. Calculó mentalmente la trayectoria del yate si persistía en su actual curso circular.

—Nos verán en el siguiente círculo —dijo en voz baja.

Summer se dio cuenta de que tenía razón. Los haces brillantes de los reflectores les iluminarían cuando describieran una nueva circunferencia. Tendrían que permanecer sumergidos varios minutos para pasar desapercibidos.

Dirk lanzó una veloz mirada río arriba.

—Hermanita, creo que ha llegado el momento de pasar al Plan B.

—¿El Plan B?

—Sí, el Plan B. Levanta el pulgar y empieza a hacer autoestop.

El gran velero de madera avanzaba con aire perezoso por el río. Su vela delantera y el pequeño motor auxiliar lo empujaban a una velocidad de tres nudos. Cuando se acercó más, Dirk vio que se trataba de un junco chino de tres palos y unos veinticinco metros de eslora. Al contrario que los barcos destantalados de esta parte del mundo, daba la impresión de que se conservaba en excelente estado. Una hilera de linternas chinas de múltiples colores colgaba de proa a popa, lo cual dotaba al barco de una atmósfera festiva. Construido por completo de madera de teca, las superficies barnizadas parecían refulgir a la luz de las lámparas oscilantes. Bajo la cubierta, un par de altavoces estéreo emitían una pieza orquestal, que Dirk reconoció como obra de Gershwin. No obstante, pese a la atmósfera relajada, no se veía ni un alma en cubierta.

—¡Ah del barco! Estamos en el agua. ¿Puede ayudarnos?

Nadie contestó al grito apagado de Dirk cuando el junco se acercó. Repitió la llamada, con cuidado de no atraer la atención del catamarán, que se estaba acercando cada vez más. Dirk creyó percibir un movimiento a popa, pero tampoco hubo respuesta a su petición de ayuda. Probó por tercera vez, sin darse cuenta de que el rumor apagado del motor del junco había aumentado una nota.

El casco de teca dorada del junco empezó a desfilar junto a Dirk y Summer. Un dragón tallado en la proa les miró con aire malicioso, a menos de tres metros de estribor. Como un fantasma en la noche, el junco pasó de largo, indiferente a las voces que llamaban desde el agua. Cuando la proa cruzó ante Dirk, este abandonó toda esperanza de rescate y se preguntó airado si el piloto estaba dormido, borracho o ambas cosas a la vez.

Miró hacia el catamarán, pero se sobresaltó cuando oyó un repentino chapoteo cerca de su cabeza. Era un flotador de plástico naranja atado a un rollo de cuerda, que ascendía hasta la popa del junco.

—Agárrate fuerte —ordenó a su hermana, y se aseguró de que esta le hubiera

obedecido antes de asir la cuerda. Cuando esta se tensó, la fuerza del junco, que navegaba más deprisa que el río, les hundió en el agua. Fueron arrastrados por la superficie del río con la cara mojada, como un esquiador acuático caído que hubiera olvidado soltarse del cable. Dirk empezó a trepar poco a poco, con las piernas colgando, hasta llegar a la barandilla. Un par de manos surgieron de la oscuridad, le agarraron por las solapas y le alzaron hasta depositarle sobre la cubierta.

—Gracias —murmuró Dirk, sin prestar demasiada atención a la alta figura envuelta en sombras—. Mi hermana sigue agarrada a la cuerda —dijo con voz ahogada, al tiempo que se levantaba y tiraba de la cuerda. El hombre alto se puso detrás de él y le ayudó. Juntos izaron a Summer como un lenguado que hubiera picado el anzuelo, hasta que se desplomó sobre la cubierta como un saco mojado. Un ladrido agudo resonó en la cubierta, y al instante, un pequeño perro salchicha negro y tostado corrió hacia Summer y empezó a lamerle la cara.

—Una noche oscura para salir a nadar, ¿no cree? —preguntó el desconocido en inglés.

—Es usted norteamericano —afirmó Dirk sorprendido.

—Desde que nací en la patria de Lincoln —fue la respuesta.

Dirk estudió al hombre por primera vez. Medía casi un metro noventa, como él, aunque le llevaba ocho kilos de ventaja. Una mata de pelo blanco ingobernable y una perilla a juego indicaban que era unos cuarenta años mayor que él. Los ojos verdeazulados del hombre, con un brillo travieso bajo las luces colgantes, le impresionaron. Era como si fuera una versión más vieja de su padre, decidió.

—Corremos un gran peligro —intervino Summer, al tiempo que se ponía en pie. Acunó al perro entre sus brazos y le rascó la cabeza con entusiasmo, lo cual motivó que meneara la cola—. Nuestro buque de investigación fue hundido y esos asesinos quieren matarnos —dijo, y cabeceó en dirección al catamarán que daba lentas vueltas en su dirección.

—He oído disparos de ametralladora —contestó el hombre.

—Planean lanzar otro ataque mortífero. Hemos de avisar a las autoridades —suplicó Summer.

—Miles de vidas más corren peligro —añadió Dirk en tono sombrío.

El hombre del pelo blanco examinó a la pareja. Summer, mojada pero elegante con su roto vestido de seda, parecía una compañera inusual para Dirk, sucio y amoratado, con el mono destrozado. Ninguno de los dos intentaba ocultar las esposas que colgaban de sus muñecas.

Una leve sonrisa cruzó los labios del hombre.

—Me parece que les voy a creer. Será mejor que bajen hasta que ese barco se aleje. Pueden quedarse en el camarote de Mauser.

—¿Mauser? ¿Cuántas personas van a bordo? —preguntó Dirk.

—Yo y ese tipo que está besando a su hermana —contestó. Dirk se volvió y vio que el pequeño perro salchicha estaba secando el agua de la cara de Summer con la lengua.

El propietario del junco les guió a toda prisa a través de una puerta del mamparo, y bajaron un tramo de escaleras hasta una sala decorada con gusto.

—Hay toallas en el baño y ropa seca en el armario. Esto les reconfortará.

Tomó una botella que descansaba sobre una mesita auxiliar y sirvió a cada uno un vaso del líquido transparente. Dirk bebió un trago al instante y notó el sabor amargo del licor, que sin duda poseía un alto contenido alcohólico.

—Soju —dijo el hombre—. Un licor de arroz local. Sírvanse mientras intento despistar a sus amigos.

—Gracias por ayudarnos —contestó Summer—. Por cierto, me llamo Summer Pitt, y este es mi hermano Dirk.

—Encantado de conocerles. Me llamo Clive Cussler.

Cussler volvió al timón del junco y aceleró un poco el motor, dirigiendo la proa hacia el centro del río. El catamarán solo tardó unos minutos en alcanzarle e iluminarle con una batería de focos. Cussler se puso un sombrero de paja cónico de campesino y encogió su largo cuerpo delante del timón.

Pese al brillo de las luces vio que varios hombres le apuntaban con armas automáticas. Cuando el catamarán se acercó a escasos centímetros del costado de babor, un hombre invisible gritó desde el puente una pregunta por el sistema de megafonía del barco. Cussler contestó con un meneo de cabeza. Otra orden resonó en la noche, mientras los focos barrían el junco. Cussler volvió a negar con la cabeza, mientras se preguntaba si detectarían el rollo de cuerda empapado y las huellas de pies descalzos mojados que cruzaban la cubierta. Durante varios minutos, el catamarán se mantuvo al lado del junco, como si fuera a abordarlo. Después, con un repentino rugido de los motores, el catamarán se alejó y prosiguió su búsqueda más cerca de la orilla.

Cussler guió el junco por los últimos vestigios del río Han, hasta que sus aguas fueron engullidas por el mar Amarillo. Cuando se abrieron las vías marítimas y las posibilidades de tráfico fluvial desaparecieron, Cussler accionó una serie de controles electrónicos del timón. Cabrestantes hidráulicos empezaron a zumbar, mientras las cuerdas se tensaban y las vergas se alzaban, y las tradicionales velas al tercio rojas de un junco clásico ascendían hasta el extremo del palo mayor y el de mesana. Cussler ató manualmente las cuerdas y apagó el pequeño motor diesel. El viejo junco surcó las olas gracias a la elegante potencia de sus velas.

—Tiene usted un barco muy bonito —dijo Dirk, cuando salió vestido con tejanos y un polo.

Summer le siguió, ataviada con un mono holgado y una camisa de trabajo de

hombre.

—El típico buque mercante chino, que se remonta a hace casi dos mil años —contestó Cussler—. Este fue construido en Shangai para un rico comerciante de té. Está hecho por completo de una madera de teca llamada «Takien Tong». Es muy resistente y marinera.

—¿Dónde lo encontró? —preguntó Summer.

—Un amigo mío lo descubrió abandonado en un astillero malasio y decidí remozarlo. Tardó seis años en terminar el trabajo. Cuando se aburrí de navegar, me lo cedí a cambio de varios coches antiguos. Tengo la intención de cruzar el Pacífico asiático con él. Empecé en Japón y pienso llegar hasta Wellington.

—¿Viaja solo? —preguntó Summer.

—Lo han modificado con un potente motor diesel y elevadores hidráulicos para las velas al tercio, que están conectadas con un piloto automático informatizado. Se maneja con un dedo, y en realidad puede funcionar solo.

—¿Lleva teléfono por satélite a bordo? —preguntó Dirk.

—Temo que no. Lo único que puedo ofrecerle es una radio de barco a tierra. No quería que llamadas telefónicas o mensajes de internet me molestaran durante el crucero.

—Muy comprensible. ¿Adónde se dirige, y a propósito, dónde estamos ahora?

Cussler sacó una carta de navegación y la sostuvo bajo la débil luz de la consola del timón.

—Estamos entrando en el mar Amarillo, unas cuarenta millas al noroeste de Seúl. Imagino que no estarán interesados en permanecer a bordo hasta Wellington —sonrió, mientras pasaba un dedo sobre la carta—. ¿Qué les parece Inchon? —continuó, dando unos golpecitos sobre el mapa—. Podría dejarles allí dentro de unas ocho horas. Creo que cerca hay una base de las fuerzas aéreas norteamericanas.

—Eso sería estupendo. Cualquier sitio donde podamos encontrar un teléfono y comunicarnos con el cuartel general de la NUMA.

—La NUMA —dijo Cussler, como si meditara sobre la palabra—. No serán del barco de la NUMA que se hundió al sudoeste de Japón...

—El Sea Rover. Sí, así es. ¿Cómo lo sabe? —preguntó Summer.

—Salió en la CNN. Vi la entrevista con el capitán. Dijo que un carguero japonés rescató a la tripulación después de una explosión en la sala de máquinas.

Dirk y Summer intercambiaron una mirada de incredulidad.

—¿El capitán Morgan y los demás tripulantes están vivos? —soltó ella por fin.

—Sí, ese era el nombre del tipo. Dijo que toda la tripulación había sido rescatada.

Summer volvió a contar la historia del ataque contra su barco, el secuestro a bordo del buque de Kang y la incertidumbre sobre la suerte de sus compañeros.

—Sospecho que debe haber un montón de gente buscándoles —dijo Cussler—.

De momento, están a salvo. Hay algunos bocadillos y cerveza en la cocina. Coman algo y vayan a descansar. Les despertaré cuando lleguemos a Inchon.

—Gracias. Voy a hacerle caso —contestó Summer, y se encaminó abajo.

Dirk se quedó un momento de pie ante la barandilla, mientras contemplaba el primer brillo del amanecer que intentaba pintar el lejano horizonte. Mientras meditaba sobre los acontecimientos de los tres últimos días, una firme resolución se apoderó de su cuerpo derrengado. Por algún milagro, la tripulación del Sea Rover había sobrevivido al hundimiento del buque de investigación de la NUMA. Pero Kang aún tenía las manos manchadas de sangre, y lo que estaba en juego era crucial. Si lo que les había dicho Kang era cierto, millones de vidas estaban en peligro. Había que detener a aquel loco, y de prisa.

III.

SEA LAUNCH

16 de junio de 2007, Long Beach, California.

Aunque la mañana era fría y húmeda en el sur de California, Danny Stamp sintió que el sudor empezaba a brotar de sus axilas. El veterano ingeniero estaba tan nervioso como un adolescente en la fiesta de fin de curso, pero como sabían bien quienes le conocían, siempre se sentía igual cuando movían a su bebé.

Su bebé de hoy, que no utilizaba pañales, era un cohete Zenit 3SL de combustible líquido y sesenta y dos metros de largo, que se hallaba en el delicado proceso de ser trasladado a su plataforma de lanzamiento. El responsable del vehículo de lanzamiento, rechoncho y algo calvo, miraba por encima de la barandilla de la superestructura del barco, mientras el cohete de 90 millones de dólares aparecía poco a poco bajo sus pies. Cuando el gigantesco cilindro blanco salió de su base sobre un soporte similar a un ciempiés, los ojos de Stamp se desviaron hacia las grandes letras azules pintadas en el tubo del cohete, que anunciaban: *SEA LAUNCH*.

Sea Launch, fundada en la década de 1990, era una empresa comercial multinacional cuyo objetivo era proporcionar servicios de lanzamiento de cohetes, dirigidos en especial a operadores de telecomunicaciones vía satélite. El gigante aeroespacial norteamericano Boeing fue el socio fundador, contratado tanto para encargarse de las operaciones de lanzamiento como para integrar las cargas útiles del satélite del cliente en el tubo del cohete. Un par de empresas rusas cambiaron las espadas por los rublos y se sumaron al consorcio, aportando los cohetes o «vehículos de lanzamiento», como se les conocía en la jerga. Los Zenit, antiguos cohetes militares que habían transportado cabezas nucleares, eran auténticos vehículos de lanzamiento, perfectamente adecuados para aplicaciones comerciales. No obstante, era una firma noruega, Kvaerner, la que aportaba el elemento más peculiar al consorcio. A partir de una plataforma petrolífera del mar del Norte abandonada, la firma de Oslo construyó una plataforma de lanzamiento flotante autopropulsada, capaz de lanzar cohetes desde casi todas las aguas del mundo.

Aparte de constituir un gran atractivo para el cliente, el sentido común dicta que solo hay una zona del globo desde la que valga la pena lanzar cohetes: el ecuador. Para un satélite geosincrónico, que permanece en una posición orbital relativa fija siguiendo la rotación de la tierra, no existe un camino más directo a la órbita que desde el ecuador. Menos combustible sacrificado al poner en órbita un satélite puede permitir que este lleve una carga útil mayor. Los propietarios de satélites, que desean obtener los máximos beneficios de sus inversiones multimillonarias, pueden de esta manera añadir más capacidad a sus satélites o más combustible, para así prolongarle la vida. Integrar los satélites en el vehículo de lanzamiento en Long Beach, y después

transportar el cohete hasta el ecuador para lanzarlo, había pasado de ser una idea intrigante a un eficaz modelo comercial en el juego arriesgado de las operaciones espaciales comerciales.

De pronto, una radio Motorola manual fija al cinturón de Stamp cobró vida.

—Operación finalizada. Preparado para ser izado por la grúa —bramó la voz invisible.

Stamp estudió el cohete Zenit, el cual sobresalía de la popa del barco como el aguijón de una avispa. En una tentativa de flexibilidad poco habitual, el equipo de *Sea Launch* montaba el cohete y su carga útil en las entrañas de un barco construido a medida llamado *Sea Launch Commander*. Conocido de manera oficial como el «Barco de Montaje y Mando», el carguero de doscientos metros de eslora albergaba innumerables ordenadores en la cubierta superior, así como un centro de mando operativo, que dirigía las operaciones de lanzamiento en el mar. En la cubierta inferior había un cavernoso compartimiento de montaje que alojaba los componentes del cohete Zenit. Un ejército de ingenieros y técnicos vestidos con batas blancas empalmaban en horizontal las secciones segmentadas del cohete ruso, utilizando un sistema de raíles que recorría casi toda la longitud del buque. Una vez completado el montaje, el satélite era encajado en la sección superior, y después todo el vehículo de lanzamiento salía sobre ruedas a paso de tortuga por la popa del *Sea Launch Commander*.

—Procedan a engancharlo. Trasládenlo cuando todo esté preparado —ordenó Stamp por la radio, con un leve acento del medio oeste. Alzó la vista hacia el gigantesco sistema de grúas construido en el borde de la plataforma de lanzamiento. La plataforma flotante, bautizada *Odyssey*, se había situado a popa del *Sea Launch Commander*, y su sistema de grúas colgaba justo encima del cohete. Los cables del cabrestante descendieron en silencio hacia el vehículo de lanzamiento, donde grupos de ingenieros con casco los sujetaron a una serie de eslingas y puntos de alzamiento que abarcaban toda la longitud del cohete.

—*Sea Launch Commander*, aquí la *Odyssey* —bramó una nueva voz en la radio de Stamp—. Preparados para trasladar el vehículo de lanzamiento.

Stamp cabeceó en dirección a un individuo bajito que había a su lado, un hombre barbudo llamado Christiano, capitán del *Sea Launch Commander*. Christiano habló por su radio.

—Aquí el *Commander*. Procedan al traslado cuando gusten. Buena suerte, *Odyssey*.

Segundos después, los cables se tensaron y el cohete horizontal fue levantado poco a poco de su soporte. Stamp contuvo el aliento cuando izaron el cohete Zenit hasta quedar suspendido sobre las cubiertas del *Commander*. El cohete, vacío de combustible, apenas alcanzaba una ínfima parte de su peso de lanzamiento, de modo

que el proceso era como levantar una lata de cerveza vacía, pero Stamp no podía reprimir el nerviosismo al ver el gigantesco cohete colgando en el aire sobre él.

Después de una lentísima ascensión hasta lo alto de la plataforma de lanzamiento, el personal de la grúa activó el cabrestante móvil y el vehículo de lanzamiento fue introducido horizontalmente en un hangar de la cubierta elevada de la *Odyssey*. En cuanto la punta del cohete dejó atrás las puertas, todo el vehículo de lanzamiento fue depositado con delicadeza sobre un soporte con ruedas. Cuando la plataforma flotante llegara el punto de lanzamiento, el soporte sacaría al cohete del hangar y lo enderezaría para ser disparado.

—Vehículo de lanzamiento asegurado. Buen trabajo, caballeros. La cerveza corre de mi cuenta esta noche. *Odyssey*, corto.

Stamp se relajó visiblemente, y una amplia sonrisa apareció en su cara.

—Pan comido —dijo a Christiano, como si jamás hubiera dudado del resultado.

—Parece que, al final, conseguiremos lanzarlo en la fecha acordada, dentro de diecisiete días —contestó Christiano, mientras veía que el soporte vacío del vehículo de lanzamiento volvía al hangar de la cubierta inferior—. Las previsiones meteorológicas a largo plazo siguen siendo favorables. Después de las verificaciones finales y abastecernos de combustible, la *Odyssey* podrá partir dentro de cuatro días, y nosotros la seguiremos en el *Commander* cuarenta y ocho horas después. La alcanzaremos con facilidad antes de que llegue al punto de lanzamiento.

—Estupendo —dijo aliviado Stamp—. Hay una cláusula de penalización en el contrato del cliente que acabará con nosotros si el lanzamiento se retrasa.

—Nadie habría podido predecir que la huelga de estibadores retrasaría quince días la recepción de componentes del cohete Zenit —dijo Christiano, y meneó la cabeza.

—El personal del vehículo de lanzamiento se esforzó al máximo por recuperar el tiempo perdido. No ardo en deseos de ver el coste de las horas extras, pero el equipo habrá conseguido un récord de montaje e integración. Aunque nuestro paranoico cliente ocultara la carga útil de la misión a todo el mundo.

—¿Qué tiene de secreto un satélite de transmisiones televisivas?

—A mí que me registren —dijo Stamp, y se encogió de hombros—. La típica reticencia asiática, supongo. Toda la operación me parece un absurdo. Tienen un satélite relativamente ligero que habrían podido lanzar con toda facilidad desde el cohete de la Larga Marcha china por un par de millones menos de los que les cobramos.

—La animadversión hacia los chinos no es un sentimiento raro en el Lejano Oriente.

—Cierto, pero suele pasarse por alto cuando se trata de dólares y centavos. Tal vez se deba al presidente de la firma de telecomunicaciones. Por lo visto, es un

excéntrico de tomo y lomo.

—Es el propietario de toda la empresa, ¿verdad? —preguntó Christiano, mientras sus ojos escudriñaban el firmamento y trataba de recordar.

—Sí —contestó Stamp—. Daejong Kang es un hombre rico y poderoso.

Kang se reclinó en la butaca almohadillada de piel de su estudio chapado en cerezo, y escuchó con atención el informe técnico de un par de ingenieros de sus instalaciones de Inchon. Tongju estaba sentado en silencio al fondo de la habitación, y sus ojos oscuros espiaban a los hombres por pura costumbre. Uno de los ingenieros, un hombre desaliñado con gafas y bastante calvo, habló a Kang con voz ronca.

—Como sabe, el satélite Koreasat 2 fue entregado en las instalaciones de la empresa encargada del lanzamiento hace tres semanas, donde fue encajado en la sección delantera del cohete Zenit. Desde entonces, todo el vehículo de lanzamiento ha sido cargado sobre la plataforma de lanzamiento autopropulsada, que está preparada para partir hacia el ecuador.

—¿No ha habido fallos de seguridad? —preguntó Kang, al tiempo que lanzaba una fría mirada hacia Tongju.

El ingeniero negó con la cabeza.

—Nuestro propio equipo de seguridad protegía el satélite las veinticuatro horas del día. El personal de *Sea Launch* no sospecha nada. A juzgar por las apariencias, el satélite está destinado a transmisiones televisivas. Ahora que el satélite está alojado en el cohete, no es probable que despierte sospechas.

El ingeniero tomó un sorbo de café de un tazón que estaba a rebosar, y derramó unas gotas de líquido caliente sobre la manga de su gastada chaqueta deportiva a cuadros. La mancha marrón se combinó con otras similares que adornaban la corbata.

—El aerosol... ¿Se ha comprobado que funciona? —preguntó Kang.

—Sí. Como ya sabe, llevamos a cabo ciertas modificaciones en relación con el modelo a pequeña escala utilizado en las islas Aleutianas. Ya no existe capacidad de doble agente, pues el despliegue de la mezcla de cianuro fue eliminado de la misión. Además, el sistema fue rediseñado con contenedores desmontables, lo cual nos permitirá armar la carga útil con el bioagente tan solo unas horas antes del lanzamiento. Y por supuesto, es un sistema de mucho mayor volumen. El modelo probado en las Aleutianas, como recordará, llevaba menos de cinco kilos de componente bioquímico, en tanto el vehículo del satélite liberará trescientos veinticinco kilos del agente quimera después de la hidrogenación. Antes de que el satélite fuera encapsulado en las instalaciones de *Sea Launch*, efectuamos una última prueba en condiciones seguras. Los resultados fueron perfectos. Confiamos en que el sistema de aerosol actuará en el objetivo tal como está previsto.

—No espero ningún fallo en nuestros aparatos —afirmó Kang.

—La operación de lanzamiento será la fase más crítica de la misión —continuó el

ingeniero de la voz áspera—. Lee Wook, ¿hemos obtenido los datos de mando y control necesarios para proceder con un lanzamiento independiente?

El segundo ingeniero, un hombre más joven de pelo graso y nariz ancha, estaba intimidado por la presencia de Kang.

—Hay dos componentes primordiales en el proceso de lanzamiento —contestó, y tartamudeó un poco—. El primero es situar y estabilizar la plataforma de lanzamiento flotante, y después levantar, alimentar de combustible y preparar el cohete para el lanzamiento. Hemos obtenido los procedimientos operativos de *Sea Launch* para estos pasos —dijo, sin hacer mención de los sobornos empleados—, que nuestro equipo ha revisado y practicado con minuciosidad. Además, hemos obtenido los servicios de dos especialistas en lanzamientos ucranianos que trabajaban antes para Yuzhnoye, el fabricante del cohete Zenit. Están colaborando con los cálculos de trayectoria y alimentación de combustible, y estarán disponibles para ayudar con los preparativos mecánicos.

—Sí, estoy enterado de los incentivos exigidos para obtenerles —replicó Kang con desdén—. Creo que los rusos podrían enseñar a Occidente un par de cosas sobre extorsión capitalista.

Lee Wook hizo caso omiso del comentario y siguió hablando, controlado por fin el tartamudeo.

—El segundo componente crítico es la iniciación del lanzamiento y el control de vuelo. Durante un lanzamiento normal en el mar, el barco de montaje y mando de *Sea Launch* se encarga de dichos controles. Para nuestro lanzamiento, el *Baekje* se ocupará de esta tarea. Hemos modificado el barco con el equipo de comunicaciones e informático necesarios para llevar a cabo el lanzamiento y el control de vuelo —dijo Lee Wook, su voz sonó casi como un susurro—. Nuestra última aportación ha sido el software que controla y vigila el vehículo de lanzamiento. Al hacerse desde una plataforma flotante es un proceso muy automatizado, de modo que el software tiene un papel fundamental. Hay varios millones de líneas de código informático que apoyan las fases de lanzamiento, telemetría y seguimiento.

—¿Hemos recreado el software necesario para nuestra misión?

—Habrían sido necesarios muchos meses para escribir y probar el software sin ayuda. Tuvimos la suerte de que todos estos programas de software se encuentran dentro de las bases de datos del barco de montaje y mando. Como cliente de la carga útil, nuestro equipo gozó de acceso casi ilimitado al barco durante las tres últimas semanas, mientras integraban el satélite Koreasat 2 en el vehículo de lanzamiento. Una vez a bordo, nuestro equipo de sistemas no tuvo excesivas dificultades en acceder a los ordenadores del barco y descubrir el código de software. Delante de las narices de sus expertos informáticos, bajamos copias del software y, durante un período de cuatro días, transmitimos el código vía satélite desde el buque de *Sea*

Launch a nuestro laboratorio de Inchon.

—Pero me dijeron que el *Baekje*, o *Koguryo*, como se llama ahora, zarpó hace un día.

—Ya hemos transferido parte del programa a los ordenadores de a bordo y bajaremos el software restante vía satélite, durante el viaje del barco.

—¿Han determinado el sendero de vuelo óptimo para lograr la máxima dispersión del agente? —preguntó Kang.

—En teoría, podemos lanzar el agente desde cuatro mil kilómetros de distancia del objetivo. Sin embargo, la probabilidad de acertar en el blanco es muy pequeña. No existe sistema de guía para la carga suborbital, de modo que hemos de confiar en el viento, el impulso y la posición de lanzamiento para alcanzar la zona elegida. Utilizando las condiciones de viento habituales en el Pacífico, nuestros ingenieros ucranianos han determinado que situar la plataforma de lanzamiento a unos cuatrocientos kilómetros del blanco optimizará la precisión del impacto. Tras adaptarse a las condiciones atmosféricas a la hora del lanzamiento, esperamos que la carga útil caiga a tierra en un radio de cinco kilómetros.

—Pero el sistema de aerosol se activará bastante antes —intervino el primer ingeniero.

—Correcto. A una altura de seis mil metros, el aerosol, o sistema de carga, será activado. Esto sucederá poco después de que el cono del morro haya sido expulsado durante el vuelo. Cuando descienda, el sistema de carga recorrerá casi ocho kilómetros en dirección al objetivo por cada kilómetro de descenso. Una estela de vapor del agente será dispersado a lo largo de un pasillo de cuarenta y ocho kilómetros de longitud.

—Habría preferido que el lanzamiento no tuviera lugar tan cerca del territorio estadounidense —dijo Kang con una ceja arqueada—, pero si la precisión de la misión lo exige, que sea así. ¿La trayectoria del vuelo será controlada por la ignición del cohete?

—En efecto. El Zenit3SL es un cohete de tres fases diseñado para poner en órbita elevada cargas pesadas, pero la altitud máxima que deseamos es inferior a cincuenta kilómetros, de modo que no activaremos la segunda y tercera fase, y abreviaremos la primera. Podemos terminar la ignición en cualquier momento, que programaremos algo más de un minuto después de iniciado el vuelo. Cuando el vehículo de lanzamiento se desvíe hacia el este, comenzaremos con la separación de la sección de carga útil del cohete, y después liberaremos el contenedor con esta carga. El falso satélite activará automáticamente el sistema de aerosol y dispersará el agente hasta el impacto.

—¿Estamos seguros de que el sistema antimisiles norteamericano no supone ningún riesgo?

—El sistema antibalístico norteamericano está aún en mantillas. Está dirigido hacia los misiles balísticos intercontinentales lanzados desde miles de kilómetros de distancia. No tendrán tiempo de reaccionar. Aunque fuera así, sus misiles de interceptación llegarán después de que hayamos iniciado la separación. A lo sumo, destruirían los propulsores del cohete. No, señor, no detendrán la propagación de la carga útil después de que la hayamos lanzado.

—Espero que la cuenta atrás tenga lugar mientras los líderes del G8 se encuentren en la zona elegida —dijo Kang.

—Si el tiempo lo permite, hemos programado el lanzamiento para que coincida con la asamblea previa a la cumbre en Los Ángeles —dijo el ingeniero, nervioso.

—¿Controlará usted el desarrollo del plan desde Inchon?

—El laboratorio de telecomunicaciones está en comunicación constante con el *Koguryo*, y seguiremos el lanzamiento en directo. Asesoraremos a la tripulación del barco durante los preparativos de la cuenta atrás, por supuesto. Confío en que se reúna con nosotros para presenciar el lanzamiento.

Kang asintió.

—Si mi agenda lo permite. Han hecho un trabajo excepcional. Corone con éxito la misión, y cubrirá de honor al Comité Central.

Kang volvió a asentir, para indicar que la reunión había terminado. Los dos ingenieros se miraron, hicieron una reverencia a Kang y salieron en silencio del estudio. Tongju se levantó de su asiento y caminó hacia el gran escritorio de caoba.

—¿Tu grupo de asalto está en su sitio? —preguntó Kang al silencioso asesino.

—Sí, se quedaron a bordo en Inchon. Con su permiso, me he encargado de que un avión de la empresa me transporte a una pista de aterrizaje japonesa abandonada en las islas Ogasawara, donde me reuniré con el barco para la operación.

—Sí, esperaba que dirigieras la fase del ataque. —Kang hizo una pausa—. Nos hemos esforzado demasiado en mejorar nuestro plan como para fracasar —dijo en tono severo—. Te hago responsable del secreto constante de nuestra operación.

—Los dos norteamericanos... se habrán ahogado en el río —replicó Tongju en voz baja, al captar la indirecta de Kang.

—Aunque sobrevivieran, poco podrían saber o demostrar. La dificultad reside en mantener el engaño una vez triunfe la misión. Los japoneses han de quedar como los culpables, sin paliativos.

—Una vez lanzado el ataque, la única prueba física estará a bordo del *Koguryo*.

—Precisamente. Por eso debes destruir el barco después del lanzamiento.

Kang dijo la frase como si estuviera pidiendo una servilleta en una fiesta.

Tongju arqueó una ceja.

—Mi equipo de asalto estará en el barco, así como muchos expertos en telecomunicaciones, ¿no? —preguntó.

—Por desgracia, tu equipo no es imprescindible. Además, ya me he asegurado de que mis principales ingenieros se queden en Inchon durante la operación. Así ha de ser, Tongju —dijo Kang, demostrando una extraña insinuación de empatía.

—Así se hará.

—Toma estas coordenadas —dijo Kang, y le entregó un sobre—. Uno de mis cargueros con destino a Chile estará esperando en esa posición. En cuanto se inicie el lanzamiento, ordena al capitán del *Koguryo* que se dirija hacia el carguero y lo hunda. Llévate al capitán y dos o tres hombres, si lo deseas, y ve al carguero. El *Koguryo* no debe ser capturado con la tripulación a bordo bajo ningún concepto.

Tongju asintió en silencio, aceptando el asesinato múltiple sin vacilar.

—Buena suerte —dijo Kang, al tiempo que se levantaba y le acompañaba hasta la puerta—. Nuestra patria cuenta contigo.

Después de que su esbirro saliera, Kang volvió a su escritorio y contempló el techo durante largo rato. La maquinaria se había puesto en acción. Ya solo cabía esperar a saber los resultados. De momento, sacó un fajo de informes financieros y empezó a calcular los beneficios esperados del siguiente trimestre.

La reunión del G8 es un fórum creado por el ex presidente Giscard d'Estaing en 1975. Pensado como conferencia de los líderes de las naciones más industrializadas del mundo, en la que reunirse y discutir sobre los temas económicos globales del momento, la cumbre se restringe por tradición a los jefes de Estado exclusivamente. No se permite la presencia de consejeros o miembros del gabinete, solo los líderes mundiales reunidos una vez al año de manera informal y privada. Si bien las reuniones dan poco más de sí que la preciada foto de familia, con los años las agendas se han expandido más allá de la economía global para dar cabida a temas relacionados con la salud mundial, el medio ambiente y la lucha contra el terrorismo.

Tras haber aprobado en fecha reciente un importante paquete de medidas legislativas relacionadas con el calentamiento global, el presidente de Estados Unidos estaba ansioso por promocionar sus iniciativas para la protección del medio ambiente en un escenario mundial, como anfitrión de la siguiente cumbre. Siguiendo la tradición de anfitriones recientes, el presidente Ward había elegido el escenario tranquilo e impresionante del Parque Nacional de Yosemite como lugar de la cumbre. Sabía que el remoto emplazamiento disuadiría a las habituales masas de activistas urbanos. No obstante, en un homenaje inusual al amor mundial por Hollywood, había accedido a dar una recepción previa a la cumbre en un lujoso hotel de Beverly Hills el día anterior, a la que acudirían los actores más famosos de la actualidad y los magnates de la industria cinematográfica. No fue sorprendente que los líderes de Japón, Italia, Francia, Alemania, Rusia, Canadá y Gran Bretaña aceptaran la invitación, de manera que el G8 estaría al completo.

Lo que el presidente y sus consejeros de seguridad ignoraban era que la recepción del G8 en Beverly Hills era la zona cero de la carga útil transportada por el misil de Kang.

Kang era consciente de que el tiempo adverso, problemas mecánicos imprevistos y mil y una cosas podían alterar el calendario, pero el objetivo estaba preparado. Un golpe certero, mientras los principales líderes del mundo libre se hallaban reunidos, y el valor de la sorpresa sería incalculable. Aun sin golpear a los líderes reunidos, el terror del ataque planificado sobresaltaría al mundo.

El dispensador de aerosol, que surcaría el cielo desde una posición de lanzamiento invisible en el océano Pacífico, sería programado para activarse en cuanto la carga útil sobrevolara tierra. La carga empezaría a liberarse sobre la playa de Santa Mónica y lanzaría su agente mortífero a lo largo de una franja que cruzaría la zona norte de Los Ángeles y alcanzaría las mansiones de Beverly Hills, los estudios de Hollywood, y los enclaves suburbanos de Glendale y Pasadena. Los contenedores del virus pasarían sobre el Rose Bowl y agotarían por fin el

combustible, y la carga vacía se estrellaría en algún lugar de los montes de San Gabriel.

La neblina ligera que se posaría en el suelo sería inocua para la gente de la calle. Sin embargo, durante las siguientes veinticuatro horas, los virus dispersos seguirían vivos y muy contagiosos, incluso en su dosis poco concentrada. A través del principal pasillo turístico de Los Ángeles, los virus invisibles se cebarían en víctimas desprevenidas, sin discriminar entre hombres, mujeres o niños. Los virus, rejuvenecidos por sus anfitriones vivientes, lanzarían en silencio sus ataques celulares internos. Como una bomba de tiempo sigilosa, durante el posterior período de incubación de dos semanas no habría pistas o síntomas de infección. Después, de repente, un espantoso terror se desencadenaría.

Al principio, adoptaría la forma de una pequeña hilera de gente que se acercaría tambaleante a la consulta de su médico, quejándose de fiebre y dolores corporales. Al poco tiempo, los números aumentarían, y pronto invadirían las salas de urgencias de todos los hospitales del condado de Los Ángeles. Como la enfermedad llevaba erradicada desde hacía más de treinta años, los profesionales de la salud tardarían en identificar al culpable. Cuando por fin se llegara al diagnóstico de viruela y se tuviera en cuenta la extensión del brote, se produciría un gran revuelo. Los medios contribuirían a azuzar la histeria a medida que se diagnosticaran más casos. Miles de personas asaltarían los hospitales del condado, cuando cada hipocondríaco al que le doliera la cabeza o tuviera fiebre elevada corriera a ver a un médico. Pero eso solo sería la punta del iceberg para los responsables de la sanidad. Cuando miles de nuevos casos de viruela aparecieran, los centros sanitarios no podrían proporcionar el tratamiento esencial para las víctimas: la cuarentena. Al no poder aislar casos confirmados, la epidemia aumentaría al cubo.

Los científicos de Kang habían calculado de manera conservadora que el veinte por ciento de la gente expuesta al vapor liberado sucumbiría a la infección. Con más de dieciocho millones de habitantes en el área metropolitana de Los Ángeles, incluso el estrecho sendero abierto por el vuelo de la carga útil expondría a doscientas mil personas a los gérmenes e infectaría a unas cuarenta mil. La expansión real se produciría dos semanas después, cuando los infectados en un principio hubieran propagado sin querer los gérmenes contagiosos durante los primeros días de enfermedad. Los expertos en medicina habían calculado que la primera exposición se multiplicaría por diez. Al cabo de un mes, casi medio millón de habitantes del sur de California estarían luchando contra la enfermedad mortal.

El miedo se propagaría con más celeridad que la infección de viruela, más impresionante aún por la visión del presidente y los demás líderes del G8 batallando contra la mortífera enfermedad. A medida que la virulencia de la epidemia aumentaba, los gritos de socorro de ciudadanos, trabajadores sanitarios y medios de

comunicación abrumaría al gobierno federal. Las autoridades federales asegurarían a la nación que todos se salvarían, que había suficientes vacunas para inyectar a toda la población. Los Centros de Control de Enfermedades entregarían vacunas a las autoridades sanitarias locales para contrarrestar la rápida propagación del virus, pero las vacunas llegarían demasiado tarde para los ya expuestos al virus. Y también se revelarían inútiles para muchos ya vacunados.

Para horror de las autoridades sanitarias y públicas, la veracidad del virus quimera cobraría vida de súbito. En virtud de su fuerza combinada, el virus asesino demostraría ser inmune a las vacunas de la viruela. A medida que aumentaran las muertes, las autoridades sanitarias y los científicos se afanarían por desarrollar una vacuna eficaz que pudiera producirse en masa, pero tardarían meses en hacerlo. Entretanto, el brote vírico arrasaría el país como un tsunami. Turistas y viajeros de Los Ángeles portarían el virus sin saberlo a puntos de toda la nación, provocarían nuevos brotes en mil ciudades diferentes. Cuando descubrieran que las vacunas eran ineficaces, las autoridades acudirían al medio de detener la epidemia menos disponible: la cuarentena masiva. Se prohibirían las reuniones públicas en un intento desesperado de detener la tormenta vírica. Se cerrarían los aeropuertos, se pararía el metro y el autobús cuando se impusieran restricciones a los viajes. Las empresas se verían forzadas a despedir a sus empleados, en tanto los gobiernos locales reducían sus servicios para impedir que toda la fuerza laboral se debilitara. Se cancelarían conciertos de rock, partidos de béisbol, incluso servicios religiosos, por miedo a provocar un nuevo brote... Los que corrieran el riesgo de salir a buscar comida o medicinas solo podrían hacerlo con guantes de goma y mascarillas quirúrgicas.

El impacto económico sería devastador para el país. Industrias enteras se verían obligadas a cerrar de la noche a la mañana. Las cifras de trabajadores en paro duplicarían las de la Gran Depresión. El gobierno quedaría al borde de la insolvencia cuando los ingresos derivados de los impuestos se paralizaran, al tiempo que las demandas de comida, medicinas y servicios sociales se multiplicaban. Al cabo de unas semanas, la producción nacional descendería a los niveles de un país tercermundista.

La seguridad nacional entraría en crisis. La contagiosa enfermedad diezmaría las filas de las fuerzas armadas, infectaría a miles de soldados y marineros en sus cuarteles. Divisiones del ejército, alas aéreas, incluso flotas navales enteras quedarían incapacitadas, y reducirían la eficacia de la fuerza militar a la de un tigre de papel. Por primera vez en casi dos siglos, la capacidad del país de defenderse se vería en serio peligro.

Entre la población civil, los centros de salud y los depósitos de cadáveres se verían superados por las circunstancias. El número de enfermos y moribundos no tardaría en alcanzar una masa crítica, que agotaría los recursos disponibles. A pesar

de funcionar las veinticuatro horas del día, los crematorios del país no darían abasto. Como en una escena de la conquista de México por Hernán Cortés, las montañas de cadáveres se acumularían hasta alcanzar un número abrumador. Se improvisarían a toda prisa crematorios para incinerar en masa los cadáveres, reproduciendo así las antiguas piras funerarias.

Los ciudadanos se verían obligados a vivir en casas y apartamentos como reclusos, temerosos de mezclarse con vecinos, amigos, o incluso parientes cercanos, por miedo a la infección. Los habitantes de las zonas rurales saldrían mejor librados, pero pocas familias evitarían el contagio en las grandes ciudades. Los enfermos serían sometidos a la cuarentena, mientras sus familiares quemaban sábanas, toallas, ropas, muebles y cualquier cosa que hubiera podido captar un germen.

El virus mortífero mataría a gente de todas las edades y razas, pero sobre todo a los trabajadores adultos, obligados a exponerse a la infección con el fin de proporcionar alimentos a sus familias. Con millones de adultos muertos, la enfermedad crearía una masa inmensa de niños huérfanos en todo el país. Como una terrible reproducción de la Europa occidental después de la Primera Guerra Mundial, se perdería casi toda una generación, aniquilada en cuestión de meses. Solo con medidas similares a las tomadas contra la neumonía atípica, después de la alerta desatada por los primeros brotes en Estados Unidos, se conseguiría evitar que la epidemia diezmará otros países de manera similar.

Para los infectados, la enfermedad desencadenaría una rápida y horripilante agonía. Tras un período de incubación de dos semanas, un sarpullido espantoso aparecería en los infectados después del prelude inicial de fiebre, empezando en la boca para propagarse luego a la cara y el cuerpo. Los afectados serían muy contagiosos en esta fase, en que el contacto cara a cara, o incluso el hecho de compartir ropas o sábanas, propagaría con gran facilidad la enfermedad. En el curso de los tres o cuatro días siguientes, el sarpullido avanzaría y daría paso a bultos duros y dolorosos. La masa de lesiones dérmicas de aspecto espantoso, acompañadas de la sensación de una antorcha aplicada a la piel, se secaría y daría lugar a costras. Durante dos o tres semanas más, los afectados lucharían contra la enfermedad, hasta que todas las costras se hubieran desprendido y el último riesgo de transmisión hubiera desaparecido. Durante todo el proceso, los enfermos tendrían que librar la batalla solos, pues la viruela carece de cura cuando el virus invade el cuerpo.

Con suerte, los supervivientes arrastrarían de por vida las cicatrices en su piel, como recordatorio constante de su penosa experiencia. Los supervivientes menos afortunados acabarían ciegos también. El tercio de infectados que perdieran la batalla padecerían una muerte dolorosa, cuando sus pulmones y riñones se cerraran poco a poco a causa del asalto vírico.

Pero el horror no terminaría ahí, pues oculto todavía en el brote de viruela estaba

el espectro del HIV. De acción más lenta, y menos detectables pero todavía más mortíferas, las características del HIV no solo lograban que el virus quimera fuera resistente a la vacuna de la viruela, sino que abrían un camino vírico de destrucción en las víctimas supervivientes. El virus, que medraría en un sistema inmunológico debilitado, destruiría y alteraría las células en el curso de su bárbara invasión. Mientras la mayoría de víctimas del HIV sucumbirían a sus efectos debilitadores en el plazo de una década, el quimera mataría en dos o tres años. Como una montaña rusa satánica, otra oleada de muerte asolaría el país de costa a costa, y atacaría a las pobres almas que habían sobrevivido al brote inicial de viruela. Mientras la pandemia de viruela alcanzaría una tasa de mortalidad del treinta por ciento, la del HIV se alzaría hasta el noventa por ciento. Una nación ya conmocionada y aturdida se enfrentaría a una nube de muerte desconocida en la historia hasta aquel momento.

Cuando el quimera culminara su obra, habría decenas de millones de muertos en Estados Unidos, y una cifra incalculable en todo el mundo. Ni una familia se libraría de su toque negro, y ningún alma viviría libre del temor a una sombra biológica mortífera en la puerta de su casa. Durante el desarrollo inicial de la peste, pocos se preocuparían de los acontecimientos políticos mundiales. Y, al otro lado del globo, cuando el viejo aliado de Corea del Sur fuera invadido por su vecino totalitario del norte, pocas reacciones llegarían de la nación devastada, aparte de un débil grito de protesta.

El junco chino parecía una reliquia anticuada entre los cargueros y contenedores modernos que hormigueaban en el puerto de Inchon. Cussler guió con cautela el velero a través de un laberinto de tráfico comercial matutino, antes de entrar en una pequeña dársena embutida entre dos grandes muelles de carga. Un curioso surtido de sampanes baqueteados y caros veleros de fin de semana rodeaban la dársena, mientras conducía el junco de teca hasta un muelle de tránsito y amarraba. Llamó con los nudillos a la puerta del camarote para despertar a sus dormidos ocupantes, y después puso una enorme cafetera a hervir en la cocina, mientras un empleado de la dársena llenaba el depósito de combustible.

Summer salió con paso inseguro al sol de la cubierta de popa con el perro salchicha en los brazos, seguida de Dirk, que intentó reprimir un bostezo. Cussler puso un tazón de café en sus manos y bajó un momento, para aparecer de nuevo con una sierra en la mano.

—Sería una buena idea eliminar esas esposas antes de bajar a tierra —sonrió.

—Me alegraré mucho librarme de estas pulseras —confirmó Summer, al tiempo que se masajeaba las muñecas.

Dirk echó un vistazo a los barcos circundantes, y después se volvió hacia Cussler.

—¿Nos ha seguido alguien? —preguntó.

—No, estoy seguro de que hemos llegado solos. He estado vigilando todo el tiempo, y he zigzagueado algunas veces para asegurarme. Nadie parecía interesado en seguirnos. Apuesto a que aquellos chicos todavía os siguen buscando arriba y abajo del río Han —rió.

—Eso espero —dijo Summer con un estremecimiento, y acarició las orejas del perro para consolarse.

Dirk cogió la sierra y empezó a cortar el grillete de la muñeca izquierda de Summer.

—Nos ha salvado la vida. ¿Podemos recompensarle de alguna manera? —preguntó, mientras deslizaba la hoja de la sierra sobre un borde de la esposa.

—No me debéis nada —respondió con sinceridad—. No os metáis en líos y dejad que el gobierno se encargue de esos rufianes.

—Me parece bien —contestó Dirk.

Después de cortar los grilletes de Summer, se relajó mientras Cussler y él se turnaban en cortar sus esposas. Cuando el último grillete se soltó, se incorporó y apuró el resto del café.

—Hay un teléfono en el restaurante de la dársena que podéis utilizar para llamar a la embajada norteamericana, si queréis. Coged unos cuantos won coreanos. Usadlos para la llamada y comprad un plato de Kimchi —dijo Cussler, y entregó a Summer

unos billetes de color púrpura de curso legal.

—Gracias, señor Cussler. Buena suerte en su viaje —dijo Dirk, y estrechó la mano del hombre.

Summer se inclinó y besó al viejo marinero en la mejilla.

—Su amabilidad ha sido abrumadora —susurró, y dio una palmada al perro a modo de despedida.

—Cuidaros. Hasta la vista.

Dirk y Summer agitaron la mano desde el muelle cuando el junco se adentró en el puerto, y sonrieron cuando Mauser lanzó un último ladrido de despedida desde la cubierta de proa. Subieron un tramo de escalones de cemento muy gastados y entraron en un edificio de un amarillo desvaído, que era una combinación de oficina de la dársena, almacén y restaurante.

Las paredes estaban adornadas con los habituales motivos de langostas y redes de pesca que podían verse en mil marisquerías de todo el mundo. Solo que esta olía como si acabaran de sacar las redes del mar y aún estuvieran empapadas de agua salada.

Dirk localizó un teléfono al fondo de la sala y, después de varios intentos fallidos, logró comunicarse con el cuartel general de la NUMA en Washington. No tuvo que esforzarse mucho para convencer a la operadora de que le pusiera con el número particular de Rudi Gunn, pese a lo tarde que era en la costa Este. Gunn acababa de llegar para dormir, pero contestó al teléfono al segundo timbrado, y casi saltó de la cama cuando oyó la voz de Dirk. Tras varios minutos de animada conversación, Dirk colgó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó Summer.

Dirk lanzó una mirada aventurera al aromático restaurante.

—Temo que ha llegado el momento de llamar al camarero y probar un poco de Kimchi, mientras esperamos que alguien venga a buscarnos —contestó, al tiempo que se masajeaba el estómago, hambriento.

La famélica pareja tomó un desayuno coreano a base de sopa caliente, arroz, tofu sazonado con algas secas y el omnipresente plato acompañante de verduras fermentadas, Kimchi, que casi les fundió los sesos por lo picante que era. Cuando estaban terminando su ágape, un corpulento par de policías de seguridad de las fuerzas aéreas estadounidenses entró en el restaurante con semblante serio. Summer indicó con un ademán a los dos hombres que se acercaran, y el mayor de ambos confirmó su identidad.

—Soy el sargento primero Bimson, fuerzas de seguridad del Ala de Combate Cincuenta y una. Este es el sargento Rodgers —continuó, y señaló a su acompañante con un cabeceo—. Tenemos órdenes de acompañarles hasta la base aérea de Osan sin más dilación.

—El placer será nuestro —le aseguró Summer mientras se levantaban y salían del restaurante, y siguieron a sus escoltas hasta un sedán del gobierno aparcado fuera.

Si bien Seúl estaba más cerca de Inchon que la base aérea de Osan, Gunn se había decantado por no correr riesgos con su seguridad, y había ordenado transportarles hasta la base militar más cercana. Sus escoltas se dirigieron hacia el sur, atravesaron colinas y dejaron atrás arrozales inundados, hasta entrar en el extenso complejo de Osan, que al principio había sido una solitaria pista de aterrizaje construida durante la guerra de Corea. La base moderna albergaba un numeroso contingente de cazas F16 listos para el combate, y de aviones de ataque A10 Thunderbolt II, desplegados para la defensa de Corea del Sur.

Entraron por la puerta principal y recorrieron los pocos metros que distaba el hospital de la base, donde un coronel de habla rápida recibió a Dirk y Summer y les condujo a una sala de reconocimiento. Después de un breve examen y de curar las heridas de Dirk, permitieron que se lavaran y les proporcionaron ropa limpia. Summer rió cuando vio que el abolsado mono militar no la favorecía en nada.

—¿Cuándo vamos a marcharnos? —preguntó Dirk.

—Hay un Air Mobility Command C141 que despegará hacia la base de la fuerza aérea de McChord dentro de unas horas, y voy a reservarles un par de asientos de primera clase. Sus compañeros de la NUMA se han encargado de que un avión gubernamental les transporte desde McChord hasta Washington. Entretanto, pueden descansar un poco, y después les acompañaré al club de oficiales, para que tomen una comida caliente antes de ese vuelo de veinticuatro horas.

—Coronel, si tuviéramos tiempo me gustaría ponerme en contacto con alguna unidad de operaciones especiales, preferiblemente de la Marina, si es posible. Y me gustaría hacer una llamada telefónica a Washington.

El rostro del coronel de la fuerza aérea se tiñó de indignación al oír la palabra «marina».

—Solo hay una base de la Marina en este país, una simple instalación de apoyo de operaciones en Chinhae, cerca de Pusan. Enviaré a uno de nuestros capitanes de la fuerza aérea. Ahora que lo pienso, siempre están saliendo y entrando SEAL y UDT. Podría ayudarles a partir.

Dos horas después, Dirk y Summer subieron a bordo de un Starlifter C141B gris de la fuerza aérea, que transportaba un numeroso contingente de reclutas a Estados Unidos. Mientras se acomodaban en sus asientos del avión sin ventanas, Dirk descubrió un antifaz y un par de tapones para los oídos en el respaldo del asiento de delante. Sé los puso y miró a Summer.

—No me despiertes hasta que sobrevolemos tierra, por favor. A ser posible, tierra en la que no sirvan algas para desayunar.

Se bajó el antifaz sobre los ojos, se estiró en el asiento y no tardó en caer

dormido.

El incendio fue minúsculo en comparación con la mayoría de los incendios premeditados, y ardió menos de veinte minutos hasta que fue controlado. No obstante, los daños habían sido calculados con un resultado preciso en mente.

Eran las dos de la mañana cuando las alarmas de incendio sonaron a bordo del *Sea Launch Commander*, despertando a Christiano de un sueño profundo en su camarote. En un instante se plantó en el puente y pasó revista a los monitores de control de incendios del barco. Una imagen gráfica del buque mostró una sola luz roja en la cubierta inferior.

—Sala de conductos en la cubierta de resguardo, justo delante del centro de control de lanzamientos —informó un tripulante de pelo oscuro, responsable del cronómetro del puente—. El sistema de vapor de agua automático ha sido activado.

—Corten toda la electricidad de esa parte del barco, salvo los sistemas de emergencia —ordenó Christiano—. Avisen a los bomberos del puerto de que necesitamos ayuda.

—Sí, señor. Ya he enviado dos hombres a la sala de conducciones y espero su informe.

Cuando amarraba en el puerto, el *Commander* solo contaba con una escasa tripulación las veinticuatro horas del día que tenía poca experiencia en apagar fuegos. Christiano sabía que si un incendio se propagaba con facilidad antes de que llegara ayuda, el barco estaba condenado. El capitán miró por una ventana del puente, esperando ver el barco envuelto en humo y llamas, pero no vio nada. La única indicación de que había fuego era el olor acre de componentes eléctricos quemados y el chillido lejano de un camión de los bomberos que corría hacia el muelle. Concentró su atención en una radio manual sujeta al cinturón del marinero, cuando una voz profunda resonó en el puente.

—Aquí Birggs —crepitó la radio—. Hay un incendio en la sala de conducciones, pero no parece haberse esparcido. El compartimiento de ordenadores se encuentra a salvo, y el sistema de gases FM200 ha sido activado para impedir la combustión. No parece que el sistema antiincendios de la sala de conducciones se disparara, pero si conseguimos unos cuantos extintores creo que podremos contener el fuego.

Christiano se apoderó de la radio.

—Haga lo que pueda, Briggs, ya vienen refuerzos. Corto.

Briggs y un mecánico descubrieron que una nube de humo surgía de la sala de conducciones. Apenas más grande que un vestidor, la habitación albergaba conexiones eléctricas entre la terminal de generadores eléctricos del barco y los numerosos ordenadores que colaboraban en el proceso de carga y las operaciones de lanzamiento. Briggs entró en el compartimiento y vació de inmediato dos extintores,

y después se detuvo un momento para ver si el humo había disminuido. Una nube de neblina azul acre salió de la habitación, pero el respirador de Briggs filtró los gases nocivos. Su ayudante le pasó un tercer extintor, y esta vez Briggs irrumpió en la sala y dirigió el chorro de dióxido de carbono a las restantes llamas que pudo distinguir entre las nubes de humo oscuro. Una vez vació el extintor, salió de la sala a toda prisa y contuvo el aliento antes de volver a mirar. La negrura se había apoderado de la sala, y el rayo de su linterna solo reveló humo. Convencido de que las llamas se habían apagado y de que no era probable que se reavivaran, se internó en un pasillo lateral y llamó por radio al puente.

—Incendio apagado. Corto.

Aunque las llamas se habían apagado, el daño estaba hecho. Pasarían otras dos horas antes de que la masa fundida de cables y conectores dejara de arder sin llama, y el Departamento de Bomberos del puerto de Long Beach declarara el barco a salvo. El intenso olor a fuego eléctrico colgaba sobre el barco como una nube, y durante días se negó a desaparecer. Danny Stamp se presentó en el buque poco después de que los bomberos se marcharan, pues Christiano había convocado a su director de lanzamientos. Se sentó con el capitán en el centro de control de lanzamientos contiguo y meneó la cabeza mientras escuchaba el análisis de los daños, de labios del director de operaciones informáticas del *Sea Launch Commander*.

—No podrían haber elegido un sitio peor para que se declarara un incendio —dijo el hombre, con la cara teñida de rojo a causa de la frustración—. Todos los ordenadores de operaciones de lanzamiento del barco dependen de esa sala, así como la mayoría de monitores de análisis y seguimiento. Tendremos que volver a conectar todos los aparatos. Es una pesadilla absoluta.

Sacudió la cabeza de nuevo.

—¿Qué sabe de los ordenadores? —preguntó Stamp.

—Bien, si quiere considerarlo una buena noticia, no resultaron dañados. Lo que a mí me preocupaba era el daño que podía hacer el agua, pero por suerte nuestra tripulación apagó las llamas antes de que a alguien se le ocurriera coger una manguera.

—Entonces, a efectos operativos, estamos hablando tan solo de volver a conectar los ordenadores. ¿Cuánto tiempo tardarán?

—Dios santo. Hemos de reconstruir toda la sala de conducciones, pedir y recibir unos tres kilómetros de cable y volver a conectar todo el sistema. En circunstancias normales, eso nos llevaría unas tres o cuatro semanas, en el mejor de los casos.

—Nuestras circunstancias son un lanzamiento pendiente con penalizaciones por retraso significativas. Tiene ocho días —replicó Stamp, con la vista clavada en el director de informática.

El agotado hombre asintió poco a poco, y después se levantó.

—Creo que he de sacar a varias personas de la cama —murmuró, mientras salía por una puerta lateral.

—¿Cree que lo conseguirá? —preguntó Christiano en cuanto la puerta se cerró.

—Si puede hacerse, él nos acercará al objetivo.

—¿Y el *Odyssey*? ¿Lo retenemos amarrado hasta que se reparen los daños del *Commander*?

—No —dijo Stamp después de meditar sobre la pregunta—. El Zenit está cargado y amarrado a bordo del *Odyssey*, de manera que lo enviaremos tal como habíamos planeado. Aún podemos llegar al ecuador con el *Commander* en la mitad de tiempo que empleará la plataforma. No perjudicamos a nadie si el *Odyssey* ha de esperar unos días, aunque tardemos un poco en zarpar. Así la tripulación de la plataforma podrá prepararse mejor para el lanzamiento.

Christiano asintió en silencio, abismado en sus pensamientos.

—Avisaré al cliente de que hemos alterado los planes —continuó Stamp—. Estoy seguro de que tendré que hacer un baile kabuli para calmarles. ¿Sabemos cuál ha sido la causa del incendio?

—El inspector de incendios echará un vistazo a primera hora de la mañana. Todo apunta a un cortocircuito, tal vez por culpa de un empalme defectuoso.

Stamp asintió en silencio. ¿Qué más nos puede pasar?, se preguntó.

El inspector de incendios de Long Beach subió a bordo del *Sea Launch Commander* a las ocho de la mañana. Después de llevar a cabo un examen superficial de la sala de conducciones carbonizada, procedió a entrevistar al equipo antiincendios y a otros tripulantes que estaban de servicio cuando el fuego se inició. Después, volvió al lugar de los hechos y examinó metódicamente los daños, tomó fotos de la sala ennegrecida y escribió algunas notas. Después de inspeccionar con minuciosidad los cables carbonizados y los accesorios fundidos durante casi una hora, quedó convencido de que nada sugería un incendio premeditado.

Habría sido necesario un análisis muy atento para detectar la prueba. Pero debajo de sus botas manchadas de hollín, estaban los restos minúsculos de un contenedor de zumo de naranja congelado. Un análisis químico del contenedor demostraría que una mezcla casera de gasolina y pedazos de porexpán habían sido introducidos en el pequeño recipiente. Colocado días antes por un hombre de Kang y activado por un pequeño temporizador, la diminuta bomba incendiaria había esparcido una lluvia de fuego por la sala de conducciones al estallar, quemando en poco tiempo su contenido. Con el sistema irrigador del techo sabotado para que pareciera defectuoso, los daños estaban asegurados. Suficientes para retrasar varios días la partida del *Sea Launch Commander*, pero no para despertar sospechas sobre la causa.

El inspector dejó atrás el recipiente indistinguible y se detuvo después de salir de la sala. «Cortocircuito eléctrico debido a un empalme defectuoso o una toma de tierra

en malas condiciones», escribió en su libreta. Después, sujetó la pluma al bolsillo de la camisa y bajó por la pasarela al muelle, donde se cruzó con una cuadrilla de obreros de la construcción.

Una lenta llovizna gris estaba cayendo sobre la base aérea de McChord, al sur de Tacoma, cuando el C141 aterrizó después de cruzar el océano. Los grandes neumáticos del avión chirriaron sobre la mojada pista, hasta que el transporte frenó ante la terminal de tránsito, donde apagaron sus motores y bajaron hasta el asfalto la puerta trasera de carga.

Fiel a su palabra, Dirk había dormido durante casi todo el vuelo, y bajó por la rampa recuperado pero hambriento. Summer le siguió algo aturdida, porque no había dormido muy bien en el ruidoso aparato. Un teniente localizó a la pareja y les acompañó hasta el club de oficiales de la base para que tomaran una hamburguesa rápida, antes de devolverles a la pista. Dirk vio un teléfono y marcó ansioso un número local.

—¡Dirk, estás bien! —contestó Sarah con evidente alivio.

—Vivito y coleando —bromeó él.

—El capitán Burch me dijo que ibas a bordo del barco de la NUMA que se hundió en el mar de la China. Estaba muy preocupada por ti.

Dirk sonrió para sí, y después procedió a referirle una versión abreviada de los hechos desde que había volado a Japón.

—Dios mío, ¿la misma gente que liberó el cianuro en las Aleutianas pretende lanzar un ataque a gran escala?

—Eso parece. Esperamos averiguar algo más cuando lleguemos.

—Bien, mantén informados a tus amigos de la CDC, tenemos un equipo de respuesta a emergencias terroristas preparado para combatir brotes químicos o biológicos repentinos.

—Tú serás la primera a la que llame. Por cierto, ¿cómo va la pierna?

—Bien, aunque todavía no me he acostumbrado a las malditas muletas. ¿Cuándo vas a estampar tu autógrafo en el yeso?

—Cuando te lleve a cenar.

—Me voy mañana a Los Ángeles para asistir a un congreso sobre toxinas ambientales que se prolongará todo el fin de semana —dijo ella decepcionada—. Tendrá que ser la semana que viene.

—Dalo por hecho.

Dirk apenas tuvo tiempo de correr hacia el Gulfstream V que estaba calentando motores en la pista. Subió a bordo y descubrió malhumorado que Summer se había convertido en el centro de atención, rodeada por un pequeño grupo de coroneles y generales que se dirigían a la base aérea de Andrews.

El gran avión sobrevoló el monumento a Jefferson a las seis de la mañana siguiente, en ruta hacia la base de la Fuerza Aérea situada al sudeste de la capital de

la nación. Una camioneta de la NUMA estaba esperando a la pareja, y les condujo entre el escaso tráfico matutino hasta el edificio del cuartel general, donde Rudi Gunn les recibió en su despacho.

—Gracias a Dios que estáis bien —dijo Gunn—. Estábamos poniendo Japón manga por hombro para buscaros a vosotros y a ese buque cablero.

—Buena idea, pero os equivocasteis de país —se burló Summer.

—Hay alguna gente que tiene ganas de oír vuestra odisea de primera mano —continuó Gunn, sin conceder a Dirk y Summer la menor oportunidad de relajarse—. Vamos al despacho del almirante.

Siguieron a Gunn hasta un despacho de grandes dimensiones que dominaba el río Potomac. Aunque el almirante Sandecker ya no era el director de la NUMA, Gunn se negaba a reconocer el hecho de manera inconsciente. La puerta del despacho estaba abierta y entraron.

Dos hombres estaban sentados en un sofá, hablando de la seguridad portuaria, con el ayudante especial de Seguridad Interior Webster acomodado en una silla frente a ellos. Se hallaba estudiando un expediente.

—Dirk, Summer, ya os presentamos a Jim Webster, de Seguridad Interior. Estos son el agente especial Peterson y el agente especial Burroughs, de la División de Antiterrorismo del FBI —dijo Gunn, indicando a los dos hombres del sofá—. Ya se han reunido con Bob Morgan, y están muy interesados en saber qué os pasó después de que el Sea Rover fuera hundido.

Dirk y Summer tomaron asiento en un par de sillones de orejas y procedieron a describir todo el curso de los acontecimientos, desde su encarcelamiento a bordo del *Baekje* hasta su huida en el junco chino. Summer se quedó sorprendida al descubrir que, al terminar su relato, habían transcurrido tres horas, tal como indicaba el antiguo reloj de barco colgado en una pared. También reparó en que el administrador de seguridad interior iba palideciendo a medida que avanzaba su historia.

—No puedo creerlo —murmuró por fin—. Todas las pruebas que teníamos apuntaban a una conspiración japonesa. Toda nuestra investigación se había concentrado en Japón —dijo, y meneó la cabeza.

—Un engaño bien montado —afirmó Dirk—. Kang es un hombre poderoso, con recursos considerables a su disposición. No hay que subestimar sus medios y habilidades.

—¿Está seguro de que planea atacar Estados Unidos con armas biológicas? —preguntó Peterson.

—Eso fue lo que insinuó, y no creo que se estuviera echando un farol. El incidente de las Aleutianas habría sido un ensayo de su tecnología para dispersar un arma biológica en el aire. Solo que ahora han aumentado la potencia del virus de la viruela y ha adoptado una forma mucho más virulenta.

—Eso me recuerda las historias que me han contado acerca de que los rusos crearon una cepa de viruela resistente a las vacunas en los años noventa —añadió Gunn.

—Solo que esta es una quimera. Una combinación letal de más de un virus, que incorpora elementos mortíferos de cada uno —dijo Summer.

—Si la cepa es inmune a nuestras vacunas, un brote podría matar a millones de personas —murmuró Peterson, y meneó la cabeza.

Se hizo el silencio en la sala, mientras sus ocupantes meditaban sobre la horrible perspectiva.

—El ataque de las islas Aleutianas demuestra que cuentan con medios para dispersar el virus. La pregunta es, ¿qué objetivo atacarán? —preguntó Gunn.

—Si podemos detenerles antes de que tengan la oportunidad de atacar, eso dará igual. Deberíamos asaltar el palacio de Kang, su astillero y sus demás negocios sucios, y deberíamos hacerlo ahora —dijo Summer, y se dio una palmada en la pierna para dotar de mayor énfasis a sus palabras.

—Tiene razón —dijo Dirk—. Por lo que nosotros sabemos, las armas siguen a bordo del barco, en los astilleros de Inchon, y la historia puede terminar allí.

—Necesitamos reunir más pruebas —dijo el hombre de seguridad interior—. Habrá que convencer a las autoridades coreanas del peligro antes de reunir una fuerza de investigación.

Gunn carraspeó.

—Puede que estemos a punto de facilitar las pruebas necesarias —dijo, mientras todos los ojos se desviaban hacia él—. Dirk y Summer tuvieron la previsión de ponerse en contacto con las Fuerzas Especiales de la Marina antes de abandonar Corea, y les informaron acerca de las instalaciones de Kang en Inchon.

—No pudimos darles permiso para que actuaran, pero una llamada estratégica de Rudi consiguió que al menos nos escucharan.

Summer sonrió a Gunn.

—Los acontecimientos se han precipitado —explicó Gunn—. Después de que Dirk y tú os fuerais de Osan, solicitamos oficialmente una misión de reconocimiento submarino especial. El vicepresidente Sandecker pidió la autorización del presidente. Por desgracia, debido al alboroto causado por nuestro despliegue militar en Corea, no es el momento más adecuado para husmear en el patio trasero de nuestro aliado.

—Todo cuanto necesitan es tomar una foto del *Baekje* amarrado en el muelle de Kang, y las pruebas serán incontrovertibles.

—Eso mejoraría nuestras expectativas. ¿Cuándo van a ir? —preguntó Webster.

Gunn consultó su reloj, y después calculó mentalmente la diferencia de catorce horas entre Washington y Seúl.

—El equipo se desplegará dentro de dos horas. Deberíamos saber algo al

anocheecer.

Webster guardó sus papeles en silencio y se levantó.

—Volveré después de cenar para informarles —gruñó, y se encaminó hacia la puerta.

Cuando salió del despacho, los demás oyeron que mascullaba una sola palabra en repetidas ocasiones mientras se alejaba por el pasillo: «Corea».

El comandante Bruce McCasland miró el cielo nocturno coreano e hizo una mueca. Un pesado banco de nubes de lluvia había cubierto Inchon hasta ocupar todo el cielo. Con las nubes bajas venía la iluminación, el bumerán óptico de ondas de luz procedentes de miles de farolas, residencias y anuncios luminosos de la ciudad. Las luces se reflejaban en las nubes y teñían la medianoche de un resplandor borroso. Para un hombre cuyo modo de vida dependía del sigilo, la oscuridad de la noche era su mejor amigo, y la llegada de las nubes una maldición. Puede que llueva, pensó esperanzado, lo cual sería positivo para su trabajo. Pero las nubes oscuras seguían pasando, y retenían su humedad con tozudez digna de mejor causa.

El Navy SEAL de Bend, Oregón, se encogió en el desvencijado sampán y miró a los tres hombres agachados bajo la borda a su lado. Al igual que McCasland iban vestidos con trajes húmedos negros, aletas a juego, mascarilla y mochila. Como se trataba de una misión de reconocimiento, iban armados solo para combates cuerpo a cuerpo mínimos, y cada uno portaba una subametralladora Heckler & Koch MP5K de 9 mm. Sujetos al traje llevaban una serie de cámaras de vídeo y fotografía, así como un par de gafas de visión nocturna.

El destartado barco pasó ante los muelles comerciales de Inchon. Una nube de humo azul se escapaba de su motor fueraborda. Para cualquiera que mirara, el sampán se parecía a tantos otros de la región, utilizados por comerciantes en la costa de Corea como medio habitual de transporte. Sin embargo, oculto bajo su exterior de aspecto envejecido, había un barco de asalto con casco de fibra de vidrio. Con un motor interior de alta velocidad, estaba especialmente construido para lanzar y recuperar pequeños equipos de fuerzas especiales submarinas.

El sampán atravesó la silenciosa esquina norte del puerto y se acercó a unos doscientos metros del canal de entrada de Kang Marine Services. En aquel mismo momento, el motor del barco de siete metros de eslora petardeó y tosió varias veces, y luego murió. Dos SEAL, disfrazados de pescadores andrajosos, empezaron a blasfemar ruidosamente en coreano. Mientras uno de los hombres tiraba del motor fueraborda para encenderlo de nuevo, el otro agarró un remo con gestos ampulosos y lo introdujo en el agua, en un torpe intento de remar hasta la orilla.

McCasland miró por encima de la borda con unos prismáticos de visión nocturna, apuntando al puesto de vigilancia situado en la entrada del canal. Dos hombres miraban desde el interior de su barraca, pero no efectuaron el menor movimiento en dirección a la lancha motora negra amarrada a escasos metros de distancia. Convencido de que los guardias eran demasiado perezosos para investigar más a fondo, llamó en silencio a los tres hombres que tenía al lado.

—Al agua. Ya.

Con la agilidad de un gato persa que saltara desde un sofá, los tres hombres se deslizaron en silencio por la borda y se hundieron en el agua sin hacer ruido apenas. McCasland ajustó su máscara, levantó los pulgares en dirección a los dos «pescadores», y siguió a los hombres rana. Tras haber padecido bastante calor en el barco con el traje húmedo aislante, el agua fría le refrescó. Se destapó los oídos y se sumergió a seis metros de profundidad, para luego enderezarse y mirar a su alrededor. La contaminada agua del puerto ofrecía tan solo unos escasos metros de visibilidad, que se reducían a cero por la noche y sin linterna. McCasland hizo caso omiso de las condiciones de buceo y habló por un sistema de comunicaciones submarino sujeto a su máscara.

—Comprobando audio y navegación —tronó.

—Aquí Bravo. Navegación confirmada. Corto —dijo una voz.

—Aquí Charlie. Navegación confirmada. Corto —siguió una segunda voz, con un leve acento de Georgia.

—Aquí Delta. Navegación confirmada. Corto —llegó la voz del tercer buzo.

—Recibido. Estén preparados —contestó McCasland.

Los dos SEAL del sampán habían acercado el barco a un muelle abandonado, a plena vista de los hombres de seguridad de Kang. Los dos hombres fingieron reparar la embarcación, haciendo ruido con las herramientas y jurando a voz en grito, mientras los submarinistas llevaban a cabo su misión.

Bajo la superficie, McCasland activó su Miniature Underwater GPS Receiver (MUGR), o «Mugger», como le llamaban. No más grande que un Palm Pilot, el pequeño artilugio contenía un sistema de navegación que se calibraba mediante señales del sistema de satélites GPS. McCasland se elevó a una profundidad de tres metros, donde el receptor submarino podía captar las señales GPS y establecer un punto de base fijo. Se encendió una pantalla verde, y en ella apareció una senda animada que zigzagueaba entre y alrededor de una serie de obstáculos. Basándose en fotografías aéreas y la descripción proporcionada por Dirk y Summer, McCasland había programado una serie de puntos GPS en el Mugger. Los puntos agregados creaban un camino hasta la entrada cubierta del muelle, que podían seguir sumergidos. Cada uno de los cuatro buzos contaba con un aparato, que también señalaba la posición de los demás con una diminuta luz destellante. Aunque nadaran en la oscuridad más absoluta, podían seguir el camino hasta el muelle cubierto, alejados entre sí tan solo por unos pocos metros.

—Muy bien, movámonos —habló en su máscara, antes de volver a descender.

McCasland se impulsó hacia delante con un fuerte pataleo de sus aletas, con los ojos clavados en la brújula electrónica y el indicador de profundidad, para no pasar nunca de los seis metros. Cuando llegó a la entrada del canal del barco particular, se desvió hacia la estrecha entrada y pasó casi por debajo de la motora de los guardias

de seguridad, que oscilaba en la superficie sobre él. Los otros tres SEAL seguían a McCasland muy de cerca, formando una configuración triangular.

Habría sido casi imposible, de día o de noche, detectar a los buzos SEAL debido a que utilizaban rebreathers o recicladores de oxígeno. Los buzos de la Marina, que habían renunciado al habitual depósito de aire comprimido, que expulsa burbujas visibles en la superficie, utilizaban un sistema VIPER de Carleton Technologies para su abastecimiento de aire. Embutido en una mochila de aspecto elegante, el rebreather VIPER proporcionaba oxígeno puro a los buzos, el cual recirculaba a través de un estropajo químico, que eliminaba el peligroso dióxido de carbono al tiempo que despedía tan solo una ínfima cantidad de gases de combustión. El sistema aerodinámico permitía a los buzos permanecer bajo el agua hasta un máximo de cuatro horas en caso necesario. Pero sin burbujas visibles que ascendieran a la superficie, su paradero estaba oculto a los ojos de cualquier observador.

Siguiendo el camino imaginario de Mugger, los cuatro buzos se internaron en la ensenada, y atravesaron el agua negra hasta acercarse a la entrada del muelle cerrado. El recorrido de un cuarto de milla hubiera agotado a casi cualquier practicante del submarinismo, pero tras años de exigente preparación física era como cruzar la calle para los veteranos SEAL. Se reagruparon frente a la enorme puerta del muelle cerrado. A continuación, McCasland nadó en círculos hasta que sus manos encontraron un pilón que sostenía un lado de la entrada. Ascendió poco a poco hasta encontrar el borde inferior de la puerta deslizante, que colgaba a un metro bajo la superficie del agua. Seguro de que se hallaba en el lugar correcto, descendió de nuevo a la profundidad de los demás buzos.

—Procedan con el reconocimiento preliminar. Reagrupense en esta posición en tres cero. Corto.

A partir de aquel punto, cada buzo tenía un camino diferente que seguir en el interior del muelle cubierto. Dirk y Summer habían dibujado de memoria un mapa detallado del trazado del muelle, que utilizaron para establecer un punto de reconocimiento diferente para cada buzo. McCasland se había quedado con la misión más peligrosa, nadar hasta el lado del extremo terrestre del muelle, para tener una vista frontal de la instalación. Otros dos buzos explorarían el muelle principal para reconocer y filmar el *Baekje*, mientras el cuarto se quedaría como apoyo cerca de la puerta de entrada.

Las brillantes luces del techo del hangar iluminaban el agua y arrojaban una sombra oscura desde los pilares de cemento que sostenían el muelle. McCasland descubrió que a una profundidad de cinco metros podía distinguir el oscuro contorno de los pilares delante de él. Apretó el Mugger contra su pecho y pataleó con fuerza, utilizando la vista para guiarse a lo largo del muelle. Después de dejar atrás docenas de pilares, ante él se elevó de repente un muro sólido de cemento, y comprendió que

había llegado al final del muelle. Se apoyó contra un pilón, preparó una cámara de vídeo digital y se dispuso a emerger, al tiempo que reprimía una inquieta sensación de derrota. Había experimentado un extraño vacío mientras nadaba bajo el muelle, una ausencia de la masa que debería sentir cerca aunque no la viera.

Rompió la superficie del agua bajo el borde del muelle y sus ojos confirmaron la sensación de vacío de su estómago. El gigantesco muelle cubierto estaba desierto. No había ningún buque cablero de ciento veinte metros de eslora delante de él. De hecho, el muelle principal estaba vacío por completo. McCasland examinó en silencio las instalaciones con la cámara y solo encontró un barco dentro de la estructura, un vetusto remolcador en dique seco. Cerca, un grupo de aburridos estibadores del turno de noche se perseguían mutuamente en una carretilla elevadora, la única señal de vida en el enorme edificio.

Una vez completada la filmación, McCasland volvió a sumergirse y regresó hacia la puerta de la entrada principal. Al llegar al pilón de apoyo, levantó el Muggger y vio que los otros tres buzos ya habían regresado y estaban esperando a escasos metros de distancia.

—Misión cumplida —dijo, y se adentró en el pasadizo.

Los cuatro SEAL volvieron al sampán y subieron en silencio. De pronto, los falsos pescadores encontraron la cura para el motor enfermo y volvieron a encender el motor fueraborda. Pasaron ante el pasadizo de Kang con más juramentos y desaparecieron en la noche.

Una vez fuera de vista, McCasland se incorporó y se quitó la máscara, aspiró una profunda bocanada de aire húmedo y miró las luces parpadeantes del muelle. Una gota de lluvia le alcanzó en la cara, luego otra y otra. Meneó la cabeza y siguió sentado en silencio, mientras un potente diluvio se desplomaba sobre las cabezas del frustrado comando.

Webster, Peterson y Burroughs volvieron a la sede de la NUMA a las seis en punto, y encontraron una escena poco estimulante cuando llegaron al despacho de Gunn. Los resultados de la misión de reconocimiento de los SEAL acababan de conocerse, y Gunn, Dirk y Summer estaban comentando el informe.

—Una noticia decepcionante, me temo —dijo Gunn—. El buque cablero no estaba allí.

—¿Cómo pudo salir y entrar sin ser visto? —se preguntó Webster—. La Interpol y las autoridades de aduanas están buscando ese barco por todo el Pacífico asiático.

—Tal vez algunos responsables estén en la nómina de Kang —dijo Summer.

Webster desechó la insinuación con un ademán.

—¿Estamos seguros de que el equipo de reconocimiento no se equivocó?

—Al parecer no había nada que ver en el muelle cerrado. En este momento están enviando por satélite un vídeo de la misión. Podemos echarle un vistazo en el monitor del almirante —contestó Gunn.

Por segunda vez aquel día, guió una procesión hasta el antiguo despacho del almirante. Cuando se acercaban a la habitación, les sorprendió oír una carcajada conocida en el interior del despacho, acompañada de una nube de humo azulado que salía por la puerta.

Gunn entró y vio a Al Giordino sentado en el sofá. Con la onda del pelo rizado oscuro algo ladeada, el recién nombrado director de tecnología submarina de la NUMA estaba reclinado con las piernas sobre una mesita auxiliar, y un grueso puro colgaba de sus labios. Iba vestido con un gastado mono de la NUMA y parecía que acababa de bajar de un barco.

—Rudi, amigo mío, es un poco tarde para ir dándole caña a la basca, ¿no crees? —preguntó Giordino, antes de enviar una nube de humo hacia el techo.

—Alguien ha de vigilar el corral mientras tú estás tostándote al sol de una playa tropical.

Dirk y Summer sonrieron cuando entraron en la habitación y vieron a Giordino, que era como un tío favorito para ellos. No repararon de inmediato en su padre, quien se encontraba al otro lado del despacho, mirando las luces que brillaban más allá del Potomac. Su cuerpo de metro noventa, que había perdido bien poco de su esbeltez musculosa, se erguía ante la ventana. Un toque de gris en las sienes y algunas arrugas alrededor de los ojos delataban su edad. El rostro bronceado y curtido por la intemperie de Dirk Pitt, el legendario director de proyectos especiales y ahora director de la NUMA, se abrió en una amplia sonrisa cuando vio a sus hijos.

—Dirk, Summer —dijo, y sus destellantes ojos verdes se tiñeron de afecto cuando les rodeó entre sus brazos.

—Pensábamos que tú y Al seguíais en las Filipinas, papá —dijo Summer, después de dar a su padre un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Bromeas? —intervino Giordino—. El viejo estuvo a punto de atravesar el Pacífico nadando cuando se enteró de que habíais desaparecido.

El mayor de los Pitt sonrió.

—Estaba celoso de que hubierais ido de viaje por el noreste de Asia sin mí —sonrió.

—Hemos tomado nota de los lugares que hay que evitar —rió Dirk en respuesta.

Era evidente que Pitt se alegraba de ver a los dos jóvenes.

El veterano ingeniero marino rebosaba de una radiante serenidad en el mundo que había cambiado recientemente a su alrededor. Su vida personal había dado un giro ante la repentina aparición de dos hijos adultos tan solo unos años antes, cuya existencia desconocía por completo. No obstante, se convirtieron al instante en una parte muy importante de su vida, se sumaron a su trabajo submarino y compartieron su tempo con él y su nueva esposa. La súbita responsabilidad adquirida había provocado que reflexionara sobre su vida, y al final se había casado con su amada de tanto tiempo, la congresista de Colorado Loren Smith. Pero los cambios continuaron, pues su vida profesional también experimentó una sacudida. Cuando el almirante Sandecker accedió de manera inesperada a la presidencia, Pitt se vio aupado a la máxima autoridad de la NUMA. Como director de proyectos especiales, había vivido varias vidas de aventuras y desafíos, que le habían llevado a las cuatro esquinas del mundo. Los peligros le habían pasado factura, tanto física como mentalmente, y ahora estaba contento de haber renunciado a las exigencias más duras del trabajo. Como director general de la NUMA, sus deberes administrativos y políticos solían sobrepasar sus intereses, pero todavía procuraba que Al y él pasaran mucho tiempo al aire libre, probando nuevos aparatos, explorando posibles santuarios submarinos o poniendo a prueba los límites de las profundidades. En el fondo, la llama todavía ardía con fuerza en lo tocante a explorar lo desconocido o resolver un antiguo misterio, y su anticuado sentido del decoro nunca desfallecía. El rapto de sus hijos y el hundimiento del Sea Rover habían desencadenado una rabia interior que, a su vez, había reanimado la vieja resolución de hacer el bien en el mundo.

—Papá, ¿cómo está el problema del cargamento tóxico japonés en las Filipinas? —preguntó Dirk—. Tengo entendido que fue un escape en las municiones químicas lo que mató el arrecife.

—Exacto, una mezcla de gas mostaza y lewisita, en este caso. Más peligros bioquímicos heredados de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, hemos contenido el escape. Nadie se ofreció voluntario para llevar a cabo una costosa excavación y recuperación de las municiones, de modo que hicimos lo mejor posible: las enterramos.

—Fue una suerte para nosotros que el banco de arena submarino estuviera allí mismo —explicó Giordino—. Activamos una bomba de agua y llenamos de arena la bodega del barco, y luego la sellamos. Mientras no vaya nadie a excavar, no habrá más escapes tóxicos, y el arrecife se regenerará dentro de unos años.

Una auxiliar administrativa asomó la cabeza por la puerta y habló a Gunn.

—Señor, ya se puede ver el vídeo del Pentágono —dijo, y después desapareció por la puerta como un conejo en un agujero.

Gunn aprovechó el momento para presentar a los hombres de Seguridad Interior y del FBI a Pitt y Giordino, y luego les guió hasta un monitor de pantalla plana escondido tras un panel deslizante. Tecleó algunos mandos y la pantalla se iluminó de repente con la imagen de un enorme muelle cerrado. El ojo de la cámara barrió las instalaciones y mostró una serie de dársenas vacías. No había transcurrido ni un minuto cuando el vídeo terminó y la pantalla quedó en blanco.

—Son las instalaciones de Kang, de eso no cabe duda. Pero no hay ni rastro del *Baekje* —dijo Dirk.

—El informe de la Marina afirmaba que en la propiedad de Kang solo se observaron un pequeño remolcador y una lancha motora —dijo Gunn—. Por lo visto, al igual que Elvis, el *Baekje* ha abandonado el edificio.

Webster carraspeó.

—He confirmado con la Interpol y la policía nacional coreana que el tráfico portuario de Inchon ha sido vigilado las veinticuatro horas del día desde que la tripulación del *Sea Rover* fue rescatada y emitido el comunicado de alerta. Ningún barco que coincidiera con la descripción del *Baekje* ha sido visto entrando o saliendo del puerto desde entonces.

—Habrán untado a alguien —resopló Giordino.

Webster dedicó una mirada de indignación al comentario.

—Una posibilidad remota, pero improbable. Pese al espeso tráfico, Inchon no es un puerto muy grande. Alguien lo habría visto zarpar.

—Tal vez huyó en cuanto Dirk y Summer abandonaron el barco —conjeturó Gunn—, antes de alertar a la Interpol.

—También existe otra posibilidad —sugirió Dirk—. Puede que lo hayan camuflado o reconfigurado para que se parezca a otro barco. Es posible que haya zarpado a plena luz del día, como cualquier carguero.

—O como el barco de Vacaciones en el mar —añadió Giordino.

—Sea como sea, sin el barco carecemos de pruebas suficientes para actuar contra Kang con las autoridades coreanas —dijo Webster.

—¿Qué me dice de Dirk y Summer? —preguntó Pitt con creciente rabia—. ¿Cree que aparecieron en suelo coreano a bordo del *Queen Mary*?

—Las pruebas contra Kang han de ser irrefutables —replicó Webster con

expresión tensa—. En este momento, tenemos un problema político muy grave con Corea del Sur. Nuestra gente del Departamento de Estado está acojonada, y hasta el Pentágono está nervioso. La perspectiva de perder nuestra presencia militar en Corea es muy real, y nadie quiere empeorar una situación precaria en un momento delicado como este.

—¿Tienen miedo de pedir a Corea del Sur que investigue a Kang? —preguntó Pitt.

—Esto viene de arriba del todo. Hemos de mantenernos alejados de Corea hasta después de que la Asamblea Nacional vote la expulsión de nuestras fuerzas militares.

—¿Qué dice el almirante al respecto? —preguntó Pitt a Gunn.

Gunn meneó la cabeza poco a poco.

—El almirante, eh... el vicepresidente Sandecker me ha informado de que el presidente ha cedido al Departamento de Estado la reacción relativa al hundimiento del Sea Rover. Las acusaciones de Dirk y Summer contra Kang se producen en este desgraciado momento. Todo el mundo ha de estar calladito hasta después de que la Asamblea Nacional vote. Al parecer, los informes de inteligencia han revelado tratos comerciales secretos entre Kang y el presidente de Corea del Sur, que van mucho más allá de su conocida amistad pública. El presidente tiene miedo de perder su apoyo contra la medida de la Asamblea Nacional si una investigación, en potencia embarazosa, se tira adelante.

—¿Es consciente de la magnitud del peligro que implican las armas que Kang posee? —preguntó Summer con incredulidad.

Gunn asintió.

—El presidente ha subrayado que, en cuanto se vote la resolución, solicitará de inmediato a las autoridades coreanas una investigación en profundidad de la implicación de Kang en el hundimiento del Sea Rover y sus presuntas relaciones con Corea del Norte. Entretanto, ha autorizado a Seguridad Interior a que emita una alerta de seguridad, con énfasis en aviones y barcos que lleguen desde Japón y Corea del Sur.

El Pitt más joven empezó a pasear de un lado a otro de la habitación, frustrado.

—Es demasiado tarde —dijo por fin Dirk en voz baja—. Alentar la expulsión de las fuerzas norteamericanas de Corea del Sur es parte de la estrategia de Kang, y utiliza la supuesta amenaza terrorista procedente de Japón como maniobra de diversión. ¿No lo entienden? Si piensa atacar Estados Unidos, eso será antes de la votación en la Asamblea Nacional.

—Para la que faltan diez días —dijo Gunn.

—Hemos de anticiparnos al siguiente movimiento de Kang —intervino Pitt con calma—. Sabemos que es el propietario de una naviera, y por tanto conoce bien las instalaciones portuarias norteamericanas. Cabe imaginar que intentará entrar las

armas mediante un carguero comercial, y muy probablemente en la costa Oeste.

—Mucho más fácil que en un avión —admitió Giordino—. Es probable que las envíe a bordo de un transporte con bandera japonesa.

—O en el escurridizo *Baekje* —añadió Dirk.

—Yaeger sabe lo que hay que buscar en materia de componentes biológicos y posible almacenamiento —dijo Gunn—. Me ocuparé de dar las instrucciones pertinentes a las aduanas portuarias.

—Aun así, quizá sea demasiado tarde —contestó Pitt—. Podrían liberar el agente al entrar en el puerto, y contaminar toda la región antes de amarrar. Piensen en la bahía de San Francisco, por ejemplo.

—O incluso antes de llegar a puerto, si los vientos son favorables. La emisión de las Aleutianas se lanzó, al parecer, desde un barco anclado frente a la isla de Yunaska, de manera que es muy posible que puedan atacar sin entrar en el puerto —dijo Dirk.

—La Guardia Costera se encarga de la seguridad portuaria bajo la jurisdicción de Seguridad Interior, y aborda e inspecciona todos los buques comerciales antes de llegar a puerto.

—Pero ¿abordan e inspeccionan buques comerciales que no vayan a entrar en el puerto? —preguntó Dirk.

—No creo que la Guardia Costera cuente con recursos suficientes para considerar eso parte de su misión. Han ampliado su programa de vigilancia, pero aún tienen un número limitado de barcos. Pedir que cubran toda la costa Oeste está fuera de su alcance.

—¿Y la Marina? —preguntó Summer—. ¿Por qué no pueden derivar algunos barcos de la flota del Pacífico? Con la seguridad nacional en peligro, a mí me parece que deberíamos destinar todos los barcos militares disponibles a la tarea.

—Una buena pregunta con una respuesta difícil —contestó Gunn—. Es una zona gris de la misión de la Marina. Nunca ha jugado un gran papel a la hora de apoyar a la Guardia Costera. Lo más probable es que dieran largas a la solicitud, hasta que el secretario de Defensa o la Casa Blanca presionaran. Hablaré del asunto con el vicepresidente, pero para ser realistas, estamos hablando de una semana, como mínimo, para poder ponerme en contacto con él. Y entonces tal vez sería demasiado tarde.

—Existe otra alternativa —dijo Pitt, al tiempo que abría un cajón del escritorio y sacaba un informe diario de las misiones de los buques de investigación de la NUMA—. Vamos a ver, el *Pacific Explorer* acaba de llegar a Vancouver, el *Blue GUI* está llevando a cabo una inspección marina frente a Drake's Bay, al norte de San Francisco, y el *Deep Endeavor* está probando un sumergible en San Diego. No es una flota de acorazados, pero puedo utilizar tres de mis buques de investigación para que ocupen posiciones ante los puertos metropolitanos de la costa Oeste más importantes

y colaboren con la Guardia Costera, y todo antes de dos días.

—Eso significaría un sensible aumento de los recursos. Estoy seguro de que la Guardia Costera agradecería los refuerzos —dijo Webster.

—Digamos que sería un préstamo temporal —comentó Pitt—. Al menos, hasta que Rudi pueda encontrar una manera de cobrar la deuda.

—Estoy seguro de que podemos conseguir una especie de compensación por nuestro apoyo durante este estado de alerta especial —dijo Gunn, y miró a Webster con una sonrisa de tiburón.

—Trato hecho. La flota de la NUMA en la costa Oeste iniciará ejercicios de búsqueda de bombas de inmediato. No obstante —dijo Pitt a Webster en tono severo—, Kang ya ha hundido uno de mis barcos, y no quiero perder otro. Quiero un guardacostas armado en la vecindad de mis barcos en todo momento.

—De acuerdo. Los equipos de intervención serán alertados, así como de la posibilidad de una respuesta armada.

—Bien. Nuestro equipo de aquí se coordinará con los escuadrones de vigilancia de la Guardia Costera regional. Rudi, tendrás que alejarte del edificio. Me gustaría que volaras a San Francisco para coordinar el Blue Gilí con el escuadrón regional de la Guardia Costera, y después te ocuparás de hacer lo mismo con el Pacific Explorer en la región de Seattle/Vancouver. Dirk y Summer, me gustaría que volvierais al *Deep Endeavor* en San Diego y colaborarais en la vigilancia del sur de California —ordenó Pitt.

—¿Y yo, jefe? —preguntó Giordino con fingida indignación—. ¿Acaso no tengo un pase de inspector de barcos?

—Oh, no —replicó Pitt con una sonrisa maliciosa—. Para ti tengo previsto algo mucho mejor.

Hubo pocas alharacas cuando un par de remolcadores zarrapastrosos empezaron a alejar poco a poco la plataforma *Odyssey* de su muelle. La emoción que rodeaba un nuevo lanzamiento se había desvanecido con los años, hasta el punto de que tan solo un puñado de familiares, amigos y gerentes de empresas se despedían de la tripulación. La tripulación menos numerosa de la plataforma tampoco convocó grandes multitudes. Solo cuarenta y dos hombres se ocupaban de la gran plataforma, veinte menos de los acostumbrados, ya que el director de lanzamientos Stamp había retenido a muchos ingenieros de lanzamiento para colaborar en las reparaciones que precisaba el buque de apoyo después del incendio. El capitán Christiano miraba impaciente desde el puente del *Sea Launch Commander*, mientras la plataforma cargada con el cohete salía del muelle, y se despidió de la tripulación y el barco con un largo bocinazo. Varios puentes más abajo, un ejército de electricistas e informáticos trabajaban sin descanso las veinticuatro horas para reparar los daños de la sala de control, con la esperanza de que el buque pudiera seguir a la plataforma al cabo de tres o cuatro días.

Un corto bocinazo del *Odyssey*, que pareció llegar de las nubes, respondió al saludo de Christiano. La cubierta principal de la plataforma se alzaba casi treinta metros sobre las aguas. La plataforma flotante, un buque por derecho propio, dependía de remolcadores para entrar y salir de puerto. Si bien podía posarse sobre un centavo, desde la cabina del timón no se veían bien los barcos pequeños y los obstáculos portuarios, de manera que se utilizaban los remolcadores para navegar sin peligro en aguas congestionadas.

La enorme estructura pasó con lentitud ante el malecón de la entrada del puerto, como una gigantesca tarántula que surcara las tranquilas aguas. La plataforma petrolífera reconvertida se deslizaba sobre cinco gruesas columnas de apoyo alineadas a lo largo de cada flanco. La base de las columnas, que cortaban las olas apenas sobre la superficie, descansaban sobre un enorme par de pontones submarinos, que superaban los ciento veinte metros de longitud. Fijos al casco de cada pontón de popa había un par de hélices de cuatro hojas, capaces de impulsar la mole a una velocidad superior a doce nudos. Con más de treinta mil toneladas de desplazamiento de carga, el *Odyssey* era el catamarán autopropulsado más grande del mundo, el más impresionante. Después de dejar atrás la entrada del puerto de Long Beach, la plataforma se arrastró otras dos millas, hasta que los remolcadores se detuvieron.

—Preparados para recuperar sirgas —gritó el comandante del *Odyssey*, un ex capitán de buque cisterna llamado Hennessey.

Los remolcadores liberaron sus sirgas, recuperadas al punto por la tripulación del *Odyssey*. Se encendieron los cuatro motores de tres mil caballos de vapor de la

plataforma, y mientras los remolcadores se apartaban a un lado, el *Odyssey* avanzó con su propio impulso. Los tripulantes de la plataforma elevada, situados sobre sus enormes pontones, oscilaban de un lado a otro como si se hallaran en un rascacielos durante un huracán. El poderoso cohete Zenit, bien sujeto en su cuna horizontal, era inmune a los movimientos. Los veteranos tripulantes se dedicaban a sus tareas como si tal cosa, siguiendo una rutina relajada durante el lento desplazamiento hasta el punto de lanzamiento, mientras la costa beis de California desaparecía gradualmente de vista. Hennessey aumentó la velocidad hasta que la plataformas alcanzó los nueve nudos, y después puso rumbo al sudoeste, en dirección al punto de lanzamiento, situado a mil quinientas millas al sur de Hawai, en el ecuador. Nadie sospechaba que jamás llegarían a su destino.

Mil quinientas millas al oeste, el *Koguryo* cruzaba el Pacífico como un sabueso que persiguiera a un conejo. Solo una momentánea escala en las islas Ogasawara para recoger a Tongju había disminuido su velocidad desde que zarpara de Inchon. Después de esquivar un frente tormentoso al oeste de Midway, el buque había encontrado aguas calmas y un fuerte viento de cola, lo cual permitió que corriera hacia el este a toda velocidad. Despojado de su voluminoso equipo de tender cable y los kilómetros de gruesos cables almacenados bajo cubierta, el *Koguryo* navegaba casi tres metros más sobre el agua de lo habitual. Sus cuatro motores diesel impulsaban el aligerado barco a veintiún nudos, de manera que recorría casi seiscientas millas al día.

A bordo, un numeroso equipo de ingenieros y técnicos se preparaba para el inminente lanzamiento del cohete Zenit. Un centro de control de lanzamientos, casi un duplicado exacto de la sala de control del *Sea Launch Commander*, había sido construido en una cubierta inferior del *Koguryo*, y era el centro de una actividad febril. Desde el laboratorio de Inchon habían recibido la última entrega de software de lanzamiento, y el equipo de apoyo informático había cargado una serie de posibilidades de lanzamiento para el equipo de operaciones. Cada día, este equipo exploraba una serie de pruebas de lanzamiento, hasta que, tras una semana en alta mar, las simulaciones se realizaban sin el menor fallo. Como solo se les había informado de que iban a controlar el lanzamiento de un satélite de Kang desde una plataforma flotante, no tenían ni idea de la operación ilegal en la que estaban colaborando, y estaban ansiosos por disparar el cohete.

Tongju empleó su tiempo en perfeccionar la táctica de asalto al *Odyssey*. Su comando y él examinaron planos de la plataforma de lanzamiento, calcularon posiciones de ataque y coordinaron movimientos de las fuerzas, hasta trazar un plan de ataque minuto a minuto. Los comandos memorizaron sus movimientos, limpiaron sus armas y, en general, se mantenían fuera de la vista de los demás tripulantes, a medida que el barco se iba acercando más y más a su objetivo. Después de cenar con

su equipo de asalto, Tongju invitó a su segundo, Kim, a su camarote. En la intimidad de la habitación, explicó la orden de Kang de hundir el *Koguryo*.

—He proporcionado al capitán Lee el punto de cita con el carguero. Sin embargo, no le informé del plan de hundir su barco, solo que íbamos a trasladar la tripulación de lanzamiento al otro buque como medida de seguridad.

—¿No confía en su obediencia a Kang? —preguntó Kim, indiferente a la perspectiva de asesinar a doscientos compañeros.

—No, no es prudente. Ningún capitán desea hundir su barco y abandonar a su tripulación. Escaparemos sin él.

—¿Cómo vamos a destruir el barco?

Tongju buscó bajo su catre y sacó una cartera pequeña, que entregó a Kim.

—Explosivos de plástico Semtex con detonadores inalámbricos. Tengo la intención de activar las cargas con el barco en movimiento.

Se acercó a un mamparo y señaló un pequeño diagrama del *Koguryo* clavado en la pared.

—Los explosivos abrirán una serie de agujeros en el casco delantero y las secciones de proa, bajo la línea de flotación, y el impulso del barco provocará una rápida inundación de las cubiertas inferiores. El barco se hundirá hasta el fondo como un submarino, antes de que la tripulación tenga tiempo de reaccionar.

—Puede que consigan escapar en los botes salvavidas —replicó Kim.

Tongju meneó la cabeza con una sonrisa maligna.

—He aplicado un soldador líquido a todos los davits de los botes salvavidas. Ninguno de esos botes abandonará el barco sin un esfuerzo considerable.

—¿Qué haremos nosotros? —preguntó Kim, en un tono algo inseguro.

—Tú y otros dos os iréis conmigo en el bote de asalto. Convenceré a Lee de que nos deje partir a inspeccionar el buque por anticipado, en cuanto el radar detecte el carguero. Cuando haya acelerado de nuevo el *Koguryo*, detonaremos las cargas.

Kum exhaló un suspiro y asintió.

—No será fácil abandonar a mi equipo de asalto —dijo en voz baja.

—Todos son buenos elementos, pero prescindibles. Dejaré que escojas a los dos hombres que irán con nosotros. Pero antes hay que colocar las cargas. Toma a tu experto en demoliciones, Jun, y poned las cargas en los compartimientos de proa E, F y G. No dejes que ningún miembro de la tripulación os vea.

Kim, agarró la cartera y asintió de nuevo.

—Así se hará —dijo, y salió del camarote.

Después, Tongju contempló el diagrama del barco durante varios minutos. Era una misión arriesgada, plagada de amenazas y peligros secretos. Pero esas eran las que más le gustaban.

En un rumbo de colisión con el mal, el *Odyssey* se alejaba de Long Beach a paso cansino, tras recorrer diez millas en una hora. Después de dejar atrás la isla de San Clemente, el buque pasó al oeste de San Diego poco después de medianoche y no tardó en abandonar las aguas territoriales de Estados Unidos. Barcos de pesca y yates fueron desapareciendo poco a poco del horizonte, a medida que la plataforma se adentraba en una parte desierta del Pacífico, al oeste de Baja California. Al final del tercer día en el mar, a unas setecientas millas de la tierra firme más cercana, el *Odyssey* solo compartía el océano con un pequeño punto situado al noreste.

El capitán Hennessey vio con escaso interés que el punto lejano iba creciendo lentamente, siempre en dirección sur. Cuando estuvo a cinco millas de distancia, apuntó los prismáticos al buque y vio un robusto barco azul de chimenea amarilla. A la luz del ocaso, Hennessey supuso que se trataba de un buque de investigación o con un propósito especial, antes que un carguero comercial. Observó con irritada curiosidad que el barco seguía una ruta de colisión perfecta con la trayectoria actual del *Odyssey*. Hennessey no se apartó del timón durante la siguiente hora, y vio que el otro barco se iba aproximando con parsimonia hasta situarse a una milla de su flanco de estribor, hasta que dio la impresión de aminorar la velocidad y apuntar hacia el sudoeste.

—Está reduciendo la velocidad para cruzar nuestra estela —dijo Hennessey al timonel, al tiempo que dejaba de observar con los prismáticos el misterioso barco—. Todo el océano Pacífico desierto, y ha de cruzarse en nuestro camino —masculló, y meneó la cabeza.

Jamás se le ocurrió que aquello era algo más que un encuentro casual. Tampoco sospechaba que un tripulante de toda confianza, uno de los hombres de Kang que trabajaba a bordo como técnico de lanzamientos, estaba proporcionando su posición exacta al barco utilizando un simple receptor GPS y un transmisor de radio portátil. Después de cruzar el Pacífico en toda su longitud, el *Koguryo* había captado la transmisión radiofónica veinticuatro horas antes y desviado su curso hacia el camino del *Odyssey*.

Mientras las luces del barco desconocido parpadeaban en la oscuridad, Hennessey apartó el buque de su mente y se concentró en la negrura que se extendía ante él. Aún faltaban casi diez días para llegar al ecuador, y no había forma de saber qué obstáculos encontrarían en el camino.

El experimentado grupo de asalto actuó con celeridad, aprovechando la oscuridad de la noche y el factor sorpresa. Después de pisar los talones al *Odyssey* durante casi toda la noche, el *Koguryo* había parado de repente sus motores y permitido que la plataforma autopropulsada se alejara hacia el horizonte. En la cabina piloto del

Odyssey, el piloto del turno de noche y el oficial de vigilancia se relajaron cuando las luces del otro barco se alejaron. Con el piloto automático a cargo de la plataforma, su única preocupación consistía en vigilar la pantalla del radar y la previsión meteorológica. Pero en un mar desierto en plena noche, había pocos motivos de preocupación. La concentración se relajó cuando los dos hombres se pusieron a pasear por el puente, enzarzados en un interminable debate sobre la copa del mundo de fútbol, en lugar de examinar los monitores electrónicos. Si hubieran observado con más atención la pantalla del radar, se habrían hecho una idea de lo que se avecinaba.

En lugar de cambiar de curso o hacer reparaciones, el *Koguryo* se había detenido para lanzar su barco auxiliar de alta velocidad. El barco, de cubierta al aire libre y nueve metros de eslora, era un lujoso y espacioso barco de ataque para Tongju, Kim y la docena de hombres vestidos de negro que esperaban sentados en asientos forrados de piel con sus rifles de asalto. Aunque poco sigiloso, el barco proporcionaba un medio rápido y estable de cruzar las aguas y asaltar la plataforma con una fuerza de ataque numerosa.

La embarcación surcó las olas en la oscuridad bajo un brillante dosel de estrellas que se extendía de un horizonte al otro. El barco no tardó en reducir la distancia que le separaba de la plataforma, iluminada contra el cielo nocturno como una marquesina de Times Square. Cuando el piloto se acercó a la sombra de la enorme plataforma, deslizó el barco bajo el centro de la estructura, entre los pontones gemelos del *Odyssey*. Dejó atrás las robustas columnas de apoyo, casi rozando un conjunto de gigantescos soportes triangulares que se cruzaban en horizontal entre las columnas, a solo tres metros y medio del agua. Adoptó la misma velocidad del *Odyssey* y avanzó hacia la columna delantera de estribor, donde una escalerilla incrustada de sal permitía el acceso a las cubiertas superiores. Cuando se detuvo a escasa distancia, uno de los comandos saltó desde la proa con una pequeña cuerda y la ató a toda prisa al poste de la escalera. Uno a uno, los restantes comandos saltaron a la escalera y empezaron a subir hacia la plataforma. El equipo se detuvo en los últimos peldaños para recuperar el aliento y reagruparse. Después, Tongju indicó con un cabeceo que continuaran. Uno de los tripulantes de Kang ya había dejado abierta la puerta de la escalera, de forma que los comandos entraron sin dificultades y se desplegaron por la cubierta.

Aunque Tongju había estudiado fotos y planos del *Odyssey*, continuaba impresionado por la enormidad de la cubierta de lanzamiento, con una longitud superior a la de un campo de fútbol. Al fondo se alzaba la torre de lanzamiento, separada por una extensión de cubierta que conducía al hangar del vehículo de lanzamiento. Los gigantescos depósitos de combustible, que alimentarían el cohete poco antes del lanzamiento, se acomodaban a lo largo de la viga de estribor. A cada lado del hangar del vehículo de lanzamiento había dos pequeños edificios que

alojaban los aposentos de la tripulación, con capacidad para sesenta y ocho hombres, además de una cocina y un dispensario. Serían el primer objetivo.

El equipo de asalto tenía que actuar de manera simultánea, cinco hombres al hangar, tres al puente, y el resto a los aposentos de la tripulación. La mayoría de los cuarenta y dos hombres que había a bordo del *Odyssey* tenían poco que hacer hasta que la plataforma llegara al lugar de lanzamiento, y pasaban las horas leyendo, jugando a cartas o viendo películas. A las tres de la mañana, solo un puñado de hombres seguían despiertos, en concreto los encargados de pilotar la plataforma o de controlar el vehículo de lanzamiento. Cuando el comando atacó los aposentos de la tripulación con la precisión de un taladro, los confusos técnicos e ingenieros estaban demasiado estupefactos para reaccionar. Cegados por las luces, azuzados con los cañones de los rifles de asalto AK74, los hombres se despertaron al instante. Dos hombres que jugaban a cartas en la cocina pensaron que se trataba de alguna broma relacionada con el ecuador, hasta que la culata de un rifle derribó a uno. El sobresaltado chef dejó caer en la cocina una pila de sartenes al ver a los hombres armados, y contribuyó a despertar a la incrédula tripulación más que los propios pistoleros.

La historia fue similar en el hangar del vehículo de lanzamiento. El pequeño comando atravesó a toda prisa el edificio que alojaba el cohete Zenit y rodeó a un puñado de ingenieros sin necesidad de combatir. En el puente situado sobre el hangar del vehículo de lanzamiento, los dos hombres que se encargaban del timón no dieron crédito a sus ojos cuando Tongju entró y apuntó con calma su pistola Glock a la oreja del superior. En menos de diez minutos, los hombres de Tongju se habían apoderado de la plataforma. Sin disparar ni un tiro, la tripulación jamás había supuesto que serían asaltados en mitad del Pacífico.

Los comandos se quedaron sorprendidos al descubrir que casi todos los tripulantes de la plataforma eran filipinos, mientras que el equipo de lanzamiento consistía en una mezcla de ingenieros norteamericanos, rusos y ucranianos. La tripulación multinacional fue conducida a la cocina, donde se les retuvo a punta de pistola, salvo la docena de miembros infiltrados de Kang y representantes de empresas satélites, que tomaron el control de la plataforma. Hasta el capitán Hennessey, capturado y sujetado por un hombre de Kim, fue obligado a entrar en la cocina patidifuso, con el resto de la tripulación.

En el puente, Tongju comunicó por radio al *Koguryo* que la plataforma había sido conquistada sin resistencia. Tras examinar una carta náutica abandonada en una mesita auxiliar, gritó a uno de los tripulantes de Kang que se había hecho cargo del timón.

—Desviación quince grados al nornoroeste. Nos dirigimos a un nuevo punto de lanzamiento.

Cuando se aproximaba el amanecer, el *Koguryo* maniobró junto al *Odyssey* y redujo la marcha para avanzar a la misma velocidad que la plataforma, mientras surcaba olas de metro y medio. A seis metros del *Odyssey*, el capitán Lee mantenía el *Koguryo* en un tándem perfecto con la viga de estribor de la plataforma flotante. En la casa timón del *Odyssey*, un nervioso timonel se ocupaba de que el piloto automático estuviera conectado, con el antiguo buque cablero al lado.

En la cubierta del hangar, Tongju supervisaba el movimiento de una gran grúa que colgaba sobre la parte de estribor de la plataforma. Un pesado bloque con gancho osciló violentamente del extremo de la grúa un momento, hasta que lo bajaron a la cubierta posterior del *Koguryo*. Transmitieron una señal por la radio y la grúa empezó a alzar un contenedor metálico cuadrado del tamaño de un sofá, que fue depositado sobre la cubierta principal de la plataforma. Dentro había envases especiales que contenían los cultivos de quimera liofilizados, preparados para ser introducidos en el dispensador de aerosol de la carga útil.

Mientras trasladaban el virus mortal a la plataforma, el barco auxiliar del *Koguryo* transportaba una docena de especialistas en carga y lanzamiento, que invadieron de inmediato el hangar del cohete y empezaron a diseccionar la sección de carga útil del Zenit. También trasladaron un nuevo contingente de seguridad para que los comandos de Tongju pudieran descansar.

Tongju volvió a la casa piloto y miró por las ventanas el mar revuelto, a sesenta metros bajo él. El balanceo de la plataforma no se notaba en exceso. Miró a su derecha y vio que el *Koguryo* empezaba a alejarse del *Odyssey*, su misión cumplida de momento.

—Aumente la velocidad al máximo —dijo al timonel.

El nervioso filipino ajustó los controles de propulsión de ambos pontones y vio que el indicador de velocidad digital ascendía poco a poco.

—Doce nudos, señor. Velocidad de crucero máxima —contestó el marinero, mirando a un lado y a otro.

Tongju asintió satisfecho, cogió un transmisor de radio y llamó al capitán Lee.

—El horario se está cumpliendo. Haga el favor de avisar a Inchon de que nos hemos hecho con el control del buque de lanzamiento y nos proponemos iniciar la cuenta atrás del lanzamiento dentro de unas treinta horas. Corto.

El aprensivo timonel tenía la vista clavada en el frente para evitar la mirada de Tongju. Fueran cuales fuesen sus temerosos pensamientos sobre las intenciones de Tongju, eran minúsculos comparados con el verdadero objetivo del líder del comando.

Los ingenieros del vehículo de lanzamiento tardaron menos de veinticuatro horas en transformar la carga útil del cohete en un arma de destrucción masiva. Como cirujanos que efectuaran un trasplante, el equipo extrajo con sumo cuidado varias secciones de la capa metálica de la carga útil e investigó el funcionamiento del supuesto satélite. Extrajeron componentes falsos, contruidos para semejar transpondedor de comunicación, y los sustituyeron por pequeñas bombas eléctricas que impulsarían el sistema del aerosol. Sujetaron cables y accesorios a los paneles solares falsos, que se abrirían en vuelo para diseminar el virus rejuvenecido como una delicada neblina en el cielo de California.

Los técnicos, protegidos con trajes especiales, llevaron a cabo una prueba final del sistema de distribución, para asegurarse de que funcionaría durante el corto vuelo del cohete. Por fin, llegaron al último paso de la operación: introducir el virus quimera en el vehículo de la carga útil. Los envases de gérmenes liofilizados fueron montados en el almacén del satélite, y conectaron cables de acero de los tanques de hidrogenación con el sistema de aerosol. Al activarlo, un programa informático mezclaría en vacío la sustancia pulverizada con agua purificada, para luego liberar en la atmósfera el líquido vivo mediante el vaporizador.

Una vez cargado el combinado mortífero, volvieron a montar la capa metálica de la carga útil alrededor del satélite. Introdujeron explosivos propulsores en puntos clave del interior de la capa para volar las puertas de la carga en el momento escogido del vuelo. Cuando encajaron por fin la sección final de la envoltura protectora de la ojiva, los agotados ingenieros se felicitaron mutuamente y se dirigieron tambaleantes a los aposentos de la tripulación. Solo podían pedir unas preciosas horas de sueño antes de que empezara la cuenta atrás.

El Departamento de Seguridad Interior activó sin publicidad el Sistema de Aviso de Amenazas y puso en estado de alerta a puertos y aeropuertos. Se llevaron a cabo investigaciones y registros aleatorios en todos los aviones y barcos de origen asiático, en busca de agentes biológicos y químicos. A instancias del vicepresidente Sandecker, la Guardia Costera recibió la orden de detener, abordar y registrar todos los barcos de bandera japonesa o coreana que se acercaran a la costa norteamericana, con un contingente armado hasta los dientes. Todos los guardacostas disponibles se apostaron a lo largo de la costa Oeste, concentrados alrededor de las aglomeraciones comerciales de Seattle, San Francisco y Los Ángeles.

En San Francisco, Rudi Gunn coordinó el apoyo de la NUMA con el comandante de la Guardia Costera local. Cuando el buque de investigaciones Bine GUI llegó de Monterrey, Gunn le asignó de inmediato la misión de vigilar a diez millas del Golden Gate. Después, fue a Seattle, donde dirigió los recursos de la NUMA en apoyo de la

vigilancia costera, y recabó la ayuda de la Guardia Costera canadiense de Vancouver para registrar todos los barcos que se dirigieran a la Columbia Británica.

Dirk y Summer volaron a San Diego, donde les dio la bienvenida el habitual clima templado de la ciudad, veintidós grados. Fueron en taxi desde el aeropuerto internacional de San Diego Lindbergh Field hasta Shelter Island, y tardaron pocos minutos en localizar el *Deep Endeavor*, atracado al final del muelle municipal. Cuando se acercaron al barco, Dirk observó un sumergible de aspecto peculiar, pintado de un naranja metálico, posado sobre la cubierta de popa del barco.

—Vaya, pero si es el Prisionero de Zenda —llamó Jack Dahlgren desde el ala del puente en cuanto vio a la pareja subir al barco. El amigo de Dirk bajó corriendo una escalera y les recibió en lo alto de la pasarela—. Me dijeron que os habían invitado a un crucero por la península coreana —rió Dahlgren al tiempo que estrechaba la mano de Dirk con firmeza y abrazaba a Summer.

—Sí, pero nos perdimos las atracciones con estrella Michelin —sonrió Summer.

—Ese crucero fue de lo más estimulante —dijo Dirk con fingida seriedad. Se volvió hacia Dahlgren—. ¿Tú y la tripulación estáis preparados para un trabajito de investigación y captura?

—Sí. Un equipo de la Guardia Costera se reunió con nosotros hace una hora, de manera que estamos preparados para zarpar en cualquier momento.

—Estupendo. Vamos a ello.

Dahlgren acompañó a Dirk y Summer hasta el puente, donde fueron recibidos por Leo Delgado y el capitán Burch, y después les presentaron a un agente uniformado de la Guardia Costera llamado Aimes.

—¿Cuál será el procedimiento de intercepción, teniente? —preguntó Dirk, tras haber reparado en los galones del uniforme.

—Llámame Bill —contestó Aimes, un hombre circunspecto de pelo rubio corto, que se tomaba su trabajo muy en serio, pero odiaba las formalidades—. Colaboraremos con los barcos de la Guardia Costera regional como apoyo, cuando y si el tráfico comercial es abundante. De lo contrario, se nos asignará vigilancia y reconocimiento en los casos pertinentes. Según la legislación, podemos interceptar y abordar buques comerciales con destino a puerto hasta a doce millas de la costa. Como representante de la Guardia Costera ante la NUMA, dirigiré todos los abordajes y registros con mi equipo, pero me ayudarán varios de sus tripulantes, después de llevar a cabo una breve sesión de entrenamiento.

—¿Cuáles son las posibilidades de localizar un alijo de armas o una bomba escondida en un contenedor de buen tamaño? —preguntó Summer.

—Más de las que sospechas —replicó Aimes—. Como ya sabéis, trabajamos en estrecha colaboración con el Departamento de Aduanas, bajo la dirección del Departamento de Seguridad Interior. Nuestros agentes de aduanas están distribuidos

en puertos extranjeros de todo el globo, con el fin de inspeccionar y sellar todos los contenedores de carga útil antes de que los productos reciban permiso para subir al barco. Tras llegar a los puertos norteamericanos, los agentes de aduanas verifican que los contenedores no hayan sido abiertos o manipulados antes de aceptar su entrada en este país. La Guardia Costera proporciona una investigación por adelantado del barco y los contenedores antes de que tengan la oportunidad de llegar a puerto.

—En un barco hay muchos sitios donde ocultar una bomba, aparte de los contenedores de carga —dijo Dahlgren.

—Ese problema es más difícil, pero ahí es donde entran los perros —contestó Aimes, y cabeceó en dirección al final del puente. Dirk reparó por primera vez en un par de labradores retriever amarillos atados al tirante de un mamparo, y que dormitaban sobre la cubierta. Summer ya se había acercado y empezó a rascarles detrás de las orejas con deleite.

—Los perros están adiestrados para olfatear una serie de componentes explosivos que se utilizan para fabricar bombas. Lo mejor es que pueden recorrer todo un barco a toda prisa nada más recibir la orden. Si hay una bomba biológica oculta en un barco contenedor, existen bastantes probabilidades de que esos chicos perciban el olor de un componente.

—Es justo lo que andamos buscando —dijo Dirk—. Por lo tanto, ¿trabajaremos frente a San Diego?

—No —contestó Aimes, y negó con la cabeza—. El tráfico comercial que atraviesa San Diego es mínimo, y los barcos de la Guardia Costera regional se bastan para ocuparse de ese volumen. Nos han ordenado patrullar un cuadrante sudoeste del puerto de Los Ángeles como apoyo del Grupo de Seguridad Marina de la Guardia Costera de L. A. Long Beach. Una vez allí, coordinaremos el posicionamiento y abordaje locales mediante *Icarus*.

—¿*Icarus*? —preguntó Dahlgren.

—Nuestro ojo que ve todo desde el cielo —dijo Dirk con una sonrisa de complicidad.

Mientras el *Deep Endeavor* se dirigía hacia el Pacífico, tras dejar atrás Coronado Island y un portaaviones de la Marina procedente del océano Índico, Dirk y Summer fueron a popa y estudiaron el extraño sumergible, que se parecía vagamente a una lombriz de tierra alimentada con esteroides. El aparato en forma de bala estaba sembrado de una serie de unidades de propulsión con hélices montadas de manera irregular sobre el cuerpo principal como bombas de calor pegadas con cola. Del extremo de la bala sobresalía un gigantesco aparato de unos tres metros de largo, que se alzaba hacia el cielo como el cuerno de un unicornio. Pintado de aquel tono rojo anaranjado chillón, el sumergible les recordaba un insecto gigantesco de una película de horror de los años cincuenta.

—¿Cuál es la historia de este artilugio? —preguntó Summer a Dahlgren.

—¿Tu padre no te habló del Badger? Es un prototipo autorizado por él. Por eso estábamos en San Diego. Unos de nuestros ingenieros han estado trabajando en una empresa conjunta con el Instituto Scripps, con el fin de desarrollar este bólido. Es un aparato diseñado para reunir muestras de sedimentos del lecho marino. La comunidad científica está ansiosa por reunir muestras de sedimentos y organismos en las cercanías de conductos de ventilación hidrotérmicos volcánicos, muchos de los cuales se hallan a tres mil metros de profundidad o más.

—¿Para qué sirven estas unidades de propulsión? —preguntó Dirk.

—Para llegar al fondo deprisa. Este aparato es muy veloz. En lugar de esperar el tirón de la gravedad que lo lleve al fondo, cuenta con una central eléctrica de células de combustible hidrógeno que le permite sumergirse hasta el fondo a gran velocidad. Te deja bajar, recoger una muestra del núcleo y subir a la superficie sin morderte las uñas todo el día. Menos tiempo dedicado a sumergirse y emerger significa más muestras para los geólogos.

—¿Me estás diciendo en serio que los chicos de Scripps han dejado que te sentaras al volante? —preguntó Summer con una carcajada.

—No me preguntaron cuántas multas por exceso de velocidad me han puesto en tierra firme, así que no me sentí obligado a decírselo —replicó Dahlgren con fingida inocencia.

—Poco sospechan que acaban de prestar su nueva Harley Davidson a Even Kniebel —sonrió Dirk.

El *Deep Endeavor* recorrió la costa de California durante tres horas antes de desviarse hacia mar adentro, poco antes de anochecer. Dirk estaba en el puente siguiendo el avance del barco en un mapa de navegación en color que aparecía en un monitor del techo. Cuando la línea de la costa quedó atrás, observó que la isla de San Clemente aparecía en el mapa al oeste de su camino. Estudió el mapa un momento, y después se volvió hacia Aimes, quien se encontraba cerca examinando la pantalla de un radar.

—Pensaba que el límite de su jurisdicción eran doce millas de distancia desde la costa. Nos dirigimos a la isla de San Clemente, que se halla a más de cincuenta millas de tierra firme.

—Para las misiones costeras normales, reconocemos el límite de doce millas. Técnicamente, las islas del Canal forman parte de California, pero desde el punto de vista legal podemos operar desde las islas como punto de origen. Para esta misión, nos han concedido autorización temporal para ampliar nuestra zona de interdicción normal, con las islas del Canal como base. Nos situaremos a unas diez millas al oeste de Santa Catalina como base de vigilancia.

Dos horas después, dejaron atrás la isla de Catalina y los motores disminuyeron la

velocidad al llegar a su punto de destino. El *Deep Endeavor* empezó a patrullar siguiendo un bucle de norte a sur al oeste de la isla, utilizando el radar del barco como ojos. El radar solo detectó algunos yates y barcos pesqueros, además de un guardacostas que patrullaba un poco más al norte.

—Nos encontramos bastante más al sur de la ruta comercial que va a Los Ángeles, y no es probable que haya mucho tráfico nocturno en este cuadrante —dijo Aimes—. Saldremos a la palestra por la mañana, cuando el *Icarus* aparezca para empezar a trabajar. Entretanto, sugiero que hagamos turnos y durmamos un poco.

Dirk captó la indirecta y salió al ala del puente. Aspiró una profunda bocanada de aire. La noche estaba silenciosa y húmeda, y la mar estaba tan lisa como una crep. En la oscuridad, su mente repasó el encuentro con Kang y la poco sutil amenaza que el magnate había dirigido a Summer y él. Dentro de una semana, la votación en la Asamblea de Corea del Sur sería historia y las autoridades legales perseguirían a Kang con toda su furia. Era todo cuanto necesitaban. Una semana sin incidentes. Mientras contemplaba el mar, una ráfaga de viento azotó su rostro, pero desapareció con la misma prontitud, y dejó una calma aparente.

A las nueve de la noche, el *Odyssey* había retrocedido unas trescientas millas y se estaba acercando a la posición de lanzamiento calibrada en Inchon. Tongju, que estaba durmiendo en el camarote del capitán Hennessey, se sobresaltó cuando le despertaron unos golpes en la puerta. Un comando armado entró en el camarote y se inclinó, mientras Tongju se levantaba y empezaba a ponerse las botas.

—Siento muchísimo molestarle —se disculpó el comando—. Es el capitán Lee. Ha pedido que vuelva al *Koguryo* cuanto antes. Hay una especie de discusión con los ingenieros de lanzamiento rusos.

Tongju asintió, se sacudió las telarañas y se encaminó a la casa piloto, donde verificó que la plataforma seguía su rumbo noreste a 12 nudos. Pidió por radio el barco auxiliar del *Koguryo*, bajó un largo tramo de escaleras hasta el pilote delantero y saltó al barco que le esperaba. Un breve trayecto le condujo hasta el buque de apoyo, donde el capitán Lee le estaba esperando.

—Acompañeme al Centro de Control de Lanzamientos.

Son esos malditos ucranianos —maldijo el capitán—. No se ponen de acuerdo sobre la posición de la plataforma para el lanzamiento. Creo que van a matarse entre sí.

Los dos hombres bajaron una escalera y siguieron un largo pasillo interior hasta el Centro de Control de Lanzamientos.

Cuando Lee abrió una puerta lateral, un violento estallido de juramentos en una lengua extranjera ametralló sus oídos. En el centro de la sala, un grupo de ingenieros de lanzamiento estaban agrupados alrededor de los dos especialistas en lanzamientos ucranianos, que discutían a gritos al tiempo que agitaban las manos en el aire. El grupo de ingenieros se apartó cuando Tongju y Lee se acercaron, pero los ucranianos ni se inmutaron. Tongju se volvió con expresión de desagrado, agarró una silla acolchada, la levantó sobre su cabeza y la arrojó contra los dos hombres. Los espectadores lanzaron una exclamación ahogada cuando la silla se estrelló contra la cabeza y el pecho de los dos ingenieros y cayó al suelo con estruendo. Los estupefactos ucranianos enmudecieron por fin y se volvieron hacia los dos hombres.

—¿Cuál es el problema? —gruñó Tongju.

Uno de los ucranianos, un hombre con perilla y desaliñado pelo castaño, carraspeó antes de hablar.

—Es el tiempo. El frente de altas presiones que había sobre el este del Pacífico, concretamente ante Norteamérica, se ha quedado estancado debido al empuje de un sistema de bajas presiones que hay al sur.

—¿Y eso qué significa?

—Los vientos del este que suelen predominar a gran altitud han cambiado, y en

este momento esperamos fuertes vientos contrarios. Esto ha alterado nuestro perfil de vuelo planeado por un margen considerable.

Buscó en una pila de papeles y sacó un buen fajo que contenían numerosos cálculos y perfiles de trayectorias escritos a mano.

—Nuestro plan básico es llenar el depósito de combustible del cohete Zenit hasta un cincuenta por ciento de su capacidad en la primera fase, lo cual dará como resultado una trayectoria de vuelo de trescientos cincuenta kilómetros. Unos cincuenta kilómetros de esta distancia se hallan sobre la región elegida, donde el sistema de carga útil será activado. Por lo tanto, nuestra posición de lanzamiento prevista estaba a trescientos kilómetros al oeste de Los Ángeles, contando con condiciones meteorológicas normales en la zona. Teniendo en cuenta la situación actual, tenemos dos opciones: esperar a que el frente de bajas presiones se rinda a los vientos predominantes, o acercar más al objetivo la plataforma de lanzamiento.

—Hay una tercera posibilidad —gruñó irritado el otro ucraniano—. Podemos aumentar la carga de combustible del Zenit para alcanzar el blanco desde la posición de lanzamiento original.

Mientras hablaba, su colega meneaba la cabeza en silencio.

—¿Cuál es el peligro de esa? —preguntó Tongju al que dudaba.

—Sergei está en lo cierto al decir que podemos adaptar la cantidad de combustible para alcanzar el blanco desde la posición de lanzamiento pensada en un principio. Sin embargo, abrigo graves dudas sobre la precisión que obtendríamos. Desconocemos las características del viento durante toda la trayectoria de vuelo. Teniendo en cuenta la inusual situación meteorológica actual, las características del viento durante todo el vuelo podrían variar de manera significativa de las que podemos medir directamente sobre nosotros. El vehículo de lanzamiento podría desviarse con facilidad al norte o al sur del blanco. También podríamos quedarnos cortos por unas decenas de kilómetros o lo contrario. Desde esta distancia, existen demasiadas variaciones en potencia en la trayectoria de vuelo.

—Un riesgo menor, agravado por las especulaciones —replicó Sergei.

—¿Cuánto tiempo tardarán en restablecerse las pautas meteorológicas normales? —preguntó Tongju.

—El frente de bajas presiones ya ha dado señales de debilitarse. Esperamos que desaparezca dentro de un día y medio, y el sistema de altas presiones predominante se impondría dentro de unas setenta y dos horas.

Tongju reflexionó un momento sobre las argumentaciones, y después tomó su decisión sin permitir discusiones.

—Hemos de cumplir unos plazos. No podemos permitirnos el lujo de esperar a que cambie el tiempo, ni tampoco correr el riesgo de fallar el blanco. Acercaremos más la plataforma al blanco e iniciaremos la cuenta atrás lo antes posible. ¿Hasta

dónde tendremos que desplazarnos para mitigar la incertidumbre atmosférica?

—Para minimizar el impacto de los vientos adversos, hemos de acortar la trayectoria. Basándonos en nuestras últimas mediciones del viento, hemos de situarnos aquí —dijo el ucraniano de la perilla, y señaló un plano de la costa norteamericana—. A ciento cinco kilómetros de la costa.

Tongju estudió la posición en silencio durante unos instantes, mientras calculaba la distancia adicional que era preciso recorrer. La nueva posición estaba peligrosamente cerca de la costa, y observó un par de islas muy próximas. No obstante, podían llegar al punto y lanzar el cohete cumpliendo los plazos de Kang. Mientras todos los ojos de la sala esperaban sus órdenes, se volvió por fin hacia Lee.

—Altere el rumbo cuanto antes. Situaremos los dos barcos en la nueva posición antes del amanecer e iniciaremos la cuenta atrás del lanzamiento al romper el día.

—Estás de broma. ¿Un dirigible?

Giordino se rascó la barbilla, y después meneó la cabeza.

—Creo que el término correcto es aeronave —dijo Pitt, y dirigió a su socio una fingida mirada de indignación.

—También conocido como globo gaseoso.

Giordino se había preguntado qué tramaba Pitt después de que los dos llegaran a Los Ángeles en un vuelo nocturno desde Washington. En lugar de dirigirse al sur, hacia el puerto de Los Ángeles y el mando regional de la Guardia Costera, Pitt había desviado su coche de alquiler hacia el norte. Giordino no tardó en caer dormido en el asiento del acompañante, mientras el jefe de la NUMA salía de la zona metropolitana de Los Ángeles. Cuando despertó más tarde y vio el espectro de campos de fresas que desfilaban por la ventanilla, se frotó los ojos, mientras el coche entraba en el diminuto aeropuerto de Oxnard y Pitt aparcaba el vehículo cerca de un gran dirigible sujeto a una botavara vertical montada sobre un camión.

Giordino miró boquiabierto el dirigible.

—Pensaba que la Super Bowl no empezaba hasta dentro de dos meses.

El Airship Management Services Sentinel 1000, de sesenta y siete metros de longitud, era mucho más grande que los dirigibles de publicidad que se veían flotar sobre los partidos de rugby y los torneos de golf. El Sentinel 1000, una versión agrandada de la popular serie Skyship 600 de la empresa, estaba diseñado para elevar una carga útil de casi dos mil cuatrocientos kilos, mediante un envoltorio que contenía diez mil metros cúbicos de gas. Al contrario que los dirigibles de los años veinte y treinta de estructura rígida, que dependían de hidrógeno altamente inflamable para elevarse, el Sentinel 1000 era un verdadero dirigible no rígido que utilizaba el helio, más seguro para levantarse del suelo.

—Parece sobrino enano del Hindenburg —gimió Giordino, mientras contemplaba con cautela la aeronave de piel plateada.

—Resulta que estás viendo lo último en tecnología de vigilancia y seguimiento —dijo Pitt—. Lleva un sistema óptico LASH. La NUMA lo está probando para su posible utilización en arrecifes de coral y estudios sobre las mareas. El sistema ya ha sido utilizado con éxito para seguir ballenas migratorias.

—¿Qué es un «sistema LASH»?

—Son las siglas de «Litoral Airborne Sensor Hiperspectral». Es un sistema de imagen óptica que usa una interrupción en la banda de color para detectar y seguir objetivos que el ojo no puede ver. Seguridad Interior está pensando utilizarla para la seguridad de las fronteras, y la Marina para la guerra antisubmarina.

—Si podemos probarlo sobre Malibú Beach, pues vale.

Un tripulante con la placa de identificación de la NUMA bajó de la cesta cuando Pitt y Giordino se acercaron a la aeronave.

—¿Señor Pitt? Hemos instalado el equipo de radio que envió la Guardia Costera, de manera que podrá comunicarse sin problemas con sus barcos. El *Icarus* ha sido equipado con un equilibrio de aterrizaje de más cien kilos cuando el cargamento de combustible se reduce al cinco por ciento, de manera que no vuelen con los depósitos vacíos. La aeronave también va equipada con un sistema de lastre de agua y un vertido de combustible experimental, por si hace falta un ascenso de emergencia.

—¿Cuánto tiempo podemos permanecer en vuelo? —preguntó Giordino, con la vista clavada en un par de hélices que sobresalían de cada parte de la sección de popa de la cesta.

—Entre ocho y diez horas, si no lo fuerzan demasiado. Disfruten de su vuelo, es un placer —dijo el hombre, al tiempo que hacía una leve reverencia.

Pitt y Giordino subieron y entraron en una espaciosa cabina con capacidad para ocho pasajeros. Pasaron al compartimiento de vuelo por una estrecha abertura y Pitt tomó los controles de pilotaje, en tanto Giordino se dejaba caer en el asiento del copiloto. Pitt encendió los dos motores Porsche 930 turbo refrigerados montados en los flancos posteriores de la cesta, que creaban la propulsión. Con los motores a marcha lenta, Pitt obtuvo autorización para despegar y se volvió hacia Giordino.

—¿Preparado para despegar, Wilbur?

—Cuando tú quieras, Orville.

Lanzar el dirigible no era tarea fácil, pues aparte de los pilotos se precisaba una cuidadosa maniobra llevada a cabo por una numerosa tripulación desde tierra. Los tripulantes del *Icarus*, vestidos todos con camisas de un rojo intenso, tomaron posiciones alrededor de la aeronave. Tres hombres situados a cada lado de la proa tensaron un par de cuerdas sujetas al morro del dirigible, mientras otros cuatro asieron barandillas laterales que corrían a todo lo largo de la cesta. Pitt miró por la amplia ventana de la cabina al jefe de la cuadrilla, que se hallaba en la base del poste de amarre móvil. A una orden de Pitt, el hombre señaló a otro tripulante, subido al poste de amarre, el cual liberó la cuerda del morro. La tripulación tiró al mismo tiempo del dirigible ingrávido y lo alejó varios metros del poste de amarre, hasta un punto de lanzamiento libre de obstáculos.

Pitt levantó los pulgares en dirección al jefe de la tripulación, y después tiró de dos palancas que sobresalían de la consola central, acelerando los motores gemelos. Cuando la tripulación liberó sus amarres y se alejó, tiró hacia atrás con suavidad de otro control montado delante de su asiento. Los controles manipularon las hélices movidas por los motores, ambas encerradas dentro de conductos giratorios. Cuando tiró de la varilla, los tubos se inclinaron hacia arriba, para así proporcionar más ascensión a las hélices. El dirigible empezó a elevarse de inmediato, al tiempo que

avanzaba. Casi sin sentir el movimiento, la gran aeronave abandonó el suelo y subió al cielo con el morro apuntando hacia lo alto. Giordino saludó por una ventana lateral abierta al personal congregado abajo, que se redujo al tamaño de insectos a medida que el aparato iba ganando altitud.

Pese a que Giordino había pedido que sobrevolaran Malibú, Pitt dirigió la aeronave hacia el mar nada más abandonar los terrenos del aeropuerto, y pronto elevó el dirigible a una altitud de setecientos cincuenta metros. Las aguas del océano Pacífico se veían verdeazuladas bajo el brillante sol, y los hombres distinguieron con facilidad las islas de Santa Cruz, Santa Rosa y San Miguel, hacia el norte. Cuando derivaron hacia el este, Pitt observó que del aparato se desprendían gotas de rocío, pues sus costados de tela se calentaban bajo los rayos del sol de la mañana. Echó un vistazo al indicador de presión del helio y reparó en que la aguja había subido un poco, pues el helio se expandía debido a las temperaturas altas y la mayor altitud. Un sistema de ventilación automático liberaría cualquier exceso de gas si la presión se elevaba demasiado, pero Pitt mantenía el dirigible bajo su altura de presión, con el fin de no malgastar helio de manera innecesaria.

Sentía que los controles del Sentinel 1000 pesaban en sus manos, y pensó que la sensación de pilotar el dirigible se parecía más a navegar en un yate de veinte metros que a pilotar un aeroplano. Girar los enormes timones y elevadores precisaba imprimir cierta fuerza a los mandos, lo cual daba como resultado una pausa angustiosa hasta que el morro del dirigible respondía. Mientras corregía el rumbo, vio distraído que los cables sujetos al morro de la nave oscilaban de un lado a otro. Apareció un barco pesquero bajo ellos. Los pescadores que se hallaban en la proa del barco les saludaron con cordial abandono. Daba la impresión de que las aeronaves siempre conmovían a la gente. Captaban el romanticismo del aire, decidió Pitt, un recordatorio de tiempos desaparecidos para siempre, en que volar era todavía una novedad. Con las manos en los controles, se abandonó a la nostalgia. Mientras flotaba con parsimonia sobre el agua, dejó que su mente regresara a los años treinta, cuando dirigibles gigantes como el Graf Zeppelin y el Hindenburg compartían los cielos con las enormes aeronaves de la armada Akron y Macón. Como los opulentos transatlánticos de la misma era, ofrecían una majestuosidad relajada que ya no existía en los viajes modernos.

Cuando llegaron a una distancia de treinta millas de la orilla, Pitt desvió el dirigible hacia el sur y empezó a describir un perezoso arco frente a la metrópolis de Los Ángeles. Giordino activó el sistema óptico LASH, conectado a un ordenador portátil, lo cual le permitió ver imágenes de los barcos que se dirigían a puerto y que se hallaban a unas treinta y cinco millas. Los cargueros y contenedores se dirigían hacia los puertos de Los Ángeles y Long Beach de forma esporádica pero incesante. Los enormes buques procedían de una gran variedad de puertos de nombre exótico,

desde Bombay a Yakarta, aunque el mayor volumen de tráfico correspondía a China, Japón y Taiwán. Más de tres mil barcos entraban cada año en los puertos adyacentes, un chorro constante de tráfico que cruzaba el Pacífico en dirección al puerto más transitado de Estados Unidos, como hormigas que acudieran a un picnic. Mientras Giordino estudiaba el ordenador, informó a Pitt de que había localizado dos barcos grandes a lo lejos, y que en teoría se trataba de buques comerciales. Pitt miró por la ventana de la cabina, pero solo vio el primero de los dos en el horizonte.

—Vamos a echar un vistazo —contestó Pitt, y apuntó el morro de la aeronave hacia el barco. Apretó un botón del equipo de radio de la Guardia Costera recién instalado y habló por los auriculares.

—Cúter de la Guardia Costera Halibut, aquí aeronave *Icarus*. Estamos apostados y preparados para investigar dos barcos que se hallan a unas cuarenta y cinco millas al este de Long Beach, corto.

—Recibido, *Icarus* —contestó una voz profunda—. Me alegro de contar con ustedes y sus ojos del cielo. Tenemos tres barcos desplegados y ocupados en tareas de interceptación. Esperaremos sus informes de vigilancia sobre nuevos barcos que se acerquen. Corto.

—Ojos en el cielo —gruñó Giordino—. Preferiría ser el estómago del sofá —dijo, y se preguntó de repente si alguien les habría preparado algo de comer.

El *Odyssey* había avanzado hacia el oeste durante toda la noche, acercándose poco a poco a la costa de California, de la que había zarpado días antes. Tongju regresó a la plataforma después de resolver la disputa sobre el punto de lanzamiento, y robó unas horas de sueño en el camarote del capitán, para levantarse una hora antes del amanecer. Bajo los primeros destellos de luz matutina, vio desde el puente que la plataforma seguía la estela del *Koguryo*, y observó la sombra de una isla de buen tamaño en la distancia, a estribor. Era la isla de San Nicolás, una roca seca y batida por los vientos, la más alejada de la costa de las islas del Canal, que pertenecía a la Marina y era utilizada como lugar de adiestramiento anfibio. Continuaron hacia el oeste durante otra hora, hasta que la radio crepité y se oyó la voz del capitán Lee.

—Nos estamos acercando al lugar que los ingenieros ucranianos han indicado. Prepárese para parar las máquinas, y nos situaremos al sudeste de ustedes. Estaremos dispuestos a iniciar la cuenta atrás del lanzamiento en cuanto nos dé la orden.

—Afirmativo —contestó Tongju—. Fijaremos nuestra posición y lastraremos la plataforma. Estén preparados para situarse.

Tongju se volvió y cabeceó en dirección a uno de los tripulantes camuflados de Kang que se encargaba de pilotar el *Odyssey*. El timonel disminuyó la velocidad de los propulsores de la plataforma, y después activó los impulsores automáticos. Utilizando coordenadas GPS como objetivo fijo, el sistema controlado por ordenador de los impulsores delanteros, laterales y traseros fue activado, y colocó al *Odyssey* en

una posición fija, como aparcado sobre un centavo.

—Control de posición activado —chilló el piloto con voz militar—. Iniciando inundación del lastre —continuó, y pulsó una serie de botones de una consola iluminada.

A sesenta metros bajo la casa piloto, una serie de válvulas se abrieron en el interior de los pontones gemelos, y media docena de bombas de lastre empezaron a bombear agua salada dentro de los cascos de acero huecos. La inundación fue imperceptible para quienes se hallaban en la cubierta de la plataforma, pues las bombas controladas por ordenador aseguraban un ritmo fijo de inundación. En el puente, Tongju estudiaba una imagen tridimensional computarizada del *Odyssey* en un monitor. Los cascos del catamarán y las columnas inferiores se iban tiñendo de un azul intenso a medida que entraba el agua. Como un montacargas letárgico, que los hombres del puente sentían más que veían, la plataforma se hundió lentamente hacia las aguas. Transcurrieron sesenta minutos antes de que la plataforma descendiera con suavidad catorce metros, y el fondo de sus cascos gemelos se sumergiera hasta una profundidad de veintiún metros bajo la superficie. Tongju observó que la plataforma había cesado en su lento balanceo, evidente un rato antes. Con los pontones sumergidos y los pilotes parcialmente hundidos, el *Odyssey* se había transformado en una plataforma estable como una roca desde la que lanzar un cohete de cuatrocientos mil kilos.

Sonó una bocina cuando se alcanzó la profundidad de lanzamiento deseada, después de que el agua azul del monitor llegara a una línea roja horizontal. El timonel apretó unos cuantos botones más, y después se apartó de la consola.

—Inundación completa. La plataforma está estabilizada para el lanzamiento —dijo.

—Asegurar el puente —contestó Tongju, y señaló con un cabeceo a un tripulante filipino que se hallaba cerca del radar. Hicieron una señal a un guardia apostado junto a la puerta, y se llevaron al tripulante sin decir palabra. Tongju se encaminó a la parte posterior del puente y entró en un pequeño ascensor, que bajó hasta el suelo del hangar. Una docena de ingenieros se encontraban congregados alrededor del enorme cohete horizontal, examinando una serie de ordenadores conectados directamente con el vehículo de lanzamiento. Tongju se acercó a un hombre de pelo espeso y gafas redondas llamado Ling, al mando del equipo de lanzamiento. Antes de que Tongju pudiera hablar, Ling farfulló con nerviosismo:

—Hemos efectuado las pruebas finales con la carga útil, y el resultado ha sido positivo. El vehículo de lanzamiento está sujeto y todos los sistemas electromecánicos han funcionado a plena satisfacción.

—Bien. La plataforma se halla en la posición adecuada y lastrada para el lanzamiento. ¿El cohete está preparado para ser transportado a la torre de

lanzamiento?

Ling asintió con entusiasmo.

—Hemos estado esperando la orden de proceder. Estamos preparados para iniciar el transporte y erección del vehículo de lanzamiento.

—No hay motivos para perder el tiempo. Procedan cuanto antes. Avíseme en cuanto estén preparados para evacuar la plataforma.

—Sí, por supuesto —contestó Ling.

Corrió hacia un grupo de ingenieros y habló con ellos a gran velocidad. Los ingenieros, como un grupo de conejos asustados, se dispersaron para acudir a sus puestos. Tongju vio que abrían las enormes puertas del hangar, las cuales revelaron una vía que atravesaba la cubierta hasta la torre de lanzamiento, situada al otro extremo de la plataforma. Encendieron una serie de motores eléctricos, que resonaron con estrépito en las paredes del hangar. Tongju caminó hasta una consola y miró por encima del hombro de Ling, mientras las manos del responsable del lanzamiento bailaban sobre el tablero de control. Cuando una hilera de luces verdes se encendieron de repente, Ling señaló a otro ingeniero, quien activó la cuna móvil.

El cohete horizontal de sesenta metros rodó poco a poco hacia las puertas del hangar. Su cuna avanzaba sobre incontables masas de ruedas que se agitaban como las patas de un ciempiés. Con los impulsores laterales al mando, el cohete atravesó las puertas y salió a la luz del día, con la pintura reluciente bajo el sol de la mañana. Tongju caminaba junto al vehículo de lanzamiento, admirando el poder del gigantesco cohete, pero asombrado al mismo tiempo por la enorme circunferencia. El *Koguryo* se hallaba a varios cientos de metros de la plataforma, y una multitud de tripulantes e ingenieros se afanaban por ver el cohete desde la cubierta superior.

La oruga mecánica cruzó la cubierta y se detuvo cuando llegó a la base de la torre de lanzamiento. La sección superior del cohete no había salido por completo del hangar, y un panel deslizante del techo del hangar se abrió de repente para facilitar la operación. El transportador fue sujeto a la cubierta, y después se encendieron los erectores mecánicos, activando bombas hidráulicas que empujaron con suavidad la cuna del cohete. Con delicada paciencia, el vehículo de lanzamiento fue izado poco a poco, su morro atravesó la abertura del techo del hangar y, por fin, quedó alzado en vertical contra la torre de lanzamiento. Una serie de abrazaderas sujetaron el cohete a la plataforma, mientras un revoltijo de cables de combustible, refrigeración y ventilación se conectaban y verificaban. Varios trabajadores de la torre conectaron una serie de cables de datos que permitieron a los ingenieros del *Koguryo* controlar las docenas de sensores eléctricos empotrados bajo la piel del cohete. En cuanto el Zenit estuvo sujeto, la cuna fue retirada, y el cohete quedó asegurado tan solo por la torre de lanzamiento. Con un murmullo hidráulico, la cuna recuperó su posición horizontal y volvió al hangar, donde quedaría resguardada durante el lanzamiento.

Ling habló con el Centro de Control del Lanzamiento del *Koguryo*, antes de precipitarse hacia Tongju.

—Algunas anomalías sin importancia —dijo, nervioso—, pero en conjunto, el vehículo de lanzamiento se ajusta a todos los parámetros previos al lanzamiento.

Tongju miró el cohete, con su carga de virus mortíferos, destinado a descargar la muerte sobre millones de inocentes. Los sufrimientos y las muertes no significaban nada para él, un hombre desprovisto de empatía emocional desde hacía décadas. El poder que sentía ante él era lo único que importaba, un poder como no había conocido nunca, y disfrutaba del momento. Poco a poco, sus ojos descendieron desde la punta del cohete hasta la base, y después recorrieron la plataforma, antes de posarse en Ling. El ingeniero esperaba una respuesta, angustiado. Tongju dejó que Ling sufriera un momento más antes de romper el silencio con voz profunda y firme.

—Muy bien —dijo—. Que empiece la cuenta atrás.

La tripulación del *Deep Endeavor* había descubierto enseguida que la misión de interceptar barcos era una labor monótona. Después de dos días de servicio, solo les habían pedido que abordaran y registraran un barco, un pequeño carguero de las Filipinas que portaba un embarque de madera noble. El tráfico comercial que se dirigía a Los Ángeles desde el sudoeste era escaso, muy bien manejado por el cercano cúter *Narwhal* de la Guardia Costera. La tripulación de la NUMA prefería trabajar antes que navegar en círculos a la espera de entrar en acción, y esperaba que el tráfico aumentara en su cuadrante.

En la cocina del barco, Dirk estaba sentado tomando una taza de café con Summer, mientras su hermana estudiaba un informe sobre la mortalidad del coral en el arrecife de la Gran Barrera, cuando un tripulante se acercó para decirles que les requerían en el puente.

—Hemos recibido una llamada del *Narwhal* —informó Delgado—. Están en mitad del registro de un contenedor, y nos han pedido que confirmemos la identificación de un barco que se acerca por el oeste de Catalina, y después estar preparados para una posible intercepción.

—¿No se ha producido una identificación por adelantado de nuestro ojo en el cielo? —preguntó Dirk.

—Tu padre y Al despegaron en el *Icarus* esta mañana. Se es tan aproximando desde el norte y es probable que atraviesen nuestro cuadrante dentro de un par de horas.

Summer miró hacia el norte por la ventana del puente, y divisó el *Narwhal* balanceándose junto a un enorme contenedor con la quilla bastante hundida en el agua, debido a la pesada carga. Más al oeste, distinguió una mancha roja que se acercaba por el horizonte. El piloto del *Deep Endeavor* ya estaba tomando un rumbo para interceptarlo.

—¿Es ese? —preguntó Summer, y señaló el objeto con el dedo.

—Sí —contestó Delgado—. El *Narwhal* ya le ha ordenado por radio que se detenga, de modo que lo interceptaremos después de que haya podido reducir la velocidad. Se ha identificado como el Maru Santo, de Osaka.

Una hora después, el *Deep Endeavor* se colocó al lado del Maru Santo, un carguero oxidado de pequeño tamaño, según las pautas del Pacífico. El equipo de Aimes, junto con Summer, Dahlgren y otros tres tripulantes de la NUMA, subieron a una pequeña lancha y se acercaron al carguero, amarrando a una escalerilla teñida de óxido que habían dejado caer sobre la borda. Tras haber entablado una rápida amistad con los perros adiestrados para localizar bombas, Summer se ofreció para sujetar la correa de uno de ellos. Mientras Aimes y Dahlgren se reunían con el capitán del

barco para inspeccionar el manifiesto, el resto del contingente empezó a registrar el barco de proa a popa. El equipo, al que precedían los perros, exploró las bodegas, comprobó los sellos de los contenedores y examinó varios embarques de zapatillas de deporte y ropa fabricada en Taiwán. Una mugrienta tripulación malaya miraba entre divertida y aburrida mientras los retrievers atravesaban los aposentos de los tripulantes, apenas iluminados.

Dirk estaba en el puente del *Deep Endeavor*, examinando el carguero japonés. Un par de tripulantes del barco estaban mirando a su vez al buque de la NUMA. Dirk dedicó un saludo cordial a los dos hombres, apoyados contra una barandilla y vestidos de cualquier manera, que fumaban cigarrillos e intercambiaban chistes, muy relajados.

—Ese barco no significa ninguna amenaza —dijo sin la menor duda al capitán Burch.

—¿Por qué estás tan seguro?

—La tripulación está demasiado relajada. Los hombres del barco de Kang eran auténticos profesionales, no se parecían en nada a los cachondos de ese barco. Habría un montón de agentes de seguridad paranoicos corriendo arriba y abajo —añadió, al recordar la imagen de Tongju y sus hombres.

—No te olvides de comentarlo a Aimes cuando vuelva. Al menos, significará un buen ejercicio para los chicos. Además, me sacaré de encima a Dahlgren durante unos minutos —sonrió el capitán.

—Antes, hemos de encontrarles. En el mar hay demasiados lugares donde esconderse —murmuró Dirk.

Cuando el equipo de seguridad apareció en la cubierta un momento, el capitán Burch cogió unos prismáticos y escudriñó el horizonte. Observó un par de puntos al sudoeste, y después los desvió hacia el norte, y vio al Narwbal cuando empezaba a alejarse del contenedor. Burch se disponía a bajar los prismáticos, cuando se fijó en un repentino destello. Alzó los prismáticos y enfocó las lentes, sonrió y se volvió hacia Dirk.

—Sospecho que quedarán menos sitios donde esconderse en el mar, ahora que nuestros ilustres líderes de las profundidades están examinando la situación desde la galería.

A seiscientos metros sobre las calmas aguas del Pacífico, el plateado *Icarus* cruzaba el cielo a cincuenta kilómetros por hora. Mientras Pitt se encargaba de los controles de vuelo del dirigible, Giordino manipulaba una hilera de cuadrantes situada en la base de un monitor de pantalla plana. Una cámara WESCAM de larga distancia montada en el costado de la barquilla, complemento del sistema visual LASH, transmitía al monitor imágenes de objetos situados a cientos de metros de distancia. Pitt desvió la vista desde los controles de vuelo al monitor, en el que

aparecía el primer plano de la popa de una barca, en la que dos mujeres en bikini estaban tomando el sol.

—Espero que tu novia no sepa que eres un mirón —rió Pitt.

—Solo estoy probando la resolución —contestó Giordino muy serio, mientras enfocaba el trasero de una de las mujeres.

—Tú no eres Ansel Adams. Vamos a ver lo que ese trasto nos transmite con un objetivo real —dijo Pitt, al tiempo que desviaba la aeronave hacia el oeste, en dirección a un barco que se alejaba de la costa. Pitt descendió un par de cientos de metros, ladeó el *Icarus* a estribor y aumentó la velocidad, acercándose al barco. Cuando aún se hallaba a media milla de distancia, Giordino hizo un zoom de la popa del barco, y leyó el nombre sin la menor dificultad: «Jasmine Star..., Madras». Paseó la cámara por la cubierta del barco, reparó en un montón de contenedores apilados, y se detuvo en el mástil del puente, donde el monitor reveló una bandera de India agitada por la brisa.

—Funciona de puta madre —dijo Giordino con orgullo.

Pitt miró la pantalla del ordenador portátil, que mostraba una extensión de agua desierta delante del carguero indio.

—No asoma nada en el primer canal de momento. Sigamos hacia el sur, donde parece que hay más actividad —dijo, al reparar en varias imágenes que aparecían en el borde izquierdo de la pantalla.

Tras desviar el dirigible hacia el sur, no tardaron en sobrevolar el *Narwhal* y el contenedor que acababa de registrar, y después sobrevolaron una parte de la isla Catalina. Entonces, Giordino indicó un barco azul turquesa a lo lejos.

—Allí está el *Deep Endeavor*. Parece que también se ha sumado a la fiesta —dijo, mientras observaba que el carguero rojo se iba acercando.

Pitt guió el dirigible hacia el barco de la NUMA, y llamó por radio cuando se acercaban.

—*Icarus* al *Deep Endeavor*. ¿Cómo va la pesca?

—Nada de nada —contestó la voz de Burch—. ¿Los señores están disfrutando de su vuelo?

—Delicioso, de no ser porque Al no para de atacar el caviar, lo cual interrumpe mi disfrute de la película. Vamos a ver si podemos daros un poco más de trabajo.

—Recibido, nos sentimos muy agradecidos.

Giordino ajustó el sistema LASH del dirigible en busca de objetivos.

—Parece que tenemos un barco en el principal canal de navegación, a unas veintidós millas al noroeste, y lo que parecen un par de objetivos inmóviles a unas dieciocho millas al oeste de nosotros —dijo, y señaló unas manchas blancogrisáceas en el monitor, que contrastaban con el azul del océano de fondo.

Pitt miró el ordenador, y después consultó su reloj.

—Deberíamos pillar en vuelo al barco del noroeste. Vamos a ver qué hay aparcado primero —contestó, al tiempo que desviaba el dirigible hacia el oeste, en dirección a los dos puntos grandes de la pantalla, extrañamente inmóviles.

Setenta y dos horas de cuenta atrás preceden al disparo de un cohete desde la plataforma *Sea Launch*. Durante los tres días preparativos, se realizan docenas de pruebas para determinar que todos los sistemas de apoyo son operativos y todos los sistemas mecánicos e informáticos del cohete están preparados para aguantar los violentos rigores del lanzamiento. Quince horas antes del lanzamiento, los ingenieros y todo el mundo, salvo un reducido grupo de tripulantes son evacuados de la plataforma, a medida que avanzan las fases finales de la cuenta atrás. A continuación, el barco de ensamblaje y mando se desplaza a una zona alejada cuatro millas de la plataforma.

Cuando faltan cinco horas, los últimos tripulantes son evacuados de la plataforma a bordo de un helicóptero, y los procedimientos de la cuenta atrás restante se controlan desde el buque de apoyo. Cuando faltan menos de tres horas, la peligrosa operación de cargar de combustible el vehículo de lanzamiento se realiza de manera automática: el queroseno y el oxígeno se bombean en el cohete desde los grandes depósitos alojados en la plataforma. Una vez cargado el combustible, los ingenieros de lanzamiento que se hallan a bordo del barco de apoyo toman la decisión de disparar el cohete cuando esté preparado.

Sin poder permitirse el lujo del tiempo, el equipo de ingenieros de lanzamiento de Ling consolidó los procedimientos de disparo en un tiempo mínimo. Descartaron pruebas redundantes y no esenciales, se eliminaron bodegas de lanzamiento empotradas y el tiempo dedicado a llenar de combustible los depósitos se redujo de acuerdo con el plan de vuelo abreviado. De común acuerdo, decidieron que podían lanzar el Zenit a las ocho horas de que el *Odyssey* fuera lastrado y estabilizado.

Tongju se erguía sobre la plataforma, cerca de la base de la torre de lanzamiento, y miraba un gran reloj digital montado sobre el tejado del hangar. Los números rojos iluminados indicaban 03.32.17, mientras los dígitos iban retrocediendo un segundo cada vez. Aún faltaban tres horas y treinta y dos minutos para el lanzamiento. De no aparecer dificultades técnicas importantes, nadie podría parar ya el despegue. Para Tongju, lo único que faltaba era llenar el cohete de combustible y encenderlo.

Pero antes de apretar el botón, el *Koguryo* tenía que hacerse con el control total del proceso de lanzamiento. Ling y sus ingenieros establecieron primero una conexión por radio con el sistema de control de lanzamiento automático, el cual fue probado y verificado mediante el centro de control de lanzamientos del *Koguryo*. Después, transfirieron el sistema de mando del *Odyssey*. Un sistema de posicionamiento marítimo inalámbrico permitía controlar a distancia la plataforma de lanzamiento después de que todo el personal fuera evacuado. Como un juguete controlado por radio, la plataforma podía ser izada, bajada o movida mediante un

teclado que se encontraba a bordo del *Koguryo*. Una vez los controles pasaron al buque de apoyo, Ling se acercó a Tongju.

—Mi trabajo aquí ha terminado. El *Koguryo* tiene ahora el control total del sistema. Mi equipo y yo hemos de regresar al buque de apoyo para reanudar las actividades relacionadas con la cuenta atrás.

Tongju volvió a mirar el reloj de la cuenta atrás.

—Le felicito. Se ha adelantado al plazo previsto. Llamaré al cúter del *Koguryo* para que usted y sus hombres abandonen la plataforma cuanto antes.

—¿No se irá con nosotros? —preguntó Ling.

—Primero he de encerrar bien a los prisioneros, y después mi equipo de asalto les seguirá. Es mi deseo ser el último hombre que abandone la plataforma antes del lanzamiento —dijo Tongju—. Es decir, salvo los hombres que no se irán —añadió con una sonrisa siniestra.

—Ahí no debería haber una plataforma petrolífera.

Los ojos de Giordino se desviaron desde el objeto cuadrado de gran tamaño que había en el agua hasta una carta de navegación que tenía doblada sobre el regazo.

—En esta región no hay indicados objetos hechos por el hombre. No creo que Sierra Club se tome bien perforaciones clandestinas tan cerca de la costa.

—Aún se lo tomarían peor si les dijeras que la plataforma petrolífera lleva un cohete a bordo —contestó Pitt.

Giordino escudriñó la plataforma.

—Estupendo. Den una galleta al hombre del ojo de águila.

Pitt giró el dirigible cuando se acercaron, y describió un amplio círculo alrededor de la plataforma y el buque de apoyo, con cuidado de evitar su espacio aéreo.

—¿*Sea Launch*? —preguntó Giordino.

—Podría ser, pero creo que no van por ahí con el cohete erecto.

—Creo que están aparcados —contestó Giordino, al observar que el buque de apoyo no dejaba estela—. ¿Crees que van a efectuar un lanzamiento desde aquí?

—Imposible. Esas cosas hay que dispararlas desde el ecuador. Tendrían que estar al norte del alcance de Vanderberg, como mínimo, si van a hacer un lanzamiento por aquí. Debe de ser una especie de prueba, pero vamos a averiguarlo.

Pitt oprimió un interruptor de la radio y saludó a la plataforma mediante los auriculares.

—Aeronave *Icarus* a plataforma *Sea Launch*. Corto.

Siguió una pausa, y luego Pitt repitió la llamada. Después de otro silencio prolongado, una voz de fuerte acento contestó por fin.

—Aquí plataforma *Sea Launch Odyssey*. Corto.

—¿Cuál es la naturaleza de su posicionamiento, *Odyssey*? ¿Necesitan ayuda? Corto.

Otra larga pausa.

—Negativo.

—Repito, ¿cuál es la naturaleza de su posicionamiento?

Otra pausa.

—¿Quién pregunta?

—Simpáticos, ¿verdad? —dijo Giordino a Pitt.

Pitt meneó la cabeza y volvió a hablar por radio.

—Aquí la aeronave *Icarus*, en apoyo de la seguridad de fronteras de la Guardia Costera. Identifiquen estado actual, por favor. Corto.

—Aquí *Odyssey*. Estamos realizando pruebas del sistema de flotación. Manténganse alejados, por favor. Corto y fuera.

—Un auténtico Gabby Hayes —dijo Giordino—. ¿Quieres quedarte? Tenemos que volver hacia el norte si queremos interceptar el barco que se acerca —dijo, al tiempo que señalaba la pantalla del radar.

—Creo que no podemos hacer gran cosa desde aquí arriba. Muy bien, nos ceñiremos a nuestro trabajo y jugaremos a tocar y parar con el siguiente barco que se acerque. No obstante, diremos a los chicos de abajo que investiguen esto —dijo Pitt, y desvió la aeronave hacia el norte.

Giordino se ocupó de la radio, mientras Pitt describía un rumbo de intercepción hacia el barco comercial.

—El *Deep Endeavor* y el *Narwhal* están trabajando en esta zona. El *Deep Endeavor* aún está registrando un carguero japonés, pero el *Narwhal* está libre en este momento. Sin embargo, dice que la plataforma está fuera del límite de las doce millas.

—No estamos pidiendo un abordaje. Solo solicitamos una inspección visual remota y verificación de las autoridades de *Sea Launch*.

Giordino volvió a hablar por la radio, y luego se giró hacia Pitt.

—El *Narwhal* acepta y viene hacia aquí.

—Bien —contestó Pitt, y vio que la plataforma se perdía de vista detrás de ellos. Pero algo le inquietaba. Una insistente sensación le decía que había pasado algo por alto. Algo importante.

Kim estaba con Tongju en el puente del *Odyssey*, mirando el dirigible que se alejaba hacia el norte.

—No han insistido mucho. ¿Crees que sospechan algo? —preguntó Kim.

—No lo sé —contestó Tongju, y sus ojos se desviaron desde el dirigible hasta el cronómetro montado en un mamparo—. El lanzamiento tendrá lugar dentro de dos horas. Ya no hay espacio para interferencias. Vuelve al *Koguryo*, KiRi, y quédate con el capitán Lee. Si hay algún intento de injerencia exterior, actúa con decisión. ¿Comprendido?

Kim miró a su comandante a los ojos y asintió.
—Lo comprendo muy bien.

Dirk y el capitán Burch escuchaban la radió de la Guardia Costera en el *Deep Endeavor*, mientras Giordino pedía al *Narwhal* que inspeccionara la plataforma de *Sea Launch* y el buque de apoyo. Minutos después, el *Narwhal* llamó al barco de la NUMA.

—*Deep Endeavor*, hemos terminado la inspección del contenedor Andaman Star y nos dirigimos hacia la plataforma para una inspección visual. En este momento no hay tráfico de entrada en nuestro cuadrante, de modo que pueden acompañarnos si así lo desean. Corto.

—¿Echamos un vistazo? —preguntó el capitán Burch a Dirk.

—¿Por qué no? El trabajo escasea. Les seguiremos en cuanto hayamos terminado aquí.

Burch miró hacia el barco japonés, y observó que Aimes y su equipo estaban empezando a congregarse en la barandilla, su misión casi terminada.

—Afirmativo, *Narwhal* —transmitió por radio Burch al barco de la Guardia Costera—. Les seguiremos una vez concluida nuestra inspección actual, dentro de unos cinco o diez minutos. Corto y fuera.

—Me pregunto qué mosca le habrá picado al viejo —se preguntó Dirk en voz alta, mientras Burch y él escudriñaban el horizonte, intentando distinguir la imagen de la plataforma flotante.

A tres millas de distancia, el *Narwhal* había acelerado sus motores gemelos diesel y surcaba las olas a una velocidad máxima de veinticinco nudos. El cúter de veintiséis metros de eslora era uno de los patrulleros de clase Barracuda más nuevos empleados por la Guardia Costera, diseñado para trabajar desde puertos más pequeños. Dado que su objetivo primordial eran inspecciones y rescates, la tripulación de diez hombres solo iba armada con un par de ametralladoras de 12.7 Mm. montadas en la cubierta de proa.

El teniente Bruce Carr Smith se apoyó contra un mamparo en el estrecho puente, mientras el barco blanco y naranja saltaba sobre una ola. La proa levantó un chorro de espuma.

—Teniente, he llamado por radio al cuartel general. Despachos va a ponerse en contacto con la oficina portuaria de *Sea Launch* para determinar qué pasa con su plataforma —anunció el pelirrojo oficial de comunicaciones del *Narwhal* desde una esquina.

Smith asintió a modo de respuesta, y después habló a un timonel de aspecto juvenil.

—Adelante —dijo con firmeza.

Los dos puntos que perseguían fueron creciendo de tamaño, hasta que

distinguieron las formas inconfundibles de una plataforma petrolífera y un barco de servicios. El buque de apoyo ya no estaba al lado de la plataforma, y Smith vio que, de hecho, se estaba alejando de ella. Smith miró hacia atrás y comprobó que el *Deep Endeavor* había terminado la inspección del carguero. El buque azul turquesa se estaba alejando del carguero, y al parecer seguía su mismo rumbo.

—Señor, ¿quiere acercarse a la plataforma o al barco? —preguntó el timonel.

—Para empezar, nos situaremos junto a la plataforma, y después iremos a echar un vistazo al barco —contestó Smith.

El pequeño patrullero aminó la velocidad cuando estuvo cerca de la plataforma, que flotaba a solo catorce metros sobre el agua, debido al lastre. Smith contempló admirado el gigantesco cohete Zenit, erguido junto a su torre de lanzamiento cerca de la popa de la plataforma. Examinó con los prismáticos la cubierta de la plataforma, pero no vio señales de vida. Inspeccionó la sección delantera de la plataforma y distinguió el reloj de la cuenta atrás, que indicaba ahora 01.32.00, una hora y treinta y dos minutos.

—¿Qué es lo que pasa? —murmuró Smith mientras veía disminuir los números digitales. Agarró el transmisor y llamó a la *Odyssey*.

—Plataforma de *Sea Launch*, aquí el cúter *Narwhal* de la Guardia Costera. Corto. Después de una pausa, volvió a probar. Pero solo le contestó el silencio.

—Directora de información de *Sea Launch*, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó una suave voz femenina por teléfono.

—Aquí la Guardia Costera del Distrito 11, Grupo de Seguridad Marítima, Los Ángeles, despacho central. Solicitamos misión y emplazamiento actual de los barcos de *Sea Launch Odyssey* y *Sea Launch Commander*, por favor.

—Un momento.

La directora de información vaciló, mientras removía los papeles de su escritorio.

—Aquí están —continuó—. La plataforma de lanzamiento *Odyssey* se halla de camino a su punto de lanzamiento designado al oeste del Pacífico, cerca del ecuador. Su última posición, tal como informó a las ocho de esta mañana, era aproximadamente dieciocho grados latitud norte, ciento treinta y dos grados longitud oeste, unas mil setecientas millas al este-sudeste de Honolulu. El buque de ensamblaje y mando *Sea Launch Commander* se encuentra en el puerto de Long Beach para unas reparaciones sin importancia. Se espera que zarpe mañana por la mañana para reunirse con el *Odyssey* en el ecuador, donde dentro de ocho días se lanzará el *Koreasat 2*.

—¿Ninguno de ambos barcos se encuentra ahora frente a la costa del sur de California?

—No, claro que no.

—Gracias por la información, señora.

—De nada —contestó la directora de información antes de colgar, y se preguntó por qué la Guardia Costera pensaba que la plataforma podía estar cerca de la costa californiana.

Smith estaba demasiado impaciente para esperar la respuesta del Grupo de la Guardia Costera de Los Ángeles, de modo que acercó más el barco a la plataforma. El teniente de la Guardia Costera estaba irritado por la falta de respuesta del *Odyssey*, que había hecho caso omiso de sus repetidas llamadas por radio. Por fin, desvió su atención hacia el buque de apoyo, que se había alejado un cuarto de milla de la plataforma. Sus repetidas llamadas por radio al barco tampoco obtuvieron respuesta.

—Señor, lleva bandera japonesa —observó el piloto cuando el *Narwhal* avanzó hacia el barco.

—Eso no es excusa para hacer caso omiso de una llamada por radio. Nos situaremos al lado del barco y trataré de hablar con ellos por el sistema de megafonía —ordenó Smith.

Cuando el *Narwhal* se alejaba de la sombra de la plataforma, se armó un gran alboroto. La Guardia Costera informó por radio al *Narwhal* de que el *Odyssey* se hallaba a mil millas de California, y de que su buque de apoyo estaba amarrado en Long Beach. A bordo del *Koguryo*, un puñado de tripulantes apartó un revestimiento de la cubierta inferior y dejó al descubierto una hilera de grandes tubos cilíndricos que apuntaban hacia el mar. Pese a su incredulidad, el instinto de Smith se impuso, analizó la situación correctamente y empezó a chillar órdenes antes de darse cuenta de que las palabras brotaban de sus labios.

—¡Todo a babor! ¡A toda máquina! ¡Preparen maniobras de evasión!

Pero era demasiado tarde. El piloto apenas había podido reaccionar, cuando una nube de humo blanco surgió de la cubierta inferior del *Koguryo*. Dio la impresión de que el humo se expandía, antes de que se produjera una brillante explosión. Entonces, entre el humo apareció un misil tierra-tierra CSS N4 Sardine chino lanzado horizontalmente. Smith, que miraba como hipnotizado desde el puente, tuvo la sensación de que le disparaban entre los ojos con una flecha mientras veía venir hacia él el misil. Tuvo la sensación de que el morro del proyectil le sonreía, una fracción de segundo antes de que se estrellara en el puente, a pocos metros de distancia.

Cargado con ciento cincuenta kilos de explosivos, el misil chino contaba con suficiente poder de demolición para hundir un crucero. Disparado desde corta distancia, el cúter no tuvo la menor oportunidad. El misil de seis metros perforó el *Narwhal* y estalló en una enorme bola de fuego, reduciendo a pedazos el barco de la Guardia Costera y a sus tripulantes. Una pequeña seta negra se elevó como una macabra lápida sobre los restos, mientras las llamas morían en silencio sobre la superficie del agua. El casco blanco carbonizado, los únicos restos materiales indemnes del barco, se aferró a la superficie del mar en una estéril lucha por

mantenerse a flote. A su alrededor, pedazos de cascote ardían en el agua, antes de hundirse poco a poco hasta el fondo. El casco se agarró a la superficie durante casi quince minutos, antes de que se rindiera y los últimos vestigios del *Narwhal* desaparecieran bajo la superficie con un siseo y un hilillo de vapor.

—¡Dios mío, han disparado un misil contra el *Narwhal*! —exclamó el capitán Burch cuando vio desaparecer el barco de la Guardia Costera entre una nube de humo y fuego, dos millas por delante del *Deep Endeavor*. Delgado intentó de inmediato ponerse en contacto con el *Narwhal* por radio, mientras los demás miraban por la ventana del puente. Summer utilizó un par de prismáticos de alta potencia, pero poco había que ver del *Narwhal*, sus restos ocultos por un espeso velo de humo. Estudió la plataforma y el barco de apoyo, que examinó durante largo rato.

—No hay respuesta —dijo Delgado en voz baja, después de que el silencio fuera la única contestación a sus repetidos intentos de ponerse en contacto con el barco de la Guardia Costera.

—Puede que haya supervivientes en el agua —tartamudeó Aimes, estupefacto por la repentina pérdida de un barco y una tripulación a quienes conocía muy bien.

—No me atrevo a acercarme más —replicó angustiado el capitán Burch—. Estamos desarmados por completo, y puede que estén apuntando su siguiente misil contra nosotros mientras estamos hablando.

Burch se volvió y ordenó a su timonel que parara las máquinas y se mantuviera en la actual posición.

Delgado habló a Aimes.

—El capitán tiene razón. Pediremos ayuda, pero no podemos poner en peligro a nuestra tripulación. Ni siquiera sabemos contra qué o quién nos enfrentamos.

—Son los hombres de Kang —dijo Summer, y tendió los prismáticos a su hermano.

—¿Está segura? —preguntó Aimes.

Ella asintió en silencio con un estremecimiento, mientras Dirk estudiaba los barcos.

—Tiene razón —dijo poco a poco—. El barco de apoyo es el mismo que hundió el *Sea Rover*. Hasta lleva bandera japonesa. Lo han pintado y reconfigurado, pero me apuesto la siguiente nómina a que es el mismo barco.

—Pero ¿por qué acompaña a la plataforma? —añadió Aimes, su rostro convertido en una máscara de perplejidad.

—Solo puede haber un motivo. Se están preparando para lanzar un ataque con el cohete del *Sea Launch*.

Un silencio horrorizado se hizo en el puente cuando todos comprendieron la gravedad de la situación. Por fin, un incrédulo Aimes lo rompió.

—Pero hemos de ver si hay supervivientes del *Narwhal*.

—Aimes, ha de conseguir ayuda cuanto antes —replicó con brusquedad Dirk—. Yo iré a ver si hay supervivientes.

Delgado miró a Dirk con el ceño fruncido.

—Pero no nos atrevemos a acercarnos más el *Deep Endeavor* —advirtió.

—No es esa mi intención —contestó Dirk sin dar más explicaciones, al tiempo que salía del puente a toda prisa.

Tongju contemplaba en silencio desde el puente del *Odyssey* los restos humeantes del *Narwhal*. El *Koguryo* no había tenido otra alternativa que atacar al barco de la Guardia Costera. Esas eran las órdenes que había dado a Kim. Para empezar, estaban tan lejos de la costa que nunca habrían tenido que ser detectados. Ahora sabía que su encuentro con el dirigible era lo que había despertado sospechas. Maldijo en silencio a los ingenieros ucranianos por acercarnos más el punto de lanzamiento a la costa, y se negaba a reconocer que la decisión final la había tomado él.

Mientras paseaba de un lado a otro del puente, reparó en que el reloj de la cuenta atrás indicaba 01.10.00. Faltaban una hora y diez minutos. Una llamada de radio desde el *Koguryo* crepitó en el aire e interrumpió sus pensamientos.

—Aquí Lee. Hemos destruido el barco enemigo, tal como usted ordenó. Hay otro barco a dos mil metros de distancia. ¿Desea que lo destruyamos también?

—¿Es otro barco militar? Corto —contestó Tongju, al tiempo que miraba hacia el barco.

—Negativo. Creemos que es un buque de investigaciones.

—No. Ahorren municiones, puede que las necesitemos después.

—Como quiera. Ling informa de que su equipo de lanzamiento está a bordo del *Koguryo*. ¿Están preparados para evacuar la plataforma?

—Sí. Envíen el buque nodriza de vuelta a la plataforma. El resto de mi equipo se dispondrá a evacuarla dentro de poco. Corto y fuera.

Tongju cerró el transmisor y se volvió hacia un comando apostado cerca.

—Trasladen los prisioneros de *Sea Launch* en pequeños grupos al hangar del vehículo de lanzamiento y enciérrenlos en el compartimiento de carga. Después, que el equipo de asalto se reúna para regresar al *Koguryo*.

—¿No teme que la tripulación de la plataforma pueda sobrevivir al lanzamiento dentro del hangar? —preguntó el comando.

—Los gases de escape los matarán, casi con toda seguridad. Me da igual que vivan o mueran, siempre que no interfieran en el lanzamiento.

El comando asintió y salió por la parte posterior del puente. Tongju cruzó con parsimonia la caseta de navegación y examinó con detenimiento los componentes electrónicos encastados en el mamparo inferior delantero. Cuando localizó un panel que albergaba los interruptores de anulación manual, sacó un cuchillo de combate, hundió la hoja en una juntura lateral y abrió la tapa. Agarró la masa de cables y los cortó con el cuchillo, de forma que los interruptores quedaron inutilizados. Siguió avanzando por el puente, recogió media docena de teclados conectados con varios

ordenadores que controlaban la navegación y posicionamiento y los tiró por una ventana abierta. Esperó con paciencia a que desaparecieran bajo las aguas. Les siguió un trío de ordenadores portátiles. Por si acaso, desfundó su Glock y disparó varias veces contra una serie de monitores de navegación y ordenadores situados alrededor del puente. Tal como había ordenado a Ling que hiciera con los ordenadores de control de lanzamiento del hangar, Tongju desmontó los ordenadores de navegación de la timonera, destruyendo así cualquier posibilidad de intervención en el último momento. Ahora que faltaba menos de una hora para el lanzamiento, todo el control de la plataforma y el cohete se encontraba en manos del *Koguryo*, y así seguiría.

—Deja que te acompañe —dijo Summer—. Ya sabes que sé pilotar cualquier cosa bajo el mar.

—Solo hay dos plazas, y Jack es el único con experiencia en ese trasto. Es mejor que vayamos los dos —contestó Dirk, y cabeceó en dirección a Dahlgren, que estaba preparando el sumergible para lanzarlo. Tomó la mano de su hermana y miró sus ojos gris perla.

—Hazte con papá y dile lo que ha pasado. Dile que necesitamos ayuda ya.

Dio a su hermana un rápido abrazo.

—Encárgate de que Burch mantenga a salvo el Endeavor, aunque nos pase algo a nosotros —añadió.

—Ten cuidado —dijo ella, mientras Dirk entraba en el sumergible y cerraba la escotilla a su espalda. Se sentó al lado de Dahlgren y vio que el sumergible estaba preparado para partir.

—¿Treinta nudos? —preguntó Dirk con escepticismo.

—Eso pone el manual —contestó Jack Dahlgren, y a continuación alzó los pulgares hacia la ventanilla de babor. En la popa del *Deep Endeavor*, el operador de la grúa asintió y elevó el sumergible rojo sobre la borda del barco, para luego bajarlo hasta que se sumergió en las aguas. Los dos hombres vieron un momento a Summer saludando con la mano en la cubierta, antes de que las aguas verdes los envolvieran. Con la proa del barco de la NUMA apuntada hacia la plataforma, la superestructura del *Deep Endeavor* ocultaba el sumergible, de modo que salieron sin ser vistos. Un buzo soltó el gancho del cable, y después golpeó con los nudillos el casco para comunicar que estaban libres.

—Vamos a ver qué da de sí —dijo Dirk, al tiempo que activaba los tres impulsores y aceleraba al máximo.

El submarino en forma de puro se precipitó hacia delante, entre un gimoteo de motores eléctricos y un torrente de agua. Dirk ajustó un par de timones de profundidad hasta que se sumergieron a una profundidad de seis metros, y después, con la ayuda de la brújula, se dirigieron hacia los restos del *Narwhal*.

La sensación que experimentaba en sus manos era la de conducir una aspiradora.

El sumergible se sacudía y surcaba la corriente como si estuvieran en un tazón de miel, pero con el zumbido de los impulsores en los oídos, no cabía duda de que corría como un demonio. Pese a que el panel de control carecía de velocímetro, a juzgar por el agua que desfilaba frente a la portilla se desplazaban a una gran velocidad.

—Ya te dije que era un pura sangre —sonrió Dahlgren, mientras controlaba un indicador del tiempo transcurrido en la consola. Adoptó una expresión seria—. Tendríamos que acercarnos a la posición del *Narwhal* dentro de sesenta segundos.

Dirk disminuyó la velocidad un minuto después. Flotaron hasta la superficie y Dahlgren ajustó los depósitos de lastre para mantenerlos lo más bajo posible dentro del agua, con el fin de pasar desapercibidos. Con su toque experto, el sumergible apenas rompió la superficie, y apenas treinta centímetros sobresalieron por encima del agua.

A unos metros delante de ellos vieron el casco destrozado del *Narwhal*, con la popa alzada al aire en un ángulo extraño. Dirk y Dahlgren apenas tuvieron oportunidad de ver el casco, porque la popa se alzó todavía más, y después todos los restos desaparecieron bajo las olas. Un puñado de escombros flotaban diseminados por los alrededores, y algunos todavía desprendían algo de humo, aunque no había ninguno más grande que una estera. Dirk guió el Badger describiendo un pequeño círculo, pero no había señales de vida en el agua. Dahlgren comunicó a Aimes por radio que todo parecía haberse perdido en la explosión.

—El capitán Burch solicita que regresemos cuanto antes al *Deep Endeavor* —añadió Dahlgren.

Dirk actuó como si no hubiera oído el comentario y acercó más el submarino a la plataforma. Poca cosa se veía en la cubierta de la plataforma, aparte de la mitad superior del Zenit y la parte superior del hangar. De pronto, detuvo el Badger y señaló con el dedo.

—Mira ahí arriba.

Dahlgren obedeció, pero solo vio el tejado del hangar y un helipuerto vacío. Forzó la vista y bajó un poco los ojos. Entonces, descubrió horrorizado el gran reloj digital, que indicaba 00.52.00, cincuenta y dos minutos.

—¡Ese trasto va a salir disparado dentro de menos de una hora! —exclamó, mientras veía que los segundos transcurrían a toda prisa.

—Hemos de detenerlo —dijo Dirk con un rastro de ira en su voz.

—Tendremos que abordarlo, y deprisa. Tú no sé, socio, pero yo no sé nada de misiles o plataformas de lanzamiento.

—No será más que un poco de ciencia de cohetes —contestó Dirk con una mueca, y aceleró el sumergible en dirección a la plataforma.

El sumergible rojo emergió de nuevo cerca de la popa de la plataforma, casi debajo de la torre de lanzamiento y el cohete Zenit. Dirk y Dahlgren vieron un conjunto de paneles que sobresalían del lado inferior de la plataforma, justo debajo de la base del cohete. El deflector de llamas estaba destinado a desviar y amortiguar el feroz empuje del cohete, dirigiendo la tempestad del lanzamiento a través de la plataforma hacia el mar. Segundos antes del lanzamiento se liberaban miles de galones de agua fría en la fosa, con el fin de ayudar a enfriar las partes expuestas de la plataforma durante el infierno que provocaba la lenta ascensión del cohete.

—Recuérdame que no aparque aquí cuando prendan fuego a la antorcha —dijo Dahlgren, mientras intentaba imaginar la conflagración que les rodearía si encendían el cohete.

—No me lo pidas dos veces —replicó Dirk.

Concentraron su atención en las gruesas columnas de apoyo de la plataforma, buscando una forma de subir a la cubierta principal. Dahlgren fue el primero en ver la gabarra del *Koguryo*, amarrada en el lado opuesto de la plataforma.

—Creo que veo una escalera en esa columna de delante, donde está amarrada la gabarra —dijo.

Dirk efectuó un rápido cálculo, sumergió el Badger y pasaron entre los pontones hundidos de la *Odysey* hasta llegar al extremo de la proa de la plataforma. Emergieron justo a popa de la gabarra blanca, y flotaron con cautela mientras examinaban la embarcación.

—Creo que no hay nadie en casa —dijo Dirk, contento de que la barca estuviera vacía—. ¿Qué te parece si amarramos?

Antes de que pudiera recibir una respuesta, Dahlgren ya había abierto la escotilla superior del sumergible y salido. Dirk vació los depósitos del Badger de toda el agua marina para alcanzar la máxima flotabilidad, y después impulsó el aparato hacia delante, hasta tocar la popa de la gabarra. Dahlgren saltó al instante desde el submarino hasta la barca, y después de la gabarra a la plataforma, aferrando todo el rato una cuerda de amarre. Dirk cerró los sistemas eléctricos del submarino y subió a la plataforma, mientras Dahlgren amarraba el Badger.

—Acompáñeme al ático —dijo Dahlgren en tono caballeresco, y movió un brazo en dirección a la escalera contigua. Los dos hombres ascendieron con rapidez los peldaños metálicos, al tiempo que procuraban hacer el menor ruido posible. Cuando llegaron al final del tramo de escaleras, se detuvieron un momento para recuperar el aliento, y después salieron a la cubierta exterior de la plataforma.

En la esquina delantera de la plataforma se toparon con dos enormes depósitos de combustible en forma de puro, rodeados por una masa de tubos y conductos. Los

gigantescos depósitos blancos albergaban la dieta inflamable del Zenit, compuesta de queroseno y oxígeno líquido. Al otro lado de los depósitos, en la parte posterior de la plataforma, vieron el Zenit erguido como un solitario monolito, rodeado por la cubierta al aire libre. Se quedaron un momento como hipnotizados por el tamaño y el poder del cohete, sin pensar tan siquiera en su carga mortal. Después, Dirk alzó la vista hacia el hangar, coronado por un helipuerto en su borde delantero.

—Estoy muy seguro de que el puente domina el hangar. Ahí es donde hemos de ir.

Dahlgren estudió la estructura con detenimiento.

—Parece que tendremos que atravesar el hangar para ello.

Sin más palabras, los dos hombres se pusieron a correr hasta el final del hangar, cuya altura era equivalente a la de cinco pisos, por temor a ser vistos. Cuando llegaron al lado de la cubierta, con las puertas abiertas, Dirk asomó la cabeza para echar un vistazo. El largo y estrecho hangar parecía una enorme caverna desierta sin el Zenit tendido de costado. Seguido de Dahlgren, Dirk entró en el hangar y se parapetó detrás de un generador montado al lado de la pared. De pronto, resonaron voces en la cámara vacía, y los dos hombres se quedaron petrificados.

Se hallaban a mitad de la longitud del hangar. Una puerta se abrió al otro lado y las voces enmudecieron. Tres hombres de aspecto enjuto, con monos de *Sea Launch*, atravesaron la puerta tambaleantes y entraron en el hangar, seguidos por dos comandos armados. Dirk reconoció los atavíos negros y los rifles de asalto AK74 que había visto en los atacantes del *Deep Endeavor*. Dahlgren y él vieron que los tres hombres eran obligados a caminar hasta un almacén prefabricado que había cerca del final del hangar. Dos comandos más colaboraron en la tarea de encerrar a los tres trabajadores de *Sea Launch*.

—Si conseguimos llegar hasta la cuadrilla de *Sea Launch*, ellos sabrán cómo abortar el lanzamiento —dijo Dirk en voz baja.

—Perfecto. Deberíamos ocuparnos de Mutt y Jeff en cuanto sus amigos se larguen —contestó Dahlgren, y señaló a los dos guardias que custodiaban el almacén.

Se acercaron con sigilo al transportador y vieron que los dos primeros comandos charlaban con los guardias un momento, y luego se marchaban por una puerta lateral, Dirk y Dahlgren se fueron aproximando al almacén poco a poco. Pasaron junto a un armario de herramientas con un letrero de INGENIERO HIDRÁULICO. Dirk vaciló un segundo y se apoderó de un mazo de madera de mango largo, mientras Dahlgren optaba por una llave de tubo de grandes dimensiones, por si acaso. Tras dejar atrás el transportador, se ocultaron detrás de una plataforma de trabajo que se hallaba a unos treinta metros del almacén.

—¿Y ahora qué, maestro? —susurró Dahlgren, al ver que no había ningún sitio donde esconderse hasta llegar al almacén.

Dirk se acuclilló contra una rueda de la plataforma de trabajo y miró hacia los guardias. Los dos comandos armados estaban enzarzados en una animada conversación, y prestaban escasa atención al resto del hangar. Después, estudió la plataforma tras la que se habían refugiado. Era una plataforma motorizada que subía y bajaba para permitir el acceso a la punta del cohete de cuatro metros de diámetro. Dirk palmeó la rueda que tenía al lado y dedicó una sonrisa torcida a Dahlgren.

—Jack —susurró—, creo que tú entrarás por la puerta principal mientras yo me marco un vals por la de atrás.

Segundos después, Dirk se encaminó a toda prisa hacia un lado del hangar, moviéndose solo cuando los guardias le daban la espalda. Después de correr durante unos breves tramos, llegó a la parte posterior del hangar, que recorrió sin que le detectaran. Mientras los guardias no se movieran de la parte delantera del almacén, podría acercarse desde detrás sin ser visto.

Entretanto, a Dahlgren le tocaba la parte más peligrosa de la ofensiva. Trepó a la plataforma motorizada, sujetó la caja de control y se tendió sobre la plataforma. Había una lona impermeabilizada enrollada en parte a un lado, que utilizó para esconderse. Miró a los guardias a través de una grieta y pulsó con suavidad el botón de SUBIDA cuando los guardias miraban a otra parte. La plataforma se elevó unos centímetros casi sin hacer ruido. Los guardias no la oyeron. Dahlgren esperó a que los guardias volvieran a desviar la vista y oprimió el botón de nuevo, pero esta vez sin retirar el dedo. La plataforma se elevó como un ascensor, y su motor eléctrico apenas emitió un leve zumbido. Dahlgren contuvo el aliento y esperó a llegar a una altura de unos cinco metros antes de soltar el botón. Bajó la vista y comprobó que los guardias no habían detectado el movimiento.

—Ahora viene lo bueno —masculló para sí.

Pulsó los controles y toda la plataforma avanzó sobre sus cuatro ruedas con lentitud. Dahlgren ajustó el mecanismo para que la plataforma apuntara hacia el almacén y los dos guardias, y después se metió debajo de la tela y permaneció inmóvil.

La plataforma se detuvo en mitad del hangar como un robot, antes de que uno de los guardias detectara el movimiento. Desde debajo de la tela, Dahlgren oyó un nervioso farfuleo en una lengua oriental, pero por suerte no hubo sonidos de disparos. El grito de «Saw!» hendió el aire, y se repitió segundos después cuando los confusos guardias ordenaron al aparato que se detuviera. Dahlgren hizo caso omiso del grito y siguió avanzando. Vio por una grieta de la tela el techo del almacén, y supo que estaba cerca de los guardias. Esperó a que la plataforma estuviera a un metro y medio del edificio y apretó el botón de PARADA. Los guardias enmudecieron cuando la plataforma se inmovilizó.

La tensión se palpaba en el ambiente, y Dahlgren se aprovechó de ella. Bajo él,

los dos guardias miraban con nerviosismo la misteriosa plataforma, con los dedos sudorosos apoyados sobre los gatillos de sus armas. Desde el punto en que se encontraban daba la impresión de que la plataforma había rodado vacía, salvo por una tela impermeabilizada y un rollo de cuerda. Tal vez se trataba de un simple fallo mecánico. Se acercaron con cautela para inspeccionar la plataforma. Dahlgren contuvo el aliento y apretó el botón de control.

Como un fantasma metálico, la plataforma empezó a bajar de repente. Los dos guardias retrocedieron de un salto. Después, a una altitud de dos metros, la plataforma se detuvo con brusquedad. La plataforma se hallaba a unos quince centímetros por encima de la cabeza de ambos hombres, y estos retrocedieron unos pasos para ver qué o quién estaba manipulando el aparato. Por fin, uno de los guardias se acercó de puntillas y empezó a introducir el cañón del rifle de asalto en el rollo de tela, en tanto su compañero paseaba una mirada suspicaz a su alrededor.

Dahlgren sabía que solo tendría una oportunidad de desarmar al guardia, y extendió el brazo derecho con sigilo por encima de la cabeza para preparar el golpe. Sintió que el guardia se iba acercando, hasta que el cañón del rifle le golpeó en el muslo. El sorprendido guardia vaciló un segundo antes de disparar, tiempo suficiente para que Dahlgren lanzara la llave de tubo con un movimiento pendular hacia la cabeza del hombre. La parte metálica de la llave alcanzó al guardia en la mandíbula con un golpe sordo, y de milagro no le aplastó el hueso, pero el golpe bastó para que el hombre se desplomara inconsciente sin disparar ni un tiro.

El movimiento de Dahlgren había echado hacia atrás la tela cuando el segundo guardia giró en redondo y descubrió a su compañero tendido sin sentido en el suelo. Dahlgren miró impotente al guardia, sujetando la llave ensangrentada en la mano. El guardia, sin vacilar, apuntó a Dahlgren con su AK74 y apretó el gatillo, pero algo voló por los aires detrás de él y le golpeó en la nuca, de modo que cayó al suelo al tiempo que disparaba. El impacto fue suficiente para alterar su puntería, y las balas pasaron por debajo de la plataforma. Cuando el guardia cayó al suelo, Dahlgren vio la alta figura de Pitt a seis metros de distancia, con una expresión decidida en la cara. En una acción desesperada por salvar a su amigo, Dirk había arrojado el mazo como si fuera un hacha, y la herramienta alcanzó al guardia en la nuca como una pelota de Crockett.

Sin embargo, el golpe solo aturdió al guardia, y se puso en pie atontado, con la intención de recuperar el arma. Dahlgren saltó al instante de la plataforma y se precipitó hacia la llave, cuando una andanada de balas estremeció el aire. Dahlgren se quedó petrificado cuando las balas pasaron a escasos centímetros de su cabeza. El sonido de los casquillos al caer al suelo resonó en el hangar, mientras el eco de los disparos se iba disipando.

—Le aconsejo que no se mueva, señor Pitt —dijo la amenazadora voz de Tongju,

de pie en la puerta lateral con una ametralladora en la mano.

Dirk y Dahlgren fueron retenidos a punta de pistola, mientras Tongju y sus comandos conducían a los restantes tripulantes de *Sea Launch* al almacén. Cuando el capitán Christiano entró el último, uno de los guardias se volvió hacia Tongju.

—¿Estos dos también? —preguntó, e indicó con un cabeceo a los cautivos de la NUMA.

Tongju negó con la cabeza, no sin cierto placer. El guardia cerró la pesada puerta metálica del almacén, y aseguró el pomo con una cadena y un candado. Los treinta hombres de *Sea Launch* quedaron embutidos en el interior de una caja negra y sin ventanas, sin posibilidad de escape.

En cuanto la puerta quedó asegurada, Tongju caminó hacia la pared del hangar, donde Dirk y Dahlgren se hallaban inmóviles ante un par de rifles apuntados a su caja torácica. Tongju miró a Dirk con una mezcla de respeto y desprecio.

—Tiene usted una fastidiosa propensión a la supervivencia, señor Pitt, solo superada por su irritante tendencia a la intrusión.

—Soy un culo de mal asiento —contestó Dirk.

—Ya que está tan interesado en nuestra operación, tal vez le gustaría un asiento de primera fila para presenciar el lanzamiento —dijo Tongju, y después hizo una señal a tres guardias.

Antes de que Dirk pudiera contestar, los guardias les empujaron con los rifles en dirección a las puertas abiertas del hangar. Uno de los guardias se apoderó del rollo de cuerda que había en la plataforma, junto a la lona. Tongju se rezagó un momento y ordenó a los demás componentes del equipo de asalto que se dirigieran a la gabarra. Mientras andaban, los dos prisioneros intercambiaron una mirada, mientras se devanaban los sesos por forjar un plan de huida, pero sus opciones eran escasas. Dirk sabía que Tongju no vacilaría en matarles al instante, y disfrutaría de la oportunidad.

Tongju les alcanzó cuando salían a la luz del sol que bañaba la cubierta.

—Ya sabrá, por supuesto, que unidades militares se dirigen hacia la plataforma en este mismo momento —dijo Dirk el asesino, confiando en que sus palabras fueran ciertas—. Impedirán el lanzamiento y usted y sus hombres serán capturados, y tal vez acabarán muertos.

Tongju echó un vistazo al reloj de la cuenta atrás, y después se volvió hacia Dirk con una sonrisa. Sus dientes amarillentos destellaron a la luz del sol.

—No llegarán a tiempo. Y aunque lo hagan, no habrá consecuencias. Los blandos militares norteamericanos no atacarán la plataforma por temor a matar a los inocentes trabajadores de a bordo. Ya no hay forma de parar la cuenta atrás. El lanzamiento se llevará a cabo, señor Pitt, y pondrá fin a las molestas actividades de usted y sus compatriotas.

—Nunca escaparé vivo.

—Ni usted, me temo.

Dirk y Dahlgren guardaron silencio mientras cruzaban la plataforma, con la sensación de ir hacia el cadalso. Cuando se acercaron a la torre de lanzamiento, ningún hombre se abstuvo de alzar la vista hacia el reluciente cohete blanco que se alzaba sobre ellos. Los cautivos fueron conducidos hasta la misma base del cohete, que se aferraba a la torre a varios metros sobre sus cabezas. Dirk y Dahlgren fueron empujados hacia una abrazadera de la torre y les ordenaron permanecer quietos, mientras el guardia de la cuerda empezaba a cortarla en varios trozos con un cuchillo de sierra.

Tongju se acercó y desenfundó su Glock como si tal cosa, y apuntó a la garganta de Dirk mientras un guardia le sujetaba las muñecas y los codos a la espalda y las ataba alrededor de una viga de apoyo de la torre. Después, le ató los tobillos a la viga, para luego acercarse a Dahlgren y proceder de la misma forma.

—Disfruten del lanzamiento, caballeros —dijo Tongju, dio media vuelta y se alejó.

—Lo haremos, sabiendo que a sabandijas como tú les queda poco tiempo para respirar —maldijo Dirk.

Dahlgren y él vieron en silencio que Tongju y sus hombres corrían hacia la columna de apoyo delantera y desaparecían escaleras abajo. Pocos minutos después, observaron que la gabarra se alejaba en dirección al *Koguryo*, situado a unas dos millas de la *Odyssey*. Desde donde estaban inmovilizados podían ver el reloj del lanzamiento, que indicaba 00.26.00. Dirk alzó la vista y examinó los enormes impulsores que colgaban a varios metros sobre sus cabezas. En los primeros segundos del lanzamiento, seiscientos cuarenta mil kilos de impulso serían expulsados hacia ellos como una tormenta de fuego, y sus cuerpos se convertirían en cenizas. Al menos, será una muerte rápida, pensó.

—Creo que es la última vez que me dejo arrastrar por ti a una fiesta sin estar invitado —dijo Dahlgren para romper la tensión.

—Lo siento, me parece que no íbamos vestidos para la ocasión —contestó Dirk sin humor.

Tiró de las cuerdas, en busca de una escapatoria, pero apenas tenía espacio para mover las manos.

—¿Alguna posibilidad de soltarse? —preguntó esperanzado a Dahlgren.

—Me temo que no. No cabe duda de que ese tipo se ganó a pulso la medalla al mejor nudo —contestó Dahlgren, al tiempo que tironeaba de las cuerdas.

Un fuerte sonido metálico llamó su atención, seguido de un profundo rugido bajo sus pies. El ruido de líquido al correr se inició bajo sus pies, y luego ascendió mediante una serie de tuberías construidas en la torre de lanzamiento. Las tuberías

crujieron y gimieron a su alrededor, mientras el chorro de oxígeno líquido superfrío y queroseno era bombeado en el Zenit.

—Están cargando de combustible el cohete —observó Dirk—. Es demasiado peligroso hacerlo con la tripulación a bordo, de modo que esperan a que falte poco para el lanzamiento, después de que la plataforma haya sido evacuada.

—Ahora me siento mucho mejor. Solo espero que el tipo encargado de bombear no se duerma y el depósito rebose.

Ambos miraron con aprensión el cohete, a sabiendas de que un derrame de oxígeno líquido les reduciría a cenizas. El cohete se estremeció y gimió mientras absorbía el combustible líquido, como si la inyección le devolviera la vida. Bombas y motores zumbaban sobre sus cabezas, a medida que el combustible era liberado en la cámara de combustión inicial del motor del cohete. Los dos hombres contemplaron en aturrido silencio la boca de los impulsores, imaginando la lluvia de fuego que caería sobre ellos. Dirk pensó en Sarah y sintió una punzada en el pecho cuando comprendió que no volvería a verla. Peor aún, recordó que se encontraba en Los Ángeles. Ella también sucumbiría a los efectos del lanzamiento, un lanzamiento que él no había logrado impedir. Después, acudieron a su mente su padre y su hermana, y sintió pesar porque nunca sabrían el motivo de su desaparición. No quedarían restos que enterrar, pensó con morbosidad. Un leve siseo atrajo su atención, provocado por nubes de humo blanco que salían por varias válvulas de seguridad. Cuando el oxígeno enfriado se calentaba en contacto con el aire, el vapor era expulsado del cohete, de modo que nubes deshilachadas se acumulaban sobre sus cabezas. Como una cruel ironía, cuando faltaban pocos minutos para la muerte de los dos cautivos, dio la impresión de que el cielo se oscurecía, cuando los vapores obstaculizaron el paso de los rayos del sol. Pero de pronto, el corazón de Dirk brincó en su pecho cuando se dio cuenta de que una sombra avanzaba poco a poco sobre la cubierta de la plataforma.

Incluso desde el cielo, la plataforma de *Sea Launch* y el cohete Zenit parecían impresionantes, pero para los hombres del *Icarus* lo importante no era el espectáculo.

—Ahí está el Badger. Está amarrado al lado de la columna de apoyo delantera —dijo Giordino, y señaló una esquina de la plataforma, donde se veía el sumergible rojo balanceándose en el agua.

—Está claro que Dirk y Jack han subido a bordo —replicó Pitt en tono preocupado.

Tras recibir la llamada de radio de Summer, comunicando que el *Narwhal* había sido atacado, Pitt desvió de inmediato el dirigible hacia el sur a velocidad máxima. Los motores gemelos Porsche fijos a la góndola chirriaron cuando la velocidad alcanzó los cincuenta nudos. Pitt y Giordino vieron en el horizonte el humo negro del *Narwhal*, que se alzaba como un faro, hasta que el barco se hundió bajo las aguas.

Pitt lanzó el dirigible hacia los restos a la mayor velocidad posible, mientras Giordino enfocaba la cámara de larga distancia. Cuando se acercaron, observaron que el *Koguryo* se alejaba de la plataforma, mientras descubrían pequeños escombros del barco de la Guardia Costera gracias a la cámara.

—No te acerques demasiado a ese barco de apoyo —advirtió Giordino, después de que varios pases sobre el punto donde había desaparecido el *Narwhal* no reveló la presencia de ningún superviviente.

—¿Crees que lleva SAM? —preguntó Pitt.

—Alcanzó al *Narwhal* con un tierra-tierra, de modo que hay que ir con cuidado.

—Dejaré la plataforma entre nosotros. Eso debería disuadirles de dispararnos, y con suerte, aplacar tus temores de acabar como el Hindenburg.

Pitt descendió a una altitud de ciento cincuenta metros y aminoró la velocidad cuando se acercaron a la plataforma. Giordino enfocó la cámara WESCOM en el *Koguryo* y vigiló cualquier señal de que intentara atacar al dirigible. De pronto, la gabarra apareció en el monitor. Pitt y Giordino vieron que Tongju y los últimos miembros de su banda subían al barco. Pitt observó que Jack y su hijo no se encontraban entre el grupo.

—¿Las últimas ratas abandonan la plataforma? —preguntó Giordino.

—Es posible. No parece que vayan a mandar de vuelta la gabarra. Vamos a ver si se ha quedado alguien al cuidado de la tienda.

El dirigible sobrevoló la popa de la plataforma y Pitt lo guió hacia la proa. No se veía ni un alma en la cubierta. Giordino señaló el reloj que había sobre el hangar, el cual indicaba 00.27.00. Una vez dejaron atrás el borde delantero, Pitt dio la vuelta, cruzó sobre la proa de la *Odyssey* y siguió paralelo al tejado de la caseta del timonel. Giordino giró la cámara hacia las ventanas del puesto de mando de la plataforma. Vieron con claridad el puente en el monitor. Tampoco detectaron signos de vida.

—Me recuerda al Mary Celeste —dijo Giordino.

—No cabe duda. Se preparan para encender la mecha.

Pitt giró de nuevo los controles del dirigible y siguió el lado de estribor de la plataforma, y después describió un círculo alrededor del cohete Zenit. Nubes de humo blanco surgían de las válvulas de escape del cohete, ventilando el combustible caliente. Giordino paseó la cámara por el cohete.

—Parece cargado de combustible y dispuesto para partir en cualquier momento.

—Veintiséis minutos para ser exactos —dijo Pitt, al tiempo que echaba un vistazo al reloj de la cuenta atrás.

Giordino lanzó un silbido cuando miró el reloj. Un leve movimiento en el monitor devolvió su atención a la pantalla, pero casi no lo vio. Bajó la cámara por el cohete, hasta que el monitor se llenó con la imagen de dos hombres erguidos en la base de la torre.

—¡Son Dirk y Jack! Están atados a la torre.

Pitt miró la pantalla un momento y asintió. Sin decir palabra, buscó un punto de la plataforma dónde posar el dirigible. Si bien la cubierta posterior ofrecía un amplio espacio entre el hangar y la torre de lanzamiento, una grúa de gran altura impedía el aterrizaje. Los costados de tela del aparato podían desgarrarse si entraban en contacto con la estructura.

—Han sido muy amables al dejarnos el abrelatas —dijo Giordino, mientras miraba la imponente grúa.

—Da igual. Tendremos que hacer como si fuera un helicóptero.

Pitt guió el dirigible hacia el helipuerto montado sobre la caseta del timonel. Hizo descender el aparato hasta que la góndola besó la pista.

—¿Puedo confiar en que no te vayas de turismo sin mí? —preguntó Pitt, al tiempo que saltaba a toda prisa del asiento del piloto.

—Te lo juro.

—Dame diez minutos. Si no hemos vuelto, sal cagando leches de la plataforma antes de que se encienda.

—Dejaré el taxímetro en marcha —contestó Giordino, y cabeceó para deseárselo buena suerte.

Pitt salió disparado por la puerta de la góndola y atravesó corriendo la pista. Cuando desapareció escaleras abajo, Giordino consultó su reloj y empezó a contar los segundos.

Tongju subió a bordo del *Koguryo* y corrió de inmediato al puente, donde el capitán Lee y Kim estaban examinando la *Odyssey*.

—Ha apurado demasiado el tiempo —dijo Lee muy serio a Tongju—. Ya han empezado a llenar de combustible el cohete.

—Un retraso sin importancia, debido a una interrupción imprevista —contestó Tongju. Escudriñó el horizonte y observó el dirigible que derivaba poco a poco hacia la plataforma—. ¿Ha detectado algún barco más que se aproximara?

El capitán negó con la cabeza.

—No, todavía no. Además de la aeronave, solo está el buque de investigaciones que estaba siguiendo al barco de la Guardia Costera —dijo, y señaló un punto en el radar, en el lado opuesto de la plataforma—. Ha permanecido en la posición actual, dos millas al noreste de la plataforma.

—Y sin duda ha pedido ayuda por radio. Malditos ucranianos —rezongó—. Nos han acercado demasiado a la costa y puesto la misión en peligro. Capitán, nada más producirse el lanzamiento hemos de partir. Ponga rumbo hacia el sur a toda máquina, en dirección a aguas mexicanas, antes de dirigirnos hacia nuestro punto de cita.

—¿Y la aeronave? —preguntó Kim—. También debe ser destruida, porque puede observar nuestra huida.

Tongju estudió el dirigible plateado, que flotaba sobre el helipuerto de la *Odyssey*.

—No podemos dispararles mientras estén cerca de la plataforma. En este momento ya no pueden perjudicarnos. Tal vez cometerán la estupidez de arder en el lanzamiento. Vamos a disfrutar del espectáculo. Nos encargaremos de ellos más tarde.

Tongju, seguido de Kim, abandonó el puente y se encaminó, al centro de control de lanzamientos. El cuarto estaba abarrotado de técnicos con bata blanca sentados en estaciones de trabajo dispuestas en forma de herradura alrededor de la sala. En la pared central delantera había una gran pantalla plana de vídeo que mostraba una imagen completa del cohete Zenit en la torre de lanzamiento, mientras hilillos de vapor escapaban de los lados. Tongju vio a Ling encorvado sobre un monitor, conversando con un técnico, y se acercó al ingeniero.

—Ling, ¿cuál es la situación actual del lanzamiento? —preguntó.

El ingeniero de cara redonda miró a Tongju con los ojos entornados.

—El llenado de combustible terminará dentro de dos minutos. Uno de los ordenadores auxiliares de control de vuelo no responde, hay una lectura de baja presión en una línea de enfriamiento, y el indicador de la turbo bomba auxiliar número dos muestra un escape de combustible.

—¿Qué significa eso para el lanzamiento? —preguntó Tongju, al tiempo que su

cara enrojecía de súbito.

—Ninguno de los problemas, ya sea individual o colectivamente, es determinante para la misión. Todos los demás sistemas funcionan a la perfección. El lanzamiento tendrá lugar tal como estaba programado —dijo, al tiempo que echaba un vistazo a un reloj de lanzamiento digital situado bajo el panel de vídeo—, dentro de veintitrés minutos y cuarenta y siete segundos exactamente.

Cuando faltaban veintitrés minutos y cuarenta y seis segundos, Jack Dahlgren desvió la vista desde el reloj de lanzamiento hasta el *Icarus*, que parecía inmóvil sobre la cabina del timonel. Sabía que no existía la menor oportunidad de que les vieran desde la góndola, pero aun así se preguntó si Pitt o Giordino encontrarían alguna forma de impedir el lanzamiento. Se volvió hacia Dirk, suponiendo que su amigo estaría mirando el dirigible con esperanzado optimismo, pero Dirk, sin hacer caso del aparato, intentaba deshacerse de sus ataduras. Jack se dispuso a darle ánimos, pero sus labios se petrificaron cuando vislumbró un movimiento en el hangar. Parpadeó y volvió a mirar. Vio que un hombre atravesaba corriendo el hangar en su dirección.

—Dirk, alguien viene hacia aquí. ¿Es quien yo pienso?

Dirk miró hacia el hangar, sin dejar de forcejear con sus manos y pies atados. Vio que una solitaria figura salía como una flecha del hangar y cruzaba la plataforma, sujetando en su mano lo que parecía un palo largo. La figura era alta y delgada, de pelo negro, y Dirk dejó de luchar con sus ataduras cuando reconoció la forma de andar.

—No recuerdo haber visto nunca a mi padre correr tanto —dijo a Dahlgren, y una amplia sonrisa apareció en su rostro.

Cuando el jefe de la NUMA se acercó más, vieron que no blandía un palo, sino un hacha de bomberos. El mayor de los Pitt llegó ante la torre y sonrió cuando vio que los dos hombres no estaban heridos.

—Ya os he dicho muchas veces que no subáis al coche de un desconocido —jadeó, y palmeó el hombro de su hijo mientras examinaba los nudos de las cuerdas.

—Lo siento, papá, pero nos ofrecieron la luna y las estrellas —sonrió Dirk, y luego añadió—: Gracias por pasar a buscarnos.

—Tengo un taxi esperando. Salgamos de aquí antes de que el petardo explote.

Cortó la cuerda que inmovilizaba los codos de Dirk. Después, liberó sus muñecas. Mientras Dirk se ocupaba del nudo de los tobillos, Pitt repitió la operación con Dahlgren. Los dos hombres movieron las piernas al instante, mientras Pitt tiraba el hacha a un lado.

—Papá, la cuadrilla de la plataforma de *Sea Launch* está encerrada en el hangar. Hemos de sacarles.

Pitt asintió.

—Me había parecido oír golpes por ahí. Dirígenos.

Los tres hombres cruzaron al unísono la plataforma a toda velocidad, sabiendo que cada segundo contaba. Mientras corrían, Dirk echó un vistazo al reloj de lanzamiento. Solo quedaban veintiún minutos y treinta y seis segundos antes de que el infierno se desatara en la plataforma. Como si no constituyera suficiente motivación para acelerar el paso, se oyó dentro del hangar un repentino chirrido. El software del control de lanzamiento del *Koguryo* había emitido una orden electrónica, y las puertas del hangar habían empezado a cerrarse en vistas al despegue.

—Las puertas se están cerrando —dijo sin aliento Dahlgren—. Hemos de darnos prisa.

Como un trío de corredores olímpicos lanzados hacia la meta, los hombres se precipitaron hacia las puertas. Aunque todavía le quedaban muchas energías, Pitt se rezagó cuando se acercaron a la abertura, para permitir que Dirk y Dahlgren pasaran primero. Después, se coló de costado justo antes de que las puertas se cerraran.

Cuando llegaron al centro del hangar, oyeron el sonido de voces apagadas y golpes metálicos, procedentes de los hombres que intentaban salir. Dirk, Dahlgren y Pitt corrieron hacia el cobertizo y examinaron la puerta, cerrada con cadena y candado, mientras recuperaban el aliento.

—La cadena no va a ceder, pero tal vez podamos sacar la puerta de sus goznes..., si encontramos una palanca por aquí —dijo Dahlgren, mientras escudriñaba la zona en busca de una herramienta útil.

Pitt miró la plataforma motorizada con la que Jack había cruzado el hangar y agarró la caja de control, que colgaba de la barandilla.

—Creo que aquí está nuestra palanca —dijo, bajó la plataforma unos pocos metros, y después movió el artilugio hasta la parte delantera del almacén. Mientras Dirk y Dahlgren miraban, Pitt asió un extremo suelto de la cadena y lo pasó alrededor de la barandilla de la plataforma—. ¡Apártense de la puerta! —gritó a los hombres del cobertizo.

Esperó un segundo, apretó el botón de SUBIR y vio que la plataforma ascendía poco a poco, al tiempo que tensaba la cadena. El mecanismo chirrió y gimió un momento, mientras las ruedas de la plataforma rodaban sobre el suelo. Después, con un potente chasquido, la puerta del almacén se salió de los goznes y saltó por los aires, se estrelló contra la plataforma, cayó y quedó colgando de la cadena. Pitt se apresuró a tirar hacia atrás la plataforma, mientras la tripulación de *Sea Launch* huía de su claustrofóbica prisión.

Los tripulantes habían comido poco desde la invasión de la *Odyssey*, y se veían débiles y demacrados debido a la tensión de la cautividad. No obstante, la rabia les consumía, un grupo de profesionales avezados que no habían cedido de buen grado el cohete y la plataforma.

—¿El capitán y el director de lanzamientos están aquí? —gritó Pitt para hacerse oír sobre los gritos de agradecimiento de los tripulantes.

Un abatido capitán Christiano se abrió paso entre la multitud, seguido por un hombre de aspecto distinguido con perilla.

—Soy Christiano, capitán de la *Odyssey*. Este es Larry Ohlrogge, director de la plataforma de lanzamiento —añadió, y señaló con la cabeza al hombre que estaba a su lado—. ¿Han arrebatado la plataforma a esa escoria? —preguntó con desprecio.

Pitt negó con la cabeza.

—Han evacuado la plataforma antes del lanzamiento del cohete. No nos queda mucho tiempo.

Ohlrogge observó que el transportador/erector había vuelto al hangar, y que las puertas estaban cerradas.

—Estamos hablando de minutos —dijo con voz alarmada.

—Unos dieciocho, para ser exactos. Capitán, lleve su tripulación al helipuerto —ordenó Pitt—. Hay una aeronave esperando, capaz de evacuar a todo el mundo si nos movemos con rapidez.

Pitt se volvió hacia Ohlrogge.

—¿Hay alguna forma de detener el lanzamiento? —preguntó.

—La secuencia de lanzamiento es automática, controlada por el barco de ensamblaje y mando. Cabe suponer que los terroristas habrán duplicado esa posibilidad en su barco.

—Podemos detener la entrada de combustible en el cohete —observó Christiano.

—Demasiado tarde —dijo Ohlrogge, y meneó la cabeza—. Hay un mecanismo de anulación en el puente, nuestra única esperanza en estos momentos —añadió en tono lúgubre.

—El ascensor de la parte posterior del hangar sube hasta la cubierta del puente. El helipuerto está justo encima —dijo Christiano.

—Pues pongamos manos a la obra —replicó Pitt.

El grupo se dirigió como un solo hombre hacia la parte posterior del hangar y se arremolinó alrededor de un ascensor de tamaño medio.

—No hay sitio para todos —anunció Christiano, que había recuperado su autoridad de capitán—. Harán falta tres viajes. Vosotros ocho primero, después este grupo, después vosotros diez —ordenó, tras dividir a la multitud en tres grupos.

—Jack, ve con el primer grupo y ayúdales a subir al *Icarus*. Informa a Al de que vienen más —dijo Pitt—. Dirk, ocúpate del último grupo y asegúrate de que aquí no queda nadie. Capitán, hemos de ir al puente ya —dijo a Christiano.

Christiano, Ohlrogge y Pitt se apretujaron en el ascensor junto con ocho hombres más y esperaron con impaciencia mientras subían hasta el puente. Dahlgren localizó enseguida una escalera que conducía al helipuerto y guió a su rebaño hasta la

cubierta.

Tal como habían prometido, la aeronave plateada flotaba a varios metros sobre la pista, con Giordino a los controles, fumando un enorme puro. Hizo bajar la barquilla, mientras Jack se acercaba corriendo.

—Hola, marinero. ¿Vas a llevar de paseo a las chicas? —preguntó Dahlgren, al tiempo que asomaba la cabeza por la puerta de la barquilla.

—Pues claro —contestó Giordino—. ¿Cuántas hay?

—Unas treinta, más o menos —contestó Dahlgren, y miró con suspicacia el compartimiento de pasajeros de la cestilla.

—Hazles entrar, ya cabrán, pero hemos de desprendernos de cualquier peso innecesario si queremos elevarnos. Date prisa, porque no me gusta asarme vivo.

—A mí tampoco, socio —contestó Dahlgren, mientras ayudaba a entrar a los primeros tripulantes.

Además de la cabina de dos plazas, el compartimiento de pasajeros de la góndola estaba preparado para acomodar a ocho personas en asientos de cuero de buen tamaño. Dahlgren estudió la disposición y torció la boca, cuando pensó en la perspectiva de hacinar a todos los hombres en el dirigible. Mientras subían a bordo, examinó los marcos de los asientos y descubrió que tenían un mecanismo de liberación rápida para ser retirados de manera provisional. Soltó cinco asientos y, con la ayuda de un ingeniero ruso, los arrojó por la puerta de la cestilla.

—Todo el mundo a la parte posterior del autobús —chilló—. Solo habrá segunda clase.

Cuando el último hombre de su grupo se embutió en el compartimiento de los pasajeros, Dahlgren se volvió hacia Al.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Unos quince minutos, según mis cálculos.

El siguiente grupo de tripulantes empezó a salir de la escalera y a correr a través del helipuerto. Dahlgren exhaló un suspiro. Habría tiempo, aunque no espacio, para acomodar a todos los hombres en el dirigible antes del lanzamiento. Pero se preguntó si quedaría suficiente tiempo para detener el lanzamiento, al ver el cohete Zenit lleno de combustible y preparado para salir disparado.

En el puente de la *Odyssey*, el capitán Christiano palideció y meneó la cabeza en silencio cuando inspeccionó los ordenadores destruidos a balazos y los fragmentos de cristal que sembraban el suelo. Se acercó al puesto de navegación y observó con curiosidad un solitario ratón que colgaba de su cable, aunque no se veía por ninguna parte el teclado correspondiente. Ohlrogge reparó en que la unidad de disco estaba ilesa.

—Tengo montones de ordenadores portátiles abajo. Podemos enchufar uno y activar los controles de la plataforma —dijo.

—No cabe duda de que se han apoderado de los controles automáticos —contestó disgustado Christiano, y señaló la ventana con el pulgar. Pitt siguió su gesto y observó al *Koguryo*, parado con aire desafiante a lo lejos. Volvió a mirar al capitán y vio el Badger, amarrado todavía a la columna de apoyo de estribor.

—No hay tiempo. Podríamos tardar horas en encontrar una solución —continuó Christiano, y se acercó a la consola central del puente con expresión desesperada.

—¿No ha dicho que había un control manual en el puente? —preguntó Pitt.

Christiano imaginó el resultado antes de que sus ojos se posaran en la consola. Sabían demasiado. Cómo pilotar y lastrar la plataforma, como alimentar de combustible el Zenit, cómo controlar y lanzar el cohete desde su buque de apoyo. Demasiados conocimientos para que los terroristas no hubieran saboteado el control manual. Miró decepcionado la masa de cables cortados y controles destrozados que ofrecían la última esperanza de detener el lanzamiento.

—Aquí tiene su control manual —juró, y lanzó un montón de cables e interruptores al otro lado del puente. Los tres hombres guardaron silencio, mientras la masa de componentes electrónicos cruzaba el puente y rebotaba en un mamparo. Entonces, se abrió la puerta del puente y Dirk asomó la cabeza. A juzgar por la expresión de los hombres, supo que su intento de impedir el lanzamiento había fracasado.

—Toda la tripulación está a bordo de la aeronave. Sugiero con todo respeto que abandonemos la plataforma, ya.

Cuando los últimos cuatro hombres empezaron a ascender la escalera para subir a la aeronave que esperaba, Pitt se detuvo y asió a su hijo del brazo.

—Sube al capitán al dirigible y dile a Al que despegue sin mí. Ocupate de que la aeronave se aleje de la plataforma antes de que disparen el cohete.

—Pero han dicho que no hay forma de dar marcha atrás a los controles automáticos —protestó Dirk.

—Puede que no consiga impedir el lanzamiento del cohete, pero sí cambiar su destino.

—Papá, no puedes quedarte a bordo de la plataforma, es demasiado peligroso.

—No te preocupes por mí, no tengo la intención de quedarme —contestó Pitt, al tiempo que daba a su hijo un suave empujón—. Vete de una vez.

Dirk miró a su padre a los ojos. Había oído numerosas historias de que su padre anteponeía la seguridad de los demás a la suya, y ahora lo veía de primera mano. Pero había algo más en sus ojos. Una mirada de absoluta confianza. Dirk dio un paso hacia la escalera, y después se volvió hacia su padre para desearle buena suerte, pero ya había desaparecido en el ascensor.

Subió las escaleras de dos en dos, saltó sobre la cubierta del helipuerto y miró asombrado el dirigible. La góndola parecía una lata de sardinas, con humanos en lugar de peces. Toda la tripulación de *Sea Launch* había conseguido apretujarse en el compartimiento de pasajeros, ocupando hasta el último centímetro cuadrado. Habían cedido los tres asientos que Dahlgren no había quitado a los más débiles, mientras que los demás hombres ocupaban hombro con hombro el espacio restante. Montones de hombres asomaban la cabeza por las ventanillas laterales, mientras que uno o dos se habían embutido en el reducido lavabo situado en la parte posterior de la góndola. En comparación, el metro de Nueva York en hora punta parecía espacioso.

Dirk corrió y atravesó como pudo la puerta. Oyó la voz de Dahlgren diciéndole que el asiento del copiloto estaba vacante. Se abrió paso hasta la cabina y se sentó al lado de Giordino, quien se había desplazado al asiento del piloto.

—¿Dónde está tu padre? Hemos de largarnos de esta parrilla cuanto antes.

—Se queda. Creo que se guarda un último as en la manga. Dijo que alejáramos el dirigible de la plataforma, y que se tomará un tequila contigo después del espectáculo.

—Espero que invite él —contestó Giordino. Después, inclinó los conductos de la hélice en un ángulo de cuarenta grados y aceleró. La góndola se arrastró hacia delante, tirando del globo lleno de helio, pero en lugar de elevarse en el aire elegantemente como antes, la góndola se aferró a la cubierta, arañando el helipuerto con un sonido sordo.

—Llevamos demasiado peso —anunció Dirk.

—Arriba, nena, arriba —animó Giordino a la gigantesca aeronave.

La góndola continuó patinando sobre la pista, en dirección al borde delantero, que descendía sesenta metros hasta el mar. Cuando se acercaron al límite de la pista, Giordino ajustó las hélices en un grado de inclinación más elevado y dejó de acelerar, pero la góndola continuó arañando la cubierta. Un silencio sepulcral se hizo en la cabina cuando todos los hombres contuvieron el aliento, mientras la góndola pasaba por encima del borde de la pista.

Todo el mundo sintió el estómago revuelto cuando la góndola se desplomó tres metros, y luego se detuvo. Los ocupantes salieron disparados hacia delante cuando la

cola cubierta de tela del dirigible rebotó en la pista y el morro apuntó hacia abajo. La cola pasó por fin sobre el borde de la plataforma y todo el dirigible se precipitó hacia el mar.

Giordino tenía que tomar una decisión en una fracción de segundo si quería salvar la aeronave. Podía tirar del acelerador hasta un vector de noventa grados y confiar en que la propulsión del motor se impondría al exceso de peso y mantendría en el aire al dirigible. O podía hacer todo lo contrario: al empujar el acelerador, intentaría aumentar la velocidad hacia delante del dirigible, lo cual generaría una ascensión si conseguía velocidad suficiente. Contempló el mar, dejó que la velocidad del dirigible guiara su decisión y empujó con calma el timón hacia delante, acelerando su caída.

Gritos de alarma brotaron de los pasajeros cuando dio la impresión de que Giordino intentaba a propósito estrellarse en el mar. Sin hacer caso de las súplicas, se volvió hacia Dirk.

^Sobre tu cabeza hay un control de liberación de lastre de agua. Cuando yo te lo diga, apriétalo.

Mientras Dirk localizaba el botón en la consola del techo, Giordino clavó los ojos en el altímetro. El cuadrante estaba retrocediendo a toda prisa desde sesenta metros, a medida que aumentaba su velocidad de descenso. Giordino vaciló hasta que el cuadrante indicó dieciocho metros, y entonces gritó:

—¡Ahora!

Giordino tiró de los mandos al tiempo que Dirk activaba el sistema de lastre, que dejó caer al instante cuatrocientos kilos de agua almacenados en un compartimiento situado debajo de la góndola. Pese a las repentinas acciones, el dirigible no reaccionó de inmediato. La gigantesca aeronave siguió moviéndose con determinación, y Giordino pensó por un instante que había actuado demasiado tarde. Cuando el océano llenó el parabrisas de la cabina a toda velocidad, el morro empezó a elevarse describiendo un arco. Giordino disminuyó la velocidad para estabilizar la aeronave, mientras la góndola se acercaba peligrosamente al agua y el morro se elevaba con agónica lentitud. La base de la góndola golpeó la superficie del mar, pero la aeronave ascendió al instante. Mientras todos los hombres de a bordo contenían el aliento, el dirigible avanzó renqueante una breve distancia, antes de elevarse unos cuantos metros sobre las aguas y mantenerse estable. A medida que transcurrían los segundos y la aeronave se mantenía en el aire, pareció evidente que Giordino había tomado la decisión correcta. Aunque arriesgándose a un impacto a alta velocidad, el picado acelerado y la descarga de lastre en el último segundo habían sido suficientes para mantenerles en el aire.

Los hombres del compartimiento de pasajeros lanzaron vítores, aliviados, mientras Giordino ascendía a una altitud de treinta metros y la gran aeronave se estabilizaba bajo su férrea mano.

—Creó que nos has demostrado quién es el amo de esta aeronave —le felicitó Dirk.

—Sí, y casi comandante de submarino —contestó Giordino, al tiempo que desviaba el morro de la nave hacia el este y se alejaba de la plataforma—. Hacia arriba y alejándome de la costa no es la dirección que me gustaría tomar a esta altitud —añadió, mientras echaba una mirada temerosa al *Koguryo* por la ventanilla de babor—. He llamado por radio al *Deep Endeavor* para que se mantenga alejado del sendero de vuelo del cohete, de modo que deberían describir un amplio arco en dirección norte. No tendríamos que perderles de vista, por si hemos de aterrizar en el mar.

Dirk escudriñó el horizonte, con un ojo puesto en la plataforma de lanzamiento. Hacia el sudoeste, divisó la masa distante de la isla de San Nicolás. Miró hacia el noreste y vio un diminuto punto azul, que debía ser el *Deep Endeavor*. Después, justo al norte del barco de la NUMA, reparó en una pequeña masa marrón que se alzaba del mar.

—Aquella masa de tierra, si no recuerdo mal de las cartas de navegación, es una pequeña isla del canal llamada Santa Bárbara. ¿Por qué no nos dirigimos ahí? Podemos dejar a la tripulación en ella y pedir al *Deep Endeavor* que les recoja antes de meternos en más líos.

—Y volver a buscar a tu padre —dijo Giordino, terminando la idea de Dirk. Dirk miró la plataforma con expresión vacilante.

—No puede quedar mucho tiempo —murmuró.

—Unos diez minutos —contestó Giordino, y al igual que Dirk se preguntó qué podría hacer Pitt en un espacio de tiempo tan breve.

Sobrevivir físicamente a un lanzamiento a bordo de la *Odyssey* no era imposible. Cuando un cohete se disparaba, el principal empujón era dirigido bajo la plataforma al producirse la ignición. La *Odyssey* había sido construida para utilizarla en repetidas ocasiones y, de hecho, ya había aguantado más de una docena de lanzamientos. La cubierta, el hangar, el compartimiento de la tripulación y la caseta del timonel habían sido contruidos para soportar el terrible calor y los gases de escape producidos por el lanzamiento. Sin embargo, un ser humano no sobreviviría casi con seguridad a los gases nocivos que envolvían la plataforma en el momento del disparo. Una enorme nube de gases de combustión, procedentes del oxígeno líquido y el queroseno utilizados como combustible, sepultaban casi por completo la *Odyssey* en una espesa nube de humo durante varios minutos, contaminando el aire respirable en las cercanías de la plataforma.

Pero eso preocupaba bien poco a Pitt cuando saltó del ascensor y salió corriendo por una puerta trasera del hangar. No tenía el menor deseo de estar en la plataforma cuando el Zenit fuera lanzado. Lo que sí deseaba con todas sus fuerzas era llegar al submarino rojo que veía balanceándose en el agua desde la ventana de la caseta del timonel. Como un participante en una carrera de obstáculos cronometrada, Pitt corrió, saltó, atravesó la plataforma hasta llegar a la columna de apoyo de la esquina y bajó la escalera de tres en tres hasta el borde del agua. En su prisa por evacuar la plataforma, Tongju y sus hombres no habían considerado necesario dejar a la deriva el sumergible de la NUMA. Pitt experimentó un gran alivio al verlo amarrado todavía a los peldaños de la escalera.

Desamarró la cuerda, saltó a bordo y cerró la escotilla superior del Badger detrás de él. En pocos segundos había activado los sistemas eléctricos del sumergible y abierto el depósito de lastre para la inmersión. Se alejó de la columna delantera de la *Odyssey* a toda prisa y recorrió la plataforma en toda su longitud hasta situar el aparato para la tarea que tenía en mente. Pitt activó los controles del taladro montado en la proa y, a falta de pocos minutos para el lanzamiento, rezó para que su absurdo plan funcionara.

El equipo de lanzamiento coreano que iba a bordo del *Koguryo* miraba la pantalla de vídeo con curiosidad, mientras el dirigible plateado se posaba sobre el helipuerto de la *Odyssey* y la tripulación de la plataforma se hacinaba en la góndola. Kim hizo una mueca de rabia, pero observó que Tongju conservaba la calma.

—Tendríamos que haber matado a la tripulación y destruido esa aeronave cuando tuvimos la oportunidad —siseó Kim mientras veía al *Icarus* saltar de la plataforma.

Había otra cámara vuelta hacia el dirigible que luchaba por ganar altitud antes de alejarse. Tongju indicó la imagen con un cabeceo.

—Va sobrecargado, incapaz de ganar velocidad. Lo alcanzaremos y destruiremos con facilidad después del lanzamiento —dijo en voz baja a Kim.

Sus ojos volvieron hacia la cuenta atrás del lanzamiento y el ruidoso parloteo de los ingenieros dentro del centro de control. La sala bullía de actividad y la tensión se palpaba en el ambiente. Ling se hallaba cerca, revisando los resultados de una serie de evaluaciones del vehículo de lanzamiento. Gotas de sudor perlaban su frente debido a la impaciencia, pese al frío del aire acondicionado.

Ling tenía toda clase de motivos para estar nervioso. En el mundo de la entrega de vehículos espaciales había una asombrosa tasa de mortalidad. Sabía demasiado bien que uno de cada diez lanzamientos de satélites acababa en fracaso, y que la culpa podía deberse a mil y una causas. El fallo de un cohete en el lanzamiento no era algo inusual, aunque la mayoría de satélites se perdían debido al despliegue de la carga útil en una órbita incorrecta. El breve vuelo suborbital de la misión presente eliminaba una gran cantidad de los problemas asociados con casi todos los vuelos de cohetes, pero el peligro de un fracaso catastrófico nunca era mínimo.

Ling respiró con más facilidad cuando asimiló las últimas informaciones. Daba la impresión de que todos los sistemas fundamentales funcionaban a la perfección. Nada indicaba que el cohete Zenit no fuera a despegar con su habitual fiabilidad. Ahora que faltaban menos de cinco minutos, se volvió hacia Tongju y sonrió con aire confiado.

—No habrá aplazamientos. La cuenta atrás continuará hasta el final.

Devolvieron su atención a la imagen del cohete en la pantalla de vídeo. Pese a la multitud de ojos concentrados en la imagen de cohete y plataforma, nadie se fijó en el diminuto movimiento producido en la periferia de la imagen. Solo la cámara vio que un hombre de cabello oscuro corría hasta el borde de la plataforma y desaparecía por la escalera de la columna de la esquina.

Pitt había encendido enseguida todos los impulsores del Badger. Aunque sabía que era el peor sitio donde podía estar, guió el sumergible bajo la plataforma y lo detuvo junto a la columna de apoyo posterior de estribor. Sobre él se encontraba el deflector de llamas de la plataforma de lanzamiento, que impulsaría la gigantesca explosión del Zenit hacia el mar.

Pitt giró el morro del sumergible hasta apuntarlo a la columna, y después retrocedió y se sumergió a una profundidad de cuatro metros y medio. Utilizó un juego de mandos manipuladores y bajó la enorme sonda del taladro hasta que estuvo horizontal con la proa del submarino, sobresaliendo como una lanza medieval. Pitt apoyó los pies contra la cubierta metálica y murmuró: «Muy bien, Badger, vamos a ver cómo muerdes», al tiempo que aceleraba al máximo.

El diminuto submarino rojo surcó el agua a toda velocidad. Empujada por todo el peso y la fuerza del sumergible, la sonda taladradora chocó contra el costado de la enorme columna de acero con gran estrépito. Pitt contuvo el aliento cuando salió

disparado hacia delante. Dio marcha atrás enseguida y miró a través de las burbujas, mientras el sumergible se alejaba de la columna. A través de las aguas turbulentas vio que la sonda estaba intacta, y respiró aliviado. Tal como Pitt había esperado, la velocidad del sumergible había conseguido que la punta de la sonda atravesara el lado de la columna, abriendo un agujero de veinte centímetros de diámetro.

Pitt se sentía un poco como Ezra Lee en el Turtle. El voluntario de la guerra de la Independencia había intentado hundir un acorazado británico con el pequeño submarino de madera de David Bushnell, a base de abrir un agujero en el costado y sujetando una mina. Aunque el intento había fracasado, el Turtle sería recordado en la historia como el primer submarino usado en combate. Gracias a la propulsión, Pitt retrocedió seis metros y ajustó un poco la profundidad del Badger, para luego cargar contra la columna una vez más. La sonda volvió a perforar la pared exterior de la columna, dejando un pulcro agujero redondo por el que entró el agua.

Aunque de lo más tosco, el demencial plan de Pitt contenía un elemento genial. Calculaba que, si no había forma de detener el lanzamiento, tal vez sí existía una manera de cambiar su curso. Mediante la creación de un desequilibrio en la plataforma, tal vez podría desviar el cohete de su ruta trazada. Siendo el vuelo muy corto, el sistema de guía del cohete no tendría tiempo de corregir la desviación, y tal vez fallaría su objetivo por kilómetros. Además, no cabía duda de que el talón de Aquiles de la plataforma, en el momento del lanzamiento, eran las columnas de apoyo traseras. Con el cohete erguido en el borde posterior de la plataforma, la *Odyssey* tenía que mantener un cuidadoso equilibrio para controlar la irregular distribución del peso en toda la plataforma. Un sistema especial utilizaba depósitos de lastre en las columnas y los pontones para conservar la estabilidad, gracias a seis grandes bombas de lastre. Al inundar las columnas de apoyo posteriores, existía la posibilidad de desestabilizar la cubierta de lanzamiento. Para Pitt, provocar un desequilibrio material sería una carrera desesperada contra los depósitos de lastre.

Como el pasajero de un tiovivo desbocado, Pitt fue arrojado de un lado a otro del sumergible, mientras atacaba la columna una y otra vez. Los aparatos electrónicos se soltaban de sus marcos, caían al suelo entre sus pies a cada impacto. La sección del morro del sumergible no tardó en quedar abollada después de las repetidas colisiones contra la pared de la columna, y pequeños riachuelos de agua salada empezaron a filtrarse en el interior. Pero nada de esto importaba a Pitt. El peligro que corrían el submarino y él era la última preocupación de su mente, porque los segundos iban transcurriendo. Lanzó una vez más toda la fuerza del sumergible contra la columna, agujereando su superficie como un mosquito contumaz, aunque de la picadura no brotaba sangre, sino que dejaba entrar un chorro de agua.

Después de más de una docena de embestidas contra la columna de estribor, Pitt imprimió media vuelta al Badger y se lanzó hacia la columna posterior de babor.

Consultó su reloj Doxa, y calculó que quedaban menos de dos minutos para el despegue. Se estrelló contra la otra columna, y entró más agua en el sumergible, pero Pitt no hizo caso. Con los pies mojados, dio marcha atrás con calma para asestar otro golpe a la columna. Se preguntó si sus acciones eran el gesto inútil de un Don Quijote submarino que cargara contra un molino errante.

Sin que Pitt lo supiera, su primer golpe a la columna de apoyo de estribor había activado una bomba de lastre. A medida que aumentaban el número de agujeros y la cantidad de agua que entraba, se activaron más bombas, hasta que las seis estuvieron en funcionamiento. Las bombas operaban en la base de las columnas, que ya estaban sumergidas unos doce metros en el agua. Si bien el sistema de lastre automático mantenía sin dificultades los pontones a la misma altura, solo existían medios limitados de conseguir el equilibrio entre la proa y la popa. Como el agua entraba sin cesar en las columnas de apoyo de popa, el taladro de Pitt no tardó en hacer inútil el trabajo de las bombas de lastre posteriores. La popa de la plataforma, al hundirse, provocó un problema de programación al sistema de estabilización automático. En condiciones normales, el sistema compensaría la escora de la popa mediante la inundación de los compartimientos delanteros y el aumento de la profundidad de toda la plataforma. Pero la plataforma estaba en posición de lanzamiento y ya había sido inundada para alcanzar la profundidad de lanzamiento. El ordenador sabía que añadir más lastre a la plataforma comportaba el riesgo de dañar los deflectores de impulso. En un puñado de nanosegundos, el programa informático examinó la lógica del software en busca de las acciones prioritarias. El resultado no dejó lugar a la ambigüedad. Durante una cuenta atrás de lanzamiento, la principal prioridad del sistema estabilizador era mantener la profundidad de lanzamiento. Por lo tanto, no haría caso del hundimiento de las columnas de popa.

A bordo del *Koguryo*, una luz roja empezó a parpadear en la sala de control de lanzamientos, cuando faltaban menos de dos minutos para la explosión. Un ingeniero con gafas estudió la advertencia de estabilización de la plataforma durante un momento, tomó unas notas y corrió hacia Ling.

—Señor Ling, hemos recibido un aviso de estabilización de plataforma —informó.

—¿Cuál es la desviación? —preguntó Ling enseguida.

—Una escora a popa de cinco grados.

—Eso carece de relevancia —contestó Ling, y despidió al ingeniero con un ademán. Se volvió hacia Tongju, que estaba a su lado—. Una desviación de cinco grados o menos no es motivo de preocupación.

Tongju casi podía saborear ya el resultado del lanzamiento. Ya no había vuelta atrás.

—No detenga el lanzamiento bajo ningún concepto —dijo a Ling en voz baja.

El ingeniero jefe apretó los dientes y asintió, y después miró con nerviosismo el cohete que se erguía rielando en la pantalla de vídeo.

El interior del *Badger* era una caótica confusión de herramientas, partes de ordenador y piezas interiores que resbalaban de un lado a otro del suelo con cada sacudida del sumergible. Pitt, indiferente a los destrozos, lanzó el aparato contra la columna por enésima vez. El agua lamía sus pantorrillas mientras se preparaba para otra colisión y escuchaba el estruendo del taladro cuando golpeaba la columna. Lanzado hacia delante a causa del impacto, detectó un olor a cables quemados, cuando otro componente eléctrico se cortocircuitó al entrar en contacto con el agua. Las embestidas de Pitt habían convertido el sumergible en un armatoste destrozado. La proa exterior redonda estaba casi plana, y su capa de pintura roja reluciente casi se había desprendido del todo a causa de los impactos. El taladro estaba doblado y retorcido como un pedazo de regaliz, y apenas se aferraba al *Badger* de un par de abrazaderas destrozadas. En el interior, las luces parpadeaban, el nivel del agua subía y los motores de propulsión estaban muriendo uno a uno. Pitt comprendió que la vida iba abandonando al sumergible cuando oyó los chirridos y gorgoteos de la maquinaria desfalleciente. Cuando intentó dar marcha atrás, un nuevo sonido golpeó sus oídos, como un torrente que corriera muy por encima de su cabeza.

Para un espectador novato, el primer signo de un lanzamiento de cohete inminente desde la plataforma de *Sea Launch* es el rugido del agua al ser bombeada en el sistema de inundado. Cuando faltan cinco segundos, un verdadero diluvio de agua se libera en la trinchera de fuego situada bajo la plataforma. La misión del agua es minimizar los efectos de los gases de combustión en la plataforma, y aún más

importante, amortiguar el posible daño acústico a la carga derivado del remolino del lanzamiento.

Cuando faltan tres segundos, el cohete Zenit empieza a chirriar y a temblar, al activarse sus mecanismos internos, y el gigantesco cohete cobra vida. Dentro de la piel metálica, una bomba de turbina de alta velocidad empieza a introducir mediante un inyector el líquido propulsor volátil en las cuatro cámaras de combustión del motor del cohete. Dentro de cada cámara se activa un encendedor que detona el propulsor con una explosión controlada. Los gases de combustión buscan la vía que ofrece menos resistencia y salen disparados de cada cámara a través de una boquilla estrecha situada en la base del cohete. Los gases expulsados, generan la potencia del empuje, y permiten que el cohete Zenit desafíe a la ley de la gravedad y se eleve de la plataforma de lanzamiento.

Pero los últimos tres segundos de la cuenta atrás son críticos. En esos breves segundos, los sistemas informáticos de a bordo controlan el encendido del motor, examinan la mezcla propulsora, la velocidad del flujo de aire, la temperatura de encendido y otras muchas lecturas mecánicas que afectan al encendido del motor. Si se descubre una desviación significativa en algún parámetro del motor, el sistema de control automático toma el mando, cierra el motor y aborta el lanzamiento. Entonces es preciso reiniciar todo el proceso de lanzamiento, que puede dilatarse cinco días antes de realizar otro intento.

Ling hizo caso omiso de la pantalla de vídeo del Zenit y se fijó en cambio en una pantalla de medidas críticas, mientras los segundos iban transcurriendo. Cuando faltaba un segundo, una fila de luces verdes se encendieron en la pantalla y Ling se permitió un suspiro de alivio.

—¡Motor principal preparado! —gritó cuando la pantalla le informó de que los ordenadores estaban elevando el motor RD171 del cohete al impulso de lanzamiento máximo. Todos los ojos de la sala se volvieron hacia la pantalla de vídeo cuando se abrieron las compuertas del propulsor y el combustible penetró en el motor del cohete como un torrente. Durante un largo segundo, el cohete siguió posado sobre la plataforma, mientras los gases de combustión surgían de las boquillas, las llamas lamían el diluvio de agua y lanzaban una espesa nube de humo blanco bajo la plataforma. Entonces, con un estallido de poder imparable, el Zenit salió disparado de la plataforma. Las abrazaderas de la torre de lanzamiento se desprendieron cuando el cohete blanco, levantado por setecientos veinte mil kilos de impulso, subía por encima de la torre y se precipitaba hacia el cielo con un resplandor cegador y un rugido ensordecedor.

Los vítores estremecieron el centro de control de lanzamientos, cuando los ingenieros vieron que el Zenit abandonaba triunfal la plataforma. Una ancha sonrisa se dibujó en el rostro de Ling y se volvió hacia Tongju. El sicario de Kang se limitó a

asentir, satisfecho.

Al otro lado de la sala, el ingeniero de gafas que controlaba la plataforma continuaba mirando como hipnotizado la imagen de vídeo del cohete, que seguía ascendiendo en el cielo azul. No era consciente de los cálculos de su monitor, los cuales mostraban que la desviación de la estabilización de la plataforma había continuado aumentando, superando los quince grados en los últimos segundos previos al lanzamiento.

A cuatro metros y medio bajo la superficie del agua, los oídos de Pitt sangraban a causa del aluvión acústico. Lo que había empezado como el sonido de un tren de carga lejano se había transformado en el estallido de mil volcanes en erupción cuando el motor del Zenit alcanzó el impulso máximo. Pitt sabía que el sonido ensordecedor solo era una advertencia del salvajismo que se avecinaba. La fuerza de los gases de combustión del cohete era desviada hacia la trinchera de llamas, donde miles de litros de agua humedecían el infierno. Sin embargo, no conseguía paliar demasiado la fuerza de los gases de combustión, que se convertía en una nube humeante de furia disparada hacia el mar, al que golpeaba como un mazo.

El Badger, situado casi bajo la plataforma de lanzamiento a seis metros de profundidad, fue sacudido como un juguete en un chorro de burbujas y vapor. Pitt experimentó la sensación de estar atrapado en una lavadora, cuando el sumergible fue bamboleado de un lado a otro con violencia. Las juntas del aparato chirriaron y se retorcieron debido a la fuerza de la oleada, y las luces interiores parpadearon. Un paquete de baterías golpeó a Pitt en la cabeza y le hizo un corte en la sien, mientras el submarino estaba a punto de volcar debido a la turbulencia. Pitt se recuperó del golpe y descubrió otro motivo de preocupación cuando apoyó la mano en el mamparo durante una sacudida. Sorprendido, descubrió que el mamparo estaba al rojo vivo. Apartó la mano a toda prisa y maldijo, mientras la metía en agua fría. Un presagio siniestro le invadió al sentir la capa de sudor que cubría su frente y notar que el agua arremolinada alrededor de sus pies aumentaba rápidamente de temperatura. Los gases de combustión del cohete estaban creando una tempestad en torno suyo, que tal vez le herviría vivo antes de que el cohete abandonara la plataforma.

Una segunda y más poderosa oleada sacudió el sumergible cuando el cohete recibió el impulso máximo. La fuerza de la corriente empujó al Badger en un ángulo torcido, casi sobre su costado. Pitt agarró los controles para conservar el equilibrio, incapaz de ver lo que le esperaba por culpa de las aguas turbias, que no deparaban la menor visibilidad. De haber intuido hacia dónde se dirigía el sumergible, se habría preparado para el impacto. Pero la colisión llegó sin previo aviso.

Empujado por la corriente como una canoa de rafting en el río Colorado, el sumergible salió disparado contra el costado del pontón de babor inundado de la *Odyssey*. Un trueno metálico resonó en el agua cuando el sumergible chocó contra el

casco inamovible. Pitt fue arrojado desde el asiento del piloto hasta el mamparo delantero, entre una lluvia de cascos electrónicos, al tiempo que las luces se apagaban y una serie de silbidos atronaban el compartimiento. Un chirrido informó a Pitt de que el Badger estaba resbalando por el pontón, hasta que tras otro estrépito metálico, el submarino se inclinó a un lado y se detuvo con una sacudida. Cuando Pitt se serenó, comprendió que el sumergible estaba encajado contra el casco de la plataforma por la fuerza del agua, tal vez enredado en una de las hélices de propulsión del pontón. Volcado de lado contra el enorme pontón, no había forma de abrir la escotilla de entrada, en el caso de que se atreviera a inundar el interior para escapar a la superficie. Llegó a la conclusión, desesperado, de que si no se asaba vivo, se enfrentaría a una muerte rápida, ahogado dentro del sumergible.

Tongju vio que el Zenit se elevaba de la torre de lanzamiento con un estruendo que pudo sentirse incluso en las entrañas del centro de control del *Koguryo*. Un prolongado aplauso resonaba todavía en el centro de control, cuando el jubiloso equipo de lanzamiento había vitoreado la ascensión del cohete. Ling se permitió una amplia sonrisa cuando la imagen del ordenador le informó de que el motor del Zenit estaba funcionado al máximo impulso. Miró a Tongju, quien le devolvió la mirada y asintió con los labios apretados.

—La misión está lejos todavía de haber terminado —dijo Ling, muy aliviado ahora que el cohete había partido. Pero sabía que la fase más peligrosa de la misión estaba fuera de su control. Una vez se encendía el cohete, apenas tenía control sobre el resultado de la misión. Inquieto, se sentó como un espectador más para controlar el equilibrio del vuelo.

A nueve mil kilómetros de distancia, Kang sonrió cuando vio la retransmisión vía satélite del lanzamiento del cohete.

—Hemos abierto la botella del genio —dijo en voz baja a Kwan, sentado al otro lado del escritorio—. Confiemos en que obedezca los deseos de su amo.

Desde la cabina del *Icarus*, AI, Dirk y Jack vieron atemorizados que el cohete despegaba. Tan solo unos segundos antes, Giordino había posado la aeronave sobrecargada sobre un claro de la isla de Santa Bárbara, donde la aliviada tripulación de *Sea Launch* saltó a toda prisa de la barquilla. El capitán Chistiano vaciló en la puerta de la cabina y se detuvo para estrechar manos.

—Gracias por salvar a mi tripulación —dijo con rostro sombrío, apenado por haber perdido el mando de la *Odyssey*.

—Ahora que podremos elevarnos de nuevo, nos ocuparemos de que no escapen —contestó Dirk con ira compartida. Después, señaló por el parabrisas de la cabina hacia un punto azul que se acercaba desde el horizonte—. El *Deep Endeavor* viene hacia aquí. Que sus hombres bajen a la orilla y se preparen para subir a bordo.

Christiano asintió y bajó de la barquilla, que quedó vacía a excepción de Jack.

—Desembarquen —masculló.

—Pues subamos al cielo en esta bolsa de gas —gruñó Dirk, al tiempo que elevaba los conductos de la hélice y aceleraba. Ahora que se había desembarazado de casi tres mil doscientos kilos de cargamento humano, el dirigible ascendió con facilidad hacia el cielo. Cuando Giordino desvió el morro en dirección a la *Odyssey*, sus ojos vislumbraron las primeras nubes de humo que indicaban el inicio del lanzamiento.

Los gases de combustión del oxígeno líquido y el queroseno inflamados, al chocar contra el sistema amortiguador de la plataforma, crearon una enorme nube blanca de vapor que envolvió toda la plataforma y el mar circundante en cuestión de

segundos. Durante lo que se les antojaron varios minutos, el Zenit permaneció inmóvil junto a la torre de lanzamiento. Por un momento, creyeron que el cohete no iba a abandonar la plataforma, pero al final empezó a elevarse, y los gases de escape brillaron como una bola de fuego. Incluso a media docena de millas de distancia, oyeron el potente chasquido del combustible al rojo vivo cuando chocó con el aire frío circundante, un ruido como el de un hacha al cortar un tronco.

Aunque el espectáculo era casi hermoso, Dirk sintió un nudo en el estómago cuando vio ascender el cohete. El reluciente misil blanco era el portador del ataque terrorista más salvaje que el mundo había presenciado, que daría como resultado la muerte de millones de personas. Y él no había conseguido impedirlo. Como si el castigo no fuera suficiente, sabía que Sarán se hallaba en la zona de Los Ángeles y tal vez sería una de las primeras víctimas del ataque. Por no hablar del sino de su padre. Miró a Giordino y vio una mueca en la cara del italiano que no había visto nunca. No era una expresión de rabia hacia los terroristas, sino de preocupación por la pérdida de un amigo de toda la vida. Aunque Dirk no deseaba admitirlo, sabía que entre el infierno provocado por el lanzamiento del cohete su padre estaba en la plataforma, luchando por sobrevivir, o algo peor.

A bordo del *Deep Endeavor*, Summer experimentaba las mismas punzadas de miedo en todo su cuerpo. Dirk había transmitido por radio la noticia de que la tripulación de *Sea Launch* había sido rescatada, pero también de que su padre se encontraba en la plataforma. Cuando Delgado fue el primero en observar que el cohete se había encendido, sintió las piernas de goma. Asió la silla del capitán para sostenerse y miró con estoicismo la plataforma, mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Se hizo un silencio de muerte en el puente, mientras todos miraban con incredulidad el cohete que se elevaba de la plataforma. Todos pensaron en la suerte del líder de la NUMA, perdido entre la nube blanca de humo.

—No puede ser —murmuró Burch, impresionado—. No puede ser.

En el interior del Badger, la temperatura era insoportable. La piel metálica recalentada en exceso creaba un efecto de sauna en combinación con el agua que subía. Pitt sabía que estaba a punto de perder el conocimiento a causa del calor, mientras regresaba al asiento del piloto. Un puñado de luces parpadeaban todavía en el panel de control, indicando que el sistema de emergencia de apoyo vital aún tenía energía, pero hacía rato que los sistemas de propulsión habían expirado. Si bien su cuerpo estaba entumecido a causa del calor, su mente calculó a toda prisa que todavía le quedaba una oportunidad de liberarse de la presa del pontón. Con los ojos cubiertos de sudor, apretó el botón señalado como BOMBA DE LASTRE. Después, asió la palanca de control y se tiró hacia atrás, utilizando todo su peso y las fuerzas que le quedaban para dar un tirón al timón y oponerse a la corriente. Al principio, el aspa del timón protestó, pero poco a poco giró contra el agua, en lucha con todos los movimientos de Pitt. Este se aferraba con desesperación a la palanca. Tenía los músculos doloridos y aparecían puntos de colores ante sus ojos, pero no quería desmayarse. Durante un segundo, no pasó nada, Pitt solo oía el ruido del agua que arremetía contra el submarino, mientras la temperatura continuaba ascendiendo. Después, casi de manera imperceptible, un chirrido llegó a sus oídos. El ruido fue aumentando de intensidad, hasta alcanzar el nivel del sonido que había oído antes.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Pitt, mientras pugnaba por no perder la conciencia. Aguanta, se dijo, agarrando la palanca con todas sus fuerzas. Solo aguanta.

Un ingeniero con vista de lince, de pie sobre un montículo de la isla de Santa Bárbara, entre sus aturridos compañeros de *Sea Launch*, fue el primero en detectarla. Una oscilación sutil, casi invisible, en la base del cohete cuando se liberó de la torre de lanzamiento.

—¡Está oscilando! —dijo en voz alta.

Sus camaradas, agotados y estupefactos por toda su odisea, no hicieron caso de sus palabras y miraban con colérica incredulidad el cohete que otra persona había lanzado desde su plataforma. Pero a medida que el cohete empezó a ascender, más veteranos detectaron algo en la trayectoria. Al principio, un murmullo recorrió el grupo. Después, una corriente nerviosa se transmitió de hombre a hombre. Uno de ellos empezó a chillar, a invitar al cohete entre maldiciones a que estallara, y otro le siguió. Al cabo de poco rato, todos los tripulantes daban saltos mientras lisonjaban al monstruo mecánico como apostadores arruinados que solicitaran una última oportunidad.

A bordo del *Koguryo*, el entusiasmo del lanzamiento aún no se había calmado, cuando un ingeniero de vuelo se volvió hacia Ling.

—Señor, el motor de la Fase Uno indica un reajuste activo no contemplado en los parámetros del plan de vuelo oficial.

El Zenit3SL, como la mayoría de cohetes modernos, se gobernaba en vuelo ajustando el motor del vehículo de lanzamiento, rectificando su velocidad de salida para controlar el rumbo del cohete. Como Ling sabía, la secuencia de lanzamiento inicial no precisaba de reajustes hasta que el cohete se encontrara en una ascensión estabilizada, y después el sistema de navegación iniciaría leves ajustes para guiar el cohete hacia el objetivo. Tan solo un desequilibrio no detectado dispararía una inmediata corrección de rumbo.

Ling se acercó al puesto del ingeniero y miró el monitor del ordenador. Se quedó boquiabierto cuando vio que el motor del cohete estaba reajustado al máximo. Miró en silencio cuando, un segundo después, el motor volvió a su posición neutral, y después se reajustó en dirección contraria. Casi de inmediato, todo el ciclo empezó de nuevo. Ling dedujo al instante la causa.

—Choi, ¿cuál era la desviación horizontal de la plataforma en T0? —gritó al ingeniero de la plataforma.

El ingeniero miró con temor a Ling y habló con apenas voz.

—Dieciséis grados.

—¡No! —murmuró Ling con voz ronca, mientras sus ojos se cerraban a causa del miedo y la incredulidad. El color se retiró de su cara y cayó en la cuenta de que se había apoyado contra el monitor porque sus rodillas no le sostenían. Abrió los ojos poco a poco y miró el cohete en la pantalla, a la espera de lo inevitable.

Pitt no podía saber el resultado de sus frenéticas embestidas, pero las docenas de agujeros practicados en el costado de las columnas de apoyo habían abierto una vía de agua que pronto se impuso a los depósitos de lastre de la *Odyssey*. Con los controles automáticos preparados para mantener la profundidad de lanzamiento prevista, el agua se concentraba en las columnas de apoyo posteriores y tiraba de la plataforma por el lado de popa. Al salir disparado, el cohete Zenit estaba desviado más de quince grados del centro vertical, y trató de corregir de inmediato la desviación del plan de vuelo previsto alterando la velocidad de salida del motor, pero debido a la escasa velocidad del despegue, la orden inicial se perdió, de manera que la posición del motor volvió de nuevo a su ajuste máximo. A medida que el cohete aceleraba, el ajuste se convirtió enseguida en una corrección excesiva, y los ordenadores del cohete reajustaron el motor en la dirección contraria para compensar el movimiento. En condiciones normales, el cohete tal vez habría podido estabilizarse con algunos ajustes de escasa importancia, pero en este vuelo, los depósitos de combustible del Zenit solo estaban llenos hasta la mitad. Los depósitos en parte vacíos permitieron que el propulsor líquido oscilara de un lado a otro durante los momentos de inclinación, creando así toda una nueva dinámica de compensación. El

sistema de control de estabilización sobrecargado intentó en vano corregir el vuelo, pero al final agravó la situación y el cohete empezó a oscilar. Desde pantallas de vídeo y transmisiones de satélite, a través del parabrisas de la cabina de un dirigible, y desde una isla rocosa del océano Pacífico, mil ojos miraban hipnotizados el cohete blanco que empezaba a ascender hacia el cielo. Lo que había empezado como una leve fluctuación durante el despegue se transformó en una continua oscilación a lo largo de la ascensión, hasta que todo el cohete se puso a temblar de manera incontrolable mientras ascendía hacia las nubes, como una bailarina del vientre desahogada. En el caso de que *Sea Launch* hubiera controlado el vuelo, un control de seguridad automático habría destruido el cohete cuando se salió de los parámetros, pero la orden de abortar la misión había sido borrada del software de vuelo por la tripulación de Kang, y el Zenit no podía hacer otra cosa que ascender en una tortuosa danza mortal.

Pese a la incredulidad de los observadores, el gigantesco cohete giró locamente antes de partirse en dos. La Fase 1 se desintegró al instante en una enorme bola de fuego, cuando los depósitos de combustible se encendieron al unísono y engulleron todo cuanto había en su radio en un caldero de fuego. Los fragmentos del cohete que no habían resultado destruidos a causa de la explosión cayeron sobre el mar, en tanto una nube en forma de seta colgaba en el cielo azul como si la hubieran pintado.

El morro y la fase superior del Zenit se salvaron de la carnicería y siguieron surcando el cielo como una bala, impulsados por la velocidad. La carga útil perdió poco a poco energía, descendió hacia el Pacífico y se estrelló en la superficie, a unas cuantas millas de donde se había producido el lanzamiento. Cuando se hizo el silencio sobre las aguas, los estupefactos observadores contemplaron el arco iris blanco de nubes que se extendía desde un horizonte a otro.

En una playa rocosa de la isla de Santa Bárbara, una foca despertó de la siesta y movió una oreja en dirección a tierra. El peculiar sonido de los vítores procedía de unos treinta hombres congregados en lo alto de una loma. La foca les miró intrigada, después se estiró y reanudó la siesta.

Por primera vez en su vida, la plataforma de *Sea Launch* se alegraba de que un lanzamiento hubiera fracasado. Los hombres aplaudían y silbaban, mientras otros agitaban el puño en el aire para celebrar la victoria. Cuando el vehículo de lanzamiento estalló sobre sus cabezas, hasta Christiano exhaló un suspiro de alivio, mientras el director de lanzamientos Ohlrogge le palmeaba la espalda.

—Por una vez, alguien nos ha sonreído —dijo.

—Gracias a Dios. No podía ser bueno lo que intentaban lanzar esos bastardos.

—Uno de mis ingenieros de vuelo observó una oscilación desde el momento del lanzamiento. Debe de haber sido un mal funcionamiento del ajuste de la boquilla, o un problema de estabilización de la plataforma.

Christiano pensó en Pitt y en su comentario antes de marchar de la *Odyssey*.

—Tal vez aquel tipo de la NUMA ha hecho magia.

—Pues si es verdad, estamos en deuda con él.

—Sí, y alguien también lo está conmigo —replicó Christiano.

Ohlrogge miró al capitán, intrigado.

—Ese vehículo de lanzamiento que acaba de estallar en pedazos valía noventa millones de dólares. Se armará una buena cuando pasemos la factura a la aseguradora —dijo el capitán, y lanzó por fin una carcajada.

Kang se encogió cuando vio que el Zenit se desintegraba ante sus ojos. Mientras la cámara enfocaba fragmentos de los escombros, tomó el mando a distancia y apagó el monitor.

—Aunque el atentado ha fallado, el espectáculo del ataque representará una grave provocación para el pueblo norteamericano —tranquilizó Kwan a su jefe—. Se desatará la ira contra Japón.

—Sí, las filtraciones que hemos preparado se encargarán de eso —dijo Kang, reprimiendo su ira por el fracaso—. Pero la desaparición del *Koguryo* y el equipo de lanzamiento sigue en pie. Su captura pondría en peligro nuestros esfuerzos.

—Tongju cumplirá su deber. Siempre lo hace —contestó Kwan.

Kang contempló un momento el monitor apagado, y después asintió poco a poco.

El estado de ánimo en el centro de control del lanzamiento había pasado de la alegría a la decepción. En un instante, el equipo de lanzamiento ya no era necesario, y los técnicos e ingenieros guardaban silencio en sus puestos, contemplando las pantallas de sus ordenadores que ya no proporcionaban datos. Nadie parecía saber

qué había que hacer a continuación, y cuchicheaban entre sí.

Tongju lanzó una veloz mirada glacial a Ling, y después abandonó el centro de control sin decir palabra. Mientras se dirigía hacia el puente llamó a Kim por la radio portátil y habló un momento en voz baja. Encontró en el puente al capitán Lee, que estaba mirando por la ventanilla de estribor la lluvia de cascotes que dibujaban franjas blancas de vapor en el cielo azul.

—Ha volado en pedazos —dijo estupefacto, y después miró a los ojos inexpresivos de Tongju.

—Un problema con la plataforma —repuso Tongju—. Hemos de evacuar la zona de inmediato. ¿Podemos zarpar ahora mismo?

—Estamos preparados. En cuanto icemos la gabarra, podremos irnos.

—No hay tiempo —barbotó Tongju—. La Guardia Costera y la Marina norteamericanas ya nos estarán buscando. Salgamos a toda velocidad cuanto antes, y yo me encargaré de cortar las amarras de la gabarra.

Lee miró a Tongju con cautela, y luego asintió.

—Como desee. Nuestro rumbo ya está fijado. Nos dirigiremos a aguas mexicanas, y después nos acercaremos al punto de cita aprovechando la oscuridad.

Tongju dio un paso hacia el puente, pero se detuvo de pronto. Por la ventanilla delantera vio la plataforma *Sea Launch* envuelta en humo. Desde el noroeste se estaba acercando a la plataforma el dirigible plateado, a unos cientos de metros sobre el agua. Tongju movió el brazo en dirección al *Icarus*.

—Avisé a su equipo de misiles tierra aire. Derriben de inmediato esa aeronave —escupió, y después desapareció por la puerta.

Cuando las hélices gemelas de cuatro aspas empezaron a agitar el agua bajo el casco del barco, Tongju regresó a la escalera portátil que bajaba por el flanco de babor. La gabarra blanca se balanceaba al pie de la escalerilla, con una cuerda amarrada a la barandilla. Observó que se elevaban burbujas de humo de la popa del barco, lo cual le advirtió de que el motor estaba funcionando parado. Desamarró la cuerda a toda prisa, la enrolló y esperó a que la siguiente ola empujara la gabarra contra el casco del barco. Saltó a la proa del barco y se encaminó a la cabina.

Tiró la cuerda enrollada en un cubo que vio en la cubierta y, al entrar en la cabina, vio a Kim y dos de sus comandos parados junto al timón.

—¿Todo está a bordo? —preguntó Tongju.

Kim asintió.

—Aprovechando el entusiasmo del lanzamiento, subimos armas y provisiones a bordo, y hasta combustible de más, sin que nadie nos molestara.

Kim ladeó la cabeza en dirección a la cubierta posterior, donde cuatro barriles de gasolina de cincuenta y cinco galones estaban amarrados a la borda.

—Nos distanciaremos un poco, y luego tomaremos rumbo a Ensenada. ¿Cuándo

detonarán las cargas?

Kim consultó su reloj.

—Dentro de veinticinco minutos.

—Tiempo suficiente para que los encargados de los misiles destruyan el dirigible.

El *Koguryo* se alejó enseguida de la pequeña embarcación, mientras la gabarra oscilaba sobre las olas de escasa entidad. Cuando el antiguo buque cablero se encontraba a un cuarto de milla, Kim aceleró un poco con la proa apuntada hacia el sudeste. Dentro de nada, supuso, podría pasar por cualquier otro pesquero que regresaba a su base de San Diego.

Mucho después de que el Zenit hubiera estallado en el cielo, una espesa nube de humo blanco colgaba todavía sobre la *Odyssey* como un banco de niebla. La leve brisa marina estaba empezando a practicar aberturas en los gases de combustión, dejando al descubierto esporádicos fragmentos de la plataforma de lanzamiento.

—Eso parece un plato de sopa de almejas —dijo Giordino, al tiempo que escoraba el *Icarus* sobre la plataforma. Mientras Giordino y Dahlgren inspeccionaban la plataforma en busca de alguna señal de Pitt, Dirk activó el sistema LASH y buscó anomalías ópticas que pudieran indicar la presencia de un ser humano.

—No me tomes al pie de la letra, pero creo que ese nene se está hundiendo —dijo Dahlgren cuando rodearon el extremo de popa de la plataforma y pudieron ver una sección al aire libre. Los hombres de la barquilla vieron con claridad que las columnas de apoyo de popa parecían más hundidas que las de proa.

—No cabe duda de que está entrando agua por la popa —contestó Dirk.

—Me pregunto si será obra de tu viejo. Puede que alguien tenga que comprar un cohete nuevo —dijo Giordino.

—Y tal vez una nueva plataforma de lanzamiento —añadió Dahlgren.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Dirk en voz alta.

No detectaban signos de vida en la plataforma.

—El humo está empezando a despejarse. En cuanto el helipuerto esté visible, nos acercaremos más —contestó Giordino.

Cuando se desviaron hacia la proa de la plataforma, Dahlgren miró hacia abajo e hizo una mueca.

—Maldita sea. El Badger también ha desaparecido. Se habrá hundido durante el lanzamiento.

Los tres guardaron silencio, y pensaron que la desaparición del sumergible era lo último que les importaba.

Tres millas al sur, un tripulante del *Koguryo* estaba transfiriendo las coordenadas del sumergible proporcionadas por el radar a un sistema de guía de misiles tierra aire CSA4 chinos. El lento dirigible era el objetivo más fácil que el hombre había tenido a mano en su vida. Con un objeto tan grande a una distancia tan corta, las posibilidades

de fallar el disparo eran casi nulas.

En un cuarto contiguo al contenedor de los misiles, un experto en control de armas se hallaba ante una consola, transfiriendo la guía de disparo mediante una conexión de mando. Una hilera de luces verdes destellaron cuando el radar empotrado en el misil reconoció un objetivo. El hombre descolgó de inmediato un teléfono que comunicaba con el puente.

—Blanco definido y misil armado —dijo al capitán Lee—. Esperando órdenes de disparar.

Lee miró por una ventana lateral del puente el dirigible que flotaba sobre la plataforma. El estallido de la aeronave sería un espectáculo increíble, pensó como un niño. Tal vez deberían destruir también el lejano barco azul que permanecía en el borde de su pantalla de radar, para luego escapar sin más problemas. Pero lo primero era lo primero. Se llevó el receptor a la boca para dar la orden de disparar, cuando sus labios se paralizaron de repente. Sus ojos habían detectado un par de pequeños objetos que habían salido de detrás de la aeronave. Se quedó petrificado y vio que los dos objetos se materializaban en un par de aviones que volaban bajo.

Los cazas Falcon F16D habían sido alertados de una base aérea de la Guardia Nacional de Fresno minutos después de que el satélite NORAD hubiera detectado el lanzamiento del cohete Zenit. Al tiempo que volaban hacia el punto del lanzamiento, los pilotos fueron dirigidos hacia el *Koguryo* con la ayuda de la llamada de socorro de la Guardia Costera que había partido del *Deep Endeavor*. Los cazas grises volaban bajo y pasaron sobre el *Koguryo* a unos pocos metros de su puente delantero. El rugido de los aviones se prolongó un segundo después de que sus sombras hubieran pasado, y las ventanas del puente vibraron, mientras Lee miraba con expresión asustada.

—¡Retirada! ¡Retirada y sujetad la batería! —gritó en el teléfono. Mientras retiraban el SAM, Lee vio que los dos cazas ganaban altitud y empezaban a describir círculos alrededor del barco.

—¡Tú! —gritó a un marinero que estaba cerca—. Ve a buscar a Tongju y dile que venga al puente... enseguida.

Los hombres del dirigible suspiraron aliviados al ver que los cazas de la Guardia Nacional volaban en círculos alrededor del *Koguryo*, sin tener ni idea de lo cerca que habían estado de ser destruidos por un misil SAM del barco. Sabían que una horda de barcos de la Marina venía de camino, y que existían pocas posibilidades de que el barco escapara. Devolvieron su atención de nuevo a la plataforma cubierta de humo.

—La niebla se está levantando del helipuerto —observó Giordino—. Bajaré, por si queréis saltar y echar un vistazo.

—Por supuesto —contestó Dirk—. Jack, empezaremos con el puente, y después iremos al hangar si el aire es respirable.

—Yo empezaría con el salón de oficiales —dijo Giordino, con la intención de alegrar los ánimos—. Si el viejo está bien, yo diría que se está preparando un martini y devorando la reserva de galletas del barco.

Giordino dio media vuelta a la aeronave y apuntó su morro contra el viento. Cuando se situó sobre el helipuerto y empezó a perder altura, Dahlgren asomó la cabeza en la cabina y señaló por la ventanilla lateral.

—Mirad allí —dijo.

A unos metros de la plataforma había emergido un chorro de burbujas. Unos segundos después, apareció un objeto metálico gris.

—¿Restos del lanzamiento? —preguntó Dahlgren.

—¡No, es el Badger! —exclamó Giordino.

Cuando guiaron el aparato hacia el objeto, los tres hombres vieron que se trataba del sumergible de la NUMA, que se balanceaba en el agua. La brillante pintura del vehículo submarino se había desprendido a causa de la explosión del lanzamiento, y su piel era una mezcla grisácea de metal chamuscado y desnudo. La sección de proa estaba doblada y destrozada, como si hubiera chocado de frente contra otro vehículo. Nadie sabía cómo era posible que siguiera flotando, pero no había duda de que era el sumergible experimental que Dirk y Dahlgren habían pilotado hasta la plataforma.

Mientras Giordino descendía para echar un vistazo de más cerca, los tres hombres se quedaron estupefactos cuando vieron que la escotilla superior se abría de repente. Una nube de vapor humeante se escapó por la abertura. Durante varios segundos de agonía, sus ojos estuvieron clavados en la escotilla, esperanzados contra toda esperanza. Por fin, contemplaron la extraña aparición de un par de pies envueltos en calcetines que salían de la escotilla. Después, apareció una mata de pelo oscuro, y entonces se dieron cuenta de que los pies eran en realidad manos protegidas con calcetines, las cuales izaron al instante el cuerpo delgado de su propietario.

—¡Es papá! ¡Está bien! —exclamó aliviado Dirk.

Pitt se puso en pie, tambaleándose sobre el sumergible oscilante, y aspiró profundas bocanadas de aire puro y fresco. Era una masa demacrada de sangre y sudor, y tenía las ropas ceñidas al cuerpo como pegadas con cola. Pero sus ojos brillaban cuando miró hacia arriba y saludó a los hombres de la barquilla.

—Bajamos —anunció Giordino, y guió el dirigible hacia el mar, hasta que la barquilla se situó a escasos centímetros de las olas. Con un hábil toque, Giordino paró el dirigible al lado del sumergible. Pitt se agachó y cerró la escotilla superior del Badger, después avanzó unos pasos y entró por la puerta abierta de la barquilla, donde Dirk y Dahlgren le agarraron de los brazos y le subieron a bordo.

—Creo que ahora me tomaré esa copa —dijo a Giordino con voz de tener la garganta seca y cuarteada.

Pitt se derrumbó en el asiento del copiloto del dirigible y vació una botella de

agua, mientras Al, Dirk y Jack describían la desintegración del cohete Zenit. Mientras estudiaba los senderos de vapor en el cielo y veía al *Koguryo* alejarse, Pitt replicó con una descripción de su ofensiva contra las columnas de apoyo de la *Odyssey* y el tremendo ataque de los gases de combustión del lanzamiento.

—Y yo apostando mi dinero a que estabas tomándote un martini en el salón social de la *Odyssey* —rezongó Giordino.

—Yo sí que estaba agitado y revuelto —rió Pitt—. Me habría asado vivo cuando el Badger quedó atascado con el pontón lateral, pero logré mover manualmente el timón contra el oleaje y salir a aguas más frías. Incluso con los depósitos de lastre vacíos, me costó un rato salir a la superficie, hasta que puse en funcionamiento la bomba de extracción del agua acumulada en el fondo. Todavía queda mucha agua dentro, pero debería mantenerse a flote un rato más.

—Llamaré por radio al *Deep Endeavor* y les diré que recojan el Badger una vez hayan rescatado a la tripulación de la plataforma en la isla de Santa Bárbara —contestó Giordino.

—Tendré una enferma furiosa entre manos si antes no la informas de que estás a salvo —bromeó Dirk.

Summer casi se desmayó cuando oyó la voz de su padre por la radio del *Deep Endeavor*, pidiendo en broma una cerveza y un bocadillo de mantequilla de cacahuete.

—Nos temíamos lo peor —sollozó—. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Es una historia larga. Baste decir que al Instituto Scripps no le va a gustar mi forma de pilotar submarinos —dijo, y todo el mundo se quedó perplejo en el puente del *Deep Endeavor*.

Mientras Giordino elevaba el dirigible, Pitt reparó en los F16 que daban vueltas alrededor del *Koguryo*.

—¿La caballería ha llegado por fin? —preguntó.

—Hace unos momentos. La Marina ha enviado hacia aquí una armada. No van a escapar.

—Su gabarra sí que se está dando prisa —dijo Pitt, y señaló con un cabeceo un punto blanco hacia el sur.

Aprovechando el espectáculo y la confusión, la gabarra del *Koguryo* se había alejado con sigilo de su buque nodriza y huía hacia el horizonte a toda velocidad.

—¿Cómo sabes que es su gabarra? —preguntó Giordino, forzando la vista.

—Allí —contestó Pitt, dando unos golpecitos sobre el monitor del WESCAM. Pitt había estado manipulando el zoom mientras hablaban, y captó por casualidad el barco fugitivo. La imagen demostraba que era la gabarra del *Koguryo*, que ya habían observado antes.

—Los cazas no van a seguirlo —dijo Dirk desde atrás, al reparar en que los F16

no abandonaban al *Koguryo*.

—Sigámoslo nosotros —dijo Pitt.

—No tiene la menor oportunidad contra nuestras alas —rugió Giordino, aceleró al máximo y vio que el indicador de velocidad ascendía poco a poco hacia los cincuenta nudos.

—¿Por qué no han disparado contra los aviones, o contra esa infernal aeronave? —gritó Tongju mientras observaba al *Koguryo* con unos prismáticos. El balanceo de la gabarra sobre las olas, a toda la velocidad que permitían sus motores, le impedía ver con claridad, y acabó arrojando los prismáticos contra la cubierta del motor.

—Los aviones han intimidado a Lee —dijo Kim, aferrando el timón con fuerza—. Pagaré con su vida dentro de unos dos minutos.

El *Koguryo* iba disminuyendo de tamaño a medida que la gabarra aceleraba hacia el sur, pero cuando los explosivos estallaron vieron que chorros de agua salían disparados del casco del barco.

Al principio, el capitán Lee pensó que los F16 habían disparado contra su barco, pero los aviones seguían describiendo perezosos círculos sobre ellos, y no vio señales de que hubieran disparado misiles. Cuando llegó el informe de los daños, anunciando que el casco inferior estaba afectado en varios puntos, Lee comprendió quién era el culpable. Minutos antes, un tripulante le había informado de haber visto a Kim y Tongju abordar la gabarra, y ahora comprobó que el pequeño barco huía hacia el sur a toda velocidad. Lee, con la profunda sensación de haber sido traicionado, comprendió que su barco y él habían sido declarados prescindibles.

Pero un error de cálculo iba a salvarles. El equipo de demolición de Kim había colocado explosivos suficientes para desgarrar las entrañas de un barco normal del tamaño del *Koguryo*. Pero no habían tenido en cuenta una información fundamental sobre el buque cablero: tenía un casco doble. Las cargas reventaron con facilidad el casco interior, pero solo combaron las planchas del casco exterior. El agua del mar penetró en las bodegas inferiores, pero no con la fuerza masiva que hundiría el barco, tal como Tongju había planeado. Lee detuvo de inmediato el buque, trasladó bombas portátiles a las bodegas dañadas y cerró las zonas de alto riesgo con puertas herméticas. El barco escoraría y no podría correr a gran velocidad, pero tampoco se hundiría.

Una vez detenida la inundación, el capitán miró con unos prismáticos la gabarra que huía. Lee sabía que le quedaba poca vida. Como capitán del barco que había lanzado el misil abortado contra Estados Unidos, sería el chivo expiatorio principal si le capturaban. Si conseguía escapar, o le dejaban en libertad, era imposible saber qué tipo de recepción le ofrecería Kang. Satisfecho de haber estabilizado el barco, Lee se excusó y se retiró a su camarote. Sacó una pistola Makarov de nueve milímetros fabricada en China de debajo del cajón de la cómoda, lleno de camisas planchadas, se tendió en su cama, acercó el cañón a su oído y apretó el gatillo.

Mientras perseguían a la gabarra, los hombres del *Icarus* vieron una serie de explosiones que se sucedían a lo largo del casco del *Koguryo*.

—¿Esos lunáticos están intentando echarlo a pique con todos a bordo? —se preguntó Dahlgren.

Durante varios minutos vieron que el barco aminoraba su velocidad, pero continuaba su rumbo. Pitt observó que no había prisas para bajar los botes salvavidas, y vio a varios miembros de la tripulación ociosos, apoyados en la borda mientras miraban los cazas. Examinó la línea de flotación en busca de cambios significativos, pero solo detectó una ligerísima inclinación.

—No va a desaparecer de un momento a otro —anunció—. Sigamos a la gabarra.

Giordino echó un vistazo a la información proporcionada por el sistema LASH al ordenador portátil, y vio varias formas grises hacia el sudeste, a unas treinta millas de distancia.

—Nuestros colegas de la armada vienen hacia aquí —dijo, y dio unos golpecitos sobre la pantalla—. No estarán solos mucho rato.

Con casi veinte nudos de ventaja, la aeronave empezó a ganar terreno al barco fugitivo. El *Icarus* solo había ascendido a una altitud de ciento cincuenta metros, cuando Giordino inició la persecución sin preocuparse de ascender más. Cuando la aeronave se acercó más a la gabarra, Pitt enfocó la cámara de vigilancia en la cubierta posterior y la cabina de la embarcación. Distinguió formas confusas al timón.

—Cuento cuatro hombres sobre cubierta —dijo.

—Por lo visto, no les gusta escapar en masa —contestó Giordino.

Pitt paseó la cámara por la cubierta, satisfecho de no descubrir armamento pesado, pero observó bidones de combustible cerca de la popa.

—Suficiente gasolina para huir hasta México —dijo.

—Creo que nuestros amigos de la Guardia Costera de San Diego tal vez quieran decir algo al respecto —replicó Giordino, sin dejar de acechar el barco.

Tingju y sus hombres habían concentrado su atención en el *Koguryo*, pero uno de los comandos reparó al fin en el dirigible que se acercaba. Mientras Kim se ocupaba del timón, los otros tres retrocedieron instintivamente hacia la cubierta posterior para observar mejor la aeronave. Pitt enfocó el zoom de la cámara en los hombres, hasta que sus caras se distinguieron con claridad.

—¿Reconocéis a algunos de estos personajes? —preguntó a Dirk y Dahlgren.

El Pitt más joven estudió la pantalla un momento, y después apretó los dientes. La ira se disipó al instante, y una sonrisa complacida floreció en su rostro.

—El Fu Manchú que está de pie en el centro se llama Tongju. Es el maestro de ceremonias de Kang era materia de torturas y asesinatos. Es el que debió apoderarse de la *Odysey*.

!—Ya que es tan agradable, sería una pena estropearle sus vacaciones en México —contestó Giordino.

Mientras hablaba, inclinó la proa del dirigible y descendió con parsimonia hacia

el agua. Cuando dio la impresión de que iba a hundirse bajo el mar, dejó la barquilla a unos quince metros sobre el mar. El *Icarus* había acertado distancias entre los dos aparatos durante el picado, y Giordino guió la aeronave hasta el lado de babor de la gabarra, hasta que la barquilla quedó suspendida junto al barco.

—¿Quieres bajar a tomar una cerveza con esos tipos? —preguntó Pitt, mientras miraba a los hombres del barco.

—No, solo quiero informarles de que no van a ser más rápidos que Al el Loco y su Bolsa de Gas Mágica —sonrió.

Giordino aminoró la velocidad hasta igualar la de la embarcación. La enorme envoltura del dirigible arrojaba una sombra sobre el barco. Por encima de los motores gemelos de la gabarra y las hélices accionadas por un motor Porsche de la aeronave, los hombres del *Icarus* detectaron de repente un sonido entrecortado desagradable. Pitt vio que Tongju y los dos comandos habían empuñado armas automáticas y estaban disparando contra el dirigible desde la cubierta de popa.

—Lamento ser yo quien te lo diga, pero están haciendo agujeros en tu bolsa de gas, Al el Loco —dijo Pitt.

—Celosos ganapanes —replicó Giordino.

Antes de partir de Oxnard, les habían dicho que la aeronave podía soportar una profusión de agujeros y cortes en las bolsas de aire sin perder altitud. Tongju y sus hombres tendrían que gastar una caja entera de municiones para amenazar la estabilidad del dirigible, pero la seguridad de la barquilla era menos probable. Al cabo de una pausa en los disparos, el suelo de la cabina principal estalló en una lluvia de astillas, cuando los pistoleros apuntaron con sus armas a la barquilla.

—¡Todos al suelo! —gritó Pitt cuando una ráfaga de balas destrozó la ventanilla lateral de la cabina, y los proyectiles pasaron rozando sus cabezas. El sonido del cristal despedazado resonó en toda la cabina. Dirk y Dahlgren se aplastaron contra el suelo de la barquilla, mientras varias ráfagas perforaban el techo. Giordino aceleró al máximo, y mientras esperaba angustiado a que el dirigible saliera propulsado hacia delante, giró la palanca todo a babor para alejarse de la gabarra.

—No —exclamó Pitt—, da la vuelta y sobrevuélalo.

Giordino sabía que no debía cuestionar las decisiones de Pitt y, sin vacilar, movió el timón en dirección contraria, de manera que el *Icarus* volvió hacia la gabarra. Miró a Pitt y vio que estaba examinando el barco con una ceja arqueada. El fuego graneado continuó asolando la barquilla durante unos segundos, y después se detuvo de repente cuando Giordino guió la aeronave por encima del techo de la cabina, oscureciendo por un instante el campo de fuego.

—¿Todos bien? —preguntó Pitt.

—Aquí vamos bien —contestó Pitt—, pero uno de los motores está fallando.

Cuando el sonido de los disparos se desvaneció, los hombres oyeron que el motor

de estribor de la barquilla tosía y chisporroteaba. Giordino examinó los indicadores de la consola y meneó la cabeza.

—La presión del aceite falla, la temperatura sube. Será difícil huir de estos tipos cojos.

Pitt miró la cubierta de la gabarra y vio que Tongju y sus dos esbirros avanzaban hacia la popa del barco, al tiempo que recargaban sus armas.

—Al, conserva la posición —dijo—, y préstame tu puro.

—Es uno de los mejores de Sandecker —protestó el italiano, pero acabó pasando a Pitt el habano mojado de saliva.

—Te compraré una caja entera. Quédate quieto diez segundos, después vira todo a babor y sal cagando leches.

—No irás a hacer lo que creo que vas a hacer, ¿verdad?

Pitt le dirigió una mirada de astucia, tomó un cable de desgarré con una mano y giró hasta la posición de abertura el dial de LASTRE DE COMBUSTIBLE. Tiró del cable, contó en silencio hasta ocho, soltó el cable y cerró la palanca. Una válvula de vaciado de emergencia se abrió en el depósito de combustible, a popa de la barquilla, y liberó un chorro de gasolina que escapó por la parte posterior del depósito.

La descarga liberó más de setenta y cinco galones de gasolina, que cayeron sobre la cubierta de popa de la gabarra. Pitt vio que la cubierta posterior quedaba anegada de combustible, el cual rebosaba por la borda cuando el barco saltaba sobre las olas. Tongju y los dos hombres se taparon la cara y corrieron en busca de protección, pero volvieron en cuanto el diluvio terminó y alzaron sus armas para acabar de una vez por todas con el dirigible. Pitt miraba con curiosidad, mientras el charco de gasolina rodeaba sus pies y salpicaba algunas sillas de cubierta, un banco y los barriles de cincuenta y cinco galones amarrados a la borda. Dio unas cuantas caladas al puro para alimentar las ascuas y asomó la cabeza por la ventanilla astillada de la cabina. A escasos metros de distancia, Pitt vio a Tongju y sonrió cuando el asesino alzó la vista y le apuntó con su rifle de asalto. Dirk notó entre las piernas que el dirigible empezaba a desviarse a un lado cuando Giordino accionó los controles. Con calma y serenidad, dio una última calada al puro y lo tiró hacia la popa de la gabarra.

Una ola empujó la gabarra, y Tongju se apoyó contra una barandilla mientras apoyaba la culata del rifle de asalto AK74 en el hombro. Apenas advirtió el objeto verde pequeño que se estrellaba en la cubierta a su lado cuando apuntó a la cabeza de Pitt, que asomaba por la ventanilla. Su dedo estaba a punto de apretar el gatillo, cuando se produjo una explosión a sus pies.

La brasa del puro encendió los vapores de gasolina que se alzaban de la cubierta, incluso antes de que el habano tocara la superficie. La lluvia de gasolina procedente del dirigible lo había empapado todo, y toda la popa de la gabarra se convirtió en una muralla de llamas en cuestión de segundos. Un comando que se encontraba al lado de

Tongju estaba cubierto de combustible, y las llamas ascendieron en cuestión de segundos por sus piernas y torso. El hombre dejó caer el arma y bailó frenéticamente de un lado a otro de la cubierta, mientras intentaba apagar sus ropas en llamas. Por fin, chillando de dolor, se lanzó por encima de la borda al mar, y el agua apagó enseguida la antorcha humana. Kim había visto desde el timón que el hombre caía al mar, pero no hizo el menor gesto por dar media vuelta y rescatar al comando.

Tongju también estaba envuelto en llamas. Bajó su rifle sin disparar y saltó bajo el pórtico, donde pudo apagar las llamas que devoraban sus zapatos y pantalones. Kim miró a Tongju, alarmado.

—Continúa —gritó Tongju—, las llamas se apagarán por sí solas.

De hecho, el viento y la espuma del oleaje habían apagado algunas llamas de la periferia, pero charcos de gasolina todavía ardían en la cubierta, y nubes de humo negro revelaron que algo más que el combustible ardía.

—¡Los barriles de combustible! —gritó Kim, cuando las llamas lamieron los barriles.

Tongju se había olvidado de los barriles de gasolina atados a la barandilla. Al principio, las llamas se concentraron detrás de los barriles, pero el gas que empapaba la cubierta acercó el fuego a la base de los cilindros. Tongju examinó la consola del timón y localizó un pequeño extintor sujeto a un mamparo. Lo bajó a toda prisa y corrió a la cubierta posterior para proteger los barriles. Pero era demasiado tarde.

La tapa de un barril no estaba bien cerrada, de manera que un tenue hilillo de vapor escapaba. Las sacudidas constantes del barco habían aumentado la presión del vapor en el interior del barril, aún más azuzada por el calor del fuego cercano. Cuando las llamas se acercaron lo suficiente para encender el vapor, el barril de combustible estalló como un barril de pólvora. Los otros tres barriles se encendieron en veloz sucesión con un efecto devastador.

Mientras el dirigible se alejaba del barco, Pitt y los demás vieron asombrados que el primer barril de combustible estallaba delante de Tongju. Un pedazo de metralla atravesó su cuerpo y practicó un agujero del tamaño de una pelota de softball en su pecho. Una expresión de estupor se dibujó en el rostro del asesino cuando cayó de rodillas. En sus últimos segundos de vida, alzó la vista hacia el dirigible y frunció el ceño desafiante, antes de que un infierno de llamas le engullera.

Las siguientes explosiones levantaron toda la superestructura del barco en un remolino de madera y cascotes. Una enorme bola de fuego voló hacia el cielo, al tiempo que la popa del barco se alzaba un instante y sus hélices giraban en el aire. La explosión abrió un gran agujero en el casco, que enseguida lo sepultó bajo las olas entre una nube de espuma y humo, llevándose los cuerpos de Tongju, Kim y el tercer comando al fondo del mar.

Giordino había alejado el *Icarus* del barco, pero algunos restos todavía se

estrellaron contra el dirigible, practicando una serie más de agujeros en la tela. Más de cien aberturas jalonaban la superficie, dejando escapar el helio. La contusa aeronave, no obstante, se negaba a descender, y se aferraba al cielo con uñas y dientes.

Los hombres de la barquilla contemplaron la escena surrealista que les rodeaba. Una espesa nube de humo blanco colgaba todavía en el cielo, señalando el lugar donde el cohete Zenit había estallado. A lo lejos, vieron que una fragata y un destructor de la Marina se dirigían hacia el *Koguryo*, rodeado por varios cazas que vigilaban desde las alturas. Y en el agua, un montón de trozos de madera humeantes aún ardían, indicando la tumba de Tongju y la gabarra hundida.

—Me parece que se la hemos dado con queso a tu amigo —dijo Giordino a Dirk cuando asomó la cabeza en la cabina.

—Tengo la sensación de que arderá en el infierno durante mucho tiempo.

—Le dimos un buen prólogo —dijo Pitt—. ¿Tú y Jack estáis bien?

—Unos rasguños sin importancia. Nos las arreglamos para bailar entre las brasas.

—Pero mira lo que han hecho a mi aeronave —murmuró Giordino con fingida pena, y abarcó con un ademán la barquilla ametrallada.

—Al menos, todos nuestros signos vitales son buenos. Pese a los disparos a la envoltura, la presión del helio está aumentando, y nos quedan cincuenta galones de combustible para llegar a la orilla —contestó Pitt. Echó un vistazo a los indicadores de la consola antes de apagar el motor dañado—. Llévanos a casa, Al el Loco.

—Como gusten —replicó Giordino, al mismo tiempo que apuntaba el morro del *Icarus* hacia el este. Se volvió hacia Pitt—. En cuanto a esos puros...

Bastó con que vieran la fragata y el destructor de la Marina estadounidense para que la tripulación del *Koguryo*, huérfana de capitán, tirara la toalla. A medida que aparecían más y más aviones en el cielo, todos los de a bordo comprendieron que intentar huir solo les acarrearía la destrucción. Con el casco dañado, no iban a escapar de nadie. Cuando los buques de la Marina se acercaron, el segundo de a bordo del *Koguryo* transmitió por radio su rendición. Al cabo de pocos minutos, una pequeña partida de abordaje llegó desde el destructor USS Benfold y se hizo cargo del barco. Enviaron un grupo de reparaciones para ayudar a estabilizar el casco, y después, el barco de bandera japonesa se dirigió hacia San Diego a paso de tortuga.

Cuando llegó a San Diego la mañana siguiente, los medios estaban frenéticos. Cuando corrió la voz del ataque frustrado contra Los Ángeles, montones de barcas atestadas de reporteros y cámaras invadieron el puerto con la intención de ver de cerca el barco terrorista y su tripulación. Por su parte, los tripulantes y técnicos que iban a bordo del *Koguryo* miraban a los periodistas con aturdimiento, aunque algo divertidos. Su recibimiento en la base naval de San Diego fue menos invitador, cuando equipos de la seguridad del gobierno y agentes de inteligencia metieron a la tripulación en autobuses fuertemente custodiados, para conducirlos a unas instalaciones de seguridad e interrogarlos.

De vuelta en el muelle, los investigadores peinaron hasta el último centímetro del buque, se apoderaron de los datos de control de lanzamientos y de los sistemas de misiles tierra-tierra y tierra-aire. Ingenieros de la Marina estudiaron los daños causados en el casco, y demostraron sin la menor duda de que habían sido provocados por cargas explosivas detonadas en el interior. Pasarían días antes de que los analistas de inteligencia descubrieran que todos los datos de software relacionados con el vuelo y la carga del cohete habían sido destruidos de manera sistemática antes de la captura del buque.

El interrogatorio de la tripulación fue igualmente frustrante. La mayoría de tripulantes y técnicos de lanzamiento creían que estaban lanzando un satélite comercial, y no tenían ni idea de lo cerca que estaban del continente. Los que sabían más se negaron a hablar. Los investigadores no tardaron en señalar a Ling y los dos ingenieros ucranianos como las piezas clave de la misión, pese a sus vehementes protestas.

El lanzamiento había creado furor entre la gente, el cual aumentó cuando se filtró la información de que la carga útil portaba virus de viruela. El Ejército Rojo Japonés estaba detrás del ataque, proclamaron periódicos y telediarios, azuzados en parte por las filtraciones que esparcían los agentes de Kang. El gobierno no negó las informaciones, al tiempo que iba reuniendo pruebas, y eso provocó una rabia cada

vez más desatada hacia Japón. El atentado, aunque frustrado, parecía haber logrado el resultado apetecido por Kang. Los medios aplicaban todos sus recursos a los reportajes sobre el incidente, entrados en la investigación y especulaciones acerca de posibles medidas de desquite contra el grupo terrorista japonés. Perdido entre las noticias estaba el problema de Corea y la inminente votación en la Asamblea Nacional sobre la expulsión de las tropas norteamericanas de la península de Corea del Sur.

Cuando los medios se quedaron sin noticias acerca del fallido atentado, se dedicaron a fabricar héroes. Los tripulantes de *Sea Launch* fueron casi asaltados por los reporteros cuando bajaron del *Deep Endeavor* en Long Beach. Muchos de los agotados tripulantes solo gozaron de unas breves horas de descanso, y luego fueron devueltos en helicóptero a la *Odyssey* con el fin de reparar las aberturas que Pitt había practicado en la estructura de apoyo y devolver a puerto la escorada plataforma. Los que se escaqueaban del trabajo eran acosados para conceder entrevistas en profundidad sobre su captura y encarcelamiento a bordo de la plataforma, así como su posterior rescate por Pitt y Giordino en el dirigible. Los hombres de la NUMA fueron saludados como héroes, y todas las agencias de noticias les buscaban, pero era imposible encontrarles.

Después de posar el perforado dirigible en una pista que no se utilizaba de LAX, los hombres fueron a Long Beach para subir al *Deep Endeavor*. Lo hicieron con todo sigilo, después de que partiera la tripulación de *Sea Launch*, y fueron recibidos por una aliviada Summer y la tripulación del barco. Dahlgren se alegró de ver el maltratado Badger aparcado en la cubierta de popa.

—Kermit, nos espera otra misión —dijo Pitt a Burch—. ¿Cuándo podemos zarpar?

—En cuanto Dirk y Summer desembarquen. Lo siento, hijo —dijo, y se volvió hacia el menor de los Pitt—, pero temo que Rudi ha llamado. Hace dos horas que intenta localizaros a los cuatro. Dice que el gran jefe quiere hablar contigo y Summer. Necesitan vuestra información sobre los malos, y ahora mismo.

—Algunos tipos se llevan toda la suerte —dijo Giordino, y dedicó una sonrisa a la desventura de Dirk.

—Parece que nunca podemos disfrutarte durante mucho tiempo —dijo Summer a su padre, con el ceño fruncido.

—La próxima vez iremos a bucear juntos —dijo Pitt, al tiempo que pasaba un brazo sobre cada uno de sus hijos—. Lo prometo.

—Te lo recordaré —contestó Summer, y besó a su padre en la mejilla.

—Yo también —dijo Dirk—. Y gracias por el viaje en dirigible, Al el Loco. La próxima vez iré en Greyhound.

—Vas de intelectual, ¿eh? —replicó Giordino, meneando la cabeza.

Dirk y Summer se despidieron a toda prisa de Dahlgren y los demás hombres que había en el puente, y después bajaron del *Deep Endeavor*, antes de que el barco zarpara. Tendrían que haberse sentido satisfechos, pero Dirk aún albergaba mucha rabia. Habían abortado el ataque con el virus mortífero, capturado el *Koguryo*, y hasta Tongju estaba muerto. Por la parte más egoísta, Sarah también estaba a salvo. Pero al otro lado del mundo, Kang todavía respiraba. Mientras caminaban por el muelle, Dirk se dio cuenta de que Summer vacilaba a su lado, y se detuvo para que Summer pudiera despedirse con la mano del barco. Él saludó también, pero su mente no paraba de maquinarse. Contemplaron durante un rato el barco azul turquesa de la NUMA, que se alejaba lentamente hacia el oeste.

Mucho antes de que el equipo investigador de Seguridad Interior pensara en reunir todos los barcos de investigación y rescate disponibles y buscar los restos del cohete hundido, el *Deep Endeavor* ya había lanzado por la borda su sonar de arrastre y estaba examinando las profundidades en busca de los restos de la carga útil. El capitán Burch había previsto una misión de rescate y sabía con exactitud dónde empezar a buscar. Cuando había visto el Zenit desintegrarse desde la cubierta del *Deep Endeavor*, había seguido con suma atención la trayectoria de los restos y marcado en una carta de navegación una zona de impacto, donde creía que la ojiva había impactado en el agua.

—Si la carga útil siguiera intacta, debería estar dentro de ese sector —dijo a Pitt, y señaló un cuadrado de nueve millas dibujado a lápiz en la carta—. Aunque es probable que los restos estén muy dispersos.

—Lo que quede solo lleva unas horas en el fondo, de modo que no se habrá movido mucho —contestó Pitt mientras estudiaba la carta.

Burch guió el *Deep Endeavor* hasta una esquina de la cuadrícula, donde empezaron a seguir caminos de exploración de norte a sur. Al cabo de dos horas, Pitt identificó los primeros restos visibles en el fondo. Indicó el monitor del sonar, en el que aparecía una sucesión de objetos puntiagudos.

—Tenemos una ristra de objetos fabricados por el hombre que se extiende hacia el este —dijo.

—O bien una barcaza de transporte de basuras dejó caer su cargamento aquí, o bien tenemos un montón de partes de cohete oxidadas —admitió Giordino tras echar un vistazo a los datos.

—Kermit, desviémonos del camino hacia el este. Vamos a ver dónde nos lleva esa estela de cascotes.

Burch ordenó dar media vuelta y siguieron la estela de los restos durante varios minutos. Fue aumentando de cantidad hasta desvanecerse poco a poco. Sin embargo, ninguno de los cascotes parecía medir más de unos centímetros.

—Aquí hay un rompecabezas del copón que alguien deberá ordenar —dijo Burch

cuando los últimos restos desaparecieron de la pantalla—. ¿Reanudamos el camino de inspección? —preguntó a Pitt.

Pitt pensó unos momentos.

—No. Ciñámonos a este curso. Tiene que haber restos más sustanciales.

Los años que Pitt había dedicado a la exploración submarina habían agudizado sus sentidos hasta extremos casi psíquicos. Como un sabueso submarino, casi podía olfatear las cosas perdidas y escondidas. Había muchos más elementos del Zenit desperdigados por la zona, y casi podía sentirlos.

Cuando el monitor del sonar no reflejó otra cosa que el fondo liso, los hombres del puente empezaron a albergar dudas, pero un cuarto de milla después, aparecieron en la pantalla pequeños fragmentos de restos. De repente, la silueta de un objeto rectangular de buen tamaño se materializó en la pantalla, perpendicular a otros cascotes. Cuando salió de la pantalla, apareció otra imagen. Era la sombra de un cilindro grande y alto.

—Jefe, creo que acabas de encontrar toda la enchilada —sonrió Giordino.

—Vamos a probarla —contestó Pitt mientras estudiaba la imagen.

Minutos después, el *Deep Endeavor* fijó su posición encendiendo los impulsores laterales y bajó un pequeño vehículo, operado por control remoto, sobre la borda de popa. Un cabestrante desenrolló el cable eléctrico del ROV, mientras el aparato se hundía doscientos setenta metros bajo la superficie. En una habitación atestada de aparatos electrónicos situada bajo la cabina del timonel, Pitt estaba sentado en una gigantesca butaca de capitán, desde la que controlaba los impulsores del sumergible con un par de joysticks. Delante de él tenía una rejilla con monitores de vídeo que transmitían múltiples imágenes del fondo arenoso, transmitidas desde seis cámaras digitales montadas sobre el ROV.

Pitt ajustó los impulsores para que el ROV flotara a pocos metros sobre el fondo y guió el sumergible hacia un par de objetos oscuros cercanos. Las cámaras revelaron que del fondo arenoso sobresalían dos piezas melladas de metal blanco que medirían varios centímetros de longitud, pedazos de la piel del cohete Zenit. Pitt impulsó el ROV sobre los escombros, hasta que los blancos iniciales del sonar se materializaron en el agua oscura, dos secciones inconfundibles del vehículo de lanzamiento que se alzaban del fondo. Cuando el ROV se acercó más, Pitt y Giordino vieron que la primera sección medía casi cinco metros de largo y lo mismo de alto, aunque aplastada por un lado. La sección del cohete había dado volteretas antes del impacto, y al chocar con el agua adquirió la forma rectangular identificada por el sonar. Guió el ROV hasta un extremo, y las cámaras mostraron una boquilla de impulsor que sobresalía de una masa de tubos y cámaras que constituían un motor de cohete.

—¿Un motor de fase superior? —preguntó Giordino mientras examinaba la imagen.

—Probablemente el motor de tercera fase del Zenit, la unidad de máxima propulsión diseñada para lanzar la sección de la carga útil a la órbita definitiva.

La sección, carente de combustible, parecía haberse desgajado limpiamente del componente de la Fase 2 durante la explosión, pero la sección de la carga útil que iba encima también se había separado y ya no estaba sujeta. A pocos metros de distancia, las cámaras enfocaron un objeto blanco y grande.

—Basta de preliminares. Vamos a echar un vistazo a ese muchachote —dijo Giordino, señalando un monitor.

Pitt guió el ROV hacia el objeto, que llenó casi al instante las pantallas. No cabía duda de que era otra sección del Zenit, todavía más intacta que la de Fase 3. Pitt calculó que medía unos seis metros de largo, y observó que el diámetro debía de ser un poco más ancho. El extremo más cercano estaba destrozado. Los bordes de la piel metálica estaban aplastados hacia dentro, como si un martillo pilón los hubiera golpeado. Pitt maniobró el ROV para echar un vistazo en el interior, pero había poco que ver, salvo metal destrozado.

—Esto tiene que ser la carga útil. Debió golpear el agua por la punta —comentó Pitt.

—Puede que haya algo expuesto al otro lado —dijo Giordino.

Pitt guió el ROV a lo largo de la sección horizontal del cohete hasta llegar al extremo opuesto, y después le imprimió un giro de ciento ochenta grados. Dirigió las luces del ROV hacia el extremo expuesto y examinó el monitor. Lo primero que observó fue un anillo quemado hacia dentro alrededor del borde interior. Por lo visto, la sección del cohete Fase 3, de menor diámetro, había estado acoplada a la sección en este extremo. Acercó más el ROV y vieron que una pieza vertical del carenado se había desprendido del cohete en el lado expuesto. Pitt alzó el ROV hasta que colgó sobre el cohete y guió el sumergible a lo largo de su lado superior, siguiendo la junta abierta con las cámaras apuntadas al interior. Después de ver un laberinto de tubos y cables, Pitt detuvo el ROV cuando la imagen de vídeo mostró de repente una plancha lisa que brillaba bajo las luces del sumergible. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Pitt.

—Creo que lo que vemos brillar es un panel solar —dijo.

—Bien hecho, doctor Von Braun —contestó Giordino, y asintió.

Cuando el ROV avanzó muy despacio, vieron con claridad, a través de la junta abierta, las alas plegadas de los paneles solares y el cuerpo cilíndrico del falso satélite. Si bien la ojiva había resultado destrozada en el impacto, la carga útil del satélite había sobrevivido intacta, y con ella la carga de virus mortífera.

Después de estudiar atentamente con el vídeo a distancia toda la sección de la carga útil, Pitt devolvió el ROV al *Deep Endeavor* y cambió el barco al modo de rescate. Si bien el *Deep Endeavor* era ante todo un buque de exploración, estaba

equipado para operaciones de salvamento poco complicadas, con la ayuda de sus sumergibles. Pese a la pérdida del Badger, Pitt y Giordino utilizaron un sumergible de apoyo para pasar una honda alrededor de la carga útil y subir poco a poco hasta la superficie la sección del cohete con la ayuda de grandes bolsas elevadoras. Con la complicidad de la oscuridad y lejos de los ojos curiosos de los medios, la carga útil fue izada del agua y depositada sobre la cubierta del *Deep Endeavor*. Pitt y Giordino observaron mientras sujetaban la pieza del cohete y la ocultaban bajo una lona.

—Los muchachos de inteligencia podrán entretenerse un rato —dijo Giordino.

—Demostrará sin lugar a dudas que el ataque no fue perpetrado por un grupo de terroristas aficionados. Una vez que la gente conozca el potencia mortífera de la carga útil, el innoble señor Kang se arrepentirá de haber nacido.

Giordino movió un brazo en dirección a la luz borrosa del horizonte.

—Teniendo en cuenta todo, yo diría que la buena gente de Los Ángeles nos debe una cerveza por proteger su bonita ciudad, y tal vez las llaves de la Mansión Playboy.

—Han de dar las gracias a Dirk y Summer.

—Lástima que no estuvieran aquí para ver a este bebé.

—Aún no he sabido nada de ellos desde que les dejamos en el muelle.

—Supongo que estarán haciendo lo mismo que habría hecho su viejo —sonrió Giordino—. Saltarse la entrevista con inteligencia y practicar el surf en Manhattan Beach.

Pitt lanzó una carcajada y miró hacia el mar, mientras su mente divagaba. No, sabía que no era el momento adecuado para aquello.

A casi trece mil metros sobre el Pacífico, Dirk iba sentado en el estrecho asiento de un avión gubernamental, intentando dormir, pero la adrenalina continuaba recorriendo su cuerpo y le mantenía despierto, mientras el avión se acercaba a Corea del Sur. Hacía muy pocas horas que Summer y él habían sido convocados para informar al FBI y el Departamento de Defensa sobre su encuentro con Kang, así como para suministrar detalles acerca de la residencia fortificada del industrial.

Se enteraron de que Sandecker había convencido por fin al presidente, y la Casa Blanca había dado la orden de acabar con Kang, cuanto antes y con discreción, sin informar al gobierno de Corea del Sur. Habían trazado un plan de ataque a diversas instalaciones de Kang, incluidos los astilleros de Inchon. Hacía días que no se veía en público al misterioso líder, de manera que su residencia particular había ascendido al primer lugar de la lista de objetivos. Como pocos occidentales habían sido invitados a la residencia, la información de Dirk y Summer era fundamental.

—Será un placer para nosotros proporcionarles un esquema completo del lugar, identificar los puntos y pasadizos de entrada, incluso los emplazamientos de las fuerzas de seguridad y la tecnología de vigilancia —dijo Dirk, para deleite de los agentes de inteligencia—. Pero espero una cosa a cambio —añadió—: Una entrada para el espectáculo.

Dirk sonrió para sí cuando vio que los agentes palidecían. Después de algunas discusiones y unas pocas llamadas a Washington, ganó la partida. Sabían que sería positivo contar con él. Por su parte, Summer opinó que estaba loco.

—¿De veras quieres volver a esa cámara de los horrores? —preguntó con incredulidad cuando los agentes salieron de la habitación.

—Te aseguro que sí —contestó él—. Quiero un asiento de primera fila cuando pasen el nudo alrededor del cuello de Kang.

—Con una vez tuve bastante. Ve con cuidado, Dirk, por favor. Deja la labor del ataque a los profesionales. Hoy casi os he perdido a papá y a ti —dijo con preocupación fraternal.

—No te preocupes. Me quedaré en la retaguardia con la cabeza gacha —prometió.

Tras dos horas de intensos interrogatorios, fue trasladado al LAX y de allí a Corea. Poco después de que las ruedas del avión tocaran la base aérea de Osan, después del largo vuelo a través del Pacífico, estaba aportando información de nuevo, esta vez a las Fuerzas de Operaciones Especiales que se encargarían del ataque. Dirk fue muy meticuloso, y proporcionó todo tipo de detalles e informaciones que recordaba sobre la residencia de Kang. Después, se sentó y escuchó, mientras explicaban con todo lujo de detalles los planes del ataque. Dos equipos de

Operaciones Especiales de la Marina tenían la misión de infiltrarse en el muelle y el centro de comunicaciones de Kang en Inchon, mientras un comando de los SEAL asaltaría su residencia. Las operaciones se llevarían a cabo de manera simultánea, con grupos de apoyo que atacarían otras propiedades de Kang, si no localizaban al enigmático líder en los objetivos iniciales. Después de la reunión, un capitán de la Marina responsable de coordinar el ataque de los SEAL se acercó a Dirk.

—Tiene cinco horas para relajarse antes de que nos agrupemos. Participará con el equipo del comandante Gutiérrez. Me ocuparé de que Paul le equipe con antelación. Lo siento, pero no puede portar armas. Órdenes.

—Lo comprendo. Me conformo con colaborar.

Después de una frugal colación y una breve siesta, Dirk se reunió con el comando SEAL. Le proporcionaron un uniforme de camuflaje negro, un chaleco antibalas y un par de prismáticos de visión nocturna. Tras una reunión final, los hombres subieron a bordo de un par de camiones y fueron a un pequeño muelle situado al sur de Inchon. Aprovechando la oscuridad, los veinticuatro hombres del SEAL subieron a un buque de apoyo camuflado y zarparon al instante en dirección a la isla de Kyodongdo. Los veteranos comandos comprobaron sus armas bajo la tenue luz de la cabina, mientras el barco surcaba el mar de la China. El comandante Paul Gutiérrez, un hombre bajo pero corpulento, que se adornaba con un bigotito, se acercó a Dirk cuando estaban a punto de llegar a la embocadura del río Han.

—Iría con mi escuadrón en el bote número dos —dijo—. No se separe cuando desembarquemos y obedezca mis órdenes. Con suerte, entraremos y saldremos sin disparar ni un tiro. Pero por si acaso... —dijo, y entregó a Dirk una pequeña bolsa.

Dirk abrió la cremallera y sacó una pistola automática SIG Sauer P226 de 9 Mm., además de varios cargadores.

—Se lo agradezco mucho. Confiaba en no entrar en combate desarmado —contestó Dirk.

—El chaleco Kevlar le mantendrá a salvo, pero esto le dará más tranquilidad. No diga a nadie dónde lo encontró.

Le guiñó un ojo, dio media vuelta y se encaminó hacia la caseta del timonel para comprobar los progresos.

Media hora después, el buque de apoyo dejó atrás la entrada que conducía a la residencia de Kang y siguió río arriba durante dos millas más, hasta que apagó los motores. Cuando el barco empezó a derivar río abajo, bajaron sobre la borda a toda prisa tres Zodiac negras. Ocho SEAL subieron a bordo de cada una y se alejaron del barco de apoyo. Dirk se sumó a los hombres del segundo bote. Casi invisibles contra el cielo nocturno, los tres botes se dejaron llevar por la corriente, antes de internarse en la ensenada de la propiedad de Kang.

Un cielo nublado reflejaba las luces del recinto de Kang cuando los tres botes de

goma negra doblaron el último recodo de la ensenada y entraron en la enorme cueva que había bajo la residencia. Dirk aferró con fuerza un remo y se puso a remar al unísono con los SEAL armados hasta los dientes de su barca. La visión de la fortaleza de piedra de Kang había disipado en un abrir y cerrar de ojos los efectos prolongados del jet-lag y el agotamiento producido por el abortamiento del ataque biológico.

A mitad de la caverna, los botes se separaron. Dos se desviaron a la izquierda para desembarcar en la playa arenosa cercana al muelle, mientras el tercero viraba a la derecha. Los ocupantes del tercer bote, equipados con trajes húmedos, nadaron hasta la orilla situada en el lado opuesto del muelle. Dirk remaba en uno de los botes que se dirigían a la playa, y se preguntó si los SEAL se habrían olvidado de neutralizar las cámaras de vídeo que Kang había dispuesto alrededor de la ensenada.

Cuando se acercaron a la orilla, Dirk observó que los barcos de Kang seguían amarrados igual que cuando había escapado con Summer. El gran yate Benetti y el catamarán azul de alta velocidad estaban amarrados en fila, con la lancha rápida en medio. El yate y el catamarán se convirtieron al instante en el foco de todos los hombres que iban en el bote de Dirk. Su misión era apoderarse de todas las embarcaciones amarradas, mientras los demás SEAL invadían el recinto de Kang. Después de examinar el muelle y la zona circundante, Dirk sonrió al notar la ausencia del esquiife.

Los dos botes de goma permanecieron frente a la orilla durante varios minutos, mientras los SEAL sumergidos tomaban tierra al otro lado. Dirk vio que un puñado de formas negras salían del agua en silencio y seguían la orilla rocosa. Un par de formas oscuras subieron hasta el puesto de seguridad y redujeron en un abrir y cerrar de ojos al guardia, cuya nariz fue enterrada en periódicos.

En la proa del bote de Dirk, el comandante Paul Gutiérrez alzó la mano y los hombres remaron con fuerza hasta llegar a la orilla. Apenas había arañado el casco la arena, cuando los ocupantes del bote ya estaban corriendo en dirección al muelle. Reinaba el silencio en el recinto, mientras los hombres del bote siguiente se precipitaban hacia la entrada del acantilado, cubiertos por el escuadrón de avanzadilla.

Dirk siguió a su equipo de ocho hombres cuando subieron por la rampa del muelle, y luego se separaron en dos grupos. Cuatro hombres saltaron a bordo del catamarán, mientras el comandante Gutiérrez y otros tres continuaban hacia el Benetti. Dirk optó por sumarse a los hombres que corrían hacia el yate, pero a veinte metros de este, paró en seco cuando un destello de luz amarillenta se produjo en la cubierta de popa. El tableteo de un AK74 hendió el aire nocturno un microsegundo después, seguido por una serie de golpes sordos cuando las balas se hundieron en el cuerpo de los dos hombres que corrían delante de él. Dirk se agachó detrás de un barril, desenfundó la SIG Sauer de 9 Mm. y disparó diez veces contra el origen de la

andanada. Unos metros delante de él, Gutiérrez también había devuelto el fuego, barriendo la cubierta posterior del yate con una metralleta Heckler amp; Koch MP5K. Sus ráfagas combinadas silenciaron al tirador invisible entre una lluvia de astillas y fragmentos de cristal.

Dio la impresión de que el repentino tiroteo despertaba a toda la isla, cuando armas ligeras vomitaron fuego en todo el recinto. Un par de pistoleros salieron por una puerta de la cabina del catamarán, pero pronto fueron abatidos por los SEAL que ya habían subido a bordo. Un guardia apostado en la caseta de seguridad principal vio por una cámara de vídeo el cadáver del guardia de la playa y avisó al instante a las demás fuerzas de seguridad. Los SEAL se enfrentaron al fuego graneado de media docena de guardias.

En el muelle, Dirk se inclinó ante los dos hombres tendidos delante de él. Descubrió consternado que el primero estaba muerto, con una serie de orificios de bala en el cuello y la clavícula. El segundo se retorció a causa del dolor. Su chaleco antibalas le había salvado, aunque sus caderas y muslos desprotegidos habían recibido lo peor de la andanada.

—Estoy bien —gimió el SEAL cuando Dirk intentó examinar sus heridas—. Termine la misión.

Mientras hablaba, los poderosos motores del Benetti cobraron vida. Dirk alzó la vista y vio que un tripulante empezaba a cortar las amarras, mientras otro le protegía rociando de balas el muelle.

—Acabaremos con ellos —dijo Dirk al hombre caído, y palmeó su espalda.

Abandonó a regañadientes al soldado herido, se levantó y corrió hacia el yate. Los motores del barco empezaron a rugir cuando lo aceleraron. Cuando las hélices acuchillaron el agua, un torrente de espuma salió disparado de la popa.

A unos metros delante de Pitt, Gutiérrez disparó una ráfaga contra el pasillo de estribor, y después se puso en pie.

—¡Al abordaje! —gritó.

Dirk adelantó a Gutiérrez y los demás SEAL. El chasquido de una pistola automática resonó tres veces sobre Dirk, y oyó el silbido de las balas sobre su cabeza. Oyó un golpe sordo a su lado y una voz gritó: «Me han dado», justo cuando Dirk saltaba del muelle.

El yate se había alejado tan solo unos metros del muelle, cuando Dirk saltó, se agarró a la barandilla y se izó a bordo con un único movimiento, para luego tenderse sobre la proa en sombras. Un segundo después, se oyó otro golpe sordo cuando otro cuerpo saltó sobre la borda del yate. Dirk vio la silueta de un hombre con uniforme de camuflaje negro aterrizar muy cerca de él.

—Soy Pitt —susurró a la sombra, pues no deseaba recibir un tiro por error—. ¿Quién hay ahí?

—Gutiérrez —respondió la voz grave del comandante—. Hemos de llegar a la caseta del timón y detener este barco.

Gutiérrez empezó a levantarse y avanzó, cuando Dirk extendió la mano para detenerle. Los dos hombres permanecieron inmóviles, mientras Dirk concentraba sus ojos y oídos en la parte de babor de la cubierta. Al otro lado vio una escalerilla que descendía desde una cubierta de observación situada sobre sus cabezas. Cuando el yate se internó en la cueva, las luces del muelle barrieron la proa del barco, y Dirk detectó un leve movimiento en las sombras de la escalera. Desenfundó con lentitud su 9 Mm., clavó la vista en aquel punto y esperó. Cuando dio la impresión de que la sombra bajaba un peldaño, Dirk apretó dos veces el gatillo de la SIG Sauer.

Se oyó un ruido metálico cuando una pistola cayó sobre la cubierta y la sombra rodó por la escalera, hasta definirse en la masa visible de un hombre vestido con uniforme de camuflaje negro.

—Buen disparo —gruñó Gutiérrez—. Pongámonos en movimiento.

Cuando el comando avanzó, Dirk le siguió, pero en un momento dado estuvo a punto de perder pie y resbalar. Bajó la vista y vio que había un charco de sangre en la cubierta, perteneciente al hombre contra el que Gutiérrez había disparado desde el muelle. El cuerpo yacía junto a una barra de teca, con un cigarrillo todavía apretado entre los dientes.

El yate se había alejado del muelle iluminado y estaba ahora envuelto en la oscuridad más absoluta, al tiempo que cruzaba la cueva a toda velocidad. Casi todas sus luces estaban apagadas, salvo por algunas luces de techo interiores. Los dos hombres se encaminaron con sigilo hasta la cabina principal posterior, que albergaba el comedor, y luego prosiguieron hacia el pasillo de estribor. De pronto, Gutiérrez alzó una mano, se detuvo y retrocedió un paso hacia el comedor.

—Casi no hay lugar donde protegerse en los pasillos laterales. Lo mejor será que nos separemos. Tome el pasillo de babor y trate de avanzar. Yo me ocuparé del lado de estribor —ordenó Gutiérrez, consciente de que otro pistolero debía estar esperando a la vuelta de la esquina—. Tenemos que darnos prisa, antes de que acabemos al otro lado de la línea divisoria.

Dirk asintió.

—Nos veremos en el puente —susurró, y después cruzó la cubierta de popa. Con los sentidos afinados al máximo, dobló la esquina de babor y entró en el pasillo de teca que conducía hacia delante. Disparos procedentes de la orilla se imponían a la vibración de los motores, pero Dirk estaba concentrado en los sonidos que se producían a bordo del barco. Avanzó en silencio hasta el punto en que el pasillo terminaba en una escalera. El puente estaba casi al alcance de la mano, a un nivel de altura y otros nueve metros. Cuando miró hacia arriba, el ladrido de armas automáticas rasgaron el aire. Su corazón se aceleró, pero luego comprendió que el

ruido venía del otro lado del yate.

Gutiérrez había estado esperando la andanada. Había avanzado agachado, por si aparecía un tirador invisible. Cuando llegó a la escalera opuesta, la subió como un gato, a la espera de una descarga repentina. No tuvo que esperar mucho para encontrarla. Apenas había apoyado el pie en el rellano, cuando una lluvia de fuego silbó sobre su cabeza. Agazapado en el ala del puente, un tirador vestido de negro disparaba con un AK74.

Gutiérrez se libró por los pelos. De repente, el yate disminuyó la velocidad y giró hacia la estrecha cala de la cueva. Gutiérrez corrió a la escalera, bajó los primeros peldaños, giró en redondo y apuntó su MP5K. El SEAL esperó con calma varios segundos, hasta que el cañón del pistolero destelló de nuevo. La ráfaga destrozó la cubierta a escasos centímetros de su cabeza y roció su cara de astillas. Gutiérrez apuntó sin inmutarse y lanzó una ráfaga de la Heckler & Koch hacia la oscuridad. Se oyó un grito ahogado, y el arma del pistolero escondido disparó una nueva andanada. Solo que esta vez el chorro de fuego amarillo trazó un arco hacia el cielo, y después cesó por completo cuando el hombre, herido de muerte, se desplomó sobre la cubierta.

Al otro lado del yate, Dirk oyó que los disparos enmudecían y se preguntó si Gutiérrez había sobrevivido al tiroteo. Subió dos peldaños de la escalera de babor y paró en seco cuando oyó un tenue chasquido a su espalda. Echó la cabeza hacia atrás y bajó la escalera hasta detenerse delante de la puerta. Con la SIG Sauer aferrada en la mano derecha, extendió la otra hacia el pomo de latón y lo giró con lentitud. Esperó un segundo, respiró hondo, abrió la puerta y se lanzó al interior.

Había esperado que la puerta se abiría por completo, pero la masa de un ser humano detuvo el movimiento. Dirk perdió un poco el equilibrio debido al sorprendente impacto y rebotó contra un musculoso guardia que le miraba con sorpresa. A pocos centímetros de distancia, Dirk reparó en una cicatriz en forma de L que adornaba la barbilla del hombre y una nariz aquilina que le habían roto en algún momento. Sujetaba en las manos un rifle AK74, que estaba intentando recargar. El cañón del rifle apuntaba al suelo mientras el hombre manoteaba con el cargador, pero al instante levantó el arma hacia el costado derecho de Dirk. Este retrocedió un paso para apuntar la SIG Sauer, pero recibió el impacto del rifle antes de que pudiera hacerlo y la bala se incrustó en la pared. En lugar de asimilar el golpe, Dirk giró a la derecha cuando el rifle le alcanzó, al tiempo que lanzaba el brazo izquierdo en dirección contraria. El puño alcanzó al hombre en plena mandíbula y le impulsó hacia atrás, hasta que cayó sobre una cesta de la colada.

Dirk se fijó por primera vez en que la habitación era una pequeña lavandería. Había una pequeña lavadora y secadora apoyada contra la pared del fondo, y una tabla de planchar al lado de la puerta. Recobró el equilibrio, apuntó la SIG Sauer al

pecho del hombre y apretó el gatillo.

No se oyó ningún estampido, ni sintió un golpe en la muñeca, tan solo un chasquido metálico cuando el percutor cayó sobre una recámara vacía. Dirk hizo una mueca cuando recordó que había vaciado la recámara de trece municiones. El guardia de Kang cayó de rodillas, sonriente. Aún sujetaba en la mano derecha el cargador, que embutió con habilidad en la culata del rifle de asalto. Dirk sabía que no tenía tiempo para recargar la SIG Sauer, pero su cuerpo ya estaba reaccionando con un plan alternativo. El objeto que había visto con el rabillo del ojo, y hacia el que ya estaba alargando la mano, era su último recurso.

La plancha que había sobre la tabla no estaba caliente, ni siquiera enchufada, pero era un proyectil afilado y desagradable.

Con un lanzamiento del que John Elway se habría sentido orgulloso, Dirk agarró la plancha y la arrojó contra el pistolero como una bala. El sicario, concentrado en apuntar su rifle cargado hacia Dirk, ni se molestó en agacharse. La parte plana de la plancha le alcanzó en la cabeza como un yunque, y le abrió el cráneo con un crujido audible. Primero cayó al suelo el rifle de asalto, seguido por el pistolero con los ojos en blanco.

Dirk sintió bajo sus pies que el ruido de los motores aumentaba de intensidad. El yate había salido de la ensenada y aceleraba al entrar en el río Han. Burlaría sin esfuerzo el buque de las fuerzas especiales apostado frente a la ensenada. Pero ¿cuántos esbirros más había a bordo? Y, todavía más importante, ¿dónde estaba Gutiérrez?

Gutiérrez se arrodilló en lo alto de la escalera de estribor y escudriñó el pasillo en busca de sombras. La silueta negra del tirador al que había abatido yacía inmóvil en la cubierta, al lado del puente. No detectó el menor movimiento en la zona, y nadie le estaba disparando, al menos de momento. Era absurdo esperar a que llegaran refuerzos, decidió. Corrió por el pasillo hacia el ala del puente y saltó sobre el esbirro muerto, para luego precipitarse a través de la puerta abierta del puente.

Casi imaginaba media docena de guardias armados esperando para recibirle con un montón de armas apuntadas hacia él, pero no fue así. Solo había tres hombres en el puente, los ojos vueltos hacia él con desprecio. Un hombre corpulento, con cara de lobo de mar, sin duda el capitán, manejaba el timón, y guiaba el yate hacia el centro del río Han. Cerca de la puerta del ala de babor había un guardia que miraba al SEAL con impaciencia, armado con un rifle de asalto. Y en la parte posterior del puente, sentado en una silla de capitán con expresión despreciativa, estaba Kang en persona. El magnate, al que Gutiérrez reconoció por una foto que le habían enseñado, iba vestido con una bata de seda color vino tinto, pues había dormido en el yate preparado para huir en el último momento. Cuando los cuatro pares de ojos se clavaron unos en otros, los reflejos de Gutiérrez ya habían entrado en acción. El SEAL apuntó con su arma al guardia y apretó el gatillo, un segundo antes de que el hombre reaccionara. Tres balas salieron disparadas de su arma y alcanzaron al guardia en el pecho. Una mirada de estupor apareció en el rostro del sicario cuando fue arrojado contra el mamparo, pero su dedo apretó instintivamente el gatillo. Su rifle de asalto disparó una ráfaga en dirección a Gutiérrez. El SEAL vio la lluvia de plomo que venía en su dirección, antes de que el guardia se desplomara.

Gutiérrez tardó una fracción de segundo en analizar la situación. Había sido alcanzado por una bala, que le había atravesado el muslo. Sintió que un riachuelo de sangre tibia resbalaba por su pierna y formaba un charco en su bota. Otro proyectil casi le había alcanzado en el abdomen, pero su propia metralleta lo había desviado. La bala había dado en la recámara del MP5K, inutilizando el arma.

Los demás hombres del puente también se dieron cuenta. El fornido capitán, que se hallaba a escasa distancia de Gutiérrez, soltó el timón y se precipitó hacia el SEAL herido. Incapaz de correr a causa de la herida en la pierna izquierda, recibió el impacto del capitán, quien aprovechó su tamaño para atrapar en un abrazo de oso al SEAL y golpearlo contra el timón. Gutiérrez sintió que el aire escapaba de sus pulmones y pensó que se le iban a partir las costillas, mientras el capitán intentaba arrebatarse la vida. Pero Gutiérrez todavía sujetaba en la mano derecha la metralleta MP5, con la cual golpeó el cráneo del capitán. Ante su estupor, no pasó nada. Dio la impresión de que el capitán le estrujaba con más fuerza todavía, y Gutiérrez vio que

un caleidoscopio de estrellas brillaba ante sus ojos, a medida que el oxígeno de su sangre se agotaba. Notó un intenso dolor en la pierna herida, y un brutal latido en las sienes. Golpeó una y otra vez la cabeza del hombre, sin lograr el menor resultado. La desesperación empezó a infiltrarse en su mente, a punto de perder el sentido, pero siguió atacando la cabeza del capitán. Gutiérrez sintió que su cuerpo caía y pensó que iba a perder el sentido, pero recobró la conciencia cuando algo colisionó contra su cuerpo. Los repetidos golpes habían dejado sin sentido por fin al tozudo capitán, y los dos cayeron sobre la cubierta, Gutiérrez todavía estrujado en el abrazo de oso del capitán. El SEAL jadeó en busca de aliento cuando la presa de hierro se aflojó y cayó de rodillas.

—Una exhibición impresionante, pero por desgracia será la última que haga.

La voz de Kang estaba henchida de veneno. Mientras forcejeaba con el capitán, Kang se había acercado y apuntaba una pistola Glock automática a la cabeza de Gutiérrez. El SEAL buscó un medio de defenderse, pero no había ninguno. El AK74 del guardia estaba atrapado en las manos del hombre muerto, y su propia arma colgaba inutilizada en su mano derecha. De rodillas, debilitado por la herida y la lucha con el capitán, miró a Kang y la pistola Glock apuntada a centímetros de su rostro.

El único disparo resonó en el puente como un trueno. Gutiérrez no sintió nada, y se quedó sorprendido por la repentina expresión de estupor que asomó a los ojos de Kang. Después, cayó en la cuenta de que la mano del coreano, la que sujetaba la pistola, había desaparecido junto con el arma entre una lluvia de sangre púrpura. Dos detonaciones más rasgaron el aire, y chorros de sangre brotaron de la rodilla izquierda y el muslo derecho de Kang. Este cayó al suelo con un grito de sufrimiento, agarrándose los restos de su mano ensangrentada y retorciéndose de dolor. Gutiérrez desvió la vista hacia el origen de los disparos.

En la puerta de babor, Dirk sostenía un AK47 a la altura de los ojos, con el cañón humeante apuntado a la figura caída de Kang. Una expresión de alivio alumbró en sus facciones cuando miró a Gutiérrez y comprobó que el SEAL seguía con vida.

Dirk cruzó el puente y observó que el yate sin piloto seguía atravesando el río Han de orilla a orilla a una velocidad de casi cuarenta nudos. A estribor, el buque de apoyo SEAL se aproximaba con la intención de alcanzar al yate fugitivo. Al otro lado del río, pero justo delante, estaba la draga iluminada que había visto antes, cerca de la orilla. Dirk miró la draga un momento, pensando en el SEAL muerto y en los guardias costeros asesinados en Alaska. Después, se volvió hacia la figura retorcida de Kang y se acercó al magnate, quien estaba sangrando sobre la cubierta.

—El viaje ha terminado, Kang. Disfruta de tu estancia en el infierno.

Kang miró a Dirk con ira y farfulló una obscenidad, pero Dirk dio media vuelta y se alejó antes de que pudiera terminar. Ayudó a Gutiérrez a ponerse en pie.

—Bien hecho, socio, pero ¿por qué ha tardado tanto? —preguntó Gutiérrez con voz ronca.

—Tenía que planchar unas cosas —replicó Dirk, mientras arrastraba al SEAL hasta la barandilla.

—Será mejor que paremos este crucero —gruñó Gutiérrez—. No esperaba encontrarme a bordo al gran jefe. Intel estará ansiosa por aplicarle el tercer grado.

—Temo que Kang tiene una cita con la Parca —dijo Dirk, al tiempo que bajaba un salvavidas de un mamparo y lo pasaba sobre la cabeza y los hombros de Gutiérrez.

—Tengo órdenes de prenderle vivo —protestó Gutiérrez, pero antes de que pudiera seguir discutiendo, Dirk le agarró con firmeza de las solapas y ambos saltaron al agua. Dirk tomó la precaución de colocarse debajo de Gutiérrez para amortiguar el golpe, que casi le dejó sin sentido. Tras una rápida inmersión, emergieron a la superficie mientras el yate se alejaba. Dirk sostenía al oficial de los SEAL a flote.

La tripulación del buque de apoyo les había visto saltar por la borda y salió en su persecución para sacarles del agua, pero los ojos de Dirk y Gutiérrez estaban clavados en el yate, que atravesaba el río en dirección a la draga. Cuando se acercó más a la orilla opuesta, todo el mundo se dio cuenta de que corría directamente hacia la draga, cuyo piloto, al ver el yate lanzado hacia él, hizo sonar la bocina, pero sin lograr el menor resultado.

El reluciente yate blanco se estrelló contra la draga como un toro furioso, y su proa hendió el casco de hierro oxidado. El yate se desintegró en una nube de humo blanco, seguida por una pequeña bola de fuego que flotó en el aire cuando los depósitos de combustible estallaron. Astillas de madera y cascotes llovieron sobre la draga y alrededor del río, mientras los restos del barco se hundían en el agua. Cuando el humo y las llamas se apagaron, pocas pruebas demostraban la existencia del yate de 50 metros de eslora.

Dirk y Gutiérrez derivaron con el río y contemplaron el espectáculo con sombría fascinación, en tanto un dingui de rescate del buque de apoyo avanzaba hacia ellos.

—Tal vez pagaré caro el no haberle capturado con vida —dijo Gutiérrez, después de que las llamas y el humo se disiparan.

Dirk meneó la cabeza con amargura.

—¿Para que pasara el resto de su vida en una prisión de lujo? No, gracias.

—No pienso llevarle la contraria. Creo que hemos hecho un favor colosal a la humanidad, pero su muerte podría tener repercusiones. A mis superiores no les hará ninguna gracia que provoquemos un incidente internacional con Corea.

—Cuando los hechos salgan a la luz, nadie derramará lágrimas por Kang ni su banda de asesinos. Además, aún estaba vivo cuando abandonamos el barco. A mí me ha parecido un accidente de tráfico marítimo.

Gutiérrez pensó un momento.

—Un accidente de tráfico marítimo —repitió, como si intentara convencerse—. Sí, podría dar el pego.

Dirk vio que el humo del impacto se disipaba poco a poco sobre el río, y después sonrió con cansancio a Gutiérrez, mientras el barco de rescate se acercaba y les sacaba del agua.

1 de julio de 2007.

Cuando Kang desapareció, su imperio también cayó. Las fuerzas SEAL que invadieron su residencia capturaron vivo a su ayudante Kwan, junto con una serie de documentos acusadores que intentaba desesperadamente destruir en el despacho privado de su patrón. Al sur de Inchon, destacamentos de Fuerzas Especiales irrumpieron en el astillero y las instalaciones de telecomunicaciones adyacentes. La enconada resistencia de los miembros de seguridad despertó suspicacias, y un numeroso grupo de inteligencia descendió sobre el edificio. No tardaron en descubrir en el sótano el laboratorio secreto de investigaciones biológicas, así como los lazos del personal con Corea del Norte. Kwan, abrumado por la acumulación de pruebas y la muerte de su amo, no tardó en desplomarse bajo las torturas y confesó los pecados de Kang en un esfuerzo por salvar su cuello. En Estados Unidos, la noticia de la «muerte accidental de Kang cuando huía de las autoridades» provocó una reacción similar en Ling y sus principales ingenieros. Con la amenaza de que podían ser acusados de intento de asesinato en masa, también cooperaron, aun ofreciendo la débil excusa de que se limitaban a obedecer órdenes. Solo los ingenieros ucranianos se negaron a colaborar, lo cual contribuyó a asegurar una larga estancia en un penal federal.

Entretanto, las autoridades gubernamentales se abstendían de manifestarse en público, hasta que se descubrió la última prueba. Los restos de la carga útil del cohete que Pitt y Giordino habían rescatado fueron trasladados en secreto a la base de la fuerza aérea de Vandenberg, al norte de Los Ángeles. En un hangar custodiado, un equipo de ingenieros espaciales desmontó con sumo cuidado la carga explosiva, sacó a la luz el falso satélite que disfrazaba los contenedores del virus y el sistema de propagación del vapor. Epidemiólogos del ejército y la CDC sacaron los contenedores del virus liofilizado, y descubrieron estupefactos que contenían la quimera letal de viruela y organismos del HIV. Al compararlos con muestras del laboratorio de Inchon, el horror se confirmó. Pese al interés del ejército por conservar muestras, el presidente ordenó que los virus recuperados fueran destruidos. Pervivió el temor de que más muestras hubieran escapado a la captura y destrucción, pero la quimera pergeñada por los científicos de Kang fue erradicada por completo.

Una vez relacionados el *Koguryo* y su tripulación con Kang Enterprises, y establecidos sin lugar a duda los vínculos de Kang con Corea del Norte, las autoridades del Departamento de Seguridad Interior convocaron a los medios, que se hicieron eco en todo el mundo a medida que se iban sabiendo detalles del fallido ataque terrorista contra Estados Unidos. La prensa global trasladó su atención desde

Japón a Corea del Norte, cuando los asesinatos de los diplomáticos fueron relacionados también con Kang. El fallido ataque despertó indignación contra el régimen totalitario de Corea del Norte, pese a que el Partido de los Trabajadores negó su implicación. Los escasos socios comerciales que Corea del Norte había cultivado antes del incidente se desquitaban aumentando las restricciones sobre las importaciones y exportaciones. Hasta China se sumó a las sanciones e interrumpió sus relaciones comerciales con el régimen proscrito. Una vez más, los campesinos del norte empezaron a cuestionar en silencio el gobierno dictatorial de su líder nepotista.

En Corea del Sur, las abrumadoras pruebas contra Kang y los actos de sus cómplices cayeron sobre Seúl como una bomba atómica. Cualquier desagrado que el gobierno de Corea del Sur hubiera manifestado sobre la intervención militar unilateral estadounidense fue rápidamente desechado por el escándalo global posterior. De conmoción e incredulidad, los habitantes del sur pasaron a sentir ira e indignación por las artimañas de Kang y su servidumbre a Corea del Norte. El desenlace fue rápido. Los socios políticos y comerciales de Kang que le habían apoyado fueron vilipendiados en público. Una oleada de dimisiones sacudió la Asamblea Nacional, llegando hasta el mismísimo despacho presidencial. La revelación de que había mantenido sólidos vínculos personales con Kang obligó al presidente de Corea del Sur a dimitir.

La vergüenza y cólera nacionales obligaron al gobierno a nacionalizar cuanto antes las propiedades de Kang Enterprises. Primero se repartieron los yates y helicópteros, y su residencia fortificada fue convertida en un think tank dedicado al estudio de la soberanía de Corea del Sur. Su nombre fue borrado de cualquier asociación con sus antiguas propiedades, que después fueron divididas y vendidas a empresas competidoras de todo el mundo. Al cabo de poco, no quedaba nada que recordara su existencia. Casi por decreto silencioso, el nombre de Kang fue erradicado del vocabulario de Corea del Sur.

El descubrimiento de los vínculos de Kang con el norte conmocionó a todos los niveles de la sociedad. Las manifestaciones juveniles a favor de la reunificación se interrumpieron cuando la preocupación por el vecino del norte volvió a manifestarse en el inconsciente colectivo de la nación. La numerosa fuerza militar de Corea del Norte apostada en la frontera ya no se pasó por alto. La reunificación seguía siendo un objetivo de carácter nacional, pero tendría que llegar bajo las condiciones de Corea del Sur. Cuando la reunificación llegó por fin a la península de Corea, unos dieciocho años después, fue impulsada por la creciente ansia de capitalismo del Partido de los Trabajadores. Al acceder a la libertad personal que llevaba implícita, el partido se libró por fin del yugo dictatorial de la familia, y convirtió el grueso de sus tropas militares en mano de obra civil.

Pero antes de que todo eso ocurriera, la Asamblea Nacional de Corea del Sur

tenía que votar el proyecto de ley 188 256, la medida legislativa que exigía la expulsión de las fuerzas militares norteamericanas de las fronteras nacionales. En una rara demostración de acuerdo bipartito, la medida fue rechazada por unanimidad.

En Kunsan City, Corea, el sargento mayor de la fuerza aérea Keith Catana salió de una sucia celda municipal justo antes del amanecer y fue entregado a la custodia de un coronel de la fuerza aérea agregado a la embajada estadounidense. Catana, que no comprendía nada de lo que estaba pasando, tampoco recibió la menor explicación de su liberación. Catana nunca sabría que le habían acusado falsamente del asesinato de una prostituta menor de edad, como parte del complot que tenía como objetivo influir a la opinión pública en contra de la presencia militar estadounidense en Corea. Tampoco sabría que el propio ayudante de Kang, Kwan, había revelado los detalles del asesinato. Kwan echó todas las culpas a Tongju, el asesino muerto, y confesó el complot, junto con los asesinatos políticos acaecidos en Japón. Nada de esto importaba al aturdido militar cuando subió a bordo de un avión militar con destino a Estados Unidos. Solo sabía una cosa: obedecería de buen grado la orden del coronel de la fuerza aérea de no volver a pisar en su vida suelo coreano.

En Washington, DC, la NUMA fue glorificada durante unos días por el papel jugado en impedir el lanzamiento y evitar la liberación del virus mortal sobre Los Ángeles. No obstante, tras la muerte de Kang y el anuncio de que era el culpable del ataque, las hazañas de Pitt y Giordino pronto se convirtieron en noticias pasadas de moda. Las audiencias e investigaciones en el Congreso relacionadas con el ataque estaban a la orden del día, y sonaron tambores de guerra que llamaban a atacar a Corea del Norte, pero los sentimientos se enfriaron poco a poco cuando los diplomáticos fueron mantenidos a raya, y la atención se desvió hacia los recursos fronterizos de Seguridad Interior, con el fin de asegurar que un acto como aquel no pudiera suceder nunca más.

El nuevo director de la NUMA aprovechó con astucia el momento y solicitó al Congreso una asignación especial para su organización, con el fin de adquirir un helicóptero, un buque de investigación y dos sumergibles, a cambio de los que Kang había dañado o destruido. El Congreso, llevado por la oleada patriótica, aprobó la medida, y el proyecto de ley fue autorizado por las dos cámaras en cuestión de pocos días.

Para mortificación de Giordino, Pitt había colado una cantidad adicional en el proyecto aprobado, para la adquisición de una plataforma de vigilancia marina atmosférica móvil, que la agencia utilizaría en las investigaciones costeras. También se la conocía como «dirigible».

Hacía una tarde fresca y despejada en Seattle, el tipo de día al que le faltaban unos grados para ser vivificador. El sol poniente estaba arrojando largas sombras desde los altos pinos que sembraban el campus Fircrest, cuando Sarah salió por la puerta principal del Laboratorio de Salud Pública del estado de Washington. Un grueso yeso cubría su pierna derecha, pero estaba más animada después de saber que se lo quitarían dentro de pocos días.

Se encogió un momento cuando apoyó su peso sobre un par de muletas de aluminio. Las muñecas y antebrazos le dolían a causa de cargar el peso de su pierna rota durante las últimas semanas. Avanzó unos pasos cojeando, bajó la vista hacia la acera y descendió un corto tramo de escaleras. Mientras buscaba el siguiente punto en que apoyar las muletas, no reparó en el coche aparcado ilegalmente ante la entrada de la acera, y casi tropezó con él. Alzó la vista y se quedó boquiabierta.

Aparcado delante de ella estaba el descapotable Chrysler 300D de 1958. El coche parecía a medio restaurar. A los asientos de piel acribillados se les había aplicado celo de manera provisional, y habían taponado los agujeros de bala de la carrocería. Una serie de puntos grisáceos distribuidos sobre la carrocería azul turquesa dotaba al coche del aspecto de una raya gigante camuflada.

—Prometo no romperte la otra pierna.

Sararí se volvió al oír la voz profunda detrás de ella, y vio a Dirk con un ramo de lirios blancos y una sonrisa maliciosa en el rostro. Emocionada, dejó caer las muletas y le rodeó entre sus brazos.

—Estaba empezando a preocuparme. No sabía nada de ti desde el ataque del cohete.

—Estaba de viaje a Corea con todos los gastos pagados, para embarcar en un crucero de despedida en el yate de Daejong Kang.

—El virus que fabricaron... Qué locura —dijo Sarah, y meneó la cabeza.

—Ya no hay que preocuparse. Estamos muy seguros de que todas las muestras fueron recuperadas y destruidas. Por suerte, el virus nunca volverá a aparecer sobre la tierra.

—Siempre hay alguien trabajando en una nueva caja de Pandora por dinero o fama.

—Hablando de locuras, ¿cómo está Irv?

Sarah rió por la comparación.

—Se va a convertir en el único superviviente de la viruela de los tiempos modernos. Se está recuperando a marchas forzadas.

—Me alegro. Es un buen hombre.

—Parece que tu coche también va camino de recuperarse —dijo Sarah, al tiempo

que indicaba el Chrysler con un cabeceo.

—Es un animal duro. Lo han arreglado por dentro, pero aún no han terminado con la carrocería y el interior.

Dirk se volvió y miró a Sarah con ternura.

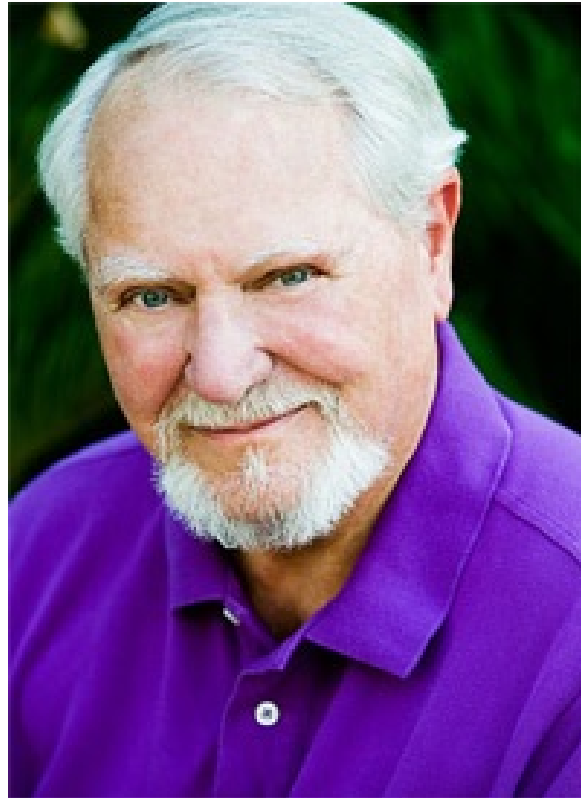
—Aún te debo esa cena de cangrejos.

Sarah miró a los ojos verdes de Dirk y asintió. Dirk la alzó en volandas y la depositó con delicadeza en el asiento delantero junto con los lirios, y luego le dio un casto beso en la mejilla. Tiró las muletas en el asiento trasero, saltó detrás del volante y encendió el coche. El motor reconstruido ronroneó al instante.

—¿Sin transbordadores? —preguntó Sarah, al tiempo que se acurrucaba junto a Dirk.

—Sin transbordadores —rió Dirk, y pasó un brazo alrededor de Sarah.

Tocó el acelerador y el viejo descapotable rugió. Atravesaron los exuberantes jardines y se dirigieron hacia el ocaso teñido de rosa.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la

que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «Royal Geographic Society» de Londres, y la «American Society of Oceanographers». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

Notas

[1] Un virus similar al Ébola. (N. del T.) <<

[2] Cadena de talleres de automóviles norteamericana. (N. del T.) <<

[3] La primera persona sana portadora del virus del tifus. Infectó a 47 personas, hasta que fue confinada en una isla desierta. (N. del T.) <<